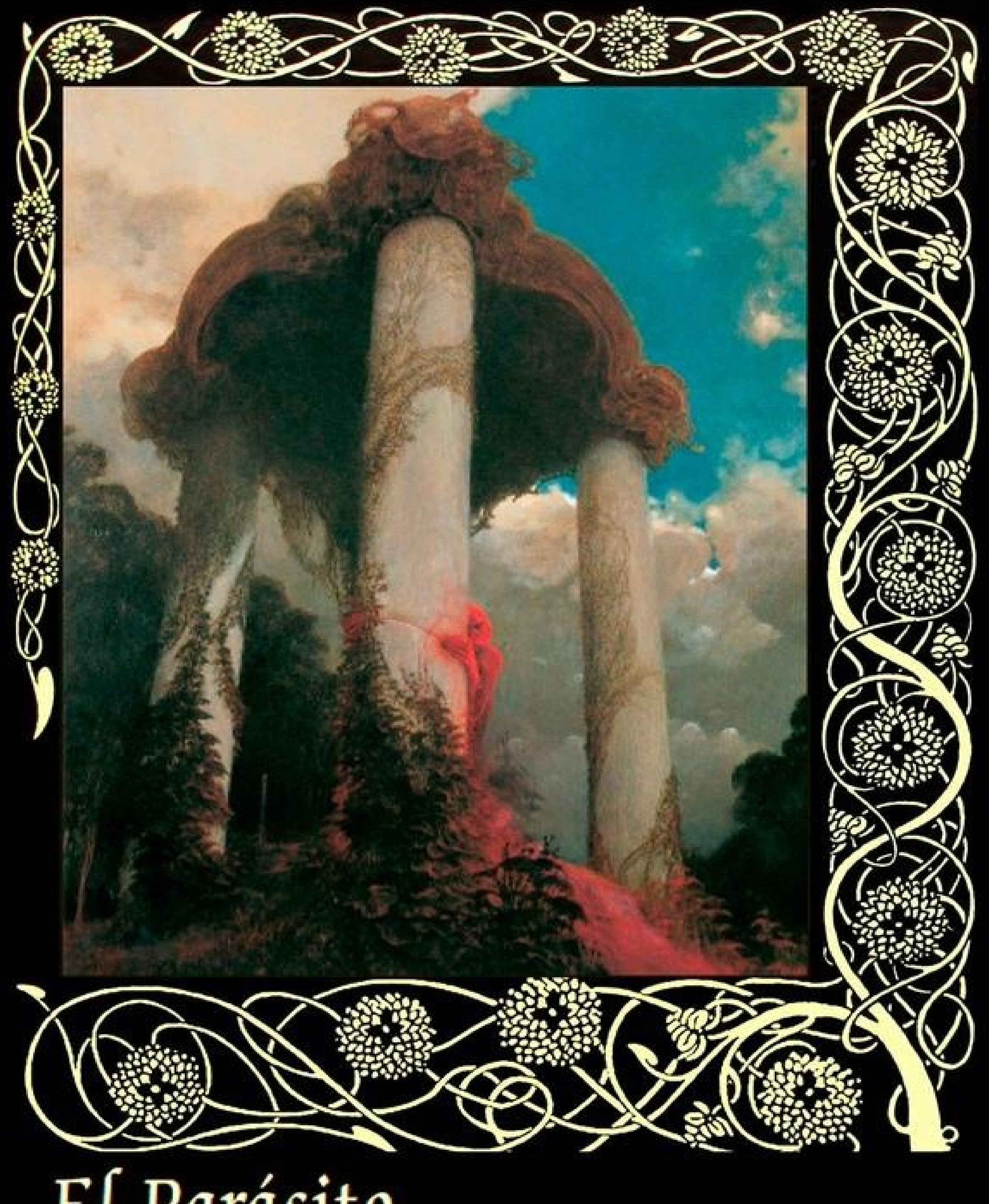


El Parásito

y otros cuentos de terror

ARTHUR CONAN DO

Arthur Conan Doyle (1859-1930), universalmente conocido como creador del inmortal detective Sherlock H oímos, nació en Edimburgo en una familia de origen irlandés. Estudió medicina, profesión que desempeñó en diversos destinos a los que le condujo su vida aventurera e itinerante: a bordo del ballenero Hope, en la guerra de los boers y otros, hasta que decidió dedicarse plenamente a escribir historias de ficción; su verdadera vocación; alimentada por los cuentos y leyendas que oyó a su madre de niño. Su capacidad para fabular le llevó a escribir multitud de relatos de muy diversos géneros: misterio, aventuras, históricos y de terror, tema este último inspirado en su pasión y fe inquebrantable en el ocultismo y el espiritismo, del que fue un gran divulgador por todo el mundo.

El presente volumen reúne una amplia selección de treinta y dos relatos, la práctica totalidad de las historias de terror escritas por ACD. El lector encontrará en estas páginas desde historias de fantasmas, como “La mano parda” o “Jugando con fuego”; o inspiradas en el antiguo Egipto; como “Lote núm. 249” o “El anillo de Toth”, hasta relatos de criaturas increíbles; como “Espanto en las alturas” o “El espanto de la cueva de Juan Azul”; o de venganzas terribles; como “La catacumba nueva” o “El gato de Brasil”. El volumen incluye “El Parásito”, una novela corta en la que Conan Doyle nos narra una historia atípica de vampirismo, en la que el vampiro, a diferencia de sus hermanos de sangre, no persigue una posesión física de su víctima sino psíquica.

La edición se completa con un variado álbum que reúne ilustraciones de diversas publicaciones de estos relatos así como una selección fotográfica que recorre la azarosa vida de su autor.

Arthur Conan Doyle

El parásito y otros cuentos de terror

Valdemar: Gótica - 121

ePub r1.0
orhi 22.07.2021

Título original: *El parásito y otros cuentos de terror*
Arthur Conan Doyle, 2020
Traducción: Amando Lázaro Ros & Diego Valverde Villena & José Luis Velázquez
Ilustración de cubierta: Zdzislaw Beksinski, (*Sin título, 1974*)

Editor digital: orhi
ePub base r2.1

EL CUENTO DEL AMERICANO[1]

—Es extraño, sí, es extraño —decía él cuando abrí la puerta del cuarto donde se reunía nuestro grupito social y semiliterario—, pero les podría contar cosas más raras que las de aquí… cosas tremendamente raras. No se puede aprender todo en los libros, caballeros, no, no, no. Ya ven que no son hombres capaces de hablar correctamente el inglés, ni que hayan tenido buena educación, los que se encuentran en los lugares extraños en los que he estado. En general son hombres rudos, señores, que apenas hablan bien, y mucho menos pueden contar con papel y pluma las cosas que han visto; pero si pudieran, harían que sus pelos europeos se pusieran de punta por el asombro. ¡Sí lo harían, señores, pueden apostarlo!

Se llamaba Jefferson Adams, según creo; sé que sus iniciales eran J.A., pues se pueden ver profundamente talladas en el panel superior derecho de la puerta de nuestro salón de fumar. Nos dejó ese legado, y también algunos diseños artísticos hechos en jugo de tabaco sobre nuestra alfombra turca; pero aparte de esos recuerdos, nuestro narrador americano se ha evaporado de nuestra vista. Brilló como un meteorito luminoso a través de nuestra tranquila y ordinaria jovialidad, y luego se perdió en las tinieblas exteriores. Aquella noche, sin embargo, nuestro amigo de Nevada estaba en su apogeo; y yo encendí tranquilamente mi pipa y me dejé caer en el sillón más cercano, ansioso de no interrumpir su historia.

—Tomen nota —prosiguió— de que no tengo ninguna tirria contra sus hombres de ciencia. Respeto y admiro al tipo que puede darle un nombre de trabalenguas a toda bestia y planta vivientes, desde un arándano a un oso pardo; pero si quieren hechos interesantes de verdad, algo un poco sabroso, vayan a sus balleneros y hombres de la frontera, y a sus exploradores y hombres de la Bahía de Hudson, tipos que apenas pueden escribir su nombre.

Aquí hubo una pausa, cuando Mr. Jefferson sacó un largo veguero y lo encendió. Nosotros guardamos un estricto silencio en el cuarto, pues ya habíamos aprendido que a la menor interrupción nuestro yanqui se metía otra

vez en su caparazón. Miró alrededor con una sonrisa de satisfacción al notar nuestras miradas expectantes, y continuó a través de un halo de humo.

—Y bien, señores, ¿cuál de ustedes ha estado alguna vez en Arizona? Ni uno, seguro. ¿Y de todos los ingleses y estadounidenses que saben usar una pluma, cuántos han estado en Arizona? Muy poquitos, calculo. Yo he estado allí, señores, viví allí varios años; y cuando pienso en lo que allí he visto, bueno, apenas me lo puedo creer yo mismo.

»¡Ah, eso sí que son tierras! Yo fui uno de los filibusteros de Walker**[2]**, como decidieron llamarnos; y después de que nos separáramos, y fusilaran al jefe, algunos de nosotros nos alejamos aprisa y nos asentamos por allá. Éramos una colonia regular angloamericana, con nuestras mujeres e hijos, y todo completo. Supongo que aún siguen allí algunos de los viejos amigos, y que no han olvidado lo que les voy a contar. No, seguro que no, y no lo harán mientras estén a este lado de la tumba, señores.

»Hablaba de aquella tierra, entonces; y creo que les podría asombrar considerablemente si no les hablase de nada más. ¡Pensar que esa tierra la han levantado unos cuantos "grasientos**[3]**" y mestizos! Es un uso erróneo de los dones de la Providencia, eso es lo que yo digo. La hierba crece allá por encima de las cabezas de la gente, y hay árboles tan frondosos que no se puede ver ni un resquicio de cielo azul durante leguas y leguas, ¡y hay orquídeas como paraguas! Quizás alguno de ustedes ha visto una planta que llaman "atrapamoscas" en algunos lugares de los Estados Unidos.

—*Dianoea muscipula* —murmuró Dawson, nuestro científico *par excellence*.

—¡Sí, eso, diarrea municipal! Se ve a una mosca que se para sobre esa planta, y luego se ve cómo los dos lados de una hoja se cierran y la agarran entre los dos, y la machacan y la hacen pedazos, Dios santo, como el gran calamar gigante con su pico; y horas después, si se abre la hoja, se ve el cuerpo ahí tirado, medio digerido, y hecho pedazos. Bien, he visto algunas atrapamoscas en Arizona con hojas de dos y tres metros de largo, y espinas o dientes de casi medio metro; bueno, esas hojas podrían… ¡Pero, maldita sea, estoy yendo demasiado rápido!

»Yo les quería hablar de la muerte de Joe Hawkins; una cosa de lo más rara, creo yo, que hayan oído nunca. No había nadie en Montana que no conociera a Joe Hawkins… "Alabama" Joe, como lo llamaban allí. Un mercenario redomado, eso era, el peor canalla que ha pisado la tierra. Era bastante buen tipo, entiéndanme bien, siempre que uno le entrara por el ojo bueno; pero si se le hacía enfadar era peor que un puma. Le he visto vaciar su

seis tiros sobre una muchedumbre que lo empujó por casualidad cuando entraba al bar de Simpson un día que había baile; y acuchilló a Tom Hooper porque le derramó el licor sobre su chaleco sin querer. No, no se detenía ante el asesinato; y no era un hombre en el que se debiera confiar a menos que se le pudiera tener vigilado.

»Bueno, en la época de la que les hablo, cuando Joe Hawkins fanfarroneaba por la ciudad y dictaba la ley con sus pistolones, había por allí un inglés que se llamaba Scott… Tom Scott, si no recuerdo mal. Este tal Scott era un británico consumado (con perdón de los presentes), y aun así no estaba muy apegado al grupo británico de allá, o ellos no estaban apegados a él. Era un hombre tranquilo y sencillo este Scott; incluso demasiado tranquilo para un grupito tan rudo como aquél; le llamaban ruin, pero no lo era. Se mantenía bastante aparte, y no interfería con nadie mientras lo dejaran tranquilo. Algunos hablaban de que le habían tratado mal en su tierra… porque era un cartista[4], o algo de eso, y había tenido que defenderse y huir; pero nunca hablaba de sí mismo y nunca se quejó. Tuviera buena o mala suerte, el tipo mantenía la boca cerrada sobre sí mismo.

»Este tal Scott era una especie de cabeza de turco para esos hombres de Montana, porque era muy tranquilo y sencillo, no había ningún bando que lo defendiera de los agravios; pues, como les iba diciendo, los británicos apenas lo contaban como uno de los suyos, y le gastaban muchas bromas pesadas. Nunca se enfadaba mucho, sino que era muy educado. Creo que los chicos llegaron a pensar que no tenía mucho coraje, hasta que les mostró que estaban equivocados.

»Fue en el bar de Simpson donde se armó la trifulca, y eso llevó a la cosa extraña de la que les iba a hablar. Alabama Joe y otros dos o tres camorristas andaban buscando las cosquillas a los británicos por aquellos días, y soltaban sus opiniones muy libremente, aunque les advertí que podría haber un jaleo de cuidado. Esa noche en particular Joe estaba medio borracho, y andaba fanfarroneando por la ciudad con sus seis tiros, buscando pelea. Entonces se dirigió hacia un bar donde sabía que iba a encontrar a alguno de los ingleses tan dispuesto a una pelea como él. Con seguridad, había una media docena haraganeando por allí, y Tom Scott estaba solo, de pie junto al fogón. Joe se sentó a la mesa y puso allí encima su revólver y su cuchillo de monte.

»—Éstos son mis argumentos —me dice—, si algún inglés cobarde se atreve a desmentirme.

»Intenté detenerlo, señores, pero no era un hombre al que se pudiera convencer fácilmente, y empezó a hablar tic una forma que ningún tipo podría

aguantar. ¡Bueno, hasta un “grasiento” se encolerizaría si alguien dijera algo así de su tierra! Hubo un revuelo en el bar, y todos echaron mano a sus armas; pero antes de que pudieran desenfundar oímos una tranquila voz desde el fogón.

»—¡Reza tus oraciones, Joe Hawkins, porque te juro por lo más santo que eres hombre muerto!

»Joe se dio la vuelta, y pareció que agarraba su pistolón; pero no tenía opción de usarlo. Tom Scott estaba de pie, apuntándolo con su Derringer; había una sonrisa en su cara, pero era el mismo diablo el que brillaba en su mirada.

»—No es que la vieja patria me haya tratado demasiado bien —dijo—, pero nadie va a hablar contra ella delante de mí, y seguir vivo.

»Por unos segundos vi cómo su dedo se acercaba al gatillo; luego soltó una carcajada y tiró la pistola al suelo.

»—No —dijo—, no puedo disparar a un hombre medio borracho. Vetecon tu sucia vida, Joe, y úsala mejor que hasta ahora. Esta noche has estado más cerca de la tumba de lo que vas a estarlo hasta que te llegue la hora. Mejor te vas con viento fresco. ¡Ah!, y nunca me mires mal, amigo; no le tengo miedo a tu pistolón. Los gallitos son casi siempre cobardes.

»Y se dio la vuelta con desdén y volvió a encender en el fogón su pipa medio apagada; mientras tanto, Alabama se escabulló del bar con las risas de los ingleses resonando en sus oídos. Vi su cara cuando pasó a mi lado, y allí vi un odio de muerte, señores… asesinato, lo vi más claro que cualquier otra cosa que haya visto en mi vida.

»Me quedé en el bar tras el jaleo, y observé a Tom Scott cuando estrechaba la mano a la gente de alrededor. Me parecía un poco raro verlo sonriente y animado; porque yo conocía la intención sanguinaria de Joe, y sabía que el inglés tenía escasas posibilidades de ver la mañana siguiente. Vivía en un lugar un poco apartado, ya saben, bastante fuera del camino, y había que pasar por la Cañada de los Atrapamoscas para llegar allí. Esa cañada era un lugar sombrío y pantanoso, bastante solitario incluso de día, pues siempre era algo pavoroso ver las hojas de dos y tres metros cerrarse con violencia si algo las tocaba; pero de noche nunca había un alma cerca de allí. Además, algunas partes del pantano eran blandas y profundas, y si se lanzaba allí un cuerpo ya no estaría por la mañana. Me imaginaba a Alabama Joe agazapándose bajo las hojas de la gran Atrapamoscas en el más tenebroso lugar de la cañada, con el ceño fruncido y un revólver en la mano; podía verlo, señores, muy claro con estos ojitos.

»A eso de medianoche Simpson cerró su bar, así que tuvimos que irnos. Tom Scott comenzó su paseo de cuatro kilómetros largos a buen paso. Le dejé caer un aviso al pasar, porque me caía bien el tipo:

»—Mantenga su Derringer suelta en el cinto, señor —le digo—, porque quizá la vaya a necesitar.

»Me miró fijamente con su tranquila sonrisa, y luego lo perdí de vista en la oscuridad. Pensé que no iba a volver a verlo. Apenas había salido cuando viene Simpson y me dice:

«—Va a haber un buen jaleo en la Cañada de los Atrapamoscas esta moche, Jeff; los muchachos dicen que Hawkins partió hace media hora para esperar a Scott y pegarle un tiro en cuanto lo vea. Calculo que mañana va a hacer falta un forense.

»¿Qué pasó aquella noche en la cañada? Esa pregunta se la hacían todos a la mañana siguiente. Había un mestizo en el almacén de Ferguson al amanecer, y dijo que había estado por casualidad cerca de la cañada a eso de la una de la mañana. No era fácil seguir su historia, porque parecía especialmente aterrorizado; pero por fin nos contó que había oído los gritos más estremecedores en la quietud de la noche. No hubo disparos, nos dijo, sino un grito tras otro, un poco ahogados, como de un hombre que tuviera un sarape en la cabeza, y estuviera con un dolor de muerte. Abner Brandon y yo, y algunos más, estábamos en el almacén por entonces; así que montamos y cabalgamos hacia la casa de Scott, yendo de paso por la cañada. Allí no había nada especial que ver… ni sangre, ni señales de lucha, ni nada; y cuando llegamos a la casa de Scott, allí que sale a recibirnos tan fresco como una lechuga.

»—¡Hola, Jeff! —dice—, después de todo no hicieron falta las pistolas. Venid, muchachos, echad un trago.

»—¿No escuchaste ni viste nada anoche al volver? —le digo.

»—No —dice—, estaba todo bastante tranquilo. Un búho ululando un poco en la Cañada de los Atrapamoscas… eso fue todo. Venga, pasad y tomad una copa.

»—Gracias —dice Abner, así que desmontamos; y después Tom Scott fue con nosotros al poblado cuando volvimos.

»Había un tumulto de mil demonios en la calle principal cuando llegamos. Parecía que el grupo americano se había vuelto completamente loco. Alabama Joe no estaba por ninguna parte, ni una maldita partícula de él. Desde que partimos para la cañada nadie lo había visto. Cuando bajamos de los caballos había un buen grupo delante del bar de Simpson, y algunas miradas feas hacia

Tom Scott, se lo digo yo. Había un tintineo de pistolas, y vi que Scott también tenía la mano en su cartuchera. No había por allí ni una cara inglesa.

»—Échate a un lado, Jeff Adams —me dice Zebb Humphrey, el mayor bribón que ha habido sobre la tierra—, nadie te da vela en este entierro. Y bien, muchachos, ¿a nosotros, americanos libres, nos va a matar un maldito inglés?

»Nunca en mi vida había visto suceder algo tan velozmente. Hubo un gesto rápido y un estallido; Zebb estaba en el suelo, con una bala de Scott en el muslo, y también Scott estaba en el suelo, sujeto por una docena de hombres. Era inútil luchar, así que se quedó quieto. Al principio no estaban muy seguros de qué hacer con él, pero luego uno de los grandes compadres de Alabama les puso a ello.

»—Joe no está —dijo—, y no hay nada más cierto que eso, y ahí está el hombre que lo ha matado. Algunos de vosotros sabéis que Joe fue anoche a la cañada a arreglar algunos asuntos; ya no volvió más. Ese inglés de ahí pasó por allá después de que Joe se fuera; tuvieron una pelea, y se oyeron gritos entre las atrapamoscas gigantes. Yo digo que le ha jugado al pobre Joe uno de sus trucos traicioneros, y luego lo ha tirado a la ciénaga. No es extraño que no encontremos el cuerpo. Pero, ¿vamos a consentir cruzados de brazos que un inglés mate a uno de nuestros colegas? Yo creo que no. Que el Juez Lynch lo juzgue, eso es lo que yo digo.

»—¡A lincharlo! —corearon cien voces airadas, pues toda la chusma y canalla del campamento nos rodeaba por entonces.

»—Vamos, chicos, traed una cuerda y a colgarlo. ¡A colgarlo del portón de Simpson!

»—Pero espera —dijo otro dando un paso al frente—, colguémoslo al lado de la atrapamoscas gigante de la cañada. Que Joe vea cómo lo vengamos, si es que lo han enterrado por allí.

»Hubo un bramido general ante eso, y allí que fueron, con Scott atado en su potro en el medio, y una guardia montada, con los revólveres amartillados, a su alrededor; porque sabíamos que había unos veinte ingleses o más por allí, que no parecían reconocer al Juez Lynch, y estaban con ganas de una pelea abierta.

»Salí con ellos, con el corazón apenado a causa de Scott, aunque él no parecía nada afligido, pero absolutamente nada. Era valiente hasta la médula. Parece un poco extraño, señores, lo de colgar a un hombre de una atrapamoscas, pero el nuestro no era un árbol corriente, y las hojas eran como un par de barcas, con una bisagra entre ellas y espinas al fondo.

»Atravesamos la cañada hasta el lugar donde crece la gigante, y allí la vimos con sus hojas, unas abiertas y otras cerradas. Pero vimos algo peor que eso. Alrededor del árbol había unos treinta hombres, todos ingleses, y armados hasta los dientes. Estaban esperándonos, evidentemente, y tenían aspecto de estar de faena, como si hubieran venido por algo y quisieran conseguirlo. Había allí material para una reyerta como en la vida se había visto. Cuando nos acercamos a caballo, un escocés enorme de barba roja —se llamaba Cameron— dio un paso adelante, con el revólver amartillado en la mano.

»—Mirad, muchachos —dice—, no tenéis derecho a tocarle a este hombre ni un pelo de la cabeza. Aún no habéis probado que Joe esté muerto; y, si lo hubierais hecho, tampoco habríais probado que fue Scott quien lo mató. Y, en cualquier caso, hubiera sido en defensa propia; porque todos sabéis que estaba esperando a Scott para matarlo en cuanto lo viera. Así que digo, otra vez, no tenéis derecho a hacer ningún daño a este hombre. Y lo que es más, tengo treinta y seis argumentos encañonados en contra de que lo hagáis.

»—Es un punto de vista interesante, y merece una discusión —dijo el que era compadre de Alabama Joe.

»Hubo ruido de pistolas y desenfundar de cuchillos, y los dos bandos empezaron a acercarse uno a otro; aquello parecía preludiar un aumento de la mortalidad en Montana. Scott estaba atrás, con una pistola en la oreja por si se movía, con aspecto tranquilo y sereno, como si no se jugase nada, cuando de repente dio un respingo y un grito que resonó en nuestros oídos como una trompeta.

»—¡Joe! —gritó—, ¡Joe! ¡Miradlo! ¡En la atrapamoscas!

»Nos volvimos todos y miramos a donde señalaba. ¡Dios bendito! Creo que nunca me sacaré esa imagen de la cabeza. Una de las enormes hojas de la atrapamoscas, que había estado cerrada y tocando el suelo, se estaba enrollando lentamente sobre sus bisagras. Allí, echado como un niño en su cuna, estaba Alabama Joe en el hueco de la hoja. Las grandes espinas le habían atravesado lentamente el corazón al cerrarse sobre él. Se veía que había intentado escapar, porque había un tajo en la gruesa y carnosa hoja, y tenía el cuchillo de monte en la mano; pero lo había asfixiado antes de conseguirlo. Se había echado allí, posiblemente para resguardarse de la humedad mientras esperaba a Scott, y la planta se había cerrado sobre él tal como ven que lo hacen sobre las moscas en sus pequeños invernaderos; y así estaba cuando lo encontramos, lacerado y convertido en pulpa por los grandes

dientes de sierra de la planta antropófaga. Ésta, señores, creo que la admitirán como una historia curiosa.

—¿Y qué fue de Scott? —preguntó Jack Sinclair.

—Bueno, pues lo llevamos en hombros, hasta el bar de Simpson, eso hicimos, y nos invitó a una ronda de tragos. También hizo un discurso —un discurso de órdago— desde el mostrador. Algo sobre el león inglés y el águila americana marchando codo con codo por siempre jamás. Y ahora, señores, el cuento ha sido largo y mi veguero se ha consumido, así que creo que me iré antes de que se haga más tarde.

Y con un «¡buenas noches!» se fue del cuarto.

—¡Un relato muy extraordinario! —dijo Dawson—. ¡Quién iba a pensar que una *Dianoea* tuviera tanta fuerza!

—¡Diantre de cuento extraño! —dijo el joven Sinclair.

—Evidentemente, un hombre veraz y realista —dijo el doctor.

—O el mentiroso más original que haya pisado la tierra —dije yo. Me pregunto cuál de las dos cosas era realmente.

EL CAPITÁN DEL «POLESTAR»[5]

EXTRACTO DEL CURIOSO DIARIO DE JOHN M'ALISTER RAY, ESTUDIANTE DE MEDICINA

SEPTIEMBRE 11

Lat., 81 grados 40 minutos N., long., 2 grados E. Seguimos rodeados de enormes campos de hielo. El que se extiende hacia el norte de nosotros, y al que está aferrada nuestra ancla de hielos, no puede tener una superficie menor que un condado de Inglaterra. A derecha e izquierda se extienden, hasta el horizonte, superficies ininterrumpidas. El oficial informó esta mañana de que hacia el Sudoeste se advertían señales de témpanos flotantes. Si éstos se juntasen adquiriendo una fuerte cohesión, como para impedirnos el regreso, nuestra situación será peligrosa, porque, según he oído decir, nuestros víveres empiezan a escasear. La estación está muy avanzada y vuelven a aparecer las noches. Esta mañana vi una estrella que brillaba justamente encima de la verga del trinquete; es la primera desde primeros de mayo. Reina el descontento entre la tripulación, porque muchos de los hombres desean regresar a toda costa a sus puertos con tiempo suficiente para dedicarse a la pesca del arenque, pues en esta época se pagan altos salarios en la costa de Escocia. Su disgusto sólo se ha exteriorizado hasta este momento en la adustez de sus rostros y en sus miradas amenazadoras; pero esta tarde le he oído decir al segundo oficial que piensan enviar una comisión para que exponga al capitán su malestar. Yo tengo grandes dudas sobre la acogida que el capitán les dispensará, porque es hombre de genio violento y muy sensible a todo cuanto represente quebrantamiento de su autoridad. Me arriesgaré, después de comer, a decirle algunas palabras acerca de este asunto. He comprobado que a mí me tolera cosas que le molestarían dichas por cualquier otro miembro de la tripulación. Desde nuestra cuadra de estribor se distingue la isla de Amsterdam, en el ángulo noroeste de Spitzbergen; es un conjunto de

rocas volcánicas, entrecortadas por vetas blancas, que son otros tantos glaciares. Resulta curioso pensar que los seres humanos más próximos a nosotros en este momento son los que viven en las colonias danesas establecidas al sur de Groenlandia, es decir, que están a sus buenas novecientas millas en vuelo directo. El capitán que arriesga su embarcación en tales circunstancias carga con una gran responsabilidad. Ningún ballenero permaneció nunca en semejantes latitudes a estas alturas del año.

9 DE LA MAÑANA

He hablado con el capitán Craigie, y aunque los resultados de mi conversación no puedan considerarse satisfactorios, no tengo más remedio que reconocer que me escuchó tranquilamente y con gran deferencia. Cuando acabé de hablar, adoptó el aire de férrea resolución que ya he observado muchas veces en su rostro, y se puso a pasear de un lado para otro durante algunos minutos por la estrecha cámara. Al principio temí haberle molestado gravemente; pero él me disipó ese temor volviendo a sentarse y poniendo la mano sobre mi brazo con un gesto que casi parecía una caricia. También en el fondo de sus ojos negros y selváticos observé una expresión de ternura que me sorprendió considerablemente.

—Escuche, doctor —me dijo—: lamento mucho haberle embarcado a bordo, créame, y en este mismo instante daría cincuenta libras por verle sano y salvo en el muelle de Dundee. Esta vez me lo juego todo a cara o cruz. Al norte de donde estamos nosotros hay pesca. ¿Cómo se atreve usted a hacer ese gesto de duda con la cabeza, si yo le aseguro que desde el tope del mástil he visto las ballenas lanzando su chorro al aire?

Todo esto lo dijo en un súbito arrebato de cólera, a pesar de que yo no era consciente de haber realizado ningún ademán de duda.

—He avistado veintidós ballenas en otros tantos minutos, y ninguna de ellas de menos de diez pies de barba, tan cierto como que yo estoy aquí. Y ahora, doctor, ¿cree usted que puedo abandonar esta región cuando sólo me separa de la riqueza una condenada franja de hielo? Si por casualidad soplase mañana viento del Norte, podríamos llenar el barco y alejarnos antes de que los hielos nos encerrasen. Si sopla del Sur…; bien, yo creo que a los hombres de la tripulación se les paga para que arriesguen sus vidas, y en cuanto a mí, es cosa que me importa poco, porque son más los lazos que me unen al otro mundo que a éste. Sin embargo, confieso que estoy pesaroso por usted. Preferiría tener a Angus Tait, que me acompañó en el último viaje, porque era

hombre al que nadie echaría en falta, mientras que usted… Me dijo en cierta ocasión que estaba comprometido para casarse, ¿verdad?

—Sí —le contesté, haciendo funcionar el resorte del medallón que colgaba de la cadena de mi reloj, y mostrándole la pequeña fotografía de Flora.

—¡Váyase al diablo! —bramó, poniéndose en pie de un salto, y hasta la barba se le erizó de furor—. ¿Qué me importa a mí su felicidad? ¿Qué tengo yo que ver con esa joven para que usted me pasee su fotografía delante de los ojos?

Creí que estaba a punto de golpearme, movido por un arrebato de furia; pero, después de lanzarme otra imprecación, abrió la puerta de la cámara y se precipitó fuera, dejándome atónito ante una violencia tan inusitada. Hasta ese momento me había tratado siempre con cortesía y afabilidad. Le estoy oyendo ir y venir muy excitado por la cubierta, encima de mi camarote, mientras escribo estas líneas.

Me agradaría trazar un bosquejo del carácter de este hombre; pero parece presuntuoso intentar ponerlo sobre el papel cuando todavía no tengo en mi mente más que una idea confusa e incierta de él. En varias ocasiones he creído que por fin tenía en mis manos la clave que podría explicarme ese carácter, pero siempre me he visto defraudado al presentárseme el capitán con posterioridad bajo alguna faceta nueva que echaba por tierra todas mis conclusiones. Es posible que ningún ojo humano, aparte de los míos, se pose jamás sobre estas líneas; pero, a pesar de ello, trataré de dejar constancia de cómo era el capitán Nicholas Craigie, aunque sólo sea como tema de estudio psicológico.

Por regla general, el aspecto externo del hombre proporciona ciertas indicaciones de cómo es el alma que alberga en su interior. El capitán es hombre alto y bien formado, de cara morena y hermosa, y tiene una curiosa manera de contraer sus miembros, que puede ser debido a nerviosismo o simplemente un resultado de su exuberante energía. Su mandíbula, todo su porte, es varonil y resuelto, pero el rasgo distintivo de su rostro son los ojos. Tienen un color avellana oscurísimo, son brillantes y de expresión ávida, con una extraña mezcla de temeridad y de algo más; algo que en ocasiones me ha parecido producto más bien del horror que de ningún otro sentimiento. Por regla general, lo que predominaba era la dureza; pero en ciertos momentos, y especialmente cuando estaba pensativo, se extendía por ellos una expresión de temor que se iba profundizando hasta dar un nuevo carácter a todo su rostro. Es en esos momentos cuando está más propenso a los tempestuosos arrebatos

de cólera; y parece tener conciencia de ello, porque le he visto a veces encerrarse para que nadie se acercase a él hasta que hubiese pasado aquella hora negra. Duerme mal, y le he oído gritar durante la noche; pero su camarote está a cierta distancia del mío, y nunca entendí las palabras que pronunciaba.

Ésta es una de las facetas de su carácter, la más desagradable. Sin embargo, si yo la he observado, se debe únicamente a mi estrecho contacto con él, ya que tenemos que alternar por fuerza a diario. Aparte de esto, es un compañero agradable, que ha leído bastante, y que entretiene con su conversación; es, además, un marino tan valeroso como el que más de cuantos pisaron una cubierta de buque. No olvidaré fácilmente cómo se hizo con el gobierno del barco en una ocasión en que una galerna nos sorprendió en medio del hielo flotante a comienzos del mes de abril. Nunca lo he visto más satisfecho en el puente de mando, entre los resplandores de los relámpagos y el ulular del viento. En varias ocasiones me ha dicho que le agrada pensar en la muerte, cosa que resulta triste oír en boca de un hombre joven, porque no tendrá mucho más de treinta años, aunque sus cabellos y su bigote empiecen a blanquear.

Sin duda ha debido de sufrir algún gran dolor que ha agostado su vida entera. Es posible que a mí me ocurriera lo mismo si perdiese a mi Flora. ¡Sólo Dios lo sabe! Pienso que, si no fuese por ella, me preocuparía muy poco que el viento soplase mañana desde el Norte o desde el Sur. Bien; le oigo bajar por la escotilla, y ahora advierto que se ha encerrado en su camarote, lo cual demuestra que no está de muy buen humor. Vamos, pues, a acostarnos, como diría el viejo Pepys, porque la vela se está consumiendo (hemos tenido que recurrir a las velas desde que empiezan a cerrar las noches), y ya se ha retirado el camarero, de modo que no puedo pedirle que me traiga otra.

SEPTIEMBRE 12

Día tranquilo y sereno; el barco sigue en el mismo lugar. El viento, muy suave, sopla del Sudeste. El capitán está de mejor humor, y se ha disculpado durante el desayuno por la manera que tuvo de tratarme. Sin embargo, sigo encontrándole algo distraído, y sus ojos conservan esa expresión extravagante que en un escocés de las tierras altas indicaría que está embrujado; eso fue, por lo menos, lo que me hizo notar el mecánico mayor, hombre que, entre el sector céltico de nuestra tripulación, tenía fama de vidente y de explicador de presagios.

Resulta extraño que la superstición haya conseguido tal influencia sobre esta raza terca y de sentido práctico. Jamás hubiera creído que llegase a tales extremos si no lo hubiese visto por mí mismo. Durante esta expedición hemos padecido una verdadera epidemia, hasta el punto de tener que suministrar a los hombres productos sedantes y tónicos nerviosos, junto con su ración de grog de los sábados. El primer síntoma, poco después de dejar atrás Shetland, fue que los hombres del timón se lamentaban de oír en la estela del barco gritos plañideros y lamentos, como si alguien nos siguiera sin conseguir alcanzarnos. Durante todo el viaje se ha mantenido esta ficción, y en las noches oscuras, cuando empezó la pesca de focas, sólo con grandes dificultades se conseguía que los hombres realizasen sus cuartos de guardia. Lo que aquellos hombres oían era, probablemente, el crujir de las cadenas del timón, o los gritos de algún ave marina que volaba cerca. En varias ocasiones me hicieron salir de la cama para que yo también los escuchase; pero no hará falta que diga que jamás oí nada que se saliese de lo normal. Sin embargo los hombres de la tripulación hablan del asunto con una seguridad tan absurda que resulta inútil discutir con ellos. En cierta ocasión hablé del caso con el capitán, y con gran sorpresa mía lo tomó muy en serio, e incluso me pareció que lo que le dije le había turbado muchísimo. Yo esperaba que, al menos él, estuviese por encima de fantasías tan vulgares.

Aprovecho este párrafo dedicado a las supersticiones para referir que nuestro segundo oficial, Mr. Manson, vio la noche pasada un fantasma, o por lo menos dice que lo vio, lo cual viene a ser lo mismo para el caso. Resulta satisfactorio encontrar algún tema nuevo de conversación después de la inacabable rutina de osos y ballenas que nos lo ha proporcionado por espacio de tantos meses. Manson jura que el barco está embrujado y que no permanecería en él ni un solo día más si tuviera otro empleo. Desde luego, ese hombre está sinceramente asustado, y esta mañana tuve que darle un preparado de bromuro de potasio y de doral para calmarlo. Cuando me permití apuntarle la idea de que quizá la noche anterior había bebido algún vaso de más, se indignó y para sosegarle me vi en la necesidad de escuchar su relato con toda la seriedad de que fui capaz. Desde luego, él narró la historia sin titubeos y como quien cuenta un suceso indiscutible. Dijo así:

—Estaba yo en el puente a eso de las cuatro campanadas de la guardia media, es decir, cuando la oscuridad de la noche era más completa. Había en el cielo un retazo de luna, pero las nubes pasaban constantemente por delante de ella, de modo que era muy poco lo que podía distinguirse más allá del barco. John M'Leod, el arponero, vino hacia la parte de popa desde la punta

del castillo de proa a comunicarme que por la cuadra de estribor se oía un ruido extraño. Fui con él hasta allí, y los dos escuchamos el ruido del que hablaba, que unas veces parecía el llanto de un niño y otras el de una joven en pena. Llevo veinte años viniendo a estas regiones, y nunca oí que ninguna foca, vieja o joven, hiciese un ruido como aquél. Estábamos, pues, en la parte delantera del castillo de proa cuando la luna salió de detrás de una nube, y el arponero y yo vimos una especie de figura blanca que se movía por el campo de hielo en la misma dirección en que nosotros habíamos oído llorar. La perdimos de vista durante un rato, pero volvió por la parte de proa, a babor, y apenas si pudimos distinguirla como una sombra sobre el hielo. Envié a un marinero a popa en busca de los rifles y M'Leod y yo bajamos al banco de hielo, pensando que quizá se tratase de un oso. Una vez en el campo de hielo perdí de vista al arponero, pero yo avancé hacia el lugar desde el que seguían llegando los lamentos. Caminé un trayecto de una milla, o quizá más, hasta que, al rodear corriendo un montículo, descubrí aquella cosa en lo alto del mismo, de pie y como si me estuviese esperando. Yo no sé qué era. Desde luego no se trataba de un oso, porque era alto, blanco y recto, y yo apostaría cualquier cosa, a que si no se trataba de un hombre o de una mujer, era algo mucho peor. Volví al barco a todo correr, y me sentí muy aliviado cuando puse los pies a bordo. Yo firmé mi compromiso de servir en este barco, y en este barco me quedaré, pero no habrá nadie que me lleve al hielo después de la puesta de sol.

He repetido lo que me dijo, procurando hacerlo con las mismas palabras. Yo, a pesar de que él lo niegue, creo que lo que Mr. Manson vio fue un oso joven alzado sobre sus patas traseras, que es la actitud que suelen adoptar con frecuencia cuando están alarmados. A la luz indecisa de la luna ofrecería cierto parecido con una figura humana, especialmente si el hombre que lo veía tenía los nervios algo alterados. Fuera lo que fuera, es un suceso desgraciado, pues ha influido de manera muy desfavorable en la tripulación; las caras de los hombres son más adustas que antes y su descontento se expresa más abiertamente. Este doble agravio, que se les impida participar en la pesca del arenque y tener que seguir sirviendo en un buque que ellos se empeñan en considerar embrujado, puede llevarlos a dar algún paso temerario. Hasta los arponeros, que son los hombres más antiguos y más seguros, empiezan a participar de la agitación general.

Con independencia de este estallido absurdo de superstición, parece que las cosas se presentan bastante más satisfactorias. El campo de hielo que se formaba hacia el sur de donde estamos ha desaparecido en parte, y el agua

está tan templada que me siento inclinado a creer que nos encontramos en una de las ramas de la corriente del golfo que pasa entre Groenlandia y Spitzbergen. Alrededor del barco hay numerosas medusas y limones de mar, además de gran cantidad de camarones, de modo que hay muchas probabilidades de que se descubra alguna ballena. A decir verdad, hacia la hora de la comida vimos que una de ellas lanzaba un soplido, pero la situación en que se encontraba hizo imposible que nuestras lanchas la persiguieran.

SEPTIEMBRE 13

He tenido una conversación interesante en el puente con el primer oficial, Mr. Milne. Por lo visto, nuestro capitán resulta un enigma tan completo para los hombres de mar, e incluso para los propietarios de esta embarcación, como lo ha sido para mí. Mr. Milne me cuenta que cuando, al rendir viaje, se paga a todo el mundo, el capitán Craigie desaparece, y ya no se le vuelve a ver hasta que se aproxima otra estación; entonces entra tranquilamente en las oficinas de la Compañía y pregunta si serán necesarios sus servicios. No tiene ningún amigo en Dundee, ni hay nadie que afirme conocer su vida en épocas anteriores. El cargo que se le confía depende por completo de su habilidad como hombre de mar, y de la fama de hombre valiente y sereno que se ganó en su calidad de oficial, antes de que le confiasen el mando supremo de un barco. Según opinión unánime, no es escocés, y el nombre y apellido que usa son supuestos. Mr. Milne piensa que se ha dedicado a la pesca de ballenas únicamente porque era la más peligrosa de las ocupaciones que podía elegir, y asegura también que nuestro capitán busca la muerte de cuantas maneras puede. Citó varios casos en apoyo de su afirmación; uno de ellos es bastante curioso si, en efecto, es cierto. Según parece, un año no apareció por las oficinas, y se eligió a otro hombre para sustituirle. Eso ocurrió allá durante la última guerra entre rusos y turcos. Cuando volvió a comparecer a la primavera siguiente, tenía en un lado del cuello la cicatriz de una herida, y acostumbraba a ocultarla con la corbata. Yo no estoy en condiciones de afirmar que el oficial estaba en lo cierto al sacar de aquello la conclusión de que nuestro capitán había estado en la guerra. Desde luego, la coincidencia es extraña.

El viento está rolando en dirección Este, pero es todavía muy suave. Tengo la impresión de que el campo de hielo está más cerca que ayer. Por todas partes y hasta donde alcanza la vista se extiende una inmensa llanura de blancura absoluta, rota únicamente por alguna grieta o por la negra sombra de

un montículo. Por el lado del Sur queda el estrecho camino de agua azul que constituye nuestra única posibilidad de huida, y que se va estrechando más cada día. El capitán está cargando sobre sí una grave responsabilidad. Me dicen que el depósito de patatas se ha agotado y que también el bizcocho anda escaso, a pesar de lo cual él mantiene el mismo rostro impasible, y se pasa la mayor parte del día en el puesto del vigía, en lo más alto del mástil, recorriendo el horizonte con sus gemelos. Su genio es muy variable; se diría que ahora rehúye mi compañía, aunque no se ha repetido la escena violenta de la otra noche.

7.30 DE LA MAÑANA

Mi opinión, muy meditada, es que estamos a las órdenes de un loco. No hay manera de explicar de otro modo las insólitas extravagancias del capitán Craigie. Es una suerte que lleve este Diario de nuestra expedición, porque nos servirá de justificación en caso de que tengamos que someterlo a alguna coerción, cosa a la que yo no accederé si no es en último extremo. Resulta curioso que haya sido él mismo quien apuntara la posibilidad de que el secreto de su extraña conducta esté en la locura y no simplemente en la excentricidad. Hará cosa de una hora, mientras yo iba y venía paseándome por el alcázar, el capitán estaba en el puente, oteando como siempre el mar con sus gemelos. La mayoría de la tripulación estaba abajo tomando el té, porque en estos últimos días no se han cumplido las guardias con toda regularidad. Cansado de pasear, me recosté en la amurada y me quedé mirando el suave resplandor que el sol poniente proyectaba sobre los grandes campos de hielo que nos rodean. Una voz áspera me sacó bruscamente de la ensoñación en que había caído y, al volverme sobresaltado, me encontré con que el capitán había bajado a cubierta y estaba a mi lado. Miraba por la superficie del hielo con una expresión en la que el horror, la sorpresa y algo que se acercaba al júbilo pugnaban por imponerse. A pesar del frío, le caían de la frente gruesas gotas de sudor, y saltaba a la vista que se encontraba muy excitado. Sus miembros se contraían lo mismo que los de un hombre que se encuentra al borde de un ataque de epilepsia, y las comisuras de sus labios estaban tensas y duras.

—¡Mire! —jadeó, agarrándome de la muñeca; pero sus ojos permanecían fijos en los hielos lejanos y su cabeza se movía lentamente en dirección horizontal, como si siguiera algún objeto que se moviera cruzando su campo de visión—. ¡Mire! ¡Allí, hombre, allí! ¡Entre aquellos montículos! ¡Ahora

sale de detrás del más lejano! ¿La ve usted, la ve usted? ¡Tiene que verla! ¡Todavía está allí! ¡Huye de mí, vive Dios, huye de mí! ¡Ya desapareció!

Pronunció estas dos últimas palabras en un cuchicheo de angustia concentrada que no se me borrará jamás de la memoria. Se aferró a los flechastes y trató de trepar hasta el antepecho, como si esperase obtener una última ojeada de la visión que desaparecía. Pero sus fuerzas no se lo permitieron y cayó contra las claraboyas del salón, en las que se apoyó, jadeante y agotado. Su rostro estaba tan lívido que creí que iba a perder el conocimiento, por lo que me apresuré a ayudarle a bajar por la escalera de la escotilla, y lo acosté en uno de los sofás de la cámara. Enseguida le vertí un poco de aguardiente entre los labios, apoyando en ellos la botella, y eso ejerció un efecto tan fulminante que le subió de nuevo la sangre a la cara lívida y aquietó los respingos de sus pobres miembros. Se incorporó sobre un codo, miró a su alrededor para ver si estábamos solos, y me hizo señas para que me acercase y me sentase a su lado.

—Usted la vio, ¿verdad que sí? —me preguntó, hablando siempre en el tono de voz apagado y temeroso de antes, que tan ajeno era al carácter de aquel hombre.

—No, yo no vi nada.

Entonces dejó caer la cabeza hacia atrás sobre los almohadones, y murmuró:

—Claro, no podía verla sin gemelos. No podía verla. Si yo la vi fue gracias a los gemelos, y gracias a ellos vi también los ojos amorosos… los ojos amorosos. Doctor, no deje que entre el camarero. Va a creer que estoy loco. Eche el cerrojo por dentro, hágame el favor.

Me levanté e hice lo que me pedía.

Permaneció un rato en silencio, embebido en sus pensamientos; luego, volvió a incorporarse sobre el codo y pidió un poco más de aguardiente.

—Usted, doctor, no cree que estoy loco, ¿verdad? —me preguntó en el momento en que yo volvía a colocar la botella en el estante—. Dígame ahora, de hombre a hombre: ¿cree usted que estoy loco?

—Lo que creo es que tiene usted en el alma alguna preocupación que le excita y que le hace muchísimo daño —le contesté.

—¡Ha dado usted en el blanco, muchacho! —exclamó él, con los ojos centelleantes por efecto del aguardiente—. Tengo muchas cosas en el alma, muchas. Pero todavía soy capaz de calcular la latitud y la longitud, y manejo mi sextante y mi tabla de logaritmos. ¿Verdad que ante un tribunal de justicia no podría usted presentar pruebas suficientes de que estoy loco?

Resulta curioso oír a este hombre, que estaba tumbado de espaldas, plantear fríamente el problema de si su razón regía o no regía. Yo le contesté:

—Es posible que no; pero sigo pensando que haría usted bien en regresar cuanto antes a puerto, y asentarse para vivir una vida tranquila durante algún tiempo.

—De manera que volver a puerto, ¿eh? —murmuró con una mueca de burla—. Una frase en mi favor y dos en favor de usted. Asentarme para vivir con Flora, con la linda Florita. ¿Son síntomas de locura las pesadillas?

—A veces, sí —le contesté.

—¿Y qué otros síntomas hay? ¿Cuáles serían los primeros síntomas de la locura?

—Dolores de cabeza, zumbidos en los oídos, centelleos de luz delante de los ojos, engaños visuales…

—¿Ah, sí? ¿En qué consiste esto último? —me interrumpió—. ¿A qué llamaría usted un engaño visual?

—A ver lo que no existe en la realidad.

—¡Pero si ella estaba realmente allí! —dijo quejumbroso y como hablando consigo mismo—. ¡Estaba realmente allí!

Se levantó, descorrió el cerrojo de la puerta y se encaminó con paso lento e inseguro a su propio camarote, del que estoy seguro que no saldrá hasta mañana por la mañana. Cualquiera que sea la visión que creyó ver como realidad, lo cierto es que su organismo ha recibido un choque terrible. Ese hombre se convierte para mí cada día en un misterio mayor, aunque me temo que la solución que él mismo ha sugerido es la exacta y que tiene perturbada la razón. No creo que tenga nada que ver con su comportamiento una conciencia culpable. Esta idea corre entre los oficiales, y, según tengo entendido, es la más extendida entre la tripulación; pero yo no he advertido nada en que pueda apoyarse. No tiene el aspecto de un culpable, sino el de un hombre que ha sido terriblemente maltratado por la suerte, y al que habría que mirar como a un mártir más que como a un criminal.

El viento rola esta noche hacia el Sur. ¡Que Dios nos proteja si llega a cerrar el estrecho paso que constituye nuestro único camino hacia la salvación! Situados como estamos al borde del principal campo de hielo del Ártico, es decir, en lo que los balleneros llaman la barrera, cualquier viento del Norte contribuye a romper el hielo a nuestro alrededor, permitiéndonos la fuga, mientras que todo viento del Sur empuja hacia arriba los hielos flotantes que hay a nuestras espaldas y nos encierra entre dos campos helados. ¡Que Dios nos proteja, repito!

SEPTIEMBRE 14

Domingo: día de descanso. Mis temores se han visto confirmados: la estrecha franja de aguas azules ha desaparecido del Sur. A nuestro alrededor se ven sólo grandes campos de hielo inmóviles, con sus extraños montículos y sus fantásticos pináculos. Reina por toda la ancha extensión de hielo un silencio de muerte que produce una sensación horrible. Ya no se oye el palmoteo de las olas, el grito de las gaviotas ni el crujir de las velas hinchadas por el viento, sino que reina un profundo silencio universal, en el que los murmullos de los marineros y el crujir de sus botas sobre la cubierta, de una blancura resplandeciente, parecen desentonar y estar fuera de su lugar. Nuestro único visitante fue un zorro ártico, extraño en los campos de hielo, aunque abunda bastante en tierra. Sin embargo, no se acercó al barco, sino que, después de escrutarlo desde alguna distancia, huyó rápidamente a través del hielo. Esta actitud resultó extraña, porque esos animales no saben nada del hombre y, como son curiosos por naturaleza, llegan a familiarizarse tanto que resulta cosa fácil su captura. Incluso este pequeño incidente produjo mala impresión en los tripulantes, por increíble que parezca. El comentario de uno de los principales arponeros, al que los demás otorgaron su aquiescencia con movimientos afirmativos de cabeza, fue éste: «Ese pobre animal barrunta más, sí, señores, y ve más que ustedes y que yo».

Resulta inútil tratar de razonar contra supersticiones tan pueriles. Ellos han formado ya su creencia de que este barco lleva encima una maldición, y no habrá nada capaz de convencerles de lo contrario.

El capitán permaneció recluido todo el día, menos una media hora, por la tarde, que salió al alcázar. Me fijé en que no apartaba la vista del lugar donde se le había aparecido la visión del día anterior, y me preparé para otro acceso por el estilo, pero no se produjo. Parecía que no me veía, aunque me encontraba junto a él. El mecánico principal leyó, como de costumbre, los sagrados oficios. Es curioso que en los barcos balleneros se emplee siempre el libro de oraciones de la Iglesia de Inglaterra, aunque no haya jamás ni un solo adepto de dicha Iglesia entre los oficiales ni entre la tripulación. Los de la nuestra son exclusivamente católicos romanos o presbiterianos, con predominio de los católicos.

Como se emplea un rito extraño a ambos, ni unos ni otros pueden quejarse de que haya preferencias, y escuchan los rezos con toda atención y devoción. Tiene, pues, el sistema algo de recomendable.

La puesta de sol fue magnífica: los campos de hielo parecían un lago de sangre. Jamás he contemplado un efecto más maravilloso y al mismo tiempo más raro. El viento está rolando. Si durante veinticuatro horas sopla del Norte, nuestra situación será todavía buena.

Septiembre 15

Hoy es el cumpleaños de Flora. ¡Querida mía! Mejor es que no pueda contemplar a su chico, como ella me llamaba, encerrado entre los campos de hielo, a las órdenes de un capitán loco, y con provisiones para unas pocas semanas solamente. Estoy seguro de que lee todas las mañanas la lista de entradas y salidas de barcos en el *Scotsman* para ver si da noticias de nuestra llegada desde Shetland. Yo tengo que dar ejemplo a la tripulación y mostrarme alegre y despreocupado; Dios sabe, sin embargo, que hay momentos en que me pesa muchísimo el corazón.

El termómetro marca hoy 19 grados Fahrenheit. El viento es escaso, y cuando sopla lo hace desde un cuadrante desfavorable. El capitán está de un humor excelente; sospecho que cree haber visto algún otro agüero o visión durante la noche, porque a primera hora de la mañana entró en mi camarote, se inclinó sobre mi litera y me cuchicheó: «No era un engaño visual, doctor. Todo es verdad».

Después de desayunar, me pidió que hiciese el inventario de la cantidad de alimentos que quedaban, y me dediqué a ello con la ayuda del segundo oficial. Son más escasos todavía de lo que habíamos calculado. A proa disponen de medio tanque de bizcocho, tres barriles de carne salada y una cantidad muy pequeña de café y de azúcar. En la despensa y estantería de popa hay una gran cantidad de artículos de lujo, tales como salmón en lata, sopas, carnero con vainas de judías, etcétera, pero darán para muy poco al repartirlas entre una tripulación de cincuenta hombres. En el almacén hay dos barricas de harina y una cantidad ilimitada de tabaco. Cuando le llevamos el informe de aquellas existencias al capitán, dio orden de que se tocase el silbato llamando a toda la tripulación, y les dirigió la palabra desde el alcázar. Nunca le vi desenvolverse mejor. Con su figura alta y bien formada y su rostro moreno y expresivo, parecía un hombre nacido para mandar, y expuso la situación a la manera fría propia de un marino, demostrando que, al mismo tiempo que medía todo el alcance del peligro, no se le escapaba tampoco ninguna de las posibilidades de salir de él. Habló de esta manera:

—Muchachos: estoy seguro de que pensáis que os he metido en una situación de la que es difícil salir, y quizá alguno de vosotros sienta rencor hacia mí por ello. Pero recordad que en las últimas temporadas ningún barco regresó a nuestro puerto con tanto dinero en aceite como este viejo *Polestar*, y que todos vosotros recibisteis la parte que os correspondía del mismo. Vosotros habéis podido dejar en casa a vuestras mujeres sin que les falte nada, mientras que otros pobres marineros las encuentran recogidas en un asilo de caridad cuando regresan al país. Si tenéis que estarme agradecidos por lo primero, también creo que debéis agradecerme lo segundo, de manera que estamos a mano. No es la primera vez que intentamos aventuras audaces, y siempre hemos salido de ellas con bien, de modo que, aunque en esta ocasión hayamos intentado una de esas aventuras, y hayamos fracasado, no hay razón para que protestemos por ello. Si lo malo se convierte en lo peor, siempre podremos encaminarnos hacia tierra a través de los campos de hielo, y reunir un stock de focas como para mantenernos con vida hasta la primavera. Sin embargo, no llegaremos a eso, porque vosotros y yo avistaremos las costas de Escocia antes de que hayan transcurrido tres semanas. Por ahora todos tendremos que ponernos a media ración, y esa media ración será para todos igual, sin preferencia para ninguno. Manteneos animosos y saldremos de este paso lo mismo que hemos salido con bien de muchos peligros antes de ahora.

Estas pocas y sencillas palabras del capitán produjeron un efecto maravilloso en la tripulación. Se olvidaron de su anterior impopularidad, y el viejo arponero, al que me he referido antes al hablar de su superstición, fue el que inició los tres vítores en los que yo tomé parte cordial, junto con toda la tripulación.

Septiembre 16

El viento ha rolado durante la noche hacia el Norte, y se advierten en el hielo síntomas de que se está abriendo. La tripulación está de buen humor, a pesar de la corta ración a que está sometida. En el cuarto de máquinas se mantienen las calderas a presión, a fin de que no se pierda un momento si se presenta la oportunidad de escapar. El capitán da muestras de un genio exuberante, aunque alguna que otra vez se advierte aquella extraña expresión de embrujamiento de que he hablado anteriormente. Este estallido de buen humor me intriga más aún que su anterior melancolía. No logro comprenderlo. Creo haber mencionado en la primera parte de este Diario que

una de las rarezas del capitán consiste en no permitir que entre nadie en su camarote, hasta el punto de que él mismo se hace la cama y atiende a todos los detalles de su comodidad.

Con gran sorpresa mía, hoy me entregó la llave de su camarote y me pidió que bajase y tomase el tiempo por su cronómetro, mientras él calculaba la altura del sol a mediodía. Se trata de una habitación pequeña y sencilla, en la que los únicos lujos, aparte de algunos cuadros que cuelgan de las paredes, son un lavabo vertical y unos cuantos libros. La mayor parte de los cuadros son pequeñas oleografías baratas; pero uno de ellos, pintado a acuarela, representaba la cabeza de una mujer joven que atrajo mi atención. Era evidentemente un retrato, y no uno de esos caprichosos ejemplares de belleza femenina a que tan aficionados son los hombres de mar. Ningún artista habría sido capaz de sacarse de su propia imaginación una mezcla tan curiosa de energía y debilidad. Los ojos lánguidos, ensoñadores, de pestañas largas, y la frente ancha y baja, sin arrugas de preocupaciones ni de pensamientos, presentaban un fuerte contraste con la mandíbula, recta y abultada y con lo tenso del labio inferior. Debajo del retrato había escrito en uno de los ángulos: «M. B., aet. 19.» En aquel entonces me pareció increíble que en el corto espacio de diecinueve años de vida alguien fuese capaz de desarrollar la energía de voluntad que mostraba aquella cara. Debió de haber sido una mujer extraordinaria. Sus facciones ejercieron sobre mí tal fascinación que, a pesar de no haber tenido tiempo de dirigirles más que una rápida mirada, sería capaz, si tuviese habilidades de dibujante, de reproducirlas línea por línea en esta página de mi Diario. ¿Qué papel habrá representado esa mujer en la vida de nuestro capitán? Tiene colgado el cuadro a los pies de su litera, de modo que sus ojos puedan mirarlo siempre. Si el capitán fuese un hombre menos reservado, me permitiría hacerle alguna observación a ese respecto. De todo lo demás que había en el camarote, nada merece ser mencionado —zamarras de uniforme, un taburete de campamento, un espejito, un estuche de tabaco y numerosas pipas, entre las que había un narguile oriental—, detalle este último, dicho sea de paso, que parece dar cierto viso de probabilidad a lo que contó Mr. Milne sobre la participación del capitán en la guerra, aunque la relación entre una cosa y otra parezca bastante lejana.

11.20 DE LA NOCHE

El capitán acaba de ir a acostarse después de haber mantenido una larga e interesante conversación sobre temas generales. Cuando quiere sabe ser un

compañero encantador, porque ha leído mucho y sabe expresar sus opiniones con fuerza sin sentar plaza de dogmático. Yo siento rencor contra quienes me dan pisotones en la punta de los dedos de mis pies intelectuales. Habló acerca de la naturaleza del alma, y expuso someramente el pensamiento de Aristóteles y de Platón acerca del problema, expresándose de manera magistral. Él, por su parte, parece inclinado a la teoría de la metempsicosis y a las doctrinas de Pitágoras. Hablando de ellas, se refirió al espiritualismo moderno, lo que me dio ocasión de aludir en broma a las imposturas de Slade; con gran sorpresa mía, él me puso muy en guardia contra la tentación de confundir al inocente con el culpable, argumentando que sería tan absurdo como calificar el cristianismo de error porque hubo un Judas que profesaba esa religión y era un canalla. Poco después me dio las buenas noches y se retiró a su habitación.

El viento está adquiriendo fuerza y sopla de una manera persistente desde el Norte. Las noches son ya tan oscuras como las de Inglaterra. Confío en que mañana nos veremos libres de nuestras cadenas de hielo.

Septiembre 17

Otra vez el fantasma. ¡Gracias a Dios que tengo los nervios fuertes! La superstición de estos pobres hombres y los relatos circunstanciales, que hacen con la máxima seriedad y convicción, horrorizarían a cualquier hombre que no estuviese acostumbrado a sus cosas. Circulan muchas versiones acerca del asunto, pero la suma total de las mismas es que alguna cosa extraña y desconocida ha estado moviéndose durante la noche alrededor del barco, y que la han visto Sandie M’Donald, de Peterhead, y Peter Williamson, el Largo, de Shetland, y también Mr. Milne, que estaba en el puente. Así pues, como son tres los testigos, pueden defender mejor el caso que como lo hizo el segundo oficial. Hablé después del desayuno con Milne y le dije que él debería estar por encima de tales absurdos, y que, en su calidad de oficial, estaba obligado a dar mejor ejemplo a la tripulación. Él movió de un lado a otro, con expresión ominosa, la cabeza curtida por la intemperie, pero me contestó con su cautela característica:

—Doctor, quizá sí y quizá no me parezca a mí un fantasma. Yo no puedo decir que preste fe a todas esas leyendas de fantasmas del mar y cosas por el estilo, aunque son muchos los que afirman haber visto uno con sus propios ojos. Yo no soy asustadizo, pero quizá se le hubiese helado la sangre también a usted un poco si, en lugar de hablar del asunto a la luz del día, hubiese

estado conmigo la noche pasada y hubiese visto una forma espantosa, blanca y horrible, unas veces aquí, otras allí, gimiendo en la oscuridad igual que un corderito que ha perdido a su madre. Yo creo que estaría usted menos inclinado a decir que son cuentos de viejas.

Vi que era inútil ponerme a razonar con él, y me conformé con pedirle como favor personal que me llamase la próxima vez que apareciese el espectro. Él accedió a mi petición con grandes exclamaciones que demostraban su deseo de que no se presentase nunca semejante oportunidad.

Tal y como esperaba, el blanco desierto que teníamos a nuestras espaldas aparece roto por muchos canales estrechos de agua, que lo cortan en todas direcciones. Nuestra latitud en el día de hoy es de 80 grados 52 minutos Norte, lo que demuestra que nuestro campo de hielo sufre un fuerte arrastre hacia el Sur. Si el viento continúa siendo favorable, ese campo de hielo desaparecerá con la misma rapidez con que se formó. De momento, lo único que podemos hacer es fumar, esperar y confiar en la buena suerte. Me estoy convirtiendo rápidamente en un fatalista. El hombre no puede ser otra cosa cuando trata con factores tan inseguros como el viento y el hielo, fueron quizá el viento y las arenas de los desiertos de la Arabia los que dieron a los primitivos discípulos de Mahoma su tendencia a inclinarse ante el Destino.

Las alarmas provocadas por el espectro ejercen una fatal influencia en el capitán. Yo temí que pudieran excitar su temperamento sensible, y traté de ocultarle la absurda historia; pero, por desgracia, oyó que uno de los hombres de la tripulación aludía a ella y exigió que se le informase de lo que ocurría. Tal como había previsto, esa historia sacó a la superficie toda su oculta locura bruscamente. Casi no podía creer que fuese el mismo hombre que la noche anterior había hablado de temas filosóficos con profundidad y juicio sereno. En este momento se pasea de un lado a otro por el alcázar igual que un tigre enjaulado, deteniéndose de cuando en cuando para mirar fijamente, con impaciencia, por toda la extensión del campo de hielo. No para de hablar entre dientes consigo mismo, y en una ocasión ha gritado: «¡Ya falta poco tiempo, amor mío; ya falta poco tiempo!»

Es triste ver a un marino valeroso, a un cumplido caballero, reducido a semejante estado, y pensar que la imaginación y la ilusión puedan acobardar a un espíritu para el que el peligro auténtico constituye la sal de la vida. ¿Cuándo se ha visto un hombre en una situación como la mía, entre un capitán loco y un primer oficial que ve fantasmas? Hay ocasiones en que pienso que soy la única persona verdaderamente equilibrada en todo el barco, salvo, quizá, el segundo maquinista, que es una especie de rumiante, y al que

no le preocuparían todos los demonios del mar Rojo mientras lo dejasen en paz y no revolviesen sus herramientas.

El hielo se deshace rápidamente y existen grandes probabilidades de que podamos lanzarnos a navegar mañana por la mañana. Cuando cuente en mi casa todo lo que me ha ocurrido, van a creer que estoy fantaseando.

12 DE LA NOCHE

He sufrido un gran sobresalto, aunque ya me siento más tranquilo gracias a un buen vaso de aguardiente. Sin embargo, como podrá testimoniarlo mi letra, no he vuelto aún, ni con mucho, a mi estado natural. El hecho es que he vivido un extraño incidente, y empiezo a dudar de si tenía razón suficiente cuando califiqué de locos a todos los hombres de este barco porque aseguraban haber visto cosas que mi entendimiento juzgaba carentes de toda razón. ¡Bah! Soy un estúpido por dejar que semejante insignificancia me enerve; sin embargo, viniendo, como viene, después de todas estas alarmas, tiene un significado especial. Ya no puedo poner en duda los relatos de Mr. Manson y del oficial, después de haber experimentado lo mismo de que antes me burlaba.

Después de todo, no fue nada alarmante… un simple ruido y nada más. Ya sé que no puedo esperar que todas las personas que lean esto, si es que alguien lo lee, comprendan mis sentimientos o se den completa cuenta del efecto que me produjo en aquel entonces. Habíamos acabado de cenar, y yo había salido a cubierta para fumarme tranquilamente una pipa antes de acostarme. La noche era muy lóbrega; tanto que, de pie y debajo de la lancha de cuadra de popa, no alcanzaba a distinguir al oficial que estaba en el puente. Creo haberme referido ya al extraordinario silencio que reina en los mares helados. En otras regiones del globo, aunque sean completamente solitarias, hay siempre una leve vibración en el aire: un ligero runruneo, ya proceda de lugares lejanos habitados por el hombre, de las hojas de los árboles, del aleteo de los pájaros o incluso del insignificante roce de la hierba que cubre el suelo. Es posible que no tengamos conciencia de tal runruneo, pero si se detuviese súbitamente, lo echaríamos de menos. Sólo aquí, en los mares árticos, se nos mete en la conciencia, con toda su horrenda realidad, el silencio absoluto, de insondable profundidad. El tímpano se tensa para captar el más leve murmullo y se regodea anhelante con cualquier ruido accidental que se produce dentro del barco. En tal estado de ánimo me encontraba yo, recostado en el antepecho, cuando se dejó oír desde el hielo, casi exactamente frente a

mí, rompiendo el silencio de la noche, un grito agudo y penetrante, que empezó por una nota que no creo que haya alcanzado jamás una soprano alta, y que fue subiendo cada vez más hasta culminar en un largo gemido de agonía, que bien podía ser el grito postrero de un alma en pena. Todavía resuena en mis oídos el grito fantasmal. Quien lo lanzaba parecía expresar dolor, un dolor indecible, y un inmenso anhelo; y, sin embargo, de cuando en cuando, la expresión del dolor estaba cortada por una nota de júbilo. El grito estalló muy cerca de mí; pero, por más que me esforcé por penetrar en las tinieblas, no conseguí distinguir nada. Esperé algún tiempo, pero no volvió a repetirse el grito. Después, bajé a mi camarote, trastornado como jamás lo he estado en mi vida. Al bajar por la escotilla me crucé con Mr. Milne, que subía a relevar al oficial de guardia, y me dijo:

—Qué, doctor, ¿eran cuentos de viejas? ¿Oyó su lamento? ¿Se trata de supersticiones? ¿Qué opina ahora?

No tuve más remedio que disculparme ante aquel hombre honrado, y le confesé que estaba tan intrigado como él. Quizá mañana por la mañana vea las cosas de otro modo. En este momento casi ni me atrevo a escribir todo lo que pienso. Quizá si lo volviese a leer más adelante, cuando me haya liberado de este ambiente, sentiría desprecio hacia mí mismo por haber sido tan débil.

SEPTIEMBRE 18

He pasado una noche intranquila y desasosegada, perseguido constantemente por aquel extraño ruido. Tampoco parece que el capitán haya descansado mucho, porque tiene el rostro desencajado y los ojos inyectados en sangre. No le he contado, ni le contaré, mi aventura de la noche pasada. Aun sin conocerla ya está bastante inquieto y excitado, tan pronto de pie como sentado, incapaz de quedarse tranquilo en un sitio.

Esta mañana apareció en el campo de hielo una espaciosa vía de agua, tal y como había previsto, y pudimos levantar el ancla del hielo, y navegar después unas doce millas en dirección Oeste-Sudoeste. Pero allí nos detuvo otro gran campo de hielo flotante, tan macizo como cualquiera de los que hemos dejado atrás. Nos cierra el paso por completo, así que no nos queda otro recurso que echar de nuevo el ancla y esperar a que se rompa, cosa que ocurrirá probablemente antes de veinticuatro horas, si persiste el viento. Divisamos varios lobos marinos de nariz de vejiga, y matamos uno a tiros. Era un animal enorme, de más de once pies de longitud. Son animales valerosos y combativos; según se dice, son capaces de hacer frente a un oso.

Por suerte, son lentos y torpes en sus movimientos, de modo que no es muy peligroso atacarlos sobre la superficie del hielo.

Es evidente que el capitán no cree que hayamos llegado al límite de nuestras dificultades, aunque no llego a penetrar en las razones que tiene para juzgar la situación tan sombría, ya que todos los demás opinan que nos hemos salvado de una manera milagrosa, y están seguros de que llegaremos al mar abierto.

—Doctor, supongo que pensará que ya pasó todo peligro, ¿verdad? —me preguntó cuando nos sentábamos a comer juntos.

—Así lo espero —le contesté.

—Pues yo no estaría tan seguro… aunque, sin duda, tiene usted razón. ¿Verdad, joven, que muy pronto nos veremos en brazos de las mujeres que constituyen nuestro leal amor? Pero no debemos estar demasiado seguros, no debemos exagerar nuestra seguridad.

Permaneció sentado unos momentos, balanceando pensativo las piernas atrás y adelante, y prosiguió:

—Escúcheme. El lugar en que nos encontramos es peligroso hasta en las mejores circunstancias. Es traicionero y peligroso. Yo he visto a hombres que han desaparecido en un segundo en un suelo como éste. A veces es suficiente un resbalón; un simple resbalón, y se hunde usted por una grieta, y sólo queda un burbujeo de aguas verdes para indicar el sitio en que se hundió.

Siguió diciendo con una sonrisa nerviosa:

—Es extraño, pero durante todo el tiempo que anduve por estos parajes jamás se me ocurrió hacer testamento. No porque tenga nada de particular que legar, sino porque el hombre que está expuesto a peligros debe tener siempre las cosas listas y arregladas. ¿No cree?

—Desde luego —le contesté, preguntándome adonde quería ir a parar.

—El saber que uno lo tiene todo dispuesto produce alivio —prosiguió—. Pues bien: si algo me ocurriese, espero que usted se ocupe de mis asuntos. En el camarote hay pocas cosas de valor; pero yo deseo que iodo lo que contiene se venda, y que su producto se reparta entre los hombres de la tripulación, en proporción idéntica a como se reparte el dinero del aceite. Deseo que guarde usted el cronómetro como pequeño recuerdo de nuestra expedición. Claro está que esto es una simple precaución, pero me pareció conveniente hablarle del asunto. Me imagino que, llegado el caso, puedo confiar en usted, ¿verdad?

—Con absoluta seguridad —le contesté—, y puesto que usted da este paso, creo que yo también…

—¡Usted! ¡Usted! —me interrumpió—. A usted no le pasará nada. —¿Qué tiene que ver todo esto con usted? Bien; me he dejado llevar por el genio, pero la verdad es que no me gusta que un joven, que apenas ha empezado a vivir, se preocupe de la muerte. Suba a cubierta y respire un poco de aire puro, en lugar de estar conversando de cosas idiotas en la cámara, estimulándome a mí para que haga lo mismo.

Cuanto más pienso en aquella conversación, menos me agrada. ¿Por qué se le ocurre a ese hombre dejar arreglados sus asuntos justo cuando parece que estamos saliendo fuera del peligro? Su locura debe de moverse dentro de una lógica determinada. ¿Piensa acaso suicidarse? Recuerdo que en cierta ocasión se expresó con profunda reverencia hacia la vida, exponiendo la atrocidad que supone el crimen de matarse a uno mismo. Sin embargo, no dejaré de vigilarlo, y aunque me es imposible entrometerme en su vida privada cuando se encuentra en su camarote, haré por lo menos cuestión de honor permanecer sobre cubierta todo el tiempo que él esté allí.

Mr. Milne toma a broma mis temores, y asegura que no son más que tácticas del capitán. Él, por su parte, mira con gran optimismo la situación. Opina que para pasado mañana habremos salido de entre los hielos, cruzaremos dos días después por Jan Meyen, y avistaremos Shetland en poco más de una semana. Ojalá no sea demasiado optimismo el suyo. Ahora bien: como se trata de un marino viejo y experimentado, que mide sus palabras antes de pronunciarlas, su opinión puede servir de contrapeso a las sombrías precauciones del capitán.

* * *

Al fin se ha producido la catástrofe que venía amenazando desde hacía tanto tiempo. No sé cómo describirla. El capitán ha desaparecido. Pudiera ser que regresase con vida a reunirse con nosotros en el barco, pero abrigo muchos temores… abrigo muchos temores. Son las siete de la mañana del día 19 de septiembre. Durante toda la noche he estado recorriendo, en compañía de un grupo de marineros, el gran campo flotante de hielo que tenemos delante de nosotros, con la esperanza de descubrir algún rastro suyo; pero todo ha sido en vano. Voy a tratar de relatar de alguna manera las circunstancias que concurrieron en su desaparición. Si alguien, por casualidad, lee las líneas que siguen, espero que tendrá muy presente que yo no escribo basándome en conjeturas ni porque me lo hayan contado, sino que, como hombre que está en su sano juicio y es persona educada, relato con exactitud las cosas que

sucedieron ante mis propios ojos. Respondo de los hechos, aunque las suposiciones son cosa mía.

Después de la conversación que he reproducido, el capitán se mantuvo del mejor humor. Sin embargo, se advertía que se encontraba nervioso e impaciente; a cada instante cambiaba de posición, y sus miembros se agitaban de la manera involuntaria y espasmódica que le caracterizaba. En el espacio de un cuarto de hora subió siete veces a cubierta, volviendo a bajar después de dar algunos pasos precipitados. En todas las ocasiones fui yo tras él, porque advertí en su cara algo que me confirmó en mi resolución de no perderlo de vista ni un momento. Debió de darse cuenta del efecto que sus idas y venidas habían producido, porque trató de tranquilizar mis recelos mediante una hilaridad exagerada, y riéndose a carcajadas al menor chiste.

Después de la cena volvió a subir a la cubierta por el lado de popa, y yo le acompañé. La noche era oscura y muy callada, sin más ruido que el melancólico gemir del viento entre la arboladura. Una espesa nube avanzaba desde el Noroeste y los desgarrados tentáculos que proyectaba hacia adelante eran arrastrados y se interponían tapando el disco lunar, que sólo brillaba de cuando en cuando por algunas hendiduras de los nubarrones. El capitán iba y venía con paso rápido por la cubierta; dándose cuenta de que yo le seguía como una sombra, vino hasta mí para darme a entender que estaría mejor en la cámara. No hará falta decir que aquello sólo consiguió reforzar aún más mi resolución de permanecer sobre cubierta.

Creo que después de eso ya no se volvió a acordar de mí, porque permaneció en silencio y apoyado en el coronamiento del antepecho de popa, mirando hacia el gran desierto de nieve, una parte del cual se hallaba envuelto en sombras, mientras la otra aparecía revestida de un brillo difuso producido por el claro de luna. Me di cuenta, por sus movimientos, de que consultaba en varias ocasiones su reloj; en una de ellas pronunció una breve frase de la que sólo pude captar la palabra «dispuesto». Confieso que sentí reptar por todo mi cuerpo una sensación de terror al ver dibujarse su alta figura en la oscuridad, comprendiendo que respondía por completo a la idea de un hombre que ha acudido a una cita previa. Pero, ¿con quién tenía la cita? A medida que iba atando cabos empecé a tener una vaga idea; pero no sospeché ni remotamente los hechos que acaecieron a continuación.

Por la súbita intensidad de su actitud comprendí que estaba viendo algo. Me acerqué furtivamente por detrás. Parecía estar contemplando con mirada anhelante e interrogadora algo que a mí me pareció una guirnalda de nubes que el viento arrastraba velozmente siguiendo el rumbo de nuestro barco. Era

un con junto nebuloso, informe y apenas visible, que unas veces destacaba más y otras menos, según le diese o no la luz. En ese instante, la luna tenía un brillo más apagado por estar cubierta por el pabellón de una nube delgadísima como la tela que recubre una anémona.

—Voy, cariño, voy —gritó el capitán con un tono de ternura y de compasión infinitas, como quien tranquiliza a la persona amada concediéndole un favor largo tiempo esperado, y tan dulce de otorgar como de recibir.

El resto sucedió en un instante. Se encaramó de un salto sobre el antepecho, y de otro saltó al hielo casi al pie mismo de la pálida figura nebulosa. Extendió los brazos como para abrazarla, y en esa actitud, con los brazos abiertos y pronunciando palabras amorosas, se perdió en la oscuridad. Permanecí rígido e inmóvil, tratando de seguir con la mirada aquella figura que se alejaba, hasta que su voz se perdió en la lejanía. No esperaba volver a verlo, pero en ese instante brilló la luna con todo su resplandor a través de una grieta abierta entre los nubarrones, e iluminó el ancho campo de hielo. Entonces volví a ver la forma negra, ya muy lejos; corría con velocidad prodigiosa por la llanura helada. Fue la última imagen que tuvimos de él, y quizá la última que tengamos. Se organizó un grupo para ir en su búsqueda, y yo formé parte del mismo; pero los hombres no mostraron demasiado entusiasmo en aquella tarea y nada se encontró. Dentro de unas horas se organizará otro grupo. Mientras pongo todo esto por escrito, tengo que hacer un esfuerzo para convencerme de que no he estado soñando ni he sido víctima de una horrenda pesadilla.

7.30 DE LA TARDE

Acabamos de regresar, decepcionados y muertos de cansancio, de una segunda e inútil búsqueda del capitán. El campo de hielos flotantes es de enorme extensión; porque, a pesar de que hemos recorrido al menos veinte millas de su superficie, no hemos hallado rastro alguno que constituya una prueba de que ha muerto. Las últimas horas han sido de un frío tan intenso que la nieve de la capa superior está helada y dura como el granito; de no ser así, habríamos podido guiarnos por las huellas de sus pies. La tripulación está ansiosa de que zarpemos y rodeemos con nuestro buque el campo de hielo, rumbo hacia el Sur, porque durante la noche se ha abierto una vía y se divisa el mar en el horizonte. Están convencidos de que el capitán Craigie ha muerto y de que estamos poniendo en peligro nuestras vidas sin ninguna finalidad,

precisamente ahora que tenemos ocasión de salir de nuestra difícil situación. Nos ha costado un gran trabajo a Mr. Milne y a mí convencerles de que debemos esperar hasta mañana por la noche, y no hemos tenido más remedio que prometerles que, bajo ninguna circunstancia, retrasaremos más nuestra marcha. Nos proponemos, pues, dormir algunas horas y emprender luego una última búsqueda.

Septiembre 20, noche

Esta mañana he recorrido el campo de hielo con un grupo de tripulantes, explorando la parte sur, mientras Mr. Milne lo hacía por el norte. Avanzamos diez o doce millas sin descubrir rastro de ningún ser vivo, salvo la presencia de un ave que se cernía a gran altura sobre nuestras cabezas, y que, a juzgar por su vuelo, me pareció un halcón. La extremidad sur del campo de hielo formaba una larga lengua que se metía mar adentro. Cuando llegamos al punto de arranque de ese cabo, los marineros se detuvieron, pero yo les rogué que siguiéramos hasta la puma misma, para poder sentir así la satisfacción de haber hecho todo cuanto era posible hacer.

Apenas habríamos avanzado un centenar de yardas, cuando M’Donald, de Peterhead, gritó que divisaba algo un poco más adelante, y echó a correr, lodos lo vislumbramos también, y le seguimos corriendo. Al principio no era sino una confusa mancha negra sobre la superficie blanca del hielo; pero conforme fuimos avanzando tomó la forma de un hombre, y acabó siendo la del hombre que buscábamos. Yacía boca abajo en una loma helada. Muchos pequeños cristales de hielo y copos de nieve habían sido arrastrados por el viento y cubrían parte de su cuerpo, centelleando sobre su oscura zamarra de marino. Mientras nos acercábamos, una ráfaga de viento levantó los minúsculos cristales y copos en su vórtice y formó con ellos un remolino en el aire; cuando empezaron a perder altura, la ráfaga volvió a recogerlos y los arrastró rápidamente hacia el mar. A mí aquello me pareció una simple ventisca, pero muchos de mis compañeros afirmaron que se había alzado en forma de cuerpo de mujer; se inclinaron para contemplar el cadáver, lo besaron, y huyeron precipitadamente por el campo de hielo. He aprendido a no ridiculizar jamás las opiniones de los demás, por muy raras que me parezcan. Lo indudable es que la muerte del capitán Nicholas Craigie no tuvo nada de dolorosa, porque su cara, pellizcada de moretones, tenía una sonrisa de felicidad, y sus brazos estaban aún tendidos como abrazados a la extraña visitante que le había llamado para que la acompañase al otro mundo que hay más allá de la tumba.

Lo enterramos aquella misma tarde, envuelto en la bandera del buque y con un lastre de treinta y dos libras de plomo en los pies. Yo leí el servicio religioso de difuntos, mientras los rudos marineros lloraban como niños, porque eran muchos los que debían grandes favores a su bondadoso corazón, y exteriorizaban así el cariño que sus desconcertantes actitudes habían rechazado en vida. Cayó del escurridero con un chapoteo melancólico y apagado, y yo me quedé mirando las verdes aguas, viendo cómo se hundía y se hundía, hasta que fue sólo un pequeño retazo blanco y ondulante que flotaba al borde mismo de la oscuridad eterna. Luego, desapareció también la mancha blanca diluyéndose en las tinieblas. Y allí descansará, con su secreto, con sus pesares y su misterio oculto dentro de su pecho, hasta el gran día en que el mar devuelva sus muertos y Nicholas Craigie surja de entre el hielo con la sonrisa en su rostro y sus brazos rígidos alargados para dar la bienvenida. Yo pido a Dios que su suerte sea en aquella vida más feliz de lo que fue en ésta.

No quiero seguir redactando mi Diario. Nuestra ruta hacia la patria se extiende ante nosotros libre de obstáculos y diáfana y el gran campo de hielo no será, dentro de poco, más que un recuerdo del pasado. Transcurrirá algún tiempo antes de que logre sobreponerme al doloroso choque de los sucesos recientes. Cuando empecé a escribir el relato de nuestro viaje, estaba muy lejos de pensar que iba a verme obligado a terminarlo de esta manera. Escribo estas últimas líneas en mi camarote, y hay momentos en que me sobresalto porque creo escuchar en la cubierta, por encima de mi cabeza, los pasos rápidos y nerviosos del muerto. Esta noche entré en su camarote, cumpliendo mi promesa, para hacer un inventario de todo lo que contenía, y anotarlo en el libro de navegación. Todo estaba tal como lo encontré en mi visita anterior, salvo el cuadro que describí como colocado a los pies de su litera. La tela había sido cortada por la parte interior del marco, al parecer, con un cuchillo. El retrato había desaparecido. Con este último eslabón de una extraña cadena de hechos, cierro mi Diario de viaje del *Polestar*.

* * *

(NOTA DEL DOCTOR JOHN M'ALISTER RAY, PADRE)

He leído la serie de hechos extraños relacionados con la muerte del capitán del *Polestar*, tal como se relatan en el Diario de mi hijo. Estoy completamente

seguro de que todo ocurrió tal y como él lo cuenta, porque me consta que es un hombre de nervios sólidos y carente de fantasía, que no se aparta nunca de la verdad. Con todo, parece, a simple vista, una historia tan vaga y tan improbable, que me opuse durante mucho tiempo a que la diese a luz. Sin embargo, he tenido, durante los últimos días, oportunidad de recoger varios testimonios independientes relacionados con el caso que arrojan nueva luz sobre el mismo. Acudí a Edimburgo para asistir a una reunión de la British Medical Association y tropecé casualmente con el doctor P***, viejo compañero mío de Universidad, que ejerce actualmente en Saltash, Devonshire. Cuando le hablé de lo que le había ocurrido a mi hijo, me manifestó que él había conocido mucho al hombre en cuestión, y procedió, con gran sorpresa mía, a describírmelo de manera que coincidía de un modo extraordinario con los datos del Diario, salvo en que mi amigo lo representó como más joven. Según el relato que me hizo, el capitán del *Polestar* estuvo comprometido con una joven de extraordinaria belleza que residía en la costa de Cornwall. Durante una ausencia de aquel hombre, la novia había muerto en circunstancias extraordinariamente terribles.

EL TIRO GANADOR[6]

> ADVERTENCIA. Por la presente se previene al público general contra un hombre que se hace llamar Octavius Gaster Se le reconoce por su gran estatura, pelo muy rubio, y por una profunda cicatriz en la mejilla izquierda, que se extiende desde el ojo hasta la comisura de la boca. Su predilección por los colores brillantes —corbatas verdes, y cosas por el estilo— puede ayudar a identificarlo. Se detecta en su manera de hablar un ligero acento extranjero. Este hombre no está buscado por la ley, pero es más peligroso que un perro rabioso. Evítenlo como evitarían a la pestilencia que camina al mediodía. Cualquier notificación sobre su paradero será reconocida con gratitud por A.C.U., Lincoln's Inn, Londres.

Ésta es una copia del aviso que muchos lectores pueden haber advertido en las columnas de los diarios londinenses a comienzos del presente año. Según creo, ha excitado una curiosidad considerable en ciertos barrios, y se han aventurado muchas conjeturas sobre la identidad de Octavius Gaster y la naturaleza de los cargos que se le imputan. Cuando yo declare que la «advertencia» la insertó mi hermano mayor, Arthur Cooper Underwood, abogado, en representación mía, se reconocerá que soy la persona más indicada para entrar en una explicación fehaciente.

Hasta ahora el horror y la vaguedad de mi sospecha, combinados con mi pena por la pérdida de mi pobre amado en la misma víspera de nuestra boda, me han impedido revelar los acontecimientos del pasado agosto a nadie salvo a mi hermano.

Sin embargo ahora, mirando hacia atrás, puedo encajar muchos pequeños detalles que pasaron casi inadvertidos en su momento, los cuales forman una cadena de evidencias que, aunque de poco valor ante un tribunal de justicia, podrían tener algún efecto sobre el criterio del público general.

Por lo tanto voy a relatar, sin prejuicio ni exageración, todo lo que ocurrió desde el día en que este hombre, Octavius Gaster, entró en Toynby Hall hasta la gran competición de tiro. Sé que hay mucha gente que siempre ridiculiza lo sobrenatural, o lo que nuestros pobres intelectos consideran como sobrenatural, y que se pensará que el hecho de que yo sea una mujer debilita mi testimonio. Sólo puedo alegar que nunca he sido impresionable ni pusilánime, y que otra gente se formó la misma opinión que yo sobre Octavius Gaster.

Ahora vamos con la historia.

Yo estaba en casa del Coronel Pillar, en Roborough, en el agradable condado de Devon, donde pasamos nuestras vacaciones de otoño. Ya llevaba unos meses prometida a su hijo mayor, Charley, y se esperaba que la boda tuviera lugar antes del fin de las vacaciones de verano.

A Charley se le consideraba «digno de confianza» por sus estudios, y en cualquier caso era lo bastante rico como para ser prácticamente independiente, mientras que tampoco yo carecía de recursos, desde luego.

El viejo coronel estaba feliz con la perspectiva del enlace, y también mi madre; así que, lo mirásemos por donde lo mirásemos, no parecía haber ninguna nube en nuestro horizonte.

No era extraño, por lo tanto, que aquel agosto fuera un agosto feliz. Incluso el más desgraciado de los hombres hubiera dejado de lado sus penas bajo la influencia jovial de la alegre familia de Toynby Hall.

Allí estaba el teniente Daseby, o «Jack», como invariablemente se le llamaba, recién llegado de Japón en un barco de Su Majestad, *Tiburón*, que estaba en la misma interesante condición con Fanny Pillar, la hermana de Charley, que Charley conmigo, así que podíamos prestarnos uno a otro un cierto apoyo moral.

También estaba Harry, el hermano pequeño de Charley, y Trevor, su amigo del alma en Cambridge.

Por último estaba mi madre, la más encantadora de las señoras, radiante a través de sus anteojos de borde dorado, que suavizaba ansiosamente cualquier pequeña dificultad que surgiera en el camino de las dos jóvenes parejas, y nunca se cansaba de contarles con detalle *sus* propias dudas y temores y perplejidades cuando aquel alegre jovenzuelo, Mr. Nicholas Underwood, vino a cortejar a provincias, y renunció a los Crockford y los Tattersall por la hija del párroco del condado.

No debo olvidar, no obstante, al gallardo militar retirado que era nuestro anfitrión; con sus bromas de toda la vida, y su gota, y su inofensiva afectación

de fiereza.

—No sé lo que le pasa últimamente al jefe —solía decir Charley—. No ha insultado al Gobierno Liberal desde que estás aquí, Lottie; y creo que a menos que suelte la lengua a gusto esa cuestión irlandesa se le va a meter en el cuerpo y va a acabar con él.

Quizás en la intimidad de su propio cuarto el veterano soliera compensarse por su renuncia durante el día.

Parecía tenerme un cariño especial, que mostraba en cientos de pequeñas atenciones.

—Eres una buena chica —comentó una tarde, en un susurro animado por el oporto—. Charley es un sujeto con suerte, ¡pardiez!, y tiene más discernimiento del que yo pensaba. Toma nota de mis palabras, Miss Underwood, ¡ya te darás cuenta de que ese joven caballero no es tan tonto como parece!

Y con ese ambiguo cumplido el Coronel se cubrió solemnemente la cara con el pañuelo y se fue a la tierra de los sueños.

¡Qué bien recuerdo el día en que comenzaron todas nuestras desgracias!

Había acabado la cena, y estábamos en el salón, con las ventanas abiertas para que entrara la balsámica brisa del sur.

Mi madre estaba sentada en el rincón, ocupada con una labor, y de vez en cuando ronroneaba alguna perogrullada que la adorable viejecita consideraba un comentario totalmente original, y exclusivamente fundado en sus propias experiencias particulares.

Fanny y el joven teniente se acariciaban y arrullaban en el sofá, mientras que Charley paseaba inquieto por el cuarto.

Yo estaba sentada junto a la ventana, contemplando soñadoramente el gran páramo de Dartmoor, que se extendía hasta el horizonte, rojizo y resplandeciente a la luz del sol vespertino, salvo allí donde algún tolmo escarpado sobresalía en destacado relieve contra el fondo escarlata.

—Digo yo —observó Charley, viniendo a unirse a mí en la ventana— que evidentemente parece una lástima desperdiciar una tarde como ésta.

—¡Demontre con la tarde! —dijo Jack Daseby—. Siempre estás dependiendo del tiempo. Fan y yo no nos vamos a mover del sofá, ¿verdad, Fan?

La jovencita anunció su intención de quedarse de dos formas: acariciando los cojines, y mirando desafiante a su hermano.

—El besuqueo es algo descorazonador, ¿no, Lottie? —dijo Charlie, pidiendo mi aprobación entre risas.

—Espantoso —respondí.

—Mira, recuerdo a Daseby aquí mismo cuando era el más activo de los muchachos de Devon; ¡y míralo ahora! ¡Fanny, Fanny, tienes mucho de lo que dar cuentas!

—No le hagas caso, querida —dijo mi madre, desde el rincón—. No obstante, mi experiencia me ha mostrado siempre que la moderación es algo excelente para los jóvenes. Mi pobre Nicholas solía pensar también lo mismo. Por la noche nunca se iba a la cama sin haber saltado la longitud del fogón. Yo le decía a menudo que era peligroso; pero él *tenía* que hacerlo, hasta que una noche se cayó en el guardafuegos y se chasqueó el músculo de la pierna, lo que le hizo renquear hasta el día de su muerte, pues el doctor Pearson lo confundió con una fractura del hueso, y lo entablilló, con el efecto de dejarle la rodilla tiesa. Decían que el doctor estaba casi fuera de sí en ese momento por la inquietud, que le vino cuando su hija pequeña se tragó medio penique, y que eso fue lo que le hizo cometer el error.

Mi madre tenía una curiosa manera de dejarse llevar en su conversación, y de vez en cuando se iba por las ramas, lo que hacía bastante difícil recordar el asunto original. Con todo, en esta ocasión Charley lo había guardado en su mente como idóneo para su aplicación inmediata.

—Excelente cosa, como dice usted, Mrs. Underwood —comentó—; y hoy no hemos salido. Fíjate, Lottie, aún nos queda una hora de luz. Podíamos bajar e intentar pescar una trucha, si tu mamá no se opone.

—Cúbrete el cuello con algo, cariño —dijo mi madre, sintiendo que la habían aventajado en la maniobra.

—Muy bien, mamá —respondí—; sólo subo un segundo y me pongo el sombrero.

—Y a la vuelta pasearemos bajo el crepúsculo —dijo Charley, mientras yo alcanzaba la puerta.

Cuando bajé, encontré a mi novio esperando con impaciencia en la sala con su cesta de pescar.

Cruzamos el césped y pasamos las ventanas abiertas del salón, donde tres caras traviesas nos miraban.

—El besuqueo es algo terriblemente descorazonador —observó Jack, mirando reflexivamente a las nubes.

—Espantoso —dijo Fan; y los tres se rieron hasta que despertaron al coronel dormido, y pudimos oír cómo se esforzaban para explicar el chiste al

maltratado veterano, que aparentemente se negaba con obstinación a apreciarlo.

Sobrepasamos juntos la tortuosa vereda, y atravesamos la cancelita de madera que se abre hacia el camino de Tavistock.

Charley se detuvo un momento después de que hubiéramos salido y pareció dudar sobre a qué lado torcer.

¡Si hubiéramos sabido que nuestro destino dependía de aquella cuestión trivial!

—¿Bajamos hacia el río, querida —dijo—, o tiramos por alguno de los arroyos del marjal?

—Lo que tú quieras —dije.

—Bueno, yo voto por que crucemos el marjal. Así tendremos un camino de vuelta más largo —añadió, mirando amorosamente a la personita de chal blanco que estaba a su lado.

El arroyo en cuestión corre por la parte más desolada de la región. Siguiendo el camino, está a varios kilómetros de Toynby Hall; pero ambos éramos jóvenes y ágiles, y atravesamos el marjal, indiferentes a las rocas y los setos de aliaga.

No nos encontramos con ningún ser vivo en nuestro paseo solitario, salvo algunas flacas ovejas de Devonshire, que nos miraban pensativas y nos siguieron por un trecho, como si tuvieran curiosidad de saber cuál era la extraña razón que podía habernos inducido a entrar en sus dominios.

Era casi de noche antes de que alcanzáramos la pequeña corriente, que baja gorgoteando a través de un valle escarpado, y se aleja haciendo meandros para contribuir a la formación de la presa de Plymouth.

Por encima de nosotros descollaban dos grandes columnas de roca, entre las cuales se escurría el agua para formar una profunda y apacible alberca en la parte de abajo. Esta alberca había sido siempre uno de los lugares favoritos de Charley, y de día era un sitio bastante alegre; pero ahora, de noche, con la luna naciente que se reflejaba en sus cristalinas aguas, y que arrojaba oscuras sombras desde las rocas que colgaban por encima, parecía cualquier cosa menos el escondite de un sibarita.

—Querida, después de todo, no creo que vaya a pescar —dijo Charley, mientras nos sentábamos en la musgosa orilla—. Es un lugar un poco lúgubre, ¿no?

—Bastante —dije, estremeciéndome.

—Descansamos un poquito, y luego volvemos por el camino. Estás temblando. No tendrás frío, ¿no?

—No —dije, intentando mantener el ánimo—; no tengo frío, pero estoy bastante asustada, aunque sólo es una tontería mía.

—¡Por Júpiter! —dijo mi novio—, no me extraña, porque yo mismo también me siento un poco alicaído. El ruido que hace el agua es como el gorgoteo en la garganta de un hombre que se estuviera muriendo.

—¡Charley, no digas eso; me asustas!

—Ven, querida, no hay que ponerse melancólicos —dijo, riendo e intentando tranquilizarme—. Abandonemos esta capilla mortuoria, y… ¡mira!… ¡mira!… ¡Dios mío! ¿Qué es eso?

Charley había retrocedido tambaleándose, y miraba fijamente hacia arriba con la cara muy pálida.

Seguí la dirección de su mirada y apenas pude contener un grito.

Ya he mencionado que la alberca en la que estábamos se situaba al pie de un escabroso montículo de rocas. En la cima de este montículo, unos veinte metros por encima de nuestras cabezas, se levantaba una figura alta y oscura, que escudriñaba, aparentemente, el abrupto hueco en el que estábamos.

La luna coronaba en ese momento el cerro de atrás, y los rasgos del desconocido, flacos y angulosos, sobresalían con claridad contra su plateado resplandor.

Había algo horrible en la súbita y silenciosa aparición de este paseante solitario, especialmente cuando se le emparejaba la misteriosa naturaleza de la escena.

Me pegué a mi novio con un mudo terror y miré fijamente la negra figura que estaba por encima de nosotros.

—¡Eh, caballero! —gritó Charley, pasando del miedo a la ira, como hacen generalmente los ingleses—. ¿Quién es usted, y qué diablos está haciendo?

—¡Oh! ¡Lo pensé, lo pensé! —dijo el hombre que nos miraba desde lo alto, y desapareció de la cumbre de la colina.

Le oímos trepar entre las piedras sueltas, y al momento siguiente emergió sobre las orillas del arroyo y apareció frente a nosotros.

Ya había sido misteriosa su aparición cuando alcanzamos a verlo por primera vez, pero la impresión se intensificó más aún cuando lo vimos de cerca.

La luna brillaba sobre él en todo su fulgor, y revelaba un rostro alargado, delgado, con una horrible palidez, cuyo efecto se veía aumentado por contraste con la chillona corbata verde que llevaba.

Una cicatriz en la mejilla se le había curado mal y había originado una desagradable arruga al lado de su boca, que daba a todo su semblante una

expresión muy distorsionada, y muy especialmente cuando sonreía.

La mochila a la espalda y el recio bastón en la mano anunciaban que era un turista, mientras que la gracia natural con la que se quitó el sombrero al percibir la presencia de una dama mostraba que podía arrogarse el *savoir faire* de un hombre de mundo.

Había algo en sus proporciones angulosas y la cara exangüe que, tomado conjuntamente con el capote negro que flameaba en sus hombros, me recordaba irresistiblemente a las especies de murciélagos chupasangre que Jack Daseby había traído del Japón en su anterior viaje, y que eran el espantajo de la sala de la servidumbre en Toynby.

—Disculpen mi intrusión —dijo, con un ligero ceceo foráneo, que le daba una belleza particular a su voz—. Habría tenido que dormir en el marjal de no haber tenido la fortuna de dar con ustedes.

—¡Maldita sea, hombre! —dijo Charley—; ¿por qué no podía gritar o dar algún aviso? Ha asustado a Miss Underwood cuando ha aparecido allí de repente.

El extranjero se quitó otra vez el sombrero mientras me pedía disculpas por haberme dado tal sobresalto.

—Soy un caballero de Suecia —prosiguió, con aquella particular entonación suya—, y estoy admirando esta hermosa tierra suya. Permítanme que me presente como el doctor Octavius Gaster. Tal vez puedan decirme dónde puedo dormir y cómo puedo salir de este lugar, que es realmente de gran tamaño.

—Ha tenido mucha suerte de encontrarse con nosotros —dijo Charley—. No es nada fácil orientarse por el marjal.

—Eso bien lo creo —comentó nuestro nuevo conocido.

—Ya han encontrado a varios extranjeros muertos por aquí —continuó Charley—. Se pierden, y luego vagan en círculos hasta que caen por la fatiga.

—¡Jo, jo! —se rió el sueco—; no seré yo, que he ido a la deriva en un bote descubierto desde Cabo Blanco hasta las Canarias, el que se va a morir de hambre en un marjal inglés. Pero ¿adónde he de ir para buscar una posada?

—¡Mire! —dijo Charley, cuyo interés se había excitado con el comentario del extranjero, y que era siempre el hombre más abierto del mundo—. No hay una posada en muchos kilómetros a la redonda; y me atrevería a decir que ya ha tenido usted un largo día de caminata. Venga a casa con nosotros, y mi padre, el coronel, estará encantado de verlo y encontrarle una cama libre.

—Por esta gran amabilidad, ¿cómo darle las gracias? —respondió el viajero—. ¡De verdad, cuando vuelva a Suecia tendré extrañas historias que

contar sobre los ingleses y la hospitalidad!

—¡Tonterías! —dijo Charley—. Vamos, partiremos de inmediato, pues Miss Underwood tiene frío. Abrígate bien el cuello con el chal, Lottie, y estaremos en casa enseguida.

Caminamos entre tropiezos, en silencio, manteniéndonos durante el mayor trecho posible en la escabrosa senda; a veces la perdíamos cuando una nube atravesaba la cara de la luna, y la recuperábamos más adelante cuando retornaba la luz. El extranjero parecía absorto en sus pensamientos, pero una o dos veces tuve la impresión de que me miraba con fijeza a través de la oscuridad mientras marchábamos juntos.

—Así que —dijo Charley por fin, rompiendo el silencio— fue a la deriva en un bote descubierto, ¿no?

—¡Ah, sí! —respondió el extranjero—, he visto muchas cosas extrañas, y he pasado por muchos peligros, pero ninguno peor que ése. No obstante, es un tema demasiado triste para los oídos de una dama. Ya la han asustado una vez esta noche.

—¡Oh!, no tenga miedo de asustarme ahora —dije, mientras me apoyaba en el brazo de Charley.

—En verdad, hay poco que contar, y lo que hay es doloroso.

»Un amigo mío, Karl Osgood, de Upsala, y yo emprendimos una aventura comercial. Pocos hombres blancos se habían aventurado entre los nómadas sarracenos de Cabo Blanco, pero fuimos allá, no obstante, y vivimos bien durante algunos meses, vendiendo esto y aquello, y reuniendo mucho marfil y oro.

»Es un país extraño, donde no hay madera ni piedra, así que hacen las cabañas con algas marinas.

»Por fin, cuando ya considerábamos que teníamos suficiente, los moros conspiraron para matarnos, y vinieron de noche contra nosotros.

»Tuvimos poco tiempo para ponernos en guardia, pero pudimos huir hasta la playa, botar una canoa y hacerla a la mar, dejándolo todo atrás.

»Los moros nos persiguieron, pero nos perdieron en la oscuridad; y cuando amaneció la costa estaba fuera de nuestra vista.

»No había lugar donde pudiéramos tener esperanzas de encontrar comida más cercano que las Canarias, así que allí nos dirigimos.

»Yo las alcancé vivo, aunque muy débil y enloquecido; pero el pobre Karl murió un día antes de que avistáramos las islas. ¡Yo le avisé! No puedo echarme la culpa por aquello. Le dije: “¡Karl, la fuerza que ganes al comerlas será sobrepasada con creces por la sangre que vas a perder!” Se rió de mis

palabras, cogió el cuchillo de mi cinturón, las cortó y se las comió; y se murió.

—¿Qué se comió? —preguntó Charley.

—¡Sus orejas! —dijo el extranjero.

Ambos nos dimos la vuelta para mirarlo, horrorizados.

No había ni una sombra de sonrisa o chiste en su pálido rostro.

—Era lo que aquí llaman un cabezota —continuó—, porque debería haber sabido que no hay que hacer tales cosas. Sólo con que hubiera empleado su voluntad, habría vivido como yo.

—¿Y usted cree que la voluntad de un hombre puede hacer que no tenga hambre? —dijo Charley.

—¿Hay algo que no pueda hacer? —respondió Octavius Gaster, y se sumió en un silencio que no se rompió hasta nuestra llegada a Toynby Hall.

Nuestra ausencia había causado una alarma considerable, y Jack Daseby estaba a punto de salir en nuestra busca con Trevor, el amigo de Charley. Por tanto, se sintieron muy contentos cuando aparecimos ante ellos, y se quedaron un tanto atónitos por la aparición de nuestro compañero.

—¿Dónde diantres habéis encontrado a ese cadáver de segunda mano? —preguntó Jack, llevándose a un aparte a Charley en el salón de fumar.

—Cállate, hombre, que te va a oír —gruñó Charley—. Es un doctor sueco que está de excursión, un tipo muy majo. Navegó en un bote descubierto desde no sé dónde a otro sitio. Le he ofrecido alojamiento para esta noche.

—Bueno, sólo te puedo decir que no se va a ganar la vida con su cara.

—¡Ja, ja! ¡Muy bueno, muy bueno! —se rió quien era objeto del comentario, entrando con calma en el salón, ante el total desconcierto del marino—. No, como usted dice, nunca me ganaría la vida así en este país —e hizo una mueca sarcástica hasta que el horrible tajo de la comisura de su boca le hizo parecerse más al reflejo en un espejo roto que a otra cosa.

—Suba y refrésquese un poco; puedo prestarle un par de zapatillas —dijo Charley; y le sacó rápidamente de la habitación para poner fin a una situación algo embarazosa.

El coronel Pillar era el alma de la hospitalidad y dio la bienvenida al doctor Gaster tan efusivamente como si hubiera sido un antiguo amigo de la familia.

—Pardiez, señor —dijo—, ésta es su casa; y es muy bienvenido todo el tiempo que quiera quedarse. Aquí llevamos una vida muy tranquila, y una visita es toda una adquisición.

Mi madre era un poco más distante.

—Un joven muy bien instruido, Lottie —me comentó—, pero me gustaría que pestañeara un poco más. No me gusta ver a gente que no pestañea nunca. No obstante, querida, la vida me ha enseñado una gran lección, y es que el aspecto de un hombre tiene poca importancia comparado con sus actos.

Y con ese novedoso y eminentemente original comentario, mi madre me besó y me dejó con mis pensamientos.

Fuera lo que fuera el doctor Octavius Gaster en lo físico, el caso es que era todo un éxito social.

Para el día siguiente ya se había instalado cabalmente como un miembro de la familia; tanto es así, que el coronel no quería ni oír hablar de su partida.

Asombraba a todos con el tamaño y la variedad de sus conocimientos. Podía contarle al veterano bastante más sobre Crimea que lo que él mismo sabía; dio información al marino sobre la costa del Japón; e incluso abordó a mi atlético novio con el tema del remo, disertando sobre palancas de primer orden y puntos fijos y fulcros, hasta que el desdichado Cantab[7] se resignó a abandonar el tema.

Aun así, todo esto lo hacía de forma tan modesta e incluso deferente que nadie podía ni por asomo sentirse ofendido por que lo vencieran en su propio campo. Había un sereno poder en todo lo que decía y hacía que llamaba bastante la atención.

Recuerdo un ejemplo de esto que en su momento nos impresionó a todos. Trevor tenía un bulldog algo salvaje que, aunque era cariñoso con su dueño, rechazaba fieramente cualquier libertad por parte del resto de nosotros. Como puede imaginarse, el animal era bastante impopular, pero ya que era el predilecto del estudiante, se acordó no proscribirlo por entero, pero sí encerrarlo en el establo y así estar a resguardo de él.

Desde el principio pareció haber tomado una decidida aversión a nuestro huésped, y mostraba los colmillos cuando se le acercaba.

El segundo día de su visita pasábamos en grupo al lado del establo, cuando los gruñidos de la criatura que estaba dentro llamaron la atención del doctor Gaster.

—¡Hola! —dijo—. Ése es su perro, Mr. Trevor, ¿no?

—Sí, ése es Towzer —asintió Trevor.

—Es un bulldog, me parece, ¿no? ¿Es lo que en el continente llaman animal nacional de Inglaterra?

—De pura sangre —dijo con orgullo el estudiante.

—Son animales feos… ¡muy feos! ¿Podría ir al establo y soltarlo, de forma que yo pudiera verlo lucirse? Es una pena tener en cautividad a un

animal tan poderoso y lleno de vida.

—Es bastante mordedor —dijo Trevor, con una expresión traviesa en los ojos—; pero supongo que usted no le tiene miedo a un perro, ¿no?

—¿Miedo?… no. ¿Por qué debería tener miedo?

La mirada traviesa en la cara de Trevor se hizo más intencionada al abrir la puerta del establo. Le *oí* a Charley murmurarle algo sobre que no era una broma, pero la respuesta del otro fue ahogada por el hondo gruñido que venía del interior.

Los demás nos retiramos a una distancia prudencial, mientras Octavius Gaster se quedaba ante la puerta abierta con una expresión de suave curiosidad en su rostro blanquecino.

—Y eso —dijo— que veo tan rojo y brillante en la oscuridad, ¿son sus ojos?

—Así es —dijo el estudiante a la par que se agachaba y soltaba la correa.

—¡Ven aquí! —dijo Octavius Gaster.

El gruñido del perro cedió paso súbitamente a un largo gimoteo, y en vez de la furiosa acometida que esperábamos se restregó entre la paja, como si intentara acurrucarse en una esquina.

—¿Qué diantres le pasa? —exclamó su perplejo dueño.

—¡Ven aquí! —repitió Gaster, en un cortante acento metálico, con un indescriptible aire de mando—. ¡Ven aquí!

Para nuestro asombro, el perro salió trotando y se puso a su lado, pero mirándonos de forma totalmente diferente a la habitual en el belicoso Towzer. Llevaba las orejas gachas, el rabo entre las piernas, y en general presentaba la viva imagen de la humillación canina.

—Un perro muy bueno, pero singularmente tranquilo —observó el sueco, mientras lo acariciaba—. ¡Ahora, señor, vuelva a su sitio!

La bestia se volvió y se escabulló otra vez en su esquina. Escuchamos el tintineo de su cadena cuando la abrochaban, y un instante después salió Trevor por la puerta del establo, y le goteaba sangre del dedo.

—¡Maldita bestia! —dijo—. No sé qué le ha pasado. Lo he tenido tres años, y es la primera vez que me muerde.

Me imagino —no lo puedo decir con seguridad pero me lo imagino— que hubo una contracción espasmódica de la cicatriz en la cara de nuestro visitante, que delataba un esbozo de risa.

Si miro hacia atrás, creo que fue en ese momento cuando empecé a sentir un extraño e indefinible miedo y aversión por aquel hombre.

Una semana siguió a otra, y se acercaba el día fijado para mi boda.

Octavius Gaster seguía siendo huésped de Toynby Hall y, además, se había ganado de tal forma al propietario que cualquier insinuación de partida era motivo de risa y desdén por parte del ilustre soldado.

—Aquí ha venido, señor, y aquí se va a quedar; ¡se va a quedar, por Júpiter!

A lo que Octavius sonreía y se encogía de hombros y murmuraba algo sobre los atractivos de Devon, que ponía al coronel de buen humor por el resto del día.

Mi prometido y yo estábamos demasiado embelesados el uno con el otro como para prestar mucha atención a las ocupaciones del viajero. A veces nos lo encontrábamos en nuestros paseos por el monte; solía estar sentado en los lugares más solitarios, leyendo.

Siempre guardaba el libro en el bolsillo cuando nos veía acercarnos. Recuerdo que en una ocasión, no obstante, nos aparecimos tan de repente que el volumen aún estaba abierto ante él.

—¡Ah!, Gaster —dijo Charley—, estudiando, como siempre. ¡Menudo ratón de biblioteca está hecho! ¿Qué libro es éste? ¡Ah!, una lengua extranjera; sueco, supongo.

—No, no es sueco —dijo Gaster—; es árabe.

—No querrá decir que sabe árabe, ¿no?

—Pues sí, bastante bien… ¡bastante bien!

—¿Y de qué trata? —pregunté, pasando las páginas del viejo y mohoso volumen.

—Nada que pueda interesar a una persona tan joven y bella como usted, Miss Underwood —respondió, mirándome de un modo que últimamente se había vuelto habitual en él—. Trata de los días en los que la mente era más fuerte que lo que llaman materia; cuando vivían grandes espíritus que podían existir sin necesidad de estos burdos cuerpos nuestros, y podían moldear todas las cosas con sus poderosísimas voluntades.

—¡Ah!, ya veo; algún tipo de historia de fantasmas —dijo Charley—. Bueno, adiós; no queremos distraerle de sus estudios.

Lo dejamos sentado en el vallecito, aún absorto en su tratado de mística. Debe de haber sido mi imaginación la que me indujo, cuando me di la vuelta de repente, media hora después, a que creyera ver cómo su familiar figura se deslizaba rápidamente detrás de un árbol.

Se lo mencioné a Charley en su momento, pero se rió de mi idea con desdén.

Acabo de aludir a la extraña manera de mirarme que tenía este tal Gaster. Sus ojos parecían perder su habitual expresión férrea cuando me miraba, y suavizarse hacia algo que podía casi llamarse una caricia. Parecían ejercer una extraña influencia sobre mí, pues yo siempre era capaz de saber, aun sin mirarlo, cuándo su mirada estaba fija en mí.

A veces me imaginaba que esta idea se debía sencillamente a un desorden del sistema nervioso o a una imaginación mórbida; pero mi madre disipó de mi mente esa idea errónea.

—¿Sabes, Lottie —dijo una noche en la que vino a mi dormitorio, y cerró cuidadosamente la puerta tras ella—, que si la idea no fuera tan absolutamente descabellada, diría que ese doctor está locamente enamorado de ti?

—¡Tonterías, mamá! —dije, y casi se me cayó la vela de consternación ante tal pensamiento.

—Realmente lo pienso, Lottie —continuó mi madre—. Tiene una manera de mirarte que se parece bastante a la de tu pobre padre, Nicholas, antes de que nos casáramos. Algo de este tipo, ya sabes.

Y la viejecita lanzó una mirada de gran pesar al poste de la cama.

—Ahora vete a dormir —dije—, y no tengas esas ideas tan raras. Vaya, el pobre doctor Gaster sabe tan bien como tú que estoy prometida.

—El tiempo lo dirá —dijo la viejecita, al dejar el cuarto; y yo me fui a la cama con las palabras aún resonando en mis oídos.

Por cierto, es extraño el hecho de que esa misma noche me recorriera un estremecimiento —que he aprendido a conocer bien— y me despertara de mis sueños.

Me deslicé con suavidad hasta la ventana y escudriñé el exterior a través de los listones de las persianas: allí estaba la figura desvaída y vampírica de nuestro huésped sueco, de pie en el paseo de grava, y aparentemente miraba hacia mi ventana.

Quizá detectó el movimiento de la persiana, pues encendió un cigarrillo y comenzó a pasear a uno y otro lado de la avenida.

Me enteré de que al día siguiente, al desayuno, hizo un excurso para explicar el hecho de que había estado inquieto durante la noche, y que había calmado sus nervios con un pequeño paseo y un cigarrillo.

Después de todo, cuando me puse a considerarlo con calma, la aversión que tenía contra aquel hombre y mi desconfianza hacia él tenían fundamentos muy poco sólidos. Un hombre puede tener una cara rara, y ser aficionado a

libros extraños, e incluso mirar con agrado a una señorita prometida, sin que tenga que ser obligatoriamente un peligroso miembro de la sociedad.

Digo esto para mostrar que hasta ese momento yo era del todo imparcial y estaba libre de prejuicios en mi opinión de Octavius Gaster.

—Y digo yo —comentó el Teniente Daseby una mañana—, ¿qué opináis de hacer un picnic hoy?

—¡Genial! —exclamaron todos.

—Ya veis, hablan de poner pronto en servicio activo al viejo *Tiburón*, y aquí Trevor tendrá que volver al tajo. Deberíamos aprovechar la diversión al máximo en este tiempo restante.

—¿Qué es eso que llaman picnic? —preguntó el doctor Gaster.

—Es otra de nuestras instituciones inglesas que tiene que estudiar —dijo Charley—. Es nuestra versión de una *fête champêtre*.

—¡Ah, ya veo! ¡Será muy divertido! —asintió el sueco.

—Hay más de una docena de sitios a los que podríamos ir —continuó el teniente—. Está el Salto del Enamorado, o el Tormo Negro, o la Abadía Cervecera Ferris.

—Ésa es la mejor —dijo Charley—. Nada como las ruinas para un picnic.

—Bueno, que sea la Abadía. ¿A qué distancia está?

—Nueve kilómetros —dijo Trevor.

—Diez por el camino —observó el coronel, con exactitud militar—. Mrs. Underwood y yo nos quedaremos en casa, y los demás podéis acomodaros en el carricoche. Tendréis que hacer todos de sujetavelas mutuamente.

Ni que decir tiene que también esta moción se aprobó por unanimidad.

—Bien —dijo Charley—, ordenaré que el carruaje esté por aquí en media hora, así que más vale que aprovechéis bien el tiempo. Vamos a querer salmón, y ensalada, y huevos duros, y licor, y un montón de cosas. Yo me ocuparé del departamento de licores. ¿Tú qué harás, Lottie?

—Yo me encargaré de la porcelana —dije.

—Yo traeré el pescado —dijo Daseby.

—Y yo las verduras —añadió Fan.

—¿Usted qué hará, Gaster? —dijo Charley.

—Verdaderamente —dijo el sueco con su acento extraño y musical—, poco me han dejado por hacer. Puedo, no obstante, esperar a las damas, y puedo hacer lo que ustedes llaman ensalada.

—Va a ser preferido en la última habilidad que en la primera —dije, entre risas.

—¡Ah, eso dice usted! —dijo, dándose rápidamente la vuelta hacia mí, y poniéndose colorado hasta el último de sus rubios cabellos—. Sí. ¡Ja, ja! ¡Muy bueno!

Y con una risa discordante salió del cuarto a grandes zancadas.

—Creo, Lottie —me reconvino mi novio—, que has herido los sentimientos del señor.

—De verdad que no era mi intención —respondí—. Si quieres, iré tras él y se lo diré.

—¡Oh!, déjalo tranquilo —dijo Daseby—. Un hombre con semejante mueca no tiene derecho a ser tan quisquilloso. Volverá por aquí muy pronto.

Era cierto que yo no tenía la menor intención de ofender a Gaster, pero aun así me dolió haberlo molestado.

Después de colocar los cuchillos y platos en la cesta, me encontré con que los demás todavía estaban ocupados con sus diversas ocupaciones. El momento parecía propicio para pedir perdón por mi desconsiderado comentario, así que, sin decir nada a nadie, me escabullí y bajé por el pasillo en dirección al cuarto de nuestro invitado.

Supongo que debo de haber caminado con mucha suavidad, o quizá fuera por el abundante y grueso alfombrado de Toynby Hall; lo cierto es que Mr. Gaster pareció no darse cuenta de mi proximidad.

Su puerta estaba abierta, y cuando subí y lo alcancé con la vista había algo tan extraño en su aspecto que me detuve de momento, literalmente petrificada de asombro.

Tenía en la mano una pequeña tira de periódico que estaba leyendo, y que parecía proporcionarle una diversión considerable. Había también algo horrible en esta alegría suya, pues aunque retorcía su cuerpo como si se riera, sus labios no emitían ningún sonido.

Su cara, que estaba medio vuelta hacia mí, tenía una expresión que yo nunca había visto antes en ella; sólo puedo describirla como de exultación salvaje.

Justo cuando estaba recobrándome lo bastante como para dar un paso adelante y llamar a la puerta, de repente, con un convulsivo espasmo de júbilo, dejó rápidamente el pedazo de papel sobre la mesa y salió a toda prisa por la otra puerta de su habitación, la que daba a la sala a través del cuarto de los billares.

Escuché cómo sus pasos se apagaban en la distancia, y me asomé otra vez a su habitación.

¿Cuál podía ser la broma que había movido al júbilo a este adusto sujeto? Seguro que alguna obra maestra del humor.

¿Ha habido alguna vez una mujer cuyos principios fueran lo bastante fuertes como para vencer su curiosidad?

Miré cuidadosamente alrededor para asegurarme de que el pasillo estuviera vacío, y me deslicé en el cuarto y examiné el papel que había estado leyendo.

Era un recorte de periódico inglés, y evidentemente lo habían llevado de un lado a otro durante mucho tiempo, y lo habían repasado con frecuencia, pues en algunas partes era casi ilegible. No obstante, en lo que pude leer, había muy poco en su contenido que provocase risa. Si lo recuerdo bien, discurría de este modo:

> MUERTE REPENTINA EN LOS MUELLES. El patrón del vapor-velero *Olga*, de Tromsberg, fue hallado muerto en su camarote en la tarde del miércoles. Según parece, el difunto era de disposición irritable, y había tenido frecuentes altercados con el cirujano del barco. En este día en particular había sido más ofensivo de lo habitual, declarando que el cirujano era un nigromante y mi adorador del diablo. El cirujano se retiró a cubierta para evitar una mayor persecución. Poco después el camarero tuvo ocasión de entrar en el camarote, y encontró al capitán echado sobre la mesa, casi muerto. La muerte se atribuye a una enfermedad del corazón, acelerada por una tensión excesiva. Hoy se realizarán pesquisas.

¡Y éste era el párrafo que este hombre extraño había considerado como el colmo del humor!

Bajé las escaleras a toda prisa, mientras en mi mente predominaba un asombro no exento de repugnancia. Con todo, era yo tan justa, que la sombría deducción que desde entonces se me ha ocurrido muchas veces no cruzó mi mente ni por un momento. A él lo contemplaba como a un curioso y bastante repulsivo enigma… nada más.

Cuando me lo encontré en el picnic, todo recuerdo de mi desafortunado comentario parecía haber desaparecido de su cabeza. Estuvo tan agradable como siempre, y su ensalada fue declarada como una *chef-d'oeuvre*, a la par

que sus cancioncillas tradicionales suecas y sus historias de todo clima y región nos divertían y nos emocionaban alternativamente. Sin embargo, después de la merienda, la conversación se encaminó hacia un tema que parecía tener un encanto especial para su audaz inteligencia.

No recuerdo quién fue el que introdujo la cuestión de lo sobrenatural. Creo que fue Trevor, por alguna historia de trapacerías y burlas que había perpetrado en Cambridge. La historia parecía ejercer un extraño efecto sobre Octavius Gaster, que sacudía en el aire sus largos brazos en una apasionada invectiva mientras ridiculizaba a los que se atrevían a poner en duda la existencia de lo invisible.

—Díganme —dijo, levantándose por la excitación— quién de entre ustedes ha visto alguna vez que lo que llaman instinto se equivoque. El ave salvaje tiene un instinto que le habla de la roca solitaria en el mar infinito sobre la que puede poner su huevo, ¿y se ve decepcionada acaso? La golondrina vuelve al sur cuando llega el invierno, ¿y acaso la ha descarriado alguna vez su instinto? ¿Y estará equivocado este instinto que nos habla de los espíritus desconocidos que nos rodean, y que alcanza a todos los niños, aunque no hayan ido a la escuela, y a todas las razas, aunque sean salvajes? Yo digo, ¡nunca!

—¡Dele, Gaster! —gritó Charley.

—Toma el viento a favor y haz otro conjuro —dijo el marino.

—No, nunca —repetía el sueco, indiferente a nuestra diversión—. Es obvio que la materia existe aparte del espíritu; entonces, ¿por qué no podría existir el espíritu aparte de la materia?

—Deja el tema —dijo Daseby.

—¿Acaso no tenemos pruebas de ello? —continuó Gaster, y sus ojos grises echaban fuego por la agitación—. ¿Quién que haya leído el libro de Steinberg sobre los espíritus, o el de aquella norteamericana eminente, Madame Crowe, puede dudarlo? ¿Es que no se encontró Gustav von Spee a su hermano en Estrasburgo, el mismo hermano que se había ahogado tres meses antes en el Pacífico? ¿Es que no flotó Home, el espiritista, a plena luz del día, sobre los tejados de París? ¿Quién no ha oído las voces de los muertos a su alrededor? Yo mismo…

—Eso, ¿qué hay de usted? —preguntamos media docena de nosotros, conteniendo el resuello.

—¡Bah! No importa —dijo, mientras se pasaba la mano por la frente, y evidentemente intentaba controlarse a duras penas—. Verdaderamente, nuestra charla es demasiado triste para esta ocasión.

Y a pesar de todos nuestros esfuerzos, fuimos incapaces de sonsacarle a Gaster ningún relato de sus propias experiencias de lo sobrenatural.

Fue un día alegre. Como ya nos iba quedando poco tiempo de estar juntos, cada uno quería contribuir con lo que pudiera a la diversión general. Ya estaba decidido que tras la inminente competición de tiro Jack iba a volver a su barco y Trevor a su universidad. En cuanto a Charley y a mí, íbamos a establecernos como una pareja seria y respetable.

El torneo era uno de nuestros principales temas de conversación. El tiro había sido siempre uno de los hobbies de Charley, y era el capitán de la compañía Roborough de voluntarios de Devon, que presumía de algunos de los tiradores más granados del condado. La competición iba a ser contra un equipo selecto de regulares de Plymouth, y como eran unos oponentes nada despreciables, el resultado se consideraba incierto. Charley se había aplicado con tesón a conseguir la victoria, y hablaba largo y tendido sobre las probabilidades.

—La distancia es de sólo un kilómetro y medio desde Toynby Hall —dijo—; iremos todos para allá, y verás qué diversión. Me traerás suerte, Lottie —susurró—, sé que lo harás.

¡Ay, mi pobre amado perdido, cuando pienso en la suerte que te he traído!

Sólo había una nube oscura que estropeaba el esplendor de aquel día feliz.

No podía ocultarme por más tiempo el hecho de que las sospechas de mi madre eran correctas, y de que Octavius Gaster me amaba.

A lo largo de toda la excursión sus atenciones habían sido de lo más asiduas, y sus ojos casi nunca se apartaron de mí. Había también un aire en todo lo que decía que hablaba con más claridad que las palabras.

Yo estaba muy inquieta por el temor de que Charley se diera cuenta, pues conocía su vivo temperamento; pero la idea de semejante felonía nunca se asentó en el buen corazón de mi novio.

Una vez levantó los ojos con leve sorpresa cuando el sueco insistió en llevarme un helecho con el que yo estaba cargando; pero su expresión se difuminó hacia una sonrisa ante lo que él contemplaba como el efusivo buen carácter de Gaster. Mi sentimiento sobre el asunto era de compasión por el desdichado forastero y de pena por que yo hubiera sido el medio para hacerlo desgraciado.

Pensé en la tortura que debía de suponer para un espíritu salvaje e impetuoso como el suyo tener una pasión royéndole el corazón, una pasión que tanto el honor como el orgullo le impedirían expresar jamás en palabras.

¡Ay! No había contado con la absoluta temeridad y falta de principios del hombre; pero no pasó mucho antes de que me desengañara.

Al final del jardín había un pequeño emparrado, cubierto de madreselva y hiedra, que había sido desde hace mucho tiempo un escondite favorito para Charley y para mí. Nos era doblemente querido por el hecho de que allí, con ocasión de mi anterior visita, fue el lugar donde hubo por primera vez palabras de amor entre nosotros.

Tras la cena del día siguiente al picnic fui paseando hasta aquel porche, como era mi costumbre. Aquí solía esperar a que Charley, una vez hubiera terminado su puro con los demás caballeros, viniera a reunirse conmigo.

En aquella tarde en particular parecía tardar más de lo acostumbrado. Esperé su venida con impaciencia, e iba de vez en cuando hasta la puerta para ver si había señales de su llegada.

Me acababa de sentar de nuevo tras otra de esas excursiones infructuosas, cuando escuché las pisadas de un hombre sobre la gravilla, y una figura surgió de entre los arbustos.

Salté con una sonrisa de gozo, que se trocó en una expresión de azoramiento, e incluso miedo, cuando vi la flaca y pálida cara de Octavius Gaster escudriñándome.

Había algo en su manera de actuar que podía haber inspirado desconfianza en el ánimo de cualquiera que estuviera en mi lugar. En vez de saludarme, miró a uno y otro lado del jardín, como para asegurarse de que estuviéramos completamente solos. Entonces entró clandestinamente en el emparrado y se sentó en una silla, colocándose entre la puerta y yo.

—No tenga miedo —dijo, cuando se dio cuenta de mi expresión de susto —. No tiene nada que temer. Sólo vengo para poder tener una charla con usted.

—¿Ha visto a Mr. Pillar? —pregunté, en un intento de parecer tranquila.

—¡Ja! ¿Que si he visto a su Charley? —respondió, marcando con burla las últimas palabras—. ¿Así que tantas ganas tiene de que venga? ¿Es que nadie puede hablar con usted salvo Charley, pequeña?

—Mr. Gaster —dije—, se está propasando.

—¡Es Charley, Charley, siempre Charley! —continuó el sueco, indiferente a mi interrupción—. Sí, he visto a Charley. Le he dicho que usted lo esperaba a la orilla del río, y allí se fue en alas del amor.

—¿Por qué le ha contado esa mentira? —pregunté, aún intentando no perder mi autodominio.

Para poder verla; para poder hablar con usted. Entonces, ¿lo ama tanto? ¿Acaso la idea de la gloria, y riquezas, y poder sobre todo lo que la imaginación pueda concebir, no puede apartarla de esta primera fantasía suya de adolescente? ¡Vuele conmigo, Charlotte, y todo esto, y más, será suyo! ¡Venga!

Y tendió sus largos brazos en una súplica apasionada.

En ese mismo momento un pensamiento cruzó mi mente: el de cómo se parecían sus brazos a los tentáculos del algún insecto venenoso.

—¡Usted me insulta, señor! —grité, poniéndome de pie—. ¡Va a pagar muy cara esta manera de tratar a una muchacha indefensa!

—¡Ah! eso dice —exclamó, pero no lo piensa. En su tierno corazón hay piedad hasta para el más desgraciado de los hombres. No, no me pasará por alto… ¡primero tiene que oírme!

—¡Déjeme ir, señor!

—No; no se irá hasta que me diga si no hay nada que yo pueda hacer para conquistar su amor.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? —dije, casi chillando, porque la indignación me había hecho perder todo el miedo—. ¡Usted, que es huésped de mi futuro marido! Déjeme decirle, de una vez por todas, que no tenía ningún sentimiento hacia usted salvo los de repugnancia y desprecio, ¡y usted acaba de convertirlos en verdadero odio!

—¿Es así, entonces? —dijo entrecortadamente, y se tambaleó hacia atrás en dirección de la puerta, y se puso la mano en la garganta como si encontrase dificultad en articular las palabras—. ¿Así que mi amor ha conseguido odio en respuesta? ¡Ja! —prosiguió, y adelantó su cara hasta treinta centímetros de la mía mientras yo me acobardaba ante sus ojos vidriosos—. Ahora lo entiendo. ¡Es esto! ¡Es esto! —y se golpeaba la horrible cicatriz de la cara con el puño cerrado—. ¡Las jovencitas no aman caras como éstas! No soy barbilampiño ni moreno, ni tengo el pelo rizado como ese Charley… ese colegial sin sesos; esa bestia humana que sólo se preocupa de su deporte y su…

—¡Déjeme salir! —grité, apresurándome hacia la puerta.

—No; no se irá… ¡no se irá! —siseó, empujándome hacia atrás.

Luché furiosamente por escapar de sus garras. Sus largos brazos parecían agarrarme como barras de acero. Sentí cómo se me iban las fuerzas, y estaba haciendo un último y desesperado esfuerzo para soltarme, cuando una fuerza irresistible que venía desde atrás me liberó de mi acosador y lo lanzó hacia atrás, hacia el camino de grava.

Al levantar los ojos vi en la puerta la espigada silueta de Charley y sus robustos hombros.

—¡Amor mío, pobrecita! —dijo, tomándome en sus brazos—. Siéntate aquí… aquí en la esquina. Ya no hay peligro. Estaré contigo en un minuto.

—¡No, Charley, no! —murmuré, mientras se daba la vuelta y se alejaba de mí.

Pero hizo oídos sordos a mis súplicas, y salió del emparrado dando zancadas.

Desde la posición en que me había colocado no podía verlo a él ni a su oponente, pero oí cada una de las palabras que dijeron.

—¡Villano! —dijo una voz que apenas podía reconocer como la de mi novio—. ¿Así que por esto me puso en la pista falsa?

—Por eso —respondió el forastero, en un tono de natural indiferencia.

—¡Y así es como paga nuestra hospitalidad, truhán del demonio!

—Sí; nos lo pasamos bien en su precioso porche.

—¡Nos! Todavía está en mi terreno y es mi huésped, y no quisiera ponerle las manos encima; pero, vive Dios…

Ahora Charley hablaba muy bajo y entrecortadamente.

—¿Por qué jura? ¿Qué le pasa, eh? —preguntó la lánguida voz de Octavius Gaster.

—Si se atreve a juntar el nombre de Miss Underwood con este asunto, e insinuar que…

—¿Insinuar? Yo no insinúo nada. Lo que digo lo digo claramente para que lo oiga todo el mundo. Digo que esta jovencita tan virtuosa me pidió ella misma…

Oí el ruido de un fuerte golpe, y luego cómo se removía la grava.

Yo estaba demasiado débil como para levantarme de mi sitio, y sólo pude juntar las manos y articular un débil grito.

—¡Canalla! —dijo Charley—. ¡Dígalo otra vez y le cerraré la boca para siempre!

Hubo un silencio, y luego oí a Gaster hablar con una voz ronca y extraña.

—¡Me ha pegado! —dijo—; ¡me ha hecho sangre!

—Sí; y le pegaré otra vez si muestra su maldita cara por aquí. ¡Y no me mire así! ¿No creerá que sus trucos de opereta pueden asustarme?

Un espanto indefinible me sobrevino mientras mi novio hablaba. Me levanté vacilante y miré en su dirección, apoyándome en la puerta.

Charley estaba de pie, erguido y desafiante, con la joven cabeza al viento, como quien se ufana en la causa por la que combate.

Octavius Gaster estaba frente a él, estudiándolo, con los labios apretados y una mirada maligna en sus crueles ojos. La sangre le manaba en abundancia de un profundo tajo en los labios, y manchaba la pechera de su chaleco blanco y su corbata verde. Se percató de mi presencia en el instante en que salía del emparrado.

¡Ja, ja! —aulló, con un demoníaco estallido de risa—. ¡Ahí viene! ¡La novia! ¡Ahí llega! ¡Abran paso a la novia! ¡Oh, parejita feliz, parejita feliz!

Y con otro diabólico brote de júbilo se dio la vuelta y desapareció por encima del derruido muro del jardín con tal rapidez que antes de que nos hubiéramos dado cuenta de lo que quería hacer ya se había ido.

—¡Oh!, Charley —dije, cuando mi novio volvió a mi lado—, ¡lo has herido!

—¡Herirlo! ¡Espero haberlo hecho! Vamos, querida, tienes frío y estás cansada. No te ha hecho daño, ¿verdad?

—No; pero me siento bastante abatida y asqueada.

—Vamos, iremos caminando tranquilamente hasta la casa. ¡Qué bellaco! Y lo había planeado todo astutamente y con premeditación. Me dijo que te había visto río abajo, y yo bajaba cuando me encontré con el joven Stokes, el hijo del guarda, que volvía de pescar, y me dijo que allí no había nadie. De algún modo, cuando Stokes dijo eso, se me vinieron de pronto a la cabeza un montón de pequeños detalles, y en un momento me vi tan convencido de la vileza de Gaster que corrí hasta el emparrado tan rápido como pude.

—Charley —dije, agarrándome al brazo de mi novio—, me da miedo que te quiera hacer daño de algún modo. ¿Viste la expresión de sus ojos antes de saltar el muro?

—¡Bah! —dijo Charley—. Todos esos extranjeros tienen ese modo de fruncir el ceño y mirar mal cuando se enfadan, pero nunca pasan de ahí.

—Aun así, me da miedo —dije, con pesar, a medida que subíamos las escaleras—, y ojalá no le hubieras pegado.

—Ojalá —respondió Charley—; pues, a pesar de su villanía, era nuestro huésped. No obstante, ya está hecho y no se puede evitar, como dice el cocinero en *Pickwick* y, la verdad, era más de lo que podía aguantar alguien de carne y hueso.

Debo pasar con rapidez sobre los hechos de los días siguientes. Para mí, por lo menos, fue un período de felicidad absoluta. Con la partida de Gaster parecía como si una nube se hubiera alejado de mi alma, y el abatimiento que había oprimido toda la casa desapareció completamente.

Yo volvía a ser otra vez la muchacha alegre que era antes de la llegada del forastero. Incluso el coronel se olvidó de lamentar su ausencia, debido al absorbente interés de la cercana competición en la que participaba su hijo.

Era nuestro principal tema de conversación y los caballeros ofrecían generosas apuestas sobre el éxito del equipo de Roborough, aunque nadie tenía tan pocos principios como para aceptarlas y así parecer que apoyaban a sus antagonistas.

Jack Daseby bajó hasta Plymouth e hizo una apuesta sobre el resultado con algunos oficiales de infantería de marina, y lo hizo de modo tan asombroso que hicimos el recuento, y en caso de victoria de Roborough perdería diecisiete chelines; mientras que, si ocurriera la otra contingencia, se iba a ver envuelto en deudas irremediables.

Charley y yo teníamos un acuerdo tácito de no mencionar el nombre de Gaster, ni aludir de ningún modo a lo que había pasado.

En la mañana siguiente a nuestra escena en el jardín, Charley había mandado a uno de los criados al cuarto del sueco con la instrucción de que embalara todo lo que pudiera encontrar allí y lo dejara en la posada más cercana.

Sin embargo, se halló que todos los efectos de Gaster ya habían sido retirados, aunque el cómo y el cuándo eran un absoluto misterio para los criados.

Conozco pocos lugares más atractivos que el campo de tiro de Roborough. El valle en que está asentado tiene unos setecientos cincuenta metros de largo y es completamente llano, así que se podía colocar las dianas desde doscientos a setecientos metros, y las más lejanas sólo aparecían como cuadraditos blancos contra el verde de las colinas que se levantaban por detrás.

El mismo valle es parte del gran marjal, y sus lados, que se elevan gradualmente, se pierden en la vasta y abrupta extensión. Su carácter simétrico podía sugerirle a una mente imaginativa que algún titán de antaño hubiera hecho una excavación en el marjal con una gigantesca cuchara de queso, pero que al primer intento se hubiera convencido del poco valor del suelo.

Incluso se podría imaginar que hubiera dejado caer la muestra desechada en la boca del corte que había hecho, pues allí había una considerable elevación, desde la que iban a disparar los tiradores, y hacia allí encaminamos nuestros pasos en aquella memorable tarde.

Nuestros contrarios habían llegado allí antes que nosotros, llevando consigo un gran número de oficiales de la marina y el ejército, mientras que una larga fila de vehículos inclasificables mostraba que muchos de los buenos ciudadanos de Plymouth habían aprovechado la oportunidad de regalar a sus esposas y familias tina excursión al marjal.

En la cima de la colina habían levantado un recinto para las damas y los invitados distinguidos que, junto con la gran carpa y las tiendas de refrescos, componía una escena muy animada.

La gente de la región había asistido en gran número, y apostaba con excitación sus medias coronas a los campeones locales, apuestas que los aficionados de los regulares aceptaban con entusiasmo.

Charley nos condujo a través de todo este barullo y confusión con la ayuda de Jack y Trevor, quienes finalmente nos depositaron en una especie de tribuna rudimentaria desde la que podíamos ver con comodidad todo lo que pasaba.

Con todo, pronto nos vimos tan absortos en la magnífica vista que no nos dimos cuenta de las apuestas, los empujones y las chanzas de la multitud que estaba delante de nosotros.

Allá lejos, en el lado sur, podíamos ver cómo se enroscaba el humo azul de Plymouth en el tranquilo aire veraniego, y más allá estaba el ancho mar, que se extendía en el horizonte, vasto y oscuro, salvo allí donde una petulante ola lo marcaba con una raya de espuma, como si se rebelara contra la gran calma de la naturaleza.

Desde el Eddystone hasta el Start la larga y escabrosa línea de la costa de Devonshire se extendía ante nosotros como un mapa.

Todavía me encontraba sumida en la admiración cuando la voz de Charley apareció en mi oído con un medio reproche.

—¡Vaya, Lottie —dijo—, no pareces tener mucho interés en esto!

—Ay, sí, querido, claro —respondí—. Pero el panorama es tan bonito, y además el mar es una de mis debilidades desde siempre… Ven y siéntate aquí, y cuéntame todo sobre la competición y cómo vamos a saber si vais ganando o perdiendo.

—Acabo de explicarlo —respondió Charley—, pero lo repetiré de nuevo.

—Hazlo, amorcito, sé bueno —dije; y me preparé para tomar nota, aprender y asimilar.

—Bueno —dijo Charley—, hay diez hombres por cada lado. Disparamos alternativamente; primero, uno de los nuestros, luego uno de ellos, y así… ¿entiendes?

—Sí, eso lo entiendo.

—Primero disparamos a una distancia de doscientos metros… ésos son los blancos más cercanos. Cada uno dispara cinco tiros a ésos. Luego disparamos cinco tiros a los que están a quinientos metros… esos de en medio; y luego terminamos disparando a una distancia de setecientos metros… allá lejos están los blancos, en la ladera de la colina. El que haga más puntos gana. ¿Lo coges ahora?

—Oh, sí; es muy sencillo —dije.

—¿Sabes lo que es la diana? —preguntó mi novio.

—Lo que tocan los soldados por la mañana, ¿no? —aventuré.

Charley pareció asombrado por mi grado de ignorancia.

—Eso es la diana —dijo—: ese punto oscuro en el centro del blanco. Si le das, te anotas cinco puntos. Hay otro círculo, que no puedes ver, dibujado alrededor del otro, y si aciertas ahí, a eso se le llama «centro», y anotas cuatro. Después por fuera hay otro, y se llama un «exterior», y sólo te anotas tres. Se puede saber dónde ha dado el tiro porque el que anota los tantos saca un disco coloreado y cubre el punto.

—¡Oh!, ahora lo entiendo todo —dije, entusiasmada—. Te diré lo que voy a hacer, Charley; ¡voy a apuntar el tanteo de cada tiro que se dispare en un pedacito de papel, y así sabré en todo momento cómo le va a Roborough!

—Es una idea estupenda —dijo riéndose, mientras salía a grandes zancadas para agrupar a sus hombres, porque una campanada de aviso anunciaba que iba a comenzar el certamen.

Hubo un gran tremolar de banderas y mucho griterío antes de que se pudiera aclarar el campo, y luego vi un montoncito de chaquetas rojas sobre el césped, a la par que un grupo similar, de color gris, tomaba posiciones a su izquierda.

«¡Bang!», sonó un tiro de rifle, y el humo azul ascendió desde la hierba en volutas.

Fanny chilló, y yo di un grito de alegría, porque vi que levantaban el disco blanco que proclamaba una diana, y el tiro lo había disparado uno de los hombres de Roborough. No obstante, mi júbilo se vio prontamente contrarrestado por el tiro de respuesta, que puso cinco puntos en el haber de los regulares. El siguiente fue también una diana, que fue rápidamente anulada por otra. Al final de la competición de corta distancia, cada lado había puntuado cuarenta y nueve de los cincuenta posibles, y la cuestión de la supremacía estaba más indecisa que nunca.

—Esto se está animando —dijo Charley, apoyándose sobre el mostrador —. Comenzamos a disparar a quinientos metros en pocos minutos.

—¡Oh, Charley —gritó Fanny, muy excitada—, hagas lo que hagas, no vayas y falles!

—No lo haré si puedo evitarlo —respondió Charley, con júbilo.

—Acabas de hacer una diana por tiro —dije.

—Sí, pero no es tan fácil cuando levantas las miras. Con todo, lo haremos lo mejor que podamos, y más no podemos hacer. Tienen algunos buenísimos tiradores de larga distancia entre ellos. Lottie, ven aquí un momento.

—¿Qué pasa, Charley? —pregunté, mientras me llevaba aparte de los otros. Pude ver, por la expresión de su cara, que algo le preocupaba.

—Es ese tipo —gruñó mi novio—. ¿Para qué diantres quiere venir aquí? ¡Esperaba haberlo visto por última vez!

—¿Qué tipo? —dije entrecortadamente, con una vaga aprensión en el pecho.

—¡Vaya, ese sueco del demonio, Gaster!

Seguí la dirección de la mirada de Charley, y allí estaba, con seguridad, de pie sobre una loma cercana al lugar donde los tiradores estaban disparando, la figura alta y angulosa del forastero.

Parecía enteramente indiferente a la sensación que su singular aspecto y su semblante deforme causaban sobre los fornidos granjeros que lo rodeaban; y estiraba su largo cuello a uno y otro lado, como si estuviera buscando a alguien.

Mientras lo mirábamos, sus ojos de repente se pararon en nosotros, y me pareció que, incluso a esa distancia, pude ver cómo un espasmo de odio y triunfo cruzaba sus blanquecinos rasgos.

Me asaltó un extraño presentimiento y tomé la mano de mi novio entre las mías.

—¡Oh, Charley —grité—, no… no vuelvas al torneo! ¡Di que te encuentras mal… dales alguna excusa y déjalo!

—¡Tonterías, muchacha! —dijo, riéndose con ganas de mi terror—. Vaya, ¿de qué tienes miedo?

—¡De él! —respondí.

—No seas tonta, cariño. Se podría creer que es un semidiós por la manera en que hablas de él. ¡Pero, oye! Ésa es la campana y debo irme.

—Bueno, pero prométeme por lo menos que no te acercarás a él —grité, mientras seguía a Charley.

—¡Vale… vale! —dijo.

Y tuve que contentarme con esa pequeña concesión.

La competición a quinientos metros de distancia fue muy ajustada y excitante. Roborough llevaba ventaja de un par de puntos por un rato, hasta que una serie de dianas de uno de los tiradores estrella de sus oponentes volvió las tornas a su favor.

Al final de esa parte resultó que los voluntarios iban tres puntos por debajo… un resultado que saludaron con hurtas los del contingente de Plymouth y con caras largas y miradas sombrías los habitantes del marjal.

Durante toda esta competición Octavius Gaster se había quedado totalmente quieto e inmóvil en la cima de la loma en la que había tomado posiciones al principio.

Me parecía que apenas entendía lo que pasaba, porque su rostro no estaba vuelto hacia los tiradores, y su mirada parecía perdida en la distancia.

Una vez alcancé a ver su perfil, y pensé que sus labios se movían rápidamente, como si estuviera rezando, o quizá pudo ser el rielar del aire cálido del veranillo de San Martín el que me engañó. No obstante, ésa fue mi impresión en aquel momento.

Y ahora venía el certamen que se disputaba a la mayor distancia, el que debía decidir la competición.

Los hombres de Roborough se aplicaron firmemente a su tarea de recuperar el terreno perdido; por su parte, los regulares parecían decididos a no confiarse demasiado para no desperdiciar su ocasión.

A medida que se disparaba tiro tras tiro, la excitación de los espectadores se hizo tan grande que se arremolinaban alrededor de los tiradores, y vitoreaban con entusiasmo cada diana.

Nosotros mismos nos vimos tan afectados por el contagio general que dejamos nuestro puerto seguro y nos sometimos dócilmente a los empujones y los toscos modos de la turbamulta para conseguir una mejor panorámica de los campeones y sus movimientos.

Los militares estaban en diecisiete y los voluntarios en dieciséis, con gran desaliento de los del pueblo.

Sin embargo, las cosas parecieron más halagüeñas cuando los dos lados empataron a veinticuatro, y aún más cuando la puntería firme del equipo local llevó su puntuación a treinta y dos frente a los treinta de sus adversarios.

No obstante, aún había que recuperar los tres puntos que se habían perdido en la ronda anterior.

Poco a poco subía el tanteo, y los esfuerzos de ambas partes por llevarse la victoria eran desesperados.

Finalmente, un estremecimiento recorrió la multitud cuando se supo que el último de los chaquetas rojas había disparado y aún quedaba un voluntario, y que los soldados iban cuatro puntos por delante.

Incluso *nuestras* poco deportivas mentes entraron en un estado de absorbente excitación por la naturaleza de la apoteosis que se presentaba ahora.

Si el último representante de nuestro pueblo acertaba en la diana, ganábamos la competición.

La copa de plata, la gloria, el dinero de nuestros partidarios… todo dependía de ese único disparo.

El lector se puede imaginar que mi interés no se vio nada atenuado cuando, a fuerza de estirar el cuello y ponerme de puntillas, alcancé a ver a mi Charley cargando un cartucho en su rifle, y me di cuenta de que el honor de Roborough dependía de su destreza.

Fue esto, creo, lo que me dio fuerzas para abrirme paso a través de la multitud tan vigorosamente que me encontré casi en primera fila, y dominando una excelente panorámica de los acontecimientos.

Yo tenía un granjero gigantesco a cada lado, y no pude evitar oír la conversación que sostenían entre ellos en su fuerte acento de Devon justo encima de mi cabeza, mientras esperábamos que se disparase el tiro decisivo.

—Ese hombre es muy raro —dijo uno.

—Sí que lo es —asintió cordialmente el otro.

—¿Has visto los ojos del tipo?

—¡Eh, Jock, mira más bien su boca!… Que me aspen si no estaba echando espuma como el perro del granjero Watson… el cachorrillo que murió loco por la rabia.

Me di la vuelta para ver el objeto favorecido por estos comentarios lisonjeros, y mis ojos recayeron en el doctor Octavius Gaster, cuya presencia ya había olvidado por entero a causa de mi agitación.

Su cara estaba vuelta hacia mí; pero, evidentemente, no me veía, porque sus ojos se dirigían con inexorable persistencia sobre un punto aparentemente intermedio entre los lejanos blancos y su propia persona.

Nunca he visto nada que se pueda comparar con la extraordinaria concentración de aquella mirada fija, que tenía el efecto de hacer que sus órbitas parecieran henchidas y prominentes, mientras sus pupilas estaban contraídas al punto más fino posible.

El sudor le caía en abundancia por la cara larga y cadavérica y, como había anotado el granjero, había restos de espuma en las comisuras de su

boca. Tenía las mandíbulas muy cerradas, como si estuviera haciendo algún feroz esfuerzo de voluntad que requiriera toda la energía de su alma.

Hasta el día de mi muerte no se desvanecerá de mi memoria aquel horrible semblante, ni dejará de perseguirme en sueños. Me estremecí y volví la cabeza con la vana esperanza de que a lo mejor aquel buen granjero tuviera razón, y la enfermedad mental fuera la causa de todas las extravagancias de ese extraño personaje.

Se hizo un gran silencio entre la muchedumbre cuando Charley, una vez cargado su rifle, cerró de un golpe la culata con alegría y procedió a tenderse en el lugar indicado para él.

—¡Muy bien, Mr. Charles, señor… así se hace! —le *oí* susurrar al viejo McIntosh, el sargento de voluntarios, al pasar—. ¡Cabeza fría y mano firme, ése es el secreto, señor!

Mi novio sonrió al canoso soldado mientras se tendía sobre la hierba, y luego procedió a apuntar por la mira de su rifle, en medio de un silencio en el que se podía oír claramente el débil susurro de la brisa sobre las briznas de hierba.

Durante más de un minuto permaneció apuntando. Su dedo parecía apretar el gatillo, y todos los ojos estaban fijos en el lejano blanco, cuando de repente, en vez de disparar, el tirador se puso de rodillas, vacilante, y dejó su arma en el suelo.

Para sorpresa de todos, su cara tenía una palidez mortal, y el sudor se acumulaba en su frente.

—Oye, McIntosh —dijo, con una voz extraña y entrecortada—, ¿hay alguien de pie entre el blanco y yo?

—¿En medio, señor? No, ni un alma, señor —respondió el sargento, acónito.

—¡Allí, hombre, allí! —gritó Charley, con feroz energía, agarrándole del brazo y señalando en la dirección del blanco—. ¿No lo ve allí, de pie, justo en la línea de fuego?

—¡Allí no hay nadie! exclamaron media docena de voces.

—¿No hay nadie? Bueno, debe de haber sido mi imaginación —dijo Charley, pasándose lentamente la mano por la frente—. Aun así, habría jurado… ¡Venga, pasadme el rifle!

Se echó otra vez al suelo, y una vez se colocó en posición, levantó lentamente el arma hasta el ojo. Apenas había mirado por el cañón cuando saltó otra vez con un agudo grito.

—¡Allí! —gritó—. ¡Os digo que lo veo! Un hombre vestido con uniforme de voluntario, y bastante parecido a mí… mi propia imagen. ¿Se trata de una conspiración? —continuó, volviéndose ferozmente hacia la multitud—. ¿Es que ninguno de vosotros ve a un hombre parecido a mí caminando desde el blanco mientras yo estoy hablando, y a menos de doscientos metros de mí?

Debería haber volado al lado de Charley si no hubiera sabido cómo odia las intromisiones femeninas, o cualquier cosa que se aproxime a una escena. Sólo podía escuchar en silencio sus palabras extrañas y sin sentido.

—¡Protesto ante esta situación! —dijo un oficial que vino hacia adelante —. Este caballero debe hacer su disparo o nosotros retiraremos a nuestros hombres del campo y reclamaremos la victoria.

—¡Pero *le* voy a disparar! —dijo el pobre Charley.

—¡Patrañas! ¡Tonterías! ¡Dale, entonces! —bramaron una decena de voces masculinas.

—El caso es —balbució uno de los militares que estaban delante de mí a otro— que los nervios del jovencito no están muy a la altura de la ocasión, y él se da cuenta, y está intentando echarse para atrás.

Qué poco sabía el imbécil del tenientito cómo una mano de mujer estaba deseando extenderse en ese momento y propinarle una sonora bofetada.

—Es el brandy Martell de tres estrellas, eso es —susurró el otro—. Los «diablos», ¿sabes? Yo mismo los he tenido, y reconozco un caso en cuanto lo veo.

El comentario era demasiado críptico para mi entendimiento, que si no el que hablaba hubiera corrido el mismo riesgo que su predecesor.

—Bueno, ¿va a tirar o no? —gritaron varias voces.

—Sí, tiraré —se quejó Charley—. ¡Tiraré a través de *él*! ¡Pero es un asesinato… un claro *asesinato*!

Nunca olvidaré la tétrica mirada que echó a la multitud.

—Estoy apuntando *a través* de él, McIntosh —murmuró, mientras se echaba en el suelo y se ponía el arma en el hombro por tercera vez.

Hubo un momento de suspense, una llama, el restallar de un rifle, y una alegría que tuvo eco a lo largo del marjal, y podía haberse oído en un pueblo lejano.

—¡Bien hecho, chico… bien hecho! —vocearon cien buenas gargantas de Devonshire, cuando el disquito blanco apareció por detrás del escudo del anotador de los tantos y tapó por un momento la oscura diana, proclamando que se había ganado la competición.

—¡Bien hecho, chico! Es el Maestro Pillar, de Toynby Hall. Venga, vamos a llevarlo en hombros, llevémoslo hasta su casa, por el honor de Roborough. ¡Vamos, muchachos! El hombre está en el suelo. Despierte, Sargento McIntosh. ¿Qué pasa con usted? ¿Eh? ¿Qué?

Un silencio de muerte cayó sobre la multitud, y luego un bajo murmullo de incredulidad que se trocó en pena, con cuchicheos de «dejadla sola, pobre muchacha… ¡dejadla tranquila!», y luego otra vez silencio, salvo por el gemido de una mujer y sus cortos y agudos gritos de desesperación.

Porque, lector, mi Charley, mi guapo y valiente Charley, yacía frío y muerto sobre el terreno, con el rifle aún aferrado por sus rígidos dedos.

Escuché amables palabras de condolencia. Escuché la voz del teniente Daseby, rota por el dolor, pidiéndome que controlara mi pena, y sentí su mano cuando me apartó gentilmente del cuerpo de mi pobre muchacho. Eso lo puedo recordar, y nada más, hasta que me recuperé de mi mal, cuando me encontré en la enfermería de Toynby Hall y supe que habían pasado tres semanas de desasosiego y delirio desde aquel terrible día.

¡Un momento!… ¿Recuerdo algo más?

A veces creo que sí. A veces creo que me acuerdo de un intervalo lúcido en medio de mis delirios. Me parece tener una vaga reminiscencia de ver a mi buena enfermera salir del cuarto… y de ver cómo un rostro flaco y exangüe atisbaba a través de la ventana entreabierta, y de oír una voz que decía: «Ya me he ocupado de tu apuesto novio, y todavía me queda ocuparme de ti». Las palabras vuelven sobre mí con un soniquete familiar, como si hubieran resonado antes en mis oídos, pero aun así puede que no haya sido más que un sueño.

«¡Y esto es todo! —diréis—. ¡Por esto una mujer histérica acosa a un sabio inofensivo en las páginas de anuncios de los periódicos! ¡Sobre esta evidencia superficial ella insinúa los más monstruosos crímenes!»

Bueno, no puedo esperar que estas cosas os causen la impresión que me causaron a mí. Sólo puedo decir que si estuviera en un puente con Octavius Gaster a un lado y el más despiadado tigre que haya merodeado por la jungla india al otro, volaría hacia la bestia salvaje para buscar protección.

Por lo que a mí respecta, mi vida está rota y agostada. No me preocupa el que se acabe pronto o tarde; pero si mis palabras mantienen alejado a este hombre de algún hogar honrado, entonces no habré escrito en vano.

Quince días después de haber escrito este relato, mi pobre hija desapareció. Toda búsqueda ha fracasado. Un mozo de la estación de trenes ha declarado haber visto a una joven dama que respondía a su descripción entrar en un coche de primera clase con un caballero alto y delgado. No obstante, es del todo ridículo suponer que ella pueda haberse fugado con un amante tras su reciente aflicción, y sin que yo tuviera la menor sospecha. Con todo, los detectives están trabajando sobre la pista.

EMILY UNDERWOOD.

LA RELACIÓN DE J. HABAKUK JEPHSON[8]

En el mes de diciembre de 1873 entró en el puerto de Gibraltar el barco británico *Dei Gratia*, trayendo a remolque el bergantín abandonado *Marte Celeste*, al que había recogido a los 38 grados y 40 minutos de latitud norte y a los 17 grados 15 minutos de longitud oeste. En el estado y en el aspecto de la embarcación abandonada se daban determinadas circunstancias que despertaron en su tiempo considerables comentarios y excitaron una curiosidad que no ha sido nunca satisfecha. Esas circunstancias de que hablamos fueron resumidas en un artículo oportuno que apareció en la *Gibraltar Gazette*. Si mi memoria no me engaña, pueden, quienes sientan curiosidad, satisfacer ésta en el número correspondiente al 4 de enero de 1874. Sin embargo, en atención a quienes se encuentren en la imposibilidad de consultar el número que cito, voy a insertar aquí algunos extractos que se refieren a las características principales del caso. Dice el anónimo escritor en la *Gazette*:

> Hemos estado personalmente a bordo del buque abandonado *Marie Celeste*, y hemos interrogado minuciosamente a los oficiales del *Dei Gratia* sobre los puntos que pudieran arrojar alguna luz sobre el asunto. Estos opinan que la embarcación llevaba días y quizá semanas abandonada cuando la recogieron. El Diario de navegación que fue hallado en la cámara afirma que el *Marie Celeste* zarpó el día 16 de octubre del puerto de Boston con destino a Lisboa. Sin embargo, ese Diario ha sido llevado de un modo incompleto y apenas suministra datos. No se hace en él ninguna referencia a temporales, y, a decir verdad, el estado en que se encuentra la pintura del barco y toda su arboladura hace desechar la idea de que lo hayan abandonado por esa razón. El calafateo es perfecto y no hace agua por ningún lado. Tampoco se advierte señal alguna de violencias ni de luchas, y no hay

absolutamente nada que explique la desaparición de sus tripulantes. Hay varios detalles que parecen indicar que viajaba a bordo una mujer, porque en la cámara se ha encontrado una máquina de coser, además de algunas prendas femeninas de vestir. Éstas pertenecen probablemente a la esposa del capitán, que, según consta en el Diario de navegación, acompañaba a su marido. Como una demostración del buen tiempo con que navegaron, está el detalle de que se encontró colocada verticalmente en la máquina de coser una bobina de seda, siendo cosa sabida que el más pequeño balanceo del barco la habría hecho caer al suelo. Las lanchas estaban intactas y colgadas de los brazos de suspensión; y el cargamento, que consistía en sebo y en relojes norteamericanos, también estaba intacto. Una espada, de forma antigua, ha sido encontrada en el castillo de proa entre un montón de leña, y se asegura que en la hoja de dicha arma se advierte una estría longitudinal, como si hubiese sido enjugada recientemente. Ha sido puesta en manos de la policía y sometida al examen del doctor Monaghan, especialista en análisis. Todavía no se ha hecho público el resultado de ese examen. Para terminar, podemos decir que el capitán Dalton, del *Dei Gratia*, marino capaz e inteligente, opina que es muy posible que el *Marie Celeste* haya sido abandonado a mucha distancia del lugar en que fue recogido, puesto que por dicha latitud pasa una fuerte corriente que procede de las costas de África. Confiesa, sin embargo, que no puede exponer una hipótesis capaz de explicar todos los hechos. En ausencia de cualquier clave o indicio de prueba, es de temer que el destino de la tripulación del *Marie Celeste* venga a constituir un misterio más del piélago, que habrá que agregar a los muchos que no se aclararán hasta el gran día en que el océano devuelva sus muertos. Si se ha cometido algún crimen, y acerca de ello existen fuertes sospechas, hay pocas esperanzas de que quienes lo cometieron comparezcan ante la justicia.

Como suplemento de este extracto de la *Gibraltar Gazette*, voy a copiar un telegrama de Boston que apareció en todos los periódicos ingleses, y en el

que se encierra toda la información que ha sido posible recoger acerca del *Marie Celeste*:

> Era un bergantín de ciento setenta toneladas de carga, y pertenecía a White, Russel and White, importadores de vino de esta ciudad. El capitán, J.W. Tibbs, era un antiguo empleado de la firma, además de hombre de reconocida capacidad y de probada honradez. Iba acompañado de su mujer, que tenía treinta y un años, y del más pequeño de sus hijos, que tenía cinco. La tripulación la formaban siete hombres, entre los que se contaban dos de color y un muchacho. Iban en la embarcación tres pasajeros, uno de los cuales era el conocido especialista de enfermedades del pecho, establecido en Brooklyn, doctor Habakuk Jephson, que fue uno de los más destacados defensores de la Abolición en los primeros tiempos del movimiento, y cuyo folleto titulado *¿Dónde está tu hermano?* ejerció gran influencia en la opinión antes de la guerra. Los demás pasajeros eran: Mr. J. Hartón, escribiente al servicio de la firma, y Mr. Septimus Goring, caballero mestizo, procedente de Nueva Orleans. A pesar de todas las pesquisas que se han realizado, no se ha conseguido hacer luz sobre la suerte que hayan podido correr estos cuatro seres humanos. La pérdida del doctor Jephson será lamentada tanto en los círculos políticos como en los científicos.

He resumido así, en beneficio de los lectores, todo cuanto se sabe hasta ahora acerca del *Marie Celeste* y de su tripulación, ya que en el transcurso de los diez últimos años no se ha adelantado nada en lo referente a la aclaración del misterio. Y ahora tomo la pluma con el propósito de contar todo lo que yo sé del desdichado viaje. Lo considero como una obligación que tengo con la sociedad, puesto que ciertos síntomas, cuyo alcance conozco por haber tenido ocasión de estudiarlos en otras personas, me hacen pensar que antes de que transcurran pocos meses, mi lengua y mi mano no estarán ya en condiciones de suministrar esta información. Como prefacio de mi relato, permítaseme decir que soy Joseph Habakuk Jephson, doctor en Medicina de la Universidad de Harvard y exdirector de consultorio en el Samaritan Hospital, de Brooklyn.

Serán muchos, sin duda, los que se preguntarán cómo es que no he salido a la palestra hasta ahora, y por qué razón he consentido que se hiciesen tantas

conjeturas y suposiciones sin negar su veracidad. Si con revelar los hechos que conozco se hubiese dado satisfacción a los fines de la justicia, yo los habría revelado sin vacilación alguna. Me pareció, sin embargo, que no había posibilidad de conseguir semejante resultado; y cuando traté, después de ocurrido el hecho, de exponer mi caso ante un funcionario inglés, éste dio muestras de incredulidad tan ofensiva para mí que decidí no volver a exponerme a ser tratado de manera tan indigna. Puedo, sin embargo, disculpar la descortesía del magistrado de Liverpool, cuando pienso en que mis propios parientes, que conocen mi carácter intachable, sólo acogieron con sonrisas de indulgencia mi relato, como si se tratara de las ilusiones imaginarias de un monomaniaco. Estigma semejante para mi veracidad originó una pelea con John Vanburger, hermano de mi mujer, y me afirmó en mi resolución de dejar que el asunto cayese en el olvido… resolución que altero ahora a instancias de mi hijo. Para que mi relato resulte inteligible, tengo que contar de una manera superficial uno o dos incidentes de mi vida anterior que arrojan luz sobre los hechos posteriores.

Mi padre, William K. Jephson, fue predicador de la secta llamada de los Hermanos Plymouth y uno de los ciudadanos más respetados de Lowell. Al igual que la mayor parte de los puritanos de Nueva Inglaterra, era un adversario acérrimo del esclavismo, y yo recibí de sus labios las enseñanzas que han caracterizado mi conducta en la vida.

Siendo todavía estudiante de Medicina en la Universidad de Harvard, me distinguí como abolicionista radical; y cuando, después de recibir el título, compré una participación de un tercio en el consultorio del doctor Willis, de Brooklyn, me las arreglé para compaginar mis deberes profesionales con la dedicación de una buena cantidad de tiempo a la causa que me era tan querida. Mi folleto *¿Dónde está tu hermano?* (Swarburgh, Lister and Co., 1859) fue acogido con gran interés.

Cuando estalló la guerra, abandoné Brooklyn y me incorporé al regimiento 113 de Nueva York, en el que serví durante toda la campaña. Estuve presente en las batallas de Bull’s Run y de Gettysburg. Por último, caí gravemente herido en Antietam, y habría sucumbido probablemente en el campo de batalla de no haber sido por la bondad de un caballero de apellido Murray, que me llevó a su casa y me atendió con la mayor solicitud. Gracias a su caridad, y a los cuidados de los criados negros, no tardé en poder pasearme por la plantación apoyado en una garrota. Durante ese periodo de mi convalecencia ocurrió un incidente que está íntimamente relacionado con mi relato.

Entre las negras que más solícitamente me atendieron mientras estuve en el lecho, había una, ya de edad, que parecía ejercer gran autoridad sobre las demás. Se mostró muy atenta conmigo, y por lo poco que ella y yo hablamos, deduje que me conocía de referencias y que me estaba agradecida por la defensa que había hecho yo de su raza oprimida.

Cierto día estaba sentado en la terraza, tomando el sol y pensando si debería reintegrarme ya al ejército de Grant, cuando me sorprendió verla avanzar cojeando hacia mí. Después de mirar con mucha cautela a su alrededor para asegurarse de que estábamos solos, vi que se tanteaba en el pecho, por entre las ropas, y que sacaba un pequeño bolso de gamuza que tenía colgado del cuello con un cordel blanco. Se inclinó sobre mi oído y me dijo en voz baja lo siguiente:

—Señor, yo moriré pronto. Soy ya muy vieja. No permanezca mucho tiempo en la plantación de Mr. Murray.

Yo le contesté:

—Marta, tú puedes vivir todavía mucho tiempo. Ya sabes que soy médico, de modo que si te sientes enferma, me avisas y yo procuraré curarte.

—No quiero vivir; lo que quiero es morir. Voy a reunirme con el Señor celestial.

Y empezó a explicarme una de esas leyendas medio paganas a las que son tan aficionados los negros.

Pero hay una cosa, señor, que no tengo más remedio que dejar aquí cuando me muera, porque no puedo llevarla conmigo a través del Jordán. Es una cosa de grandísimo valor, mucho más valiosa y más sagrada que todas las demás cosas del mundo. Yo, que soy una pobre negra, tengo eso que le digo porque mi gente, que era de gran categoría, creyó que iba a volver a su antiguo país. Pero usted no puede comprender esto como lo comprenderían los negros. A mí me lo dio mi padre, y a mi padre se lo transmitió el suyo; pero ¿a quién se lo daré yo ahora? La pobre Marta no tiene hijos, no tiene parientes, no tiene a nadie. Los negros que veo a mi alrededor son mala gente. Las negras son mujeres muy estúpidas. Nadie es digno de poseer la piedra. Por eso me dije: «Aquí tengo al señor Jephson, que escribe libros y combate por la gente de color, y que es, con toda seguridad, un hombre bueno. Pues a él se la daré, aunque no pueda saber el alcance que tiene y de dónde vino».

Al llegar a este punto, la anciana negra rebuscó dentro del bolso de gamuza y sacó del mismo una piedra negra plana con un agujero en el centro; me la puso a la fuerza en la mano y me dijo:

—Tómela, tómela; una cosa buena nunca produce mal. Consérvela bien. ¡No la pierda nunca!

Y la anciana negra se retiró renqueando, de la misma manera que había venido, haciéndome un gesto para que tuviera cuidado, y mirando a todas partes para cerciorarse de que nadie nos había visto.

La seriedad con que se comportaba aquella mujer me produjo más bien gracia que emoción, y si no me eché a reír mientras hablaba fue por no lastimar sus sentimientos. Cuando desapareció de mi vista, examiné detenidamente la piedra que me había dado. Era intensamente negra, de dureza extraordinaria y de forma ovalada, es decir, como uno de esos guijarros rodados que uno elegiría en una playa para tirarlos a gran distancia. Tendría unas tres pulgadas de largo y pulgada y media de anchura en el centro, pero estrechada y redondeada en las extremidades. Lo más curioso era una especie de minúsculos canales en semicírculo que le daban la apariencia de una oreja humana. En conjunto, aquel nuevo objeto del que era propietario me interesó bastante y decidí someterlo, en la primera oportunidad, a título de muestra geológica, a la opinión de mi amigo el profesor Shroeder, del Instituto de Nueva York. De momento, lo guardé en el bolsillo, me levanté de mi silla y salí a dar un breve paseo por la plantación, despreocupándome del incidente.

Como mi herida casi había cicatrizado, me despedí poco después de Mr. Murray. Los ejércitos de la Unión triunfaban por todas partes y convergían sobre Richmond, pareciéndome por ello innecesaria mi ayuda, y regresé a Brooklyn. Allí reanudé mi actividad médica y contraje matrimonio con la hija de Josiah Vanburger, grabador en madera muy afamado. En el transcurso de pocos años establecí muchas relaciones y adquirí notable reputación en el tratamiento de las enfermedades pulmonares. Todavía conservaba en el bolsillo mi piedra negra, y solía relatar con frecuencia la dramática historia de cómo llegó a mi poder. Seguí decidido a mostrársela al profesor Shroeder. El profesor se tomó el asunto con gran interés cuando le conté la anécdota, y se la entregué. Dictaminó que se trataba de un trozo de piedra meteórica, y me hizo notar que la semejanza que presentaba con una oreja humana no era puramente casual, sino obra de un esmeradísimo trabajo. Una docena de pequeños detalles anatómicos demostraban que quien la hizo era tan entendido como hábil. El profesor me dijo:

—No me extrañaría que haya sido arrancada de alguna estatua grande, aunque no alcanzo a comprender cómo fue posible trabajar con tal perfección

un material tan duro. Si ha sido arrancada de una estatua, me interesaría muchísimo conocerla.

Eso era lo que yo pensaba entonces, pero posteriormente he cambiado de opinión.

Mi vida transcurrió tranquila y sin sucesos notables durante los siete u ocho años siguientes. Las primaveras siguieron a los inviernos y los veranos a las primaveras sin que hubiese variación alguna en mis ocupaciones. Como la clientela iba creciendo, admití como socio, con una cuarta parte en los beneficios, a J.S. Jackson. Sin embargo, el esfuerzo constante se había dejado sentir sobre mi organismo y acabé encontrándome tan mal que mi esposa insistió en que consultase con el doctor Kavanagh Smith, colega mío en el Samaritan Hospital. Este compañero me examinó, dictaminándome que el vértice de mi pulmón izquierdo se hallaba en estado de endurecimiento y me recomendó al mismo tiempo que me sometiese a un tratamiento médico y emprendiese un largo viaje por mar.

Mi propio carácter, que es naturalmente inquieto, me inclinó fuertemente a poner en práctica esta última parte de sus consejos. El asunto quedó resuelto definitivamente en una entrevista que celebré con el joven Russell, de la razón social White, Russell and White, que me ofreció pasaje en uno de los barcos de su padre, el *Marie Celeste*, que estaba a punto de zarpar de Boston. Me dijo que se trataba de una embarcación pequeña, pero muy cómoda, y que el capitán Tibbs era un hombre excelente. Agregó que para un hombre inválido no había nada tan beneficioso como un viaje en barco de vela. Yo participaba de esa misma opinión, de modo que cerré el trato en el acto.

Mi proyecto primitivo era que mi esposa me acompañase. Sin embargo, nunca resistió bien los viajes por mar, y hubo, por parte de la familia, razones poderosas para no exponerla, por aquel entonces, a los peligros de un viaje, de modo que decidimos que permaneciese en casa. Yo no soy hombre religioso ni muy efusivo, pero doy gracias a Dios por tal resolución. En cuanto a abandonar mi consultorio, no me costó gran trabajo, porque mi socio, Jackson, era hombre trabajador y digno de confianza.

Llegué a Boston el 12 de octubre de 1873, y me dirigí inmediatamente a las oficinas de la Compañía para darles las gracias por su atención. Me encontraba en la sala, dándoles tiempo para que pudieran atenderme; de pronto, las palabras *Marie Celeste* atrajeron mi atención. Me volví para ver quién las había pronunciado, y descubrí a un hombre muy alto y muy seco que, con los codos apoyados sobre el mostrador de caoba pulimentada, mostraba unos acusados rasgos de raza negra, según pude ver, porque estaba

casi vuelto hacia mí; probablemente era un cuarterón, o quizá tenía un porcentaje todavía mayor de sangre de color. El perfil aguileño de su nariz y los cabellos rectos y lacios delataban una ascendencia blanca; pero los ojos negros, inquietos, la boca sensual y el blancor centelleante de su dentadura proclamaban su origen africano. Su cutis era de un color amarillento enfermizo, y como se veían en su rostro las huellas profundas de la viruela, la impresión general que me produjo fue sumamente desfavorable y casi de repugnancia. Sin embargo, la voz era melodiosa, se expresó con frases muy oportunas y saltaba a la vista que era hombre de cierta cultura.

—Desearía hacerle algunas preguntas acerca del *Marie Celeste* —repitió, adelantando el busto hacia el empleado—. ¿Es cierto que se hace a la mar pasado mañana?

—Sí, señor —dijo el joven empleado con una cortesía mayor de la habitual, porque le impresionó, sin duda, el centelleo de un grueso brillante que el desconocido lucía en la pechera de su camisa.

—¿Y cuál es su puerto de destino?

—Lisboa.

—¿Cuántos hombres forman la tripulación?

—Siete, señor.

—¿Lleva pasajeros?

—Sí, dos. Uno de ellos es un señor joven, y el otro, un médico de Nueva York.

—¿No hay ningún caballero procedente del Sur? —preguntó con ansiedad el desconocido.

—Ninguno, señor.

—¿Hay plaza para otro pasajero?

—Hay para tres más —contestó el empleado.

—Pues entonces iré —dijo con acento decidido el cuarterón—. Iré, y comprometo desde ahora mismo mi pasaje. Anote, por favor: Mr. Septimus Goring, de Nueva Orleans.

El empleado llenó un formulario y se lo presentó al desconocido, señalándole el espacio en blanco al pie del mismo. Cuando Mr. Goring se inclinó para firmar, quedé horrorizado al ver que tenía los dedos de la mano derecha cortados al rape, y que sostenía la pluma entre el pulgar y la palma de la mano. Yo he visto millares de hombres muertos en combate y he presenciado todas las operaciones que se pueden concebir, pero no recuerdo ninguna que me haya producido un escalofrío de repugnancia como aquella gruesa mano morena, parecida a una esponja, con un solo miembro saliente.

Sin embargo, la empleó con mucha habilidad, trazó rápidamente su firma, saludó con una inclinación al empleado y salió de la oficina en el preciso momento en que Mr. White me pasaba aviso de que podía recibirme.

Aquella misma tarde me dirigí al *Marie Celeste* y examiné mi camarote, que era extraordinariamente cómodo, si se tiene en cuenta el pequeño tamaño de la embarcación. Mr. Goring, es decir, el caballero al que yo había visto por la mañana, tenía destinado el camarote contiguo al mío. Frente por frente estaba el camarote del capitán, y había una pequeña litera para Mr. John Harton, que viajaba por asuntos de negocios a cuenta de la firma propietaria del barco. Estas pequeñas habitaciones estaban dispuestas a uno y otro lado del pasillo que conducía desde el puente principal hasta el salón. Este último era una habitación confortable, con el artesonado de mucho gusto, en roble y en caoba, una rica alfombra de Bruselas y sillones y sofás muy cómodos. Me agradó muchísimo todo aquello, y también me satisfizo el capitán Tibbs, hombre rudo y de tipo de marino, que hablaba con voz gruesa y acento cordial, y que me dio la bienvenida con efusión, y se empeñó en descorchar una botella de vino en su camarote. Me anunció que se proponía llevar en ese viaje a su esposa y a su hijo más pequeño, y calculó que si teníamos buen tiempo llegaríamos a Lisboa en tres semanas. Mantuvimos una charla agradable, y nos separamos como los mejores amigos; me aconsejó que realizase mis últimos preparativos a la mañana siguiente, porque tenía toda la carga a bordo y se proponía zarpar con la marea del mediodía. Regresé a mi hotel, donde me esperaba una carta de mi esposa, y después de un sueño reparador, me dirigí por la mañana al barco. De aquí en adelante puedo copiar el texto del Diario que redacté para alterar la monotonía del largo viaje por mar. Si en algunas páginas es algo seco, puedo, por lo menos, confiar en la exactitud de sus detalles, porque lo escribí concienzudamente día por día.

OCTUBRE 16

Soltamos amarras a las dos y media y fuimos remolcados hasta la bahía, donde nos dejó el remolcador, y nuestra embarcación avanzó a velas desplegadas, desarrollando una velocidad de unos nueve nudos por hora. Yo permanecí en la popa contemplando cómo las costas bajas de Norteamérica se iban hundiendo gradualmente en el horizonte hasta que la bruma del atardecer las ocultó a mi vista. Sin embargo, he seguido distinguiendo a nuestras espaldas un único y ominoso resplandor rojo, que sigue todavía visible en el momento en que escribo estas líneas, aunque reducido a una pequeña mancha;

trazaba ese resplandor en las aguas un largo camino rojo que parecía una huella de sangre. El capitán está de mal humor, porque a última hora le fallaron dos de sus tripulantes, y se ha visto obligado a embarcar en su lugar a una pareja de negros que encontró casualmente en el muelle. Los hombres que no se presentaron eran gente formal y de confianza, habían hecho con el capitán varios trayectos, y su ausencia de última hora le intrigó y le irritó. Cuando una tripulación de siete hombres tiene que manejar una embarcación de regular tamaño, la pérdida de dos marineros experimentados es una cosa seria porque, aunque los negros son capaces de encargarse de un turno en la rueda del timón o de fregar la cubierta, son gente que sirve de poco con mal tiempo. Nuestro cocinero también es negro, y Mr. Septimus Goring tiene asimismo un criadito negro, de modo que formamos una comunidad bastante abigarrada. El contable, John Harton, promete ser una verdadera alhaja, porque es hombre joven, alegre y divertido. ¡Qué poco tiene que ver la riqueza con la felicidad! Este hombre tiene por delante todo el mundo y busca su fortuna en un país lejano y, sin embargo, es todo lo feliz que puede ser un hombre. Si no me equivoco, Goring es rico, y yo también lo soy; pero sé que tengo un pulmón enfermo, y Goring, a juzgar por sus facciones, debe de padecer de algo todavía más grave. ¡Qué contraste más lamentable formamos nosotros dos con aquel empleado sin blanca y sin preocupación alguna!

OCTUBRE 17

La señora de Tibbs salió esta mañana por primera vez a cubierta. Es una mujer simpática y enérgica, con un niñito encantador que apenas sabe andar y chapurrear. El joven Harton se lanzó en el acto sobre el niño y se lo llevó a su camarote, donde, con toda seguridad, estará sembrando en el estómago del niño semillas de una futura dispepsia. ¡Vean ustedes cómo la medicina hace de todos nosotros unos cínicos! El tiempo es todo lo tranquilo que se puede desear, y sopla una brisa fresca y agradable del oeste-sudoeste. La embarcación navega tan segura que apenas se daría uno cuenta de que se mueve si no fuese por el crujir de las jarcias, el combeo de las velas y el largo surco blanco de nuestra estela. He paseado durante toda la mañana con el capitán en el alcázar, y creo que el aire fresco y punzante ha obrado de manera beneficiosa en mis pulmones, porque aquel ejercicio no me produjo fatiga de ninguna clase. Tibbs es un hombre extraordinariamente inteligente, y hemos mantenido una interesante conversación acerca de las explicaciones de Maury sobre las corrientes oceánicas, a la que pusimos fin bajando al

camarote del capitán para consultar el texto mismo de la obra. Encontramos en el camarote a Goring, cosa que produjo bastante sorpresa al capitán, porque no es corriente que los pasajeros entren en aquel santuario, a menos que sean invitados especialmente. Sin embargo, él se disculpó por el entrometimiento alegando su ignorancia de las costumbres de a bordo; el marino, hombre simpático, se limitó a reírse del incidente, y le pidió que se quedase y nos honrase con su compañía. Goring señaló cronómetros, cuya vitrina había abierto, y nos dijo que los había estado examinando con admiración. Posee, evidentemente, algún conocimiento práctico de instrumentos matemáticos, porque le bastó una ojeada para decir cuál era el más exacto de los tres, y también para calcular su precio con pocos dólares de diferencia. Mantuvo una discusión con el capitán acerca de las variaciones de la brújula, y cuando nos pusimos de nuevo a tratar de las corrientes oceánicas, demostró que dominaba por completo el tema. Bien mirado, ese hombre gana en aprecio tratándolo, y posee indudable cultura y refinamiento. Su voz armoniza con su conversación, y ambas son la antítesis misma de su rostro y de su cuerpo.

Las observaciones del mediodía demuestran que hemos recorrido doscientas veinte millas. Hacia el anochecer la brisa empezó a soplar con más fuerza, y el primer oficial ordenó que se rizasen las gabias y los juanetes, porque esperaba una noche de fuerte viento. Me he fijado en que el barómetro ha bajado a veintinueve. Espero que nuestro viaje no sea tormentoso, porque me mareo con facilidad, y es probable que una travesía difícil empeore mi salud en lugar de beneficiarla. Sin embargo, tengo la mayor confianza en las habilidades marineras del capitán y en la solidez de la embarcación. Después de la cena he jugado a las cartas con la señora Tibbs, y Harton nos tocó un par de piezas en el violín.

Octubre 18

Los sombríos pronósticos de la pasada noche no se han cumplido, porque el viento desapareció, y en este momento nos encontramos navegando con un oleaje suave y lento, encrespado aquí y allá por una ventolina pasajera que no tiene fuerza suficiente para hinchar las velas. La temperatura es más fresca que ayer, y me he puesto uno de los gruesos jerséis de lana que mi mujer me ha confeccionado. Harton vino por la mañana a mi camarote y hemos fumado juntos un cigarro. Me ha dicho que recuerda haber visto en el año 89 a Goring en Cleveland, Ohio. Resulta que ya entonces era un hombre tan misterioso

como ahora, y que andaba de un lugar a otro, sin ocupación visible, manifestándose muy reservado en sus asuntos personales. A mí me interesa ese hombre como tema para un estudio psicológico. Esta mañana, mientras desayunábamos, tuve de pronto la vaga sensación de inquietud que experimentan ciertas personas cuando alguien las mira con fijeza; alcé rápidamente la vista y tropecé con los ojos de Goring, que me miraban con una expresión tan intensa que casi parecía de ferocidad, aunque se suavizaron instantáneamente, al mismo tiempo que me hacía alguna observación acerca del tiempo. Es curioso, pero Harton me asegura que ayer, estando sobre cubierta, experimentó una sensación idéntica. Me he fijado en que cuando Goring va de un lado para otro dirige con frecuencia la palabra a los tripulantes de color. Es éste un rasgo que yo admiro bastante, porque lo corriente en estos hombres de sangre mezclada es que hagan caso omiso de esta condición y traten a sus parientes negros con una intolerancia mayor todavía que la de los blancos. Por lo que parece, su criadito le es muy afecto, lo cual indica que lo trata bien. En conjunto, este hombre es una mezcla curiosa de cualidades incongruentes y, si no me equivoco, me proporcionará materia de observación durante el viaje.

El capitán refunfuña porque sus cronómetros no registran todos con exactitud el mismo tiempo. Afirma que tal desacuerdo entre ellos no le había ocurrido nunca hasta ahora. Debido a la bruma, nos fue imposible hacer ninguna observación de mediodía. Por simple cálculo, habremos hecho ciento setenta millas en las veinticuatro horas. Como preveía el capitán, los marineros negros han resultado hombres poco hábiles en su oficio; pero como han demostrado que saben manejar bien la rueda del timón, se les encomienda la tarea de timonear, para que, de ese modo, los otros hombres, más experimentados, hagan las maniobras del barco. Son éstos unos detalles bastante triviales, pero las cosas pequeñas sirven para dar materia a las charlas a bordo de un barco. La aparición de una ballena al atardecer produjo entre nosotros un gran revuelo. A juzgar por su lomo en punta y por la cola ahorquillada, yo diría que se trata de una yubarta, o rorcual, como la denominan los pescadores.

OCTUBRE 19

El viento ha sido frío, y como medida de prudencia permanecí en mi camarote lodo el día; salí únicamente para comer. Tumbado en mi litera, puedo, sin necesidad de levantarme, echar mano a mis libros, a las pipas y a

lodo cuanto necesito, siendo ésta una de las ventajas de vivir en un compartimento pequeño. Mi vieja cicatriz empezó hoy a dolerme un poquito, probablemente por efecto del frío. He leído los *Ensayos* de Montaigne, y me he cuidado. Harton vino a visitarme por la tarde, con Doddy, el hijo del capitán, y poco después acudió este último, de modo que celebré toda una recepción.

OCTUBRE 20 y 21

Sigue haciendo frío, llovizna constantemente y no me ha sido posible salir del camarote. Estar así encerrado me debilita y me deprime. Entró Goring a visitarme, pero su compañía no contribuyó a alegrar mi ánimo, porque apenas habló, limitándose a mirarme fijamente, de un modo raro e irritante. Luego se levantó y salió del camarote sin decir palabra. Empiezo a sospechar que es un lunático. Creo haber dicho ya que su camarote es contiguo al mío. Ambos están separados por un delgado tabique de madera agrietado en muchos sitios, siendo algunas de las grietas lo bastante anchas como para que, cuando estoy tendido en la litera, le vea ir y venir por su camarote. Sin el menor propósito de espiarle, observo que está continuamente inclinado sobre algo que da la impresión de una carta de navegación, haciendo cálculos con el lápiz y los compases. Me ha llamado la atención el interés que demuestra por los temas relacionados con la navegación, pero me sorprende que se tome el trabajo de hacer el cálculo de la derrota de nuestra embarcación. Sin embargo, me parece una diversión bastante inocente, y estoy seguro de que compara los resultados que obtiene con los del capitán.

No querría pensar tanto en ese hombre. La noche del 20 tuve una pesadilla, y en ella creí que mi litera se había convertido en un féretro, que me habían metido en él y que Goring trataba de clavar la tapa del mismo, en tanto que yo forcejeaba por levantarla. Ni siquiera cuando me desperté acabé de convencerme de que no estaba metido en un féretro. Yo, como médico que soy, sé que toda pesadilla no es otra cosa que un desarreglo vascular de los hemisferios del cerebro; pero, dado el estado de debilidad en que me encuentro, no consigo sacudir la mórbida impresión que me producen.

OCTUBRE 22

Día hermoso, sin una nube apenas en el cielo, y con una brisa fresca del sudoeste que nos empuja alegremente por nuestra ruta. Es evidente que no

lejos de nosotros ha debido de hacer tiempo tormentoso, porque hay una fuerte marejada, y el barco cabecea de manera que el extremo de la verga delantera toca casi el agua. Me reconfortó mucho dar un paseo por el alcázar de proa, a pesar de que todavía no he llegado a tener lo que se dice piernas de marinero. Varios pájaros pequeños, que a mí me han parecido pinzones, se posaron en las jarcias.

4.40 DE LA TARDE

Mientras me paseaba esta mañana por la cubierta oí una explosión que parecía haberse producido del lado de mi camarote; bajé corriendo y pude ver que había estado a punto de sufrir un grave percance. Parece que Goring estaba limpiando un revólver en su camarote, cuando se le disparó uno de los cañones del tambor que creía que estaba descargado. La bala atravesó el tabique divisorio y fue a empotrarse en el sitio exacto de la amurada en el que suelo apoyar la cabeza. He entrado en combate demasiadas veces para magnificar las cosas pequeñas, pero no cabe duda alguna de que si yo hubiese estado en mi litera aquella bala tenía por fuerza que haberme matado. El pobre Goring ignoraba que yo había subido a la cubierta y debió de llevarse un susto terrible. No he visto jamás en una cara emoción tan grande como la que se pintó en la suya cuando, al salir corriendo de su camarote con el revólver todavía humeante en la mano, se tropezó de frente conmigo, que bajaba de la cubierta. Se deshizo desde luego en disculpas, pero yo me reí del incidente.

11 DE LA NOCHE

Ha ocurrido una desgracia tan inesperada y tan horrible que, comparada con ella, el peligro de muerte que he corrido esta mañana queda reducido a una insignificancia. La señora Tibbs y su hijito han desaparecido… han desaparecido por completo y de una manera irremediable. Me resulta muy difícil serenarme para poner por escrito los tristes detalles del caso. El capitán Tibbs se precipitó a eso de las ocho y media dentro de mi camarote y me preguntó si había visto a su mujer. Le contesté que no. Él entonces corrió al salón, buscando por todas partes algún rastro de ella, y yo fui tras él, intentando convencerle de que aquellos temores eran ridículos. Registramos durante una hora todos los rincones del barco, sin descubrir rastro alguno de la mujer ni del niño. El pobre Tibbs se quedó afónico de tanto llamarla por su

nombre. Hasta los marineros, que son por lo general gente muy poco sentimental, se sintieron profundamente afectados viendo cómo iba y venía con la cabeza al aire y los cabellos revueltos de un lado a otro de la cubierta, registrando con febril ansiedad los lugares más inverosímiles, y volviendo a registrar los mismos sitios una y otra vez con dolorosa terquedad. Fue vista por última vez a eso de las siete, cuando salió a la cubierta con su hijo para que respirase un rato el aire puro antes de acostarlo. No había en ese instante ninguna otra persona sobre la cubierta, salvo el marinero negro que llevaba la rueda del timón, y éste asegura no haberla visto. Todo el suceso está envuelto en el mayor misterio. La hipótesis que yo tengo es que la señora Tibbs estaba cerca de la amurada con su hijo en brazos, y que en un movimiento brusco del barco se le cayó por la borda; ella, entonces, intentó convulsivamente agarrarlo o salvarlo, y se tiró detrás. No encuentro otra manera de explicar la doble desaparición. Es posible que ocurriese aquella tragedia sin que el hombre del timón se enterase de nada, porque las claraboyas en punta del salón forman una especie de mampara que oculta la mayor parte del alcázar. Sea como sea, se trata de una catástrofe terrible que ha ensombrecido de la manera más espantosa nuestro viaje. El oficial ha hecho virar en redondo a la embarcación, pero no existe ninguna esperanza de dar con los desaparecidos. El capitán está acostado en su litera, presa del más profundo estupor. Le eché una fuerte dosis de opio en el café para que se amortigüe su dolor al menos por unas horas.

OCTUBRE 23

Me he despertado con un vago sentimiento de opresión y de dolor; pero sólo después de unos momentos de meditación recordé la desgracia de la noche anterior. Cuando subí a cubierta me encontré al pobre capitán en pie, mirando hacia la inmensa extensión de las aguas que íbamos dejando atrás y en donde queda lo que más quería en el mundo. Traté de hablarle, pero se alejó bruscamente de mi lado y se puso a pasear por la cubierta con la cabeza caída sobre el pecho. Aun ahora, cuando la verdad es tan evidente, no cruza por delante de uno de los botes ni de una vela desamarrada sin que mire dentro o debajo. Parece diez años más viejo que ayer por la mañana. Harton se siente terriblemente consternado, porque le tenía gran cariño al pequeño Doddy, y también Goring parece dolido. Por lo menos, ha permanecido todo el día encerrado en su camarote, y yo le he visto, al mirar casualmente a través de una rendija, con la cabeza apoyada en las dos manos y como sumido

en una ensoñación melancólica. Creo que jamás navegó una tripulación más entristecida. ¡Qué dolorosa impresión recibirá mi esposa cuando tenga noticia del desastre! La marejada se ha amansado casi por completo y estamos haciendo unos ocho nudos con todas las velas desplegadas y una brisa suave. Hyson se ha hecho cargo prácticamente del barco, porque aunque Tibbs hace los mayores esfuerzos por reaccionar y mostrarse entero, es incapaz de realizar ninguna tarea importante.

OCTUBRE 24

¿Qué maldición ha caído sobre este barco? ¿Qué travesía se inició con mejores auspicios, para luego cambiar de manera tan catastrófica? Durante la noche, Tibbs se ha pegado un tiro en la cabeza. A eso de las tres de la madrugada me despertó una explosión; salté de la cama inmediatamente y salí a toda prisa del camarote, corriendo al del capitán para averiguar la causa, aunque llevando en el corazón un terrible presentimiento. Aunque acudí con la máxima rapidez posible, Goring había corrido más, y estaba ya en el camarote, inclinado sobre el cuerpo del capitán. El espectáculo era espantoso, porque el disparo le había destrozado la parte superior de la frente, y la pequeña habitación estaba inundada de sangre. En el suelo, junto al capitán, estaba la pistola que acababa de caérsele de la mano. Debió de habérsela llevado a la boca antes de apretar el gatillo. Entre Goring y yo lo levantamos con reverencia y lo acostamos en su lecho. Toda la tripulación había acudido al camarote, y los seis hombres blancos se mostraban profundamente conmovidos, porque eran marineros viejos que habían navegado a sus órdenes durante muchos años. Se vieron miradas y se oyeron murmullos sombríos, y uno de los marineros dijo claramente que el barco estaba embrujado. Harton ayudó a sacar al pobre capitán y lo envolvimos en un trozo de lona. A las doce del día se agarrochó hacia atrás la vela delantera y entregamos el cadáver a las aguas profundas. Goring leyó el servicio religioso para entierros de la Iglesia de Inglaterra. La brisa sopla más fresca y hemos hecho diez y hasta doce nudos durante todo el día. Cuanto antes lleguemos a Lisboa y cuanto antes me vea fuera de este barco maldito, mayor será mi satisfacción. Tengo la sensación de que estuviéramos navegando en un féretro flotante. No es de extrañar que los pobres marineros sean supersticiosos, cuando yo, que soy un hombre culto, estoy tan impresionado.

OCTUBRE 25

Hemos navegado durante todo el día a mucha velocidad. Me siento deprimido y sin interés por nada.

OCTUBRE 26

Esta mañana, Goring, Harton y yo hemos mantenido una conversación sobre cubierta. Harton trató de sonsacar a Goring cuál era su profesión y con qué objeto marchaba a Europa; pero el cuarterón hizo frente a todas sus preguntas sin proporcionarnos dato alguno. Hasta pareció algo molesto por la insistencia de Harton, y bajó a su camarote. ¿Por qué nos tomamos Harton y yo tanto interés en ese hombre? Me imagino que lo que nos pica la curiosidad es lo raro de su aspecto al compararlo con su aparente riqueza. Harton sostiene la teoría de que Goring es en realidad un detective que va persiguiendo a un criminal que se fugó a Portugal, y que si ha elegido este sistema de viajar es para llegar sin ser advertido y caer sobre su presa cuando menos lo espere. Creo que semejante suposición resulta un poco traída por los pelos, pero Harton se basa para hacerla en un libro que Goring se dejó en la cubierta, y que él recogió y hojeó. Se trata, por lo visto, de un libro de recortes, porque contenía muchísimos sacados de periódicos. Todos ellos se referían a asesinatos cometidos en Estados Unidos durante los últimos veinte años, más o menos. Un detalle curioso que observó Harton fue que todos ellos se referían a asesinatos cuyos autores no llegaron nunca a ser capturados y conducidos ante los jueces. Dice Harton que esos recortes se referían a crímenes perpetrados de todas las formas imaginables y entre gentes de todos los estamentos sociales, pero que terminaban de una manera uniforme, con la coletilla de que la policía esperaba capturar muy pronto a los asesinos. Parece, en efecto, que ese detalle da visos de verosimilitud a la teoría de Harton, aunque bien pudiera tratarse de un simple capricho de Goring o, según yo le sugerí a Harton, que estuviese recogiendo materiales para un libro que deje empequeñecido a De Quincy. Sea como sea, es cosa que nada nos importa a nosotros.

OCTUBRE 27 Y 28

Seguimos teniendo viento favorable y avanzamos mucho. ¡Qué sensación más extraña produce ver la facilidad con que un hombre desaparece de su puesto y cae en el olvido de los demás! Apenas se habla de Tibbs; Hyson ha pasado a ocupar su camarote, y todo sigue su curso como antes. Si no fuese por la máquina de coser de la señora Tibbs, que está sobre una mesa lateral, ya no nos acordaríamos siquiera de que la desdichada familia hubiese existido. Hoy ha ocurrido a bordo otro accidente, aunque por fortuna no ha revestido gran importancia. Uno de los marineros blancos ha bajado a la bodega de popa en busca de un rollo de cuerda de repuesto, y uno de los cuarteles de escotilla que había levantado cayó desde arriba con estrépito; pudo salvar la vida apartándose de un salto, pero le destrozó terriblemente uno de los pies; ese hombre va a servir de poco durante el viaje. Atribuye el accidente a falta de cuidado del compañero negro que le había ayudado a levantar los cuarteles de escotilla; pero el negro afirma que fue una consecuencia del balanceo del barco. Sea por la causa que sea, el hecho es que nuestra tripulación queda aún más mermada. Esta serie de desgracias parece haber deprimido a Harton, pues ya no muestra el buen humor y jovialidad de ames. Goring es el único que permanece animado. Sigue haciendo cálculos sobre su carta marítima dentro de su camarote. Sus conocimientos marinos podrían sernos útiles si le ocurriese algo a Hyson… ¡cosa de la que Dios nos libre!

OCTUBRE 29 Y 30

Seguimos avanzando con rapidez y suavidad, empujados por una brisa suave. Reina la tranquilidad y no ha ocurrido nada digno de ser anotado.

OCTUBRE 31

La debilidad de mis pulmones, unida a los emocionantes episodios de nuestro viaje, han quebrantado mi sistema nervioso hasta el punto de que los incidentes más triviales me impresionan. No parece que sea yo el mismo que en Antietam, y bajo un fuerte fuego de fusilería, ligó la arteria externa ilíaca, operación que exige la más delicada precisión. Estoy tan nervioso como un niño. La noche pasada, a eso de las cuatro campanadas de la guardia media, me sentía amodorrado y con ganas de conciliar un sueño reparador. No había luz en el interior de mi camarote, pero por el ojo de buey penetraba un rayo de luna que proyectaba sobre la puerta un círculo plateado de trémula luz. Tenía

fijos los ojos soñolientos en aquel círculo, con la sensación de que, a medida que me dormía, se iba esfumando; de pronto me desperté por completo al ver aparecer un pequeño objeto negro en el centro mismo del círculo luminoso. Permanecí inmóvil y con la respiración en suspenso, esperando. El objeto negro se fue haciendo gradualmente mayor y más visible, y de pronto me di cuenta de que se trataba de la mano de un hombre, metida cautelosamente por la rendija de la puerta a medio cerrar… y sentí un escalofrío de espanto al observar que aquella mano estaba mocha de dedos. La puerta giró con gran tiento hacia atrás, y la cabeza de Goring siguió a su mano, surgiendo en el centro del claro de la luna, como rodeada de un halo cadavérico e indeciso sobre el que se destacaron perfectamente sus facciones. Jamás he visto en un rostro humano una expresión tan diabólica e implacable. Sus ojos estaban dilatados y centelleantes; sus labios, contraídos hacia arriba y hacia abajo para dejar a la vista sus blancos colmillos, y los cabellos negros y lisos aparecían erizados sobre su frente estrecha lo mismo que la caperuza de una cobra. Lo súbito y silencioso de la aparición me produjo tal efecto que me senté de un brinco en la cama todo tembloroso y alargué la mano hacia el revólver. Pero me sentí completamente avergonzado de mi precipitación en cuanto me explicó el porqué de aquel entremetimiento, cosa que hizo con las expresiones más corteses. El pobre hombre estaba pasando un fuerte dolor de muelas y venía a pedirme un poco de láudano porque sabía que yo contaba con un botiquín. En cuanto a lo siniestro de su expresión, pienso que ese hombre no es lo que se llama una belleza, y mi tensión nerviosa, combinada con el claro de la luna, me hizo ver en su cara un aspecto espantoso. Le di veinte gotas y se retiró con grandes expresiones de gratitud. No encuentro palabras para expresar lo muchísimo que aquel incidente trivial afectó a mi sistema nervioso. Durante todo el día me he sentido como desmadejado.

Paso aquí por alto una semana entera de nuestro viaje, porque nada importante ocurrió en todo ese tiempo y mi Diario sólo contiene unas pocas páginas de charlas insustanciales.

NOVIEMBRE 7

Harton y yo permanecimos sentados en la popa toda la mañana, porque a medida que entramos en las latitudes del sur, la temperatura se va haciendo muy calurosa. Calculamos que llevaremos hechos dos tercios de nuestro viaje. ¡Qué alegría la nuestra cuando veamos las verdes riberas del Tajo y abandonemos para siempre este barco desafortunado! Yo trataba de divertir a

Harton y de pasar el tiempo contándole algunos hechos de mi vida pasada. Le referí, entre otras cosas, de qué manera había caído en mis manos la piedra negra, y como final del relato rebusqué en el bolsillo lateral de mi vieja chaqueta de cazador y le presenté el objeto mismo en cuestión. Estábamos inclinados, examinando los surcos curiosos que tenía en la superficie, cuando percibimos una sombra de algo que se interponía entre nosotros y el sol; nos volvimos a mirar y nos encontramos con Goring que, de pie y detrás de nosotros, tenía los ojos fijos en la piedra. Por la razón que fuese, era evidente que aquello le había excitado profundamente, aunque tratase de dominarse y de ocultar su emoción. Antes de que se serenase lo suficiente para preguntar qué era aquello y cómo había llegado a mis manos, apuntó dos o tres veces hacia mi reliquia con su rechoncho pulgar y me hizo la pregunta con tal brusquedad que lo habría tomado como una ofensa si no supiese ya que aquel hombre era un excéntrico. Le conté la historia más o menos como se la había contado a Harton. Me escuchó con el más profundo interés y luego me preguntó si tenía alguna idea de lo que podía ser aquella piedra. Le dije que nada sabía, excepto que era meteórica. Me preguntó si no había probado nunca el efecto que producía sobre un hombre de raza negra y le contesté que no. Entonces me dijo: «Vamos a ver lo que dice nuestro amigo negro que está en la rueda del timón». Cogió la piedra entre sus manos, se dirigió hasta el marinero, y ambos estuvieron examinándola cuidadosamente. Yo veía que el negro gesticulaba y hacía signos afirmativos de cabeza, expresándose con gran agitación, mientras su rostro delataba el máximo asombro, mezclado, según me pareció, con algo de reverencia. Goring volvió luego hasta donde estábamos nosotros, trayendo siempre la piedra en la mano, y nos dijo: «El negro opina que esto es una piedra que no vale nada ni sirve para nada, como no sea para tirarla por encima de la borda al mar». Y diciendo esto, alzó el brazo, y me habría dejado para siempre sin mi reliquia si el marinero negro que estaba detrás no se hubiese abalanzado y le hubiese sujetado por la muñeca. Al verse imposibilitado para realizar lo que pensaba, Goring se alejó de mal talante, para eludir de ese modo las airadas censuras que yo me disponía a dirigirle por haber traicionado mi confianza. El negro recogió la piedra y me la entregó, haciéndome una profunda reverencia y con demostraciones del más profundo respeto. Todo este asunto resulta inexplicable. Estoy llegando rápidamente a la conclusión de que Goring es un loco o anda muy cerca de la locura. Sin embargo, cuando comparo el efecto producido por la piedra sobre el marinero con el respeto que todos los negros de la plantación mostraban a Marta, y la sorpresa manifestada por Goring en

el primer momento en que la vio, no puedo por menos de llegar a la conclusión de que tengo efectivamente entre mis manos un talismán poderoso que ejerce influencia sobre todos los individuos de raza negra. No debo confiarla otra vez a las manos de Goring.

NOVIEMBRE 8 Y 9

¡Maravilloso tiempo el que disfrutamos! Aparte de un ligero ramalazo, no hemos tenido durante la travesía sino brisas frescas. Estos dos últimos días hemos hecho recorridos superiores a todos los que habíamos hecho con anterioridad. Es un espectáculo precioso contemplar cómo nuestra proa corta las ondas levantando un hervor de espumas, en las que brilla el sol y se quiebra en infinitos arcos iris en miniatura o, como los llamaban los marineros, *perros de sol*. Permanecí hoy por espacio de varias horas en la punta del castillo de proa, contemplando ese efecto y rodeado por un halo de todos los colores del prisma. El timonel ha debido de hablar a los demás negros acerca de la piedra maravillosa, porque todos ellos me tratan con el máximo respeto. Hablando de fenómenos ópticos, ayer por la noche fuimos testigos de uno que me fue señalado por Hyson. Se trata de la aparición en el firmamento, y a gran altura, de un objeto triangular bien definido, hacia el norte. Me explicó que aquello presentaba exactamente el aspecto del pico de Tenerife visto desde gran distancia; pero en ese momento, dicho pico se encontraba a quinientas millas, por lo menos, hacia el sur de nuestra posición. Podría tratarse de una nube o de uno de esos extraños fenómenos de reverberación que suelen contarse. El tiempo es muy caluroso y el oficial dice que jamás conoció semejante calor en estas latitudes. He jugado al ajedrez con Harton durante toda la velada.

NOVIEMBRE 10

La temperatura es cada vez más calurosa. A pesar de que todavía nos encontramos a gran distancia del término de nuestro viaje, hoy han venido algunos pájaros de tierra a posarse en nuestras jarcias. El calor es tan fuerte que nos ha invadido la pereza y apenas hacemos otra cosa que permanecer tumbados en la cubierta, fumando. Goring se me acercó hoy y me hizo algunas otras preguntas acerca de mi piedra; pero yo le he contestado con bastante sequedad, porque todavía no he olvidado la manera fría con que trató de despojarme de ella.

NOVIEMBRE 11 Y 12

Seguimos navegando a buena velocidad. Jamás creí que la zona de Portugal fuese tan calurosa, y seguramente que en tierra la temperatura será más fría. El misino Hyson parece sorprendido, y también lo están los tripulantes.

NOVIEMBRE 13

Ha ocurrido un hecho por demás extraordinario; tanto que casi parece inexplicable. O Hyson se ha equivocado de una manera flagrante, o alguna influencia magnética ha perturbado el funcionamiento de nuestros instrumentos. Casi cuando empezaba a rayar el alba, el vigía de la cubierta del castillo de proa gritó anunciando que oía ruido de rompientes por la parte delantera, y a Hyson le pareció que descubría la sombra de tierra. Se hizo virar la embarcación. Aunque no se distinguía ninguna luz, ninguno de nosotros dudó de que habíamos dado en las costas de Portugal con algo de anticipación sobre lo que teníamos calculado. ¡Pero qué sorpresa la nuestra al contemplar el panorama que se nos descubrió al hacerse de día! A uno y otro lado hasta donde alcanzaba nuestra vista, divisamos una larga línea de rompientes, con olas grandes y verdosas que avanzaban y rompían levantando una nube de espuma. ¿Y qué había detrás de los rompientes? No los verdes taludes ni los altos acantilados de las costas de Portugal, sino una gran extensión arenosa que se alargaba hasta confundirse con la línea del horizonte. Mirásemos hacia donde mirásemos, lo mismo a la derecha que a la izquierda, no se veía otra cosa que arena amarilla, que en ciertos lugares formaba dunas fantásticas, de varios centenares de pies algunas de ellas, y en otros presentaba superficies tan lisas como una mesa de billar. Harton y yo, que habíamos subido juntos a cubierta, nos miramos atónitos, y Harton rompió a reír. Hyson daba señales de estar molestísimo por los instrumentos de navegación. No cabe la menor duda de que estamos junto al continente africano, y que era, en efecto, el pico del Teide el que vimos hace algunos días alzarse sobre el horizonte por el norte. Cuando descubrimos algunas aves de tierra, es probable que estuviésemos cruzando por delante de las islas Canarias. Si hemos seguido navegando en la misma dirección, debemos de estar al norte de Cabo Blanco, cerca de la región inexplorada que bordea el Gran Sáhara. Todo lo que podemos hacer es rectificar nuestros instrumentos,

hasta donde nos es posible, y tomar de nuevo la ruta de nuestro puerto de destino.

8.30 DE LA TARDE

Durante todo el día hemos permanecido envueltos en una calma chicha. La costa se encuentra en estos momentos a cosa de milla y media de nuestra embarcación. Hyson ha examinado los instrumentos, pero no acierta a descubrir la causa de su extraordinaria desviación.

Aquí termina mi Diario particular, y el resto de mi exposición tengo que hacerla de memoria. No hay posibilidad de que me equivoque en lo referente a los hechos ocurridos, que han quedado como grabados a fuego en mi cerebro. Aquella misma noche estalló la tormenta que venía preparándose desde hacía tanto tiempo, y así es como descubrí hacia dónde se encaminaban todos los pequeños incidentes que he venido registrando tan deslavazadamente. ¡Qué ceguera la mía al no haberlos comprendido antes!

Me había retirado a mi camarote a eso de las once y media, y me disponía a acostarme cuando dieron unos golpes a mi puerta. Al abrirla, me encontré con el criadito de Goring, que me comunicó que su amo estaba en la cubierta y deseaba hablar unas palabras conmigo. Me sorprendió bastante que me necesitase a una hora como aquélla, pero subí sin vacilar. No bien puse los pies en el alcázar, cuando me sujetaron por detrás, me hicieron caer al suelo, de espaldas, y me amordazaron con un pañuelo. Forcejeé cuanto pude, pero me ataron un rollo de cuerda alrededor del cuerpo, luego me sujetaron a uno de los brazos de la serviola de un bote, de forma que no podía hablar ni hacer nada, y poniéndome la punta de un cuchillo en el cuello, me advirtieron que cesase en mis forcejeos. La noche era tan oscura que hasta aquel momento me fue imposible reconocer a mis asaltantes; pero a medida que mis ojos se fueron haciendo a la oscuridad y la luna salió de entre las nubes que la ocultaban, pude ver que estaba rodeado por los dos tripulantes negros, el cocinero negro y mi compañero de pasaje Goring. Había otra persona acurrucada a mis pies sobre cubierta, pero estaba a la sombra y no logré distinguir quién era.

Todo eso ocurrió con tal rapidez que apenas transcurriría un minuto desde que salí de la escalera de escotilla hasta que me encontré amordazado e impotente. Fue tan inesperado que casi no comprendí lo que ocurría ni lo que aquello podía significar. La cuadrilla que me rodeaba empezó a hablar en cuchicheos breves y agresivos, y un secreto instinto me hizo comprender que

era mi vida lo que estaba en juego. Goring hablaba en tono autoritario y colérico, y los otros le contestaban a una y con obstinación, como si se negasen a obedecerle. Por fin se alejaron en grupo hasta el lado opuesto de la cubierta, donde les oí que seguían con sus cuchicheos, aunque las claraboyas del salón me impedían verlos.

En todo este tiempo se oían al otro extremo del barco las voces de los tripulantes de la guardia que charlaban y se reían; sus voces me llegaban con toda claridad; los veía reunidos en un grupo, muy ajenos a los tenebrosos manejos que tenían lugar a menos de treinta yardas de distancia. ¡Si hubiese podido ponerlos sobre aviso, aunque sólo fuese dándoles una voz, y aunque esa voz me costase la vida! Pero me era imposible. La luna brillaba incierta por entre las nubes desgarradas, y yo distinguía el brillo plateado de los rompientes, y más allá de éstos, el desierto inmenso y extraño, con sus fantásticas dunas. Al bajar la vista, advertí que el hombre al que había visto acurrucado sobre la cubierta seguía allí en la misma postura; mientras le miraba, cayó sobre su rostro vuelto hacia arriba un vacilante rayo de luna. ¡Santo Dios! Hoy mismo, cuando han pasado más de doce años, me tiembla la mano al escribir que en aquella cara, a pesar de que tenía las facciones contorsionadas y los ojos saltándosele de las órbitas, reconocí la de Harton, el jovial empleado que había sido mi compañero durante el viaje. No hacía falta ser médico para comprender que estaba muerto. La mordaza que tenía en la boca denunciaba la manera silenciosa con que aquellos perros del infierno habían realizado su obra. Al contemplar el cadáver de Harton se me representó con la claridad de un relámpago la clave que explicaba todo lo acaecido en nuestro viaje.

Oí el roce de una cerilla al encenderse al otro lado de las claraboyas y vi la figura alta y trasijada de Goring de pie sobre la amurada, sosteniendo en la mano lo que parecía ser una linterna sorda. La bajó un instante alumbrando hacia el costado del buque, y entonces vi con asombro indecible que otra luz le contestaba inmediatamente entre las dunas de arena de la playa. Esa luz se dejaba ver y se apagaba con tal rapidez que no habría llegado a distinguirla si no hubiese mirado en la dirección en que lo hacía Goring. Repitió la operación de nuevo, y de nuevo le contestaron desde la costa. Entonces se bajó de la amurada, pero resbaló e hizo tanto ruido que me dio un vuelco el corazón, confiando en que los hombres de la guardia lo habrían oído y se fijarían en los manejos de aquel hombre. Fue una vana esperanza. La noche era tranquila y la embarcación no se movía, razones por las que habían descuidado la vigilancia que les imponía su deber. Hyson, que desde la

muerte de Tibbs mandaba las dos guardias, había bajado a su camarote para dormir unas horas, y el contramaestre que le sustituía estaba con los otros dos hombres al pie del palo del trinquete. Impotente, mudo, sintiendo que la cuerda se me clavaba en las carnes y con el cadáver del hombre asesinado a mis pies, esperé el acto siguiente de la tragedia.

Los cuatro bandidos se habían trasladado al otro costado del buque. El cocinero empuñaba una especie de maza; los demás negros blandían cuchillos y Goring estaba armado con un revólver. Apoyados en el antepecho, miraban todos hacia el agua, como esperando que apareciese algo. Vi cómo uno de ellos le agarraba a otro del brazo y parecía señalarle con el dedo en una dirección; miré hacia allí y distinguí confusamente una gran sombra negra que avanzaba en dirección a nuestro barco. Cuando surgió de las tinieblas, vi que se trataba de una gran canoa llena de hombres e impulsada al menos por una veintena de palas. También los hombres de guardia la vieron cuando pasó por detrás de nuestra popa como una flecha, y dieron la alarma, corriendo hacia allá. Pero era tarde, porque un enjambre de negros gigantescos trepó a cubierta y avanzaron por ésta como un torrente irresistible, guiados por Goring. En un instante quedó dominada toda resistencia; los inermes hombres de la guardia se vieron derribados por el suelo y atados, mientras que a los que dormían se les sacaba violentamente de sus literas y se les dejaba igualmente privados de todo movimiento. Hyson trató de defender el estrecho pasillo que conducía a su camarote, oí ruido de lucha y los gritos que daba pidiendo socorro. Pero no había nadie que pudiera acudir a dárselo, y lo arrastraron a cubierta con un tajo en la frente del que manaba la sangre en abundancia. Fue amordazado igual que los demás y los negros celebraron consejo para decidir nuestra suerte. Vi que nuestros marineros negros me señalaban a mí, al mismo tiempo que explicaban a los salvajes algo que levantó murmullos de incredulidad entre ellos. Uno de los salvajes se adelantó, metió la mano en mi bolsillo, extrajo la piedra negra y la examinó detenidamente. Después se la entregó al que parecía ser su jefe, que la examinó con toda la minuciosidad que permitía la poca luz, y luego la pasó al guerrero que tenía a su lado, farfullando algunas palabras; éste hizo lo mismo, y la piedra pasó de mano en mano por todos. Entonces el jefe dijo algunas palabras a Goring en su idioma nativo, y este último me las tradujo al inglés. Me parece estar viendo ahora mismo aquel cuadro. Los altos mástiles, desde los que caía en cascada la luz de la luna, plateando las vergas y poniendo de relieve toda la red de cabos y aparejos; el grupo de guerreros negros apoyados en sus lanzas; el hombre muerto a mis pies; la hilera de prisioneros blancos y,

delante de mí, el repugnante mestizo, que hacía, por la blancura y elegancia de sus ropas, un extraño contraste con sus asociados. Con su tono más dulce de voz, me dijo:

—Quiero que sea usted testigo de que yo no entro para nada en perdonarle la vida. Si de mí dependiese, moriría usted de la misma manera que van a morir esos otros. Ni contra ellos ni contra usted tengo ningún rencor personal, pero he consagrado mi vida a la destrucción de la raza blanca y es usted el primer blanco de cuantos he tenido en mi poder que se escapa con vida. Puede dar las gracias a esa piedra que lleva encima y que es la que le salva la vida. Estos pobres diablos la reverencian. Realmente, si es lo que ellos aseguran, creo que son ellos quienes tienen razón. Si cuando hayamos desembarcado se comprueba que están en un error y que la materia y el trabajo de esa piedra son cosa de casualidad, no habrá nada que le salve la vida. Mientras tanto, queremos darle buen trato, y si entre los objetos de su propiedad hay algo que desea conservar, queda usted en libertad de recogerlo.

Cuando acabó de hablar hizo un ademán, y una pareja de negros me desató, aunque sin quitarme la mordaza. Me bajaron a mi camarote y guardé en los bolsillos algunos objetos de valor, además de una brújula de bolsillo y mi Diario de viaje. Luego me descolgaron por encima del antepecho a una canoa pequeña que tenían junto a la grande, embarcaron en ella mis guardianes y se pusieron a remar con sus palas, en dirección a la costa. Nos habríamos alejado un centenar de yardas, cuando el timonel levantó la mano y los remeros dejaron de palear y se pusieron a escuchar. Llegó hasta mí, en medio del silencio de la noche, una especie de sollozo apagado, seguido de una serie de chapoteos de objetos lanzados al agua. Eso es todo lo que sé de la suerte que corrieron mis pobres compañeros de barco. Casi enseguida apareció en nuestra dirección la canoa grande, y el barco solitario quedó a la deriva, como un espectro lamentable. Los salvajes no se llevaron nada de la embarcación. Todo el endemoniado asunto se realizó con el respeto y la templanza de un rito religioso.

Cuando cruzamos los rompientes y llegamos a la orilla, aparecía por el oriente el primer rayo gris del alba. Media docena de hombres quedaron al cuidado de las canoas, y el resto de los negros se alejaron cruzando por entre las dunas; me llevaron con ellos, pero me trataron con mucha bondad y respeto. Resultaba muy pesado caminar, pues nos hundíamos por encima de los tobillos en las arenas movedizas; yo estaba medio muerto de cansancio cuando llegamos a la aldea indígena, o más bien a la ciudad, porque era un poblado de grandes dimensiones. Las casas consistían en estructuras cónicas

que tenían cierta apariencia de panales de abejas, y estaban construidas con algas marinas revestidas de una tosca capa de mortero, porque ni en la costa ni en muchos centenares de millas de distancia era posible encontrar palo ni piedra de ninguna clase. Cuando entramos en la población, fuimos recibidos por una enorme muchedumbre de ambos sexos que acudió tocando los tam-tam y dando alaridos y gritos. Al verme, redoblaron sus vociferaciones y adoptaron una actitud amenazadora; pero bastaron algunas frases de los hombres de mi escolta para cortar aquello de una manera tajante. Un murmullo de admiración sucedió a los gritos de guerra y a los alaridos, y la espesa masa de gente avanzó por la ancha calle central, llevándonos en medio a mí y a mi escolta.

Esta exposición puede parecer de aquí en adelante tan extraña que quizá levante dudas en los que no me conocen; pero la ofensa que me hizo mi cuñado con su abierta incredulidad nació de lo que ahora voy a contar. Yo no puedo hacer otra cosa que relatar lo sucedido con las palabras más sencillas, confiando en que la casualidad o el tiempo demostrarán su verdad, Había en el centro de aquella calle mayor un edificio construido con los mismos materiales que los demás, pero mucho más alto; estaba rodeado por una empalizada de troncos de ébano admirablemente pulimentados; la puerta estaba formada por dos magníficos colmillos de elefante, hundidos en el suelo a cada lado, pero que se juntaban por las puntas en lo alto, y el hueco de la misma estaba cerrado con una mampara de rica tela indígena bordada en oro. Nos dirigimos hasta aquella construcción de aspecto imponente; pero al llegar a la abertura de la empalizada, la muchedumbre se detuvo y se puso en cuclillas, mientras algunos de los jefes y ancianos de la tribu me hacían pasar al interior. Nos acompañaba Goring, que era en realidad el que dirigía todo. Al llegar a la mampara que servía de puerta del templo —porque era, evidentemente, un templo—, me quitaron el sombrero y los zapatos, y luego me hicieron entrar siguiendo a un venerable negro que marchaba delante llevando en la mano la piedra que me habían quitado del bolsillo. El edificio no tenía más luz que la que recibía por algunas rendijas largas que había en el techo, por las que entraba el sol tropical, dibujando en el suelo de arcilla franjas doradas que alternaban con intervalos de oscuridad.

El interior de este edificio era todavía más espacioso de lo que uno se imaginaba por su aspecto exterior. Los muros estaban decorados con esterillas indígenas, conchas y otros adornos, pero el resto del templo estaba completamente vacío, con excepción del centro, en el que se veía la figura de un negro colosal. Creí, a primera vista, que se trataría de algún rey o gran

sacerdote vivo y de corpulencia titánica; pero conforme fui acercándome comprendí, por la forma en que se reflejaba la luz, que se trataba de una estatua admirablemente tallada en piedra de azabache. Me condujeron hasta llegar cerca de aquel ídolo —pues eso parecía ser— y, al examinarlo de cerca y detenidamente, vi que, si bien era perfecto en todo, tenía cortada de raíz una oreja. El negro de cabellos blancos que tenía en la mano mi piedra se subió encima de un escabel, alargó el brazo y encajó la piedra negra de Marta en la superficie mellada del lado de la cabeza. No cabía la menor duda de que la piedra había sido arrancada de la estatua. Las dos superficies coincidían y encajaban con tal exactitud que la piedra permaneció por algunos momentos sujeta por sí misma, sin apoyo alguno, y luego cayó en la palma de la mano del anciano. Al ver aquello, el grupo que me rodeaba dejó escapar una exclamación reverente y se postró de hinojos en el suelo, mientras la muchedumbre que aguardaba en la parte exterior, y a la que se comunicó la noticia, lanzaba frenéticos vítores y aclamaciones.

Me vi convertido, instantáneamente, de prisionero en un semidiós. Me condujeron triunfalmente con un cortejo por la población; todos querían tocar mis ropas y recoger el polvo donde yo había posado los pies. Pusieron a mi disposición una de las chozas mayores y me sirvieron un banquete de los manjares indígenas más delicados. Sin embargo, comprendí que no era libre, porque colocaron varios lanceros de guardia a la entrada de la choza. Mi cabeza trabajó durante todo el día en idear planes para huir, pero ninguno de ellos me parecía viable. De un lado tenía el gran desierto árido que se extendía hasta el Timbuctu, y del otro, un mar por el que no cruzaba embarcación alguna. Cuanto más meditaba en el problema, más imposible encontraba la solución. ¡Cuán lejos estaba de soñar en la inminencia de la misma!

Había caído la noche y las manifestaciones de júbilo de los negros se fueron apagando gradualmente. Yo estaba tendido en la yacija de pieles que me habían preparado y seguía meditando sobre mi porvenir, cuando Goring entró furtivamente en la choza. Mi primera idea fue la de que venía para dar cima a su holocausto de asesinatos acabando con la vida del último superviviente. Me puse en pie, dispuesto a defenderme hasta el final. Él sonrió al ver mi actitud y me indicó que volviese a acostarme, sentándose a su vez en el otro extremo de mi yacija, y comenzó la conversación con esta pregunta extraordinaria:

—¿Qué opinión se ha formado de mí?

—¿Qué opinión me he formado de usted? —le dije casi vociferando—. Opino que es el más ruin y canalla de los renegados que mancharon con su presencia esta tierra nuestra. Si no estuviéramos entre estos endemoniados negros, lo estrangularía con mis propias manos.

—No grite tanto —me contestó sin que pareciese que mis palabras le hubiesen irritado lo más mínimo—. No quiero que nadie interrumpa nuestra conversación —prosiguió con divertida sonrisa—. ¡De modo que usted me estrangularía! Pues ya ve usted cómo yo devuelvo bien por mal, ya que si estoy aquí es para ayudarle a fugarse.

—¡Usted! —le contesté, atónito.

—¡Usted! —me contestó—. Eso no tiene ningún mérito por mi parte. Yo soy lógico en mi conducta. No existe razón alguna para que no le hable con absoluta franqueza. Quiero ser rey entre esta gente, lo cual no es tener grandes ambiciones, desde luego; pero ya recordará lo que dijo César sobre eso de ser el primero en una aldea de las Galias. Pues bien: esta malhadada piedra suya no sólo le ha salvado la vida, sino que ha trastornado las cabezas de todos ésos hasta el punto de que creen que usted ha bajado de los cielos. Mi influencia, pues, habrá desaparecido si usted no se aparta de mi camino. Por esa razón, ya que no puedo matarlo, le ayudaré a fugarse.

Todo esto me lo dijo sin alterar el tono de su voz de falsete, como si aquel propósito fuese la cosa más natural del mundo. Después de una pausa, siguió diciendo:

—Usted daría cualquier cosa por hacerme algunas preguntas, pero se lo impide su orgullo. Pues bien: yo seré quien satisfaga su curiosidad, porque quiero que sus compañeros, los blancos, se enteren de ellas cuando usted regrese a su país, si es que tiene la suerte de conseguirlo. Hablemos, por ejemplo, de esa condenada piedra. Estos negros fueron primitivamente mahometanos o, por lo menos, así lo asegura una leyenda. En vida de Mahoma se produjo un cisma entre sus discípulos, y el partido menos numeroso se marchó de Arabia y llegó a cruzar el continente africano. Al salir para su destierro se llevaron una reliquia valiosa de su antigua fe: esa reliquia consistía en un gran bloque de la piedra negra de La Meca. Ya habrá oído usted decir que esta piedra procede de un meteoro, y que al caer a tierra se partió en dos pedazos. Uno de éstos se conserva todavía en la Meca. El pedazo mayor fue llevado a Berbería, donde un artesano hábil lo trabajó, dándole la forma que usted ha visto hoy. Estos hombres son los descendientes de aquellos primeros herejes de Mahoma, y han ido conservando su reliquia

durante todas sus idas y venidas, hasta que se asentaron en este lugar extraño, en donde el desierto los protege de sus enemigos.

—¿Y la oreja? —le pregunté yo, casi involuntariamente.

—Pues verá usted: fue una repetición de la leyenda primitiva. Algunos miembros de la tribu se marcharon hacia el sur hará un centenar de años, y uno de ellos penetró durante la noche en el templo y se llevó una de las orejas para que les diese buena suerte en su empresa. Desde entonces corre entre los negros una tradición que asegura que la oreja volverá a este lugar algún día. Es seguro que el individuo que se la llevó fue hecho prisionero por algún esclavista, y de ese modo llegó a Norteamérica, hasta venir a parar a sus manos… y usted ha tenido el honor de cumplir la profecía.

Se calló durante algunos minutos, apoyando la cabeza en las manos, como si esperase que yo le dirigiese la palabra. Cuando volvió a levantar la vista, la expresión de su rostro había cambiado: sus facciones estaban rígidas y firmes, el aire de frivolidad con que antes me había hablado era ya de severidad y casi feroz.

—Deseo que lleve usted un mensaje a la raza blanca, a la gran raza dominadora, a la que yo odio y desafío —dijo—. Dígales que por espacio de veinte años me he cebado en su sangre; que maté blancos hasta que llegó a cansarme lo que al principio constituía para mí un júbilo; que hice eso sin que nadie me descubriese ni recelase de mí, frente a todas las medidas de seguridad que era capaz de dictarles su civilización. No hay goce en la venganza cuando el enemigo no sabe quién lo ha castigado. No me pesa, pues, el servirme de usted como mensajero. No hace falta que le explique cómo nació en mí este odio terrible, pero —y al decirlo me mostró su mano mutilada— ¡vea esto! Es obra del cuchillo de un hombre blanco. Mi padre era blanco y mi madre esclava. Cuando murió mi padre la vendieron de nuevo, y yo, que entonces era un niño, vi cómo la azotaban cruelmente para despojarla de algunas de las pequeñas gracias y encantos que su difunto amo había cultivado en ella. ¡Y también mi joven esposa! ¡También mi joven esposa! —todo su cuerpo fue sacudido por un temblor—. ¡Pero eso no importa! Hice un juramento y lo cumplí. Desde el estado de Maine hasta el de Florida y desde Boston hasta San Francisco, podría usted ir siguiendo la huella de mis pasos guiándose por muertes súbitas que desconcertaban a la policía. Yo hice la guerra a toda la raza blanca, de la misma manera que ésta la había hecho por espacio de siglos a la raza negra. Ya le he dicho que acabé por sentir repugnancia de la sangre. Pero bastaba que viese un rostro blanco para que mi aborrecimiento se despertase; decidí entonces reunir algunos negros libres y

valerosos y unir mi suerte con la suya, cultivando sus capacidades ocultas y formando el núcleo de una futura gran nación de raza negra. Esta idea llegó a ser para mí una obsesión, que me hizo viajar por el mundo durante dos años en busca de lo que deseaba. Llegué casi a desesperar de encontrarlo. No había esperanzas de regenerar a los sudaneses, que eran comerciantes de esclavos, ni a los envilecidos fantis, ni a los negros norteamericanizados de Liberia. Regresaba ya de mi correría cuando la casualidad me puso en contacto con esta tribu magnífica de moradores del desierto, y uní mi suerte a la suya. Sin embargo, mi viejo instinto de venganza me llevó a realizar antes una última visita a Estados Unidos, de donde regresé en el *Marie Celeste*. En cuanto al viaje mismo, ya habrá comprendido ahora que, gracias a mis manipulaciones, tanto las brújulas como los cronómetros arrojaban indicaciones completamente falsas. Únicamente yo, valiéndome de instrumentos de mi propiedad que funcionaban correctamente, iba trazando la ruta, con ayuda de mis amigos negros que estaban en la rueda del timón. Fui yo quien tiró por encima de la borda a la esposa de Tibbs. ¿Qué? Veo que la cosa le sorprende y que retrocede. Seguramente que ya lo había barruntado usted. El día del disparo que atravesó el tabique divisorio quise matarlo a usted, pero por desgracia no estaba en el camarote. Intenté matarle en otra ocasión, pero estaba despierto. Fui yo quien mató a Tibbs de un tiro, y creo que lo dispuse todo con gran limpieza para que se creyese en un suicidio. Claro está que cuando llegamos a la costa resultó ya todo sencillo. Yo había decidido que muriesen todos los que venían a bordo, pero esa piedra dio al traste con mis proyectos. También dispuse que no se saquease nada. Nadie puede afirmar que nosotros seamos piratas. Hemos obrado en todo por una cuestión de principios y no por móviles de naturaleza sórdida.

Yo escuchaba atónito el resumen que de sus crímenes me iba haciendo aquel hombre extraño, que se expresaba en un tono de voz tranquilo y muy sereno, como si relatase incidentes de la vida cotidiana. Todavía me parece estar viéndole como en una pesadilla siniestra, sentado en el extremo de mi yacija, mientras la luz vacilante de una tosca lámpara iluminaba sus facciones cadavéricas.

—Y ahora le diré que no hay dificultad alguna para que se fugue de aquí. Estos estúpidos hijos adoptivos míos afirmarán que usted ha vuelto al cielo de donde vino. El viento sopla desde la tierra hacia el interior del mar. Tengo dispuesta una lancha con provisiones y agua en abundancia. Deseo desembarazarme cuanto antes de usted, de modo que puede tener la seguridad de que no he descuidado nada. Levántese y sígame.

Hice lo que me mandaba, y él salió fuera de la choza seguido por mí. La guardia había sido retirada, o Goring tenía arregladas las cosas con ellos. Cruzamos la población sin que nadie nos diese el alto, y luego nos metimos por la llanura arenosa. Volví a escuchar el bramido de las aguas del mar, y distinguí la larga línea blanca del rompiente. En la playa había dos hombres arreglando el aparejo de una lancha pequeña. Eran los dos marineros que habían hecho la travesía con nosotros. Goring les dijo:

—Dejadlo a salvo más allá de los rompientes.

Los dos hombres saltaron dentro de la lancha, en la que me hicieron entrar también a mí, y se apartaron de la orilla. Valiéndonos de la vela mayor y del foque, cruzamos a salvo los rompientes. Hecho esto, y sin una sola palabra de despedida, mis dos acompañantes se lanzaron al agua; vi llorar sus cabezas como dos puntos negros sobre la espuma blanca cuando nadaban hacia la costa, mientras yo era empujado por el viento y me perdía en las tinieblas de la noche. Miré hacia atrás y vislumbré por última vez a Goring. Estaba de pie en lo alto de una colina arenosa, y la luz de la luna naciente que lo iluminaba por detrás presentaba con fuerte relieve su cuerpo enjuto y anguloso. Agitaba frenético los brazos hacia delante y hacia atrás; quizá pretendía darme ánimos, pero en aquel momento sus gestos me parecieron de amenaza, y he pensado muchas veces que lo más probable era que su antiguo instinto salvaje se hubiese apoderado de él otra vez cuando me vio fuera del alcance de sus manos. Sea lo que sea, fue la última visión que tuve y que tendré jamás de Septimus Goring.

No hay necesidad de que entre en detalles de mi viaje solitario. Tomé lo mejor que pude la derrota de las islas Canarias, pero fui recogido al quinto día por la embarcación *Monrovia*, de la Compañía de Navegación a Vapor de Inglaterra y África. Aprovecho esta oportunidad para expresar mi más sincera gratitud al capitán Stornoway y a sus oficiales, por el trato cariñoso que me dieron hasta desembarcar en Liverpool, donde pude tomar pasaje en uno de los buques de la Compañía Guión, que me llevó a Nueva York.

Poco es lo que he hablado de las peripecias de mi viaje cuando volví a encontrarme en el seno de mi familia. Ese tema sigue siendo todavía para mí profundamente doloroso, y lo poco que he hablado no ha merecido crédito. Pongo ahora los hechos en conocimiento del público tal y como ocurrieron, sin preocuparme de que sean o no creídos, haciéndolo únicamente porque la enfermedad de mis pulmones va en aumento y deseo salvar mi responsabilidad. No hago afirmaciones vagas. Que los lectores examinen un mapa de África. Allí, por encima del Cabo Blanco, donde la tierra firme se

aleja hacia el norte y hacia el sur desde la punta más occidental del continente, sigue Septimus Goring reinando sobre sus negros súbditos, a menos que le haya alcanzado su castigo; y allí donde las largas olas verdes corren veloces a romperse y sisear sobre las calientes arenas doradas, yacen Harton, Hyson y los demás infortunados compañeros que fueron asesinados a bordo del *Marie Celeste*.

JOHN BARRINGTON COWLES[9]

I

Podría parecer imprudente por mi parte decir que atribuyo la muerte de mi malogrado amigo John Barrington Cowles a algún agente sobrenatural. Soy consciente de que en el estado actual de la opinión pública es necesario aportar una sólida cadena de evidencias antes de que la posibilidad de una conclusión semejante pueda ser admitida.

Me limitaré por tanto a exponer las circunstancias que concurrieron en aquel triste suceso con tanta concisión y claridad como me sea posible, y dejo que cada lector extraiga sus propias conclusiones. Tal vez haya alguien que pueda arrojar alguna luz sobre lo que para mí resulta enigmático.

Me encontré por primera vez con Barrington Cowles cuando fui a la Universidad de Edimburgo para cursar estudios de medicina. Mi patrona de la calle Northumberland era propietaria de una casa bastante espaciosa y, como era viuda sin hijos, se ganaba la vida proporcionando alojamiento a los jóvenes estudiantes.

Barrington Cowles había alquilado una habitación en el mismo piso que la mía, y cuando llegamos a conocernos mejor, compartimos un pequeño cuarto donde tomábamos nuestras comidas. De esta manera iniciamos una amistad que no se vio interrumpida por el menor asomo de discordia hasta el día de su muerte.

El padre de Cowles era coronel de un regimiento Sirk y estaba destinado en la India desde hacía muchos años. Le pasaba a su hijo una bonita pensión, pero rara vez mostraba otro signo de afecto paternal, y le escribía de forma muy irregular y breve.

Mi amigo, que había nacido en la India y poseía un temperamento ardiente y tropical, se sentía dolido por esta negligencia. La madre había muerto y no tenía a nadie más en el mundo que supliera esta lamentable carencia.

De este modo llegó un momento en que concentró todo su afecto en mi persona y confiaba en mí de una manera poco habitual entre hombres. Incluso cuando una pasión más fuerte y profunda se apoderó de él, jamás se debilitó el antiguo cariño que había entre nosotros.

Cowles era un tipo alto, esbelto, de tez morena y aceitunada, como Velázquez, y tenía los ojos oscuros y tiernos. Rara vez he visto a un hombre que despertara tanto interés entre las mujeres, o que cautivara de forma tan intensa su imaginación. Por lo general tenía una expresión soñadora, incluso lánguida, pero si en la conversación surgía algún tema que le interesara se animaba enseguida. En tales ocasiones su color natural se realzaba, sus ojos brillaban y hablaba con una elocuencia que arrastraba a la audiencia.

A pesar de estas cualidades naturales, evitaba la relación con las mujeres y se dedicaba al estudio con gran diligencia. Era uno de los alumnos más aventajados de su promoción y se había hecho acreedor a una medalla en anatomía y al Premio Neil Arnott en física.

¡Recuerdo perfectamente la primera vez que la vi! A menudo he evocado las circunstancias y he intentado precisar cuál fue exactamente la impresión que ella me produjo en aquel tiempo. Después de conocerla mi juicio ha experimentado variaciones, así que siento curiosidad por recordar de forma imparcial cuáles eran mis impresiones. Es difícil, sin embargo, eliminar los sentimientos que la razón o los prejuicios hicieron crecer en mí.

Era el día de apertura de la Real Academia Escocesa, en la primavera de 1879. Mi pobre amigo era un apasionado amante de todas las manifestaciones artísticas, y un acorde feliz o un delicado efecto en un lienzo constituía un exquisito placer para su naturaleza excelsa y refinada. Habíamos ido juntos a ver la exposición de pintura. Nos encontrábamos en el gran salón central cuando me fijé en una mujer de extraordinaria belleza que se encontraba al otro lado de la sala. En mi vida he visto un rostro de una perfección clásica semejante. Pertenecía al auténtico tipo griego: frente ancha, un poco deprimida, blanca como el mármol y ceñida por una nube de delicados bucles entrelazados; la nariz recta y bien perfilada, los labios delgados, exquisitos, la barbilla y la mandíbula encantadoramente redondeadas, con un desarrollo suficiente para sugerir una inusual fuerza de carácter.

Pero los ojos… ¡aquellos ojos maravillosos! Si pudiera dar una pequeña idea de la riqueza de su mirada, su dureza de acero, su dulzura femenina, su poder autoritario, su penetrante intensidad que se convertía de pronto en explosión de debilidad femenina… Pero estoy adelantando impresiones que surgieron más tarde.

Iba acompañada por un joven alto, de cabellos dorados, a quien reconocí inmediatamente como un estudiante de derecho con el que había trabado una ligera amistad.

Archibald Reeves —así se llamaba— era un joven atractivo, algo arrogante, que en otro tiempo había destacado como cabecilla en toda clase de aventuras estudiantiles. Hacía mucho que no le veía, pero me habían informado de que estaba a punto de casarse. La mujer era, supongo, la fiancée. Me senté en el asiento de terciopelo que había en el centro de la sala y me dediqué a observar furtivamente a la pareja, parapetado tras el catálogo.

Cuanto más la miraba más crecía su belleza a mis ojos. Era algo baja de estatura, es cierto, pero su figura era perfecta y se conducía con tal elegancia que, a no ser por medio de una comparación concreta, uno le atribuía una estatura mediana.

Mientras los contemplaba, Reeves recibió un recado y tuvo que abandonar la sala, de modo que la joven se quedó sola. Dio la espalda a las pinturas, y hasta que regresó su compañero pasó el tiempo examinando abiertamente al público, sin conceder la menor importancia al hecho de que una docena de miradas, atraídas por su elegancia, se dirigieran con curiosidad hacia ella. Agarrada indolentemente al cordón rojo que separaba los cuadros, paseaba la mirada de rostro en rostro con cierta timidez, como si contemplara caras estampados en un óleo. De pronto, según la miraba, sus ojos se quedaron cautivados por algo. Seguí la dirección de su mirada para averiguar qué le atraía de forma tan intensa.

John Barrington Cowles estaba absorto en un cuadro —creo que se trataba de uno de Noel Paton—, y supongo que el tema sería noble y etéreo. Su perfil se volvió hacia nosotros: jamás le he visto tan seductor. Ya he dicho que era un nombre sorprendentemente atractivo, pero en aquel momento resplandecía con absoluto esplendor. Parecía evidente que había olvidado momentáneamente lo que le rodeaba y que todo su espíritu se encontraba en armonía con las pinturas que estaba contemplando. Sus ojos lanzaban destellos y un tono rosáceo afloraba en sus mejillas de color aceitunado. Ella continuaba observándole con una expresión de vivo interés dibujada en el rostro, hasta que Cowles salió de su éxtasis un tanto sobresaltado y miró sorprendido a su alrededor. Así fue como sus miradas se encontraron. Ella retiró inmediatamente la suya, pero los ojos de mi amigo permanecieron fijos en la mujer durante unos instantes. La pintura había quedado ya olvidada y su alma había descendido de nuevo a la tierra.

La volvimos a ver una o dos veces antes de abandonar el local y en cada ocasión noté que mi amigo la miraba con interés. Sin embargo no hizo ninguna alusión hasta que nos encontramos al aire libre y caminábamos cogidos del brazo a lo largo de Princess Street.

—¿Te has fijado en esa preciosa mujer, la del traje negro y la piel blanca? —me preguntó.

—Sí, la he visto —contesté.

—¿La conoces? —preguntó intrigado—. ¿Tienes idea de quién es?

—No la conozco personalmente —contesté—, pero podría conseguir información sobre ella, pues creo que está prometida con Archibald Reeves, y él y yo tenemos muchos amigos comunes.

—¡Prometida! —exclamó Cowles.

—Vamos, mi querido amigo —dije sonriendo—, ¿no querrás darme a entender que eres tan susceptible que te preocupa el hecho de que una muchacha a la que nunca has dirigido la palabra esté prometida…?

—Bueno, no es exactamente preocupación —respondió con una sonrisa forzada—, pero te confieso, Armitage, que nadie me había impresionado tanto en mi vida. No es sólo la belleza de su rostro, que es perfecta, sino el carácter y la inteligencia que se adivina en ella. Espero, si está prometida, que sea con algún hombre digno de ella.

—Vamos —observé—, estás hablando con demasiada pasión. Es un caso claro de amor a primera vista, Jack. Sin embargo, para que se calme tu perturbado espíritu, intentaré informarme sobre ella si encuentro a alguien que la conozca.

Barrington Cowles me dio las gracias y la conversación derivó por otros derroteros. Durante días ninguno de los dos aludió al asunto, aunque mi compañero se mostró quizás un poco más soñador y distraído de lo habitual. El incidente se había desvanecido casi de mi memoria cuando, un día, me encontré con un primo segundo mío, un tal Brodie, en las escaleras de la universidad. Tenía cara de ser portador de noticias frescas.

—Me parece —empezó— que conoces a Reeves.

—En efecto. ¿Qué es de él?

—Se ha roto su compromiso.

—¿Roto? —exclamé—. Pues el otro día me aseguraron que era cosa segura.

—Pues sí, se ha roto. Me lo ha dicho su hermano. Una decisión desafortunada por parte de Reeves, si es que se ha echado para atrás, porque ella es una mujer fuera de lo corriente.

—La he visto —dije—, pero no sé cómo se llama.

—Su nombre es Northcott, y vive con una tía, ya anciana, en la plaza de Abercrombie. Nadie sabe nada acerca de su familia, ni de dónde proviene. En cualquier caso, es la chica más desgraciada del mundo… ¡pobrecilla!

—Desgraciada… ¿por qué?

—Bueno, éste era su segundo compromiso —dijo el joven Brodie, que tenía una habilidad increíble para enterarse de todo lo referente a todo el mundo—. Antes estuvo prometida con Prescott… William Prescott… que murió. Fue un suceso triste. El día de la boda estaba ya fijado y todo marchaba a las mil maravillas. Entonces sobrevino el accidente.

—¿Qué accidente? —pregunté. Tenía un vago recuerdo de las circunstancias.

—La muerte de Prescott. Una noche fue a la plaza de Abercrombie y se quedó hasta muy tarde. Nadie sabe la hora exacta en que abandonó la casa, pero a eso de la una de la madrugada un tipo que le conocía se lo encontró caminando apresuradamente en dirección al Queens Park. Le dio las buenas noches, pero Prescott desapareció sin hacerle caso, y ésa fue la última vez que le vieron con vida. Tres días después encontraron su cuerpo flotando en St. Margaret's Loch, bajo la capilla de St. Anthony. Nadie acertó a explicarse el suceso, pero el veredicto fue enajenación mental transitoria.

—Es muy extraño —observé.

—Sí, y funesto para la pobre chica —dijo Brodie—. Ahora este otro golpe le causará un gran pesar. ¡Y ella es tan dulce y femenina!

—¿La conoces personalmente? —pregunté.

—Oh, sí, la conozco. Me la he encontrado muchas veces. Si lo deseas, puedo presentártela.

—Bueno —contesté—, no es tanto por mi propio interés como por el de un amigo mío. Sin embargo, supongo que después de lo ocurrido no saldrá demasiado. Cuando lo haga aprovecharé tu ofrecimiento.

Nos separamos con un apretón de manos y durante un tiempo no volví a pensar en el asunto.

El siguiente incidente que he de relatar en relación con Miss Northcott es bastante desagradable. Pero debo relatarlo de la forma más fiel posible, pues tal vez arroje alguna luz sobre los hechos posteriores. Una noche fría, meses después de la conversación con mi primo que ya he relatado, recorría yo una de las calles de más baja reputación de la ciudad después de haber atendido un caso urgente. Era muy tarde y me abría paso entre los sucios haraganes que se agrupaban alrededor de las puertas de un gran palacio dedicado a la

ginebra, cuando un hombre tambaleante abandonó uno de los grupillos y extendió su mano hacia mí con una sonrisa de borracho. La luz del gas se proyectó sobre su rostro y, para mi inmensa sorpresa, reconocí en la degradada criatura que se tambaleaba ante mí a mi antiguo conocido, el joven Archibald Reeves, un muchacho que en otro tiempo se había destacado por ser el más elegante y distinguido del colegio. Estaba tan sorprendido que por un momento dudé de la evidencia de mis sentidos. Pero no había error, y en sus rasgos, aunque embotados por el alcohol, todavía se distinguía algo de la nobleza de antaño. Decidí rescatarle, al menos por una noche, de la inmunda compañía a la que se había abandonado.

—¡Hola, Reeves! —exclamé—. Ven conmigo. Voy en tu misma dirección.

Murmuró algunas disculpas incoherentes y se cogió de mi brazo. Mientras le acompañaba hacia el lugar donde se alojaba pude darme cuenta de que no sólo padecía los efectos de la reciente borrachera, sino que la prolongada vida de disipación le había trastornado los nervios y el cerebro. Tenía la mano seca y febril y se sobresaltaba ante cualquier sombra que cayese sobre el pavimento. Sus divagaciones parecían más bien delirio de enfermo que parloteo de borracho.

Cuando llegamos a su casa le ayudé a desnudarse y le tumbé sobre la cama. En ese momento su pulso estaba muy acelerado y era evidente que se encontraba en un estado de fiebre extrema. Pareció caer en un ligero sopor y, cuando estaba a punto de salir de la habitación para advertir a la patrona de su estado, se incorporó y me cogió por la manga de la chaqueta.

—¡No te marches! —gritó—. Me siento mejor cuando estás aquí. Entonces me encuentro a salvo de ella.

—¿De ella? —dije—. ¿Quién es ella?

—¡Ella! ¡Ella! —contestó impaciente—. ¡Ah! Tú no la conoces. ¡Es el demonio! Hermosa… hermosa… ¡pero un demonio!

—Tienes fiebre y estás excitado —dije—. Procura dormir un poco. Cuando te despiertes te encontrarás mejor.

—¡Dormir! —gimió—. ¿Cómo voy a dormir, si la veo sentada a los pies de la cama, observándome con sus grandes ojos hora tras hora? Te aseguro que me absorbe toda la energía y la voluntad. Por eso necesito beber. ¡Dios me ayude… estoy medio borracho!

—Estás enfermo —dije, poniéndole un poco de vinagre en las sienes—; deliras. No sabes lo que dices.

—Sí, lo sé —me interrumpió bruscamente, mirándome a los ojos—. Sé muy bien lo que digo. Todo me lo busqué yo. Fue mi propia elección. Pero no podía… no… Dios mío… no podía aceptar la alternativa. No podía seguir teniendo fe en ella. Era más de lo que un hombre puede soportar.

Me senté a su lado en la cama, estrechando una de sus ardientes manos entre las mías y preguntándome sobre el significado de aquellas extrañas palabras. Se quedó quieto durante un rato; después, dirigiendo sus ojos hacia mí, dijo en un tono de voz quejumbroso:

—¿Por qué no me avisaría antes? ¿Por qué esperó a que estuviera tan enamorado?

Repitió las mismas preguntas varias veces, moviendo de un lado a otro su cabeza febril, hasta que se sumergió en un sueño agitado. Salí de la habitación y dejé la casa después de haber dispuesto lo necesario para que le atendieran. Sin embargo, sus palabras resonaron en mis oídos durante días y alcanzaron un profundo significado a la luz de lo que habría de ocurrir más tarde.

Mi amigo Barrington Cowles había estado fuera durante las vacaciones de verano y no tuve noticias suyas en aquellos meses. Sin embargo, cuando llegó el otoño, recibí un telegrama suyo. Me pedía que le reservara sus viejas habitaciones de la calle Northumberland y me informaba del tren en que llegaría. Fui a recibirle, y le encontré, para mi satisfacción, con un aspecto excelente de salud y fortaleza.

—A propósito —me dijo de pronto aquella noche, cuando nos sentamos junto al fuego para comentar lo sucedido durante las vacaciones—, no me has felicitado todavía.

—¿Por qué motivo? —le pregunté.

—¿Por qué? ¿Es que no has oído nada sobre mi compromiso matrimonial?

—¿Matrimonio? ¡No! —respondí—. Pero me alegro de saberlo, y te felicito de todo corazón.

—Me extraña que no hayas oído nada —dijo—. Es un caso muy raro. ¿Te acuerdas de aquella chica que tanto nos gustó en la Academia?

—¿Qué? —exclamé, con un vago sentimiento de aprensión en el corazón —. ¿No querrás decirme que es con ella con quien te has comprometido?

—Ya sabía yo que te iba a sorprender —contestó—. Fue mientras estaba con una vieja tía mía en Aberdeenshire. Los Northcott fueron allá de vacaciones y, como teníamos amigos comunes, pronto hicimos amistad. Me enteré de que su compromiso había fracasado, y entonces… bueno, tú ya sabes lo que pasa cuando frecuentas a una chica de esa clase en una sociedad

como la de Peterhead. Pero ten presente —añadió— que no creo haber obrado con ligereza o imprudencia. No me arrepiento de nada de lo que he hecho. Cuanto más conozco a Kate más la quiero y la admiro. Tengo que presentártela, y entonces podrás formarte tu propia opinión.

Acepté gustoso el ofrecimiento y me esforcé por hablarle en un tono despreocupado, aunque mi corazón estaba deprimido y ansioso. Las palabras de Reeves y la fatalidad de Prescott acudieron a mi memoria, y aunque no disponía de una evidencia tangible, se apoderó de mí un vago sentimiento de temor y desconfianza hacia aquella mujer. Puede que se tratase de un absurdo prejuicio o superstición y que involuntariamente deformase la conducta y las palabras de Miss Northcott para encajarlas en una extravagante teoría que ya me había medio formado. Algunas personas me han sugerido que ésa podría ser una explicación de mi relato. Yo daría el visto bueno a tal opinión si lograra conciliarla con los hechos que me veo obligado a relatar a continuación.

Unos días después fui con mi amigo a visitar a Miss Northcott. Recuerdo que al cruzar la plaza de Abercrombie nos llamó la atención el estridente aullido de un perro, que parecía provenir precisamente de la casa a la cual nos dirigíamos. Subimos las escaleras y fui presentado a la anciana Mrs. Merton, tía de Miss Northcott, y a la joven prometida. Estaba tan hermosa como siempre y no me sorprendió que mi amigo estuviera tan enamorado. Su rostro estaba un poco más sonrosado que de costumbre, y sostenía en la mano una pesada fusta de perros con la que acababa de castigar a un pequeño terrier escocés, cuyos aullidos habíamos escuchado desde la calle. El pobre animal estaba acurrucado junto a la pared, gimiendo de forma lastimera y evidentemente acobardado.

—¿Qué sucede, Kate? —dijo mi amigo después de sentarnos—. ¿Has tenido otra pelea con Carlo?

—Esta vez ha sido una pequeña disputa —dijo ella con una sonrisa encantadora—. Es un perro bueno y cariñoso, pero necesita un correctivo de vez en cuando. —Después, dirigiéndose a mí, añadió—: Todos lo necesitamos, ¿no cree, Mr. Armitage? Sería magnífico que en vez de recibir un castigo al final de nuestra vida nos castigaran en el momento mismo de la falta, como hacemos con los perros. Tendríamos más cuidado, ¿no cree?

Reconocí que era posible.

—Si cada vez que un hombre se desvía le fustigara la mano de un gigante hasta hacerle caer desmayado… —mientras hablaba apretó sus blancos dedos

y accionó con perversidad la fusta—, este método surtiría más efecto que todas esas sesudas teorías de la moral.

—Pero Kate —dijo mi amigo—, estás hoy un poco salvaje.

—No, Jack —rió—. Me limito a exponer una teoría a la consideración de Mr. Armitage.

Después, los dos empezaron a charlar sobre sus recuerdos de Aberdeenshire y yo tuve oportunidad de observar a Mrs. Merton, que había permanecido en silencio durante nuestra corta conversación. La vieja tenía un aspecto muy extraño. Lo que más me llamaba la atención era la absoluta ausencia de color que presentaba. El pelo era de un blanco de nieve y la cara extremadamente pálida. Los labios exangües, e incluso los ojos tenían un tono de azul tan claro que apenas destacaban de la palidez general. El vestido era de seda gris y armonizaba con el resto de su apariencia. El rostro tenía una expresión harto singular, que me sentía incapaz de concretar en ese momento.

Estaba haciendo un bordado ornamental en un pedazo de tela antigua y al mover los brazos su vestido producía un crujido seco y melancólico, como el de las hojas secas en otoño. Era una escena algo lúgubre y depresiva. Acerqué un poco mi silla y le pregunté si le gustaba Edimburgo, y si había estado aquí mucho tiempo.

Al dirigirle la palabra, la anciana experimentó un sobresalto y me miró con una expresión de desasosiego. En ese momento comprendí lo que no había acertado a definir antes en su expresión. Era miedo… un miedo intenso y opresivo. Era tan acusado que yo habría apostado mi vida a que en el pasado de aquella mujer había tenido lugar una experiencia terrible o había sido víctima de un infortunio espantoso.

—Oh, sí, me gusta —dijo con voz tímida y suave—, y hemos estado aquí algún tiempo… bueno, no demasiado. Viajamos mucho.

Hablaba con inquietud, como si tuviera miedo de comprometerse.

—Supongo que ustedes son nativas de Escocia… —pregunté.

—No… quiero decir, no del todo. Nosotras somos de todas partes. Somos cosmopolitas, ¿sabe usted? —Mientras hablaba buscó con la mirada a Miss Northcott, pero los dos estaban charlando cerca de la ventana. Entonces se inclinó hacia mí, con una mirada de intensa angustia, y dijo—: No me haga hablar más, por favor. A ella no le gusta, y después yo pago las consecuencias. Por favor, no lo haga.

Estaba a punto de preguntarle la razón de esta extraña súplica, pero en cuanto se dio cuenta de mis intenciones se levantó y salió lentamente de la

habitación. En ese momento los amantes dejaron de hablar y Miss Northcott me miró con sus grandes ojos de acero.

—Debe perdonar a mi tía, Mr. Armitage —dijo—, es muy vieja y se fatiga con facilidad. Venga aquí a ver mi álbum.

Pasamos un rato examinando los retratos. El padre y la madre de Miss Northcott parecían ser mortales de lo más ordinario y no pude delectar en ellos ningún rasgo del carácter que distinguía a su hija. Había, sin embargo, un viejo daguerrotipo que atrajo poderosamente mi atención. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, notablemente atractivo. Aparecía muy bien afeitado; la barbilla prominente y firme y la boca grave y recta le conferían una fuerza extraordinaria. Sin embargo tenía los ojos algo hundidos y la parte superior de la frente un tanto achatada, como las serpientes, lo que mermaba un poco su belleza. En cuanto vi la cabeza, le señalé con el dedo y exclamé casi de forma involuntaria:

—Éste es el prototipo de su familia, Miss Northcott.

—¿Eso cree? —dijo—. Me temo que su cumplido resulte inoportuno. El tío Anthony fue considerado siempre como la oveja negra de la familia.

—Está claro —contesté— que mi observación ha sido inoportuna.

—Oh, no se preocupe —dijo ella—. Yo siempre he pensado que valía más que todos los demás juntos. Fue oficial del regimiento 41 y murió en acción durante la campaña de Persia… de modo que al menos murió noblemente.

—Ésa es la clase de muerte que a mí me gustaría tener —dijo Cowles con los ojos brillantes, como siempre que estaba emocionado—. Muchas veces he pensado que debía haber escogido la profesión de mi padre, en lugar de esta vil carrera médica, donde uno se pasa la vida mezclando píldoras y drogas.

—Vamos, Jack, tú no vas a morir de ninguna forma por el momento —dijo ella cogiéndole las manos con ternura.

No entendía a aquella mujer. Se daba en ella una mezcla tan desconcertante de decisión masculina y ternura femenina, con un dominio de sí tan perfecto, que me confundía totalmente. No supe qué contestarle a Cowles cuando ya en la calle me preguntó sobre ella.

—Bien, ¿qué opinión te merece?

—Creo que su belleza es extraordinaria —respondí con cautela.

—Eso es evidente —replicó con cierta irritación—. Ya lo sabías antes de venir.

—Creo que es muy inteligente también —observé.

Barrington Cowles se adelantó unos pasos; después se volvió hacia mí y me formuló una extraña pregunta:

—¿Crees que es cruel? ¿Crees que es la clase de mujer que disfrutaría causando dolor?

—Bueno —respondí—, realmente apenas he tenido tiempo de formarme una opinión.

Caminamos en silencio durante un rato.

—Es una vieja estúpida —murmuró finalmente Cowles—. Está loca.

—¿Quién? pregunté.

—Esa vieja… la tía de Kate, Mrs. Merton o como se llame.

Entonces supe que mi pobre y descolorida amiga había hablado con Cowles, pero nunca me contó nada sobre la naturaleza de su conversación.

Aquella noche mi amigo se fue a la cama muy temprano y yo me quedé junto al fuego, reflexionando sobre todo lo que había visto y oído. Presentí que había algún misterio alrededor de la chica… una oscura fatalidad, tan extraña que desafiaba todas mis conjeturas. Me acordé de la última entrevista que Prescott había tenido con ella antes de la boda y del fatal desenlace. Asocié este acontecimiento con los lamentos del pobre borracho de Reeves: «¿Por qué no me lo dijo antes?», y otras frases que había pronunciado. Después mi mente derivó hacia la advertencia de Mrs. Merton, los insultos de Cowles hacia la vieja, e incluso el episodio de la fusta y los aullidos del perro.

El resultado final de mis elucubraciones era bastante desfavorable, pero no tenía una sola prueba tangible que esgrimir en contra de aquella mujer. Sería poco menos que inútil intentar prevenir a mi amigo hasta que yo tuviera perfectamente claro contra qué debía prevenirle. Cowles tomaría cualquier acusación contra ella con desprecio. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo conseguir una prueba tangible sobre su carácter y antecedentes? En Edimburgo sólo sabían que eran unos recién llegados. Ella era huérfana y, por lo que yo sabía, nunca había revelado de dónde procedía. De pronto se me ocurrió una idea. Entre los amigos de mi padre había un tal coronel Joyce que había servido durante muchos años en la India, y probablemente conocería a la mayor parte de los oficiales que habían pasado por allí desde la sublevación. Me senté inmediatamente, preparé la lámpara y me puse a escribir una carta al coronel. Le decía que estaba muy interesado en averiguar toda clase de detalles acerca de un tal capitán Northcott, que había servido en el 41 de infantería y que había caído muerto en la campaña de Persia. Describí al hombre de acuerdo con el daguerrotipo, sellé la carta y esa misma noche la eché al correo. Después, con la conciencia de que había hecho lo que estaba en mi mano, me retiré a la cama, demasiado inquieto para conciliar el sueño.

II

Dos días después recibí una respuesta desde Leicester, donde residía el coronel. La tengo delante de mí mientras redacto este informe, así que la transcribiré palabra por palabra.

> Querido Bob —decía—: Recuerdo perfectamente a aquel hombre. Estuve con él en Calcuta, y más tarde en Hyderabad. Era un tipo extraño y solitario, pero un soldado valeroso que se distinguió en Sobraon donde, si mal no recuerdo, fue herido. No era popular en su regimiento… decían que era cruel y frío, y que no tenía nada de simpático. Se rumoreaba también que era un adorador del demonio, o algo parecido, y que tenía el poder de echar mal de ojo, lo cual, evidentemente, es una insensatez. Recuerdo que sostenía extrañas teorías acerca del poder de la voluntad humana y la influencia del espíritu sobre la materia.
>
> ¿Qué tal marchan tus estudios de medicina? No olvides, querido, que como hijo de tu padre, puedes pedirme cuanto desees, y que estoy a tu servicio para lo que dispongas. Afectuosamente:
>
> Edward Joyce
>
> P.S. —A propósito, Northcott no murió en acción. Fue asesinado después de la declaración de paz en un salvaje atentado relacionado con el fuego sagrado del templo de los adoradores del sol. Un gran misterio rodeó su muerte.

Leí la carta varias veces; al principio con un sentimiento de satisfacción, después con desagrado. Había conseguido una curiosa información, pero no era lo que yo deseaba. Se trataba de un hombre excéntrico, un adorador del diablo, y se rumoreaba que tenía el poder de echar mal de ojo. Los ojos de la joven me parecían capaces de infligir cualquier mal cuando mostraba ese fulgor gris y frío que había notado en una o dos ocasiones. Pero todo eso no dejaba de ser una superstición vulgar. ¿No resultaba más significativa aquella frase: «Sostenía extrañas teorías acerca del poder de la voluntad humana y la

influencia del espíritu sobre la materia»? Recordé haber leído alguna vez un curioso tratado, que en aquel tiempo me pareció pura charlatanería, sobre el poder de algunas mentes humanas y los efectos producidos por ellas a distancia. ¿Poseía Miss Northcott algún poder excepcional de esa clase? La idea creció en mi mente y pronto estuve convencido de la verdad de esta suposición.

Al poco tiempo, cuando mis pensamientos trataban aún de encontrar una explicación sobre el tema, leía en el periódico la noticia de la visita a nuestra ciudad del doctor Messinger, un conocido médium y mesmerista. Observadores competentes habían declarado que las actuaciones de Messinger eran genuinas. Estaba muy lejos del fraude y tenía la reputación de ser la máxima autoridad viviente en las extrañas disciplinas pseudocientíficas de magnetismo animal y electrobiología. Así pues, decidido a comprobar lo que aquel hombre era capaz de hacer, incluso en circunstancias tan desfavorables como la luz deslumbradora de las candilejas y el público, adquirí una localidad para la primera noche de actuación y me presenté con algunos compañeros estudiantes.

Habíamos reservado uno de los palcos laterales, de modo que llegamos poco antes de que comenzara la sesión.

Apenas había tomado asiento reconocí a Barrington Cowles en compañía de su fiancée y la vieja Mrs. Merton, sentados en la tercera o cuarta fila de butacas. Ellos repararon en mí casi al mismo tiempo e intercambiamos un saludo. La primera parte de la conferencia fue algo trivial. El conferenciante nos ofreció varios trucos de puro juego de manos, seguidos de una o dos experiencias de mesmerismo ejecutadas en un individuo que le acompañaba. También nos dio una exhibición de clarividencia, haciéndole entrar en trance y preguntándole detalles concretos sobre acciones de amigos ausentes y localización de objetos ocultos, a todo lo cual parecía responder satisfactoriamente. Yo ya había visto esto en otras ocasiones. Lo que quería ver entonces era el efecto de la voluntad del conferenciante en un miembro independiente de la audiencia.

Por fin, y como punto culminante de su actuación, se dispuso a abordar esta experiencia.

—Les he demostrado —dijo— que un individuo hipnotizado se encuentra completamente dominado por la voluntad del operador. El sujeto pierde todo poder de volición y todos sus pensamientos le son sugeridos por la mente rectora. Se puede obtener el mismo resultado prescindiendo del proceso preliminar. Una voluntad poderosa puede, tan sólo en virtud de su propia

fuerza, tomar posesión de otra más débil, incluso a distancia, y dirigir los impulsos y acciones del dueño de esa voluntad. Si hubiera en el mundo un hombre que poseyera una voluntad mucho más desarrollada que el resto de los mortales no habría nada que le impidiera dominarlos y reducir a sus semejantes a la condición de autómatas. Felizmente, entre nosotros se da una igualdad de poder mental, o más bien de debilidad mental, y no es probable que ocurra una catástrofe parecida. Pero, a pequeña escala, hay desequilibrios que producen resultados sorprendentes. Ahora escogeré a alguien de la audiencia e intentaré, por el simple poder de la voluntad, obligarle a subir al escenario y a hacer lo que yo desee. Les aseguro que no hay connivencia y que el sujeto que seleccione es libre para oponerse a cualquier impulso que yo pueda comunicarle.

El conferenciante se acercó hasta el borde del escenario y ojeó las primeras filas de butacas. Sin duda la piel oscura de Cowles y sus brillantes ojos le señalaban como un hombre de temperamento nervioso, porque el hipnotizador le escogió al momento y clavó su mirada en él. Vi que mi amigo experimentaba un sobresalto de sorpresa y que se afianzaba en el asiento, como si intentara expresar su determinación de no entregarse a la influencia del operador. Messinger no era un hombre que denotara un gran poder de mente, pero su mirada era especialmente intensa y penetrante. Bajo su influencia Cowles realizó uno o dos movimientos espasmódicos con las manos, como si quisiera asirse a los brazos del asiento. Después se incorporó a medias y se hundió de nuevo en la butaca, aunque con grandes esfuerzos.

Yo estaba observando la escena con verdadero interés, cuando me fijé en el rostro de Miss Northcott. Estaba sentada con los ojos fijos en el hipnotizador y con una expresión de concentrado poder que no he visto jamás en otro ser humano. Tenía la mandíbula rígida y los labios comprimidos, mientras que el rostro aparecía endurecido como una estatua de mármol blanco. Las cejas estaban contraídas y los ojos pare cían emitir un destello de luz fría.

Miré a Cowles de nuevo, esperando que de un momento a otro se levantara y obedeciera las órdenes del hipnotizador, cuando surgió del escenario un gemido entrecortado, como de un hombre extenuado y abatido por un esfuerzo prolongado. Messinger estaba inclinado sobre la mesa, con una mano en la frente y la cara bañada en sudor.

—¡No puedo seguir! —exclamó, dirigiéndose al auditorio—. Una voluntad más fuerte está actuando contra mí. Tendrán que excusarme por esta noche.

El hombre estaba visiblemente alterado y era incapaz de proseguir su actuación, de modo que bajaron el telón y la audiencia se dispersó haciendo múltiples comentarios sobre la repentina indisposición del conferenciante.

Esperé en el vestíbulo a que salieran mi amigo y sus acompañantes. John Barrington Cowles se reía de su reciente experiencia.

—No le ha dado resultado conmigo, Bob —exclamó triunfalmente mientras me daba la mano—. Creo que esta vez se ha enfrentado con alguien superior.

—Sí —dijo Miss Northcott—, creo que Jack debe estar orgulloso de su fuerza mental, ¿no es cierto, Mr. Armitage?

—Aunque me llevó bastante tiempo —dijo mi amigo con seriedad—. No podéis imaginaros qué sensación tan extraña tuve una o dos veces. Toda la fuerza parecía haber salido fuera de mí… sobre todo un poco antes de que se derrumbara.

Salí con Cowles para acompañar a las mujeres a casa. Él iba al lado de Mrs. Merton, y yo me quedé atrás con la joven. Durante un minuto caminamos uno al lado del otro sin intercambiar palabra, hasta que yo, de una manera que debió de parecerle un tanto brusca, le solté a bocajarro:

—Fue usted quien lo hizo, Miss Northcott.

—¿Hacer qué? —preguntó en tono cortante.

—Hipnotizar al hipnotizador… Supongo que es la mejor manera de definir la operación.

—¡Qué idea tan extravagante! —dijo ella riendo—. ¿Así que cree que tengo una gran fuerza de voluntad?

—Sí —dije—. Una fuerza peligrosa.

—¿Por qué peligrosa? —preguntó en tono de sorpresa.

—Creo —respondí— que una voluntad que puede ejercer tal poder es peligrosa… porque siempre existe el riesgo de ser utilizada para fines perversos.

—Entonces, Mr. Armitage, me considera usted una persona temible —dijo, y después, mirándome fijamente, añadió—: Yo nunca le he gustado. Usted sospecha y desconfía de mí, aunque jamás le he dado motivo.

La acusación fue tan inesperada y certera que me resultó imposible encontrar una réplica. Ella se detuvo un momento; después, con voz dura y fría, me dijo:

—No obstante, guárdese de que su prejuicio le lleve a interferir conmigo, o decirle algo a su amigo que pueda dar lugar a una diferencia entre nosotros. Descubriría que había sido una mala política.

Había algo en su manera de hablar que le daba a esas pocas palabras un indescriptible aire de amenaza.

—No tengo poder —dije— para interferir en vuestros planes futuros. Pero no puedo evitar, después de lo que he visto y oído, tener ciertos temores por mi amigo.

—¿Temores? —repitió con desprecio—. Dígame qué ha visto y oído. Tal vez algo de Mr. Reeves… Creo que era otro de sus amigos…

—Él nunca mencionó su nombre —respondí—. ¿Sería doloroso para usted saber que se está muriendo?

Según decía estas palabras pasamos por un escaparate iluminado y aproveché para ver el efecto que producían en ella. Estaba riéndose… no cabía duda. Se reía tranquilamente, para sí misma. En cada rasgo de su cara se veía la alegría. Desde ese momento empecé a temer a aquella mujer con más fuerza que nunca.

Hablamos poco más aquella noche. Cuando nos despedimos me echó una mirada fugaz y amenazadora, como si quisiera recordarme lo que había dicho sobre el peligro de interferir. La advertencia habría influido poco en mí si hubiera encontrado la forma de decirle algo a Barrington Cowles que le beneficiara. Pero ¿qué podía decirle? Podría decirle que sus antiguos pretendientes se habían encontrado con un destino fatal. Podría decirle que estaba convencido de que era una mujer cruel. Podría decirle que tenía poderes asombrosos, casi sobrenaturales. Pero ¿qué impresión produciría cualquiera de estas acusaciones en alguien que está apasionadamente enamorado… en un hombre de temperamento tan entusiasta como mi amigo? Comprendí que sería inútil insinuarle algo y caminamos en silencio.

Y ahora llego al principio del fin. Hasta aquí todo han sido conjeturas, deducciones y rumores. Mi penosa tarea consiste en relatar, de forma tan desapasionada y fiel como me sea posible, lo que sucedió realmente ante mis ojos, de modo que me limitaré a registrar los hechos que precedieron a la muerte de mi amigo.

Hacia el final del invierno Cowles me comunicó que tenía intención de casarse con Miss Northcott tan pronto como lo permitieran las circunstancias, probablemente en la primavera. Como ya he dicho, Cowles era un hombre acomodado, y la joven tenía algún dinero propio, así que no había ningún impedimento económico que justificara un largo compromiso.

—Vamos a alquilar una casa en Corstorphine —dijo—, y esperamos que vengas a comer con nosotros, Bob, tan a menudo como te sea posible.

Le di las gracias y procuré rechazar mis aprensiones y convencerme de que todo saldría bien.

Tres semanas antes de la fecha fijada para la boda, Cowles me advirtió que vendría tarde esa noche.

—He recibido una nota de Kate —dijo—. Me pide que vaya esta noche a las once a su casa… Es tarde, pero tal vez quiera comentarme alguna cosa tranquilamente cuando Mrs. Merton se haya retirado.

Fue después de que mi amigo se hubiera marchado cuando recordé la misteriosa entrevista que precedió al suicidio del joven Prescott. Después me acordé de los delirios del pobre Reeves, doblemente trágicos, pues me había enterado de que aquel mismo día le sorprendió la muerte. ¿Cuál era el significado de todo esto? ¿Ocultaba esa mujer algún siniestro secreto que debía ser revelado antes del matrimonio? ¿Había una razón que le impidiera casarse? ¿O una razón que impidiera a los demás casarse con ella? Estaba tan preocupado que salí en persecución de Cowles, aun a riesgo de ofenderle, para intentar disuadirle de que acudiera a la cita, pero una mirada al reloj me hizo comprender que ya era demasiado tarde.

Estaba decidido a esperarle, así que eché unos carbones al fuego y saqué una novela del estante. Sin embargo, mis pensamientos resultaron más interesantes que el libro y lo dejé a un lado. Un indefinible sentimiento de ansiedad y depresión se apoderó de mí. Dieron las doce, y después las doce y media, y mi amigo no aparecía. Era ya cerca de la una de la madrugada cuando escuché un ruido de pisadas en la calle, y poco después unos golpes en la puerta. Me extrañó esta circunstancia, pues sabía que mi amigo llevaba siempre la llave… No obstante salí precipitadamente y descorrí el pestillo. En cuanto abrí la puerta pude comprobar que se habían cumplido mis temores. Barrington Cowles estaba apoyado en la verja con la cara hundida sobre el pecho, con una expresión de total abatimiento. Se tambaleó al entrar, y se habría caído si no hubiera estado yo allí para sujetarle. Ayudándole con un brazo, y sosteniendo la lámpara con el otro, le conduje con cuidado por las escaleras hasta llegar al cuarto de estar. Una vez allí se derrumbó sobre el sofá sin pronunciar una palabra. Ahora que podía verle bien me quedé horrorizado por el cambio que había experimentado. Su cara estaba mortalmente pálida y sus labios sin una gota de sangre. Tenía la frente y las mejillas frías y húmedas, los ojos vidriosos, y todo el cuerpo alterado. Me miró como un hombre que ha sufrido una terrible prueba y está dominado por una gran excitación nerviosa.

—Mi querido amigo, ¿qué ha sucedido? —pregunté, rompiendo el silencio—. Nada serio, supongo. ¿Te sientes mal?

—¡Brandy! —jadeó—. ¡Dame un poco de brandy!

Saqué la jarra. Estaba a punto de servirle, pero me la arrebató con manos temblorosas y llenó un vaso casi hasta la mitad. Habitualmente era abstemio, pero se bebió el brandy de un golpe, sin rebajarlo con agua. Aquello pareció sentarle bien, porque el color volvió a sus mejillas.

—Mi compromiso se ha roto, Bob —dijo, esforzándose por hablar con tranquilidad, pero sin poder reprimir el temblor de la voz—. Todo ha terminado.

—¡Alégrate! —contesté, intentando animarle—. No te quejes de tu suerte. ¿Cómo fue? ¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? —gimió, cubriéndose el rostro con las manos—. Si te lo contara, Bob, no lo creerías. ¡Es demasiado horrible… demasiado horrible… completamente espantoso e increíble! ¡Oh, Kate, Kate! —Se balanceó de un lado a otro en su dolor—. Imaginé que eras un ángel, y me encontré con…

—¿Con qué? —pregunté, pues se había detenido.

Me miró con ojos ausentes. De pronto estalló en gritos, agitando los brazos.

—¡Un demonio! ¡Un gul salido del infierno! ¡Un alma de vampiro oculta tras un rostro adorable! ¡Dios me perdone! —bajó el tono de voz y se volvió hacia la pared—. He dicho más de lo que debía. La he amado demasiado para revelar cómo es realmente. Todavía la amo demasiado.

Estuvo tranquilo durante un rato. Yo esperaba que el brandy le indujera al sueño, pero se volvió hacia mí inesperadamente.

—¿Has leído algo sobre hombres lobo? —me preguntó.

Le dije que sí.

—Hay una historia —dijo con gravedad— en uno de los libros de Marryat sobre una mujer hermosísima que al anochecer adopta la forma de un lobo y devora a sus propias criaturas. Me gustaría saber cómo llegó esa idea a la cabeza de Marryat.

Se quedó pensativo unos minutos; después pidió más brandy. Había una pequeña botella de láudano sobre la mesa y me las arreglé para mezclar medio dracma con el alcohol. Se lo bebió y una vez más hundió la cabeza en la almohada.

—Cualquier cosa mejor que eso —gimió—. La muerte es mejor que eso. Crimen y crueldad; crueldad y crimen. Cualquier cosa mejor que eso.

Y siguió así, con el monótono estribillo, hasta que las palabras se hicieron indistintas. Los párpados se cerraron sobre sus ojos y se sumergió en un profundo sueño. Le llevé a su cuarto sin despertarlo, hice una especie de cama con las sillas y permanecí a su lado el resto de la noche.

Por la mañana Barrington Cowles tenía una fiebre muy alta. Durante semanas se debatió entre la vida y la muerte. Acudieron los médicos más reputados de Edimburgo y gracias a su vigorosa constitución fue venciendo poco a poco la enfermedad. Yo le cuidé con ansiedad, pero en ninguno de sus delirios y visiones dejó escapar una palabra que explicara el misterio relacionado con Miss Northcott. Algunas veces se refirió a ella con las palabras más tiernas y en un tono de voz apasionado. Otras veces gritaba que era un demonio y agitaba los brazos como para apartarla de su lado. En muchas ocasiones afirmó que no vendería el alma por un rostro hermoso y se lamentaba con un tono de voz en el que se apreciaba un gran dolor:

—Pero yo la amo… la amo a pesar de todo. Nunca dejaré de amarla.

Cuando se recobró de la enfermedad era un hombre distinto. La dura convalecencia le había dejado un tanto demacrado, pero sus ojos oscuros no habían perdido aquel brillo y resplandecían con sorprendente fulgor bajo sus hermosas cejas. Su conducta era excéntrica y variable: a veces mostraba una imprudente despreocupación, a veces se volvía irritable, pero nunca era natural. Miraba a su alrededor de manera extraña y desconfiada, como si temiera algo, pero sin saber exactamente qué era lo que le aterrorizaba. No volvió a mencionar a Miss Northcott… hasta la noche funesta que he de relatar ahora.

Intenté distraerle de sus pensamientos realizando frecuentes cambios de escenario. Viajamos por las tierras altas de Escocia, y después por la costa oriental. En una de esas peregrinaciones visitamos la Isla de May, una isla cercana a la desembocadura del Forth que estaba especialmente árida y desolada cuando no era temporada turística. Aparte del vigía del faro sólo vivían allí una o dos familias de pescadores pobres que mantenían una precaria existencia con las capturas de sus redes y la caza de cormoranes. Aquel paraje desolado ejerció tal fascinación en Cowles que nos procuramos un cuarto en una de las barracas de los pescadores con intención de pasar una o dos semanas. A mí me resultaba un lugar muy sombrío, pero la soledad parecía aliviar el espíritu de mi amigo. Perdió esa expresión de miedo que había llegado a ser habitual en él, y a veces parecía haber recobrado su antigua personalidad.

Pasaba el día recorriendo la isla y contemplando desde lo alto del acantilado cómo rompían las grandes olas verdes y estallaban con una lluvia de espuma contra las rocas.

Una noche —creo que era la tercera o la cuarta de nuestra estancia en la isla— Barrington Cowles y yo salimos afuera antes de retirarnos a descansar para respirar un poco de aire fresco, pues nuestro cuarto era pequeño y la tosca lámpara despedía un olor desagradable. ¡Cómo recuerdo las circunstancias de aquella noche espantosa! Amenazaba tormenta, pues las nubes se estaban acumulando en el noroeste y oscuros nubarrones arañaban la superficie de la luna, que proyectaba franjas de luz y de sombra sobre la abrupta superficie de la isla y el inquieto mar al fondo.

Estábamos hablando, de pie, cerca de la puerta de la cabaña, y yo pensaba para mis adentros que aquella noche mi amigo estaba más alegre que nunca desde que le ocurrió la desgracia, cuando, de pronto, dejó escapar un grito agudo. A la luz de la luna pude ver que una expresión de inenarrable horror deformaba todos sus rasgos. Sus ojos se quedaron fijos, como clavados en un objeto que se aproximaba. Entonces extendió el brazo y señaló algo con el dedo índice.

—¡Mira allí! —gritó—. ¡Es ella! ¡Es ella! Mírala, está bajando por la ladera de la colina. —Mientras hablaba me agarró por la muñeca convulsivamente—. ¡Está allí! ¡Viene hacia nosotros!

—¿Quién? —grité yo, tratando de distinguir algo en la oscuridad.

—¡Ella… Kate… Kate Northcott! Ha venido por mí. Me capturará pronto… ¡No me dejes ir!

—Vamos, muchacho —dije, dándole unas palmadas en la espalda—. Tranquilízate; estás soñando… no hay nada que temer.

—¡Se ha ido! —gritó con un suspiro de alivio—. ¡No, cielos! Está allí de nuevo, y se acerca… se acerca. Me dijo que vendría por mí, y cumple su palabra…

—Vamos adentro —dije.

Le cogí de la mano; estaba tan fría como el hielo.

—¡Ah, lo sabía! —gritó—. Está allí, moviendo los brazos. Me llama. Es la señal. Debo ir… ¡Ya voy, Kate! ¡Ya voy!

Le sujeté entre mis brazos, pero se liberó con fuerza sobrehumana y desapareció en la oscuridad de la noche. Salí corriendo detrás de él, gritándole para que se detuviera, pero corrió con una velocidad endiablada. Cuando la luna aparecía entre las nubes se podía ver su oscura figura corriendo desesperadamente en línea recta, como si se dirigiera a un objetivo

determinado. Puede que fueran imaginaciones, pero en medio de la luz vacilante me pareció distinguir una vaga sombra que iba delante de él… una forma trémula que esquivaba sus golpes y le dirigía siempre hacia delante. Vi el perfil de Barrington Cowles recortándose contra el cielo mientras remontaba la cumbre de una pequeña colina. Después desapareció… y ésa fue la última vez que vi a Barrington Cowles.

Los pescadores acudieron en mi ayuda. Recorrimos durante toda la noche la isla con linternas y registramos cada escondrijo sin encontrar la más mínima señal de mi pobre amigo perdido. La dirección de su loca carrera terminaba en una línea de rocas afiladas que sobresalían del agua. Cerca del borde había tierra desmoronada, y aparecieron señales que podían pertenecer a un pie humano. Examinamos con atención el terreno y escudriñamos con nuestras linternas las inquietas olas que rompían a doscientos pies por debajo de nosotros. En ese momento, por encima del tumulto de las olas y el rugido del viento, escuchamos un chillido salvaje y espantoso que parecía provenir del fondo del abismo. Los pescadores —una raza predispuesta de forma natural a la superstición— aseguraron que se trataba de una risa de mujer, y a duras penas pude persuadirlos para que continuaran la búsqueda. Yo, por mi parte, supongo que fue el alarido de alguna ave marina asustada por la luz de las linternas. Sea lo que fuere, no me gustaría volver a escuchar un sonido semejante.

Y así llego al final de la penosa tarea que me he impuesto. He relatado con toda la claridad y fidelidad que me ha sido posible las circunstancias de la muerte de Barrington Cowles y la cadena de acontecimientos que la precedieron. Soy consciente de que a otros este triste episodio les parecerá bastante vulgar. Aquí tienen también la prosaica noticia que apareció en el *Scotsman* un par de días después:

> LAMENTABLE ACCIDENTE EN LA ISLA DE MAY
>
> La Isla de May ha sido escenario de un terrible accidente. Mr. John Barrington Cowles, un caballero muy conocido en los círculos universitarios y distinguido estudiante, actual poseedor del premio Neil Arnott de física, se encontraba restableciendo su salud en esa tranquila localidad. Hace dos noches se separó de su amigo, Mr. Robert Armitage, y no se ha vuelto a saber más de él desde entonces. Es muy posible que encontrara la muerte al caer en las rocas que rodean la isla. Mr. Cowles se encontraba desde hacía tiempo en un precario estado de salud, en parte debido a los

> estudios, y en parte debido a una desgracia relacionada con sus circunstancias familiares. Con esta muerte, la Universidad pierde a uno de sus alumnos más prometedores.

No tengo nada que añadir a mi testimonio. He declarado todo lo que sabía. Después de sopesar todas las circunstancias, no encuentro fundamento para acusar a Miss Northcott. Dirán que un hombre de naturaleza impresionable dice y hace cosas extrañas, y que eventualmente puede llegar al suicidio después de sufrir un serio disgusto, y no hay ninguna razón convincente para acusar a una mujer joven. Me parece una opinión respetable. Por mi parte, atribuyo la muerte de William Prescott, de Archibald Reeves y John Barrington Cowles a esa mujer, con la misma seguridad que si la hubiera visto hundir una daga en sus corazones.

Sin duda, ustedes me pedirán que exponga una teoría para explicar estos extraños acontecimientos. No tengo ninguna, a no ser una vaga y oscura. Estoy convencido de que Miss Northcott poseía poderes extraordinarios para dominar las mentes —y por medio de las mentes los cuerpos—, de la misma manera que creo que podía utilizar ese poder para satisfacer sus infames y crueles instintos. A partir de la experiencia de sus tres amantes se puede inferir que en el fondo de todo el asunto se ocultaba algo más diabólico y tenebroso —algún horrible pacto que le era necesario revelar antes de la boda—, y parece indudable que la naturaleza del misterio revelado era terrible por el hecho de que su sola mención ahuyentó a las tres personas que la habían amado tan apasionadamente. La fatalidad posterior sobrevenía, en mi opinión, a consecuencia de unos incontenibles deseos de venganza por haber huido de ella. Que estaban prevenidos queda demostrado por los delirios de Reeves y Cowles. Al margen de esto, nada puedo añadir. Expongo los hechos sobriamente, tal como sucedieron. No he vuelto a ver a Miss Northcott, ni deseo hacerlo. Si estas palabras pudieran librar a algún ser humano del engaño de esos ojos brillantes y de ese hermosísimo rostro, podré dejar mi pluma con la tranquilidad de saber que la muerte de mi pobre amigo no ha sido en vano.

EL HOMBRE DE ARKÁNGEL[10]

El 4 de marzo del año 1867, cuando contaba veinticinco años de edad, escribí los siguientes párrafos en mi libro de notas, como resultado de grandes perturbaciones y luchas mentales:

«El sistema solar gira silencioso de una manera constante por el espacio, entre otros sistemas incontables tan grandes como él mismo, en dirección a la constelación de Hércules. Las inmensas esferas de que está compuesto giran y giran por el vacío eterno de una manera incesante y callada. Una de las más pequeñas y de las más insignificantes esferas es el conglomerado de partículas sólidas y líquidas, al que hemos dado el nombre de Tierra. Gira en la actualidad como giró antes de mi nacimiento y como seguirá girando después de mi muerte, como un misterio giratorio que nadie sabe de dónde procede ni adónde va. En la costra exterior de esta masa en movimiento reptan infinidad de gorgojos, uno de los cuales soy yo, John M'Vittie, que me veo arrastrado a la ventura por el espacio, sin remedio y sin esperanza de remedio. Pues con todo eso, hemos llegado a una situación en la que la chispa de energía y el centelleo de razón de que estoy dotado tienen que ocuparse por completo en tareas que son imprescindibles para proporcionarme unos pequeños discos metálicos con los que poder comprar los elementos químicos necesarios para mantener mis tejidos, que están sometidos a perpetuo desgaste, y para disponer de un techo bajo el cual pueda cobijarme de las inclemencias del tiempo. Por esa razón no puedo emplear parte alguna de mis pensamientos en las cuestiones vitales que me rodean por todas partes. Sin embargo, a pesar de que soy un ente ruin, llego en ciertos momentos a experimentar cierto grado de felicidad, e incluso —¡perdóneseme la observación!— me siento de cuando en cuando poseído de un hinchado sentimiento de mi propia importancia».

Como ya he dicho, escribí estas palabras en mi libro de notas, y reflejan con exactitud las ideas que encontré profundamente enraizadas en mi alma, presente siempre y fuera del alcance de las emociones pasajeras del momento. Pero un buen día falleció mi tío M'Vittie de Glencairn, que había sido en sus

tiempos presidente de Comités de la Cámara de los Comunes. Dividió sus grandes riquezas entre sus muchos sobrinos, y yo me encontré con lo suficiente para proveer ampliamente a mis necesidades durante el resto de mi vida, y llegué al mismo tiempo a ser propietario de una extensión de tierras eriales en la costa de Caithness, que yo creo que el anciano debió legarme por burla, porque son tierras arenosas y sin valor, y él tuvo siempre un acerbo sentido del humor. Hasta entonces yo actuaba de procurador en una población inglesa del Midland. Comprendí desde ese instante que podía llevar a cabo lo que tenía pensado, es decir, que, elevándome por encima de todas las metas mezquinas y sórdidas, podía cultivar mi inteligencia dedicándome al estudio de los secretos de la Naturaleza. La salida de mi hogar inglés se vio acelerada hasta cierto punto por el hecho de que casi maté a un hombre durante una riña, porque soy hombre de temperamento colérico, y cuando me ponía furioso llegaba a olvidarme de mi propia fuerza. No hubo ninguna intervención legal en el asunto, pero los periódicos me cubrieron de improperios y la gente que se cruzaba conmigo me miraba de soslayo. Acabé por enviarlos al diablo, a ellos y a su ciudad sucia y contaminada por el humo, y me apresuré a encaminarme a mis posesiones norteñas, para poder encontrar por fin la paz y una oportunidad de entregarme al estudio solitario y a la contemplación. Antes de mi marcha dispuse de mi capital, y pude de ese modo llevar conmigo una colección selecta de los libros e instrumentos filosóficos más modernos, junto con productos químicos y otras cosas que pudiera necesitar en mi retiro.

Las tierras que había heredado consistían en una faja estrecha, en su mayor parte de arena, y se extendían más de dos millas siguiendo la costa de Mansie Bay, en Caithness. En esa faja de terreno había un edificio de piedra gris de forma irregular, del que nadie pudo informarme cuándo ni para qué había sido levantado. Realicé en él las reparaciones necesarias y quedó convertido en una residencia muy buena para una persona de gustos sencillos. Una de las habitaciones la dediqué a laboratorio, otra a cuarto de estar, y una tercera, que tenía forma abuhardillada, la destiné a colgar en ella la hamaca en que dormía siempre. La casa tenía otras tres habitaciones, pero yo no las aproveché, salvo la que ocupaba una vieja que se encargó de cuidarme la casa. En muchas millas de distancia, y en cualquier dirección que se tomase, no vivía nadie, salvo los Youngs y los M’Leods, que eran pescadores establecidos al otro lado del cabo Fergus. Delante de la casa se extendía la gran bahía, y por detrás se elevaban dos largas colinas eriales, por encima de las cuales se alzaban otras más altas y más lejanas. Entre las colinas había una

cañada. Cuando soplaba viento de tierra, penetraba por la cañada gimiendo y susurrando con melancolía entre las ramas de los abetos que quedaban por debajo de la ventana de mi ático.

Me desagradan todos los hombres. La justicia me obliga a añadir que también yo, por lo visto, desagrado a la mayoría de ellos. Me repugnan sus pequeñas bajezas, sus convencionalismos, sus farsas, sus ideas estrechas del bien y del mal. Les ofende mi franqueza brusca, el que me tengan sin cuidado sus normas sociales, el que me impaciente por todo cuanto significa opresión. Aquí, en mi solitario cobijo de Mansie, entre mis libros y mis productos químicos, podía dejar que continuase avanzando la gran recua humana, con sus políticas, sus inventos y sus charlatanerías. Yo me quedaría atrás, tranquilo y feliz. Tranquilo precisamente, tampoco, porque trabajaba mi pequeño bosque y realizaba progresos. Tengo razones para creer que la teoría atómica de Dalton está basada en un error, y sé que el mercurio no es un elemento.

Durante el día estaba atareado con mis destilaciones y análisis. Era frecuente que me olvidase de las comidas, hasta el punto de que cuando la vieja Madge me llamaba para el té, encontraba yo mi comida intacta encima de la mesa. Por las noches leía a Bacon, Descartes, Spinoza, Kant —es decir, a todos aquellos que han intentado penetrar en lo incognoscible—. Todos ellos son estériles y vacuos, no llegan a nada, pero son pródigos en palabras de muchas sílabas, y me hacen pensar en los hombres que, durante sus excavaciones en busca de oro, han puesto al descubierto muchos gusanos y los exhiben jubilosos, como si fuese aquello lo que buscaban. De cuando en cuando se apoderaba de mí el desasosiego, y era capaz de caminar treinta o cuarenta millas sin descansar y sin probar bocado. En esas ocasiones, cuando cruzaba por las aldeas, flaco, sin afeitar, con el pelo enmarañado, las madres corrían a la carretera y arrastraban a sus hijos hasta el interior de las casas, mientras los palurdos salían en tropel a la puerta de sus tabernas para contemplarme. Creo que era conocido en una extensa región con el apodo de «el señor loco de Mansie». Sin embargo, no era corriente que realizase esas excursiones por el interior del país, sino que hacía mis caminatas por las costas de mi propia posesión, y allí tranquilizaba mi espíritu fumando tabaco negro fuerte y tomando al mar por amigo y confidente.

¿Qué compañero puede compararse con el inmenso mar, inquieto y agitado? ¿Existe algún humor del hombre con el que el mar no pueda emparejarse y simpatizar? Nadie, por muy alegre que esté, dejará de alegrarse más escuchando su alegre agitación y contemplando las largas olas verdes que

se persiguen unas a otras, mientras los rayos del sol centellean en sus crestas espumosas. Pero cuando las olas enormes sacuden sus cabezas coléricas y el viento chilla por encima de ellas, aguijoneándolas para que se lancen a esfuerzos más frenéticos y más tumultuosos, entonces hasta el más melancólico de los hombres comprende que la Naturaleza encierra un principio de melancolía más tenebroso aún que sus propios pensamientos. Cuando el mar se hallaba en calma en la bahía de Mansie, su superficie se presentaba tan limpia y brillante como una hoja de plata, interrumpiéndose únicamente su lisura a cierta distancia de la playa, en un lugar en el que una prolongada línea negra emergía de las aguas produciendo la impresión del lomo mellado de algún monstruo marino dormido. Esa línea señalaba la parte superior del peligroso arrecife de rocas conocido por los pescadores con el nombre de «arrecife dentado de Mansie». Cuando el viento soplaba desde oriente, las olas rompían en ese arrecife con estrépito de trueno y la llovizna de espuma era proyectada hasta mucho más allá de mi casa, hasta las colinas que había detrás. En sí misma, la bahía era noble y magnífica, aunque demasiado expuesta a las galernas procedentes del norte y del este, y demasiado temida por su arrecife para que los marineros recurriesen a ella con frecuencia. Aquel lugar solitario tenía algo de novelesco. Más de un día tranquilo he salido en mi lancha y, mirando por encima de los costados, he podido ver en las profundidades las siluetas ondulantes y fantasmales de unos peces enormes, peces, según me pareció, como ningún naturalista había visto jamás, y que mi fantasía transformaba en los genios de aquella bahía desolada. En una ocasión, estando en la orilla una noche tranquila, brotó un grito desgarrado, como de una mujer presa de irremediable dolor, desde el seno profundo del mar, y se fue propagando por la atmósfera callada, unas veces apagándose y otras vibrando con mayor fuerza, durante unos treinta segundos. Este grito lo oí con mis propios oídos.

En lugar tan extraño, con las colinas eternas a mi espalda y el mar eterno enfrente, trabajé y medité durante más de dos años sin que me molestasen los demás hombres. Poco a poco acostumbré a mi vieja sirvienta a adquirir hábitos de silencio, hasta el punto de que rara vez abría la boca, aunque no tengo la menor duda de que su lengua se desquitaba del obligado descanso durante los pocos días que, dos veces al año, se pasaba visitando a sus parientes, que residían en Wick. Casi había llegado a olvidarme de que pertenecía a la familia humana, y me pasaba la vida tratando únicamente con los muertos cuyos libros leía, cuando ocurrió un episodio que dirigió mis pensamientos por un nuevo derrotero.

Después de tres días tormentosos del mes de junio vino otro de calma y de sosiego. Ni un soplo de aire agitaba el crepúsculo. El sol se hundía por occidente detrás de una línea de nubes purpúreas, y la lisa superficie de la bahía mostraba las cicatrices de algunas pinceladas de color escarlata. Los charcos dejados por la marea a lo largo de la playa se destacaban como goterones de sangre sobre la arena amarilla, como si algún gigante herido hubiese cruzado por ella trabajosamente, dejando detrás de sí aquellas rojas huellas de sus heridas dolorosas. A medida que fue cerrando la oscuridad, algunos retazos de nubes que flotaban a poca altura sobre el horizonte oriental se cuajaron formando grandes cúmulos irregulares. El barómetro estaba todavía bajo, y comprendí que se estaba fraguando algo malo. A eso de las nueve de la noche llegó desde el mar un gemido apagado, como de quien, después de verse muy maltratado, comprende que le llega otra vez la hora del sufrimiento. A las diez se levantó una brisa muy viva del lado de oriente. A las once se había incrementado hasta transformarse en ventarrón, y hacia la medianoche se había desatado la galerna más furiosa de la que tengo memoria en aquella costa tormentosa.

Al ir a acostarme, la gravilla y las algas marinas tamborileaban en mi ventana abuhardillada, y el viento gemía como si cada ráfaga fuese unalma en pena. Por aquella época los diferentes ruidos de la tempestad habían llegado a ser para mí lo mismo que una canción de cuna. Estaba seguro de que los viejos muros del edificio la rechazarían, y me preocupaba muy poco lo que de muros afuera pudiese ocurrir en el mundo. La vieja Madge, por su parte, estaba tan endurecida para esas cosas como yo mismo. Me llevé, pues, una sorpresa cuando a eso de las tres de la madrugada me despertaron los fuertes golpes dados a la puerta de mi cuarto y los agitados chillidos que lanzaba la ceceante voz de mi ama de llaves. Salté de mi hamaca y le pregunté con aspereza qué ocurría.

—¡Señor, señor! ¡Baje, por Dios, baje! Un barco grande va a chocar contra el arrecife, y la pobre gente grita pidiendo socorro. Yo creo que todos se van a ahogar. ¡Oh, señor M’Vittie, baje, por favor!

—¡Calla la boca, bruja! —le grité colérico—. ¿Y a ti qué te importa que se ahoguen o no? Vuelve a tu cama y déjame en paz.

Volví a meterme en la cama y me tapé con las mantas, diciéndome para mis adentros: «Esos hombres de ahí afuera han pasado ya por la mitad de los espantos de la muerte. Si ahora se salvan, tendrán que volver a pasar por ellos dentro de pocos años. Es, pues, preferible que acaben su vida ahora que han probado lo que resulta más doloroso que el dolor de morir». Con esos

pensamientos traté de conciliar de nuevo el sueño. La filosofía, que me había enseñado a considerar la muerte como un incidente trivial en la carrera eterna y siempre cambiante del hombre, también había amortiguado mucho en mí la curiosidad por las cosas materiales.

Sin embargo, en esta ocasión descubrí que la vieja levadura fermentaba todavía en mi alma con gran fuerza. Di vueltas y más vueltas en la cama durante algunos minutos y traté de acallar los impulsos espontáneos recurriendo a las normas de conducta que me había trazado en meses de meditaciones. Oí un fuerte retumbo entre el salvaje ulular del viento y comprendí que era un cañonazo de advertencia. Arrastrado por un impulso irrefrenable, me levanté, me vestí y, después de encender mi pipa, me fui caminando hasta la playa.

Reinaba la más completa oscuridad cuando salí de la casa, y la violencia del viento era tal que tuve que ponerme de costado para poder avanzar por la gravilla. Los granitos de arena, arrastrados por el viento, picoteaban mi cara, produciéndome una sensación de escozor, y las rojas pavesas de mi pipa formaban estelas detrás de mí, bailando una danza fantástica en la oscuridad. Marché hasta donde el oleaje rompía con estrépito, y cubriéndome los ojos con las manos, para apartar la rociada menudísima, traté de penetrar con la vista en las tinieblas del mar. No logré distinguir nada, a pesar de que con cada ráfaga de viento me parecía escuchar gritos y alaridos inarticulados. De pronto distinguí una luz, y enseguida se iluminó toda la bahía con un vivísimo resplandor azulado. A bordo del barco habían encendido una bengala de color. La embarcación estaba en la mitad del arrecife tumbada de costado en un ángulo tal que pude distinguir toda la superficie de su cubierta. Era una gran goleta de dos mástiles, de aparejo extranjero, y estaba a ciento ochenta o doscientas yardas de la playa. Mástiles, vergas y jarcias, hasta la cuerda más pequeña en tensión, se destacaban con nitidez a la luz lívida que lanzaba destellos y chisporroteos desde la parte más alta del castillo de proa. Más allá del barco desdichado iban saliendo de la oscuridad largas líneas en movimiento de negras olas, una tras otra, incansables, luciendo aquí y allá sobre sus crestas un petulante penacho de espuma. Todas esas olas, al entrar en el ancho círculo de luz fantasmal de la bengala, parecían reunir energía y volumen para luego precipitarse con mayor ímpetu, con retumbos y chirriantes estrépitos, sobre su víctima. Logré distinguir a diez o doce marineros asustados que se aferraban a los obenques de barlovento. Cuando la luz de la bengala les descubrió mi presencia, volvieron hacia mí sus lívidos rostros y agitaron sus manos en actitud suplicante. Sentí que se despertaba mi

indignación contra aquellos pobres gusanos acobardados. ¿Por qué tenían la pretensión de esquivar el estrecho sendero por el que ha viajado todo cuanto hay de grande y de noble en la humanidad? Uno de aquellos náufragos me interesó más vivamente que los demás. Era un hombre de gran estatura, que permanecía de pie y apartado de los demás, balanceándose con el movimiento del buque náufrago, como si desdeñase el aferrarse a una cuerda o a una amurada. Tenía las manos entrelazadas detrás de la espalda y la cabeza caída sobre el pecho; pero a pesar de esa actitud de abatimiento, había en su postura tal agilidad y decisión, al igual que en todos sus movimientos, que no parecía hombre fácil de entregarse a la desesperación. Más aún: por las rápidas ojeadas que de cuando en cuando dirigía por todas partes, comprendí que estaba sopesando todas las probabilidades de salvarse. Pero aunque miraba con frecuencia por encima de los rompientes furiosos hasta el lugar de la playa en el que podía distinguir mi negra figura, el propio respeto de sí mismo, o alguna otra razón, le impedía suplicar de ninguna manera mi ayuda. Permaneció en esa actitud, sombrío, silencioso e inescrutable, contemplando el mar amenazador y esperando la suerte que el destino le tenía reservada, cualquiera que fuese.

Me pareció que iba a tardar muy poco la resolución de aquel problema. Mientras contemplaba la escena, una ola enorme, que descollaba por encima de todas las demás y que venía a la zaga de éstas, igual que un pastor que sigue a su rebaño, pasó por encima del buque náufrago. El mástil delantero de éste se quebró de raíz y fue arrastrado; los hombres que se aferraban a los obenques fueron barridos igual que un enjambre de moscas. Con un crujido de desgarro y de hendidura, el barco empezó a partirse en dos por el punto en que la cresta aguda del arrecife estaba aserrando su quilla. El hombre solitario del castillo de proa corrió rápidamente por la cubierta y se agarró a un bulto blanco que yo había visto ya, pero no consiguió salir de la embarcación. En el momento en que ese hombre alzaba el bulto, la luz de la bengala se proyectó sobre él, y entonces me di cuenta de que aquel objeto era una mujer, y que su cuerpo estaba atado y sujeto por debajo de los brazos a una verga, de manera que su cabeza sobresaliese en todo momento por encima de las aguas. Aquel hombre la transportó con mucho cuidado hasta el costado de la embarcación y pareció que durante unos momentos le hablaba, como explicándole la imposibilidad de permanecer a bordo. Pero la respuesta que ella le dio fue por demás extraordinaria, porque la vi levantar deliberadamente la mano y abofetearle. Este acto pareció que le hizo callar durante unos momentos, pero luego siguió hablándole, como si le diese instrucciones de cómo debía

conducirse cuando fuese lanzada a las aguas. Eso deduje de sus gestos y ademanes. La mujer se echó hacia atrás, pero él la agarró entre sus brazos. Se inclinó un instante sobre ella como para besarla en la frente. En ese momento avanzó una ola enorme y se encrespó al chocar contra el costado de la embarcación, que estaba a punto de quebrarse, y aquel hombre se inclinó hacia delante y colocó a la mujer en la cresta de la ola con el mismo mimo que si colocara a una niña en su cuna. Distinguí el blanco vestido de la mujer ondulando entre la espuma sobre la cresta de la ola terrible, y después se fue apagando poco a poco la luz y desaparecieron de mi vista el buque destrozado y su ocupante solitario.

Contemplando aquello, mi humanidad se sobrepuso a mis teorías filosóficas, y sentí un loco impulso de reunir mis fuerzas y lanzarme a la acción. Arrojé a un lado mi cinismo, igual que una prenda de vestir que podría volver a ponerme en cualquier momento, y me precipité desaforadamente sobre mi lancha y mis remos. Cierto que mi bote hacía agua por todas partes, pero ¿qué importaba eso? ¿Iba yo, el hombre que en muchas ocasiones había dirigido miradas anhelantes e inquietas a una botella de opio, iba yo a ponerme ahora a sopesar probabilidades y calcular riesgos? Arrastré mi lancha hasta la orilla del agua, tirando con toda la energía de un hombre frenético, y salté dentro. Durante unos momentos no estuve seguro de que mi lancha pudiera resistir el hervor de los rompientes, pero con una docena de remadas furiosas logré atravesarlos, con la lancha casi llena de agua, pero a flote todavía. Salí de ese modo al espacio en que las olas avanzaban sin romperse, y unas veces me sentía levantado hasta lo más alto, para luego caer por el otro lado hasta una gran profundidad. Por último, al levantar la vista, pude distinguir el brillo de la espuma que me rodeaba sobre el fondo lóbrego del firmamento. A mis espaldas, ya muy lejos, oía los desconsolados llantos de la anciana Madge, que, al ver que me lanzaba mar adentro, pensó que se había apoderado de mí el más grande de mis accesos de locura. Mientras remaba, iba mirando por encima del hombro, hasta que distinguí el confuso perfil blanco de la mujer sobre la panza de una ola grandísima que avanzaba hacia mí. Inclinándome por encima de la borda, la agarré cuando pasaba por mi lado, y haciendo un esfuerzo la levanté, totalmente empapada, y la metí dentro de la lancha. No tuve necesidad de remar hacia atrás, porque la siguiente ola nos arrastró y lanzó la lancha, dejándola varada en la arena. Arrastré la embarcación hasta dejarla en lugar seguro, y a continuación alcé en mis brazos a la mujer y la llevé hasta la casa, seguido de mi ama de llaves, que me felicitaba y elogiaba a grandes gritos.

Una vez hecho aquello, vino la reacción. Me di cuenta de que mi carga estaba viva, porque escuche los débiles latidos de su corazón al acercar mi oído a su costado en el momento de llevarla encima. En vista de eso, la coloqué junto al fuego que Madge había encendido, y lo hice con la misma escasa simpatía que si se tratase de un haz de leña. Ni un solo instante la miré para ver si era bonita o no. Desde hacía muchos años no me interesaba la cara de una mujer. Sin embargo, cuando estaba ya en el piso superior y acostado en mi hamaca, oí que la anciana se esforzaba por hacerla entrar en calor, repitiendo constantemente el mismo estribillo de: «¡Oh, la pobre muchacha! ¡Oh, una muchacha tan bonita!», de lo que deduje que aquel desperdicio marino era una mujer joven y bien parecida.

* * *

La mañana que siguió a la galerna fue sosegada y llena de sol. Mientras paseaba a lo largo de la gran extensión de arena, llegaba a mis oídos el jadeo del mar. En los arrecifes era siseante y violento, pero en la orilla de la playa se oía como un suave palmoteo. No se veía por ninguna parte el barco náufrago, ni se descubrían en la playa restos del mismo, lo cual no me produjo sorpresa, pues sabía que la resaca era muy grande en aquellas aguas. Por encima del escenario del naufragio se cernían en vuelo rasante dos gaviotas de anchas alas, como si descubriesen en lo profundo de las aguas muchas cosas extrañas. De cuando en cuando llegaba a mis oídos su ronca voz, pareciendo que hablaban entre sí de lo que veían.

Cuando regresé a casa después de mi excursión, la mujer me estaba esperando en la puerta. Al verla me empezaron a acometer arrepentimientos de haberla salvado, porque aquello equivalía al final de mi vida de aislamiento. Era muy joven —tendría como mucho diecinueve años—, su cara era pálida y denotaba cierto refinamiento, sus cabellos rubios, los ojos azules y alegres y la dentadura brillante. Su belleza pertenecía a las de tipo etéreo. Blanca, leve y frágil, podría haber sido el espíritu de la propia espuma tormentosa de la que la había sacado. Se había colocado alrededor del cuerpo algunas de las ropas de Madge de una manera que resultaba rara, pero no le quedaba mal. Cuando avancé pesadamente por el sendero, la joven alargó los brazos con un hermoso gesto de niña, y corrió hacia mí, supongo que para darme las gracias por haberla salvado, pero yo la aparté con un vaivén de mi mano y seguí adelante. Esta actitud pareció herirla y rompió a llorar, pero me

siguió hasta el cuarto de estar y se quedó mirándome con ansiedad. Yo le pregunté de pronto:

—¿De qué país procede?

Ella sonrió al oírme hablar, pero movió negativamente la cabeza, y yo le pregunté:

—¿Francesa? ¿Holandesa? ¿Española?

Y a cada pregunta mía movía negativamente la cabeza. Luego se puso a chacharear de una manera interminable en una lengua de la que no entendí una sola palabra.

Sin embargo, después del desayuno descubrí una clave por la que deduje su nacionalidad. Al recorrer nuevamente la playa, distinguí en una hendidura del arrecife un trozo de madera que había quedado incrustado en ella. Me lancé al mar con mi lancha, y conseguí traer ese trozo de madera hasta la playa. Era un trozo que correspondía a la parte de la popa de una lancha, y sobre ella, o más bien en el trozo de madera clavado allí, estaba pintada la palabra *Arkángel* en letras raras y poco corrientes. Mientras salía del agua chapoteando lentamente, pensé: «Según esto, esta pálida señorita es rusa. ¡Una digna súbdita del zar blanco y habitante apropiada para las costas del mar Blanco!» Me resultó extraño que una mujer de aspecto tan refinado realizase un viaje tan largo en tan frágil embarcación. Cuando estuve de regreso en casa, pronuncié varias veces, y dándole distintas entonaciones, la palabra *Arkángel*, pero no pareció comprenderla.

Durante toda la mañana permanecí encerrado en el laboratorio, ocupado en las investigaciones que estaba realizando sobre la naturaleza de las formas alotrópicas del carbón y del azufre. Cuando salí al mediodía para comer un bocado, la joven estaba sentada junto a la mesa, provista de hilo y aguja, cosiendo algunos desgarrones de sus vestidos, que se habían secado ya. Me molestó su continua presencia, pero no podía echarla a la playa para que buscase cobijo. Ahora me ofreció un nuevo aspecto de su carácter. Apuntando con el índice hacia sí misma, y luego hacia el lugar del naufragio, levantó hacia arriba un solo dedo, y yo comprendí que me preguntaba si era la única persona que se había salvado. Le dije que sí con un movimiento afirmativo de cabeza. Entonces, saltó de la silla, y se puso de pie lanzando un grito de júbilo; levantó el vestido que estaba cosiendo por encima de la cabeza, y agitándolo a uno y otro lado al mismo compás que movía su cuerpo, se puso a bailar por toda la habitación con la misma ligereza que si fuese una pluma, y luego salió por la puerta abierta a la luz del sol, y siguió bailando. Mientras

giraba de un lado a otro se puso a cantar con voz aguda y quejumbrosa una canción extrañamente bárbara, que expresaba gran alegría. Yo salí y le grité:

—¡Entre y permanezca callada, joven diablesa!

Pero la joven siguió bailando. De pronto vino corriendo hacia mí, me agarró de la mano, y antes de que pudiera retirarla de un tirón, me la besó. Cuando estábamos comiendo, vio un lápiz mío, lo cogió y escribió en un papel estas dos palabras: «Sofía Ramusine». Luego se apuntó con el dedo hacia sí misma, como dando a entender que aquél era su nombre. Después me entregó el lápiz, esperando, sin duda, que yo sería tan comunicativo como ella, pero yo lo guardé en el bolsillo, dando a entender de ese modo que no deseaba mantener conversación con ella.

Desde entonces lamenté durante toda mi vida la precipitación irreflexiva con que había salvado a aquella mujer. ¿Qué suponía para mí el que viviese o hubiese muerto? Yo no era un joven alocado para haber actuado de ese modo. Bastante inconveniente era el no poder prescindir de tener a Madge en casa; pero era vieja y fea, y podía uno desentenderse de ella, como si no existiese. Esta otra mujer era joven y vivaracha, y de una condición capaz de apartar mi atención de otras cosas más trascendentales. ¿Adónde la enviaría, y qué podía hacer con ella? Si advertía de lo ocurrido a las autoridades de Wick, eso equivalía a que los funcionarios y otras personas acudirían a mi casa, lo espiarían y curiosearían todo, y ello daría lugar al cotilleo de la gente. Ese pensamiento me resultaba odioso: era preferible soportar la presencia de aquella mujer.

No tardé en descubrir que me estaban reservadas nuevas molestias. No hay lugar en que uno pueda considerarse a salvo de la raza inquieta y entrometida a la que pertenezco. Aquel atardecer, cuando el sol se ocultaba detrás de las colinas envolviéndolas en negras sombras, pero dorando al mismo tiempo las arenas y envolviendo el mar en magníficas luminosidades, salí, según tenía por costumbre, a dar un largo paseo por la playa. A veces llevaba un libro. Aquel día lo llevaba. Me tendí, pues, en una pequeña duna de arena y me dispuse a leer. Estaba leyendo cuando se interpuso entre el sol y yo una sombra. Me volví a mirar, y descubrí con gran sorpresa mía a un hombre de gran estatura y fortaleza que se había detenido a pocas yardas de distancia de donde yo estaba. Pero no me miraba a mí, sino que, ignorando mi presencia, miraba por encima de mi cabeza y con expresión ensombrecida hacia la bahía y hacia la negra línea de los peñascos del arrecife de Mansie. Era de tez morena, cabellos negros, barba corta y rizada y nariz aguileña. Lucía en sus orejas aros de oro, y la impresión general que producía era de

ferocidad, pero también de cierta nobleza. Vestía chaqueta de pana algo ajada, y camisa encarnada de franela, con botas altas de mar que le llegaban hasta la mitad de los muslos. Lo identifiqué de una sola ojeada como el hombre que la noche anterior había quedado entre los restos del buque, y le pregunté con tono impertinente:

—¡Hola! Por lo que veo, pudo usted llegar a tierra sin inconveniente.

—Así es —me contestó en correcto inglés—. No fue mérito mío, sino de las olas que me arrastraron. ¡Ojalá me hubiese ahogado! Dos buenos hombres, pescadores, que viven al otro lado de aquel cabo, me sacaron del agua y me atendieron. Honradamente, no puedo agradecérselo.

«Vaya, vaya. Éste es uno de los míos», me dije para mis adentros, y luego le pregunté:

—¿Y por qué razón quería morir ahogado?

Aquel hombre alzó los brazos con un gesto de furor y desesperación, y exclamó:

—Porque allí, en el fondo de esa bahía sonriente, yace mi alma, mi tesoro, todo lo que yo amaba y para lo que yo vivía.

Yo le contesté:

—Bien. Todos los días se muere la gente y no hay por qué armar por esa causa un alboroto. Permítame que le diga que este terreno por el que usted se pasea es de mi propiedad, y que cuanto antes salga de él, más satisfecho me sentiré. Ya es bastante molestia tener que aguantar a uno de ustedes.

—¿A uno de nosotros? —dijo él casi sin aliento.

—Así es. Y le agradecería muchísimo más que usted se la llevase.

Se quedó mirándome fijamente, como si no acabase de comprender el alcance de mis palabras. Y, de pronto, lanzó un alarido salvaje y se alejó de mí, corriendo a una velocidad prodigiosa por la playa arenosa en dirección a mi casa. Jamás he visto correr a un ser humano a semejante velocidad. Le seguí a todo lo que dieron mis piernas, colérico ante tan descarada injerencia; pero mucho antes de que yo llegase a mi casa, él ya había desaparecido por la puerta abierta. Llegó hasta mis oídos un chillido procedente del interior de la casa y, al acercarme, pude escuchar la voz grave de un hombre que hablaba con rapidez y gritando. Al asomarme al interior, Sofía Ramusine estaba en un rincón, agazapada y pegada a la pared, con una expresión de miedo y de aborrecimiento en la cara, vuelta hacia otro lado, y en todas las líneas de su cuerpo, que parecía querer huir de aquel hombre. El intruso, con ojos llameantes y las manos extendidas y trémulas de emoción, vertía un torrente de frases apasionadas y suplicantes. En el momento en que entré, dio un paso

hacia delante, y ella hizo un movimiento como para apartarse aún más de él, y dejó escapar un grito agudo, como el del conejo cuando el hurón le clava los dientes en el cuello.

—¡Escuche! —le dije yo, apartándole de ella de un tirón—. ¡Vaya una conducta la suya! ¿Qué se propone? ¿Por ventura ha creído que esto es un mesón o que se encuentra en un lugar público?

—Perdóneme, señor —me contestó él—. Esta mujer es mi esposa y yo la daba por ahogada. Me ha devuelto usted a la vida.

—¿Quién es usted? —le pregunté con aspereza.

—Soy un hombre de Arkángel. Un ruso —se limitó a contestarme.

—¿Cómo se llama usted?

—Ourganef.

—¿Usted se llama Ourganef y ella Sofía Ramusine? No es su mujer. No lleva anillo.

—Somos marido y mujer ante Dios —contestó solemnemente, mirando hacia lo alto—. Estamos unidos por lazos más altos que los de la tierra.

Mientras él hablaba, la joven se refugió detrás de mí y me agarró la mano, oprimiéndomela como si me pidiese protección. El hombre prosiguió:

—Entrégueme a mi esposa, señor. Permítame llevármela de aquí.

—Óigame bien, usted… como se llame —respondí con severidad—. Yo no quiero a esta joven en mi casa, y ojalá que no la hubiese conocido. Ningún pesar me produciría que se muriese. Ahora bien: eso de entregársela cuando es evidente que le teme y le aborrece, no lo haré. De modo que lárguese de aquí con su voluminosa humanidad y déjeme tranquilo con mis libros. Espero no volver a tropezarme con usted.

—¿Que no me la entrega usted? —me preguntó con rudeza.

—¡Antes lo veré en el infierno!

—¿Y si me la llevo? —gritó, y su cara morena se ensombreció todavía más.

Toda la ferocidad de mi sangre se encrespó en un instante. Eché mano a un tronco de leña que había cerca de la chimenea, y le dije en voz baja:

—¡Váyase! Váyase pronto, porque podría, si no, hacerle daño.

Me miró un instante con expresión irresoluta, y luego abandonó la casa. Pero volvió casi enseguida, y se quedó contemplándonos desde el umbral. Por fin dijo:

—Tenga cuidado con lo que hace. Esa mujer me pertenece y será mía. Si hay que andar a golpes, tanto vale un ruso como un escocés.

—Eso ya lo veremos —grité yo, saltando hacia delante.

Pero él había desaparecido, y sólo pude distinguir su cuerpo alto y voluminoso que se alejaba por entre las sombras cada vez más cerradas del crepúsculo.

No ocurrió nada destacable durante un mes o más. No hablé ni una sola vez con la joven rusa, ni ella me dirigió nunca la palabra. A veces, cuando trabajaba en el laboratorio, ella se deslizaba dentro y permanecía sentada en silencio, contemplando mi trabajo con sus grandes ojos. Al principio me molestaba tal entretenimiento; pero, poco a poco, al ver que ella no trataba de atraer mi atención, le permití que se quedara. Animada por esa concesión mía, fue acercando gradualmente hasta mi mesa el taburete en que se sentaba, y al cabo de varias semanas, avanzando cada día un poco más, se abrió camino hasta donde yo me encontraba, y si me veía trabajar, ella se colocaba de pie a mi lado. En esa postura, y sin imponerme jamás en modo alguno su presencia, se las arreglaba para serme sumamente útil, sosteniendo mis plumas, mis tubos de ensayo o las botellas, y entregándome todo lo que yo necesitaba, con una intuición que jamás le falló. Sin tener en cuenta que era un ser humano, y considerándola simplemente como una útil máquina automática, acabé por acostumbrarme a su presencia hasta el punto de echarla de menos en las escasas ocasiones en que la joven no estaba en su puesto. Yo tengo la costumbre, cuando estoy trabajando, de hablar, de vez en cuando, en voz alta conmigo mismo, porque de ese modo grabo mejor los resultados en mi memoria. Con seguridad que aquella joven estaba dotada de una memoria sorprendente para los sonidos, porque, como es natural, ignoraba en absoluto lo que ellas significaban. Experimenté en ocasiones un verdadero placer oyéndola cómo repetía una ráfaga de ecuaciones químicas y de símbolos algebraicos a la vieja Madge; acto seguido rompía en una sonora carcajada cuando la vieja movía la cabeza, convencida, sin duda, de que le hablaba en ruso.

Nunca se alejaba de la casa más que unas pocas yardas, y jamás puso el pie fuera del umbral sin antes mirar cuidadosamente por las distintas ventanas, a fin de tener la seguridad de que no andaba nadie por allí. Eso me hizo sospechar que su paisano seguía viviendo por aquellos alrededores, y que la mujer temía que tratase de raptarla. Aún hizo algo más, que fue muy significativo. Yo tenía un viejo revólver y algunos cartuchos, que tiré entre otros objetos que de nada me servían. La joven lo encontró un día, y procedió a limpiar el revólver y aceitarlo. Después lo colgó cerca de la puerta, con los cartuchos en una bolsita al lado del arma. Siempre que yo salía de paseo, la joven rusa descolgaba esos objetos e insistía en que los llevase encima. En

ausencia mía se cerraba siempre dentro con cerrojo. Aparte de estos recelos, parecía vivir feliz, muy atareada en ayudar a Madge cuando no estaba ayudándome a mí. Era de una maravillosa agilidad de dedos y muy briosa en todos los quehaceres domésticos.

No tardé mucho en descubrir que sus recelos estaban bien fundados, y que el hombre de Arkángel andaba al acecho por los alrededores. Una noche en que me sentía desasosegado, me levanté y miré por la ventana al exterior. La noche estaba algo nubosa, y sólo con dificultad pude distinguir la línea del mar y la sombra de mi lancha en la bahía. Sin embargo, seguí mirando, y mis ojos acabaron por acostumbrarse a la oscuridad. Entonces me di cuenta de que en las arenas se distinguía un borrón negro, precisamente frente a mi puerta, donde yo estaba seguro de que no había nada la noche anterior. Seguí mirando a través de los paneles en forma de diamante de mi ventana, y me esforcé por aclarar qué podía ser aquello. De pronto, un gran banco de nubes que ocultaba la faz de la luna se deslizó, dejándola al descubierto, y un torrente de luz fría y nítida inundó la bahía silenciosa y la gran extensión de sus costas desoladas. Entonces distinguí qué era lo que estaba contemplando desde la puerta de mi casa. Era él, el ruso. Se hallaba acurrucado como un sapo gigantesco, en cuclillas, según la costumbre de los mogoles, y con los ojos clavados aparentemente en la ventana del cuarto en que dormían la joven y el ama de llaves. La luz le dio en el rostro, que tenía vuelto hacia arriba, y distinguí otra vez la gracia aguileña de su rostro, pero con una profunda arruga en su ceño, y la barba proyectada hacia delante, con la expresión de un temperamento apasionado. Mi primer impulso fue el de pegarle un tiro por haber penetrado en terreno de propiedad ajena; pero, al seguir contemplándolo, mi enojo se convirtió en compasión y desvelo, porque me dije para mis adentros: «¡Pobre estúpido! ¿De modo que es posible que tú, que hace días te vi mirar sin pestañear a la muerte inminente, tienes todos tus pensamientos y tus ambiciones centrados en este lamentable pedacito de joven, una joven que, además, huye de ti y te odia? Habría muchas mujeres que se enamorarían de ti, aunque sólo fuese por tu cara morena y ese bello corpachón tuyo, y, sin embargo, tú sigues empeñado en perseguir a la única entre un millar que nada quiere saber de ti».

Al volver a meterme en la cama, ese pensamiento me arrancó glogloteos de risa. Sabía que los barrotes de mis ventanas eran sólidos, y mis cerrojos gruesos. Poco me importaba que aquel hombre extraño se pasase las noches delante de mi puerta o a un centenar de leguas de distancia, con tal que desapareciese a la mañana siguiente. Tal y como esperaba, cuando me levanté

y salí no se veía rastro de él por ninguna parte, ni había dejado señal de su centinela nocturna.

Sin embargo, no tardé en verlo de nuevo. Yo había salido cierta mañana para hacer una excursión en lancha, porque me dolía la cabeza, en parte por haber estado agachado demasiado tiempo, y en parte porque la noche anterior había aspirado los vapores de una droga dañina y sentía ahora sus efectos. Remé a lo largo de la costa por espacio de algunas millas, y luego sentí sed y desembarqué en un lugar donde sabía que un arroyo de agua fresca desembocaba en el mar. Ese arroyuelo cruzaba por mis tierras, pero la desembocadura, que era donde yo me encontraba ese día, caía más allá de la línea que señalaba el límite de mi posesión. Me quedé bastante sorprendido cuando, al levantarme después de apagar mi sed, me encontré cara a cara con el ruso. Yo me había metido allí en terreno ajeno indebidamente, lo mismo que el ruso, y comprendí que éste lo sabía.

—Deseo hablar con usted me dijo con gran seriedad.

Yo miré mi reloj y le contesté:

—Dese prisa, porque no tengo tiempo para prestar oídos a habladurías.

—¿Habladurías? —repitió con enojo—. ¿Sabe usted que los escoceses me resultan gente muy extraña? La expresión de su cara es severa y su manera de hablar es áspera; pero eso mismo les ocurre a los pescadores en cuya casa vivo y, sin embargo, por debajo de eso he podido descubrir que son gente buena y honrada. Seguro que usted también es bueno y honrado, a pesar de su rudeza.

—Por todos los diablos —le contesté—, diga lo que tenga que decir y lárguese por su camino. Ya estoy cansado de verle.

—¿No habrá manera de que sea usted razonable? —exclamó—. Fíjese, mire usted esto —sacó del interior de su chaqueta de pana una crucecita griega—. Fíjese, le digo. Nuestras religiones pueden ser diferentes, pero tenemos por lo menos este emblema que despierta en ambos unas ideas y unos sentimientos comunes.

—Yo no estoy muy seguro de eso —le contesté.

Él me miró pensativo y dijo por fin:

—Es usted un hombre por demás extraño. No llego a comprenderlo. Sigue usted interponiéndose entre Sofía y yo. Señor, ésa es una postura peligrosa. Créame, antes que sea demasiado tarde. ¡Si usted supiera lo que he tenido que hacer para ganar a esa mujer, si supiera cómo he puesto en peligro mi cuerpo y cómo he perdido mi alma! Usted resulta un obstáculo pequeño junto a algunos de los que ya he superado… usted, al que un corte dado con un

cuchillo o un golpe dado con una piedra bastarían para apartarlo de mi camino para siempre. Pero que Dios me libre de hacerlo —gritó desatinadamente—. Ya estoy demasiado metido, demasiado metido. Cualquier cosa antes que eso.

—Lo mejor que podría hacer es regresar a su país, y no andar merodeando por estas dunas y perturbando mi tranquilidad —le contesté—. Cuando tenga las pruebas de que usted se ha marchado lejos de aquí, entregaré a esta mujer a la protección del cónsul ruso de Edimburgo. Hasta entonces la tendré bajo mi custodia, y ni usted ni ninguno de cuantos moscovitas existieron jamás me la arrebatará.

—¿Y qué se propone usted separándome de Sofía? —me preguntó—. ¿Se imagina que yo voy a maltratarla? ¡Pero, hombre, si yo daría sin reparo mi vida para ponerla a cubierto del daño más ligero! ¿Por qué obra usted de esta manera?

—Lo hago porque me viene en gana —le contesté—. Yo no doy a ninguna otra persona explicaciones de mi conducta.

Entonces él, ardiendo súbitamente en cólera, y adelantándose hacia mí con su áspera melena revuelta y sus manos morenas fuertemente apretadas, me gritó:

—¡Escúcheme! Si creyese que usted abrigara algún pensamiento deshonesto hacia esa muchacha, si tuviese por un solo instante motivos para creer que usted la retiene guiado por móviles bajos, tan seguro como que Dios está en los cielos que le arrancaría el corazón del pecho con mis propias manos.

Parecía que sólo el pensarlo sacaba al hombre fuera de sí, porque su rostro estaba contorsionado y sus manos se abrían y cerraban convulsivamente. Creí que se me iba a tirar al cuello, y poniendo la mano en la culata de la pistola le dije:

—Apártese, porque si me toca con un dedo lo mataré.

Él también se llevó la mano al bolsillo, y por un instante creí que iba a sacar un arma; pero lo que hizo fue sacar vivamente un cigarrillo; lo encendió, y se llenó rápidamente los pulmones con su humo. Sin duda ya sabía por experiencia que ése era el recurso más eficaz para dominar sus arrebatos. Luego dijo con voz más tranquila:

—Le dije a usted que me llamo Ourganef. Alexis Ourganef. Soy finlandés de nacimiento, pero me he pasado la vida recorriendo el mundo. Soy de los que jamás se sosiegan ni se asientan en un lugar para llevar una existencia tranquila. Cuando llegué a ser propietario de mi propio barco, apenas si hubo puerto desde Arkángel hasta Australia en el que yo no entrase. Yo era rudo,

montaraz y libre; pero había en mi pueblo de origen otro hombre muy peripuesto, de manos blancas y lengua melosa, hábil en las pequeñas fantasías y fatuidades que tanto aman las mujeres. Ese hombre joven me arrebató con sus artimañas y ardides el amor de la muchacha a la que había señalado como mía desde siempre, y que hasta entonces parecía inclinada en cierto modo a corresponder a mi pasión. Hice un viaje a Hammerfest en busca de marfil, y al regresar inesperadamente me enteré de que la mujer que era mi orgullo y mi tesoro iba a casarse con aquel muchacho de piel suave, y que ya el cortejo se había encaminado a la iglesia. En ese tipo de situaciones, señor mío, hay algo que cede dentro de mi cerebro, y no sé qué hacer. Desembarqué con la tripulación del barco, compuesta toda ella por hombres que habían navegado conmigo y que me eran tan leales como el acero, y nos encaminamos a la iglesia. Allí estaban ella y él delante del sacerdote, pero la ceremonia no se había consumado. Me metí entre ellos y le pasé el brazo a la novia alrededor de la cintura. Mis hombres hicieron retroceder a golpes al aterrorizado novio y a la concurrencia. Nos la llevamos a una lancha y de allí a bordo de nuestro barco; levamos anclas y nos lanzamos a navegar por el mar Blanco hasta que los campanarios de Arkángel desaparecieron detrás del horizonte. Ella dispuso de mi camarote, de mi cuarto y de toda clase de comodidades. Yo dormí entre mi gente en el castillo de proa. Confiaba en que, con el tiempo, desaparecería su aversión hacia mí, y que acabaría por consentir en casarse conmigo en Inglaterra o en Francia. Navegamos durante días y días. Vimos desaparecer a nuestras espaldas el cabo Norte, y fuimos contoneando la costa gris de Noruega; pero, a pesar de todas mis atenciones, no me perdonó que la hubiese arrancado de su enamorado de pálido rostro. Vino después esta condenada tormenta que destrozó mi barco y mis esperanzas, y que me ha privado hasta de la visión de la mujer por la que tanto había arriesgado. Quizá llegue todavía a amarme. Usted, señor —me dijo con ansiedad—, parece hombre que ha visto mucho mundo. ¿No cree que esa muchacha acabará por olvidarse de aquel hombre y amarme a mí?

—Estoy cansado de su relato —le dije yo, alejándome—. La verdad, creo que es usted un gran estúpido. Si cree posible que este amor que siente se extinguirá algún día, lo mejor que puede hacer es divertirse todo lo que pueda hasta que desaparezca. Si, por otro lado, es cosa inmutable, lo que más le conviene es cortarse el cuello, porque es el camino más breve para poner fin a todo. No puedo malgastar más tiempo en este asunto.

Me alejé precipitadamente y me encaminé a donde había dejado mi lancha. No volví ni una sola vez la cabeza; pero oí el ruido apagado de sus

pisadas en la arena, porque me siguió y me dijo:

—Le he contado a usted el principio de mi relato y algún día sabrá usted el final. Haría usted bien dejando libre a la muchacha.

No le contesté y empujé mi lancha aguas adentro. Cuando ya llevaba remando alguna distancia, me volví para mirar y vi su elevada figura de pie en la arena. Seguía mirándome con expresión pensativa. Cuando, unos minutos después, me volví otra vez, había desaparecido.

Desde aquel incidente, mi vida se deslizó durante mucho tiempo con la misma regularidad y monotonía que antes del naufragio. Había momentos en los que creía que el hombre de Arkángel se había marchado de una manera definitiva, pero algunas huellas de pies que descubría en la arena, y en especial un montoncito de ceniza de cigarrillo que encontré cierto día detrás de una pequeña elevación desde la que se divisaba mi casa, me previnieron de que seguía por aquellos alrededores, aunque sin dejarse ver. Mis relaciones con la muchacha siguieron siendo las mismas de antes. La vieja Madge sintió al principio algunos celos, como si temiese que iba a perder la poca autoridad que allí tenía. Sin embargo, se acomodó gradualmente a la situación, al comprobar mi absoluta indiferencia; y también, según he dicho antes, se benefició, porque nuestra invitada realizaba una gran parte de las tareas domésticas.

Voy acercándome al final de este relato, que he escrito mucho más por el placer de hacerlo que por el gusto que pueda producir a nadie. El final del extraño episodio en el que intervenía la pareja de rusos fue tan brutal e inesperado como el principio. Los acontecimientos de una sola noche me libraron de todas mis preocupaciones, y me dejaron una vez más solitario con mis libros y mis estudios, como lo estaba antes de aquella intromisión. Voy a tratar de explicar cómo ocurrió.

Había pasado el día entregado a tareas pesadas y fatigosas, por lo que resolví darme un largo paseo al atardecer. Cuando salí de la casa me llamó la atención el aspecto del mar. Parecía una lámina de cristal, y ni la más pequeña onda rizaba su superficie. En cambio, la atmósfera estaba henchida de aquel gemido indescriptible del que hablé antes; de un gemido que parecía la triste advertencia de inminentes perturbaciones que los espíritus de todos los que yacían en el fondo de aquellas aguas traicioneras enviaban a sus hermanos vivientes. Las esposas de los pescadores que viven a lo largo de aquella costa conocen el ominoso sonido, y se ponen a mirar ansiosamente hacia el mar con la esperanza de descubrir las velas pardas navegando en busca de la tierra.

Después de escucharlo, volví a entrar en la casa y miré el barómetro, que indicaba que se nos venía encima una noche tormentosa.

Al pie de las colinas por donde caminaba aquella tarde, la temperatura era fría y todo estaba apagado y monótono, pero las cimas aparecían envueltas en rosicler, y el mar estaba encendido por el sol poniente. No se veían en el firmamento nubes de importancia; pero el apagado gemido del mar iba aumentando en brío y potencia. Allá, a lo lejos, por el lado de oriente, distinguí un bergantín que se dirigía hacia Wick con un rizo en sus gavias. Era evidente que el capitán había interpretado los síntomas de la Naturaleza igual que yo. Más allá del bergantín, una capa de bruma larga y cárdena se extendía sobre la superficie de las aguas ocultando el horizonte. Entonces me dije: «Lo mejor que puedo hacer es darme prisa, no sea que el viento se levante antes de que pueda regresar».

Creo que estaría a media milla de la casa cuando me detuve súbitamente y me puse a escuchar con el aliento en suspenso. Mis oídos estaban habituados a los ruidos de la naturaleza, al suspirar de la brisa y al sollozo de las olas, por lo que cualquier otra clase de ruido despertaba mi atención, aun viniendo de gran distancia. Esperé, con el alma puesta en el oído. Sí, otra vez se había oído el largo y agudo alarido de desesperación, que repercutió por encima de las arenas y levantó ecos en las colinas que tenía a mi espalda. Era un llamamiento doloroso de socorro. Venía de la dirección en que estaba mi casa. Me volví y eché a correr a todo lo que daban mis piernas, abriendo surcos en la arena y volando por encima del cascajillo. Mi cerebro se daba cuenta de una manera confusa, pero segura, de lo que había ocurrido.

A un cuarto de milla de mi casa hay una elevada duna de arena desde la que se domina todo el campo alrededor. Cuando llegué a lo alto de esa elevación, me detuve un instante. Allí estaba el viejo edificio gris, y más allá estaba mi lancha. Todo parecía tal como yo lo había dejado. Sin embargo, mientras miraba, volvió a oírse el agudo chillido, con más fuerza que antes, y un instante después salió por la puerta la alta figura del marinero ruso. Llevaba encima del hombro la forma blanca del cuerpo de la joven, y hasta en ese momento de precipitación parecía llevarla con ternura y con muestras de suave reverencia. Oí los gritos desatinados de la joven y los forcejeos desesperados por librarse de aquel hombre. Detrás de la pareja marchaba mi anciana ama de llaves, valerosa y leal, como un perro viejo incapaz ya de morder, pero que ladra y amenaza con sus encías desdentadas al intruso. La vieja Madge avanzaba con paso inseguro detrás del raptor, agitando en el aire sus brazos largos y descarnados, y lanzándole, sin duda alguna, ráfagas de

injurias e imprecaciones escocesas. Descubrí al primer golpe de vista que el raptor se dirigía hacia mi lancha. Surgió dentro de mi alma una súbita esperanza: que tendría tiempo para interceptar su camino. Corrí por la playa con toda la velocidad de que fui capaz y, mientras corría, metí un cartucho en mi revólver. Estaba resuelto a que aquélla fuese la última de sus intromisiones.

Llegué demasiado tarde. Para cuando alcancé la orilla del agua, él estaba cien yardas mar adentro, y la lancha se encabritaba a cada remada de sus brazos musculosos. Lancé un grito salvaje de cólera impotente y corrí por la orilla como un loco. Él se volvió y me vio. Entonces se levantó de su asiento, me saludó con una graciosa inclinación, y se despidió de mí agitando la mano. Pero sus gestos no eran triunfadores ni burlones. A pesar de mi cólera y de mi arrebato, me pareció una despedida solemne y cortés. Volvió después a sus remos y la pequeña lancha se alejó rápidamente por la bahía. El sol había traspuesto ya los montes, dejando sobre las aguas su única pincelada roja y monótona, que se extendía hasta confundirse con la bruma purpúrea que cubría el horizonte. La lancha se fue haciendo cada vez más pequeña conforme cruzaba aquella franja cárdena, hasta que, por fin, las sombras de la noche se cerraron a su alrededor y sólo fue un simple borrón sobre el mar solitario. Y, por fin, ese confuso borrón desapareció también y quedó cubierto por las tinieblas, por unas tinieblas que ya no se levantarían jamás.

¿Por qué razón iba yo y venía por la playa solitaria, colérico y furioso, como una loba a la que le han arrebatado su cachorro? ¿Acaso estaba yo enamorado de aquella muchacha moscovita? No, y mil veces no. No era yo hombre de falsear mi propia vida, ni de cambiar por completo el tenor de mis pensamientos y de mi existencia por amor a una tez blanca y a unos ojos azules. Mi corazón permanecía intacto. En cambio, mi orgullo sí que había quedado profundamente herido. ¡Pensar que no había sabido proteger a una desventurada que anhelaba mi ayuda y que confiaba en mí! Eso era lo que desgarraba mi corazón y hacía que la sangre bordonease en mis oídos.

Aquella noche se alzó del lado del mar un tremendo huracán, y las olas bramaron furiosas, rompiendo en la playa como si quisieran destrozarla y arrastrarla con ella al interior del océano. Aquel huracán y aquellos rugidos encontraron simpatía en mi espíritu desasosegado. Anduve toda la noche caminando de un lado para otro, empapado por las salpicaduras de las olas y por la lluvia, viendo brillar la blancura de los rompientes y escuchando los alaridos de la tormenta. Sentía odio en mi corazón contra el ruso. Uní mi débil voz a los alaridos del huracán, y grité con los puños cerrados:

—¡Ay, si volviese! ¡Ay, si estuviese aquí de vuelta!

Y volvió. Cuando el resplandor gris del amanecer se extendió por el cielo de oriente, iluminando la inmensa extensión de las aguas amarillas e inquietas sobre las que volaban las nubes de color pardo, volví a verlo. A pocos centenares de yardas de distancia, y a la orilla del mar, había un objeto largo y oscuro que había sido arrojado por la furia de las olas. Era mi lancha, muy quebrantada y astillada. Un poco más lejos, flotaba en las aguas poco profundas una cosa vaga e informe, envuelta en algas marinas y gravilla. Al primer golpe de vista comprendí que era el ruso, muerto y con la cara hacia abajo. Me metí precipitadamente en las aguas y lo arrastré hasta la playa. Sólo entonces, al volverle el rostro, descubrí que ella estaba debajo de él, que los brazos del muerto la ceñían, interponiéndose su cuerpo destrozado entre la joven y las furias de la tormenta. El furioso mar del Norte le había arrancado la vida a aquel hombre; pero, a pesar de toda su fuerza, no había conseguido apartar al monomaniaco de la mujer que amaba. Descubrí algunos indicios que me hicieron creer que el alma voluble de ella había llegado, por fin, durante la noche espantosa, a apreciar todo el valor del corazón leal y de los fuertes brazos que luchaban por ella y que la defendían con tanta ternura. ¿Por qué, si no, su cabecita se habría cobijado tan amorosamente en el ancho pecho, mientras sus cabellos de oro se entrelazaban con los de la barba de aquel hombre? ¿Por qué, de no ser así, la luminosa sonrisa de inefable felicidad y de triunfo, que ni la muerte misma había conseguido borrar de aquella cara morena? Me imagino que la muerte fue para aquel hombre más feliz que lo que había sido la vida.

Madge y yo les dimos sepultura en la costa del desolado mar del Norte. Allí yacen ambos en una sola fosa profunda, debajo de la arena amarilla. Pueden ocurrir en el mundo y a su alrededor cosas extraordinarias. Pueden llegar a su esplendor y derrumbarse los imperios, perecer dinastías, estallar y concluir grandes guerras; pero, despreocupados de todo, estos dos seres se abrazarán eternamente, dentro de su tumba solitaria, a orillas del océano rumoroso. Yo he pensado algunas veces que sus almas revolotean, como sombras de gaviotas, por encima de los rompientes de la bahía. Su lugar de descanso no está señalado por una cruz ni por ningún otro símbolo, pero la vieja Madge suele colocar, de cuando en cuando, flores silvestres sobre la tumba, y cuando yo en mis diarios paseos cruzo por allí y veo las flores frescas desparramadas sobre la arena, pienso en aquella extraordinaria pareja que vino desde muy lejos y rompió durante un corto tiempo la monotonía de mi vida sombría.

EL GRAN EXPERIMENTO DE KEINPLATZ[11]

De todas las ciencias que han interesado a los hijos de los hombres, ninguna llamó tan poderosamente la atención del insigne profesor von Baumgarten como la que se ocupa de la psicología y de las mal definidas relaciones entre la mente y la materia. Famoso anatomista, químico destacado y uno de los primeros fisiólogos europeos, el profesor sintió una gran liberación cuando decidió abandonar todas estas disciplinas y concentrar sus múltiples conocimientos en el estudio del alma y de las misteriosas afinidades de los espíritus. Al principio, cuando empezó a sumergirse de joven en los secretos del mesmerismo, su mente parecía vagar por un extraño dominio donde reinaba el caos y la oscuridad, y en el que a veces descubría fenómenos maravillosos, inexplicables e inconexos. Sin embargo, conforme pasaban los años y el bagaje de conocimientos del profesor se incrementaba, pues los conocimientos generan más conocimientos, igual que el dinero produce intereses, muchas de las cosas que le habían resultado misteriosas e inexplicables empezaron a adoptar un nuevo cariz ante sus ojos. Empezó a familiarizarse con planteamientos nuevos y a descubrir las conexiones de aquello que siempre le había parecido incomprensible y sobrecogedor. Como fruto de una serie de experimentos en los que había trabajado cerca de veinte años, logró aislar un conjunto de fenómenos sobre los que ambicionaba edificar el corpus de una nueva ciencia exacta que abarcaría el mesmerismo, el espiritismo y todos los campos afines. Para alcanzar este objetivo le resultaba de enorme utilidad su conocimiento íntimo de los más intrincados aspectos de la fisiología animal relacionados con la corriente nerviosa y la actividad cerebral; pues Alexis von Baumgarten era *Regius Professor* de Fisiología en la Universidad de Keinplatz y tenía a su alcance todos los recursos de laboratorio necesarios para sus profundas investigaciones.

El profesor von Baumgarten era alto y delgado, tenía cara de hacha y ojos de un gris acerado que destacaban por su brillo y penetración. Su permanente actitud reflexiva le había llenado la frente de arrugas y fruncido el entrecejo de tal forma que parecía vivir en un perpetuo enojo y a menudo confundía a la

gente sobre su carácter, pues, aunque era un hombre austero, tenía un corazón tierno. Era muy popular entre los estudiantes, que le rodeaban al término de las lecciones para escuchar con gran interés sus extrañas teorías. A menudo solicitaba voluntarios entre ellos para llevar a cabo algún experimento, hasta el punto de que apenas había alumno que no hubiera sido sometido en algún momento a un trance hipnótico por el profesor.

De todos aquellos jóvenes devotos de la ciencia no había ninguno que igualara en entusiasmo a Fritz von Hartmann. A sus compañeros de estudio les sorprendía con frecuencia que el irreflexivo y pendenciero Fritz, joven fogoso como el que más en los ambientes tabernarios de aquellas tierras del Rin, dedicara su tiempo como lo hacía y se tomara la molestia de leer abstrusos trabajos y ayudar al profesor en sus extraños experimentos. Sin embargo, lo cierto es que Fritz era un muchacho inteligente y perspicaz. Desde hacía unos meses había perdido la cabeza por la joven Elisa, muchacha de ojos azules y cabellos rubios, hija del profesor. Aunque había logrado saber por sus propios labios que sus anhelos no le resultaban indiferentes, aún no se había atrevido a presentarse ante la familia como un pretendiente formal. En consecuencia, le habría resultado difícil encontrarse con su joven amada si no hubiera adoptado la estratagema de convertirse en ayudante del profesor. De esta manera Fritz era llamado con frecuencia a la casa del padre, donde se sometía de buena gana a cualquier experimento si éste le daba ocasión de contemplar cómo brillaban los ojos de Elisa cuando le miraba o sentir el roce fortuito de su pequeña mano.

El joven Fritz von Hartmann era un mozo bastante atractivo. Por otra parte, a la muerte de su padre iba a heredar un buen número de acres de tierra. Para muchas familias habría resultado un pretendiente interesante, pero la madre de Elisa no veía con buenos ojos su presencia en la casa y en algunas ocasiones regañaba al profesor por consentir que un lobo como aquél rondase a su ovejita. La verdad es que Fritz tenía mala fama en Keinplatz. No había tumulto, duelo, o cualquier enredo en marcha del que el joven renano no fuera el cabecilla. No había nadie que empleara un lenguaje más libre y violento que el suyo, nadie bebía más, nadie jugaba con tanta frecuencia a las cartas, nadie era tan holgazán como él, excepto para una sola cuestión. No era, pues, tan extraño que la buena señora del profesor protegiera a su cría bajo el ala y rechazara las atenciones de aquel *mauvais sujet*. En cuanto al honorable profesor, estaba demasiado concentrado en sus extraños estudios para formarse una opinión sobre el asunto, en un sentido o en otro.

Durante muchos años su pensamiento había tropezado constantemente con el mismo problema. Todos sus experimentos y teorías giraban en torno a una única cuestión. Cada día el profesor se preguntaba un centenar de veces si era posible que el espíritu humano permaneciera fuera del cuerpo durante cierto tiempo y luego regresara a él. Cuando se le ocurrió por primera vez esta posibilidad su espíritu científico se rebeló contra ella. Aquella hipótesis chocaba con demasiada violencia con las ideas preconcebidas y prejuicios de su formación inicial. Sin embargo, poco a poco, a medida que se adentraba por el camino de sus primitivas investigaciones, su mente se fue liberando de aquellas viejas cadenas y quedó en disposición de afrontar cualquier conclusión capaz de explicar los hechos. Había muchos indicios que le permitían suponer que la mente podía tener una existencia independiente de la materia. Finalmente llegó a la conclusión de que el problema podía quedar definitivamente resuelto por medio de un original y audaz experimento.

«Es evidente —subrayó en su célebre artículo sobre entidades invisibles, aparecido en un número del *Semanario Médico* de Keinplatz de la época, que sorprendió en todos los medios científicos—, es evidente que en determinadas circunstancias el alma o la mente quedan separadas del cuerpo. En el caso de una persona hipnotizada, el cuerpo queda en un estado cataléptico al tiempo que el espíritu lo abandona. Tal vez se me responda que el alma aún permanece en él, aunque en estado letárgico. Yo afirmo que esto no es así; de otro modo, ¿cómo podría explicarse el fenómeno de la clarividencia, que ha caído últimamente en descrédito por culpa de los manejos de un puñado de sinvergüenzas, pero que es fácil demostrar que constituye un hecho indudable? Con la ayuda de un sujeto sensible, yo mismo he podido obtener una descripción precisa de lo que estaba sucediendo en otra habitación, en otra casa. Y, por otra parte, ¿qué hipótesis puede explicar tal conocimiento si no es la de que el alma del sujeto había abandonado su cuerpo y se había desplazado a través del espacio? En un momento dado, la voz del operador la hace regresar para que cuente lo que ha visto y, acto seguido, reemprende su recorrido aéreo. Debido a que el espíritu es por su propia naturaleza invisible, no podemos observar estas idas y venidas, pero comprobamos sus efectos en el cuerpo del sujeto, que aparece por momentos rígido e inerte y poco después se esfuerza por relatar las impresiones que nunca habría podido recibir por medios naturales. Éste es el único modo que se me ocurre para demostrar el fenómeno: aunque nosotros somos incapaces de ver a estos espíritus debido a nuestra naturaleza carnal, si fuéramos capaces de separar nuestra alma del cuerpo llegaríamos a percibir la presencia de otras almas. En definitiva: tengo

intención de hipnotizar en breve a uno de mis alumnos. Procederé acto seguido a hipnotizarme a mí mismo, siguiendo un método con el que ya estoy familiarizado. Después, si mi teoría es correcta, mi espíritu no tendría dificultad en encontrarse y comunicarse con el espíritu de mi alumno, al estar ambos separados de sus cuerpos. Confío poder comunicar el resultado de este interesante experimento en uno de los próximos números del *Semanario Médico* de Keinplatz».

Cuando finalmente el buen profesor cumplió su promesa y publicó un informe de lo sucedido, el relato resultó tan extraordinario que fue recibido con una general incredulidad. Los comentarios aparecidos en algunos periódicos empleaban un tono tan ofensivo que el indignado sabio declaró que jamás volvería a manifestarse o referirse al asunto en modo alguno: promesa que ha cumplido escrupulosamente. El relato ha sido recogido, no obstante, de fuentes fidedignas, y los hechos en él citados pueden ser tomados como fundamentalmente ciertos.

Sucedió, pues, que a los pocos días de concebir la idea del mencionado experimento, iba el profesor von Baumgarten caminando pensativo de regreso a su casa, tras haber concluido una larga jornada de trabajo en el laboratorio, cuando se encontró con un numeroso grupo de estudiantes que salían eufóricos de una cervecería. A la cabeza, medio bebido y muy dicharachero, iba el joven Fritz von Hartmann. El profesor no tenía intención de saludarle, pero el discípulo corrió a su encuentro y le detuvo.

—¡Buenas tardes, mi admirado maestro! —le dijo, tomándole del brazo y acompañándole calle abajo—. Hay algo que debo decirle, y me resulta más fácil decírselo ahora, mientras la buena cerveza zumba en mi cabeza, que en otro momento.

—¿Sí? ¿Y qué es, Fritz? —preguntó el fisiólogo, mirándole con indulgente sorpresa.

—He oído, señor, que está usted preparando un experimento sensacional en el que pretende hacer salir el alma de un hombre fuera de su cuerpo y luego reintegrarla de nuevo a él, ¿es cierto, profesor?

—Así es, Fritz.

—¿Y no ha pensado, mi querido señor, que podría tener dificultades a la hora de encontrar a alguien que esté dispuesto a intentarlo? *¡Potztausend!* Suponga que el alma abandona el cuerpo y después no regresa. Eso sería un mal negocio. ¿Quién estaría dispuesto a correr ese riesgo?

—Pero Fritz… —exclamó el profesor, alarmado ante aquel inesperado enfoque del asunto—. Yo contaba con su participación en la tentativa. ¿No

me abandonará ahora? Piense en el honor y la gloria…

—¡Qué gloria ni qué ocho cuartos! —exclamó el estudiante indignado—. ¿Es que voy a recibir siempre la misma recompensa? ¿No permanecí durante dos horas sobre un cristal aislante mientras usted exponía mi cuerpo a descargas eléctricas? ¿No dejé que estimulara mis nervios frénicos y que me aplicara una corriente galvánica en el estómago hasta que se me cortó la digestión? Me ha hipnotizado cuatro o cinco veces, ¿y qué he ganado con todo eso? Nada. Y ahora pretende sacarme el alma como el que extrae la maquinaria de un reloj. Esto es más de lo que un ser de carne y hueso puede soportar.

—¡Dios mío! —exclamó el profesor muy apenado—. Tiene toda la razón, Fritz. Nunca se me había ocurrido pensar en ello. Pero si hay algo con lo que pueda compensarle, no tiene más que decírmelo y accederé gustoso a complacerle.

—En ese caso, escuche —dijo Fritz solemnemente—. Si usted me da su palabra de que después del experimento me concederá la mano de su hija, estoy dispuesto a participar en él; de lo contrario, no hay nada que hacer. Ésa es mi única condición.

—Pero ¿qué pensará mi hija de todo esto? —exclamó el profesor, una vez recuperado de su sorpresa.

—Elisa estaría encantada —replicó el joven—. Nos amamos desde hace tiempo.

—En ese caso ella será suya —sentenció el fisiólogo con decisión—, pues usted es un joven de buen corazón y uno de los sujetos con mejores nervios que he conocido, al menos cuando no está bajo la influencia del alcohol. El experimento tendrá lugar el día cuatro del próximo mes. Usted deberá presentarse en el laboratorio de fisiología a las doce en punto. Será un gran acontecimiento, Fritz. Von Gruben vendrá desde Jena, y Hinsterstein desde Basilea. Todos los grandes hombres de ciencia del sur de Alemania estarán presentes.

—Seré puntual —dijo el estudiante por toda respuesta.

Y con estas palabras se despidieron. El profesor reanudó lentamente el camino hacia su casa, ensimismado en el gran acontecimiento que se avecinaba, mientras el joven se dirigía tambaleante al encuentro de sus ruidosos compañeros, con la mente puesta en su querida Elisa y en el trato al que había llegado con su padre.

El profesor no había exagerado cuando se refirió al enorme interés que había despertado su nuevo experimento psicofisiològico. Mucho antes de que

llegara la hora fijada, la sala estaba repleta de una galaxia de talentos. Además de las celebridades antes mencionadas, había llegado desde Londres el insigne profesor Lurcher, que debía su reputación a un excelente tratado sobre los centros cerebrales. Buen número de luminarias del mundo del espiritismo habían recorrido también distancias considerables para estar presentes, así como un ministro swedenborgiano, que consideraba que aquellos métodos podrían arrojar alguna luz sobre la doctrina de la orden Rosacruz.

La aparición del profesor von Baumgarten sobre la plataforma, acompañado por su sujeto experimental, arrancó una cerrada ovación a aquella eminente asamblea. El orador, en pocas y bien escogidas palabras, explicó su teoría y cómo pensaba ponerla a prueba.

—Yo sostengo —dijo— que cuando una persona está bajo la influencia de la hipnosis, su espíritu abandona momentáneamente el cuerpo, y desafío a cualquiera a que exponga otra hipótesis que explique el fenómeno de la clarividencia. Por esta razón, confío en que, una vez que hipnotice a mi joven amigo y yo mismo me ponga en trance, nuestros espíritus quedarán en disposición de comunicarse, aunque nuestros cuerpos permanezcan inmóviles e inertes. Después, la naturaleza recobrará su vitalidad, nuestros espíritus regresarán a sus respectivos cuerpos y todo volverá a la normalidad. Procedamos, pues, con su amable permiso, a realizar el experimento.

Tras estas palabras se repitió el aplauso y después la audiencia quedó sumida en un expectante silencio. El profesor hipnotizó con unos cuantos pases rápidos al joven asistente, que quedó inerte sobre el respaldo de su asiento, pálido y rígido. Acto seguido sacó una brillante bola de cristal del bolsillo, concentró la mirada en ella y, por medio de un intenso esfuerzo mental, consiguió alcanzar el mismo estado. Era un extraño y sobrecogedor cuadro el que formaban aquel anciano y su joven asistente sentados uno al lado del otro en el mismo estado cataléptico. ¿Adónde habían huido sus almas? Ésa era la pregunta que se hacían todos y cada uno de los espectadores.

Pasaron cinco minutos, diez… después quince, y quince más, y el profesor y su discípulo seguían sentados, mudos y rígidos, sobre el estrado. Durante todo ese tiempo no se escuchó un solo ruido en aquella asamblea de sabios y todos los ojos estaban fijos en aquellos dos semblantes pálidos, al acecho de los primeros síntomas del retorno de la conciencia. Hubo de transcurrir cerca de una hora antes de que los pacientes observadores obtuvieran su recompensa. Un suave rubor tiñó las mejillas del profesor von Baumgarten. El alma había regresado de nuevo a su morada terrestre. De

pronto estiró sus largos y delgados brazos, como el que se despereza tras un prolongado sueño, se restregó los ojos, se levantó de la silla, miró a su alrededor como si le costara recordar dónde estaba, y exclamó:

—*¡Tausend Teufel!*

Tamaño improperio, muy popular en el sur de Alemania, dejó atónita a la audiencia y provocó el disgusto del ministro swedenborgiano.

—¿Dónde demonios estoy, y qué rayos ha ocurrido…? ¡Ah, ya!, ahora recuerdo: esto es uno de esos estúpidos experimentos de hipnotismo. Esta vez no ha funcionado, pues no recuerdo nada desde que perdí el conocimiento; han realizado sus largos viajes en balde, mis ilustres amigos, para asistir a una magnífica broma.

Y, dicho esto, estalló en tina sonora carcajada y se palmeó el muslo de forma bastante grosera. Los asistentes se enfadaron de tal modo con aquella incalificable conducta que se habría producido un tremendo tumulto de no ser por la juiciosa intervención del joven Fritz von Hartmann, que acababa de despertar de su letargo. El estudiante se dirigió al frente del estrado y pidió disculpas por el comportamiento de su compañero.

—Siento tener que decirles —dijo— que este individuo es un poco atolondrado, a pesar de que se haya mostrado tan serio al comienzo del experimento. En estos momentos es víctima de la reacción hipnótica y difícilmente puede ser responsable de sus palabras. En cuanto al experimento en sí, debo decir que no lo considero un fracaso. Es muy posible que nuestros espíritus se hayan estado comunicando durante esta larga hora; desgraciadamente, nuestra tosca memoria corporal es bien distinta de nuestro espíritu y nos es imposible recordar lo que ha sucedido. En el futuro emplearé mis energías en tratar de descubrir un medio para que los espíritus consigan recordar lo que les ocurre cuando están en estado libre, y confío en que, cuando lo haya encontrado, pueda tener el placer de reunirles a todos de nuevo y demostrarles los resultados.

Esta alocución, escuchada en boca de un estudiante, causó una gran sorpresa entre la concurrencia y algunos llegaron a pensar que resultaba ofensivo que un alumno asumiera tan excesivo protagonismo. La mayoría, sin embargo, consideró que era un joven muy prometedor, y al abandonar la sala se hicieron muchas comparaciones entre su digna conducta y la frivolidad de su profesor, que durante la mencionada intervención había estado riéndose a más no poder en un rincón, importándole un bledo el fracaso del experimento.

Sin embargo, mientras que todos aquellos hombres de ciencia desfilaban fuera de la sala de conferencias con la impresión de que no habían

presenciado ningún hecho extraordinario, lo cierto es que ante sus propios ojos había tenido lugar uno de los acontecimientos más maravillosos de toda la historia de la humanidad. La teoría del profesor von Baumgarten había resultado cierta, y su espíritu y el de su discípulo habían estado ausentes durante un tiempo de sus respectivos cuerpos. Pero había sucedido un extraño e inesperado accidente. El espíritu de Fritz von Hartmann se había introducido a su regreso en el cuerpo de Alexis von Baumgarten, y el espíritu de éste se había alojado en la anatomía de aquél. De ahí el lenguaje y las groserías que habían salido de los labios del insigne profesor y las ponderadas palabras y la grave exposición que había realizado el displicente estudiante. Constituyó un hecho sin precedentes, aunque nadie hubiera reparado en lo sucedido, y menos aún los propios implicados.

El cuerpo del profesor sintió de pronto que tenía la garganta seca y salió a la calle, divertido con el resultado del experimento, pues en su interior el alma de Fritz sólo pensaba en lo fácil que le había resultado conseguir a su amada. Su primer impulso fue dirigirse a casa de Elisa para verse con ella, pero lo pensó mejor y llegó a la conclusión de que sería preferible mantenerse alejado hasta que la señora Baumgarten fuera informada por su propio marido del acuerdo al que había llegado. Así que se encaminó al Grüner Mann, que era uno de los lugares de cita preferidos por los estudiantes más juerguistas, y entró de forma inesperada, blandiendo con energía su bastón, en el pequeño reservado que ocupaban Spiegler, Müller y media docena de alegres compañeros.

—¡Ajá, chicos! —voceó—. Sabía que estaríais aquí. Beberos lo que os queda y pedir lo que queráis; hoy invito yo.

Si hubieran visto entrar de pronto en el reservado al hombre pintado de verde que decoraba el letrero de aquella concurrida cervecería y pedir una botella de vino, los estudiantes no se habrían quedado tan atónitos como con la sorprendente aparición del venerable profesor. Su asombro fue tan grande que se quedaron mirándole por espacio de uno o dos minutos sumidos en la más completa confusión, sin acertar a responder a su generosa invitación.

—*¡Donner und Blitz!* —gritó el profesor, enfadado—. Pero ¿qué diablos os pasa? Parecéis un rebaño de cerdos mirándome atontados. ¿Qué ocurre?

—Es un inesperado honor —tartamudeó Spiegler, que ocupaba la cabecera de la mesa.

—¿Qué honor ni qué ocho cuartos? —dijo el profesor malhumorado—. ¿Creéis que porque acabo de realizar una exhibición de hipnotismo ante una cuadrilla de viejos fósiles me siento demasiado orgulloso para reunirme con

mis viejos amigos? Levántate de esa silla, Spiegler, muchacho, que yo presidiré ahora. Cerveza, vino o ginebra, compañeros; pedid lo que queráis y dejadlo todo de mi cuenta.

Aquella tarde en el Grüner Mann fue memorable. Las jarras rebosantes de cerveza y las botellas de cuello verde del Rin circularon con alegría. Poco a poco los estudiantes fueron perdiendo la timidez que les producía la presencia del profesor. Y el profesor, por su parte, alzó la voz, cantó, recitó, hizo equilibrios con una larga pipa de tabaco puesta sobre la nariz y retó a todos los miembros del grupo a una carrera de cien metros. El encargado y la camarera cuchicheaban tras la puerta asombrados por aquella conducta, impropia de un *Regius Professor* de la vieja Universidad de Keinplatz. Pero un momento después tuvieron aún más motivo para sus cuchicheos, pues el insigne profesor aplastó el gorro del encargado y besó a la camarera tras la puerta de la cocina.

—Caballeros —dijo el profesor, poniéndose en pie con dificultad en la cabecera de la mesa y balanceando una enorme y anticuada copa de vino en su mano huesuda—, es el momento de explicar el motivo de esta celebración.

—¡Atención, atención! —gritaron los estudiantes, golpeando con las jarras de cerveza sobre la mesa—. ¡Un discurso, un discurso! ¡Silencio en la sala!

—Lo que tengo que deciros, queridos amigos —anunció el profesor, y los ojos le brillaron tras las gafas—, es que voy a casarme dentro de poco.

—¡Casarse! —exclamó uno de los estudiantes, más atrevido que los demás—. ¿Es que su esposa ha muerto?

—¿Qué esposa?

—Pues la señora von Baumgarten, claro.

—¡Ajá! —dijo el profesor con una sonrisa—. Por lo que veo estáis al tanto de mis antiguas dificultades. No, no ha muerto, pero tengo motivos para pensar que no se opondrá a mi matrimonio.

—Eso es muy generoso por su parte —observó uno del grupo.

—De hecho —añadió el profesor—, confío en que alguien la convencerá para que me ayude a conseguir esposa. Nunca nos hemos llevado muy bien, pero espero que ahora todo eso habrá terminado y que cuando me case ella venga a vivir con nosotros.

—¡Una familia feliz! —exclamó alguien en plan de guasa.

—Sí, así es. Espero que vengáis todos a la boda. No revelaré el nombre, pero ¡brindo por mi pequeña novia!

El profesor balanceó su copa en el aire.

—¡Brindemos por su pequeña novia! —rugió aquella cuadrilla de fanfarrones, entre grandes carcajadas—. ¡A su salud! *¡Sie soll leben…! ¡Hoch!*

Y la juerga se volvió aún más bulliciosa y frenética cuando cada uno de los presentes, siguiendo el ejemplo del profesor, brindó por la chica de sus amores.

Mientras en el Grüner Mann se desarrollaba aquella animada reunión, cerca de allí tenía lugar una escena bien distinta. El joven Fritz von Hartmann, una vez finalizado el experimento, se había dedicado a consultar y ajustar, con expresión solemne y una gran concentración, algunos instrumentos matemáticos. Después, tras impartir algunas instrucciones precisas a los conserjes, se encaminó lentamente hacia la casa del profesor. Mientras iba paseando se encontró con von Althaus, profesor de anatomía, que marchaba delante de él, y aceleró el paso para alcanzarle.

—¡Eh, von Althaus! —exclamó, dándole unos tironcitos de la manga—. El otro día me pidió usted información sobre el revestimiento medio de las arterias cerebrales. Creo que ahora podría…

—*¡Donnerwetter!* —vociferó von Althaus, que era un viejo cascarrabias —. ¿Qué demonios significa esta impertinencia? Le haré comparecer ante el Senado Académico por esto, caballero.

Y, tras esta amenaza, dio media vuelta y se alejó rápidamente. A von Hartmann le chocó mucho aquel recibimiento. «Esto se debe sin duda al fracaso de mi experimento», se dijo, y reanudó su camino algo molesto.

Pero aún le aguardaban nuevas sorpresas. Poco después, mientras caminaba apresuradamente hacia su destino, fue interceptado por dos estudiantes. Éstos, en lugar de quitarse el sombrero o hacer algún otro ademán en señal de respeto, profirieron un grito de alegría en cuanto le vieron y corrieron hacia él, le agarraron de los brazos y le llevaron con ellos.

—*¡Gott im Himmel!* —gritó von Hartmann—. ¿A qué se debe esta falta de respeto incalificable? ¿Adónde me lleváis?

—A descorchar una botella de vino con nosotros —contestaron los estudiantes—. ¡Vamos! Jamás has rechazado una invitación como ésta.

—¡En mi vida había visto una insolencia semejante! —exclamó von Hartmann. ¡Soltadme! Haré que os expulsen de la universidad por esto. ¡Dejadme, os digo!

Y empezó a dar furibundas patadas a sus captores.

—Está bien, si te pones de malas, vete a donde quieras —le dijeron finalmente los estudiantes, soltándole los brazos. Podemos disfrutar de ella

sin tu compañía.

—Sé quiénes sois. Lo pagaréis —replicó furioso von Hartmann, y reanudó su camino en dirección a lo que él consideraba su hogar, irritado por los dos incidentes que acababa de sufrir.

En ese momento, la señora von Baumgarten miraba por la ventana, preocupada por la tardanza de su marido en acudir a comer, y se llevó una enorme sorpresa cuando vio al joven estudiante dirigirse con paso majestuoso hacia la casa. Como se sabe, la mujer le tenía una gran antipatía, y si alguna vez el joven se había atrevido a visitar la casa, había sido siempre con el consentimiento y bajo la protección del profesor. Pero aún fue mayor su sorpresa cuando le vio abrir la verja y cruzar a grandes zancadas el sendero del jardín, con aire de ser el dueño de la situación. La señora von Baumgarten apenas podía dar crédito a sus ojos y corrió hacia la puerta con todos sus instintos maternales alerta. La bella Elisa había contemplado también desde las ventanas superiores la atrevida determinación de su amado y se le había acelerado el corazón con una mezcla de orgullo y consternación.

—Buenos días, caballero —saludó la señora Baumgarten al intruso, irguiéndose con sombría majestad en el vano de la puerta.

—Un magnífico día, en verdad, Martha —contestó el otro—. Y ahora, no te quedes ahí parada como una estatua de Juno y ve a prepararme la comida enseguida, que estoy muerto de hambre.

—¡Martha! ¡La comida! —exclamó la señora, retrocediendo estupefacta.

—¡Sí, la comida, Martha, la comida! —alzó la voz von Hartmann, que estaba empezando a ponerse furioso—. ¿Hay algo de extraordinario en que un hombre pida la comida después de pasar todo el día fuera de casa? Estaré en el comedor. Tomaré cualquier cosa. Schinken, salchichas y ciruelas… cualquier cosa que esté a mano. Pero no te quedes ahí, mirándome de ese modo. ¿Quieres moverte, mujer?

Estas últimas palabras, pronunciadas con auténtica irritación, hicieron por fin que la señora Baumgarten saliera corriendo por el pasillo, atravesara la cocina y se encerrara en el fregadero, donde sufrió un violento ataque de nervios. Mientras tanto, von Hartmann cruzó la habitación, se echó en el sofá de muy mal humor y gritó:

—¡Elisa! ¡Maldita chica! ¡Elisa!

Al llamarla de forma tan violenta, la joven bajó temerosa la escalera y acudió a la presencia de su amado.

—¡Amor mío! —exclamó, rodeándole con los brazos—. ¡Ya sé que todo esto lo haces por mí, que es una artimaña para verme!

La indignación de von Hartmann ante aquella nueva falta de respeto fue tan grande que se quedó mudo de rabia durante unos instantes, en los que no pudo hacer otra cosa que mirarla iracundo y agitar los puños, mientras trataba de zafarse de su abrazo. Cuando finalmente recuperó el habla, soltó tal bramido de cólera que la joven Elisa cayó de espaldas sobre una butaca y se quedó petrificada de espanto.

—¡Nunca en mi vida había tenido un día como el de hoy! —gritó von Hartmann, dando una patada en el suelo—: Fracasa mi experimento. Von Althaus me insulta. Dos estudiantes me arrastran por la vía pública. Mi esposa casi se desmaya cuando le pido la comida, y mi hija se echa sobre mí y me abraza como una osa parda.

—Estás enfermo, cariño —exclamó la joven—. Tu mente delira. Ni siquiera me has besado.

—No, ni pienso hacerlo —dijo von Hartmann con decisión—. Deberías estar avergonzada. ¿Por qué no me traes las zapatillas y ayudas a tu madre a preparar la comida?

—Todo para esto —gimió Elisa, cubriéndose el rostro con un pañuelo—. ¿Para esto te he amado apasionadamente durante más de diez meses? ¿Para esto he desafiado las iras de mi madre? Oh, me has destrozado el corazón, ¡puedes estar seguro!

Y acto seguido se echó a llorar desconsoladamente.

—Ya no puedo soportarlo más —rugió von Hartmann fuera de sí—. ¿De qué demonios está hablando esta chica? ¿Qué hice yo hace diez meses para inspirarte tal afecto? Si realmente me quieres tanto, deberías ir rápidamente a traerme el schinken y algo de pan, en lugar de decir tantas tonterías.

—¡Oh, amor mío! —exclamó la desdichada muchacha, echándose en los brazos del que ella creía que era su amado—, sólo estás bromeando para asustar a tu pequeña Elisa.

Dio la casualidad de que en el momento en que la joven se abrazaba de forma inesperada a von Hartmann, éste estaba sentado al borde del sofá, que, como ocurre con tantos muebles alemanes, estaba algo desvencijado. Quiso también el azar que junto a aquel brazo del sofá hubiera una gran pecera llena de agua que el fisiólogo estaba utilizando en ciertos experimentos sobre la ovulación de los peces, y que había instalado en el salón con el fin de asegurar una temperatura constante. El peso adicional de la muchacha, unido al ímpetu con que se lanzó sobre su amado, produjo el hundimiento de aquella precaria pieza del mobiliario, y el cuerpo del infortunado estudiante cayó sobre la pecera, en la que quedaron firmemente encajados su cabeza y

hombros, mientras que las extremidades inferiores pataleaban en el aire impotentes. Aquello ya fue el colmo. En cuanto consiguió liberarse de su incómoda posición, lanzó un alarido furioso e inarticulado, salió disparado de aquella habitación, sin escuchar las súplicas de Elisa, cogió el sombrero y corrió calle abajo, empapado y despeinado, decidido a encontrar en alguna fonda la comida y la comodidad que le había sido imposible encontrar en su propio hogar.

Cuando el espíritu de von Baumgarten, preso en el cuerpo de von Hartmann, se dirigía a grandes zancadas por el tortuoso camino que llevaba a la ciudad, rumiando con rabia sus múltiples desgracias, vio acercarse a un hombre de edad que parecía hallarse en un avanzado estado de intoxicación. Von Hartmann se detuvo a un lado del camino para observar a aquel individuo, que venía dando traspiés y haciendo eses de un lado a otro de la calzada mientras cantaba una canción estudiantil con la voz cascada por la bebida. Al principio sólo le había llamado la atención el hecho de que un hombre de apariencia tan venerable se encontrara en un estado tan penoso, pero cuando el anciano estuvo más cerca, tuvo la impresión de que su cara le era muy conocida, aunque no recordaba dónde ni cuándo le había visto antes. Aquella impresión llegó a ser tan fuerte que cuando el extraño estuvo a su lado se puso frente a él y observó de cerca sus facciones.

—Bueno, hijo mío —dijo el borracho, mirando de arriba abajo a von Hartmann e inclinándose sobre él—, ¿dónde demonios te he visto antes? Te conozco tan bien como a mí mismo. ¿Quién diablos eres?

—Soy el profesor von Baumgarten —dijo el estudiante—. ¿Puedo saber quién es usted? Sus rasgos me resultan extrañamente familiares.

—No debes mentir nunca, muchacho —respondió el otro—. Tú no puedes ser el profesor, pues él es un repugnante y casposo anciano y tú un joven mozo de anchas espaldas. Como yo, que me llamo Fritz von Hartmann, para servirte.

—Eso sí que no puede ser —exclamó el cuerpo de von Hartmann—. Usted podría ser perfectamente su padre. Pero… ¿qué veo? No sé si se habrá dado cuenta, caballero, que lleva usted mis gemelos y mi cadena de reloj.

—*¡Donnerwetter!* —hipó el otro—. Si ésos no son los pantalones por los que mi sastre está a punto de embargarme, que no vuelva a probar la cerveza.

Entonces, en el momento en que von Hartmann, abrumado por todos los extraños incidentes que le habían ocurrido aquel día, se pasaba la mano por la frente y miraba hacia el suelo, alcanzó a ver el reflejo de su propia cara en un charco que la lluvia había dejado en el camino. Para su enorme sorpresa

descubrió que la cara era la de un hombre joven y que iba vestido con la ropa habitual de un estudiante, y que era, en todos los aspectos, la antítesis de la grave figura académica en la que su mente se había alojado hasta entonces. En un instante su activo cerebro repasó los últimos acontecimientos que había vivido y pronto llegó a una conclusión. El golpe que le produjo aquel descubrimiento le hizo tambalearse.

—*¡Himmel!* —exclamó—. Ahora lo veo todo claro. Nuestras almas se encuentran en cuerpos equivocados. Yo soy tú y tú eres yo. Mi teoría ha quedado demostrada… pero ¡a qué alto precio! ¿Es posible que la mente más lúcida de Europa se haya quedado encerrada en un envoltorio tan frívolo? ¡El trabajo de toda una vida se ha venido abajo! —se lamentó, y se golpeó el pecho con desesperación.

—Oiga —replicó el verdadero von Hartmann desde el cuerpo del profesor—, comprendo perfectamente la gravedad de sus afirmaciones, pero haga el favor de no golpear mi cuerpo de ese modo. Usted lo recibió en excelentes condiciones y veo que ya lo ha empapado y ha llenado de rapé las chorreras de mi camisa.

—Eso no tiene demasiada importancia —contestó el otro malhumorado—. Lo peor es que nos quedaremos tal y como estamos. Mi teoría ha quedado demostrada de forma magistral, pero el precio ha sido terrible.

Si yo pensara de la misma forma —dijo el espíritu del estudiante—, sería un duro golpe para mí. ¿Qué iba yo a hacer con estos miembros viejos y acartonados, y cómo iba a cortejar a Elisa y a convencerla de que no soy su padre? No; gracias a Dios, y a pesar de que la cerveza me ha trastornado más de lo que le trastornaba a mi verdadero yo, creo que tengo la solución para nuestros problemas.

—¿Cómo? —tartamudeó el profesor.

—¿Cómo? Pues… repitiendo el experimento. Libere nuestras almas otra vez y lo más probable es que encuentren el camino de regreso a sus respectivos cuerpos.

Un hombre a punto de ahogarse no se habría aferrado con tanta vehemencia a una paja como se aferró el espíritu de von Baumgarten a aquella sugerencia. El profesor arrastró su propio cuerpo a un lado del camino, llevado por una urgencia febril, y lo sumió en trance hipnótico. Después, sacó la bola de cristal del bolsillo y la manipuló hasta que él también cayó en el mismo estado.

Todos los estudiantes y aldeanos que pasaron por allí durante una hora se quedaron estupefactos al ver al distinguido profesor de Fisiología y a su

alumno favorito sentados sobre un montículo embarrado y en un estado de completa insensibilidad. Antes de que hubiera pasado una hora se había reunido en aquel lugar un numeroso grupo de curiosos que discutían sobre la conveniencia de avisar a una ambulancia para trasladar a la pareja al hospital, cuando el ilustre sabio abrió los ojos y miró confuso a su alrededor. Por un momento parecía haber olvidado cómo había llegado a aquel lugar, pero enseguida sorprendió a los allí reunidos levantando sus descarnados brazos al cielo y gritando con voz emocionada:

—*¡Gott sei gedankt!* ¡Vuelvo a ser yo mismo de nuevo! ¡Siento que soy yo!

Su alegría no fue menor cuando el estudiante se incorporó de un salto y lanzó el mismo grito, y los dos realizaron una especie de *pas de joie* en medio del camino.

Durante algún tiempo la gente de Keinplatz albergó ciertas dudas sobre la salud mental de los dos protagonistas de aquel extraño episodio. Cuando el profesor publicó sus experiencias en el *Semanario Médico*, como había prometido, se encontró también con la recomendación, hecha por sus propios colegas, de que haría bien en vigilar su estado mental, y que otro artículo de ese tipo le acarrearía sin duda la reclusión en un hospital psiquiátrico. También al estudiante la experiencia le demostró que lo más juicioso era guardar silencio sobre el asunto.

Cuando el distinguido profesor regresó al hogar aquella noche, no recibió la cordial bienvenida que cabía esperar después de haber vivido aquellas extrañas aventuras. Por el contrario, fue recriminado sin piedad por su mujer y su hija porque olía a alcohol y a tabaco, y también por haber estado ausente mientras un joven descarado había invadido la casa e insultado a sus ocupantes. Pasó mucho tiempo antes de que la atmósfera doméstica en casa del profesor recuperara la paz habitual, y más todavía antes de que volviera a aparecer bajo su techo el simpático rostro de von Hartmann. Pero la perseverancia vence cualquier obstáculo y el estudiante logró finalmente serenar los ánimos de ambas mujeres y recuperar sus antiguas posiciones. Hoy no tiene ningún motivo para temer la enemistad de la señora von Baumgarten, pues, en la actualidad es Hauptmann von Hartmann, del cuerpo de Ulanos del Emperador, y su querida esposa Elisa ya le ha ofrecido como muestra visible y prenda de su cariño dos pequeños Ulanos.

LA FAMILIA DE TÍO JEREMY[12]

I

Mi vida ha sido un tanto ajetreada, y durante su curso me ha caído en suerte vivir varias experiencias insólitas. No obstante, hay un episodio que es tan decididamente extraño que cada vez que lo recuerdo reduce a los otros a la insignificancia. Me mira, tenebroso y fantástico, desde las brumas del pasado, y eclipsa los insulsos años que lo precedieron y lo siguieron.

No es una historia que haya contado a menudo. Unos cuantos, sólo unos cuantos de los que me conocen bien han oído los hechos de mis labios. Éstos me han pedido, de vez en cuando, que los narre en alguna reunión de amigos, pero me he negado invariablemente, pues no tengo ningún deseo de ganarme una reputación de aprendiz de Münchhausen. Sin embargo, me he plegado a sus deseos y he redactado este relato escrito de los hechos relacionados con mi visita a Dunkelthwaite.

Ésta es la primera carta de John Thurston para mí. Esta fechada en abril de 1862. La saco de mi escritorio y la copio tal cual:

> Mi querido Lawrence:
>
> Si supieras de mi absoluta soledad y completo *ennui* estoy seguro de que te daría pena y vendrías a compartir mi solitaria vida. Me has hecho a menudo vagas promesas de visitar Dunkelthwaite y echar un vistazo a los Páramos de Yorkshire. ¿Qué momento te vendría mejor que el actual? Por supuesto, entiendo que estás trabajando duro, pero como ahora mismo no estás yendo a clase, puedes leer aquí tan bien como en Baker Street. ¡Empaca tus libros, como un buen chico, y ven para acá! Tenemos un cómodo cuartito, con escritorio y sillón, que está pintiparado para tu estudio. Hazme saber para cuándo podemos esperarte.

Cuando digo que estoy solo no me refiero a que falte gente en la casa. Al contrario, formamos una familia bastante grande. Primero y principal, por supuesto, está mi pobre tío Jeremy, locuaz y tontuelo, que va por ahí arrastrando sus zapatillas de paño, y componiendo, según es su costumbre, innúmeros ripios deleznables. Creo que ya te hablé de ese rasgo de su carácter la última vez que nos vimos. Ha alcanzado tal punto que ahora tiene un amanuense, cuya única tarea es copiar y preservar estas efusiones. Este tipo, que se llama Copperthorne, se ha vuelto tan necesario para el viejo como su papel de escribir o el «Diccionario universal de las rimas». No puedo decir que me preocupe, pero la verdad es que siempre he compartido el prejuicio de César contra los hombres flacos; aunque, a propósito, el pequeño Julio también se inclinaba bastante a ese lado, si hemos de creer en las medallas. Luego tenemos los dos hijos de mi tío Samuel, que fueron adoptados por Jeremy —eran tres, pero uno ha abandonado este valle de lágrimas— y su institutriz, una morena garbosa con sangre hindú en sus venas. Además de todos éstos, están las tres criadas y el viejo mozo de cuadras, así que, como ves, tenemos nuestro pequeño mundo en este rincón apartado. Por todo ello, mi querido Hugh, anhelo una cara familiar y un compañero con el que congenie. Yo mismo ando muy metido en química, así que no interrumpiré tus estudios. Escribe a este tu aislado amigo,

JOHN H. THURSTON

Por la época en la que recibí esta carta estaba alojado en Londres, y trabajaba duro para el examen final que iba a hacer de mí un médico cualificado. Thurston y yo habíamos sido amigos íntimos en Cambridge antes de que yo empezase a estudiar medicina, y tenía muchas ganas de volver a verlo. Por otra parte, tenía bastante miedo de que, a pesar de sus garantías, mis estudios pudieran sufrir por el cambio. Me imaginaba al pueril anciano, al magro secretario, la institutriz garbosa, los dos niños, probablemente consentidos y ruidosos, y llegué a la conclusión de que cuando estuvieran todos juntos en una casa de campo habría muy poco sitio para la lectura tranquila. Al final de dos días de reflexión casi me había decidido a rehusar la invitación cuando recibí otra carta de Yorkshire, aún más apremiante que la primera:

Esperamos noticias tuyas en cada correo —decía mi amigo—, y nunca llaman a la puerta sin que yo piense que es un telegrama anunciando tu tren. Tu cuarto está listo, y creo que lo encontrarás confortable. El tío Jeremy me pide que te diga cuán feliz estará de verte. Te habría escrito, pero anda absorto en un gran poema épico de cinco mil versos o así, y se pasa el día correteando por las habitaciones, mientras Copperthorne va tras él al acecho como el monstruo de Frankenstein, con papel y lápiz, anotando las palabras de sabiduría a medida que resbalan de sus labios. Por cierto, creo que te mencioné a la institutriz morena. Quizá te la eche de anzuelo si has conservado tu gusto por los estudios etnológicos. Es la hija de un caudillo hindú, cuya esposa era inglesa. Murió en una revuelta, luchando contra nosotros, y el Gobierno confiscó sus propiedades, así que su hija, que entonces tenía quince años, se quedó casi en la indigencia. Un caritativo comerciante alemán de Calcuta la adoptó, según parece, y la trajo a Europa consigo como si fuera propia hija. Este último murió, y Miss Warrender, como la llamamos por su madre, contestó al anuncio del tío; y aquí está. Ahora, querido muchacho, no te resistas a la orden de venir, y ven enseguida.

Había otras cosas en esta segunda carta que me obligan a no citarla por entero.

No había forma de resistirse a la porfía de mi viejo amigo, así que, rezongando mucho por dentro, empaqué rápidamente mis libros y, tras telegrafiar con una noche de adelanto partí para Yorkshire a primera hora de la mañana Recuerdo bien que hacía un día de perros, y que el viaje se me hizo interminable mientras me sentaba acurrucado en un rincón de mi compartimento lleno de corrientes de aire, y daba vueltas en mi cabeza a varios problemas de cirugía y medicina. Me habían dicho que el pequeño apeadero de Ingleton, a unos veinte kilómetros de Carnforth, era el más cercano a mi destino, y allí me bajé justo cuando John Thurston venía como un rayo por el camino comarcal en un *dog-cart* alto. Al verme hizo un saludo caluroso con su látigo, paró al caballo con un tirón, saltó y vino al andén.

—Mi querido Hugh —exclamó—, ¡estoy tan contento de verte! ¡Qué amable has sido al venir! —me estrujó la mano hasta que me dolió el brazo.

—Temo que ahora que estoy aquí pienses que soy muy mala compañía —respondí—. Estoy hasta las orejas de trabajo.

—Claro, claro —dijo, con su buen talante habitual—. Contaba con eso. Tendremos tiempo para pegarles unos tiritos a los conejos. Es un paseo largo, y tienes que tener un frío tremendo, así que vamos para casa enseguida.

Salimos traqueteando por el polvoriento camino.

—Creo que te va a gustar tu cuarto —comentó mi amigo—. Pronto te encontrarás como en casa. Como bien sabes, yo mismo no visito Dunkelthwaite a menudo, y apenas estoy comenzando a asentarme y poner mi laboratorio a punto para trabajar. Llevo quince días aquí. Es un secreto a voces que yo ocupo una posición prominente en el testamento del viejo tío Jeremy, así que mi padre juzgó oportuno que yo hiciera acto de presencia y fuera cortés. Bajo tales circunstancias, apenas puedo menos de mostrarme un poco de vez en cuando.

—Por supuesto que no —dije.

—Y además, es un vejete bastante majo. Te divertirá nuestro grupito familiar. Una princesa por institutriz… suena bien, ¿no? Creo que nuestro imperturbable secretario ya ha ido un poco en esa dirección. Súbete el cuello del abrigo, que el viento es muy cortante.

La carretera pasaba por una sucesión de bajas colinas yermas, que estaban desprovistas de toda vegetación salvo unos cuantos arbustos sueltos de aulaga y una delgada capa de hierba dura como un alambre, que daba alimento a un desperdigado rebaño de ovejas flacas de mirada hambrienta. Alternativamente nos hundíamos en un hoyo o ascendíamos hasta la cima de altura desde la cual podíamos ver cómo serpenteaba la carretera como una delgada pista blanca sobre sucesivas colinas que se veían más adelante. A cada rato, melladas escarpaduras rompían la monotonía del paisaje, allí donde el granito gris se asomaba torvamente, como si la naturaleza hubiera sido dolorosamente lacerada hasta que sus flacos huesos sobresalieran a través de la piel. A lo lejos se erguía una hilera de montañas, con un gran pico que brotaba de entre los demás, coquetamente tapizado por una guirnalda de nubes que reflejaban la luz rojiza del último sol de la tarde.

—Eso es Ingleborough —dijo mi compañero, señalando la montaña con su látigo—, y éstos son los Páramos de Yorkshire. No encontrarás un lugar más salvaje y yermo en toda Inglaterra. Aquí se cría una buena estirpe de hombres. La milicia bisoña que venció a la caballería escocesa en la batalla del Estandarte venía de esta parte del país. Venga, salta, viejo amigo, y abre la puerta.

Habíamos parado en un lugar donde un largo muro cubierto de musgo corría paralelo a la carretera. Lo cortaba una ruinosa puerta de hierro, flanqueada por dos columnas, y en lo alto de ellas había unas divisas de piedra que parecían representar algún animal heráldico, aunque el viento y la lluvia los habían reducido a bloques informes. Un cottage arruinado, que en alguna época quizá podía haber servido de morada, se erguía a un lado. Abrí la puerta de un empujón y seguimos por una avenida larga y tortuosa, irregular y cubierta de hierba, pero flanqueada por unos robles magníficos, que extendían sobre nosotros unas ramas tan espesas que el crepúsculo de la tarde se sumergió de repente en oscuridad.

—Temo que nuestra avenida no te impresione mucho —dijo Thurston, riéndose—. Uno de los caprichos del viejo es dejar que la naturaleza vaya a su aire en todo. Aquí estamos por fin en Dunkelthwaite.

Mientras hablaba torcimos una curva en la avenida marcada por un roble patriarcal que descollaba muy por encima de los otros, y llegamos a una gran casa cuadrada y enjalbegada que tenía un césped delante de ella. La parte baja del edificio estaba en penumbra, pero arriba, en lo alto, una hilera de ventanas color sangre relucía al sol vespertino. Al ruido de las ruedas un anciano con librea salió corriendo y sujetó la cabeza del caballo cuando nos detuvimos.

—Puedes llevarla a su sitio, Elías —dijo mi amigo, mientras bajábamos de un salto—. Hugh, permíteme presentarle a mi tío Jeremy.

—¿Cómo le va? —gritó una voz cascada y resollante, y al alzar la mirarla vi a un hombrecillo de cara sonrosada que estaba esperándonos de pie en el porche. Llevaba un paño de algodón atado a la cabeza, al estilo del papa y otras celebridades del siglo XVIII, y se distinguía aún más claramente por un par de zapatillas enormes. Contrastaban tan fuertemente con sus flacas y largas pantorrillas que parecía que llevaba raquetas para la nieve, un parecido que se veía acentuado por el hecho de que cuando caminaba se veía obligado a deslizar los pies por el suelo para no perder estos aparatosos apéndices.

—Debe de estar cansado, señor. Sí, y aterido, señor —dijo de una forma extraña, a espasmos, mientras me daba la mano—. Debemos ser hospitalarios con usted, claro que debemos. La hospitalidad es una de las virtudes de antaño que aún conservamos. Vamos a ver, ¿cómo eran esos versos? «Listo y fuerte el brazo de Yorkshire, pero, oh, es cálido el corazón de Yorkshire». Esmerado y pulido, señor. Es de uno de mis poemas. ¿De qué poema, Copperthorne?

—“El saqueo de Borrodaile” —dijo una voz detrás de él, y un hombre alto de cara larga entró en el círculo de luz que arrojaba la lámpara del porche.

John nos presentó, y recuerdo que esta mano me pareció, al estrecharla, fría y desagradablemente viscosa.

Terminada esta ceremonia, mi amigo me llevó hacia mi cuarto, pasando a través de muchos pasillos y corredores unidos por escaleras anticuadas e irregulares. Al pasar me llamaron la atención el grosor de las paredes y las extrañas inclinaciones y ángulos de los techos, que sugerían misteriosos lugares encima de ellos. La cámara preparada para mí resultó ser, tal como John había dicho, un pequeño y alegre sanctasanctórum con su lumbre chisporroteante y una biblioteca bien abastecida. Mientras me ponía las zapatillas empecé a pensar que, después de todo, no había hecho tan mal en aceptar esta invitación a Yorkshire.

II

Cuando bajamos al comedor, el resto de la familia ya se había preparado para la cena. El viejo Jeremy, todavía con su peculiar tocado, se sentó a la cabecera de la mesa. A su derecha estaba una joven morena de pelo y ojos negros, que me presentaron como Miss Warrender. A su lado había dos preciosos niños, chico y chica, que estaban evidentemente a su cargo. Me senté frente a ella, con Copperthorne a mi izquierda, mientras John estaba frente a su tío. Casi me puedo imaginar ahora mismo el amarillo resplandor de la gran lámpara de aceite, que arrojaba luces y sombras a lo Rembrandt sobre el círculo de rostros, algunos de los cuales pronto iban a tener un extraño interés para mí.

Fue una comida agradable, aparte de la excelencia de las viandas y del hecho de que el largo viaje me había aguzado el apetito. El tío Jeremy rebosaba de anécdotas y citas, encantado de tener un nuevo oyente. Ni Miss Warrender ni Copperthorne hablaron mucho, pero todo lo que dijo este último auguraba a un hombre considerado e instruido. En cuanto a John, tenía tanto que contar sobre recuerdos de la universidad y otros hechos posteriores, que me temo que no cenó demasiado.

Cuando trajeron los postres a la mesa, Miss Warrender se llevó a los niños, y el tío Jeremy se retiró a la biblioteca, donde podíamos oír el sordo murmullo de su voz cuando le dictaba al amanuense. Mi viejo amigo y yo nos sentamos un rato ante la lumbre a comentar las muchas cosas que nos habían ocurrido desde nuestro anterior encuentro.

—¿Y qué opinas de nuestra familia? —preguntó al fin, con una sonrisa. Respondí que me había interesado mucho lo que había visto de ella.

—Tu tío —dije— es todo un personaje. Me cae muy bien.

—Sí. Tiene un buen corazón, aparte de todas sus excentricidades. Parece que tu venida lo ha animado, porque no había vuelto a ser el mismo desde la muerte de la pequeña Ethel. Era la más pequeña de los hijos de nuestro tío Sam, y llegó aquí con los otros, pero tuvo un ataque de algo entre los arbustos hace un par de meses. La encontraron allí muerta una tarde. Fue un duro golpe para el viejo.

—También debió de serlo para Miss Warrender —apunté.

—Sí, estaba muy afligida. Por entonces sólo llevaba aquí una o dos semanas. Aquel día se había ido a Kirby Lonsdale a comprar no sé qué.

—Me interesó mucho —dije— todo lo que me contaste sobre ella. No estarías bromeando, espero.

—No, no, es tan cierto como el Evangelio. Su padre era Ahmed Gengis Kan, un caudillo semiindependiente de algún lugar de las Provincias Centrales. A pesar de tener una esposa cristiana, tenía bastante de pagano fanático, y se volvió adepto del Nana, y se mezcló en el asunto de Cawnpore, así que el Gobierno cayó sobre él con toda su dureza.

—Debe de haber sido toda una mujer antes de dejar la tribu —dije—. ¿Qué piensa en materia de religión? ¿Está de parte de su padre o su madre?

—Nunca tocamos el tema —respondió mi amigo—. Entre tú y yo, no creo que ella sea muy ortodoxa. Su madre debe de haber sido una buena mujer, y además de haber aprendido su inglés, también es buena erudita en francés, y toca el piano notablemente bien. ¡Vaya, por ahí va!

Mientras hablaba se oyó el sonido de un piano desde el cuarto contiguo, y ambos nos detuvimos a escuchar. Al principio, quien tocaba dio unas cuantas notas aisladas, como si no estuviera segura de cómo seguir. Luego vino una serie de acordes resonantes y chirriantes disonancias, hasta que del caos surgió de pronto una extraña marcha bárbara, con estruendo de trompeta y toque de platillo. El estrépito se hizo más y más alto en un flujo de melodía salvaje, y luego se perdió otra vez en los espasmódicos acordes que lo habían precedido. Luego oímos el ruido del piano al cerrarse, y se acabó la música.

—Hace lo mismo todas las noches —comentó mi amigo—. Supongo que es alguna reminiscencia hindú. Pintoresco, ¿no crees? Pero no te quedes aquí más tiempo del que quieras. Tu cuarto está listo para cuando desees estudiar.

Así que le tomé la palabra a mi compañero y lo dejé con su tío y Coppethorne, que habían vuelto al cuarto, y yo subí a leer Jurisprudencia Médica durante un par de horas. Supuse que no iba a saber nada más de los

habitantes de Dunkelthwaite por aquella noche, pero me equivocaba, pues a eso de las diez el tío Jeremy introdujo en mi cuarto su roja carita.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Excelente, gracias —respondí.

—Muy bien. Siga en ello. Seguro que le irá bien —dijo, con su estilo espasmódico—. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! —respondí.

—¡Buenas noches! —dijo otra voz desde el pasillo; y al mirar hacia afuera vi la alta figura del secretario deslizándose tras los talones del viejo como una larga y oscura sombra.

Volví a mi escritorio y trabajé una hora más, tras lo cual me retiré a la cama; allí reflexioné un tiempo, antes de echarme a dormir, sobre la curiosa familia en la que acababa de ingresar.

III

Me levanté temprano y salí al jardincito, donde encontré a Miss Warrender, que estaba recogiendo primaveras y haciendo con ellas un ramo para la mesa del desayuno. Me acerqué a ella antes de que me viera, y no pude evitar quedarme admirado por la hermosa flexibilidad de su figura cuando se agachaba sobre las flores. Había una cierta gracia felina en todos sus movimientos que no recuerdo haber visto jamás en mujer alguna. Recordé las palabras de Thurston sobre la impresión que había causado en el secretario, y dejé de extrañarme por ello. Al oír mis pisadas, se irguió y volvió hacia mí su bello rostro moreno.

—Buenos días, Miss Warrender —dije—. Se levanta pronto, como yo.

—Sí —respondió—. Me he acostumbrado a levantarme siempre al alba.

—¡Qué vista más extraña y salvaje! —comenté, mirando hacia la ancha extensión de páramos—. En esta parte del país soy un extranjero, como usted. ¿Qué le parece?

—No me gusta —dijo, con franqueza—. La detesto. Es fría, yerma y miserable. Mire esto —dijo, mostrando su ramo de primaveras—, a esto lo llaman flores. Si ni siquiera tienen olor.

—Debe de estar acostumbrada a un clima más benévolo y a vegetación tropical.

—¡Ah, así que Mr. Thurston le ha estado hablando de mí! —dijo, con una sonrisa—. Sí, estoy acostumbrada a algo mejor que esto.

Estábamos allí, juntos, cuando una sombra se interpuso entre nosotros, y al darme la vuelta encontré a Copperthorne detrás de nosotros, muy cerca. Extendió hacia mí su delgada y blanca mano con una sonrisa forzada.

—Parece que ya le resulta sencillo orientarse por aquí —comentó, mirando alternativamente a uno y otro lado, a la cara de Miss Warrender y a la mía—. Déjeme llevarle las flores, señorita.

—No, gracias —dijo ella, fríamente—. Ya he recogido suficientes y voy para adentro.

Pasó rápidamente por su lado y cruzó el jardín hacia la casa. Copperthorne la siguió con su mirada ceñuda.

—¿Es usted estudiante de medicina, Mr. Lawrence? —dijo, volviéndose hacia mí y golpeando el suelo con el pie de un modo nervioso y espasmódico mientras hablaba.

—Sí.

—Ah, he oído hablar de ustedes, los estudiantes de medicina —exclamó, levantando la voz, con una risita cascada—. Son sujetos tremendos, ¿no? Hemos oído hablar de ustedes. Nada puede con ustedes.

—Un estudiante de medicina, señor —contesté—, es generalmente un caballero.

—Por supuesto —dijo, cambiando la voz—. Sólo estaba bromeando, claro.

No obstante, no pude evitar darme cuenta de que, durante el desayuno, no me quitaba los ojos de encima cuando hablaba Miss Warrender, y si por casualidad yo hacía algún comentario, lanzaba una mirada hacia ella como si quisiera leer en nuestras caras lo que pensábamos el uno del otro. Era evidente que tenía un interés mayor de lo normal en la hermosa institutriz, y me parecía igualmente evidente que sus sentimientos no eran correspondidos en lo más mínimo.

Aquella mañana tuvimos un ejemplo de la naturaleza simple de aquella gente primitiva de Yorkshire. Parece que la doncella y la cocinera, que dormían juntas, se habían alarmado durante la noche por algo que su supersticiosa imaginación había llevado al nivel de fantasma. Me hallaba sentado, tras el desayuno, con tío Jeremy que, con la ayuda de los continuos apuntes de su secretario, estaba recitando alguna poesía de los Borders, cuando llamaron a la puerta y apareció la doncella. Pegada a sus talones vino la cocinera, jovial pero miedosa, las dos dándose ánimos y apoyándose mutuamente. Contaron su historia en estrofa y antístrofa, como un coro griego: Jane hablaba hasta que le faltaba el resuello, y entonces la cocinera

retomaba el relato, hasta que, a su vez, era sustituida por la otra. Gran parte de lo que dijeron era casi ininteligible para mí, debido a su asombroso dialecto, pero pude colegir el hilo principal de la historia. Parece que, muy de mañana, algo había despertado a la cocinera tocándole la cara, y al levantarse precipitadamente había visto una figura sombría al lado de la cama, figura que inmediatamente se había deslizado sin ruido fuera de su habitación. El grito de la cocinera despertó a la doncella, y ésta aseguraba vigorosamente que había visto al fantasma. Ningún interrogatorio cruzado o razonamiento pudo hacerlas flaquear, y dieron rodeos hasta informar ambas, lo que era una manera práctica de mostrar que estaban asustadas de veras. Parecieron bastante indignadas por nuestra incredulidad, y acabaron saliendo del cuarto con sus brinquitos, dejando al tío Jeremy enfadado, a Copperthorne desdeñoso, y a mí muy divertido.

Me pasé casi todo el segundo día de mi visita en mi cuarto, y avancé bastante con mi trabajo. Por la tarde John y yo bajamos al coto de conejos con nuestras escopetas. A la vuelta le conté a John la absurda escena mañanera con las criadas, pero no le pareció tan ridícula como a mí.

—El hecho es que —dijo— en casas muy viejas como la nuestra, donde la madera está carcomida y alabeada, a veces se dan curiosos efectos que predisponen la mente a la superstición. He oído una o dos cosas por la noche durante esta visita que podrían haber aterrorizado a alguien nervioso, y todavía más a una criada sin estudios. Por supuesto que todo esto de las apariciones es simplemente una tontería, pero una vez que se ha excitado la imaginación ya no hay cómo refrenarla.

—¿Qué oíste, entonces? —pregunté, interesado.

—¡Ah!, nada importante —respondió—. Aquí están los chiquillos y Miss Warrender. No debemos hablar de estas cosas delante de ella, o si no también tendremos que escuchar sus advertencias, y eso supondría un deterioro para la institución.

Estaba sentada en unos escalones que había en el lindero del bosque que rodea Dunkelthwaite, y los dos niños estaban apoyados sobre ella, uno a cada lado, con las manos ceñidas a sus brazos, y sus caritas regordetas vueltas hacia la de ella. Formaban un bonito cuadro, y ambos nos detuvimos a admirarlo. Sin embargo, ella nos había oído acercarnos y, bajando de un salto, vino hacia nosotros, con los dos pequeños haciendo pinitos tras ella.

—Usted debe ayudarme con el peso de su autoridad —le dijo a John—. A estos renacuajos rebeldes les gusta el aire de la noche, y no hay forma de persuadirlos para que vayan adentro.

—No queremos ir —dijo el chico, con decisión—. Queremos oír el resto de la historia.

—Sí… la «toria» —coreó la pequeña.

—Oiréis el resto del cuento mañana si os portáis bien. Este señor es Mr. Lawrence, que es doctor… él os dirá lo malo que es para los niños y niñas pequeños estar fuera de casa cuando llega el rocío.

—¿Así que estabais oyendo un cuento? —dijo John mientras avanzábamos juntos.

—¡Sí… un cuento buenísimo! —dijo el chiquitín con entusiasmo—. El tío Jeremy nos cuenta cuentos, pero son en «posía», y ni de lejos son tan bonitos como los cuentos de Miss Warrender. Éste era de elefantes…

—Y tigres… y oro… —dijo la niña.

—Sí, y guerras y luchas, y el rey de los Cheruts…

—De los Rajputs, cariño —dijo la institutriz.

—Y las tribus dispersas que se reconocen por signos, y el hombre que murió en la selva. Se sabe historias espléndidas. ¿Por qué no haces que te cuente alguna, primo John?

—Realmente, Miss Warrender, ha excitado nuestra curiosidad —dijo mi compañero—. Debe contarnos alguna de esas maravillas.

—Les parecerían bastante tontas —respondió, riéndose—. Son simplemente algunos recuerdos de mis primeros años.

Mientras caminábamos por el sendero que cruza el bosque, nos encontramos a Copperthorne que venía en dirección contraria.

—Estaba buscándolos a todos —dijo, en un desgarbado intento de afabilidad—. Quería decirles que es hora de cenar.

—Eso ya nos lo dijeron nuestros relojes —dijo John, con bastante rudeza, a mi parecer.

—¿Y han ido todos juntos a cazar? —prosiguió el secretario, mientras caminaba majestuosamente a nuestro lado.

—No todos —respondí—. Nos encontramos con Miss Warrender y los niños al volver.

—Ah, Miss Warrender vino a su encuentro cuando volvían —dijo.

Esta rápida torsión de mis palabras, junto con el tono de escarnio que usó, me irritaron tanto que le hubiera dado una aguda réplica de no ser por la presencia de la dama.

En ese momento, por casualidad, volví los ojos hacia la institutriz, y la vi mirar a Copperthorne con una chispa de odio en la mirada que me demostró que ella compartía mi indignación. Sin embargo, me sorprendió verlos a los

dos, aquella misma noche, a eso de las diez, al mirar casualmente por la ventana de mi estudio, paseando arriba y abajo, a la luz de la luna, sumidos en profunda conversación. No sé cómo ocurrió, pero aquella visión me molestó tanto que, tras varios intentos infructuosos de continuar con mi estudio, aparté los libros y abandoné el trabajo por aquella noche. A eso de las once miré otra vez, pero ya no estaban, y poco después escuché el paso arrastrado del tío Jeremy y la pisada firme y pesada del secretario cuando subían por la escalera que llevaba a sus dormitorios, en el piso de arriba.

IV

John Thurston nunca había sido un hombre muy observador, y creo que antes de que yo pasase tres días bajo el techo de su tío sabía mejor que él por dónde iban los tiros. Mi amigo se dedicaba con fervor a la química y se pasaba los días feliz entre tubos de ensayo y soluciones, encantado de la vida siempre que tuviera a mano un compañero afín al que poder comunicarle los resultados. En cuanto a mí, siempre he tenido una debilidad por el estudio y análisis del carácter humano, y encontraba muchas cosas interesantes en el microcosmos en el que vivía. En verdad, estaba tan absorto en mis observaciones que empecé a temer que mis estudios sufrieran considerablemente.

En primer lugar, descubrí que, fuera de toda duda, el verdadero señor de Dunkelthwaite no era tío Jeremy, sino el amanuense de tío Jeremy. Mi instinto médico me dijo que la absorbente pasión por la poesía, que no había sido más que una excentricidad inofensiva en los días jóvenes del anciano, se había convertido ahora en una total monomanía, que llenaba su mente hasta la exclusión de cualquier otro tema. Copperthorne, al dar gusto a su patrón sobre este punto en el que se le había hecho indispensable, había conseguido tener un poder absoluto sobre él en todo lo demás. Administraba sus asuntos monetarios y las cosas de la casa sin ser controlado ni cuestionado. Con todo, tenía suficiente sentido común como para ejercer su autoridad con tal suavidad que no irritaba a nadie, y por lo tanto no provocaba ninguna oposición. Mi amigo, ocupado con sus destilaciones y análisis, nunca llegó a darse cuenta de que era realmente un don nadie en la institución.

Ya he expresado antes mi convicción de que, aunque Copperthorne tenía algún sentimiento amoroso por la institutriz, ella no favorecía de ningún modo sus galanteos. Unos días después di en pensar que, sin embargo, existía,

aparte de este afecto no correspondido, algún otro vínculo que unía a esta pareja. Más de una vez lo vi asumir un aire hacia ella que sólo podría describirse como autoritario. Otras dos o tres veces los observé pasear por el césped y conversar seriamente a tempranas horas de la noche. No podía adivinar qué entendimiento mutuo existía entre ellos, y el misterio me picaba la curiosidad.

Es proverbialmente fácil enamorarse en una casa de campo, pero mi naturaleza nunca ha sido muy sentimental, y mi juicio no se veía desviado por ningún sentimiento de ese tipo hacia Miss Warrender. Por el contrario, me dediqué a estudiarla tal como habría hecho un entomólogo con un espécimen, de modo crítico, imparcial. Con tal objeto solía disponer mis estudios de forma que me dejaran libre en los momentos en que ella sacaba a los niños para que hicieran ejercicio, así que dimos varios paseos juntos, y conseguí una percepción más profunda de su carácter de lo que podría haber hecho de otro modo.

Había leído bastante, y tenía un conocimiento somero de varias lenguas, así como un gran gusto natural por la música. Bajo este barniz de cultura había, sin embargo, un gran tirón de lo salvaje en su naturaleza. Durante el curso de la conversación, ella solía dejar caer de vez en cuando algún comentario que casi me sobrecogía por su razonamiento primitivo, y por su desprecio de los convencionalismos de la civilización. Con todo, esto apenas podía extrañarme, cuando pensaba en que ya era una mujer antes de abandonar la tribu salvaje que regía su padre.

Recuerdo una ocasión que me chocó como algo particularmente característico, en la que sus originales hábitos salvajes se reafirmaron súbitamente. Íbamos caminando por la carretera comarcal, hablando de Alemania, donde ella había pasado unos meses, cuando de repente se detuvo en seco y se puso el dedo en los labios.

—¡Déjeme su bastón! —dijo, entre susurros.

Se lo pasé, y enseguida, para mi sorpresa, se lanzó ágil y silenciosamente a través de una hendidura del seto, se agachó y serpeó velozmente al amparo de una pequeña loma. Yo seguía mirándola asombrado, cuando un conejo apareció de pronto delante de ella y echó a correr. Ella tiró el palo tras él y le dio, pero la criatura pudo escapar, aunque arrastrando una pata.

Ella volvió conmigo exultante y jadeando.

—Lo vi moverse entre la hierba —dijo—. Le he dado.

—Sí, le ha dado. Le ha roto una pata —dije, con cierta frialdad.

—Le ha hecho daño —sollozó el niñito, apesadumbrado.

—¡Pobre animalito! —exclamó ella, con un repentino cambio en toda su actitud—. Siento haberlo lastimado.

Parecía terriblemente abatida por el incidente, y habló poco durante el resto de nuestro paseo. Por mi parte, no podía culparla mucho. Se trataba, evidentemente, del primigenio instinto depredador del salvaje, aunque con un efecto un tanto incongruente en el caso de una elegante damita en una vía pública inglesa.

John Thurston me dejó curiosear en su habitación privada un día en que ella no estaba. Tenía un montón de chucherías hindúes, que demostraban que había venido bien abastecida de su tierra natal. Su gusto oriental por los colores brillantes se exhibía de manera curiosa. Había ido al mercado y había comprado numerosas hojas de papel rosa y azul, y las había prendido en retazos sobre la severa cubierta con que estaban forradas antes las paredes. También tenía algo de oropel, que había puesto en los sitios más llamativos. El efecto general era cómicamente chillón y deslumbrante, pero aun así parecía haber algo conmovedor en este intento de reproducir la luminosidad de los trópicos en la fría morada inglesa.

Durante los primeros días de mi visita, la curiosa relación existente entre Miss Warrender y el secretario simplemente me había picado la curiosidad, pero a medida que pasaban las semanas y me interesaba más en la hermosa anglo-india, un sentimiento más profundo y más personal se apoderó de mí. Me devanaba los sesos conjeturando qué vínculo podía haber entre ellos. ¿Por qué, mientras durante el día ella mostraba todos los síntomas de sentir aversión por su compañía, caminaba a solas con él tras caer la noche? ¿Podía ser que el disgusto que mostraba hacia él ante los demás fuera una pantalla para esconder sus verdaderos sentimientos? Tal suposición parecía implicar un abismo de simulación en su naturaleza que parecía incompatible con sus ojos francos y sus orgullosos y bien definidos rasgos. Pero aun así, ¿qué otra hipótesis podía dar cuenta del poder que él, con casi total certeza, ejercía sobre ella?

Este poder se mostraba de muchas maneras, pero se ejercía de forma tan tranquila y silenciosa que nadie salvo un observador certero hubiera sabido de su existencia. Le había visto observarla con una mirada tan dominante y, según me parecía, tan amenazadora, que al momento siguiente apenas podía creer que su blanca e impasible cara pudiera haber sido capaz de una expresión tan intensa. Cuando la miraba de ese modo, ella daba un respingo y se estremecía como si tuviera un dolor físico.

—Decididamente —pensé—, es miedo y no amor lo que produce tales efectos.

Estaba tan interesado en el asunto que hablé con mi amigo John al respecto. Estaba en ese momento en su pequeño laboratorio, y andaba profundamente inmerso en una serie de manipulaciones y destilaciones que concluían en la producción de un gas pestilente, que nos hizo toser y atragantarnos a los dos. Aproveché la ocasión de nuestra forzosa escapada al aire libre para preguntarle sobre uno o dos puntos sobre los que quería información.

—¿Desde cuándo dices que lleva Miss Warrender con tu tío? —pregunté.

John me miró astutamente, y agitó su dedo manchado de ácido.

—Pareces estar sumamente interesado en la hija del difunto y muy llorado Ahmed Gengis —dijo.

—¿Quién podría evitarlo? —respondí, con franqueza—. Creo que es uno de los personajes más novelescos que me he encontrado en la vida.

—Dedícate a los estudios, muchacho —dijo John, en tono paternal—. Este tipo de cosas no va bien con los exámenes.

—¡No seas tonto! —protesté—. Cualquiera pensaría que estoy enamorado de Miss Warrender si te oyera hablar de ese modo. La miro como a un interesante problema psicológico, nada más.

—Sí, sí… un interesante problema psicológico, nada más.

John parecía tener aún fluctuando por su sistema nervioso algunos de los vapores del gas, pues sus maneras eran decididamente irritantes.

—Volviendo a mi pregunta original —dije—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Unos diez meses.

—¿Y Copperthorne?

—Más de dos años.

—¿Crees que podían conocerse de antes?

—¡Imposible! —dijo John, muy decidido—. Ella vino de Alemania. Vi la carta del viejo comerciante, en la que contaba su vida anterior. Copperthorne siempre ha estado en Yorkshire, salvo dos años en Cambridge. Tuvo que dejar la universidad por algún asunto no muy claro.

—¿Qué tipo de asunto?

—No sé —respondió John—. Lo llevan muy en secreto. Me imagino que el tío Jeremy lo sabe. Es muy aficionado a recoger bribones y darles lo que él llama una segunda oportunidad. Alguno de ellos sí que va a aprovechar la oportunidad un buen día de éstos.

—Así que Copperthorne y Miss Warrender eran unos completos desconocidos hasta hace unas semanas.

—Pues sí; y ahora creo que volveré y analizaré el sedimento.

—Al cuerno el sedimento —grité, deteniéndolo—. Hay más cosas de las que quiero hablarte. Si esos dos acaban de conocerse, ¿cómo se las ha arreglado él para tener ese ascendiente sobre ella?

John me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Ese poder? —dijo.

—Sí, el poder que ejerce sobre ella.

—Mi querido Hugh —dijo mi amigo, gravemente—, no tengo el hábito de citar mucho las Escrituras, pero hay un texto que se me viene irresistiblemente a la cabeza, y es «el mucho estudiar te ha vuelto loco». Has estado estudiando demasiado.

—¿Quieres decir —dije— que nunca has observado que hay alguna relación secreta entre la institutriz de tu tío y su amanuense?

—Prueba con bromuro de potasio —dijo John—. Es muy tranquilizante en dosis de veinte granos.

—Prueba tú con un par de anteojos —repliqué—, porque los necesitas fijo.

Y con esa estocada de despedida me volví sobre mis talones y salí muy enojado. No había andado ni veinte metros por el sendero de grava cuando vi a la misma pareja de la que acabábamos de estar hablando. Estaban un poco apartados, ella apoyada en el reloj de sol, y él de pie delante de ella, hablando seriamente, con ocasionales gesticulaciones espasmódicas. Con su figura alta y flaca elevándose sobre ella, y los movimientos espamódicos de sus largos brazos, parecía un gran murciélago revoloteando sobre su víctima. Recuerdo que ése era el símil que se me vino a la cabeza en aquel momento, quizás avivado por la sugestión de encogimiento y miedo que me parecía ver en cada curva de su bella figura.

Esa pequeña imagen era una ilustración tal del texto sobre el que yo había estado predicando, que estuve a punto de volver al laboratorio y sacar al incrédulo Jack pata que la presenciara. Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de llegar a una conclusión, Copperthorne me vio y, dándose la vuelta, caminó lentamente en dirección contraria, hacia los arbustos, y su acompañante seguía a su lado, cortando flores a medida que pasaba con su sombrilla.

Tras este pequeño episodio me fui a mi cuarto con la intención de avanzar con mis estudios, pero, hiciera lo que hiciese, mi mente se me iba de los libros

para conjeturar sobre este misterio.

Sabía por John que los antecedentes de Copperthorne no eran de los mejores, pero aun así había ganado un poder enorme sobre su atontado patrón. Pude constatar este hecho al observar el infinito esmero con que se dedicaba al hobby del viejo, y el tacto consumado con el que complacía y animaba sus extrañas veleidades poéticas. ¿Pero cómo podía explicar el otro poder, para mí igualmente obvio, que esgrimía sobre la institutriz? Ella no tenía caprichos que complacer. El amor mutuo podía explicar el vínculo entre ellos, pero mi instinto de hombre de mundo y de observador de la naturaleza humana me decía de forma concluyente que no había tal amor. Si no era amor, debía de ser miedo… una suposición que se veía favorecida por todo lo que había visto.

¿Qué había ocurrido, entonces, durante esos dos meses, para que la alegre princesa de ojos oscuros temiera al inglés de rostro blanco, voz suave y maneras gentiles? Ése era el problema que me decidí a resolver con una energía y seriedad que eclipsaron mi ardor por el estudio, y se mostraron superiores al terror por el examen que se acercaba.

Me aventuré a insinuar el tema esa misma tarde a Miss Warrender, a la que encontré sola en la biblioteca, pues los dos chiquillos se habían ido a pasar el día en la guardería de un hacendado vecino.

—Debe de sentirse bastante sola cuando no hay visitas —comenté—. No parece ser ésta una parte muy animada del país.

—Los niños son siempre una buena compañía —respondió—. Sin embargo, los voy a echar mucho de menos a usted y a Mr. Thornton cuando se vayan.

—Lamentaré que llegue ese momento —dije—. Nunca conté con disfrutar esta visita tanto como lo estoy haciendo; de todos modos, no le faltará compañía cuando nos hayamos ido, siempre le quedará Mr. Copperthorne.

—Sí, siempre tendremos a Mr. Copperthorne.

Habló con un tono de hastío.

—Es una compañía agradable —comenté—: tranquilo, instruido y afable. No me extraña que el viejo Mr. Thurston lo estime tanto.

Mientras decía aquello observé intensamente a mi compañera. Un ligero rubor apareció sobre sus oscuras mejillas, y tamborileó los dedos con impaciencia sobre los brazos del sillón.

—Sus maneras pueden ser un poco frías a veces… —proseguía yo, pero ella me cortó, volviéndose hacia mí con furia, con un resplandor de ira en sus ojos negros.

—¿Para qué quiere hablarme de él? —preguntó.

—Le pido perdón —respondí, sumiso—. No sabía que fuera un tema prohibido.

—No quiero volver a oír su nombre —gritó, ardientemente—. Lo odio, y a él lo odio también. ¡Ah!, si hubiera alguien que amara… es decir, como aman los hombres allende el mar, en mi tierra, entonces sabría qué decirle.

—¿Qué le diría? —pregunté, asombrado por su extraordinario arranque.

Se inclinó hacia adelante, hasta que me pareció sentir sobre mi cara el rápido jadear de su cálida respiración.

—Mata a Copperthorne —dijo—. Eso le diría. Mata a Copperthorne. Luego puedes venir y hablarme de amores.

Nada puede describir la intensa ferocidad con la que esas palabras silbaron entre sus blancos dientes.

Parecía tan venenosa cuando habló que involuntariamente me aparté de ella. ¿Podía ser esta pitón la recatada damita que se sentaba a diario tan estirada y calmada a la mesa del tío Jeremy? Contaba con conseguir alguna percepción de su carácter a través de mi sutil pregunta, pero jamás esperé convocar a un espíritu como éste. Debió de ver el horror y la sorpresa reflejados en mi cara, pues sus maneras cambiaron y se rió nerviosamente.

—Debe de creer que estoy verdaderamente loca —dijo—. Ya ve, es la formación hindú que aparece otra vez. No hacemos nada a medias tintas por allí… o se ama o se odia.

—¿Y por qué odia a Mr. Copperthorne? —pregunté.

—Bueno —respondió, con tono sumiso—, quizás odio es una palabra demasiado fuerte, después de todo. Disgusto estaría mejor. Hay algunas personas a las que no se puede evitar tener antipatía, aunque no se pueda dar una razón exacta.

Claramente, se arrepentía de su reciente arranque, y se esforzaba por explicarlo.

Como advertí que deseaba cambiar la conversación, la ayudé a hacerlo, e hice algún comentario sobre un libro de estampas hindúes que ella había cogido antes de que yo entrase, y que aún reposaba en su regazo. La colección del tío Jeremy era muy vasta, y particularmente rica en obras de este tipo.

—No son muy exactos —dijo, pasando las páginas multicolores—. Éste está bien, con todo —continuó, señalando la imagen de un caudillo vestido con cota de malla con un pintoresco turbante en la cabeza—. Éste está muy bien, decididamente. Mi padre iba vestido así cuando marchó en su corcel blanco y condujo a todos los guerreros del Duab para enfrentarse a los

Feringuíes. A mi padre lo escogieron entre todos ellos porque sabían que Ahmed Gengis Kan era un gran sacerdote a la par que un gran soldado. Nadie que no fuera un Borka probado dirigiría al pueblo. Ahora está muerto, y todos los que siguieron su estandarte están dispersos o muertos, mientras que yo, su hija, soy una sirvienta en tierra extraña.

—Sin duda, volverá a la India algún día —dije, en un intento un poco débil de consolarla.

Pasó distraídamente las páginas por unos momentos sin responderme. Luego dio un repentino grito de júbilo al detenerse ante una de las imágenes.

—Mire esto —exclamó, ansiosamente—. Es uno de nuestros vagabundos. Es un Bhutotí. Se parece bastante.

El cuadro que la había animado tanto representaba a un nativo de aspecto particularmente poco atractivo que tenía en una mano un pequeño instrumento que parecía una piqueta en miniatura, y un pañuelo a rayas o rollo de lino en la otra.

—Ese pañuelo es un rúmal —dijo—. Claro que no iría por ahí con él abiertamente de esa forma, ni llevaría el hacha sagrada, pero en todo lo demás es como debería ser. He estado muchas veces con algunos de ellos en las noches sin luna, cuando los Lughaees iban por delante y el incauto extranjero oía el Pilhaoo a la izquierda, a lo lejos, sin saber lo que quería decir. ¡Ah, ésa sí era una vida que merecía la pena vivirse!

—¿Y qué es un rúmal… y los Lughaee, y todo lo demás? —pregunté.

—Ah, son palabras hindúes —respondió, riéndose—. No las entendería.

—Pero —dije— esta imagen está señalada como un Dacoit, y siempre había pensado que un Dacoit era un ladrón.

—Eso es porque los ingleses no saben nada —observó—. Por supuesto, los Dacoits son ladrones, pero llaman ladrones a mucha gente que no lo es realmente. Este de aquí es un hombre santo, y con toda probabilidad un gurú.

Podría haberme dado más información sobre costumbres y tradiciones hindúes, pues era un tema del que le encantaba hablar; pero de repente, mientras la observaba, vi cómo le sobrevenía un cambio en la cara, y miró con ojos fijos la ventana que estaba detrás de mí. Miré alrededor, y allí estaba la cara del amanuense escudriñándonos a hurtadillas a la vuelta de la esquina. Reconozco que yo mismo me asusté ante aquella visión porque, con esa palidez cadavérica, la cabeza parecía estar separada de los hombros. Abrió con fuerza el bastidor de la ventana cuando vio que lo observábamos.

—Lamento interrumpirlos —dijo, mirando al interior—, pero, ¿no cree, Miss Warrender, que es una pena estar encajonados en un cuarto cerrado en

un día tan bonito? ¿No quieren salir y dar un paseo?

Aunque sus palabras eran corteses, las pronunció con una voz áspera y casi amenazadora, para que sonara más como una orden que como una petición. La institutriz se levantó, y sin ninguna protesta o comentario salió deslizándose para ponerse el bonete. Era otro ejemplo de la autoridad de Copperthorne sobre ella. Mientras él me miraba a través de la ventana abierta, una sonrisa de escarnio aparecía en sus delgados labios, como si le hubiera gustado mofarse con su demostración de fuerza. Con el sol brillando a sus espaldas, bien podría haber sido un demonio con su halo. Se quedó así unos instantes, mirándome con la malicia concentrada en su cara. Luego escuché sus fuertes pisadas chasqueando por el sendero de grava mientras caminaba en dirección a la puerta.

V

Después de la entrevista en la que Miss Warrender confesó su odio por el secretario, las cosas estuvieron tranquilas durante unos días en Dunkelthwaite. Tuve varias largas conversaciones con ella mientras paseábamos por el bosque con los dos pequeños, pero nunca fui capaz de llevarla al tema de su arranque en la biblioteca, ni ella me dijo nada que arrojase ninguna luz sobre el problema que tanto me interesaba. Siempre que yo hacía algún comentario que pudiera llevar en esa dirección, o me respondía a la defensiva o descubría súbitamente que ya era hora de que los niños volvieran a la guardería, así que desesperé de saber nada por sus labios.

Durante esa época estudié irregularmente y a ratos. De vez en cuando el tío Jeremy venía arrastrándose a mi cuarto con un rollo manuscrito en la mano, y me leía fragmentos de su gran poema épico. Cuando sentía necesidad de compañía solía ir de visita al laboratorio de John, y él, a su vez, venía a mi cuarto si se sentía solo. A veces solía variar la monotonía de mi estudio sacando mis libros a un emparrado entre los arbustos, y trabajaba allí mientras era de día. En cuanto a Copperthorne, lo evitaba si podía, y él, por su parte, parecía no estar nada ansioso por cultivar mi amistad.

Un día, alrededor de la segunda semana de junio, John vino a mí con un telegrama en la mano y una mirada de considerable disgusto en su rostro.

—¡Ésta es buena! —gritó—. El administrador quiere que vaya enseguida y me reúna con él en Londres. Se trata de algún asunto legal, supongo.

Siempre me está amenazando con poner en orden los asuntos, y ahora le ha dado un acceso de energía e intenta hacerlo.

—Supongo que no estarás mucho tiempo fuera —dije.

—Una semana o dos, quizá. Es bastante molesto, justo cuando estaba en el buen camino para separar ese alcaloide.

—Lo seguirás teniendo ahí cuando vuelvas —dije, entre risas—. Ninguno de los de aquí va a separarlo en tu ausencia.

—Lo que más me molesta es dejarte aquí —continuó—. Me parece bastante poco hospitalario pedirle a un compañero que se venga a un lugar solitario como éste y luego salir corriendo y dejarlo.

—No te preocupes por mí —respondí—. Tengo demasiado que hacer como para sentirme solo. Además, he encontrado atractivos en este lugar que jamás imaginé. No creo que en ningún momento de mi vida seis semanas hayan pasado tan rápidamente.

—¡Oh!, han pasado rápido, ¿verdad? —dijo John, y se rió para sus adentros. Estoy convencido de que seguía con la idea errónea de que yo estaba perdidamente enamorado de la institutriz.

Salió aquel mismo día en el primer tren, prometiendo escribir y darnos su dirección en la ciudad, pues aún no sabía en qué hotel se alojaría su padre. Bien poco sabía yo qué gran diferencia supondría esta pequeñez, ni lo que había de ocurrir antes de que volviera a ver a mi amigo. En ese momento no me afligió nada su partida. Hizo que los cuatro que quedábamos estuviéramos más juntos, y pareció favorecer que se resolviera el problema en el que yo me encontraba cada día más interesado.

A unos cuatrocientos metros de la casa de Dunkelthwaite hay un pueblito disperso del mismo nombre, que consiste en veinte o treinta cottages de techo de pizarra, con una iglesia revestida de hiedra y la inevitable taberna. En la tarde del mismo día en que John se fue, Miss Warrender y los dos niños bajaban hacia la oficina de correos del pueblo, y me ofrecí voluntario para acompañarlos.

A Copperthorne le habría gustado bastante impedir la excursión o haberse venido con nosotros, pero por suerte el tío Jeremy estaba con las angustias de la composición, y los servicios de su secretario le eran indispensables. Fue un paseo placentero, según recuerdo, pues los árboles daban buena sombra al camino, y los pájaros cantaban alegremente por encima de nosotros. Caminamos juntos, hablando de muchas cosas, mientras el niñito y la niñita correteaban, riendo y retozando.

Antes de llegar a la oficina de correos hay que pasar por la ya mencionada cantina. Al bajar por la calle del pueblo nos dimos cuenta de que se había formado un pequeño corrillo de gente delante de este edificio. Había más o menos una docena de chicos harapientos y chicas desaliñadas, junto con algunas mujeres sin sombrero, y un par de holgazanes del bar; posiblemente, la mayor reunión que se ha juntado jamás en los anales de aquel tranquilo vecindario. No alcanzábamos a ver qué era lo que excitaba su curiosidad, pero los niños se escabulleron y volvieron rápidamente con toda la información.

—¡Oh, Miss Warrender —gritó Johnnie, mientras llegaba corriendo, ansioso y jadeante—, ahí hay un hombre negro como los de sus cuentos!

—Un gitano, supongo —dije.

—No, no —dijo Johnnie, con decisión—; es más negro, ¿verdad, May?

—Más negro —repitió la niñita.

—Creo que mejor vamos y vemos de qué trata esta prodigiosa aparición dije.

Mientras hablaba miré a mi acompañante. Para mi sorpresa, estaba muy pálida, y sus grandes ojos negros parecían brillar con excitación contenida.

—¿No se encuentra bien? —pregunté.

—Sí, sí. ¡Vamos! —exclamó, ansiosa, apretando el paso—. ¡Vamos!

La visión que se encontraron nuestros ojos cuando nos unimos al pequeño círculo de rústicos era realmente peculiar. Me recordaba la descripción del malayo comedor de opio que De Quincey vio en la granja de Escocia. En el centro del círculo de aldeanos de Yorkshire estaba un vagabundo oriental, alto, flexible, y agraciado; sus ropajes de lino estaban manchados de polvo, y sus pies marrones sobresalían a través de sus toscos zapatos. Era evidente que había viajado a lo largo y ancho del mundo. Llevaba un pesado bastón en la mano, sobre el que se apoyaba, mientras sus ojos se perdían pensativos en la lejanía, aparentemente indiferentes a la multitud que lo rodeaba. Su pintoresco atuendo, con el turbante de colores y el rostro moreno, producía un efecto extraño e incongruente entre aquellos prosaicos alrededores.

—¡Pobre hombre! —me dijo Miss Wartender, con voz excitada y entrecortada—. Está cansado y hambriento, no hay duda, y no puede expresar lo que necesita. Voy a hablarle.

Y, yendo hacia el hindú, dijo unas palabras en su dialecto materno.

Nunca olvidaré el efecto que produjeron esas pocas sílabas. Sin decir una palabra, el vagabundo se echó de bruces sobre el polvoriento camino, y se arrastró sin reserva ninguna a los pies de mi acompañante. Yo había leído algo sobre formas orientales de humillación ante la presencia de un superior,

pero nunca hubiera imaginado que un humano pudiera expresar tal humildad abyecta como la que indicaba la actitud del hombre.

Miss Wartender habló otra vez en un tono severo y dominante, a lo que él se puso de pie de un salto y se quedó con las manos juntas y los ojos bajos, como un esclavo en presencia de su dueña. La pequeña multitud, que parecía pensar que la repentina postración era el preludio de algún juego de magia o entretenimiento acrobático, miraba divertida y entretenida.

—¿Le importaría seguir con los niños y echar las cartas? —dijo la institutriz—. Me gustaría hablar unas palabras con este hombre.

Accedí a sus deseos, y cuando regresé a los pocos minutos los dos seguían conversando. El hindú parecía hacer un relato de sus aventuras o detallar las razones de su viaje, porque hablaba rápidamente y con excitación, y los dedos le temblaban y sus ojos echaban fuego. Miss Warrender escuchaba atentamente, dando de vez en cuando un respingo o exclamación, que demostraba cuánto le interesaba la narración del hombre.

—Debo pedirle disculpas por tenerlo tanto tiempo de pie bajo el sol —dijo, volviéndose por fin hacia mí—. Debemos volver a casa, o llegaremos tarde a la cena.

Con algunas frases de despedida, que sonaron como órdenes, dejó a su moreno conocido muy quieto en la calle del pueblo, y nosotros paseamos hacia la casa con los niños.

—¿Y bien? —pregunté, con curiosidad natural, cuando estuvimos fuera del alcance del oído de los visitantes—. ¿Quién es, y qué es?

—Viene de las Provincias Centrales, cerca de la tierra de los Mahrattas. Es uno de los nuestros. Para mí ha sido todo un sobresalto encontrarme tan inesperadamente con un compatriota; me siento bastante turbada.

—Debe de haber sido agradable para usted —comenté.

—Sí, muy agradable —dijo, de corazón.

—¿Y por qué se tiró al suelo de ese modo?

—Porque sabía que yo era la hija de Ahmed Gengis Kan —dijo, orgullosa.

—¿Y qué avatar lo ha traído aquí?

—Bueno, es una larga historia —dijo, con indiferencia—. Ha llevado una vida errante. ¡Qué sombra hay en esta avenida, y cómo la cruzan las grandes ramas! Si usted trepara a una, podría caer sobre la espalda de cualquiera que pasara, y no sabrían que usted estaba allí hasta que sintieran sus dedos en el cuello.

—¡Qué horrible idea! —exclamé.

—Los lugares sombríos siempre me dan pensamientos sombríos —dijo, alegremente—. Por cierto, Mr. Lawrence, ¿me haría un favor?

—¿Y cuál sería? —pregunté.

No comente nada en casa sobre este pobre compatriota mío. Creerían que es un pordiosero y un vago, ya sabe, y mandarían que lo echasen del pueblo.

Estoy seguro de que Mr. Thurston no haría algo tan despiadado.

—No, pero Mr. Copperthorne sí lo haría.

—Como quiera —dije—, pero seguro que los niños dicen algo.

—No, no creo —respondió.

No sé cómo se las arregló para refrenar sus lengüecitas parlanchinas, pero desde luego guardaron silencio sobre este punto, y aquella tarde no se habló del extraño visitante que había llegado hasta nuestro villorrio.

Yo tenía la solapada sospecha de que este extranjero de los trópicos no era un vagabundo casual, sino que había venido a Dunkelthwaite con un propósito definido. Al día siguiente conseguí la evidencia más palmaria de que aún estaba por los alrededores, pues me encontré a Miss Warrender bajando por el paseo del jardín con un cesto lleno de mendrugos de pan y trozos de carne. Ella solía llevar estas sobras a varias ancianas del vecindario, así que me ofrecí a acompañarla.

—¿Hoy va a ser para la anciana Mrs. Venables o para Mrs. Taylforth? —pregunté.

—Ni la una ni la otra —dijo, sonriente—. Le diré la verdad, Mr. Lawrence, porque siempre ha sido un buen amigo mío, y creo que puedo confiar en usted. Estos mendrugos son para mi pobre compatriota. Colgaré la cesta en esta rama, y él la recogerá.

—Ah, entonces sigue por aquí —comenté.

—Sí, sigue en el vecindario.

—¿Cree que lo encontrará?

—Oh, seguro que lo hará —dijo—. No me culpa por ayudarle, ¿verdad? Usted haría lo mismo si viviera entre hindúes y de repente apareciese un inglés. Venga al invernadero y vea las flores.

Caminamos juntos hasta el invernadero. Cuando volvimos, la cesta seguía colgando de la rama, pero ya no estaba el contenido. La recogió riéndose *y se* la llevó.

Me parecía que desde el encuentro con su compatriota el día anterior, su humor había mejorado, y su comportamiento era más libre y suelto. Podía ser mi imaginación, pero también me parecía que no estaba tan forzada como

antes en presencia de Copperthorne, y que se enfrentaba a sus miradas con menos miedo, y estaba menos dominada por la influencia de su voluntad.

Y ahora llego a esa parte de este relato mío que describe cómo percibí por primera vez la relación que existía entre aquellos dos extraños mortales, y supe de la terrible verdad sobre Miss Warrender, o la Princesa Ahmed Gengis, como preferiría llamarla, pues con toda seguridad tenía más del fiero guerrero fanático que de su dulce madre.

La revelación me vino como un golpe, cuyo efecto nunca olvidaré. Es posible que, por la manera en la que he contado la historia, poniendo énfasis en aquellos hechos que tenían relación con ella, y omitiendo los que no la tenían, mis lectores ya hayan descubierto la tendencia que corría por sus venas. En cuanto a mí, declaro solemnemente que hasta el último momento no tuve ni la menor sospecha de la verdad. Bien poco sabía qué tipo de mujer era ésta, cuyas manos tomaba por amistad, y cuya voz era música para mis oídos. Con todo, creo, al mirar atrás, que realmente tenía una disposición favorable hacia mí, y no me hubiera hecho daño a sabiendas.

La revelación surgió de este modo. Creo que ya he mencionado que hay cierto emparrado entre los arbustos en el que yo solía estudiar de día. Una noche, a eso de las diez, al ir a mi cuarto, me di cuenta de que me había dejado un libro de ginecología en aquel pabellón y, como pretendía trabajar aún un par de horas antes de acostarme, salí con la intención de traerlo. El tío Jeremy y los criados ya se habían ido a la cama, así que bajé muy quedo por las escaleras y abrí suavemente la cerradura de la puerta principal. Una vez estuve al aire libre, me apresuré a cruzar el césped, y luego llegué a los arbustos, con la intención de recuperar mi propiedad y volver lo más rápidamente posible.

No bien había cruzado la puertecita de madera y entrado en el huerto cuando escuché ruido de voces, y me di cuenta de que había caído por casualidad en uno de esos cónclaves nocturnos que había observado desde mi ventana. Las voces eran la del secretario y la institutriz, y para mí era evidente, por la dirección en la que resonaban, que estaban sentados en el emparrado y conversaban sin la menor sospecha de la presencia de terceros. Siempre he mantenido que escuchar a hurtadillas, bajo cualquier circunstancia, es una práctica deshonrosa y, aunque tenía curiosidad de saber lo que pasaba entre esos dos, estaba a punto de toser o dar alguna otra señal de mi presencia, cuando de repente escuché algunas palabras de Copperthorne que me detuvieron, y dejaron todas mis facultades anonadadas por el asombro y el horror.

—Creerán que ha muerto de apoplejía —esas palabras sonaron claramente, a través del apacible aire de la noche, en los incisivos tonos del amanuense.

Me quedé sin aliento, todo oídos. Me había abandonado cualquier idea de anunciar mi presencia. ¿Cuál era el crimen que estos disparejos conspiradores incubaban en esta preciosa noche de verano?

Escuché los dulces y profundos tonos de la voz de ella, pero hablaba tan rápidamente, y en voz tan suave, que no pude entender las palabras. Por su entonación deduje que estaba bajo la influencia de una profunda emoción. Me acerqué de puntillas, con los oídos aguzados para captar cualquier sonido. Aún no había salido la luna, y bajo la sombra de los árboles estaba todo bastante oscuro. Había pocas posibilidades de que me vieran.

—¡Comido su pan, por supuesto! —dijo el secretario, mofándose—. Normalmente no es tan escrupulosa. No pensó en ello en el caso de la pequeña Ethel.

—¡Yo estaba loca! ¡Estaba loca! —exclamó con la voz rota—. Había rezado mucho a Buda y al gran Bhowanee, y me parecía que en esta tierra de infieles sería algo grande y glorioso para mí, una mujer sola, actuar según las enseñanzas de mi augusto padre. Se admiten pocas mujeres a los misterios de nuestra fe, y sólo por accidente me llegó ese honor. Pero, una vez que me señalaron el camino, anduve derecho y sin temor, y el gran gurú Ramdeen Singh dijo que incluso con catorce años era digna de sentarme entre el clero de la Touponee con las otras Bhuttotees. ¡Y aun así, juro por la piqueta sagrada que me ha pesado mucho, pues qué había hecho la pobre niña para ser sacrificada!

—Me imagino que el haberla pescado tiene más que ver con su arrepentimiento que el aspecto moral del caso —dijo Copperthorne, con una mirada despectiva—. Puede que haya tenido mis dudas en el pasado, pero cuando la vi levantarse con el pañuelo en la mano supe con certeza que nos honraba la presencia de una Princesa de los Thugs. Un patíbulo inglés sería un final muy prosaico para un ser tan novelesco.

—Y desde entonces ha usado lo que sabe para machacar toda mi vida —dijo ella amargamente—. Ha hecho que mi existencia sea una carga para mí.

—¡Una carga para usted! —dijo él, con la voz alterada—. Sabe cuáles son mis sentimientos. Si de vez en cuando la he dominado porque tenía miedo a que la desenmascarase, sólo fue porque vi que era insensible a la más suave influencia del amor.

—¡Amor! —gritó ella, con amargura—. ¿Cómo podría amar a un hombre que pusiera siempre ante mis ojos una muerte ignominiosa? Pero vayamos al grano. ¿Me promete libertad sin condiciones si hago esto por usted?

—Sí —respondió Copperthorne—; una vez que esté hecho, puede ir a donde quiera. Olvidaré lo que vi aquí en la maleza.

—¿Lo jura?

—Sí, lo juro.

—Haría cualquier cosa por mi libertad —dijo.

—Nunca volveremos a tener una oportunidad como ésta —gritó Copperthorne—. El joven Thurston está fuera, y su amigo duerme profundamente, y es demasiado estúpido como para sospechar nada. Ya se ha hecho el testamento a mi favor, y si el viejo muere cada árbol y cada piedra de esta gran propiedad serán míos.

—Entonces, ¿por qué no lo hace usted mismo? —preguntó ella.

—No es mi estilo —dijo él—. Además, me falta la destreza. El rúmal, o como quiera que se llame, no deja rastro. Ésa es su ventaja.

—Es execrable matar a quien te hace el bien.

—Pero es una gran cosa servir a Bhowanee, diosa del asesinato. Sé lo bastante de su religión como para saber eso. ¿No lo haría su padre si estuviera aquí?

—Mi padre fue el más grande de los Borkas de Jublepore —dijo ella, orgullosamente—. Ha matado a más hombres que días tiene el año.

—No me hubiera enfrentado con él ni por mil libras —comentó Copperthorne riéndose. Pero ¿qué diría ahora Ahmed Gengis Kan si viera a su hija dudar ante tal ocasión de servir a los dioses? Hasta ahora lo ha hecho de maravilla. Él habría sonreído cuando la infantil alma de la joven Ethel se elevaba a ese vuestro dios o diablo. Quizá no es éste el primer sacrificio que ha hecho usted. ¿Qué hay de la hija de ese caritativo comerciante alemán? ¡Ah, veo en su cara que tengo otra vez razón! Tras tales acciones, hace mal en dudar ahora, cuando no hay peligro y todo le será fácil. Además, esta acción la liberará de su existencia aquí, que no puede ser particularmente agradable con una cuerda al cuello, por así decirlo, todo el tiempo. Si se va a hacer, hay que hacerlo inmediatamente. En cualquier momento podría cambial su testamento, porque le cae bien el chico, y es más variable que una veleta.

Hubo una larga pausa, y un silencio tan profundo que me parecía oír mi propio corazón latiendo en la oscuridad.

—¿Cuándo se hará? —preguntó ella, al fin.

—¿Por qué no mañana por la noche?

—¿Cómo voy a llegar hasta él?

—Dejaré abierta la puerta de su cuarto —dijo Copperthorne—. Duerme profundamente, y dejaré una lucecita encendida, para que pueda ver usted por dónde va.

—¿Y después?

—Después volverá a su cuarto. Por la mañana se sabrá que nuestro pobre patrón ha muerto durante el sueño. También se sabrá que ha legado todos sus bienes terrenales a su fiel secretario, como una pequeña compensación por su dedicación en el trabajo. Entonces, como ya no se requerirán los servicios de la institutriz Miss Wartender, ella podrá volver a su amado país o a donde ella quiera. Puede huir con Mr. John Lawrence, estudiante de medicina, si así lo desea.

—Me insulta —dijo ella, enfadada; y luego, tras una pausa—. Usted deberá encontrarse conmigo mañana por la noche antes de que haga esto.

—¿Y por qué? —preguntó.

—Porque puede que yo necesite algunas instrucciones de última hora.

—Entonces digamos que aquí, a las doce —dijo él.

—No, aquí no. Es demasiado cerca de la casa. Encontrémonos bajo el roble grande que está al comienzo de la avenida.

—Donde quiera —respondió él, ceñudo—. Pero recuerde, no estaré con usted cuando lo haga.

—No se lo pediré —dijo ella, con desdén—. Creo que ya hemos dicho todo lo que había que decir por esta noche.

Escuché el ruido de uno de los dos al ponerse de pie, y aunque siguieron hablando no me quedé a oír más, sino que salí gateando silenciosamente de mi escondrijo y volé a través de la ensombrecida hierba hasta llegar la puerta, que cerré detrás de mí. Sólo una vez que alcancé mi cuarto y me hundí en mi sillón pude poner en orden mis sentidos dispersos y pensar en la terrible conversación que había oído. Me quedé sentado, sin moverme, hasta altas horas de la noche, meditando sobre cada una de las palabras que había escuchado, e intentando concebir en mi cabeza algún plan de acción para el futuro.

VI

¡Los Thugs! Había oído hablar de los locos fanáticos de ese nombre que se encuentran en la parte central de la India, y cuya perversa religión considera

el asesinato como el presente más alto y puro de todos los que un mortal puede ofrecer al Creador. Recuerdo una relación sobre ellos que había leído en las obras del coronel Meadows Taylor, sobre su clandestinidad, su organización, su carácter implacable, y el terrible poder que su locura homicida tiene sobre toda otra facultad mental o moral. Incluso recordaba ahora que el rúmal —una palabra que le he oído a ella mencionar más de una vez— era el pañuelo sagrado con el que solían llevar a cabo su diabólico propósito. Ya era toda una mujer cuando los dejó y, al ser, según su propio relato, la hija de su caudillo principal, no era extraño que el barniz de civilización no hubiese erradicado todas las impresiones tempranas ni evitase la aparición de ocasionales brotes de fanatismo. En uno de ellos, según parece, dio fin a la pobre Ethel, una vez que había preparado cuidadosamente una coartada para ocultar su crimen, y fue el descubrimiento accidental del asesinato por parte de Copperthorne lo que le dio el poder sobre su extraña compinche. De todas las muertes, la horca es la que estas tribus consideran la más impía y degradante, y saber que se había hecho acreedora a tal muerte según la ley del país fue evidentemente la razón para verse forzada a someter su voluntad y dominar su imperiosa naturaleza en presencia del amanuense.

En cuanto a Copperthorne, cuando reflexioné sobre lo que había hecho y lo que se proponía hacer se me llenó el alma de un gran horror y repugnancia. ¿Era ésta la recompensa por la amabilidad que el pobre anciano le había prodigado? Ya lo había engañado hasta el punto de que le legara sus propiedades, y ahora, por miedo de que alguna punzada de conciencia le hiciese cambiar de idea, había decidido quitarle toda posibilidad de escribir un codicilo. Todo esto ya era de por sí bastante malo, pero el colmo de todo ello era que, demasiado cobarde para realizar su propósito con sus propias manos, había hecho uso de las horribles creencias religiosas de la infortunada mujer para eliminar al tío Jeremy de forma que ninguna sospecha pudiera recaer sobre el verdadero criminal. Determiné que, pasara lo que pasara, el amanuense no escaparía del legítimo castigo que sus crímenes requerían.

¿Pero qué debía hacer yo? Si hubiera sabido la dirección de mi amigo le habría telegrafiado por la mañana, y él podría haber estado de vuelta en Dunkelthwaite antes de la noche. Lamentablemente, John era malísimo para mantener correspondencia, y aunque ya llevaba varios días fuera aún no teníamos noticia de su paradero. Había en la casa tres doncellas, pero ningún hombre, con la excepción del viejo Elías; y tampoco conocía yo a nadie del vecindario en quien pudiera confiar. Con todo, esto no era gran cosa, porque yo sabía que en cuanto a fuerza física yo era un contrincante más que parejo,

y tenía suficiente confianza en mí mismo como para saber que mi resistencia bastaría para evitar cualquier posibilidad de que la conspiración se llevase a cabo.

La cuestión era qué pasos debía dar en las presentes circunstancias. Mi primer impulso fue esperar hasta la mañana y luego ir (o mandar que fuera alguien) tranquilamente a la comisaría más cercana y traer a un par de alguaciles. Entonces podría entregar a la justicia a Copperthorne y a su cómplice femenina, y narrar la conversación que había oído por casualidad. Al pensarlo mejor, este plan me pareció bastante impracticable. ¿Qué pizca de evidencia tenía yo contra ellos salvo mi relato —el cual, para gente que no me conocía, aparecería con seguridad como muy disparatado e improbable—? También me podía imaginar bastante bien la voz digna de confianza y las maneras imperturbables con las que Copperthorne se opondría a la acusación, y cómo se extendería sobre la animadversión que yo le profesaba a él y a su compañera por su afecto mutuo. ¡Qué fácil le resultaría hacer creer a un tercero que yo estaba fabulando una historia con la esperanza de perjudicar a un rival, y qué difícil para mí hacer que alguien creyera que este caballero de aspecto clerical y esta damita elegantemente vestida eran dos aves de presa que cazaban en pareja! Me di cuenta de que sería un gran error por mi parte el mostrar mis cartas antes de estar seguro del triunfo.

La alternativa era no decir nada y dejar que las cosas siguieran su curso, y estar en todo momento preparado para intervenir cuando la evidencia contra los conspiradores fuera concluyente. Éste era el proceder más recomendable para mi disposición aventurera y juvenil, y también parecía ser el más adecuado para llegar a resultados concluyentes. Cuando, por fin, al romper el alba, me estiré en la cama, ya me había decidido completamente a guardar para mi capote lo que sabía, y confiar por entero en mí mismo para derrotar la conspiración de asesinato que había alcanzado a oír.

El viejo tío Jeremy estaba de buen humor a la mañana siguiente, después del desayuno, e insistió en declamar una escena de *Cenci* de Shelley, una obra por la que sentía profunda admiración. Copperthorne se sentaba a su lado, silencioso e inescrutable, salvo cuando intercalaba una sugerencia o pronunciaba una exclamación admirativa. Miss Warrender parecía estar sumida en sus pensamientos, y me pareció más de una vez ver lágrimas en sus negros ojos. Me resultaba extraño observar a los tres y pensar en la verdadera relación que los unía. Mi corazón le tomaba cariño a mi pequeño anfitrión de cara roja, con su extraño tocado y sus maneras anticuadas. Me juré a mí mismo que no le sucedería nada malo mientras yo pudiera evitarlo.

El día se fue consumiendo lenta y monótonamente. Me era imposible ponerme a trabajar, así que caminaba inquieto por los corredores de la anticuada casa y por el jardín. Copperthorne estaba arriba con el tío Jeremy, y apenas lo vi. Un par de veces, mientras daba vueltas por el exterior, percibí a la institutriz que venía con los niños en mi dirección, pero en las dos ocasiones la evité yéndome deprisa. Sentí que no iba a poder hablar con ella sin mostrar el intenso horror que me inspiraba, y así delatar mi conocimiento de lo que había sucedido la noche anterior. Se dio cuenta de que la evitaba, pues, al almuerzo, cuando mis ojos se cruzaron un momento con los suyos, mostró como un relámpago una mirada de sorpresa y agravio a la que, sin embargo, no respondí.

El correo de la tarde trajo una carta de John en la que decía que se alojaba en el Langham. Yo sabía que ahora era imposible que él me fuera de ninguna utilidad para compartir la responsabilidad sobre lo que pudiera ocurrir, pero pensé que, en cualquier caso, era mi deber telegrafiarle y hacerle saber que su presencia era conveniente. Esto implicaba un largo paseo a la estación, pero sería útil para ayudarme a pasar el rato, y sentí que se me quitaba un peso de encima cuando oí el traqueteo de las agujas que me decía que mi mensaje estaba volando hacia su destino.

Cuando llegue a la puerta de la calle, a mi regreso de Ingleton, me encontré allí parado a nuestro anciano criado Elías, aparentemente muy encolerizado.

—Dicen que una rata llama a las otras —me dijo, saludando con el sombrero—, y parece ser igual con los morenitos.

Nunca le había gustado la institutriz a causa de lo que él llamaba «sus maneras encopetadas».

—Bueno, ¿qué es lo que pasa? —pregunté.

—Es uno de esos extranjeros que anda escondiéndose y merodeando —dijo el anciano—. Lo vi aquí, entre los arbustos, y lo eché cantándole las cuarenta. Seguro que quería robar las gallinas, o quemar la casa y matarnos a todos mientras dormíamos. Bajaré al pueblo, Mr. Lawrence, y veré qué es lo que busca —y se fue a toda prisa en un arranque de furor senil.

Este pequeño incidente me impresionó bastante, y pensé seriamente sobre ello mientras subía la larga avenida. Estaba claro que el hindú errante seguía merodeando por las dependencias. Era un factor que había olvidado tener en cuenta. Si su compatriota lo enrolaba como cómplice de sus oscuros planes, quizá los tres juntos fueran demasiado para mí. Aun así, me parecía poco

probable que ella lo hiciera, pues se había tomado demasiadas molestias en ocultar su presencia a Copperthorne.

Me sentí un poco tentado a confiarme a Elías, pero pensándolo bien llegué a la conclusión de que un hombre de su edad como aliado sería más un estorbo que una ayuda.

A eso de las siete iba hacia mi cuarto cuando me encontré con el secretario, que me preguntó si le podía decir dónde estaba Miss Warrender. Le respondí que no la había visto.

—Es curioso —dijo— que nadie la haya visto desde la comida. Los niños no saben dónde está. Tenía un particular interés en hablar con ella.

Se fue a toda prisa, con una expresión agitada y molesta en su semblante.

En lo que a mí respecta, la ausencia de Miss Warrender no era motivo de sorpresa. Sin duda, ella estaba en algún lugar de los arbustos, poniéndose nerviosa por el terrible trabajito que se había comprometido a hacer. Cerré la puerta tras mí y me senté, con un libro en la mano y la mente demasiado ida como para entender su contenido. Ya había preparado mi estrategia. Decidí tener a la vista su lugar de encuentro, seguirlos, e interferir en el momento en que mi actuación fuera más efectiva. Había escogido un palo, grueso y nudoso, muy querido a mi corazón de estudiante, y sabía que con él sería el dueño de la situación, pues me había cerciorado de que Copperthorne no tenía armas de fuego.

No recuerdo ninguna época de mi vida en que las horas hayan pasado tan despacio como aquellas que pasé aquella noche en mi cuarto. A lo lejos escuchaba los suaves tonos del reloj de Dunkelthwaite cuando daba las ocho y luego las nueve y luego, tras una interminable pausa, las diez. Después de aquello, parecía como si el tiempo se hubiera detenido totalmente mientras paseaba por mi cuartito, temiendo y la vez anhelando la hora, tal como les ocurre a los hombres cuando han de afrontar alguna gran prueba. No obstante, todo llega a su término, y por fin vino, resonando por el aire con claridad, el primer tañido que anunciaba las once. Luego me levanté, me puse mis zapatillas flexibles, cogí mi palo y salí de mi cuarto deslizándome en silencio, y después bajé la anticuada y chirriante escalera. Podía oír los estentóreos ronquidos del tío Jeremy en el piso de arriba. Me las arreglé para encontrar a oscuras el camino hasta la puerta, y tras abrirla, salí a la hermosa noche estrellada.

Tenía que ser muy cuidadoso en mis movimientos, porque la luna brillaba tanto que había casi tanta luz como de día. Me pegué a la sombra de la casa hasta llegar al seto del jardín, y luego, gateando a su amparo, me encontré a

salvo en el arbusto en el que había estado la noche anterior. Me abrí paso a través de él, caminando con mucha cautela y precaución, no fuera que crujiese alguna ramita a mi paso. De este modo avancé hasta encontrarme en el matorral que está al final del plantío, donde tenía plena visión del gran roble situado en el extremo superior de la avenida.

Había alguien de pie a la sombra del roble. Al principio me costó distinguir quién era, pero luego la figura empezó a moverse, salió a un lugar plateado donde rielaba la luz de la luna entre dos ramas, y miraba con impaciencia a uno y otro lado. Entonces vi que era Copperthorne, que esperaba en solitario. A lo que parecía, la institutriz aún no había llegado a la cita.

Como yo quería oír a la par que ver, me abrí paso serpenteando bajo las oscuras sombras de los árboles, en dirección del roble. Cuando me detuve, estaba a menos de quince pasos del lugar en que se veía la alta y flaca figura del amanuense, torva y horrible, bajo la cambiante luz. Paseaba intranquilo, desaparecía un momento en la sombra, y al siguiente reaparecía en los sectores plateados en los que la luz de la luna atravesaba la espesura que lo cubría. A juzgar por sus movimientos, era obvio que estaba confundido y desconcertado porque su cómplice no aparecía. Finalmente, se colocó bajo una gran rama que ocultaba su figura, mientras que él, desde allí, dominaba la vista del camino de gravilla que venía desde la casa, y por el cual, sin duda, esperaba que llegase Miss Warrender.

Yo seguía echado en mi escondite, congratulándome para mis adentros por haber conseguido un puesto desde el que podía oírlo todo sin riesgo de que me descubrieran, cuando de repente mis ojos vieron algo que me llevó el corazón a la boca, y casi me hizo pronunciar una exclamación que hubiera delatado mi presencia.

Ya he dicho que Copperthorne estaba justo al lado de una de las grandes ramas del roble. Tras él, todo estaba sumido en la más negra sombra, pero la parte superior de aquella rama se veía plateada por la luz de la luna. Al mirar me di cuenta de que algo bajaba gateando por esa rama iluminada, algo que fluctuaba, algo apenas apuntado, que casi no se podía distinguir de la misma rama, y que se abría paso hacia abajo retorciéndose de manera lenta pero constante. Al mirar, mis ojos se iban acostumbrando a la luz, y entonces este algo indefinido fue tomando forma y sustancia. Era un ser humano —un hombre—, el hindú que había visto en el pueblo. Se iba arrastrando, con las piernas y brazos enroscados a la gran rama, tan silenciosa y casi tan rápidamente como una de las serpientes de su tierra.

Antes de que tuviera tiempo de pensar sobre el sentido de su presencia, ya estaba justo sobre el lugar en que estaba el secretario, y su broncíneo cuerpo se mostraba claramente por contraste con el disco de la luna que lo enmarcaba. Lo vi coger algo de su cintura, dudar por un momento, como si estuviera calculando la distancia, y luego saltar hacia abajo, cayendo con estrépito a través del follaje. Hubo un fuerte golpe seco, como el de dos cuerpos cayendo a la vez, y luego se elevó, a través del aire de la noche, un ruido como de alguien haciendo gárgaras, seguido de una serie de graznidos, cuyo recuerdo me perseguirá hasta el día de mi muerte.

Mientras tal tragedia tomaba cuerpo ante mis ojos, lo totalmente inesperado de ella y su horror me privaron del poder de reaccionar de ningún modo. Sólo aquellos que han estado en situación similar pueden imaginar la completa parálisis de cuerpo y mente que le viene a un hombre en tales aprietos, y le impide hacer las mil y una cosas que, más tarde, se pueden sugerir como apropiadas para la ocasión. No obstante, cuando aquellos sonidos de muerte llegaron a mis oídos, desperté de mi letargo y salí corriendo de mi escondite con un gran grito. Ante ese ruido el joven Thug se separó de su víctima de un salto con un gruñido de fiera salvaje a la que ahuyentasen de su presa cobrada, y salió zumbando por la avenida a tal velocidad que me di cuenta de que me sería imposible alcanzarlo. Corrí hasta el secretario y le alcé la cabeza. Su rostro estaba amoratado y horriblemente distorsionado. Le aflojé el cuello de la camisa e hice todo lo que pude para reanimarlo, pero fue inútil. El rúmal había hecho su trabajo, y estaba muerto.

Tengo muy poco que añadir a esta extraña narración. Si me he extendido un poco, creo que no debo disculparme por ello, pues simplemente he dispuesto los hechos sucesivos de un modo llano y directo, y la narración estaría incompleta si faltara alguno de ellos. Más tarde me enteré de que Miss Warrender había cogido el tren de las 7:20 para Londres, y que se encontraba a salvo en la metrópoli antes de que pudiera empezar su búsqueda. En cuanto al mensajero de la muerte que ella había dejado para que asistiera a su cita con Copperthorne bajo el viejo roble, nunca más se supo de él ni se le volvió a ver. Se dio la alarma por toda la región, pero no hubo ningún resultado. Sin duda, el fugitivo se pasaba los días en escondites, y viajaba rápidamente de noche, viviendo de los mendrugos que podía comer, sobreviviendo como sólo un oriental puede hacerlo hasta estar fuera de peligro.

John Thurston regresó al día siguiente, y recibió todos los hechos en sus atónitos oídos. Estuvo de acuerdo conmigo en que quizás era mejor no decir nada de lo que yo sabía sobre los planes de Copperthorne y las razones que lo

mantuvieron fuera de la casa a tan altas horas aquella noche de verano. Por tanto, ni siquiera la policía del condado ha sabido nunca la historia completa de esa extraña tragedia, y desde luego nunca la sabrá, a menos que, claro, los ojos de alguno de ellos se posen por casualidad sobre este relato. El pobre tío Jeremy lamentó la pérdida de su secretario durante meses, y fueron muchos los versos que derramó en la forma de epitafios y de poemas «In Memoriam». El mismo se ha reunido ya con sus antepasados, y la mayor parte de sus propiedades han pasado, me alegra decirlo, al heredero adecuado, su sobrino.

Sólo hay un punto sobre el que me gustaría hacer un comentario. ¿Cómo fue que el Thug errante llegó a Dunkelthwaite? Esta cuestión nunca se ha aclarado; pero no tengo la menor duda, ni creo que pueda tenerla nadie que considere los hechos del caso, de que su aparición no fue casual. La secta de la India es un cuerpo grande y poderoso, y cuando decidieron buscar a un nuevo caudillo, pensaron naturalmente en la hermosa hija de su difunto jefe. No sería difícil seguirle la pista por Calcuta, por Alemania, y finalmente hasta Dunkelthwaite. Había venido, sin duda alguna, con el mensaje de que en la India no la habían olvidado, y que la esperaba una calurosa bienvenida si decidía juntar a los dispersos miembros de su tribu. Esto puede parecer traído por los pelos, pero es la opinión que siempre he mantenido sobre el asunto.

Comencé esta narración con la cita de una carta, y la terminaré con otra. Ésta es de un viejo amigo, el Dr. B.C. Haller, un hombre de conocimiento enciclopédico, y particularmente versado en costumbres y tradiciones de la India. Gracias a su gentileza puedo reproducir las diversas palabras autóctonas que escuché de vez en cuando de labios de Miss Warrender, pero que no habría sido capaz de recordar si él no me las hubiera indicado. Ésta es una carta en la que me comenta el asunto, que yo le había mencionado en nuestras charlas algún tiempo atrás:

> Mi querido Lawrence:
>
> Prometí escribirte acerca de los Thuggee, pero mi tiempo ha estado tan ocupado que sólo ahora puedo cumplir mi palabra. Me interesó mucho tu insólita experiencia, y me gustaría mucho hablar contigo más detenidamente sobre el asunto. Me gustaría informarte de que es muy extraño que una mujer sea iniciada en los misterios de los Thuggee, y en este caso probablemente se ha debido a que ella probó, por casualidad o adrede, el sagrado gur, que es el sacrificio que la banda ofrece tras cada asesinato. Cualquiera que haga eso se convierte en un Thug activo sin

importar su casta, sexo o condición. Al ser de sangre noble, seguro que pasó rápidamente por los diferentes grados de Tilhaee, o explorador, Lughaee, o sepulturero, Shumsheea, el que sujeta las manos de la víctima, y finalmente de Bhuttotee, o estrangulador. Para todo esto a ella la ha debido de instruir su Gurú, o consejero espiritual, del que ella menciona en tu relato que había sido su propio padre, que era un Borka, o Thug experto. Una vez que hubo alcanzado esa posición, no me extraña que sus instintos fanáticos brotaran de vez en cuando. El Pilhaoo que menciona una vez es el augurio de la mano izquierda, que si es seguido por el Thibaoo, o augurio de la derecha, se considera como indicación de que todo va a ir bien. A propósito, mencionas que el viejo cochero vio al hindú acechando entre los arbustos por la mañana. ¿Sabes lo que estaba haciendo? O mucho me equivoco, o estaba cavando la tumba de Copperthorne, pues está muy en contra de las tradiciones Thug matar a un hombre sin tener antes algún receptáculo preparado para su cuerpo. Por lo que sé, sólo un oficial inglés en la India ha sido víctima de la fraternidad, y fue el teniente Monsell, en 1812. Desde entonces, el coronel Sleeman la ha erradicado en gran medida, aunque es incuestionable que es mucho más floreciente de lo que las autoridades suponen. En verdad «los lugares sombríos de la tierra están llenos de crueldad», y nada salvo el Evangelio disipará eficazmente esas tinieblas. Te animo a publicar estas anotaciones si te parece que pueden arrojar alguna luz sobre tu relato.

Tuyo afectísimo,

B.C. HALLER

EL ANILLO DE THOTH[13]

Mr. John Vansittart Smith, F.R.S., domiciliado en el 147-A de Gower Street, era un hombre cuya fuerza de voluntad y claridad de juicio podrían haberle situado en el puesto más alto de los observadores científicos. Sin embargo, fue víctima de una ambición de universalidad que le incitó a querer sobresalir en todo orden de materias en vez de lograr la celebridad en una en concreto. En sus primeros años demostró una aptitud especial para la zoología y la botánica, lo que hizo que sus amigos le considerasen un segundo Darwin; pero cuando estaba a punto de obtener una cátedra, interrumpió repentinamente sus estudios y concentró toda su atención en la química. En esta materia, sus investigaciones sobre el espectro de los metales le acreditaron como miembro de la Royal Society; pero de nuevo jugó la baza de la veleidad y, después de un año de ausencia del laboratorio, se afilió a la Oriental Society y dio lectura a una comunicación sobre las inscripciones jeroglíficas y demóticas de El Kab, proporcionando de esta manera un ejemplo fehaciente de la versatilidad e inconstancia de su talento.

Sin embargo, hasta el más voluble de los pretendientes está expuesto a ser cazado al fin, y esto fue lo que le sucedió a John Vansittart Smith. Cuanto más profundizaba en la egiptología, más impresionado quedaba por el vasto campo que se abría al investigador y por la excepcional importancia de una materia que prometía arrojar alguna luz sobre los primeros gérmenes de la civilización humana y el origen de la mayor parte de nuestras artes y ciencias. Tan impresionado estaba Mr. Smith que contrajo inmediatamente matrimonio con una joven egiptóloga que había escrito acerca de la sexta dinastía. Asegurada de esta forma una sólida base de operaciones, comenzó a recoger materiales para una obra que aglutinaría el rigor de Lepsius y la genialidad de Champollion. La preparación de esta *magnum opus* le obligó a realizar muchas visitas perentorias a las magníficas colecciones egipcias del Louvre, y fue precisamente en la última de éstas, no más allá de mediados del pasado octubre, cuando se vio envuelto en la más extraña y notable de las aventuras.

Los trenes habían sido lentos y el paso del Canal borrascoso, de modo que llegó a París en un estado algo nervioso y febril. Cuando se encontró en el Hotel de France, en la rue Laffitte, se tumbó en un sofá durante un par de horas, pero al ver que era incapaz de conciliar el sueño, resolvió a pesar de la fatiga hacer una visita al Louvre, comprobar los temas que había venido a solucionar y coger el tren nocturno para Dieppe. Tomada esta determinación, se puso encima el abrigo, pues era un día frío y lluvioso, y emprendió el camino a través del bulevar de los Italianos y bajó por la avenida de la Ópera. Ya dentro del Louvre se hallaba en terreno familiar y se dirigió rápidamente a la colección de papiros que tenía intención de consultar.

Ni los más entusiastas de los admiradores de John Vansittart Smith podrían asegurar que era un hombre atractivo. Su larga nariz aguileña y la barbilla prominente tenían el mismo carácter agudo e incisivo que distinguía su intelecto. Mantenía erguida la cabeza a la manera de un pájaro, y parecían también picotazos de pájaro los movimientos con que lanzaba sus razonamientos y réplicas en el transcurso de la conversación. Mientras permanecía allí, con el cuello del abrigo levantado hasta las orejas, podría haber observado en el reflejo de la vitrina de cristal que tenía ante él que su aspecto resultaba bastante singular. Pero sólo cayó en la cuenta de esta circunstancia, recibida como una súbita sacudida, cuando alguien que hablaba en inglés exclamó a sus espaldas en un tono perfectamente audible:

—¡Qué aspecto tan raro tiene ese individuo!

El investigador contaba con una considerable proporción de frívola vanidad en su personalidad, que se manifestaba en una despreocupación ostentosa y exagerada por toda suerte de consideraciones personales. Se mordió los labios y se concentró en el rollo de papiro, mientras su corazón rebosaba rabia contra toda la raza de viajeros británicos.

—Sí —dijo otra voz, realmente es mi tipo extraordinario.

—¿Sabes? dijo el que había hablado primero, uno podría creer que el tipo ese se ha quedado medio momificado a fuerza de contemplar tantas momias.

—Desde luego, tiene las facciones de un egipcio —dijo el otro.

John Vansittart giró sobre sus talones, decidido a humillar a sus compatriotas con una o dos observaciones corrosivas. Para su sorpresa y alivio, los dos jóvenes que habían estado conversando estaban de espaldas y contemplaban a uno de los vigilantes del Louvre, ocupado en sacar brillo a los bronces del otro lado de la sala.

—Carter nos está esperando en el Palais Royal —dijo uno de los turistas, consultando su reloj. Después se marcharon con ruidosas pisadas y el

estudioso quedó a solas con sus estudios.

«Me gustaría saber a qué llaman esos charlatanes facciones de egipcio», pensó John Vansittart Smith, y cambió ligeramente de posición para echar un vistazo a la cara del hombre en cuestión. Nada más ponerle los ojos encima experimentó un sobresalto. Desde luego se trataba del mismo tipo de cara que sus estudios le habían hecho tan familiar. Los uniformes rasgos esculturales, la frente ancha, la barbilla redondeada y la tez morena eran una réplica exacta de las innumerables estatuas, las momias que había en las vitrinas y los dibujos que decoraban las paredes de la sala. El parecido estaba más allá de la mera coincidencia. Aquel hombre debía de ser egipcio. La característica angulosidad de los hombros y la estrechez de caderas bastaban para identificarle.

John Vansittart Smith arrastró los pies hacia el vigilante con intención de dirigirle la palabra. No era un hombre brillante en la conversación y le resultaba difícil dar con el medio justo entre la brusquedad del superior y la simpatía del igual. A medida que se acercaba, el rostro de aquel individuo se le presentaba con mayor claridad, aunque permanecía concentrado en su trabajo. Al fijar los ojos en la piel del extraño vigilante, Vansittart Smith recibió la impresión repentina de que su aspecto tenía algo de inhumano y preternatural. Sobre las sienes y los pómulos aparecía un brillo vidrioso, como de pergamino barnizado. No había señal de poros. Uno no podía imaginarse una gota de sudor sobre aquella superficie. Desde la frente a la barbilla, sin embargo, la piel estaba surcada por un millón de delicadas arrugas, que se cruzaban y entrelazaban, como si la naturaleza, dejándose llevar por un capricho propio de los maoríes, hubiera intentado trazar el dibujo más intrincado y extravagante que pudiera idear.

—*Où est la collection de Menphis?* -preguntó el investigador, con ese aire inoportuno de quien busca una pregunta con el único propósito de entablar conversación.

—*C’est là* —contestó secamente el hombre, indicándole con la cabeza el otro lado de la sala.

—*Vous êtes un Egyptien, n’est-ce pas?* —preguntó el inglés.

El vigilante miró hacia arriba y clavó sus oscuros y extraños ojos en el interlocutor. Eran unos ojos vidriosos, con un brillo seco y nebuloso que no había visto hasta entonces en un ser humano. Al fijar su mirada en ellos, descubrió en sus profundidades una especie de dramática emoción que subía y descendía hasta desembocar en una mirada que tenía tanto de horror como de odio.

—*Non, monsieur; je suis Français*.

El hombre se dio la vuelta con cierta brusquedad y se encorvó de nuevo para dedicarse a su trabajo de limpieza. El estudioso le miró con asombro durante unos instantes, se retiró a un asiento que había en un rincón apartado detrás de una de las puertas y procedió a poner en orden las anotaciones extraídas de sus investigaciones entre los papiros. Sin embargo, sus pensamientos se resistían a regresar a su cauce natural y se escapaban una y otra vez hacia el enigmático vigilante de cara de esfinge y piel de pergamino.

«¿Dónde he visto yo unos ojos como ésos? —se preguntaba John Vansittart Smith—. Hay algo de saurio en ellos, algo de reptil. Como la membrana nictitante de las serpientes —reflexionó, recordando sus estudios de zoología—. Es lo que produce el efecto vidrioso. Pero hay algo más. Tienen una expresión de fuerza, de sabiduría, al menos así lo interpreto yo, y de cansancio, un cansancio absoluto… y de indecible desesperación. Tal vez sean imaginaciones mías, pero nunca había recibido una impresión tan fuerte. ¡Por Júpiter! Tengo que examinarlos otra vez».

Se levantó y dio una vuelta por los salones egipcios, pero el hombre que le despertaba tanta curiosidad había desaparecido.

El investigador volvió a sentarse en su apacible rincón y reanudó sus anotaciones. Había encontrado en los papiros la información que buscaba y sólo quedaba ponerla por escrito mientras permanecía fresca en su memoria. Durante un rato el lápiz corrió por el papel, pero poco a poco las líneas empezaron a torcerse, las palabras se hicieron borrosas y, finalmente, el lápiz tintineó en el suelo y la cabeza del investigador cayó pesadamente sobre su pecho. Rendido por el viaje, se sumergió en un sueño tan profundo en su solitario rincón detrás de la puerta que ni el ruido metálico producido por los vigilantes, ni las pisadas de los visitantes, ni siquiera el ronco estrépito de la campana al dar el aviso de cierre fueron suficientes para despertarle.

La penumbra dio paso a la oscuridad, el bullicio de la rue de Rivoli aumentó y después disminuyó. En la lejana Notre Dame sonaron las campanadas de la medianoche y la figura oscura y solitaria permanecía sentada en silencio entre las sombras. Era cerca de la una de la madrugad cuando John Vansittart Smith, con un súbito jadeo y una aspiración profunda, recobró la conciencia. Durante unos instantes le rondó la idea de que se había quedado dormido en el sillón de lectura de su propia casa. Sin embargo, la luz de la luna penetraba a rachas por la ventana sin postigos y, a medida que sus ojos recorrían las hileras de momias y la inacabable sucesión de estanterías barnizadas, recordaba con claridad dónde se encontraba y cómo había llegado

a esa situación. No era nervioso. Se sentía atraído por las situaciones novelescas, lo cual es característico de su raza. Estiró los miembros entumecidos, consultó el reloj y dejó escapar una carcajada al ver la hora que era. El episodio podía constituir una admirable anécdota que relataría en su próximo trabajo, y que sería como un descanso entre las graves y pesadas especulaciones. Tenía un poco de frío, pero se encontraba perfectamente despierto y recuperado. No había nada de sorprendente en el hecho de que el vigilante no hubiera reparado en él, pues la puerta proyectaba una espesa sombra directamente sobre su pupitre.

El silencio absoluto era impresionante. No se oía ni un solo crujido o murmullo ni en el interior ni en el exterior. Estaba solo entre los cadáveres de una civilización desaparecida. ¡Qué importaba el mundo exterior, totalmente librado al bullicio del siglo XIX! En toda aquella sala no había un solo objeto que no hubiera soportado el paso de cuatro mil años. Allí estaban los restos que el gran océano del tiempo había rescatado de aquel lejano imperio. Desde la majestuosa Tebas, desde la altiva Luxor, desde los grandes templos de Heliópolis, desde un centenal de nimbas expoliadas, aquellas reliquias habían sido reunidas. El investigador miró a su alrededor y contempló las mudas figuras que brillaban vagamente a naves de las tinieblas, antaño animadas por múltiples afanes, ahora tan silenciosas, y se vio arrastrado por un sentimiento de respeto y honda meditación. Una desacostumbrada conciencia de su propia juventud e insignificancia le invadió. Recostado en el asiento, su mirada soñadora vagó a lo largo de las salas, donde la luz de la luna proyectaba rayos plateados, y que ocupaban toda un ala del espacioso edificio. Por fin sus ojos recayeron sobre el resplandor amarillo de una lámpara distante.

John Vansittart Smith se incorporó en su asiento con los nervios al límite. La luz avanzaba despacio hacia él, deteniéndose de vez en cuando, para acercarse a continuación con pequeñas sacudidas. El portador de la luz se movía sin producir el menor ruido. En aquel profundo silencio ni siquiera se percibía el más mínimo roce de los pies que avanzaban. Lo primero que se le pasó por la cabeza al inglés es que se trataba de ladrones. Se recogió todavía más en su rincón. La luz estaba ya a dos salas de distancia. Ahora se encontraba en la sala de al lado y seguía sin escucharse sonido alguno. Con una sensación cercana al estremecimiento o al miedo, el investigador descubrió un rostro, un rostro que parecía flotar en el aire, detrás del resplandor de la lámpara. El cuerpo se hallaba oculto entre las sombras, pero la luz incidía sobre aquel extraño rostro de expresión anhelante. No había

posibilidad de error: el brillo metálico de los ojos y la piel cadavérica. Era el vigilante con quien había conversado antes.

El primer impulso de Vansittart Smith fue acercarse y dirigirle la palabra. Unas pocas frases de explicación serían suficientes para aclarar la cuestión, y después le conducirían sin duda hacia alguna puerta lateral desde la que podría regresar al hotel. Cuando el hombre entró en la sala, sin embargo, había algo tan clandestino en sus movimientos y tan furtivo en su expresión que el inglés abandonó su propósito. Estaba claro que no se trataba de la ronda ordinaria de un funcionario. El individuo llevaba puestas unas zapatillas de suela de fieltro, caminaba de puntillas y lanzaba rápidas miradas a derecha e izquierda, mientras la llama de la lámpara oscilaba por efecto de su respiración agitada. Vansittart Smith se agazapó silencioso en el rincón, observándole con creciente interés, convencido de que su visita obedecía a algún motivo secreto y probablemente ocultaba fines siniestros.

Sus movimientos no revelaban la menor vacilación. Se dirigió con paso ligero y rápido hacia una de las grandes vitrinas, sacó tina llave de su bolsillo y abrió la cerradura. Entonces bajó una momia del estante superior, avanzó unos pasos y la depositó con sumo cuidado y solicitud en el suelo. Colocó la lámpara al lado y, a continuación, poniéndose en cuclillas al estilo oriental, empezó a deshacer con sus dedos largos y temblorosos las telas enceradas y los vendajes que la recubrían. A medida que se desplegaban las tiras de tela, un fuerte y aromático olor invadió la sala, y fragmentos de perfumada madera y especias cayeron con un ruido sordo en el suelo de mármol.

Para John Vansittart Smith era evidente que aquella momia jamás había sido despojada de su vendaje. La operación le interesaba profundamente. La observó con curiosidad y emoción, y su cabeza de pájaro fue alargándose detrás de la puerta. Sin embargo, cuando aquella cabeza de cuatro mil años de antigüedad fue desposeída del último vendaje, el investigador apenas pudo ahogar un grito de asombro. En primer lugar, una cascada de largas trenzas negras y brillantes se derramó sobre las manos y los brazos del manipulador. La segunda vuelta del vendaje descubrió una frente estrecha y blanca, con las cejas delicadamente arqueadas. A la tercera vuelta aparecieron unos ojos luminosos, bordeados de largas pestañas, y una nariz recta, bien perfilada, mientras que la cuarta y última mostró una boca dulce, henchida y sensual, y una barbilla encantadoramente torneada. Todo el rostro era de una belleza extraordinaria, salvo una mancha irregular en el centro de la frente, de color café. Constituía un triunfo del arte de embalsamar. Los ojos de Vansittart

Smith se dilataban a medida que la contemplaba y su garganta dejó escapar un gemido de satisfacción.

Sin embargo, el efecto causado sobre el egiptólogo no era nada comparado con el que produjo al extraño vigilante. Alzó las manos al aire, prorrumpió en un áspero martilleo de palabras y, después, echándose en el suelo, al lado de la momia, la rodeó con sus brazos y la besó varias veces en los labios y en la frente. «*Ma petite!* —gimió en francés—. *Ma pauvre petite*». Su voz estaba quebrada de emoción, y sus innumerables arrugas se estremecían y se retorcían, pero el investigador observó a la luz de la lámpara que los brillantes ojos del vigilante permanecían secos y sin lágrimas, como si fueran dos bolas de acero. Durante algunos minutos se quedó allí tendido, con el rostro crispado, runruneando y susurrando sobre aquella hermosa cabeza. Después mostró una sonrisa de satisfacción, pronunció algunas palabras en un idioma desconocido y se puso en pie con la expresión vigorosa de quien se ha preparado para afrontar un duro esfuerzo.

En el centro de la sala había una vitrina circular que contenía una magnífica colección de anillos egipcios primitivos y piedras preciosas en la que el investigador había reparado con frecuencia. El vigilante se dirigió a la vitrina, manipuló la cerradura y abrió la puerta. Colocó la lámpara en un estante lateral y, a su lado, una pequeña jarra de barro que sacó del bolsillo. Después cogió un puñado de anillos de la vitrina y con un gesto grave y ansioso procedió a mojar cada uno de ellos en el líquido que contenía la jarra, examinándolos a continuación a la luz de la lámpara. El primer lote de anillos le produjo una visible desilusión, porque volvió a arrojarlos con desprecio a la vitrina. Sacó otro puñado. Escogió un anillo de metal macizo con un voluminoso cristal engarzado y lo sometió a la prueba del líquido de la jarra. Al momento lanzó un grito de alegría y extendió los brazos con un gesto tan impetuoso que derribó la jarrita, cuyo líquido se derramó por el suelo y corrió hasta los pies del inglés. El vigilante se sacó un pañuelo encarnado del pecho y se puso a limpiar la mancha, siguiendo el reguero hasta el rincón, donde se encontró de pronto cara a cara con el individuo que le estaba observando.

—Perdóneme —dijo John Vansittart Smith con cortesía inimaginable—. He tenido la desgracia de quedarme dormido detrás de esa puerta.

—¿Me ha estado observando? —preguntó el otro en inglés, con una mirada venenosa dibujada en su cadavérico rostro.

El investigador era un hombre que no acostumbraba a mentir.

—Confieso —dijo— que he observado sus operaciones y que han despertado mi interés y curiosidad en el más alto grado.

El hombre sacó un cuchillo largo y de hoja llameante que tenía oculto en el pecho.

—Se ha escapado usted por poco —dijo—. Si le hubiera visto hace diez minutos, le habría clavado esto en el corazón. Sea como sea, si me toca o interfiere de alguna manera conmigo, es usted hombre muerto.

—No tengo intención de entrometerme en sus asuntos —respondió el investigador—. Mi presencia aquí es completamente accidental. Todo lo que le pido es que tenga la amabilidad de dejarme salir por alguna puerta lateral.

Habló con extrema suavidad, porque aquel individuo seguía presionando la palma de su mano izquierda con la punta del cuchillo, como si quisiera asegurarse de que estaba bien afilado, y su rostro permanecía con la misma expresión maligna.

—Si yo creyera… —dijo—. Pero no, quizá no tenga importancia. ¿Cómo se llama usted?

El inglés se lo dijo.

—John Vansittart Smith —repitió el otro—. ¿Es usted el mismo Vansittart Smith que leyó una memoria en Londres sobre El Kab? Leí un informe sobre ella. Sus conocimientos del tema son despreciables.

—¡Caballero! —exclamó el egiptólogo.

—Sin embargo, son superiores a los de otros que tienen incluso más pretensiones que usted. La piedra angular de nuestra antigua vida en Egipto no se encuentra en las inscripciones o monumentos, a los que conceden tanta importancia ustedes, sino en nuestra filosofía hermética y nuestros conocimientos místicos, de los que ustedes saben muy poco, o nada.

—¡Nuestra antigua vida! —repitió el erudito con los ojos dilatados; de repente exclamó—: ¡Dios mío! ¡Mire la cara de la momia!

Aquel hombre extraño se volvió y enfocó la luz sobre la mujer muerta, dejando escapar un grito de dolor mientras lo hacía. La acción de la atmósfera había destruido ya todo el arte del embalsamador. La piel se había despegado, los ojos aparecían hundidos en el interior de las cuencas, los labios descoloridos se habían retorcido por debajo de los dientes amarillentos y sólo por la mancha marrón de la frente podía asegurarse que se trataba del mismo rostro joven y hermoso que tenía apenas unos minutos antes.

El hombre agitó sus manos con horror y desesperación. Después, dominándose con gran esfuerzo, volvió a fijar sus endurecidos ojos en el inglés.

—No importa —dijo con la voz quebrada por la emoción—. Realmente ya no importa. He venido aquí esta noche con la firme determinación de hacer

algo. Y ya lo he hecho. Todo lo demás sobra. Encontré lo que buscaba. La antigua maldición ha quedado rota. Puedo reunirme con ella ya. ¿Qué importancia tiene su forma inanimada, si su espíritu me está esperando al otro lado del velo?

—Ésas son palabras un tanto exageradas —dijo Vansittart Smith. Cada vez estaba más convencido de que estaba tratando con un loco.

—El tiempo apremia y tengo que partir… —continuó el otro—. Ha llegado el momento que durante tanto tiempo he estado esperando. Pero antes debo llevarle a usted hasta la salida. Venga conmigo.

Cogió la lámpara, dio la espalda a la sala desordenada y condujo al investigador con paso rápido a través de los departamentos dedicados a los egipcios, los asirios y los persas. Al final de este último departamento abrió una pequeña puerta que había en la pared y descendió por una escalera de piedra en forma de caracol. El inglés sintió el aire frío de la noche sobre su frente. Enfrente había una puerta que parecía comunicar con la calle. A la derecha había otra puerta abierta que proyectaba un haz de luz amarilla en el pasillo.

—Entre aquí —ordenó el vigilante.

Vansittart Smith vaciló. Creía que había llegado al final de su aventura. Pero la curiosidad era más fuerte que cualquier otro impulso. No podía dejar este asunto sin aclarar, de modo que siguió a su extraño acompañante hasta el interior de la cámara.

Era un cuarto pequeño, similar a los que se suelen destinar para conserjería. En la chimenea ardía la leña. En un extremo había una cama de ruedas y en el otro un tosco sillón de madera, con una mesa redonda en el centro, donde aún se veían restos de comida. Al mirar a su alrededor, el investigador advirtió, con un repetido e intenso escalofrío, que todos los pequeños detalles de la habitación tenían un diseño extraño y constituían un trabajo de artesanía verdaderamente antigua. Los candelabros, los jarrones de la chimenea, los atizadores de la lumbre, los adornos de las paredes… todo pertenecía al tipo de arte que asociamos con el más remoto pasado. Aquel hombre arrugado y de ojos turbios se sentó en el borde de la cama e indicó a su invitado que tomase asiento en el sillón.

—Tal vez haya sido el destino —dijo, expresándose todavía en un excelente inglés—. Tal vez estaba decretado que yo dejase detrás de mí algún relato que pusiera en guardia a los temerarios mortales que enfrentan su inteligencia contra el proceso de la Naturaleza. Lo dejo a su elección. Puede

hacer con ello lo que desee. En este momento le estoy hablando con los pies en el umbral del otro mundo.

»Soy, como usted habrá deducido, egipcio, pero no un egipcio de esa raza pisoteada de esclavos que habita ahora en el Delta del Nilo, sino un superviviente de aquel pueblo más valeroso y duro que domesticó a los hebreos, arrastró a los etíopes hasta los desiertos del sur y erigió aquellos monumentos grandiosos que han despertado el asombro y la envidia de todas las generaciones de los hombres. Vi la luz en el reinado de Tuthmosis, mil seiscientos años antes del nacimiento de Cristo. Retrocede usted ante mí… Espere, y comprobará que soy más digno de inspirar lástima que temor.

»Mi nombre era Sosra. Mi padre había sido el sumo sacerdote de Osiris en el gran templo de Abaris, que en aquellos días se alzaba en el brazo del Nilo de Bubastis. Me educaron en el templo y fui iniciado en todas las artes místicas de las que habla vuestra Biblia. Fui un alumno aventajado. Antes de cumplir los dieciséis años había aprendido todo lo que podía enseñarme el más sabio de los sacerdotes. Desde entonces estudié por mí mismo los secretos de la naturaleza, pero no compartí mis conocimientos con nadie.

»De todos los problemas que atrajeron mi atención ninguno me fascinaba tanto como aquellos que estaban relacionados con la naturaleza misma de la vida. Investigué profundamente en los secretos del principio vital. El objetivo de la medicina era combatir las enfermedades. Yo estaba convencido de la posibilidad de desarrollar un método que fortaleciese el cuerpo hasta el punto de impedir que jamás se apoderase de él la enfermedad o la muerte. Es inútil que me detenga ahora en el proceso de mis investigaciones. Además, si lo hiciera, sería muy difícil que usted lo comprendiera. Llevé a cabo mis experimentos en parte con animales, en parte con esclavos, y en parte conmigo mismo. Basta decir que, como resultado de mis investigaciones, obtuve una sustancia que al ser inyectada en la sangre proporcionaba al cuerpo la fortaleza necesaria para resistir los efectos devastadores del tiempo, de la violencia o de la enfermedad. No proporcionaba la inmortalidad, pero su poder permanecería durante miles de años. Inyecté la sustancia a un gato y después lo sometí a la acción de los venenos más mortíferos. Ese gato vive todavía en el Bajo Egipto. No había ningún misterio o magia en mi método. Se trataba simplemente de un descubrimiento químico que tal vez pueda volver a realizarse algún día.

»El amor a la vida corre impetuoso en la juventud. Creía haber escapado a toda preocupación humana ahora que por fin había conseguido erradicar el dolor y confinar a la muerte en lo remoto del tiempo. Con gran alegría en mi

corazón vertí aquella sustancia maldita en mis venas. Después miré a mi alrededor para ver si encontraba a alguien que pudiera beneficiarse de mi descubrimiento. Un joven sacerdote de Thoth, Parmes, había ganado mi simpatía por su naturaleza seria y la devoción que profesaba a sus estudios. Le hice partícipe de mi secreto y le inyecté mi elixir, puesto que así lo deseaba. Ahora, pensé, nunca me faltará un compañero de mi misma edad.

»Después de este grandioso descubrimiento abandoné hasta cierto punto mis estudios, pero Parmes continuó con renovada energía. Le veía trabajar todos los días con sus redomas y destiladores en el templo de Thoth, pero apenas me hablaba del resultado de sus investigaciones. Yo, por mi parte, me dedicaba a pasear por la ciudad y miraba con exultación a mi alrededor, pensando que todo aquello estaba destinado a desaparecer, y que sólo yo permanecería. La gente se inclinaba al verme pasar, pues la fama de mi sabiduría se había extendido por doquier.

»Había guerra en aquel entonces, y el gran rey había enviado a sus soldados a la frontera oriental para expulsar a los hiksos. Se envió también un gobernador a Abaris, que debía mantener la ciudad para el rey. Yo había escuchado las alabanzas sobre la belleza de la hija del gobernador. Un día, mientras paseaba en compañía de Parmes, la vimos pasar transportada sobre los hombros de sus esclavos. El amor me traspasó como un rayo. Se me escapó el corazón. Habría sido capaz de arrojarme a los pies de los porteadores. Era mi mujer. La vida sin ella me resultaba imposible. Juré por la cabeza de Horus que habría de ser mía. Hice el juramento ante el sacerdote de Thoth, pero se alejó de mi lado con el ceño fruncido, tan oscuro como la noche.

»No es necesario que le hable de nuestros amores. Llegó a amarme tanto como yo la amaba a ella. Me enteré de que Parmes pretendía haberla visto antes que yo, y que le había dado a entender que él también la amaba, pero yo sonreía ante aquella pasión, pues sabía que su corazón me pertenecía. La peste blanca hizo aparición en la ciudad y las víctimas fueron incontables, pero yo pasaba mis manos sobre los enfermos y los cuidaba sin ningún temor o recelo. Ella se maravillaba de mi valentía. Entonces le revelé mi secreto y le supliqué que me permitiera emplear mi arte con ella.

»—Tu juventud jamás se marchitará, Atma —le dije—. Las demás cosas pasarán, pero tú y yo, y el gran amor que nos profesamos, sobreviviremos a la misma tumba del rey Chefru.

»Pero ella estaba llena de dudas y no hacía más que poner objeciones tímidas propias de una doncella. "¿Era eso justo? —preguntaba—. ¿Acaso no

constituía una burla a la voluntad de los dioses? ¿Si el gran Osiris hubiera deseado que nuestras vidas fueran tan largas, no nos lo habría concedido él mismo?”

»A fuerza de palabras cariñosas y enamoradas logré dominar sus dudas, pero seguía vacilando. Era una gran decisión, decía. Necesitaba una noche más para pensarlo. Por la mañana me haría saber el resultado de sus meditaciones. No era demasiado pedir una noche. Deseaba dirigir sus plegarias a Isis para que la ayudara en la decisión.

»Con el corazón abatido, barruntando desgracias, la dejé en compañía de sus doncellas. A la mañana siguiente, una vez finalizado el sacrificio de primera hora, corrí a su casa. Una esclava asustada me recibió al pie de la escalera. Su señora estaba enferma, me dijo, muy enferma. Me abrí paso entre la servidumbre, frenético, y atravesé salones y pasillos hasta llegar a la cámara de mi Atma. Estaba tendida en su lecho, con la cabeza sobre la almohada, el rostro muy pálido y los ojos vidriosos. En la frente aparecía una mancha inflamada, de color púrpura. Yo conocía ya aquella marca infernal. Era la pústula de la peste blanca, el sello de la muerte.

»¿Para qué hablar de aquellas horas terribles? Durante meses me asedió la locura, el delirio, la fiebre, pero yo no podía morir. Jamás un árabe sediento deseó descubrir un pozo de agua como yo deseé la muerte. Si el veneno o el acero hubieran podido cortar el hilo de mi existencia, habría tardado un instante en ir a reunirme con mi amada en el país del angosto portal. Lo intenté, pero todo fue inútil. La influencia de la sustancia era demasiado poderosa. Una noche, cuando yacía en mi lecho, débil y hastiado de la vida, Parmes, el sacerdote de Thoth, vino a visitarme. Le vi de pie, en el círculo de luz que proyectaba la lámpara, y me miró con unos ojos en los que se adivinaba una alegría insana.

»—¿Por qué permitiste que muriera? —me preguntó—. ¿Por qué no la fortaleciste, igual que hiciste conmigo?

Era demasiado tarde —respondí—. Me había olvidado: tú también la amabas. Eres mi compañero en la desgracia. ¿No es terrible pensar que han de pasar siglos hasta que la veamos de nuevo? ¡Qué estúpidos fuimos al suponer que la muerte era nuestro enemigo!

»—Tú puedes asegurar eso —exclamó con una risa salvaje—. Esas palabras son acertadas en tus labios. Para mí no tienen significado.

»—¿Qué quieres decir? —exclamé, incorporándome sobre un codo—. Seguramente, amigo mío, el dolor ha trastornado tu cerebro.

»El rostro de Parmes resplandecía de alegría, y se retorcía y convulsionaba de risa, como si estuviera poseído por el demonio.

»—¿Sabes adónde voy? —preguntó.

»—No —respondí—, no lo sé.

»—Voy hacia ella —dijo—. Ella yace embalsamada en la tumba más alejada, donde se levanta la doble palmera, más allá de los muros de la ciudad.

»—¿A qué vas allí? —pregunté.

»—¡A morir! —gritó—. ¡A morir! Yo no estoy sujeto a las cadenas de la vida terrenal.

»—¡Pero el elixir está en tu sangre! —exclamé.

»—Puedo vencerlo —dijo—. He descubierto un principio más poderoso que lo destruirá. En este momento está actuando en mis venas, y en una hora seré un hombre muerto. Me reuniré con ella, y tú quedarás atrás.

»Al mirarle comprendí que era cierto lo que decía. El brillo acuoso de sus ojos revelaba que estaba más allá del poder del elixir.

»—¡Tienes que enseñármelo! —grité.

»—¡Jamás! —respondió.

»—¡Te lo imploro, por la sabiduría de Thoth, por la majestad de Anubis!

»—Es inútil —me contestó con frialdad.

»—Entonces lo descubriré —exclamé.

»—No podrás —respondió—. Lo encontré por casualidad. Requiere una mixtura que no podrás conseguir nunca. Salvo la que contiene el anillo de Thoth, jamás se hará otra igual.

»—¡En el anillo de Thoth! —repetí—. ¿Dónde está el anillo de Thoth?

»—Eso tampoco lo sabrás nunca —contestó—. Tú conseguiste su amor. ¿Quién ha ganado al final? Te abandono a tu sórdida vida en la tierra. Mis cadenas se han roto. ¡Debo irme!

»Giró sobre sus talones y salió de la habitación. A la mañana siguiente recibí la noticia de que el sacerdote de Thoth había muerto.

»Desde entonces dediqué todos mis días al estudio. Debía encontrar el sutil veneno que era más poderoso que el elixir. Desde el amanecer hasta la medianoche permanecía inclinado sobre el tubo de ensayo y el horno. Mi primera medida fue recoger todos los papiros y productos químicos que había dejado el sacerdote de Thoth. Pero apenas me enseñaron nada. Aquí y allá tropezaba con un indicio o una esporádica expresión que despertaba esperanzas en mi corazón, pero no conducían a ninguna parte. A pesar de todo, mes tras mes, seguí luchando. Cuando mi corazón desfallecía, solía

acercarme hasta la tumba de las dos palmeras. Allí, junto al cofre que contenía la joya que me había arrebatado la muerte, sentía su dulce presencia y le decía en voz baja que si la inteligencia de un mortal podía resolver el problema, iría a reunirme con ella.

»Parmes había dicho que su descubrimiento estaba relacionado con el anillo de Thoth. Yo tenía un recuerdo vago de aquella joya. Era un anillo grande y pesado, no de oro, sino de un metal más raro y pesado procedente de las minas del monte Harbal. Vosotros lo llamáis platino. Yo recordaba que el anillo tenía incrustado un cristal hueco que podía albergar algunas gotas de líquido. Estaba claro que el secreto de Parmes no se refería únicamente al metal, pues había muchos otros anillos de dicho metal en el templo. ¿No era más probable que hubiese guardado su precioso veneno en el interior del cristal? Apenas llegué a esta conclusión cuando, al rebuscar entre sus papeles, di con uno que confirmaba mis sospechas y sugería que en el anillo quedaba una porción que no se había usado.

»Pero ¿cómo encontrar el anillo? Parmes no lo llevaba encima cuando fue despojado de todas sus pertenencias para entregárselas al embalsamador. De eso estaba seguro. Tampoco se hallaba entre los objetos de su propiedad. Registré en vano todas las habitaciones en que él había entrado, todas las cajas, jarras y objetos que había poseído. Cribé las arenas del desierto en aquellos lugares donde solía pasear, pero, hiciese lo que hiciese, no pude conseguir el más pequeño rastro del anillo de Thoth. Es posible, sin embargo, que mis esfuerzos se hubieran visto recompensados de no haber sido por una nueva e inesperada desgracia.

»Se había desatado una guerra enconada contra los hiksos y los capitanes del gran rey habían quedado aislados en el desierto, con todos los cuerpos de arqueros y de caballería. Las tribus de pastores cayeron sobre nosotros como plagas de langosta en un año de sequía. Desde los desiertos de Shur hasta el gran lago de aguas amargas se derramó la sangre durante el día y cundió el fuego durante la noche. Abaris era el baluarte de Egipto, pero no podíamos impedir el avance de los salvajes. Cayó la ciudad. El gobernador y los soldados fueron pasados a cuchillo, y yo, junto con muchos otros, fuimos reducidos al cautiverio.

»Durante años y años cuidé ganado en las grandes llanuras del Éufrates. Murió mi amo y envejeció su hijo, pero yo me encontraba tan alejado de la muerte como siempre. Por fin me escapé en un camello y regresé a Egipto. Los hiksos se habían establecido en las tierras conquistadas y su propio rey gobernaba el país. Abaris había sido reducida a escombros, la ciudad

incendiada, y del gran Templo no quedaba más que una montaña informe de cascotes de piedra. Las tumbas habían sido saqueadas y los monumentos destruidos. No quedó señal alguna de la tumba de mi amada Atma. Las arenas del desierto la habían sepultado y las palmeras que señalaban el emplazamiento habían desaparecido tiempo atrás. Los papiros de Parmes y los enseres del templo de Thoth habían sido destruidos o dispersados por los desiertos de Siria. Cualquier búsqueda resultaba vana.

»Renuncié pues a la esperanza de encontrar el anillo o descubrir la sutil droga. Intenté vivir con toda la paciencia que me fuera posible los largos años que habrían de transcurrir hasta que los efectos del elixir desaparecieran. ¿Cómo puede comprender usted lo terrible que es el tiempo, cuando su única experiencia es ese corto trayecto que media entre la cuna y el sepulcro? Yo sí que he padecido todo su horror… yo que vengo flotando a lo largo de la corriente de la Historia. Yo era ya viejo cuando cayeron los muros de Ilión. Y mucho más viejo cuando Heródoto llegó a Menfis. Llevaba sobre mis hombros una insoportable carga de años cuando el nuevo evangelio apareció sobre la tierra. Sin embargo, usted me ve como a cualquier otro hombre, porque el maldito elixir sigue fortaleciendo mi sangre y preservándome de aquello que yo más deseo. ¡Pero al fin he llegado al final de todo!

»He viajado por todas las tierras y he morado en todas las naciones. Todas las lenguas son iguales para mí. Las aprendí para que me ayudaran a pasar el tiempo fatigoso. No hace falta que le diga con qué lentitud han transcurrido los años… el largo alborear de la civilización moderna, los años terribles de la Edad Media, los tiempos oscuros de la barbarie. Todos quedan a mis espaldas. Jamás he vuelto a mirar con ojos enamorados a ninguna otra mujer. Atma sabe que mi amor ha sido constante.

»Me acostumbré a leer todo lo que escribían los estudiosos acerca del antiguo Egipto. He pasado por muchas situaciones: a veces he sido rico, a veces pobre, pero siempre fui capaz de guardar lo suficiente para comprar las publicaciones que se ocupaban de tales materias. Hace nueve meses me encontraba en San Francisco cuando leí un informe sobre diversos descubrimientos realizados en las proximidades de Abaris. Mi corazón dio un vuelco al leer aquello. Decía que el excavador había explorado algunas de las tumbas que se habían descubierto recientemente. En una de ellas se había encontrado una momia intacta con una inscripción en el féretro exterior. Dicha inscripción informaba de que el cuerpo que contenía era el de la hija del gobernador en los tiempos de Tuthmosis. El artículo decía también que al quitar el féretro exterior había quedado al descubierto un pesado anillo de

platino, con un cristal incrustado, y que había sido depositado sobre el pecho de la mujer embalsamada. Así pues, era allí donde Parmes había escondido el anillo de Thoth. Desde luego podía asegurar que estaba a salvo, porque ningún egipcio habría sido capaz de mancillar su alma, aunque se tratase solamente de mover la caja exterior de un amigo sepultado.

»Aquella misma noche salí de San Francisco, y al cabo de unas semanas me encontré de nuevo en Abaris, si es que puede dársele el nombre de la gran ciudad a unos montones de arena y muros derruidos. Me apresuré a presentarme ante los franceses que dirigían las excavaciones y les pregunté por el anillo. Me contestaron que el anillo y la momia habían sido enviados al museo Bulak de El Cairo. Me presenté en el Bulak, pero allí me dijeron tan sólo que Mariette Bey los había reclamado y embarcado para llevarlos al Louvre. Fui tras ellos, y por fin, después de cuatro mil años, me encontré en la sala egipcia con los restos de mi amada y el anillo que había estado buscando durante tanto tiempo.

»Pero ¿cómo me las ingeniaría para echarles las manos encima? ¿Cómo apropiarme de ellos? Dio la casualidad de que estaba vacante un puesto de vigilante. Me presenté ante el director. Le convencí de que tenía grandes conocimientos sobre Egipto. Pero mi ansiedad me hizo hablar demasiado. El hombre me dio a entender que merecía más bien la cátedra de profesor que una silla en la conserjería. Dijo que sabía más que él. Entonces, a fuerza de decir disparates, logré convencerle de que había sobrestimado mi conocimiento y me permitió trasladar a esta habitación los pocos efectos personales que he conservado. Ésta es la primera y última noche que paso aquí.

»Ésta es mi historia, Mr. Vansittart Smith. No necesito decirle nada más a un hombre de su inteligencia. Gracias a una extraña casualidad ha contemplado usted esta noche el rostro de la mujer que amé en aquellos tiempos remotos. En la vitrina había muchos anillos con cristales y no tuve más remedio que comprobar si eran de platino para asegurarme de que había encontrado el que buscaba. Una simple mirada al cristal ha sido suficiente para comprobar que había líquido en su interior y que por fin me sería dado expulsar lejos de mí esta maldita salud que me ha ocasionado mayores dolores que la más funesta de las enfermedades. No tengo más que decirle. Me he librado de una pesada carga. Puede usted relatar mi historia o silenciarla si lo desea. Lo dejo a su elección. Le debo una compensación, porque ha estado usted a punto de perder la vida esta noche. Yo era un hombre desesperado y no me habría detenido ante ningún obstáculo. Si le

hubiera visto antes de realizar mi tarea, le habría quitado toda posibilidad de oponerse a mis deseos o de dar la alarma. Ésa es la puerta. Conduce a la rue de Rivoli. ¡Buenas noches!

El inglés miró hacia atrás. Durante un instante la figura de Sosra, el egipcio, permaneció enmarcada en el estrecho umbral. Después la puerta se cerró de golpe y el pesado ruido del cerrojo quebró el silencio de la noche. Dos días después de su regreso a Londres, John Vansittart Smith leyó en la correspondencia de París del *Times* el breve informe que sigue:

> EXTRAÑO SUCESO EN EL LOUVRE.
>
> Ayer por la mañana tuvo lugar un extraño descubrimiento en la sala principal de Egipto. Los empleados de la limpieza encontraron a uno de los vigilantes tendido en el suelo, rodeando con sus brazos el cuerpo de una de las momias. Estaban abrazados tan estrechamente que sólo después de múltiples dificultades pudieron ser separados. Una de las vitrinas donde se guardan anillos de considerable valor había sido abierta y saqueada. Las autoridades opinan que el vigilante pretendía llevarse la momia con la idea de venderla a algún coleccionista privado, pero en ese preciso momento sufrió un colapso a consecuencia de una larga enfermedad del corazón. Se dice que el difunto era un hombre de edad indeterminada y costumbres excéntricas, sin parientes o amigos vivos que puedan llorar su muerte trágica y prematura.

EL CIRUJANO DE GASTER FELL[14]

I
CÓMO LLEGÓ LA MUJER A KIRKBY-MALHOUSE

Kirkby-Malhouse es una aldea desabrigada y barrida por los vientos que se alza en unas mesetas ásperas e ingratas. El pueblo está formado por una sola hilera de casas construidas de piedra gris y tejados de pizarra, y desparramadas como manchas negras por la pendiente cubierta de aliagas del extenso páramo.

Yo, James Upperton, me encontraba en esa aldea aislada y solitaria durante el verano del año 85. Aunque eran pocas las cosas que el villorrio podía ofrecer, me brindaba precisamente lo que yo ansiaba por encima de todo, a saber: el aislamiento y el verme libre de todo cuanto pudiera distraer mi inteligencia de los problemas elevados y graves que reclamaban mi atención. Pero la curiosidad de la dueña de la casa en que me alojaba me obligó a buscar otra en que hospedarme.

Dio la casualidad de que en el transcurso de uno de mis vagabundeos descubrí una casa aislada en el corazón mismo de aquellos páramos solitarios. Decidí en el acto que la compraría. Era una casita de campo de dos habitaciones, que perteneció en tiempos a algún pastor, pero que llevaba mucho tiempo deshabitada, y se estaba derrumbando rápidamente. El Gaster Beck, río que cruza por la meseta de Gaster, en la que se levantaba la casita en cuestión, se había desbordado, llevándose un trozo de pared. El techo tenía la armazón suelta, y entre la hierba se veían las pizarras agrupadas en montones. Sin embargo, el cuerpo principal de la construcción había permanecido firme y seguro; no fue tarea difícil para mí la de hacer que quedase todo perfectamente arreglado y a punto.

Dispuse las dos habitaciones de una manera completamente distinta, porque yo soy persona de gustos espartanos. De acuerdo con esa norma de sobriedad, lo arreglé todo en la habitación exterior. Una estufa de petróleo me

proporcionó el medio de preparar mis comidas; dos talegos voluminosos, uno de harina y el otro de patatas, me permitieron independizarme de todos los proveedores del exterior. Yo llevaba mucho tiempo sometido a una dieta pitagórica, de modo, pues, que las ovejas flacas y larguiruchas que ramoneaban los escasos pastos de las orillas del Gaster Beck tenían poco que temer de su nuevo compañero. Una lata de aceite de las de nueve galones me sirvió de aparador, y una mesa cuadrada, una silla de madera y una cama con ruedecitas completaban la lista de mi mobiliario. A la cabecera de mi cama había dos estantes de madera sin pintar: el de abajo para mis platos y utensilios de cocina; el de arriba para los escasos retratos que me recordaban momentos agradables en el largo y penoso camino hacia la consecución de la riqueza y el placer de la vida que quedaba a mis espaldas.

Si esa habitación mía llegaba en su sobriedad hasta la fealdad, su pobreza se veía más que compensada por lo lujoso de la habitación destinada a servirme de despacho. Yo sostuve siempre la opinión de que mi inteligencia se beneficiaba rodeándome de objetos que armonizaban con los estudios a que aquélla se consagraba, y de que sólo es posible alcanzar una situación de pensamiento, lo más alta y etérea, en un ambiente grato para la vista y agradable para la sensibilidad. La habitación que yo había elegido para mis estudios de mística se hallaba dispuesta en un estilo sombrío y mayestático que armonizaba con mis meditaciones y mis aspiraciones. Tanto las paredes como el cielo raso estaban revestidos de un papel del más rico y brillante color negro, con tracerías en oro mate de un dibujo fantástico de arabescos. Una cortina de terciopelo negro cubría la única ventana de paneles de cristal en forma de diamante, y una alfombra gruesa y mullida de idéntico material mataba hasta el ruido de mis propios pasos, en mi ir y venir por el cuarto, impidiendo de ese modo que se interrumpiese la corriente de mis pensamientos. A lo largo de las cornisas había barras doradas de las que colgaban seis cuadros, todos ellos de carácter sombrío y fantástico, que era el que mejor armonizaba con mis gustos.

Sin embargo, estaba escrito que aun antes de recluirme en aquel puerto de tranquilidad tendría que aprender la lección de que seguía siendo, a pesar de todo, uno más entre todo el género humano, y de que es mala cosa el esforzarse por quebrar el lazo que nos une a nuestros compañeros de humanidad. Faltaban únicamente dos noches para la fecha que yo había señalado para mi cambio de residencia cuando advertí en las habitaciones de la planta baja de la casa donde vivía un gran ajetreo, seguido del transporte de cargas pesadas por la crujiente escalera arriba, y la voz áspera de mi patrona,

que se deshacía en ruidosas bienvenidas y exclamaciones jubilosas. De cuando en cuando, y entre el torbellino de esas frases, llegaba hasta mí una voz dulce y de suaves modulaciones que sonaba agradablemente en mis oídos después de las largas semanas durante las cuales sólo había escuchado el rudo dialecto de la gente de las tierras altas. Escuché durante más de una hora el diálogo que sostenían en la planta baja; es decir, la voz ruidosa y la voz suave, con el acompañamiento del ruido de tazas y tintineo de cucharas, hasta que por último cruzó por delante de la puerta de mi despacho alguien que caminaba con paso rápido, y comprendí que mi nueva compañera de hospedaje se había retirado a su habitación.

La mañana que siguió a este incidente me levanté a una hora temprana, según tengo por costumbre, pero, al mirar por mi ventana, quedé sorprendido al comprobar que la nueva huéspeda había madrugado todavía más. La vi caminar por el estrecho sendero que zigzagueaba por la meseta. Era una mujer alta, delgada, llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho y oprimía entre sus brazos todo un erizamiento de flores silvestres que había recogido en su vagabundeo matinal. Los colores blanco y rosa de su vestido, y la nota de una cinta de un rojo vivo en su sombrero, ancho e inclinado, formaban una agradable mancha de color sobre el panorama de pardas tonalidades. Cuando la descubrí se hallaba a alguna distancia, pero tuve la certeza de que aquella mujer que paseaba no era otra que la que la noche anterior había llegado a nuestra casa. Tuve esa certeza porque la gracia y el refinamiento de su porte la distinguían de las demás moradoras de las mesetas. Seguía yo mirándola cuando avanzó con paso rápido y ágil por el sendero, y después de meterse por la puerta que había al final del huerto de nuestra casita, se sentó en el verde talud que quedaba frente a mi ventana, y desparramando delante de ella las flores, se puso a hacer un ramo.

En esa posición, con el sol naciente iluminándola de espaldas, y la luz matinal envolviendo como una aureola su cabeza majestuosa y bien plantada, pude ver que se trataba de una mujer de extraordinaria belleza física. Sus facciones parecían de un tipo más bien español que inglés: cara ovalada, cutis moreno, ojos negros brillantes y una boca suavemente sensual. Dos tupidos tirabuzones de cabellos de un negro azulado caían por debajo del ancho sombrero de paja, a ambos lados de su cuello esbelto y regio. Me quedé sorprendido al ver que sus zapatos y su falda mostraban señales de haber hecho aquella mañana una larga caminata, más bien que un simple vagabundeo. Su vestido ligero aparecía manchado, húmedo y desgarrado, mientras que sus botas tenían una gruesa capa de la tierra amarilla de las

mesetas. También su rostro mostraba una expresión de cansancio, y su juvenil belleza parecía ensombrecida por alguna preocupación interior. Mientras la miraba, rompió súbitamente en un llanto desesperado, arrojó al suelo su ramo de flores y se metió corriendo en la casa.

A pesar de que me encontraba aburrido y fatigado de las cosas del mundo, al contemplar aquel espasmo de desesperación que parecía convulsionar a esta mujer desconocida y hermosa, sentí un repentino ataque de simpatía y compasión. Me puse a leer mis libros, pero mis pensamientos volvían una y otra vez hacia el rostro altivo y bien perfilado, hacia la cabeza caída sobre el pecho y hacia el dolor que delataban todas las líneas y rasgos de la cara pensativa de aquella mujer.

Mi patrona, la señora Adams, acostumbraba a subirme mi frugal desayuno; sin embargo, muy rara vez le permitía yo que cortase la corriente de mis pensamientos o que apartase mi mente de temas de mayor elevación con su ocioso chachareo. Pero aquella mañana me encontró de humor para escucharla, por excepción, y en cuanto advirtió que yo le daba pie, se lanzó a verter en mis oídos todo cuanto sabía de nuestra hermosa visitante.

—Se llama Eva Cameron, pero sé poco más que usted acerca de quién es o de dónde viene. Quizá, señor, la traiga a Kirkby-Malhouse el mismo motivo que lo trajo a usted.

—Es posible —le contesté, pasando por alto la taimada pregunta—, pero nunca me habría imaginado que Kirkby-Malhouse pudiera tener gran atractivo para una mujer joven.

—¡Eso es precisamente lo admirable del caso! —exclamó ella—. Esta dama acaba de llegar de Francia, y yo no acierto a comprender cómo pudieron sus familiares tener conocimiento de mi existencia. Hará una semana se presentó en mi puerta un hombre, un hombre elegante, señor, y un completo caballero, cosa que saltaba a la vista, y me dijo: «Usted es la señora Adams, y yo le alquilo sus habitaciones para Cameron, que llegará dentro de una semana». Eso me dijo, y se largó sin hablar una palabra de condiciones. La noche pasada llegó la señorita en persona, de suave hablar, de aspecto abatido, y con un tonillo de francés en su manera de expresarse. Por mi vida, señor, que tengo que dejarlo a usted para prepararle a esa señorita el té, porque la pobre cordera se sentirá como abandonada cuando se despierte y vea que está bajo techo extraño.

II
MI MARCHA A GASTER FELL

Aún no había terminado de desayunar cuando oí ruido de platos y los pasos de mi patrona al cruzar por delante de mi puerta en dirección hacia el cuarto de la nueva huéspeda. Un instante después volvía corriendo por el pasillo y se metió en mi habitación con los brazos en alto y los ojos sobresaltados, gritándome:

—¡Que Dios tenga piedad de mí, señor! Le pido perdón a usted por molestarle, pero temo que le haya pasado algo a la señorita, porque no está en su cuarto.

Yo me puse en pie, y mirando por el recuadro de la ventana le dije:

—Ahí la tiene, ha vuelto a recoger las flores que se había dejado en ese ribazo.

La dueña de la casa exclamó desatinada:

—¡Fíjese, señor, en sus botas y en su vestido! ¡Ojalá que estuviese aquí su madre, sí, ojalá que estuviese! Yo no puedo adivinar dónde ha pasado la noche, pero lo que sí sé es que no se ha acostado en su cama.

—Seguramente se sintió desasosegada y salió a dar un paseo, aunque resulta muy extraño que saliese a pasear a esas horas.

La señora Adams arrugó los labios y movió de un lado a otro la cabeza. Pero cuando estaba en pie, en el encuadre de la ventana, la joven, que se hallaba debajo, levantó sonriente la vista y le pidió con un gesto alegre que abriese la ventana.

—¿Tiene usted preparado ahí el té? —preguntó la joven con voz clara y bien timbrada, en la que se observaba un ligero rastro del melindroso acento francés.

—Se lo he servido en su habitación, señorita.

—Fíjese en mis botas, señora Adams —gritó, adelantándolas por debajo de la falda para que se las viese—. Estas mesetas son una cosa horrenda —effroyable—, una pulgada, dos pulgadas. En mi vida he visto un barrizal semejante. Y también mi vestido, voilà.

La dueña de la casa le gritó, mientras examinaba el vestido destrozado:

—¡Señorita, está usted hecha una lástima! Con seguridad que se cae de cansancio y de sueño.

Ella contestó riéndose:

—No, no. No quiero dormir. ¿Qué es el sueño? Es como una muerte en pequeño, voilà tout. Pasear, correr, respirar el aire puro, eso es vivir para mí. No estaba fatigada, y me he pasado la noche explorando estas mesetas del Yorkshire.

—Válgame Dios, señorita, ¿y adónde fue usted? —preguntó la señora Adams.

La joven abarcó todo el horizonte occidental con un amplio gesto de semicircunferencia que hizo con la mano, y exclamó:

—Por ahí. ¡Oh, qué tristes y salvajes son estas colinas! Pero tengo aquí flores. Usted me proporcionará agua, ¿verdad que sí? De otra manera se mustiarán.

Recogió en su regazo sus tesoros, y un instante después la oímos subir con paso ligero y ágil por la escalera.

De manera que aquella mujer extraña había pasado la noche al aire libre. ¿Qué pudo sacarla de su acogedora habitación y lanzarla por las colinas deshabitadas y barridas por el viento? ¿Se trataría simplemente de un desasosiego, o del gusto de una joven por las aventuras? ¿O encerraba acaso su excursión nocturna un sentido más profundo?

Mis estudios me habían enseñado a resolver misterios profundos, pero allí me encontraba con un problema humano que, de momento al menos, superaba mi comprensión. Yo había salido a pasear por el páramo antes del mediodía, y a mi regreso, cuando llegaba a lo alto de la cima desde la que se domina el pequeño villorrio, descubrí a mi compañera de hospedaje a cierta distancia, entre las matas de aliagas. La joven había instalado delante de ella un pequeño caballete y se preparaba a pintar el panorama magnífico de rocas y páramo que se extendía delante de ella. Mientras la miraba, observé que volvía con expresión de ansiedad los ojos a derecha e izquierda. Cerca de mí se había formado en una hondonada un charco de agua. Metí en él la tapa, en forma de copa, de mi frasco de bolsillo, y crucé hasta donde ella se encontraba.

—Creo que es usted la señorita Cameron —le dije—. Yo soy su compañero de hospedaje. Me llamo Upperton. No tengo más remedio que hacer mi propia presentación porque no vamos a permanecer en estas soledades sin tratarnos.

—¡Oh, entonces usted vive también en la casa de la señora Adams! —exclamó ella—. Yo creía que en este lugar tan alejado sólo vivirían campesinos.

—Yo soy, lo mismo que usted, un visitante —le contesté—. Soy un hombre que se dedica al estudio, y he venido en busca de tranquilidad y reposo, porque mis estudios lo exigen.

—¡Desde luego, sí que reina aquí tranquilidad!

Al decir esto, recorrió con la mirada el círculo inmenso de los páramos silenciosos, en los que únicamente se distinguía la minúscula línea de casitas grises en la pendiente que había debajo de nosotros. Yo le contesté, riéndome:

—Pues con todo eso, a mí no me resulta suficiente esa tranquilidad. Me he visto obligado a preparar mi traslado hasta el interior de las mesetas, en busca del sosiego absoluto que me es necesario.

—Pero ¿entonces ha construido usted una casa en lo alto de las mesetas? —me preguntó, arqueando las cejas.

—Sí, y espero ocuparla de aquí a pocos días.

—¡Pero eso es triste! —exclamó—. ¿Y dónde cae esa casa que usted ha construido?

—Allá lejos. ¿Ve usted esa corriente de agua que cruza como una franja de plata el lejano páramo? Es el Gaster Beck, y cruza la meseta de Gaster.

La joven se sobresaltó, y volvió hacia mí sus ojos grandes, negros e interrogadores, en los que se pintaban la sorpresa, la incredulidad y algo que se parecía al horror. Y exclamó:

—¿De modo que usted va a vivir en la meseta de Gaster?

—Ése es mi propósito, pero ¿qué es lo que usted sabe acerca de Gaster Fell, señorita Garrieron? —le pregunté—. Creí que era extranjera en esta región.

—Desde luego que jamás estuve aquí —me contestó—. Pero he oído hablar a mi hermano acerca de los páramos de Yorkshire y, si mal no recuerdo, le oí decir que ése del que usted acaba de hablar era el más salvaje de todos.

Yo le contesté despreocupadamente:

—Es muy probable que así sea, porque se trata de un lugar por demás adusto.

—¿Por qué, entonces, va a vivir allí? —exclamó con gran interés—. Piense en la soledad, en el erial que es todo aquello, en la falta de comodidades que tendrá y en que no encontrará ayuda de nadie en caso de que la necesite.

—¿Ayuda? ¿Qué ayuda voy a necesitar yo en Gaster Fell?

Ella bajó la vista y se encogió de hombros, diciendo:

—La enfermedad puede acometernos en cualquier parte. Si yo fuese hombre, no creo que viviese a solas en Gaster Fell.

—Yo he tenido que desafiar peligros mayores —le contesté, echándome a reír—. Pero me temo que va usted a estropear su cuadro, porque las nubes se van amontonando y ya me han caído encima algunas gotas de lluvia.

En efecto, era ya tiempo de que marchásemos en busca de refugio, porque mientras yo hablaba cayó sobre nosotros la ráfaga, súbita y continuada, de un chaparrón. La joven se echó, entre risas alegres, un ligero chal por encima de la cabeza, y agarrando el cuadro y el caballete, echó a correr con la gracia esbelta de una cervatilla por la ladera cubierta de aliagas, y yo la seguí cargado con el taburete de campo y la caja de colores.

* * *

La víspera de mi partida de Kirkby-Malhouse estuvimos sentados en el verde ribazo del jardín. Ella miraba con ojos negros y ensoñadores, en los que se pintaba la tristeza, hacia las mesetas sombrías, en tanto que yo, con un libro sobre mis rodillas, miraba con disimulo el perfil encantador de la joven, asombrándome de que veinte años de vida hubieran podido marcar en aquel rostro una expresión de tanta tristeza y ansiedad. Por último dije:

—Usted ha leído mucho. Las mujeres de hoy tienen oportunidades de las que jamás dispusieron sus madres. ¿No se le ha ocurrido seguir sus estudios, o estudiar algún curso en un colegio universitario, y hasta incluso aprender una carrera?

La joven sonrió con expresión de fatiga ante aquella idea, y dijo:

—Yo no tengo ninguna ambición, ni ninguna finalidad determinada. Mi porvenir es un caos confuso y sin contenido. Mi vida se parece a uno cualquiera de esos senderos que cruzan las mesetas. Señor Upperton, usted ya los conoce. Al principio son suaves, rectos y despejados; pero enseguida empiezan a serpentear a derecha e izquierda y a meterse por entre las rocas y riscos, hasta que acaban perdiéndose en algún tremedal. En Bruselas, el camino que tenía delante era recto; pero ahora, mon Dieu, ¿quién podrá decirme adónde me lleva?

—Señorita Cameron, quizá no haga falta ser profeta para decírselo —le dije, hablándole con el acento paternal con que los cuarenta años pueden hablar a los veinte—. Si se me permite leer en su porvenir, yo me atrevería a decir que el suyo es el que corresponde a toda mujer, es decir, el de hacer feliz a un hombre bueno y el de desparramar a su alrededor, en algún círculo

más extenso, el placer que su compañía me ha proporcionado a mí desde el momento en que la he conocido.

—No me casaré jamás —contestó ella, con un acento resuelto que me sorprendió y hasta cierto punto me divirtió.

—¿Y por qué no ha de casarse?

Por sus facciones sensibles cruzó una expresión extraña, y se puso a arrancar nerviosamente la hierba del ribazo que había a su lado. Luego dijo con voz temblorosa de emoción:

—Porque no me atrevo.

—¿Que no se atreve?

—El matrimonio no es para mí. Tengo cosas que hacer. Ese camino que le acabo de hablar tengo que seguirlo sin remedio.

—Ésa es una actitud morbosa —le dije—. ¿Por qué, señorita Cameron, ha de ser su destino distinto del de mis propias hermanas o del de los millares de señoritas que todos los años entran en sociedad? Aunque es posible que eso se deba a que usted siente temor y desconfianza del género humano. El matrimonio aporta un riesgo al mismo tiempo que una felicidad.

—El riesgo sería para el hombre que se casase conmigo —exclamó.

Un instante después, como si creyese haber hablado demasiado, se puso en pie de un salto y se ciñó bien con su capa, diciendo:

—El aire de la noche es frío, señor Upperton.

Y se alejó rápidamente, dejando que rumiase aquellas extrañas palabras que había dejado caer de sus labios.

Evidentemente, no debía permanecer allí más tiempo. Apreté los dientes y me dije que no transcurriría otro día más sin que yo rompiese aquel lazo que acababa de formar, y me fuese en busca del solitario retiro que me esperaba en la zona de los páramos. Apenas acabé de desayunar cuando llegó un campesino arrastrando hasta la puerta de la casa el tosco carro de mano en el que había de transportar mis escasos objetos personales a mi nueva residencia. Mi compañera de hospedaje permaneció dentro de su habitación. Aunque yo había acorazado mi alma contra la influencia de aquella mujer, no por eso dejé de darme cuenta de una leve palpitación de desencanto que nacía de que ella me dejase marchar sin una palabra de despedida. Ya había emprendido mi carrito de mano su camino con su carga de libros, y yo, después de un apretón de manos a la señora Adams, estaba a punto de seguirle, cuando se oyeron pasos precipitados en la escalera, y la joven se colocó a mi lado, jadeando por efecto de su propio apresuramiento. Y me preguntó:

—¿De modo que se marcha usted? ¿Que se marcha de verdad?

—Tengo que dedicarme a mis estudios.

—¿Y se marcha a Gaster Fell? —insistió.

—Sí, a la casita que he hecho construir allí.

—¿Y va usted a vivir solo en ella?

—Acompañado por ese centenar de amigos que va en el carrito.

—¡Ah, libros! —exclamó ella, con un gracioso encogimiento de hombros —. ¿Me promete usted una cosa?

—¿Qué quiere que le prometa? —pregunté, sorprendido.

—Es una nadería. ¿Verdad que no me la negará?

—Le basta con pedírmelo.

Inclinó hacia delante su hermoso rostro, que tenía una expresión de la más intensa seriedad, y me dijo:

—¿Me promete que todas las noches cerrará la puerta por dentro con un cerrojo?

Antes de que pudiera contestar una palabra a petición tan extraordinaria, la joven había desaparecido.

Experimenté una extraña sensación al encontrarme por fin instalado debidamente en mi solitaria morada. Mis horizontes estaban desde ese momento limitados por un círculo de inhóspitos eriales, en los que las malas hierbas estaban salpicadas de manchones de aliagas y cruzadas por una profusión de cicatrices, por las que la Naturaleza sacaba al exterior su seco costillar de granito. Jamás he tenido ante mis ojos una soledad más monótona y fatigosa; pero en esa misma monotonía residía su mayor encanto.

Ahora bien: la primera noche que pasé en la meseta de Gaster ocurrió un extraño incidente que hizo que mis pensamientos volviesen una vez más al mundo que había dejado a mis espaldas.

El atardecer había sido ceñudo y tristón, debido a los grandes nubarrones lívidos que se fueron amontonando por el oeste. A medida que fue avanzando la noche, la atmósfera interior de mi casita llegó a ser más y más ahogada y deprimente. Parecía que un peso me estaba oprimiendo la frente y el pecho. Desde muy lejos llegaba retumbando por el páramo el apagado runruneo del trueno. Como no podía conciliar el sueño, me vestí, salí a la puerta de mi casita y me puse a contemplar la negra soledad que me rodeaba.

Eché a caminar por la estrecha huella de ovejas que corría a lo largo del arroyo, avancé algunos centenares de yardas, y me volvía para desandar mi camino cuando la luna quedó enterrada debajo de una nube negra como la tinta, y la oscuridad se espesó de manera tan rápida que ya no veía ni el

sendero por donde caminaba, ni el arroyo a mi derecha, ni las rocas a mi izquierda. Me encontraba buscando a tientas mi camino en las tinieblas, cuando estalló un trueno espantoso, acompañado de un deslumbrante relámpago que iluminó toda la ancha meseta, poniendo de relieve y con claro perfil todos los matorrales y rocas, envueltos en vivísima luz. Fue cosa de un solo instante, pero esa visión momentánea hizo que corriese por todo mi cuerpo un escalofrío de miedo y de asombro, porque, en mi mismo camino, a menos de veinte yardas delante de mí, estaba erguida una mujer, y aquella luz lívida le dio en plena cara y descubrió todos los detalles de su indumentaria y sus facciones. No había modo de confundir aquellos ojos negros, y aquella figura alta y esbelta. Era ella; era Eva Cameron, la mujer de la que yo creía haberme despedido para siempre. Permanecí un instante petrificado, preguntándome si sería ella, en efecto, o si se trataría de alguna ficción que mi cerebro excitado había hecho surgir como una ilusión. Eché a correr rápidamente hacia donde la había visto, y la llamé a voz en cuello, pero no obtuve respuesta. Insistí una y otra vez en mis llamadas, pero sólo me contestó el melancólico hucheo de la lechuza. Un nuevo relámpago iluminó el paisaje y la luna salió de un empujón desde detrás de la nube que la ocultaba. Por más que trepé a un peñasco, desde el que se dominaba todo el páramo, no distinguí rastro alguno de aquella extraña excursionista de medianoche. Crucé la meseta durante una hora o más y, por último, me encontré de regreso en mi casita, dudando todavía de si lo que había visto era una mujer o una sombra.

III
LA CASITA GRIS EN LA CAÑADA

Debió de ser al cuarto o quinto día de haber tomado posesión de mi casita. Oí con asombro ruido de pisadas en la parte exterior, y a las pisadas siguió enseguida un golpe dado en mi puerta como con una garrota. La explosión de una bomba infernal no me habría producido sorpresa ni desconcierto mayor. Creía haberme puesto para siempre a cubierto de todo entremetimiento ajeno, y de pronto alguien golpeaba a mi puerta con la misma despreocupación que si se tratase de la taberna de una aldea. En un arrebato de cólera, tiré violentamente mi libro y descorrí el cerrojo en el momento en que mi visitante alzaba su garrota para repetir su ruda petición de ser recibido. Era un hombre alto, fornido, de barba leonada y pecho saliente, vestido con un traje holgado de mezclilla, con pretensiones de comodidad más bien que de

elegancia. No se me escapó ni un solo rasgo de su cara, porque el sol le daba en ella de lleno. La nariz grande y carnosa, los ojos azules y duros, sombreados por un matorral de cejas espesas y salientes; la frente espaciosa, cruzada de profundas arrugas, que contrastaban con su porte juvenil. A pesar de su sombrero de fieltro ajado por la intemperie, y el pañuelo de color ceñido a su cuello moreno y musculoso, me bastó una ojeada para darme cuenta de que se trataba de un hombre de cultura y buena educación. Yo creí que sería algún pastor errabundo o algún andorrero rústico, pero semejante aparición me desconcertó por completo.

—Parece usted asombrado —me dijo él, sonriente—. ¿O es que creía ser el único hombre del mundo a quien le gusta la soledad? Ya ve que en este desierto hay otros ermitaños además de usted.

—¿De modo que usted vive por aquí? —le pregunté en tono muy poco conciliatorio.

—Allá lejos —me respondió, con un movimiento de la cabeza hacia atrás —. Como somos convecinos, señor Upperton, me pareció que lo menos que me correspondía hacer era acercarme y ver si puedo servirle en algo.

—Gracias —dije con frialdad, con la mano en el pestillo de la puerta—. Soy hombre de gustos sencillos, y nada puede hacer por mí. Está usted en situación de ventaja sobre mí, porque sabe cómo me llamo.

Mi frío recibimiento pareció haberle dejado también frío, y dijo:

—Lo supe por los albañiles que trabajaron aquí. Yo soy cirujano, el cirujano de Gaster Fell. Con ese nombre me conocen por esta región, y para el caso sirve tanto como otro cualquiera.

—No creo que tenga por aquí mucha clientela, ¿verdad? —le hice notar yo.

—Fuera de usted, no hay por aquí un alma en muchas millas a la redonda.

—Por lo que veo, usted mismo está necesitado de que le atiendan.

Dije eso fijándome en una mancha blanca y extensa que se advertía en una de sus mejillas quemada por el sol, y que se habría dicho que era obra reciente de algún ácido muy fuerte.

—Esto no es nada —contestó con sequedad, volviendo la cara hacia otro lado para ocultar aquella señal—. Tengo que regresar, porque hay allí un compañero que me está esperando. Si en alguna ocasión puedo serle útil en algo, no deje de advertírmelo. No tiene usted que hacer otra cosa que seguir el arroyo, aguas arriba, por espacio de una milla más o menos y tropezará con mi casa. ¿Tiene cerrojo por dentro su puerta?

—Sí —le contesté, bastante sobresaltado al escuchar aquella pregunta.

—Pues entonces cierre la puerta con cerrojo, porque la meseta es un lugar extraño. Nunca se sabe quién puede andar merodeando, y es preferible estar seguro. Adiós.

Me saludó quitándose el sombrero, giró sobre sus talones y se alejó caminando con paso lento por la orilla del pequeño arroyo.

Aún estaba yo con la mano en el pestillo de la puerta, siguiendo con la vista a mi inesperado visitante, cuando descubrí otro habitante más de aquella soledad. A cierta distancia, siguiendo el sendero por el que caminaba mi visitante, había un gran peñasco gris, y apoyado en el peñasco vi a un hombre pequeño y encogido que, al acercarse el otro, se irguió y salió a su encuentro. Los dos hombres conversaron por espacio de uno o dos minutos. El de mayor estatura movió varias veces la cabeza hacia donde yo estaba, como si le pusiese al corriente de lo que entre nosotros había ocurrido. Luego se alejaron juntos y desaparecieron de mi vista en una hondonada de la meseta. Poco después volví a verlos más allá, cuando subían a terreno más elevado. Mi visitante rodeaba con el brazo a su amigo más viejo, ya fuese como expresión de afecto o movido del deseo de ayudarle a subir por la escarpada pendiente. Cuando llegaron a lo alto, la figura cuadrada y voluminosa y su acompañante flacucho y encogido se siluetaron por encima de la línea del horizonte y, volviendo sus cabezas, miraron hacia atrás en la dirección en que yo estaba. Entonces cerré la puerta de golpe, a fin de que no se sintiesen tentados a volver. Minutos después, al otear desde la ventana, descubrí que habían desaparecido.

Permanecí durante todo el día estudiando el papiro egipcio en que tenía centrado mi interés; pero ni los sutiles razonamientos de aquel antiguo filósofo de Menfis, ni el sentido místico que se encerraba en sus páginas, conseguían elevar mi alma por encima de las cosas terrenales. Antes de que cerrase la tarde tuve que renunciar a mi tarea, pues me sentía incapaz de llevarla adelante. Sentía rencor en mi corazón contra aquel intruso. De pie junto al arroyo que se deslizaba susurrando por delante de la puerta de mi casita, refresqué mi acalorada frente y volví a meditar en el asunto. Era evidente que la causa de que mi atención se desviase de manera tan insistente hacia aquellos convecinos míos, era el pequeño misterio que los envolvía. Una vez aclarado, dejarían de ser un obstáculo para mis estudios. ¿Qué me impedía, pues, ir paseando hacia su morada y observarlos por mis propios ojos sin darles ocasión a que sospechasen mi presencia, a fin de ver qué clase de personas eran? No me cabía duda de que encontraría alguna explicación sencilla y prosaica su manera de vivir. En todo caso, el atardecer era

agradable, y un paseo serviría para revitalizar mi cuerpo y mi inteligencia. Encendí mi pipa y eché a caminar por el páramo, siguiendo la dirección que ellos habían tomado.

Hacia la mitad de una cañada salvaje había un bosquecillo de robles retorcidos y achaparrados. Por detrás de éstos se elevaba en la atmósfera tranquila de la tarde una columna delgada y negra de humo. Evidentemente, aquello me señalaba la situación de la casa de mi convecino. Me alejé hacia la izquierda y pude colocarme al abrigo de una hilera de rocas, llegando de ese modo a un lugar desde el cual podía dominar con la vista el edificio, sin peligro alguno de ser visto. Era una casita pequeña, con tejado de pizarras, poco más voluminosa que los peñascos entre los cuales estaba edificada. Por las trazas, había sido construida, igual que mi propia casita, para residencia de algún pastor; pero, a diferencia de la mía, sus actuales moradores no se habían tomado ningún trabajo en mejorarla y ampliarla. Dos ventanucos, una puerta agrietada y maltratada por los accidentes atmosféricos, y una barrica despintada para recoger el agua de lluvia, eran los únicos objetos exteriores por los que podía deducir la condición de las personas que vivían en la casa. Sin embargo, bastaban esos detalles exteriores para darme que pensar, porque, a medida que me fui acercando, siempre al resguardo de la lomera de piedras, pude ver que los ventanucos estaban resguardados por gruesos barrotes de hierro, y que la vieja puerta estaba reforzada y enchapada con el mismo metal. Precauciones tan extraordinarias, unidas a lo salvaje de aquellos alrededores y a la absoluta soledad, ponían a la casita aislada un sello tremendamente agorero y espantable. Metí la pipa en el bolsillo y caminé a gatas por entre las aliagas y los helechos hasta llegar a menos de cien yardas de la puerta de mi convecino. Viendo entonces que me era imposible acercarme más sin peligro de que me descubriesen, me agazapé y me dispuse a observar.

Apenas me había metido en mi escondite cuando se abrió de par en par la puerta de la casita y salió de ésta, con una azada en la mano y con la cabeza descubierta, el individuo que se me había presentado diciendo ser el cirujano de Gaster Fell. Delante de la puerta había un pequeño retazo de tierra cultivada con patatas, guisantes y otras clases de vegetales, y aquel hombre se puso a trabajar, podando, escardando y arreglándolo todo. Mientras trabajaba se entretenía cantando con una voz potente, aunque poco agradable. Estaba absorto en su trabajo y vuelto de espaldas a la casita cuando surgió por la puerta entreabierta el otro individuo flacucho que había visto por la mañana.

Ahora me di cuenta de que se trataba de un hombre sesentón, arrugado, encogido y débil, de cabellos grises y ralos, y cara alargada y descolorida.

Avanzó con paso lento, disimulado, hacia su compañero, que no advirtió su presencia hasta que lo tuvo casi encima. Quizá fueron sus leves pisadas o su respiración las que le advirtieron por fin de su proximidad, porque el hombre que trabajaba se revolvió de pronto y se encaró con él. Uno y otro dieron un paso rápido hacia delante, como si fueran a saludarse, y de pronto —ahora mismo experimento horror recordándolo— el hombre de gran estatura acometió al otro y lo derribó por tierra; después, levantando al caído de un tirón, se lo echó al hombro, y corrió con su carga encima, a meterse dentro de la casa.

A pesar de que mi accidentada vida había endurecido mi sensibilidad, lo súbito y violento del caso me hizo estremecer. La vejez de aquel hombre, su débil constitución, sus maneras humildes y suplicantes, todo, en fin, contribuía a que aquella actitud resultase indignante y vergonzosa. Mi arrebato de cólera fue tal que estuve a punto de correr hasta la casita, desarmado como estaba; pero las voces que se oyeron de pronto en el interior de la misma me hicieron comprender que la víctima se encontraba ya libre. El sol se había ocultado detrás del horizonte, y todo estaba gris, salvo una nubecilla roja sobre la cumbre del Tennigent. Al resguardo de la penumbra, me acerqué y apliqué el oído para ver si podía enterarme de lo que ocurría. Oí la voz chillona y quejumbrosa del anciano, y la voz gruesa y rudamente monótona de su agresor, mezcladas ambas con un extraño ruido y tintineo metálico. Al poco rato salió de la casa el cirujano, cerró la puerta y empezó a pasearse de un lado para otro en la hora crepuscular, tirándose del pelo y levantando sus puños amenazadores, igual que un loco. Después echó a caminar y se alejó rápidamente por el valle, perdiéndose de mi vista entre las rocas.

Cuando el ruido de sus pasos murió a lo lejos, me acerqué más a la casita. El hombre encerrado dentro seguía lanzando un torrente de palabras y dejando escapar lamentos, como quien sufre. Cuando estuve cerca, pude escuchar cómo sus palabras se fueron convirtiendo en oraciones —unas oraciones expresadas con voz aguda e intención voluble, y que salían temblando de su boca con la ansiedad intensa de quien se ve en un peligro amenazador e inminente—. En aquel borbotón de súplicas solemnes que lanzaba el hombre dolorido y solitario, sin el propósito de que llegasen a oídos de ningún ser humano, y que parecían desgarrar el silencio de la noche, había algo de indeciblemente aterrador. Aún estaba yo pensando en si no era obligación mía intervenir en aquel asunto cuando escuché a lo lejos el ruido de los pasos del cirujano que volvía a su casa. Al oírlos, me aupé rápidamente

a los barrotes de hierro, y miré hacia el interior por los cristales en forma de diamante de la ventana. El interior de la casita estaba iluminado por el resplandor siniestro que se proyectaba desde lo que luego pude ver que era un horno químico. A su luminoso resplandor distinguí un gran revoltillo de retortas, tubos de ensayo y alambiques, esparcidos encima de la mesa, y que proyectaban sobre la pared sombras fantásticas y grotescas. Al fondo de la habitación había una especie de armazón de madera parecida a un gallinero; en su interior, absorto aún en sus oraciones, estaba arrodillado el hombre cuya voz había llegado a mis oídos. El rojo resplandor, al reverberar en la cara vuelta hacia lo alto, la hacía destacar entre las sombras igual que en un cuadro de Rembrandt, poniendo de relieve hasta la más pequeña arruga de aquella piel apergaminada. Sólo dispuse de tiempo para echar una rápida ojeada; me dejé caer de la ventana, y me alejé por entre los peñascos y los brezos, sin aminorar el paso hasta que me encontré de nuevo dentro de mi casita. Al llegar a ella me tumbé en la cama, más desconcertado y conmovido que lo que yo creía que podría volver a estar.

Las dudas que pudiera abrigar sobre si era mi antigua compañera de hospedaje la que yo había visto la noche de los truenos y relámpagos quedaron aclaradas a la mañana siguiente. Caminando por el sendero que conducía hasta la meseta, descubrí en un espacio de terreno blanduzco las huellas de un pie; del pie pequeño, fino, de una mujer bien calzada. El minúsculo tacón y el elevado empeine sólo podían pertenecer a mi compañera de Kirkby-Malhouse. Seguí su huella un buen trecho, hasta que me convencí de que se dirigía, según toda probabilidad, a la casita solitaria y agorera. ¿Qué fuerza podía arrastrar a aquella joven delicada, en noche de viento y lluvia, a atravesar el páramo espantable, hasta llegar a un lugar tan extraordinario?

He dicho ya que un arroyuelo pasaba por delante de mi misma puerta, cruzando el valle. Cosa de una semana después de los sucesos que he relatado, estaba yo sentado y mirando por mi ventana, cuando descubrí un objeto blanco que flotaba en la pausada corriente de agua. Mi primer pensamiento fue que se trataba de una oveja que se estaba ahogando. Entonces agarré mi garrota, y me dirigí hasta la orilla, ensarté el objeto con ella y lo saqué a tierra. Al examinarlo resultó ser una gran sábana, rota y desgarrada, con las iniciales J. C. en una esquina. Lo que daba al hallazgo un significado siniestro era que desde un dobladillo a otro la sábana estaba salpicada de manchas y descolorida.

Cerrando la puerta de mi casita, eché a caminar valle arriba hacia la del cirujano. Poco llevaba andado cuando le vi en persona. Caminaba con paso

rápido por la ladera de la colina, golpeando las matas de aliagas con una garrota y lanzando alaridos como un loco. Al verlo, sentí reforzadas y confirmadas las dudas que acerca del estado de su razón habían surgido en mí.

Al llegar más cerca, pude ver que llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo. Cuando descubrió mi presencia se quedó como si no supiera qué hacer, dudando entre acercarse más o no. Pero como yo no tenía ningún deseo de conversar con él, seguí adelante con paso rápido, y él, al verlo, siguió su camino reanudando los gritos y los golpes de su garrota en los arbustos. Una vez que desapareció al otro lado de los páramos, seguí mi camino hasta su casita, decidido a descubrir alguna clave que me permitiese comprender lo que había ocurrido allí. Cuando llegué a la casa, me quedé sorprendido al ver que la puerta chapeada de hierro estaba abierta de par en par. En el terreno próximo a la puerta se observaban rastros de lucha. Los aparatos de laboratorio químico que había en el interior, así como los muebles, aparecían desparramados por todas partes y hechos pedazos. Pero lo más elocuente de todo era que la siniestra jaula de madera tenía manchas de sangre, y había desaparecido su desdichado habitante. Sentí angustia pensando en aquel hombrecito, seguro de que jamás volvería a verlo en este mundo.

Dentro de la casita no descubrí nada que pudiera arrojar luz sobre la personalidad de mis convecinos. Allí no había sino instrumentos de laboratorio químico. Una pequeña estantería de libros, en un rincón, guardaba una colección selecta de obras científicas. En otra estantería se veían un montón de ejemplares geológicos recogidos entre la piedra caliza.

No volví a ver al cirujano durante mi viaje hacia casa; pero cuando entré en ésta, me quedé atónito y furioso al descubrir que alguien había entrado en ella durante mi ausencia. Cajas que estaban debajo de la cama habían sido sacadas fuera, las colgaduras aparecían desarregladas y las sillas apartadas de la pared. El brutal intruso no había respetado siquiera mi despacho, porque en la alfombra de color negro ébano se veían con toda claridad las pisadas de unas gruesas botas.

IV
EL HOMBRE QUE ENTRÓ DURANTE LA NOCHE

La noche cerró entre ráfagas de tempestad, y las nubes desgarradas envolvieron por todas partes la luna. El viento soplaba con ráfagas

melancólicas, sollozando y suspirando por encima del páramo y arrancando refunfuños simultáneos a todos los matorrales de aliagas. De cuando en cuando tamborileaba en los cristales de la ventana un breve chaparrón de lluvia. Estuve hasta cerca de la medianoche leyendo el fragmento de Jámblico en que trata de la inmortalidad. Jámblico fue un filósofo platónico de Alejandría, del que el emperador Juliano acostumbraba a decir que era posterior a Platón en el tiempo, pero no en el genio. Por último, cerré mi libro, abrí la puerta de mi casa y eché una última ojeada al melancólico páramo y al firmamento, más melancólico todavía. Al sacar la cabeza, se precipitó sobre mí una racha de viento que arrancó rojas chispas de mi pipa, llevándoselas en un bailoteo luminoso a través de la noche. En ese mismo instante surgió la luna entre dos nubarrones, y pude ver a su luz, a menos de doscientas yardas de mi puerta, sentado en la ladera de la colina, al hombre que se hacía llamar el cirujano de Gaster Fell. Estaba sentado entre los brezos, con los codos apoyados en las rodillas y la barbilla descansando sobre sus manos, inmóvil como una piedra, con la mirada fija y como clavada en la puerta de mi casa.

Un escalofrío de horror y de miedo recorrió mi cuerpo al descubrir a aquel centinela de mal agüero, porque todo lo relacionado con él era sombrío y misterioso y como envuelto en tina atmósfera de embrujo, combinándose en aquel momento la hora y el lugar con su siniestra aparición. Pero un estallido de enojo y de confianza en mí mismo hizo desaparecer enseguida esa emoción subalterna, y eché a caminar sin miedo alguno hacia donde él estaba. Al acercarme, se levantó y me hizo frente. La luz de la luna incidía sobre su rostro grave y barbudo y centelleaba en sus ojos. Cuando me encontraba cerca de él, grité:

—¿Qué significa esto? ¿Qué derecho tiene usted a espiarme?

Vi que una oleada de cólera cubría su cara, y me contestó:

—El tiempo que usted lleva entre campesinos le ha hecho olvidar la buena educación. El páramo está abierto para todos.

—Sí, y a continuación dirá usted que mi casa está abierta para todos —le repliqué con enojo—. Ha cometido usted la impertinencia de andar revolviéndolo todo dentro de mi casa, en mi ausencia, y esta misma tarde.

Pegó un respingo, y su cara delató la más intensa emoción. Y me gritó:

—Le juro que yo no he intervenido para nada en eso. Jamás puse el pie dentro de su casa. ¡Señor mío, señor mío, haga el favor de creerme cuando le digo que le amenaza un grave peligro, y que haría usted bien teniendo cuidado!

—Ya estoy harto de usted —le dije—. Presencié, cuando usted creía no ser visto por nadie, la manera cobarde que tuvo de golpear al pobre hombre. He ido también a su casita, y estoy enterado de todo cuanto ella me ha podido revelar. Si en Inglaterra existe justicia, usted pagará con la horca lo que ha hecho. En cuanto a mí, señor, le diré que he sido militar y que estoy armado. No echaré el cerrojo a mi puerta; pero si usted o cualquier otro canalla trata de cruzar mis umbrales, pagarán las consecuencias.

Dichas estas palabras, giré sobre mis talones y me alejé, metiéndome en mi casita.

El viento fue arreciando y aumentando durante dos días, entre constantes chaparrones de agua. La tercera noche se desató la tempestad más furiosa que recuerdo haber presenciado en Inglaterra. Me convencí de que de nada me serviría acostarme, ni tampoco el ponerme a leer, porque no lograba concentrar la atención. Reduje la luz de mi lámpara a la mitad, y recostándome en el respaldo de mi sillón, me abandoné a mis ensueños. Creo que perdí todo el sentido del tiempo, porque no me queda el menor recuerdo del que permanecí sentado, sumido en la línea divisoria del pensamiento y de la modorra. De pronto, a eso de las tres, o quizá a las cuatro de la mañana, volví en mí con un sobresalto; no sólo volví en mí, sino que lo hice poniendo en viva tensión mis sentidos y mi sistema nervioso. Al recorrer con la vista mi habitación, envuelta en la tenue luz, nada pude descubrir que justificase mi súbito estremecimiento. El cuarto acogedor, la ventana empañada por la lluvia, la tosca puerta de madera, todo estaba igual que siempre. Ya había empezado a convencerme de que aquella confusa sacudida nerviosa había sido obra de alguna incipiente pesadilla, cuando un instante después adquirí conciencia de lo que la había provocado. Había sido un ruido, el ruido de pasos humanos fuera de mi casita solitaria.

Los oía entre el retumbo de los truenos, la lluvia y el viento. Eran pasos ahogados, furtivos, sobre la hierba unas veces, sobre las piedras otras. De cuando en cuando se detenían por completo, y momentos después volvían a oírse, siempre acercándose a la casa. Seguí en mi sitio con el aliento en suspenso, escuchando el ruido espantoso. Los pasos se habían detenido junto a mi misma puerta, y ahora se oía el respirar jadeante de una persona que ha hecho una caminata larga y precipitada.

A la luz temblorosa de mi lámpara, que estaba ya apagándose, vi que el pestillo de mi puerta se movía como si alguien lo presionase desde fuera con suavidad. Poco a poco, lentamente, se alzó hasta quedar por encima del diente; entonces, y por espacio de un cuarto de minuto o más, hubo una pausa,

que yo seguí en silencio, sin moverme, mirando con ojos muy abiertos y con el sable fuera de la vaina.

Acto seguido, muy lentamente, la puerta empezó a girar sobre sus goznes, y por la rendija penetró el aire fresco de la noche con un silbido. La puerta estaba siendo empujada con suma cautela, sin que sus goznes oxidados produjesen el más leve chirrido. Cuando el espacio libre fue bastante grande, distinguí en el umbral una figura negra e indefinida y una cara pálida que me miraba. Las facciones eran propias de un hombre, pero los ojos eran inhumanos. Parecían arder en la oscuridad con un brillo verdoso propio, y tuve la sensación de que en aquella mirada astuta y maligna ardía el ansia misma del asesinato. Salté de mi silla, levanté en alto mi sable desnudo, pero en ese instante otra figura se precipitó hacia mi puerta lanzando un grito salvaje. Ante esa proximidad, mi indefinido visitante dejó escapar un chillido y huyó a través del páramo, lanzando alaridos igual que un sabueso que siente el castigo.

Estremecido aún por mi susto reciente, salí a la puerta y traté de penetrar en la oscuridad, mientras resonaban todavía en mis oídos los gritos discordantes de los fugitivos. Un brillante relámpago iluminó en ese instante todo el panorama con la misma claridad que si fuese de día. Allá lejos, en la ladera, distinguí dos figuras negras que se perseguían con gran rapidez por las tierras del páramo. Incluso a esa distancia, el contraste entre la una y la otra no dejaba duda alguna acerca de su identidad. La que iba delante era la del anciano de pequeña estatura, al que yo había dado por muerto; el que le perseguía era mi convecino cirujano. Se destacaron un momento con toda claridad y nitidez en el resplandor fantasmal, pero enseguida los envolvió la oscuridad y desaparecieron.

Al volverme para entrar en mi habitación, tropecé con algo que había en el umbral y que produjo un sonido metálico. Al agacharme, descubrí que se trataba de un cuchillo de hoja recta, pero toda ella de plomo, y tan blanda y quebradiza que resultaba curioso que alguien hubiese intentado servirse de ese instrumento como arma. Para que fuese aún más inofensiva, la empuñadura había sido arrancada de cuajo. Sin embargo, el instrumento había sido cuidadosamente afilado en una piedra, como lo demostraban las señales que se advertían en la hoja, y siempre podía ser arma peligrosa en manos de un hombre decidido.

¿Qué significaba todo ese conjunto de hechos y de circunstancias?, preguntará el lector. Durante mi vida errabunda he tropezado con muchos dramas, algunos de ellos tan extraños y sorprendentes como éste, pero a los

que les ha faltado la explicación final que el lector pide. El destino es un gran tejedor de historias, pero, por regla general, las termina contrariando todas las normas artísticas y con una indecorosa falta de atención para las conveniencias literarias. Sin embargo, mientras redacto estas líneas tengo delante de mí una carta que puedo agregar sin comentario alguno, y que aclarará todo cuanto pudiera resultar oscuro.

MANICOMIO DE KIRKBY

4 de septiembre de 1885

«Señor:

Estoy firmemente convencido de que tiene usted derecho a que se le presenten disculpas y se le dé alguna explicación de los acontecimientos sorprendentes y, a los ojos de usted, misteriosos, ocurridos últimamente y que de manera tan grave han perturbado la existencia tranquila que desea usted llevar. Habría ido de visita a su casa la mañana que siguió a la captura de mi padre, pero sabiendo lo mucho que le desagradaban las visitas y conociendo también —usted sabrá disculparme que lo diga— que es hombre de carácter violento, pensé que lo mejor sería comunicarme con usted por carta.

Mi pobre padre era un médico que trabajaba en medicina general en Birmingham, donde su nombre sigue siendo recordado y respetado. Su actividad en la profesión era intensa y constante. Hará unos diez años empezó a mostrar síntomas de aberración mental. Nosotros nos sentimos inclinados a atribuirlos al exceso de fatiga y a la influencia de una insolación. Creyéndome incompetente para opinar en un caso de tanta importancia, acudí inmediatamente a las más altas autoridades de la materia, tanto en Birmingham como en Londres. Consulté, entre otros, al eminente alienista Fraser Brown, que dictaminó que la locura de mi padre era de carácter intermitente, pero de gran peligrosidad en sus paroxismos. Sus palabras fueron: “Puede tomar caracteres homicidas, o puede inclinarse hacia la religiosidad; o quizá resulte una combinación de ambas cosas. Pasarán meses durante los cuales se conducirá tan razonablemente como usted o como yo; pero de pronto le acometerá el acceso. Incurrirá usted en una gran responsabilidad si no lo mantiene constantemente vigilado”.

No hace falta que le diga más, señor. Se dará usted cuenta de la tarea tremenda que ha recaído sobre mi pobre hermana y sobre mí en nuestra tentativa por evitar que mi padre tuviese que ser encerrado en un manicomio, idea que le horrorizaba en sus momentos de lucidez. No puedo hacer otra cosa

que lamentar el que nuestra desgracia haya venido a perturbar la tranquilidad de usted, y le presento disculpas en nombre de mi hermana y en el mío propio.

De usted atentamente,

J. Cameron».

UN HORROR PASTORAL[15]

Por encima del nivel del lago de Constanza, abrigado en un rinconcito de los Alpes tiroleses, se encuentra el tranquilo pueblo de Feldkirch. Nada en él llama la atención salvo la presencia de un colegio jesuita, de grandes dimensiones y bien dirigido, y la extremada belleza de su emplazamiento. No existe lugar más hermoso en todo el Vorarlberg. Desde las colinas que se yerguen tras la ciudad, a unos veinte kilómetros de distancia, cabrillea el gran lago, como si fuera un amplio mar de azogue. Más abajo, en las vegas, parlotean el Rin y el Danubio, corriendo raudos y joviales, sin esa dignidad que contraen al ir cambiando sus cursos de arroyos a ríos. Cinco grandes países o principados —Suiza, Austria, Baden, Württemberg y Baviera— pueden avistarse desde la planicie de Feldkirch.

Feldkirch es el centro de un largo trecho de región de prados y montañas. La carretera principal atraviesa el centro del municipio y prosigue hasta Anspach, donde se divide en dos ramas, de las cuales una es más larga que la otra. Esta rama más importante recorre los valles atravesando el Tirol austríaco hasta el propio Tirol, llegando hasta, creo, la capital de Innsbruck. La carretera menor avanza unos doce o quince kilómetros entre valles accidentados y agrestes hasta alcanzar el pueblo de Laden, donde se ramifica en una red de caminos de cabra. En este plácido lugar, yo, John Hudson, residí cerca de dos años de mi vida, desde junio del sesenta y cinco hasta marzo del sesenta y siete, y fue durante ese tiempo cuando sucedieron los acontecimientos que por unas semanas dieron nefasta celebridad a la solitaria aldea y ocasionaron que su nombre, por vez primera, y probablemente por última, tuviera eco en la prensa europea. La breve narración que de dichos incidentes apareció en los periódicos ingleses era, sin embargo, inexacta y engañosa y, a su lado, el rápido avance de los prusianos, que culminó en la batalla de Sadowa, distraía la atención del público de algo que le habría conmovido profundamente en tiempos menos agitados. Considero que pueden detallarse los hechos ahora, y resultar novedosos para la inmensa mayoría de los lectores, ya que yo mismo estuve relacionado íntimamente con el

dramático suceso y me encuentro en disposición de proporcionar muchos particulares que hasta ahora no han sido revelados.

Primero, unas palabras respecto a mi presencia en este lugar apartado. Cuando la gran empresa de la ciudad, Sprynge, Wilkinson y Sprage, quebró y pagó a sus adeudados una cantidad bastante menor de dieciocho peniques a la libra, unos cuantos hombres de condición humilde se vieron en la ruina, yo entre ellos. Se interpusieron, no obstante, ciertas objeciones legales que abrieron la posibilidad de que se hiciera una excepción conmigo entre los demás, y de que mi retribución fuera completa. Mientras se llevaba el caso, me asignaron una pequeñísima cantidad para que me mantuviera.

Resolví, así pues, fijar mientras tanto mi residencia en el extranjero, puesto que allí podía vivir con menos gastos y librarme de la mortificación de ver a aquellos que me habían conocido en días más prósperos. Un amigo mío me había descrito Laden hacía algunos años como el lugar más apartado con el que jamás se había topado en toda su existencia, y como aislamiento y economía de vida son comúnmente sinónimos, quise hacer uso de sus palabras. Además, yo estaba de un humor de perros hacia mis compatriotas y deseaba verlos tan poco como pudiera, por algún tiempo. Obedeciendo, entonces, los dictados de la pobreza y de la misantropía, me encaminé a Laden, donde mi llegada supuso una increíble conmoción para sus sencillos habitantes. Los modos y costumbres del inglés barbirrojo, sus largos paseos, su traje de cuadros, y las razones que le habían llevado a abandonar su país, eran jugosas fuentes de rumores para aquellos que frecuentaban el Gruner Mann y el bar Schwartzer, las dos posadas del pueblo.

Me encontraba muy feliz en Laden. Los alrededores eran magníficos, y veinte años en Brixton habían aguzado en mí la admiración por la naturaleza igual que la aceituna hace mejorar el sabor del vino. En mi juventud, había sido un buen estudioso del alemán y podía, antes de llevar muchos meses fuera, conversar con el cura de la parroquia, incluso sobre temas científicos y abstrusos.

El párroco fue para mí un regalo del cielo, pues era hombre de grandes conocimientos y conversador brillante. El padre Verhagen —así se llamaba—, aunque tenía poco más de cuarenta años, había obtenido renombre como autor de un formidable libro sobre los primeros papas, una obra que eminentes críticos han comparado a la de Von Ranke. Tengo para mí que Verhagen se vio relegado a la oscuridad de Laden debido a ciertas opiniones poco ortodoxas propuestas en su libro. Sus opiniones sobre cualquier tema eran extremadamente liberales, y había empleado su ardor juvenil en

reivindicarlas, como probaba una honda cicatriz que le cortaba la barbilla, proveniente del sable de un dragón durante la insurrección frustrada de Berlín. Todo en aquel hombre resultaba interesante y, pese a que por naturaleza era un tanto frío y reservado, los dos entablamos pronto una relación amistosa.

La atmósfera de moralidad de Laden era muy extremada. La presencia del teniente Wurms y de sus ayudantes había sido un lujo durante muchos años. No asistir a la iglesia un domingo o una fiesta de guardar sería el más vil y nefando de los crímenes que el más osado del pueblo hubiera alcanzado a cometer. Podía darse de vez en cuando que algún descomunal Fritz o Andreas llegara a hurtadillas a casa a las diez de la noche, ligeramente tocado por los efectos de la cerveza bávara, y hasta podía ser que levantara la voz a su esposa del alma, si a ella se le ocurría recriminárselo; pero casos así había muy pocos y, cuando se producían, los vecinos de Laden se pasaban un tiempo mirando al culpable, mostrando admiración en parte, en parte horror, como a alguien que hubiera cometido un sucio pecado, queriendo así afirmar su individualidad.

Fue en este pacífico pueblo en el que repentinamente se dieron una serie de crímenes que asombraron a toda Europa y que, por su atrocidad y el misterio que los rodeaba, superaron cualquier cosa que yo haya oído o leído jamás. Me propongo ofrecer una narración sucinta de dichos sucesos siguiendo el orden en que ocurrieron, para lo cual me sirve de gran ayuda el hecho de que haya tenido toda mi vida por costumbre escribir un diario, a cuyas páginas ahora me refiero.

Fue entonces, el 19 de marzo, en la primavera de 1866, cuando mi anciana ama de llaves, Frau Zimmer, irrumpió violentamente en la habitación, mientras yo estaba saboreando mi taza de chocolate mañanera, para informarme de que se había cometido un asesinato en el pueblo. Al principio no podía creer la noticia, pero como persistía en su afirmación, y dado que daba señales evidentes de estar terriblemente asustada, me puse el sombrero y salí a averiguar la verdad. Al llegar a la calle principal del pueblo, vi a varios hombres que avanzaban presurosos por delante de mí y, siguiéndolos, llegué hasta un grupo exaltado que estaba frente al *Stadthaus* o ayuntamiento, un edificio a modo de granero que se empleaba para todo tipo de reuniones públicas. Se agrupaban en torno al cuerpo de un tal Maul, que había sido en tiempos camarero de uno de los vapores que hacían el trayecto de Lindau a Fredericshaven en el lago de Constanza. Era un hombrecillo inofensivo, bastante querido en el pueblo, y que, a mi entender, no tenía ningún enemigo

en este mundo. Yacía boca abajo, con los dedos hundidos en la tierra, sin duda a causa de sus últimas convulsiones, y con el pelo todo apelmazado de sangre, que le había caído por el cuello del abrigo formando un surco. Habían descubierto el cuerpo hacía cerca de dos horas, pero nadie parecía saber qué hacer o adónde trasladarlo. Mi llegada, sin embargo, junto con la del párroco, que llegó casi simultáneamente, infundió arrojo al grupo de gente. Por orden nuestra, subieron el cuerpo y lo depositaron en el suelo del ayuntamiento, donde, tras habernos asegurado de que estaba completamente muerto, procedimos a examinar las heridas, junto con el teniente Wurms, de la policía. El rostro de Maul mostraba una gran placidez, prueba de que no había percibido el peligro hasta que cayó el golpe fatal. No se habían llevado el reloj o la cartera. Tras lavarle la sangre coagulada de la cabeza encontramos una curiosa herida triangular que le había abierto el cráneo y entrado en el cerebro. Evidentemente se la había infligido un fuerte golpe con un instrumento cortante acabado en forma piramidal. Creo que fue el padre Verhagen, el párroco, el que sugirió la posibilidad de que el arma en cuestión fuera una azuela o una piqueta, de las que se pueden encontrar en cualquier casa alpina. El intendente, con celeridad encomiable, obtuvo inmediatamente una y, asestando un golpe a un nabo, dejó precisamente el mismo corte que se podía apreciar en la cabeza del pobre Maul. Teníamos la impresión de que nos habíamos topado con el primer eslabón de una cadena que nos conduciría hasta el asesino. Poco después parecía que habíamos llegado a dar por entero con la clave.

Esa misma tarde se llevó a cabo una especie de pesquisa judicial sobre el cuerpo, presidida por Pfiffor, el alcalde; el párroco, el intendente, Freckler, de la oficina de correos, y yo, formábamos una especie de comité de investigación. Allí podía acudir cualquier persona que pudiera arrojar algo de luz sobre el caso o dar testimonio de los movimientos de la víctima durante la noche anterior. Acudió un buen número de testigos y pronto reunimos toda una serie de hechos conectados entre sí. A las ocho y media, Maul había entrado en la posada Gruner Mann y había pedido una jarra de cerveza. En aquel momento estaban sentados en la taberna Waghorn, el carnicero del pueblo, y un buhonero italiano llamado Cellini que solía venir a Laden tres veces al año con baratijas y demás mercaderías. Inmediatamente después de su entrada, el posadero se había sentado con sus clientes, y los cuatro habían pasado el rato juntos, porque a los clientes corrientes no se les admitía más allá de la barra. Parece, según la declaración del posadero y de Waghorn, ambos hombres respetables y de palabra, que después de las nueve surgió una

pelea entre el difunto y el buhonero. Habían intercambiado palabras acaloradas y el italiano se había marchado por fin diciendo que no quería quedarse a oír cómo se menospreciaba a su país. Maul permaneció cerca de una hora y, bajo los efectos de una cierta sensación de euforia por haber causado la retirada de su adversario, bebió algo más de lo habitual en él. Un testigo se había encontrado con él en dirección a su casa, hacia las diez, y declaró que estaba ligeramente bebido. Otro le había visto tan sólo un minuto o así antes de llegar al lugar frente al *stadthaus* en que tuvo lugar el suceso. Este dato fue clave. Juró convencido que al pasar el ayuntamiento, antes de encontrarse con Maul, había visto una figura de pie entre las sombras del edificio, añadiendo que la persona le parecía a él, en la medida en la que pudo verle, que tenía un aspecto semejante al del italiano.

Hasta aquel momento, ya habíamos llegado a concluir dos hechos: que el italiano había abandonado el Gruner Mann antes que Maul, pronunciando palabras airadas; segundo, que se había visto a un individuo desconocido esperando en el camino por el que el antiguo camarero tenía que cruzar. Tercero, y esencial, llegó cuando la mujer con la que vivía el italiano declaró que la noche anterior no había vuelto hasta las diez y media, una hora muy tardía para lo que acostumbraba Laden. ¿En que había empleado el tiempo, entonces, desde poco después de las nueve, tras abandonar la posada, hasta las diez y media, hora en que volvió a su casa? El panorama empezaba a ensombrecerse para el buhonero.

No podía negarse, sin embargo, que había puntos a favor de aquel hombre, y que las pruebas contra él consistían enteramente en datos circunstanciales. En primer lugar, no había rastro de azadón alguno o de cualquier otro instrumento que pudiera usarse para tal propósito, entre los bienes del italiano, ni era fácil comprender cómo podía hacerse con un arma de ese tipo, ya que no había pasado por casa entre el momento de la pelea y su regreso final. Además, tal y como apuntó el párroco, dado que Cellini era forastero en el pueblo, era muy poco probable que conociera qué camino iba a tomar Maul para llegar a casa. Esta objeción perdió fuerza, sin embargo, por la declaración del criado del fallecido, quien afirmó que el buhonero había estado pregonando sus mercancías frente a su casa el día anterior, y que perfectamente podría haber visto al dueño asomado a cualquiera de las ventanas. En cuanto al preso, al principio su actitud fue de desafío e incluso de diversión; pero desde el momento en que empezó a darse cuenta del peso de las pruebas en su contra, comenzó a encogerse y a retorcerse las manos con gesto espantoso, proclamando a voces su inocencia. En su descargo decía que,

tras abandonar la taberna, había ido a dar un largo paseo por la carretera de Anspach para calmar su estado de nerviosismo, y que ésta era la razón por la que regresó tarde. En cuanto al asesinato de Maul, él sabía tanto de él como un nonato.

Me he detenido tanto en las circunstancias de este caso, porque hay hechos relacionados con él que lo hacen especialmente interesante. Pretendo ahora recurrir al diario que me ocupé de escribir fielmente durante este período y de hecho durante toda mi estancia en el extranjero. Me ahorrará la molestia de ir citándolo y dará lecciones precisas sobre los hechos.

20 DE MAYO

Nada se piensa y nada se comenta de la tragedia reciente. Se han rastreado los bosques y la ribera del arroyo con la esperanza de encontrar el arma del asesino. Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que Cellini es el hombre que buscamos. El hecho de que el dinero estuviera intacto prueba que el crimen fue cometido por motivos de venganza, y quién iba a sentir más desprecio por el pobre e inocente Maul sino el vengativo y colérico italiano al que acababa de ofender. Por la noche cené con Pfiffor y él coincidió conmigo en esta interpretación del caso.

21 DE MAYO

Todavía nada, que yo haya oído, que arroje luz sobre el asesinato. Al pobre Maul lo enterraron a las doce en el bonito cementerio de la iglesia del pueblo. El párroco ofició el servicio con profunda emoción y los congregados, todo el pueblo, se sintieron muy conmovidos, interrumpiéndole con frecuencia con sollozos y exclamaciones de duelo. Una vez que terminó la dolorosa ceremonia, fui a dar un corto paseo con nuestro buen sacerdote. Su temperamento, excitable por naturaleza, se ha visto alterado por los recientes sucesos. La mano le tiembla y está pálido.

—Amigo mío —dijo, tomándome la mano mientras caminábamos—, usted sabe algo de medicina (yo había estado dos años en Guy). Llevo un tiempo sin estar nada bien.

—Es todo este triste asunto que le ha afectado —dije.

—No —respondió—, ya he venido sintiéndolo durante algún tiempo, pero últimamente ha empeorado. Siento un dolor agudo que me traspasa de aquí a aquí —se llevó al mano a las sienes—. Si me cayera un rayo encima, la

sacudida repentina que me causara no podría ser mayor. En ocasiones, cuando cierro los ojos, veo haces de luz que relampaguean y los oídos no me dejan de zumbar. A veces no sé qué hacer. Temo que vaya a desmayarme algún día cuando esté celebrando los santos oficios.

—Trabaja demasiado —dije—. Debe reposar y tomar algún reconstituyente. ¿Está escribiendo algo últimamente? ¿Cuánto escribe cada día?

—Ocho horas —respondió—; a veces diez, a veces once, doce, cuando no me interrumpen los dolores de cabeza.

—Tiene que reducirlas a cuatro —dije con autoridad—. También tiene que hacer ejercicio regularmente. Voy a enviarle quinina que tengo en el baúl, y tome cada mañana y cada noche la cantidad que entraría en un florín, disuelta en un vaso de leche.

Se fue, prometiendo seguir mis recomendaciones.

Me cuenta el alcalde que van a enviar a cuatro policías de Anspach para trasladar a Cellini a una prisión más segura.

22 DE MAYO

Decir que estaba desconcertado daría una vaga idea de mi estado mental. Estoy confundido, atónito, horrorizado más allá de cualquier palabra. Se ha cometido otro crimen, aún más horrible, durante la noche. Han encontrado a Freckler muerto en su casa, el mismo Freckler que había estado sentado a mi lado en el comité de investigación el día anterior. Escribo estas notas después de un duro y tenso día de trabajo, en que he estado ayudando a los oficiales de la ley. Los vecinos están tan paralizados por el miedo ante esta nueva evidencia de un asesino en su comunidad que habría cundido el pánico de no haber sido por nuestros esfuerzos. Al parecer, Freckler, que era un hombre de singulares costumbres, vivía solo en una casa aislada. Ya había despertado sospechas esta mañana el hecho de que no hubiera acudido al trabajo y de que no hubiera señal de movimiento por su casa. Los vecinos acudieron y forzaron las puertas para entrar. Hallaron al desdichado de Freckler en la habitación de arriba, tendido en el suelo, con la cabeza en la chimenea. La muerte le había llegado con una herida exactamente igual a la que resultó mortal para Maul, salvo que en este caso era en la frente. Aún tenía los puños apretados y en su rostro se leía un gesto de un horror indescriptible y, se diría, lleno de sorpresa. Había huellas de pisadas de barro en los escalones, que debió de dejar el asesino al subir, ya que su víctima se había puesto las

zapatillas antes de retirarse a su dormitorio. Estas huellas, sin embargo, estaban demasiado borradas como para permitirnos trazar un perfil fiable del pie. Sólo había una cada tres escalones, muestra de la velocidad con la que este tigre humano había arremetido escaleras arriba en busca de su víctima. En la casa había una suma de dinero considerable, pero no se había tocado ni un céntimo, ni habían abierto ninguno de los cajones del dormitorio.

A medida que se iba conociendo la funesta noticia, todo el pueblo se iba congregando frente a la casa, por el poder de convocatoria que produce el miedo, creo yo, más que por mera curiosidad. Todos miraban al vecino con sospecha. La mayoría permanecía en silencio y, cuando hablaban, lo hacían en cuchicheos, como si temieran levantar la voz. No se permitió a ninguna de estas personas entrar en la casa y nosotros, los miembros más ilustres de la comunidad, llevamos a cabo un examen exhaustivo de la estancia. Sin embargo, no había absolutamente nada que proporcionara la menor pista sobre el asesino. Aparte del hecho de que debía de ser un hombre enérgico, a juzgar por el modo en el que había subido las escaleras, no hemos sacado nada en claro de esta segunda tragedia. El teniente Wurrns señaló, a propósito, que el brazo derecho del muerto estaba tendido en ademán de saludo y que, por lo tanto, era probable que esta visita de última hora fuera alguien con el que Flecker tenía confianza. Pero esto, en gran medida, era una mera hipótesis. Si había algo que pudiera añadirse al horror provocado por el espantoso suceso era el hecho de que el crimen debía de haberse cometido a la temprana hora de las ocho y media de la tarde, pues ésa era la hora que marcaba un pequeño reloj de cuco que había arrastrado Flecker en su caída.

Nadie, al parecer, oyó ruidos sospechosos, ni se vio a nadie entrar o salir de la casa. Se había hecho todo con rapidez, en silencio y con decisión, aunque debía de haber mucha gente por allí a aquella hora. El pobre Pfiffor y nuestro buen párroco están terriblemente disgustados por este horrible suceso y, ciertamente, yo mismo me encuentro muy abatido, ahora que la tensión nerviosa ha pasado y que ya he reaccionado. Esta noche no se ve a ningún vecino por las calles y por todas partes se oyen golpes de martillo, y es que los del pueblo están poniendo cerrojos y pasadores en las puertas y ventanas de las casas. Muchas de ellas no tenían nada parecido, ni había hecho falta hasta ahora. Frau Zimmer ha preparado una cadena enorme que provocaría la risa si estuviéramos de humor.

Oigo esta noche que han soltado a Cellini, ya que, por supuesto, ahora no existe pretexto posible para detenerlo; también se ha dado parte a los pueblos de alrededor por si podían enviar algún policía.

Mi estado de nervios ha sido tal que he permanecido despierto la mayor parte de la noche, leyendo la traducción de Tácito de Gordon a la luz de una vela. He sacado el revólver de la marina y lo he limpiado, para estar preparado ante cualquier eventualidad.

23 DE MAYO

Han reclutado a tres agentes de la policía de Anspach y a dos del pueblo del otro lado de las colinas, Thalstadt. El teniente Wurms ha programado un eficaz sistema de patrullas para que, en la medida de lo posible, podamos sentirnos seguros. El día de hoy no ha contribuido a aclarar nada sobre los asesinatos. La gente del pueblo parece coincidir en que son obra de algún forastero que se oculta en los bosques, que allí todos se conocen desde la niñez y que no hay entre ellos nadie que sea capaz de tales acciones. Algunos de los más arrojados han rastreado hoy los bosques de coníferas, pero sin éxito.

24 DE MAYO

Los sucesos se agolpan sin descanso. Parece que acabamos de recuperarnos de un horror, cuando otra vez sucede algo que vuelve a agitar la imaginación del pueblo. Por fortuna, esta vez no es una nueva tragedia, aunque se trata de una noticia bastante seria.

Han visto al asesino y, además, en la carretera del pueblo, lo cual demuestra que su sed de sangre todavía no se había saciado y también que nuestros refuerzos policiales no son suficientes para garantizar la seguridad. Acabo de regresar de oír a Andreas Murch narrar su experiencia, aunque se encuentra en tal estado de tensión nerviosa que su relato resultó algo incoherente. Se había visto retenido en las montañas, según parece, por causa de la niebla. Eran cerca de las once de la noche y acababa de encontrar la carretera principal, a unos tres kilómetros de distancia del pueblo. Confiesa que no se encontraba nada tranquilo, por hallarse fuera de casa tan tarde después de los últimos acontecimientos. Sin embargo, como la niebla había levantado y la luna brillaba, tomó el camino con decisión. Justo a eso de unos trescientos metros del pueblo, el camino toma un ángulo muy cerrado. Andreas había llegado hasta ese punto, cuando de repente oyó, en medio del silencio de la noche, el ruido de pasos aproximándose rápidamente desde el otro lado de la curva. Muerto de miedo, se tiró a la cuneta que bordea el

camino y permaneció en la penumbra allí tumbado sin moverse, asomando desde el borde. Los pasos se aproximaban cada vez más, y entonces, una figura oscura y alta dobló la curva con paso oscilante y, tras pasar por el lugar donde la luna iluminaba la cara del campesino, blanca del susto, se detuvo unos veinte metros más allá y comenzó a hurgar entre las hierbas de las lindes con una herramienta en la que Andreas Murch reconoció con espanto un azadón. Después de rebuscar durante un minuto aproximadamente, como si sospechara que alguien se encontraba ahí escondido, pues debía de haber oído el ruido de los pasos, se detuvo apoyándose en su arma. Murch le describe como un hombre alto y delgado, vestido de ropas de color oscuro. La parte inferior de la cara la tenía cubierta con algún tipo de paño y lo poco que quedaba visible parecía tener la palidez de un muerto. Murch no pudo apreciar los rasgos tanto como para identificarlo, pero cree que era alguien a quien nunca había visto antes. Después de un rato, el hombre del azadón se había esfumado en la oscuridad, en la dirección en la que se imaginaba que había ido el fugitivo. Andreas, como puede suponerse, no perdió ni un segundo en ponerse a salvo camino del pueblo, donde dio la alarma a la policía. Tres de sus agentes, armados de carabinas, salieron camino abajo, pero no vieron ni rastro del bellaco. Existe, sin embargo, la posibilidad de que el relato de Murch estuviera exagerado y de que su imaginación la hubiera avivado el miedo. Aun así, no podía haberse inventado todo el incidente, y este maldito demonio sigue evidentemente activo.

Hay un hombre de condición aviesa llamado Hiedler que vive en una cabaña al lado del Spiegelberg, y que se mantiene cazando gamuzas y haciendo de guía para los pocos turistas que llegan hasta aquí. Las sospechas del pueblo han recaído sobre este hombre, sólo por el hecho de que es alto, delgado y de que tiene fama de persona ruda y agresiva. Hoy han registrado su casa, aunque sin encontrar nada importante. A él, sin embargo, lo han detenido y encerrado en la misma celda en la que estuvo Cellini.

Aquí hay un salto de una semana en mi diario, tiempo durante el cual hubo un cese total de las constantes alarmas que nos han atormentado últimamente. Algunos lo explicaban suponiendo que el desconocido se había trasladado a un escenario de acción menos vigilado. Otros imaginan que con el vagabundo Hiedler hemos puesto a buen recaudo al asesino. Fuera por la causa que fuera, la paz y el contento vuelven a reinar una vez más en el pueblo y apenas siete días han bastado para despejar la nube de inquietud de

la mente de todos, aunque la policía permanece todavía alerta. La temporada de caza de rifle acaba de empezar y, dado que Laden tiene, como casi todos los pueblos tiroleses, cotos de caza propios, hay un continuo «pum, pum» todo el día. Estos campesinos hacen blanco perfecto incluso a cuatrocientos metros. No hay tropa en el mundo que pueda superarlos en sus montañas.

Mi amigo Verhagen, el párroco, y Pfiffor, el alcalde, solían bajar por la tarde a ver la caza conmigo. El primero dice que la quinina le ha hecho mucho bien y que ha recuperado el apetito. Coincidimos todos en que es bueno promover el entretenimiento del pueblo para que se olvide todo lo referente a este odioso asunto. Veghorn, el carnicero, ganó el premio que ofrecía el alcalde. Había hecho cinco banderas y lo que llamaríamos una diana de seis tiros a 100 metros. Esto, en Inglaterra, es una medalla.

2 DE JUNIO

¿Quién hubiera imaginado que un día que se abría con tan buen talante pudiera tener un final tan negro? El correo de la mañana me trajo una carta por la que supe que Spragge & Co. había accedido a pagarme el total de la suma que reclamaba, aunque podían pasar algunos meses antes de que se me enviara el dinero. Para mí esto significará la diferencia de cuatrocientas libras al año, un asunto vital cuando se tienen cuarenta y siete años.

Pero pasemos a los acontecimientos importantes del día: mi encuentro frente a frente con el vampiro que nos visita y su ataque a Frau Bischoff, la tabernera del Gruner Mann, por no hablar de cómo nuestro párroco se salvó por los pelos. Parece haber algo casi sobrenatural en la malignidad de este demonio desconocido y la impunidad con la que prosigue su curso asesino. Se debe en realidad a la pésima iluminación del lugar —o mejor dicho, a la falta absoluta de iluminación— y también al hecho de que los bosques llegan a la parte trasera de todas las casas del pueblo, de forma que la huida se hace fácil. A pesar de esto, sin embargo, esta noche hemos tenido dos ocasiones en las que ha escapado, una de mi pistola y otra de los oficiales de la ley. No creo que duerma mucho, así que pasaré media hora tomando nota de estos extraños sucesos en mi diario. Yo no soy ningún cobarde, pero esta vida de Laden está acabando con mis nervios. Creo que terminará por conseguir la emigración de todo el pueblo.

Bueno, retomaré mi historia. Aquella tarde me sentía solo y abatido, a pesar de las buenas noticias de la mañana. Hacia las nueve, justo cuando empezaba a caer la noche, resolví dar un paseo y acercarme a la casa del

párroco, pues pensaba que un poco de conversación intelectual me levantaría el ánimo. Así pues, me metí el revólver en el bolsillo —una precaución que nunca he olvidado— y salí, desobedeciendo el consejo de la buena de Frau Zimmer. Creo que mencioné hace meses en mi diario que la casa del párroco está un poco alejada del pueblo, sobre la cresta de una pequeña colina. Cuando llegué allí, resultó que había salido, algo que bien podía haber previsto, pues se había quejado últimamente de su insomnio y yo le había recomendado que hiciera algo de ejercicio al atardecer. De cualquier modo, su ama de llaves me hizo pasar, y tras encender la lámpara, me dejó en el estudio con libros para que me entretuviera hasta la vuelta de su señor.

Supongo que debo de haber estado sentado cerca de media hora hojeando un volumen suelto de poemas de Klopstock, cuando un repentino presentimiento me hizo alzar la cabeza y la vista. Ya he pasado por unas cuantas situaciones extrañas en mi vida, pero nunca he sentido nada comparable al estremecimiento que se apoderó de mí entonces. El solo recuerdo de ello ahora, horas después del suceso, me da escalofríos. Ahí, enmarcado en uno de los cristales de la ventana, había un rostro humano que, desde la penumbra, miraba ferozmente hacia el interior de la habitación iluminada; la cara de un hombre, tan escondida tras una bufanda y un sombrero de ala, que el único recuerdo que guardo es el de un par de ojos de fiera salvaje y una nariz blanca apretada contra el cristal. No necesitaba la descripción de Andreas Murch para decirme que por fin estaba frente al hombre del azadón. Se leía el asesinato en aquellos ojos de fiera. Durante un segundo estuve tan trastornado que me faltaban las fuerzas; luego amartillé el revólver y disparé directo al siniestro rostro. Tardé un segundo de más. Mientras apretaba el gatillo, lo vi desaparecer, aunque el cristal por el que había estado mirando quedó hecho añicos. No había ni rastro del visitante. Su intención, sin lugar a dudas, era atacar al párroco, pues nada había que le impidiera entrar por la ventana, de no haberse encontrado con un hombre armado dentro.

Mientras yo estaba fuera con la asustada ama de llaves del párroco, se oyó de repente un griterío confuso. Por entonces, ¡ay!, sonidos así eran tan comunes en Laden, que no había duda de lo que presagiaban. Había ocurrido una nueva desgracia. Esta noche parecía estar destinada a ser una noche de horror. Podía necesitarse mi presencia en el pueblo, así que salí hacia allá, llevándome conmigo a aquella mujer temblorosa, que estaba decidida a no quedarse atrás. La gente se había agolpado alrededor de la posada Gruner Mann y una docena de voces alarmadas estaban explicando los detalles al

párroco, que había llegado justo antes que nosotros. Era lo que me había imaginado, aunque felizmente sin el resultado que temía. Parece ser que Frau Bischoff, la mujer del propietario de la taberna, había salido hacía unos veinte minutos a unos metros más allá de la puerta de la casa para sacar agua y, de repente, un hombre alto la había atacado, y le había cortado el paso con un arma. Por fortuna resbaló y ella pudo agarrarle por la muñeca y evitar que repitiera su intento, mientras gritaba pidiendo socorro. En aquel momento había por allí varias personas y se acercaron corriendo, y en esto el extraño se libró y salió a toda prisa en dirección al bosque con dos policías a la zaga. Pero no hay demasiadas esperanzas de que lo alcancen o puedan seguirlo en un laberinto tan oscuro. Frau Bischoff había intentado con todas sus fuerzas retener al asesino, y afirma que con las uñas le hizo unos profundos surcos en la muñeca derecha. Esto, sin embargo, deben de ser meras suposiciones, porque había muy poca luz en aquel momento. Por fortuna, está completamente ilesa. El párroco quedó horrorizado cuando le conté el incidente ocurrido en su propia casa. Él volvía de su paseo, al parecer, cuando, al oír los gritos en el pueblo, se apresuró a ir corriendo hacia allá. A nadie más le he contado mi aventura, por no alarmar más a la gente.

Como antes dije, a no ser que se capture a este malhechor misterioso y sanguinario, el pueblo quedará desierto. No hay ser de carne y hueso que pueda resistir tanta tensión. O es un misántropo asesino que se ha prometido venganza contra todo el género humano o un maníaco prófugo. Claramente, después del ataque frustrado a Frau Bischoff, había ido derecho a la casa del párroco, decidido a saciar su sed de sangre, pensando que su emplazamiento apartado ofrecía esperanza de éxito. Ojalá le hubiera disparado desde el bolsillo de mi abrigo. En cuanto vio el brillo del arma, escapó.

3 DE JUNIO

Todo el pueblo se ha enterado de la visita al párroco. Había una multitud frente a su casa para felicitarle por haberse salvado, y cuando yo llegué, rompieron todos en gritos entusiastas y me aclamaron como el «tapferer Englander» (el inglés valiente). Parece que el rufián se debió de llevar un gran susto en la huida, porque encontraron una bufanda de lana tirada en el sendero que conduce al pueblo y, algo más tarde, aquel mismo día, descubrieron el azadón mortífero cerca del mismo lugar. Evidentemente el canalla tiró todas esas cosas y puso pies en polvorosa. Quizá resulte que, con todo eso, le hayan alejado por siempre de los alrededores. ¡Esperemos que así sea!

4 DE JUNIO

Un día tranquilo, algo tan asombroso en nuestros anales como lo es en otra parte uno agitado. Wurms ha estado haciendo arduas pesquisas, pero no puede asignar la bufanda y el azadón a ningún vecino. Se ha publicado una descripción de los mismos y se han enviado copias a Anspach y los pueblos colindantes para que se distribuyan entre los vecinos, para que pudieran así arrojar luz sobre el asunto. El domingo se celebrará en la iglesia un servicio de acción de gracias por la salvación del pastor y de Martha Bischoff. Pfiffor me dice que Herr von Weissendorff, uno de los detectives más sagaces de Viena, se dirige a Laden. Sé también, por la prensa inglesa que me llega, que en mi país interesan las tragedias de aquí, aunque las narraciones que les han llegado estén mutiladas y sean poco fidedignas.

Con qué precisión puedo recordar la mañana del domingo siguiente a los sucesos que he descrito. ¡Una mañana así casi no se encuentra fuera del Tirol! El cielo estaba azul y despejado, la suave brisa traía el aroma balsámico de los bosques de coníferas a través de las ventanas abiertas y arriba, a lo lejos, en la cima de las montañas, el lejano tintineo de las campanillas de los rebaños acariciaba el oído, hasta que la música de campanas que convocaba a los vecinos al rezo apagó su melodía más débil. Resultaba difícil de creer, al contemplar la callejuela con sus pintorescas casas de madera y su iglesia antigua, que se cernía sobre ella una nube de asesinato que había causado el horror en Europa. Me senté a la ventana viendo a los vecinos pasar con sus mujeres e hijas vestidas con traje típico camino a la iglesia. Con la cálida reverencia de los países católicos, los vi persignarse a su paso por la casa de Freckler y el lugar donde Maul había encontrado su destino. Cuando la campana dejó de tocar y todo el pueblo estaba congregado en la iglesia, me dirigí allí también, pues siempre he tenido por costumbre unirme a los actos religiosos de cualquier pueblo entre el que me pudiera encontrar.

Cuando llegué a la iglesia, el oficio ya había empezado. Ocupé mi sitio en la galería que contenía el órgano del pueblo, desde la cual obtenía una buena vista de la congregación. En primera fila tenía su puesto Frau Bischoff, cuya milagrosa salvación era el motivo de la celebración del acto y, junto a ella, a un lado, estaba su respetable marido, mientras que el alcalde ocupaba el extremo opuesto. Se hizo el silencio en la iglesia cuando el párroco se volvió del altar y ascendió al púlpito. Muy pocas veces he oído un sermón tan magnífico. El padre Verhagen siempre fue un orador elocuente, pero en aquella ocasión se superó a sí mismo. Eligió como texto «En medio de la vida

estamos en la muerte» y supo imprimir con tal viveza en nuestras mentes el fino velo que nos separa de la eternidad y cuán inesperadamente éste puede rasgarse, que mantuvo al auditorio hechizado y horrorizado. Habló después con tierna emoción de los amigos que nos habían sido arrebatados tan repentina y espantosamente, hasta que sus palabras quedaron casi ahogadas por los sollozos de las mujeres y, volviéndose de repente, comparó su pacífica existencia en un mundo de dicha con el oscuro destino del criminal de mente siniestra, ahogado en sangre y sin nada que esperar ni en este mundo ni en el próximo, un hombre solitario entre sus semejantes, sin una mujer que le ame, ni un niño que balbucee sobre sus rodillas y una eterna tortura en el pensamiento. Con tanta destreza y con tanta energía habló que, cuando terminó, estoy seguro de que la compasión por este despiadado demonio era la única emoción que ocupaba los corazones de todos.

El servicio había terminado y el sacerdote, precedido de sus dos acólitos, iba a abandonar el altar, cuando se volvió, como tenía por costumbre, para dar la bendición a los feligreses. Nunca olvidaré su aspecto. El sol del verano, que atravesaba oblicuamente la única vidriera que adornaba la iglesita, arrojaba un lustre amarillento sobre sus duros rasgos de intelectual y las líneas oscuras del cansancio, mientras un vivo punto carmesí que se reflejaba de un paño de color rubí de la ventana temblaba sobre su mano derecha alzada. Se hizo el silencio mientras los campesinos inclinaban la cabeza para recibir la bendición del pastor, un silencio roto por un agudo grito de sorpresa que lanzó una mujer que, tambaleándose, se incorporó desde su reclinatorio, gesticulando estentóreamente mientras señalaba al brazo alzado del padre Verhagen. No hubo necesidad de que Frau Bischoff explicara la causa de aquel grito repentino, pues ahí, ante los ojos de todos los feligreses, estaban las marcas de las cicatrices lívidas de la muñeca derecha del párroco, cicatrices que nada hubiera podido dejar salvo las uñas de una mujer desesperada. ¡Y qué mujer sino ella se había aferrado con tanta fiereza al asesino dos días antes!

Que en todo este terrible drama el pobre Verhagen era el hombre que más compasión merecía, no me cabe duda alguna. En una población en la que pudiera haber conseguido consejo médico, el arrebato de manía homicida, que indudablemente procedía del exceso de trabajo y de la fatiga mental, y que adquirió una forma tan terrible, habría sido detectado a tiempo y se hubiera ahorrado el horrible remordimiento que debía de apoderarse de él en los

intervalos lúcidos entre ataques, si es que tuvo intervalos lúcidos. Cómo podía yo diagnosticar con mis rudos conocimientos de medicina la existencia de esa forma terrible e insidiosa de insania, especialmente a partir de los síntomas tan vagos que me daba a conocer. Resulta fácil ahora, echando la vista atrás, pensar en muchas pequeñas circunstancias que nos debían de haber dado pistas acertadas; pero ¡qué sencillo es conocer con posterioridad! Muy triste sería que yo llegara a pensar que tenía algo que reprocharme.

Nunca fuimos capaces de descubrir dónde había obtenido el arma con la que había cometido sus crímenes ni cómo se las arregló para ocultarla en el intervalo. Comprobé por mí mismo que había tenido por costumbre salir y entrar por la ventana sin molestar a su ama de llaves. Con ocasión del ataque a Frau Bischoff había salido apresuradamente y, entonces, al hallar para asombro suyo que su habitación estaba ocupada, su único recurso fue lanzar lejos su arma y bufanda y mezclarse con la gente del pueblo. Siendo como era un hombre fuerte y enérgico, con un buen conocimiento de los senderos del bosque, nunca encontró dificultad alguna para evitar ser visto.

Inmediatamente después de su detención, la enfermedad de Verhagen se agravó sensiblemente y lo trasladaron a un manicomio de Feldkirch. He oído que, algunos meses después, intentó acabar con la vida de uno de sus cuidadores y que después se suicidó. No puedo dar fe de esto, sin embargo, porque lo oí de forma fortuita en una conversación en un vagón de tren.

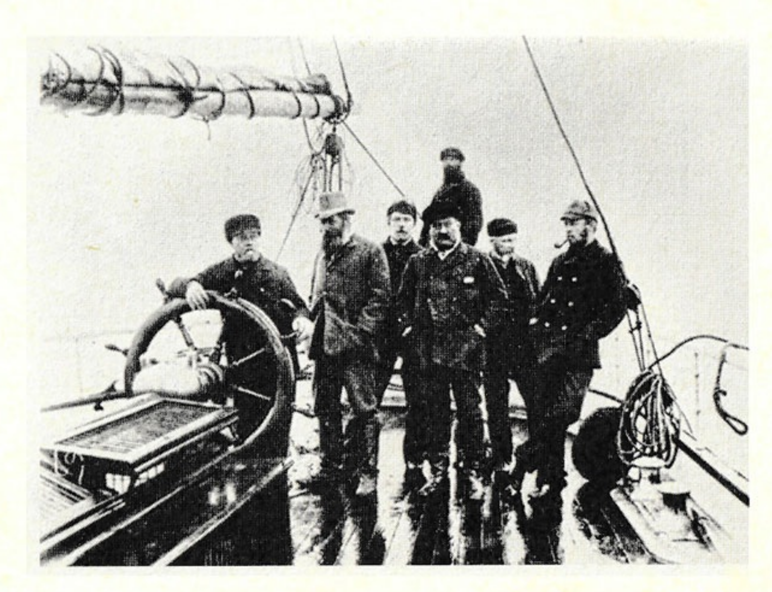
En cuanto a mí, me marché de Laden unos meses después, tras recibir notificación de mis abogados de que lo que reclamaba había sido abonado. Pese a la trágica experiencia que allí tuve, guardaba muchos recuerdos agradables del pueblecito tirolés y renové mi relación con el alcalde, el intendente y todos mis viejos amigos en dos visitas posteriores, con ocasión de las cuales, consumiendo pipas y jarras de cerveza, disfrutamos macabramente hablando con aliento entrecortado de aquel terrible mes en el tranquilo pueblo del Vorarlberg.

Álbum de ilustraciones





Arthur con su hermana Annette
a los seis años de edad,
1865

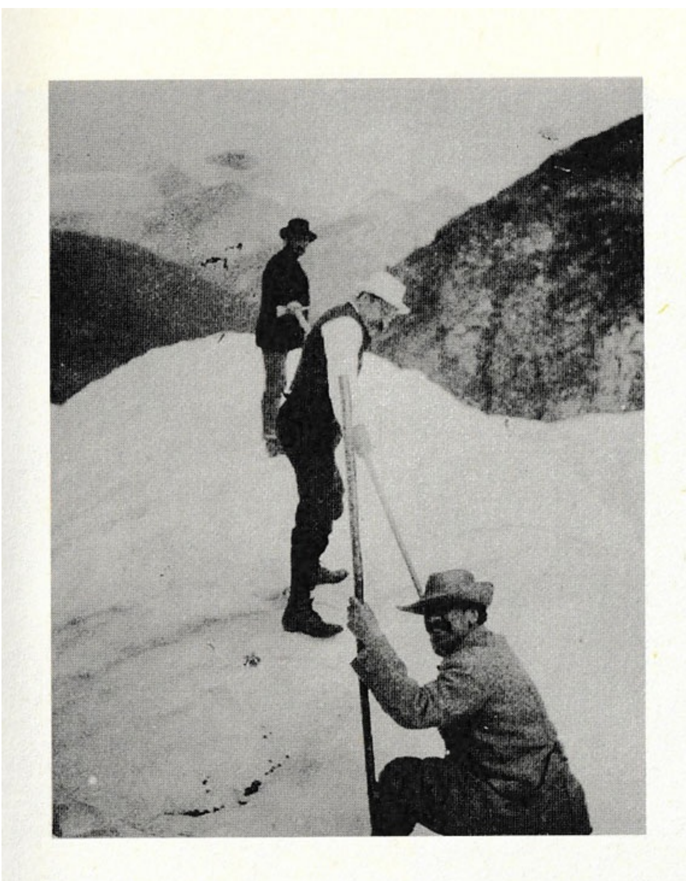


En la cubierta del «Eira»,
1880



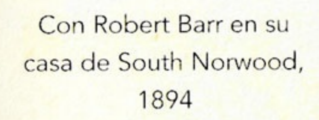
Graduado en la Universidad de Edimburgo, 1881





En un glaciar de Suiza, 1893

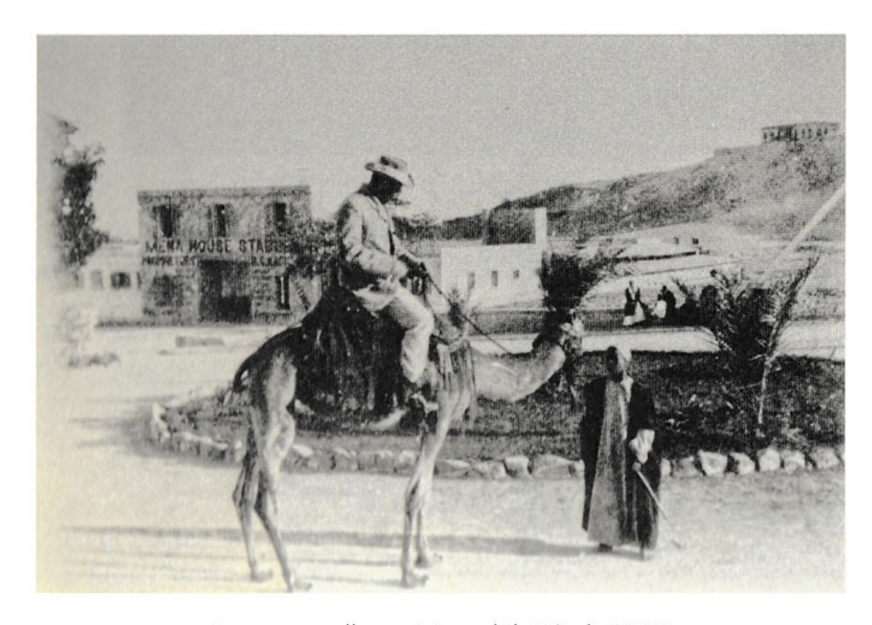




Con Robert Barr en su casa de South Norwood, 1894



Disfrazado de vikingo
1895



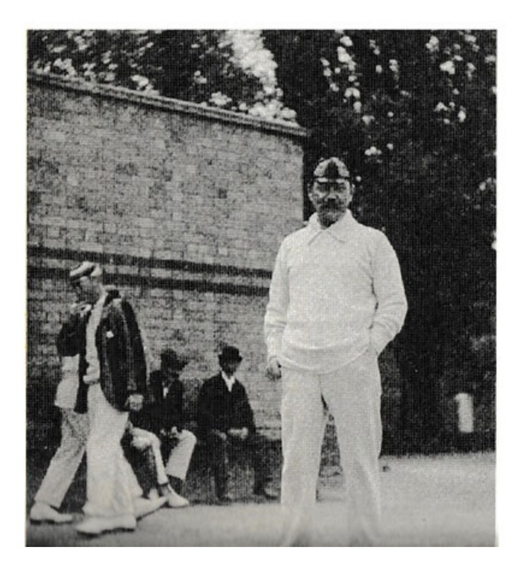
En un camello en Mena (El Cairo), 1896



Con el personal del Langman Hospital, en loefontein, 1900



Preparándose para montar en globo, 1901



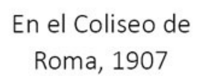
Durante un partido de cricket, 1901



Arthur Conan Doyle con su familia, 1904



Boda con Jean Leckie, 1907



En el Coliseo de Roma, 1907

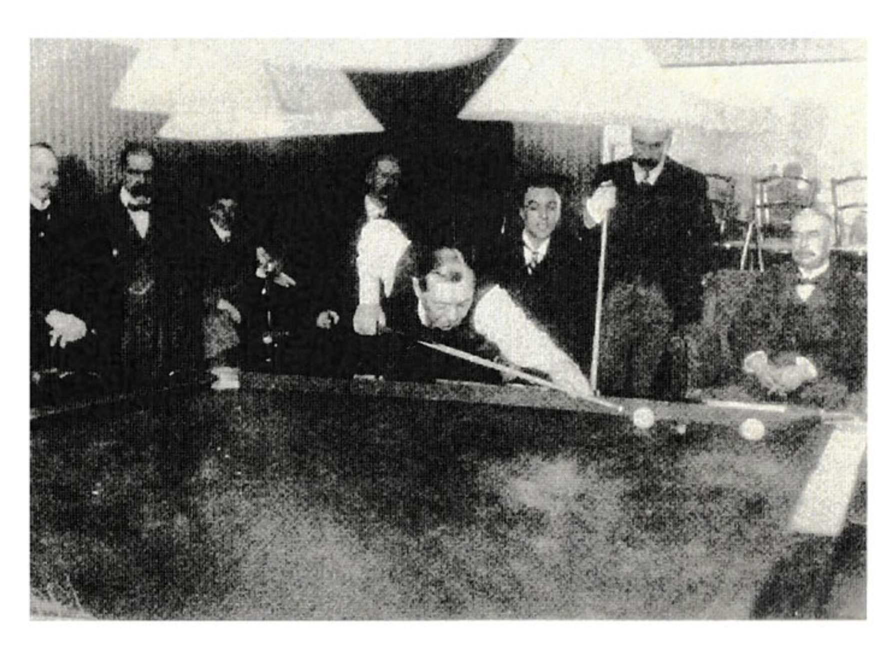




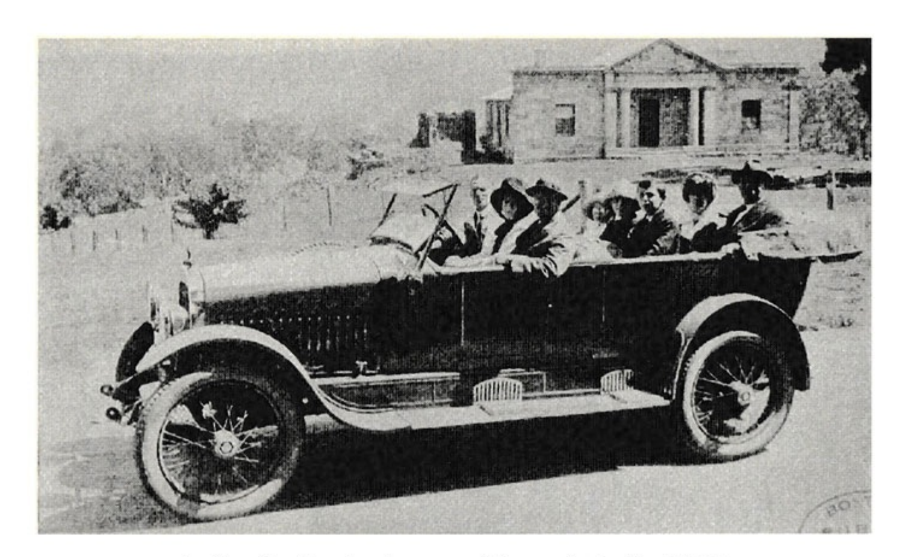
Arthur Conan Doyle durante el Prince Henry Tour, Alemania, 1911



Disfrazado de profesor Challenger, 1912



Arthur Conan Dpyle durante um torneo de billlar amateur, 1913



La familia Doyle de excursión en Astralia, 1921



Con Houdini en Atlantic City, 1922



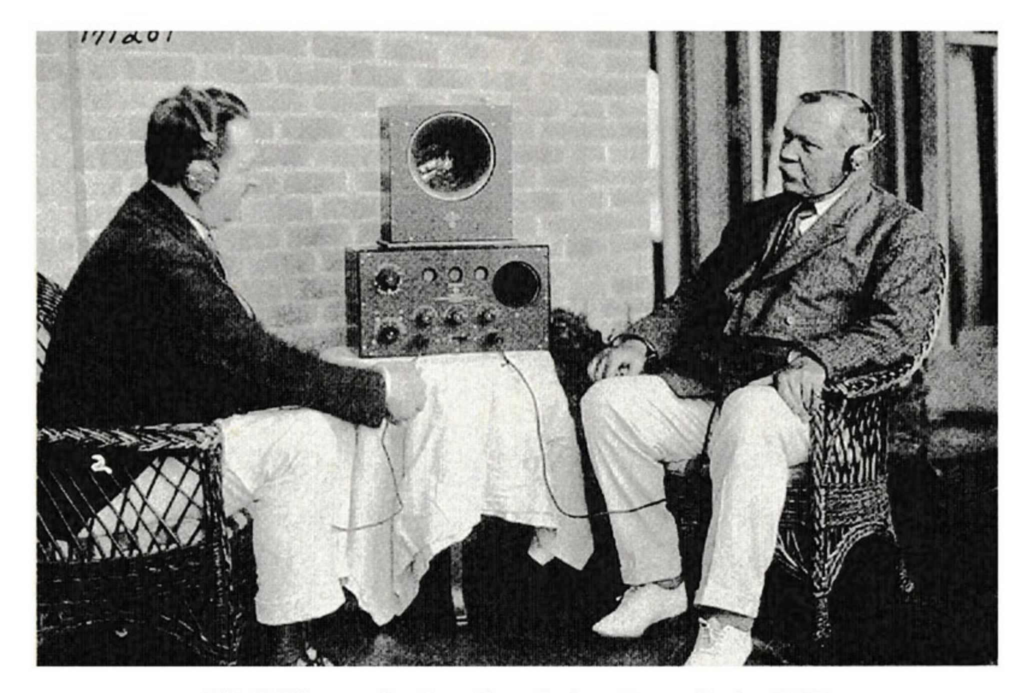
Picnic familiar en las Montañas Rocosas canadienses, 1923



Arthur Conan Doyle
con un espíritu,
ca. 1922



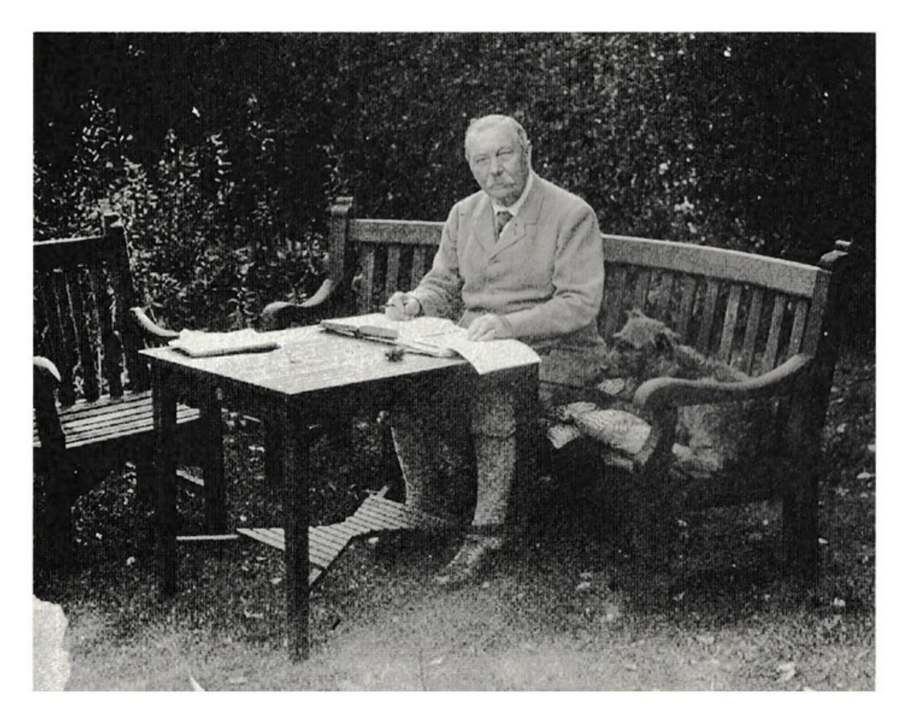
El matrimonio con Doyle con Pickford y Douglas Fairbanks
en Hollywood, 1923



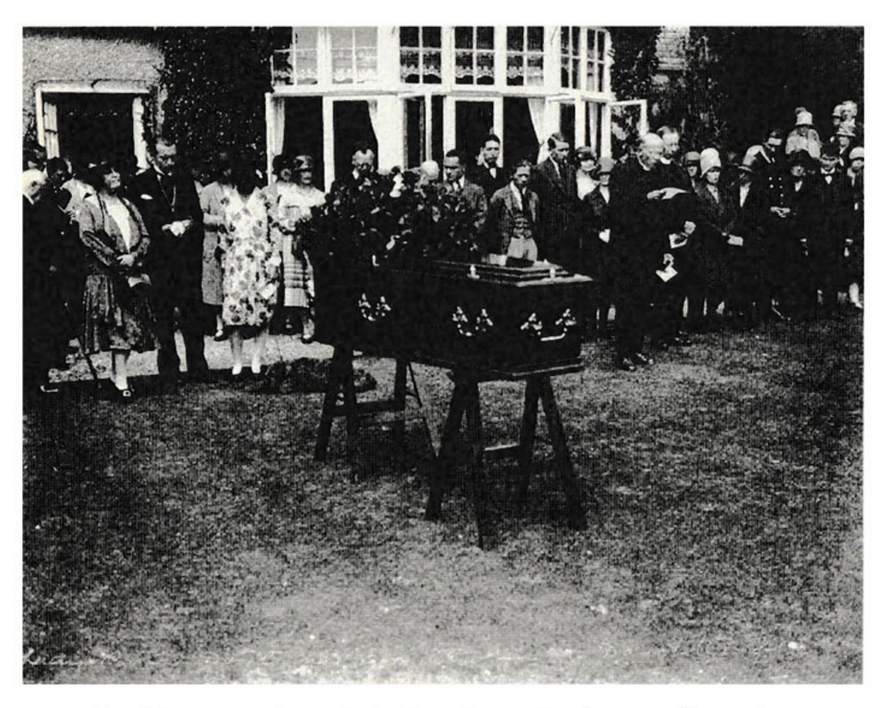
F. D. Waller explica la radio a Arthur Conan Doyle, 1923



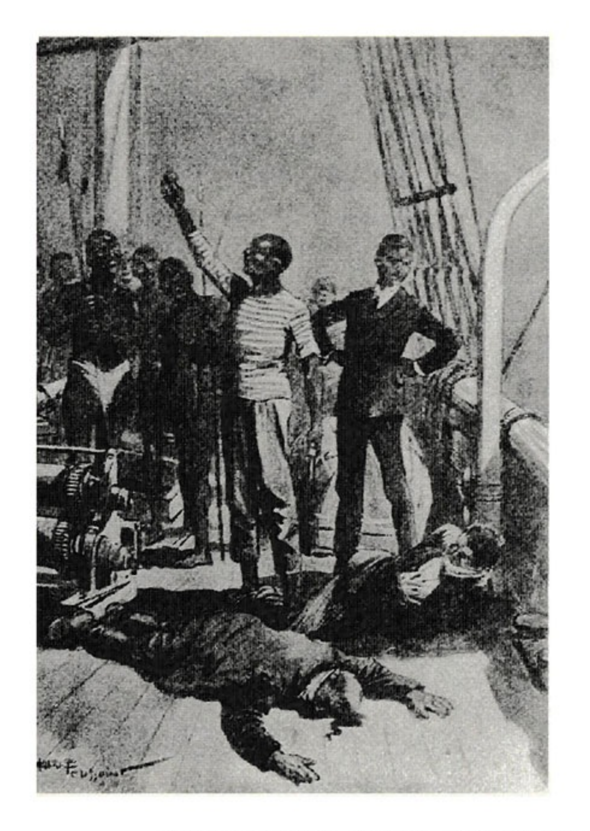
En París, 1925

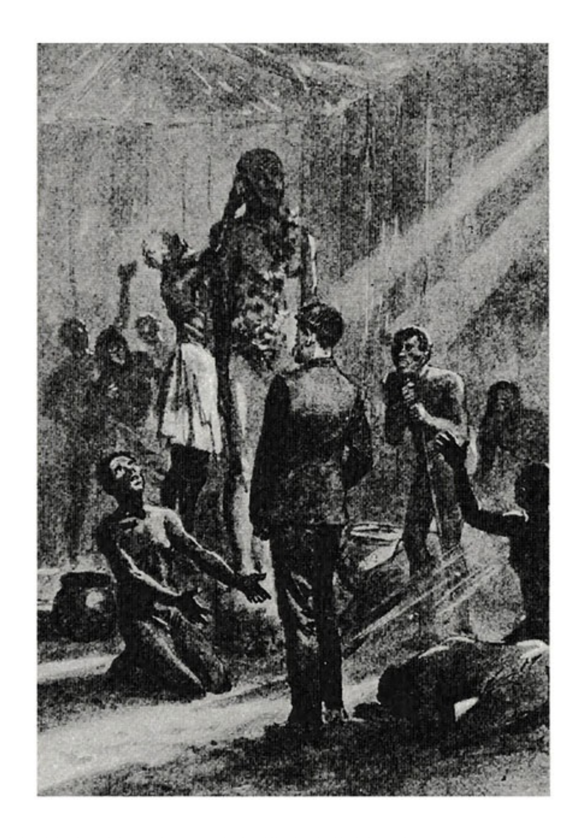


Arthur Conan Doyle en el jardín de Bignell Wood con su perro, 1927



Familiares y amigos de Arthur Conan Doyle en su funeral, 11 de julio de 1930

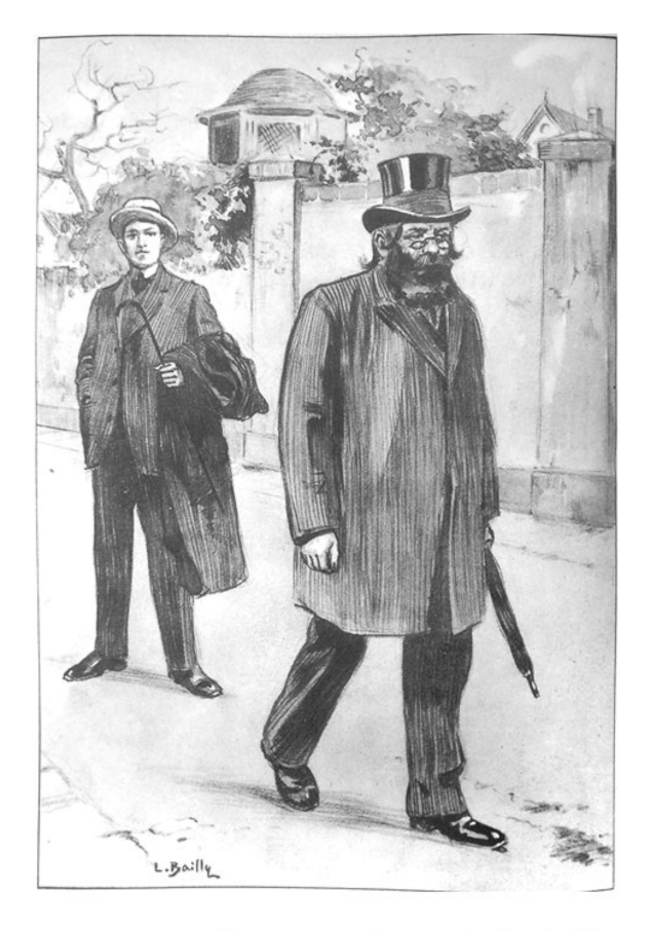




Ilustraciones de Maurice Toussaint de “La relación de J. Habakuk Jephson”
para *Pierre Laffitte*, 1913



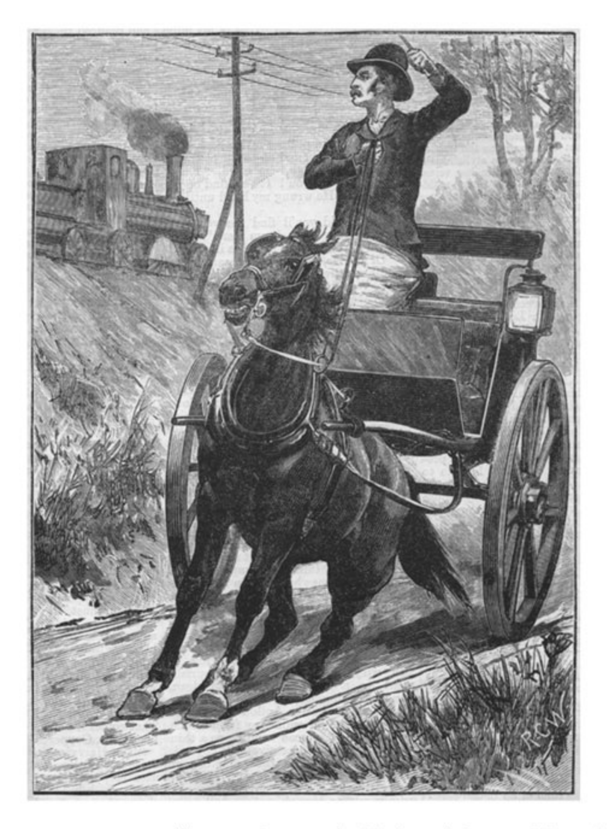
Portada de *The St. Louis Star*
del 4 de febrero de 1912

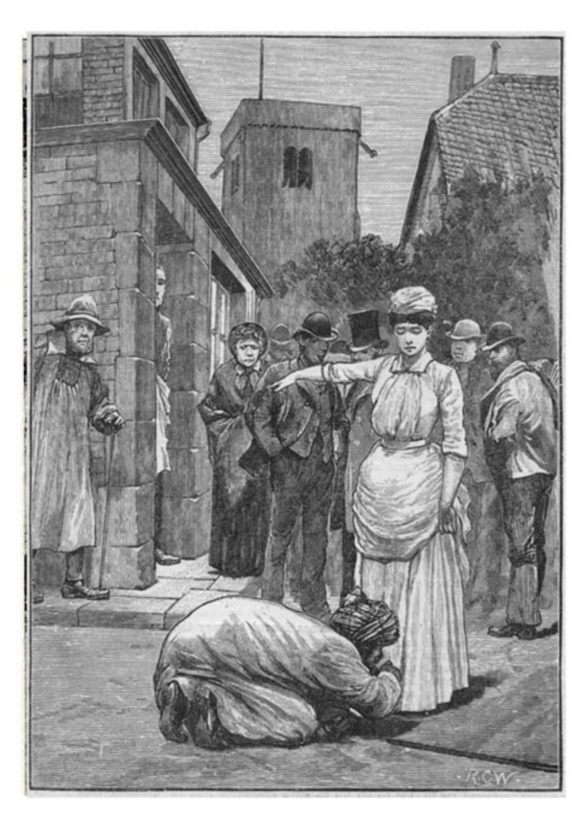




Ilustraciones de Louis Bailly de “El gran experimeneto de Kenplatz”
para *Pierre Laffitte*, 1914





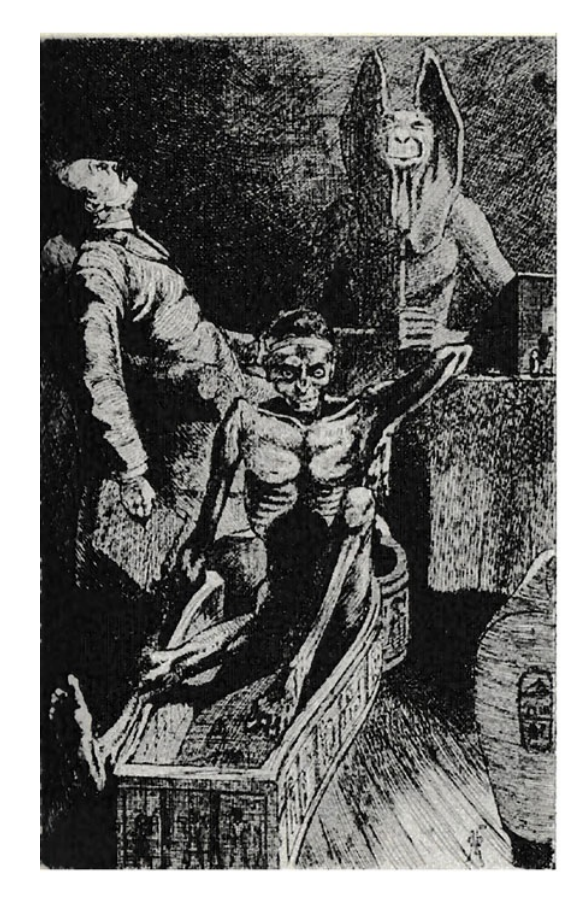


Ilustraciones de Richard Caton Woodville Jr. de “La familia de tío Jeremy”,
en *The Boy’s Own Paper*, 1887



Edición de “Lote núm. 249”

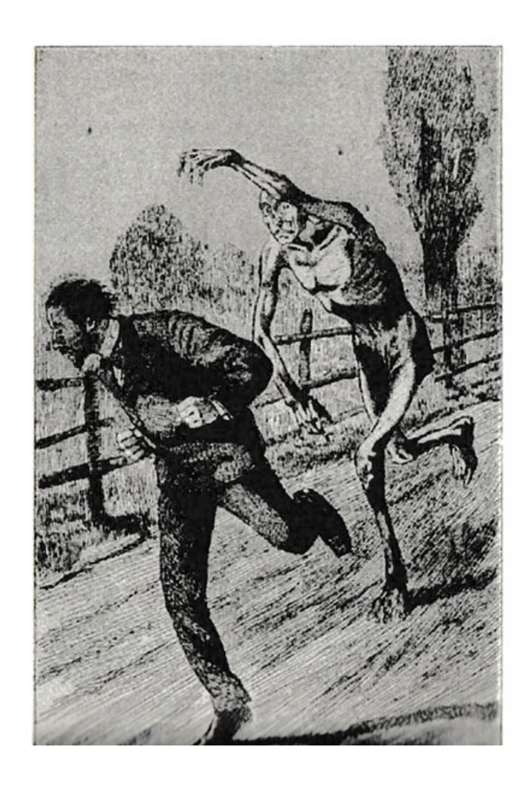
en *F. Rouff*, 1923-24

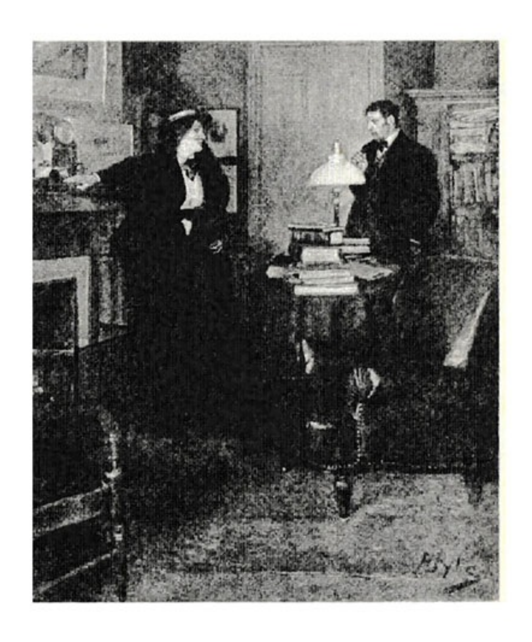


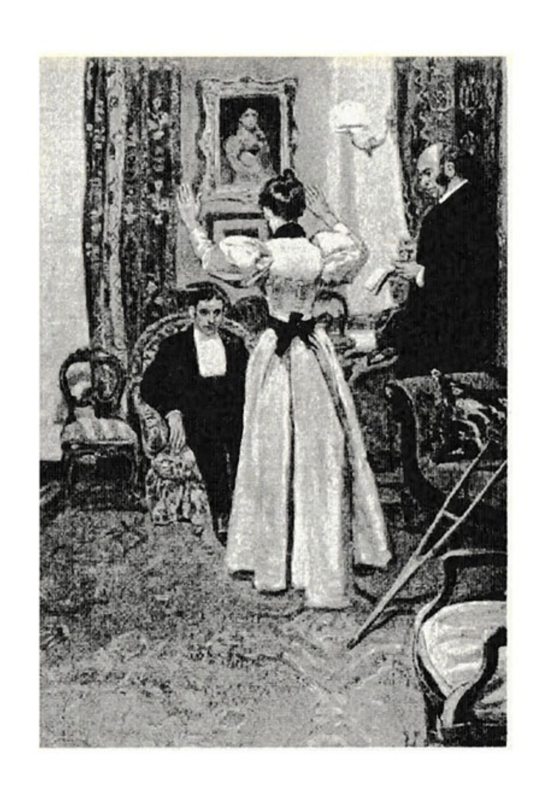


Ilustraciones de Martin Van Maële de “Lote núm. 249”
para la *Société d’Édition et de Publications*, 1906

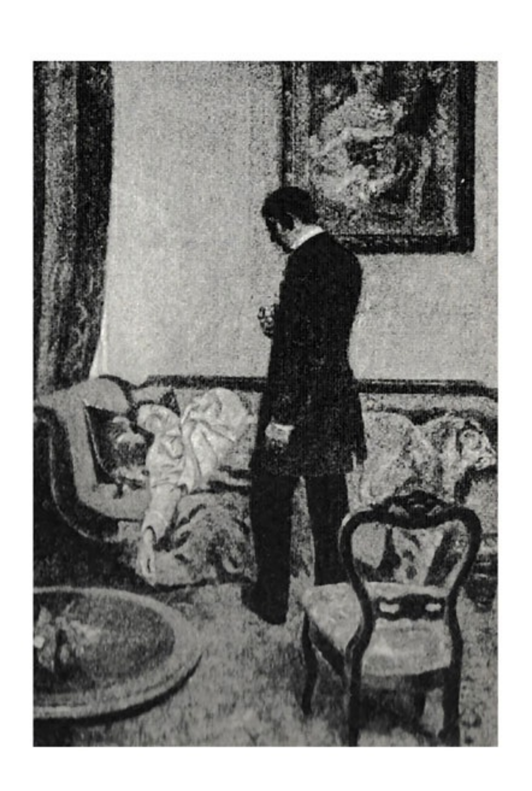


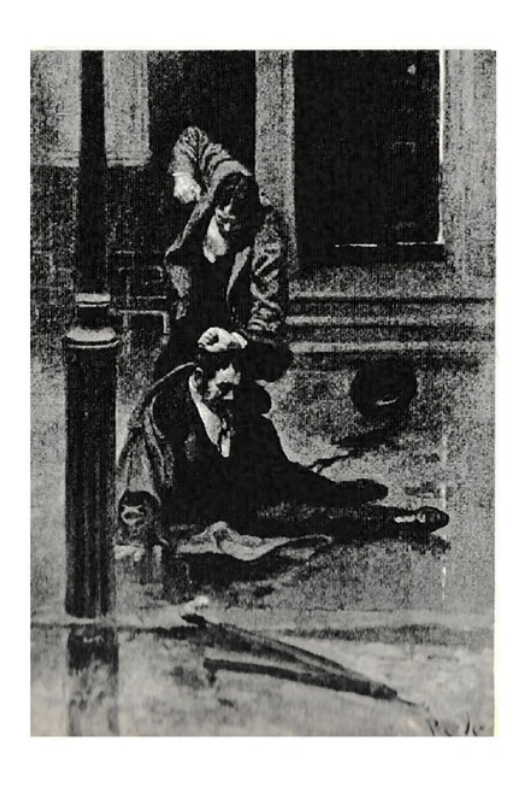


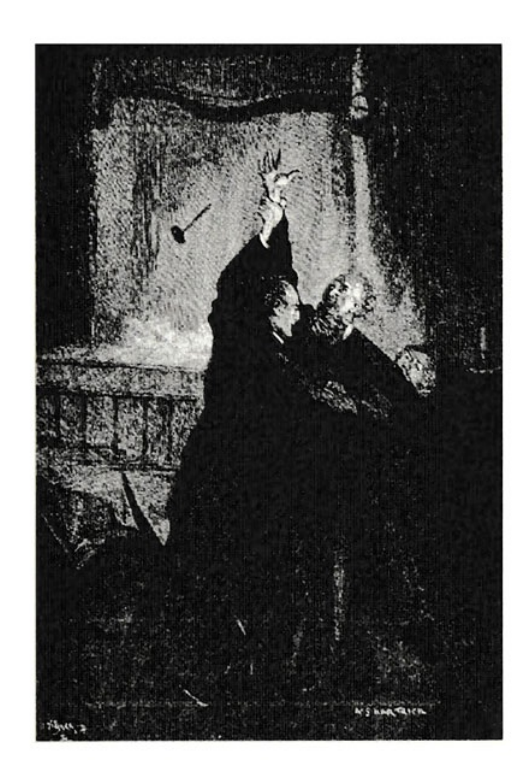




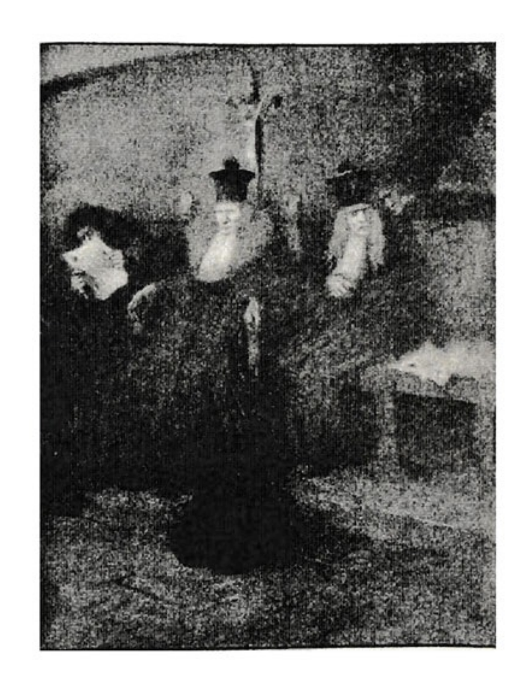
Ilustraciones de Howard Pyle de "El parásito"
en *Harper's Weekly*, nov.-dic. 1894







lustración de Archibald S. Hartrick
de "El cazador de escarabajos"
en *The Strand Magazine*, 1898



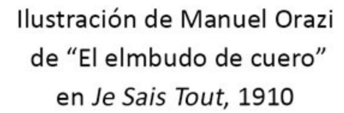
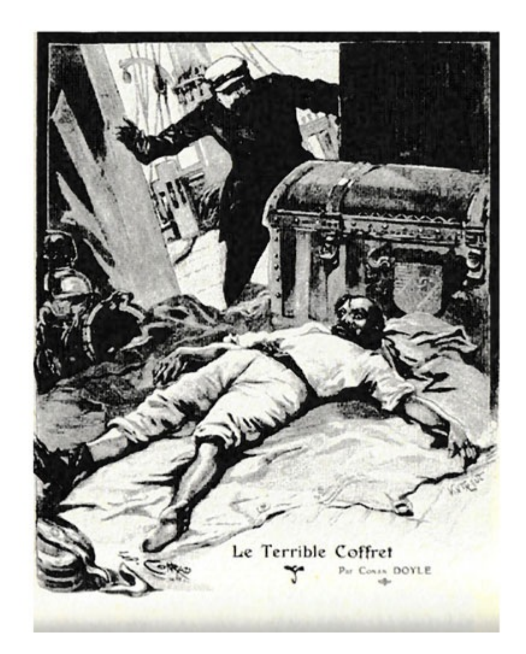
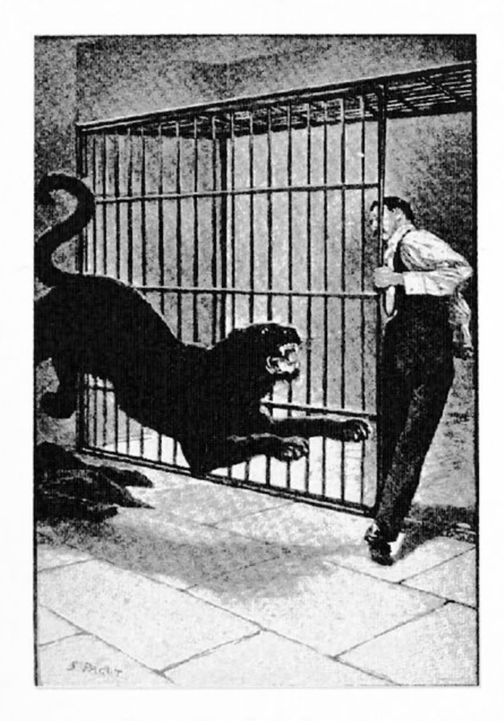


Ilustración de Manuel Orazi
de "El elmbudo de cuero"
en *Je Sais Tout*, 1910



lustración de Georges Conrad
de "El cofre pintado a franjas"
en *Journal des voyages*, 1906



Ilustraci´pn de Sidney Paget
de "El gato de Brasil"
en *The Strand Magazine,* 1898



Ilustración de Hermann Vogel
de "El gato de Brasil"
en *Lectures Pour Tous,* 1911



Ilustración de Manuel Ozari
de "El hombre de los relojes"
en Du mystérieux au tragique, 1911

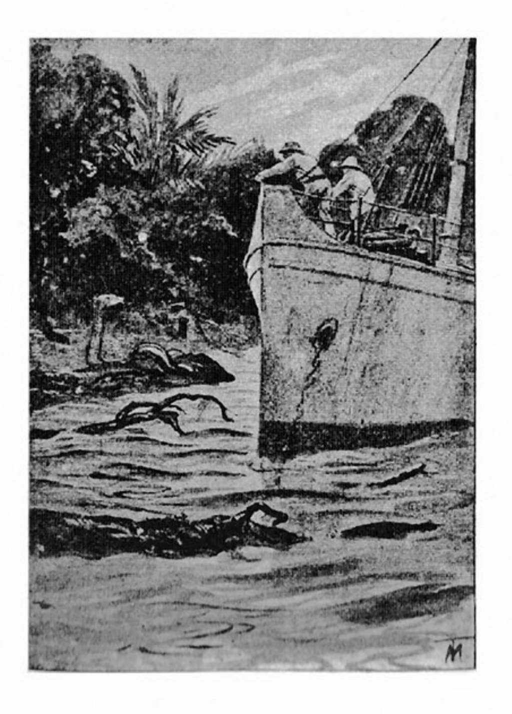


Ilustración de Maurice Toussaint
de "El demonio de la tonelería"
para *Pierre Lafitte,* 1912

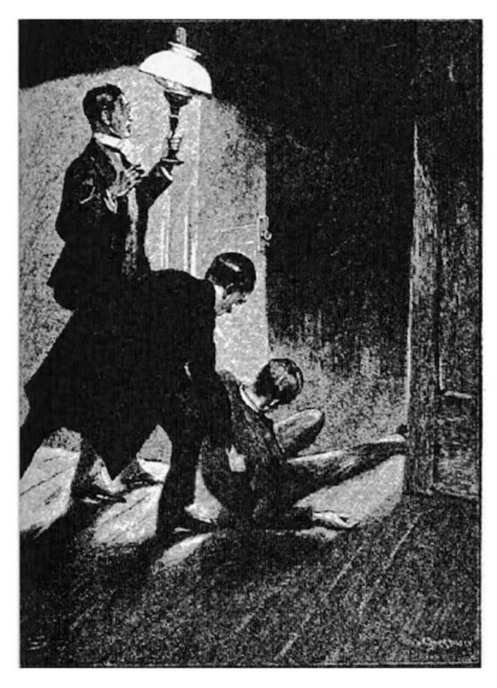


Ilustración de Claude A. Shepperson
de "El cuarto de la cerradura lacrada"
en The Strand Magazine, 1898

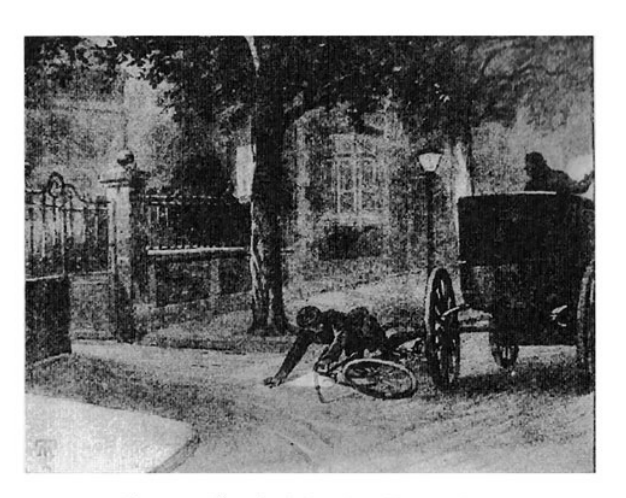
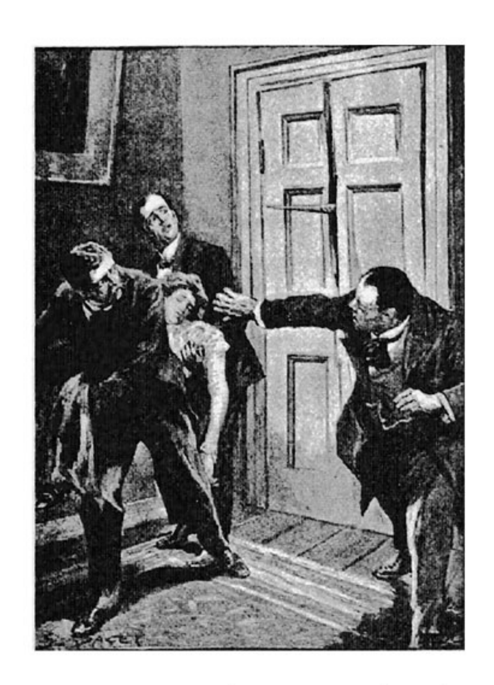
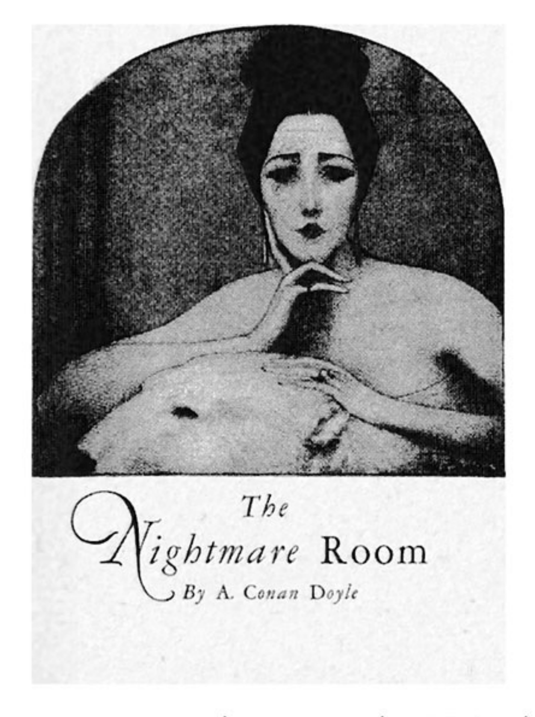


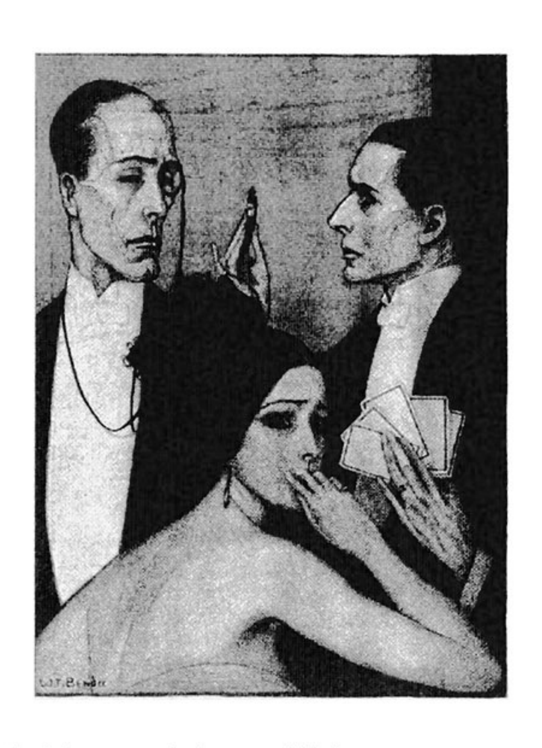
Ilustración de Maurice Toussaint
de "El cuarto de la cerradura lacrada"
para *Pierre Lafitte*, 1912





Ilustraciones de Sidney Paget "de Jugando con fuego"
en The Strand Magazine, 1900





Ilustraciones de W. T. Benda de “El cuarto de la pesadilla”,
en *Hearst’s International*, 1922



Ilustración de Harry Rountree
de “El espanto de la cueva de Juan Azul”
en *The Strnad Magazine*, 1910



Ilustración de Sidney Paget
de “La mano parda”
en *The Strnad Magazine*, 1899



Ilustración de Hana
de “El retiro del Signor Lambret”
en *Pearson’s Magazine*, 1898

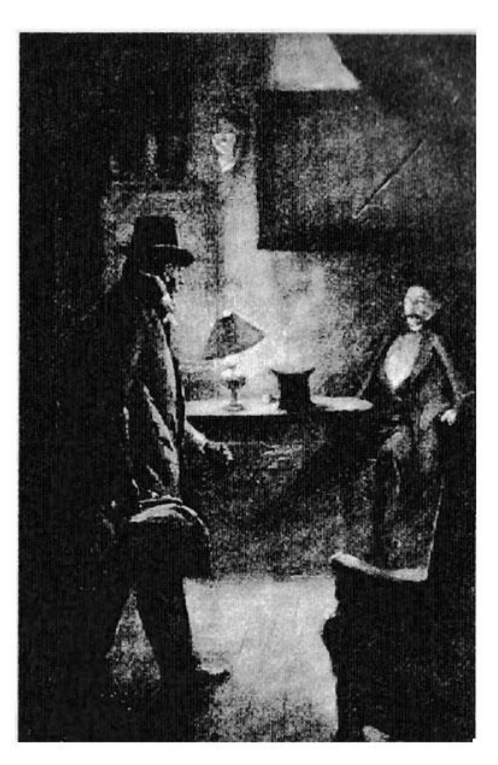
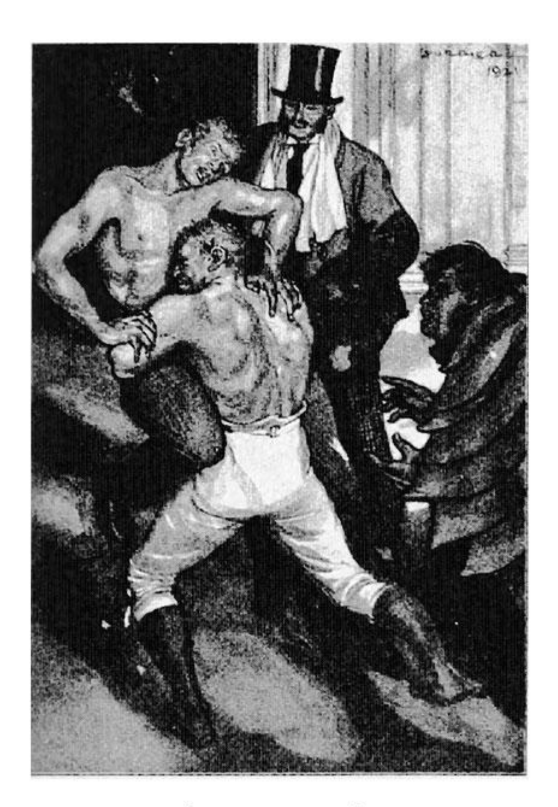


Ilustración de West Clinedinst
de “El retiro del Signor Lambret”
en *The Cosmopolitan*, 1898





Ilustraciones de Steven Spurnier de “El matón de Brocas Court”
en *The Strand Magazine*, 1921

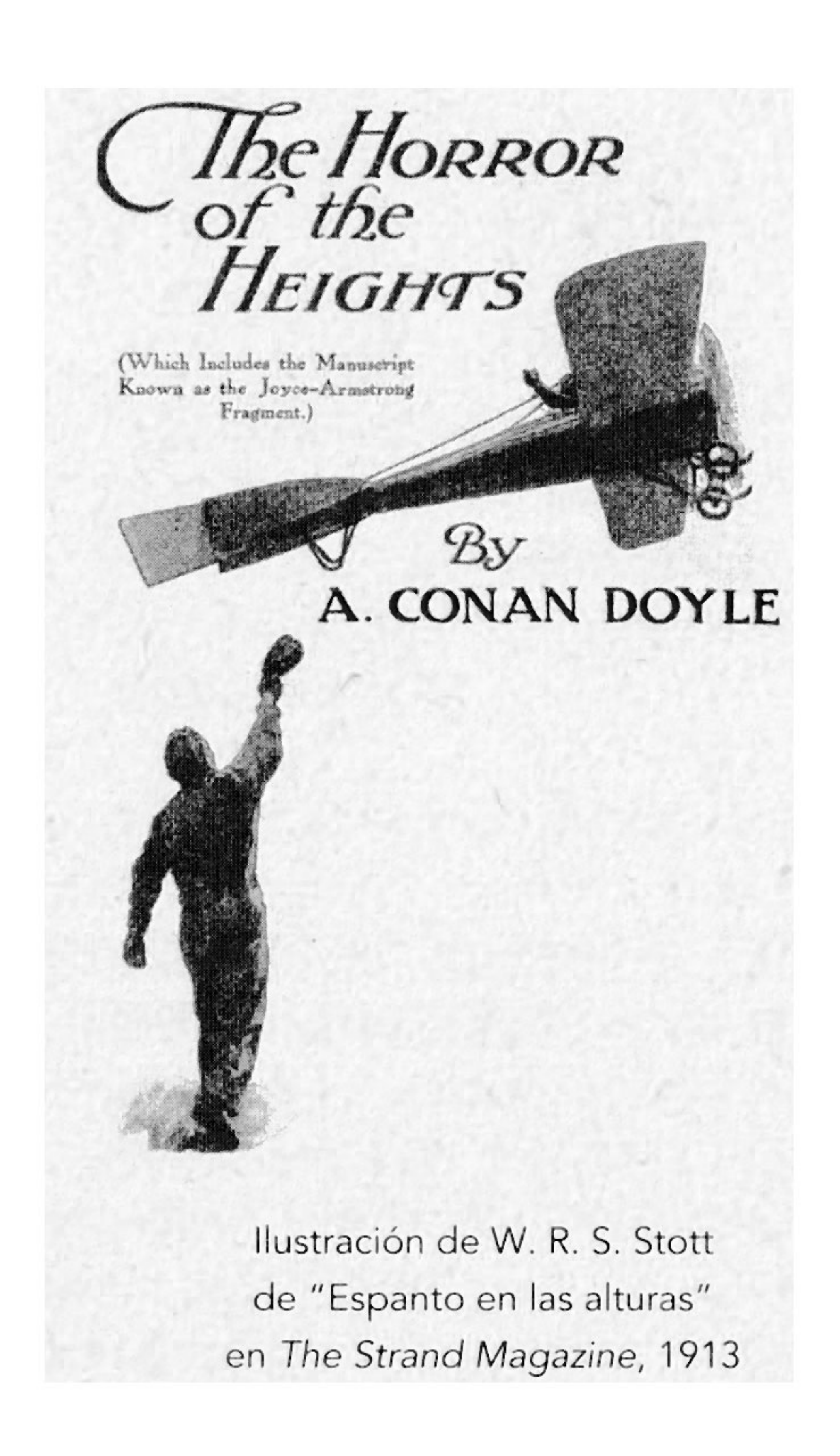


Ilustración de W. R. S. Stott
de "Espanto en las alturas"
en *The Strand Magazine*, 1913

LOTE NÚM. 249[16]

Es posible que no pueda pronunciarse jamás un juicio absoluto y definitivo acerca de las relaciones de Edward Bellingham con William Monkhouse Lee, ni sobre la causa que motivó el gran terror de Abercrombie Smith. Es verdad que poseemos un relato completo y claro del propio Smith, así como determinadas corroboraciones que pudo encontrar en hombres como Thomas Styles, el sirviente; del reverendo Plumptree Peterson, miembro del Old College, y de otras personas que tuvieron oportunidad de obtener una visión pasajera de éste o aquel incidente, dentro de una singular cadena de sucesos. No obstante, en lo esencial, la historia se apoya sólo en el testimonio de Smith, y la mayoría se inclinará a pensar que es más probable que un cerebro aparentemente sano sufra una sutil deformación en su textura, algún extraño defecto en su funcionamiento, que el hecho de que se haya transgredido el camino de la Naturaleza, a pleno día, en un centro de enseñanza tan afamado como la Universidad de Oxford. Sin embargo, cuando nos paramos a pensar en lo estrecho y tortuoso que es ese sendero de la Naturaleza, en lo confusamente que podemos trazarlo, a pesar de todas las luces de la ciencia, y en cómo surgen misteriosamente de la oscuridad que lo rodea enormes y terribles posibilidades, llegamos a la conclusión de que tiene que ser audaz y seguro de sí mismo el hombre capaz de poner un límite a los extraños senderos laterales por los que puede vagar el espíritu humano.

En la esquina de una de las alas de lo que llamaremos el Old College de Oxford se alza una antiquísima torre. El pesado arco que se extiende sobre el hueco de la puerta ha declinado bajo el peso de los años, y los bloques de piedra gris mordida por el liquen están unidos por tallos y filamentos de hiedra, como si la vieja madre se hubiera esforzado por asegurarlos contra el viento y la intemperie. Desde la puerta asciende en espiral una escalera de piedra, con dos descansillos intermedios y un tercero donde concluye. Los peldaños están desgastados y deformados por las pisadas de las generaciones de buscadores del conocimiento que se han ido sucediendo. La vida se ha deslizado como el agua por los escalones de la sinuosa escalera y, como el

agua, ha dejado atrás estos surcos de piedra desgastada. Desde los pedantes estudiosos de largas togas de los tiempos de Plantagenet hasta los jóvenes calaveras de épocas posteriores, qué pictórica y fuerte ha sido esa corriente de joven vida inglesa. ¿Y qué queda ahora de todas aquellas esperanzas, de todas aquellas aspiraciones, de toda aquella energía impetuosa, excepto unas cuantas letras grabadas sobre la piedra en algún viejo cementerio, y acaso un puñado de polvo en un féretro carcomido? Sin embargo, allí permanecía la silenciosa escalera y el viejo muro gris, con sus bandas, sautores y otros emblemas heráldicos, como si fueran sombras grotescas proyectadas desde los tiempos pasados.

En el mes de mayo de 1884 tres hombres ocupaban los grupos de habitaciones que daban a los distintos descansillos de la vieja escalera. Cada grupo constaba simplemente de un cuarto de estar y un dormitorio, mientras que las dos habitaciones correspondientes de la planta baja se empleaban, una como carbonera, y la otra como vivienda del sirviente Thomas Styles, cuya ocupación principal consistía en atender a los tres hombres de arriba. A derecha e izquierda había una hilera de salas de conferencias y despachos, de manera que los habitantes de la vieja torre disfrutaban de cierta independencia, lo cual confería a estos aposentos una gran popularidad entre los estudiantes más aplicados. Así eran los tres estudiantes que las ocupaban ahora: Abercrombie Smith en el piso superior, Edward Bellingham en el intermedio, y William Monkhouse Lee en el inferior.

Eran las diez en punto de una noche clara de primavera y Abercrombie Smith descansaba en su sillón con los pies apoyados sobre el guardafuego y la pipa de eglantina entre los labios. Al otro lado de la chimenea, en un sillón similar y en actitud igualmente cómoda, descansaba su viejo amigo de escuela Jephro Hastie. Los dos hombres vestían traje de franela, pues habían pasado la tarde en el río. Pero, aparte de los trajes, bastaba fijarse en sus rostros despiertos, de rasgos marcados, para darse cuenta de que eran hombres que gustaban del aire libre, hombres cuya voluntad y gustos se dirigían de forma natural hacia todo lo que fuera masculino y enérgico. Hastie, desde luego, era primer remero de la embarcación de su colegio, y Smith era incluso mejor remero que él, pero los exámenes proyectaban ya su sombra sobre ellos y Smith estaba volcado en el trabajo, salvo unas pocas horas a la semana que dedicaba a su salud. Un montón desordenado de libros de medicina, huesos, modelos y placas anatómicas diseminados sobre la mesa, revelaban la extensión y la naturaleza de sus estudios, mientras que un par de *sticks* y un juego de guantes de boxeo colocados encima de la chimenea indicaban los

medios de que se valía, con la ayuda de Hastie, para realizar sus ejercicios de la forma más cómoda y regular. Los dos amigos se conocían muy bien… tan bien que podían estar sentados en medio de un silencio tranquilizador, lo cual constituye el más alto desarrollo de la amistad.

—Toma un poco de whisky —dijo por fin Abercrombie Smith entre dos nubes de humo—. Hay escocés en la jarra e irlandés en la botella.

—No, gracias, me estoy preparando para las regatas. No bebo cuando estoy entrenando. Y tú, ¿no bebes?

—Estoy estudiando duro. Creo que es mejor prescindir de ello.

Hastie asintió con un movimiento de cabeza y volvieron a caer en un silencio acogedor.

—A propósito, Smith —preguntó Hastie al poco tiempo—, ¿no te has relacionado todavía con los dos tipos de la escalera?

—Nos saludamos cuando nos encontramos. Nada más.

—¡Hum! Pues yo me inclinaría a dejarlo en ese punto. Tengo información sobre ellos. No demasiada, pero me basta. Si estuviera en tu lugar, no creo que intimase con ellos. Y con esto no quiero decir nada malo de Monkhouse Lee.

—¿Te refieres al delgado?

—Exacto. Es un tipo distinguido. No creo que tenga ningún vicio. Pero no puedes tratar con él sin tratar también con Bellingham.

—¿El gordo?

—Sí, el gordo. Es un hombre al que yo preferiría no conocer.

Abercrombie Smith arqueó las cejas y miró fijamente a su compañero.

—¿Qué pasa con él? —preguntó—. ¿Bebe? ¿Juega a las cartas? ¿Es un canalla? Tú no sueles ser tan crítico.

—¡Ah! Está claro que no le conoces, de lo contrario no me preguntarías. Hay algo detestable en ese individuo… algo que recuerda a los reptiles. Me da asco. Yo le clasificaría como un hombre con vicios secretos… un bilioso perverso. Aunque no es tonto. Dicen que en su especialidad es uno de los mejores que han pasado por este colegio.

—¿Medicina o clásicas?

—Lenguas orientales. Es un verdadero demonio para las lenguas. Hace tiempo se lo encontró Chillingworth en algún lugar situado por encima de la segunda catarata, y me contó que hablaba con los árabes como si hubiera nacido y le hubieran destetado y criado entre ellos. Hablaba copto con los coptos, hebreo con los judíos y árabe con los beduinos, y todos ellos habrían estado dispuestos a besarle la levita. En aquellas regiones hay viejos

ermitaños que viven en las rocas y se mofan y escupen a los extranjeros casuales que pasan por allí. Pues bien, en cuanto veían al tal Bellingham, antes de que pronunciara cinco palabras, ya estaban ellos con la panza en el suelo, haciendo contorsiones. Chillingworth aseguraba que nunca había visto algo semejante. Y Bellingham, al parecer, se lo tomaba como un derecho, y se paseaba pavoneándose entre ellos y les hablaba dándose aires de superioridad como si fuera su viejo tío holandés. No está mal para un estudiante del Oíd College, ¿verdad?

—¿Y por qué dices que no se puede tratar a Lee sin tratar también con Bellingham?

—Porque Bellingham está comprometido con su hermana Eveline. ¡Qué chica tan simpática, Smith! Conozco bien a toda la familia. Me repugna ver al bruto ése con ella. Un sapo y una paloma… eso es lo que me viene siempre a la mente.

Abercrombie Smith sonrió y vació la pipa golpeando la cazuela contra la pared de la chimenea.

—Amigo, has puesto todas las cartas sobre la mesa —dijo—. ¡Prejuicios, desconfianza y celos! No tienes nada realmente en contra del tipo excepto eso.

—Bueno, yo la conozco desde que levantaba del suelo lo que esta pipa de cerezo, y no me hace gracia verla correr riesgos. Y éste es un riesgo. Ese hombre parece una bestia. Y tiene el carácter de una bestia… un carácter venenoso. ¿Te acuerdas de su pelea con Long Norton?

—No. Siempre olvidas que soy nuevo.

—Ocurrió el invierno pasado, tienes razón. Bueno, ya conoces el camino de sirga que hay a lo largo del río. Por él marchaban varios compañeros, con Bellingham a la cabeza, cuando se encontraron con una vieja del mercado que venía en dirección contraria. Había llovido —ya sabes cómo se ponen esos campos cuando llueve— y el camino discurría entre el río y un gran charco casi tan ancho como el propio río. Bien, ¿qué hizo ese cerdo? No ceder el paso y empujar a la vieja, que cayó al barro con todas sus mercancías y quedó hecha un verdadero desastre. Fue una maldita canallada, y Long Norton, que es un tipo educado, le dijo lo que pensaba al respecto. Una palabra llevó a otra, y al final Norton terminó por aporrear las espaldas de su compañero con el bastón. Se produjo un alboroto tremendo, y ahora es un placer ver de qué manera mira Bellingham a Norton cuando se encuentran. ¡Por Júpiter, Smith, son casi las once!

—No hay prisa. Enciende otra pipa.

—No puedo. Se supone que estoy entrenando. Estoy sentado aquí, chismorreando, cuando debería estar a salvo en la cama. Cogeré prestada tu calavera, si puedes prescindir de ella. Le dejé la mía a Williams durante un mes. Me llevaré también estos huesecillos del oído, si estás seguro de que no vas a necesitarlos. Muchas gracias. No me hace falta una maleta, puedo llevarlos perfectamente bajo el brazo. Buenas noches, amigo, y sigue mis consejos acerca de tu vecino.

Cuando dejó de oírse el eco de las pisadas de Hastie, que iba cargado con su botín anatómico por la tortuosa escalera, Abercrombie Smith arrojó la pipa al canasto de los papeles, acercó la silla a la lámpara y se sumergió en el estudio de un formidable mamotreto de tapas verdes, ilustrado con grandes mapas a colores de aquel extraño reino interior del cual somos monarcas incapaces y desventurados. Aunque nuevo en Oxford, no lo era en el estudio de la medicina, pues había trabajado cuatro años en Glasgow y en Berlín, y si pasaba el examen que se avecinaba, entraría a formar parte de la profesión médica. Con su boca grave y severa, su frente amplia y unos rasgos bien perfilados, aunque algo duros, era un hombre que si bien no tenía un talento brillante, era tan tenaz, tan paciente y enérgico que al final podía alcanzar a los genios más notables. Un hombre capaz de mantener su terreno entre escoceses y alemanes del norte no retrocede con facilidad. Smith había dejado una reputación en Glasgow y Berlín, y ahora se proponía hacer otro tanto en Oxford, si el trabajo duro y la abnegación se lo permitían.

Llevaba estudiando cerca de una hora, y las manecillas del ruidoso reloj colocado en un lateral de la mesa iban rápidamente a juntarse encima del número doce, cuando un sonido inesperado llegó a los oídos del estudiante… un sonido agudo y estridente, como el jadeo dificultoso de un hombre sometido a una fuerte emoción. Smith dejó el libro y ladeó la cabeza para escuchar. No se oía nada ni a derecha ni a izquierda, ni por encima de él, de modo que aquella interrupción provenía seguramente del vecino de abajo, el mismo vecino del que Hastie acababa de darle informes tan desagradables. Smith apenas sabía nada de él, salvo que era un hombre de cara pálida y fofa, entregado al silencio y al estudio, un hombre cuya lámpara proyectaba un haz de luz desde la vieja torre incluso después de que él hubiera apagado la suya. Ese hábito compartido de estudiar hasta altas horas de la noche había creado entre ellos una especie de vínculo silencioso. Cuando las horas se deslizaban calladamente hacia el amanecer, Smith se sentía aliviado al saber que había alguien en su cercanía que concedía tan poco valor como él al sueño. Incluso ahora, al dirigir sus pensamientos hacia él, sentía cierta simpatía. Hastie era

un buen tipo, pero algo tosco y nervioso, desprovisto de imaginación o simpatía. No podía tolerar que alguien se apartara de lo que él consideraba el modelo tipo de lo masculino. Si un hombre no podía ser medido de acuerdo con el reglamento de una escuela pública, entonces era inaceptable para Hastie. Al igual que la mayoría de los hombres de cuerpo robusto, tenía tendencia a confundir la constitución con el carácter, a atribuir una falta de principios morales a lo que en realidad no era más que un problema de circulación sanguínea. Smith, que poseía una mente más despierta, conocía el carácter de su amigo, y lo tuvo en consideración ahora que sus pensamientos se dirigían hacia el hombre que vivía debajo de él.

No se había vuelto a producir aquel extraño sonido, y Smith estaba a punto de reanudar su trabajo una vez más, cuando el silencio de la noche fue quebrado por un grito sordo, un verdadero quejido, como el de un hombre zarandeado violentamente más allá de su capacidad de control. Smith saltó de la silla y dejó el libro. Era un hombre de nervios templados, pero había algo en aquel repentino e incontrolado alarido de horror que le heló la sangre y le puso la piel de gallina. El hecho de que se produjera en un lugar como aquél y a una hora semejante, le hizo imaginar un millar de fantásticas posibilidades. ¿Debería bajar corriendo, o sería mejor esperar? Sentía esa especie de repugnancia nacional a hacer una escena y sabía tan poco de su vecino que se resistía a entrometerse alegremente en sus asuntos. Durante unos instantes le invadió la duda, pero mientras reflexionaba en el tema se escucharon en la escalera unos pasos precipitados y el joven Monkhouse Lee, a medio vestir y blanco como la ceniza, irrumpió en el cuarto.

—¡Baja! —jadeó—. Bellingham está enfermo.

Abercrombie Smith le siguió escaleras abajo hasta el cuarto de estar que había debajo del suyo y, a pesar de que su atención estaba concentrada en lo ocurrido, no pudo evitar echar un vistazo curioso a su alrededor. Nunca había visto una habitación semejante: parecía más un museo que un cuarto de estudio. Las paredes y el techo estaban cubiertos con un millar de extrañas reliquias de Egipto y de Oriente. Figuras altas y angulosas, algunas con pesados fardos y otras con armas, acechaban en un inculto friso que se extendía alrededor de las cuatro paredes. Por encima destacaban estatuas con cabeza de toro, de cigüeña, de gato, o de lechuza, junto a monarcas de ojos almendrados y coronas de víboras, y divinidades extrañas, como escarabajos, talladas en lapislázuli de Egipto. Horus, Isis y Osiris miraban furtivamente desde los nichos y estanterías, mientras que el cielo raso estaba cruzado por

un verdadero hijo del viejo Nilo, un cocodrilo enorme de mandíbula colgante, sujeto por una doble lazada.

En el centro de esta extravagante habitación se encontraba una gran mesa cuadrada, atestada de papeles, botellas y hojas secas de una planta elegante, similar a la palmera. Estos objetos dispares habían sido amontonados para dejar sitio a la caja de una momia, que había sido transportada desde la pared —como evidenciaba el hueco que quedaba allí— y colocada en la parte delantera de la mesa. La propia momia, una cosa horrenda, negra y arrugada, como una cabeza chamuscada en un arbusto retorcido, estaba casi fuera de la caja, con una mano que parecía más bien una garra y un huesudo antebrazo que descansaba encima de la mesa. Apoyado contra la pared de la caja había un amarillento rollo de papiro, y frente a él, en una silla de madera, estaba sentado el dueño de la habitación, con la cabeza hacia atrás y los ojos dilatados que miraban con horror hacia el cocodrilo que había colgado en el techo, en tanto que los labios amoratados y secos resoplaban pesadamente a cada exhalación de aire.

—¡Dios mío! Se está muriendo —gritó como un loco Monkhouse Lee.

Era un joven delgado, bien parecido, de cutis moreno y ojos negros, más cerca del tipo español que del inglés, y con una exageración céltica en sus maneras que contrastaba con la flema sajona de Abercrombie Smith.

—No es más que un desmayo, creo —dijo el estudiante de medicina—. Échame una mano. Cógele de los pies. Ahora al sofá. ¿Puedes tirar de un puntapié todos esos pequeños demonios de madera? ¡Vaya desorden! Ahora se recuperará si le desabrochamos el cuello y le damos un poco de agua. ¿Qué diablos le ha ocurrido?

—No lo sé. Escuché un grito y salí corriendo. Yo trato mucho con él, ya sabes. Has sido muy amable al venir.

—Su corazón late como un par de castañuelas —dijo Smith, colocando la mano en el pecho de aquel hombre inconsciente—. Me parece que el miedo le ha dejado fuera de combate. ¡Échale un poco de agua! ¡Vaya cara que tiene!

Desde luego, era una cara extraña y de lo más repelente, pues el color y el perfil eran igualmente antinaturales. No estaba pálida, al menos no con la palidez propia del miedo, sino con una blancura exangüe, como la cara inferior de un lenguado. Era muy gordo, pero daba la impresión de haber sido todavía más gordo en otro tiempo, porque la piel le colgaba fofa, con arrugas y pliegues, y la cara aparecía surcada por multitud de arrugas. Sus cabellos eran de color oscuro, duros y erizados como cerdas, y tenía unas orejas gruesas y arrugadas que sobresalían a cada lado. Los ojos de color gris claro

estaban abiertos todavía, las pupilas dilatadas y los globos de los ojos como perdidos en una mirada de horror. Mientras le examinaba, Smith tenía la impresión de no haber visto jamás de forma tan evidente como en aquel rostro las señales de peligro que suele colocar la naturaleza, y sus pensamientos volvieron con mayor seriedad a las advertencias que Hastie le había hecho tan sólo una hora antes.

—Pero ¿qué demonios ha podido asustarle así? —preguntó.

—La momia.

—¿La momia? ¿Por qué?

—No lo sé. Es monstruosa y mórbida. Me gustaría que se deshiciera de ella. Éste es el segundo susto que me da. El pasado invierno ocurrió lo mismo. Me lo encontré igual, con esa cosa horrible frente a él.

—Pero ¿qué pretende hacer con la momia?

—Bueno, es un maniático. Es su afición. Sabe más sobre estas cosas que cualquier hombre en Inglaterra. Yo preferiría que no supiera tanto… Creo que vuelve en sí.

Una pizca de color empezó a extenderse por las lívidas mejillas de Bellingham, y sus párpados se estremecieron levemente, como la vela de una embarcación después de una calma chicha. Apretó y abrió las manos, respiró de forma profunda y lenta entre dientes, sacudió la cabeza y lanzó una mirada de reconocimiento a su alrededor. Cuando sus ojos se posaron en la momia, saltó del sofá, agarró el rollo de papiro y lo arrojó dentro de un cajón. Después lo cerró con llave y volvió tambaleándose al sofá.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué queréis, muchachos?

—Te pusiste a gritar y armaste un jaleo de mil diablos —dijo Monkhouse Lee—. No sé lo que habría hecho contigo si nuestro vecino de arriba no hubiera acudido en tu ayuda.

Bellingham hundió la cabeza entre las manos y estalló en una recalcitrante risa histérica.

—¡Basta! ¡Déjalo ya! —exclamó Smith, sacudiéndole bruscamente la espalda—. Tienes los nervios de punta. Tienes que olvidar por esta noche esos juegos con las momias, o acabarás chiflado. Ahora mismo estás como un hilo de telégrafo.

—Me pregunto —dijo Bellingham— si tú estarías tan sereno como yo si hubieses visto…

—¿Qué?

—¡Oh, nada! Me pregunto si serías capaz de permanecer de noche con una momia sin que se te alterasen los nervios. No dudo que tengas razón.

Puede que haya trabajado demasiado últimamente, pero estoy bien ahora. No te vayas, por favor. Espera unos minutos, hasta que me haya tranquilizado.

—La atmósfera de la habitación está muy cargada —señaló Lee, abriendo la ventana y dejando que entrara el aire frío de la noche.

—Es resina balsámica —dijo Bellingham. Cogió una de las hojas secas que había encima de la mesa y la retorció encima del tubo de la lámpara. La hoja dejó escapar pesadas volutas de humo y la habitación se llenó de un aroma espeso y picante—. Ésta es la planta sagrada… la planta de los sacerdotes —remarcó—. ¿Conoces algo de las lenguas orientales, Smith?

—Nada. Ni una palabra.

La respuesta pareció quitarle un peso de encima al egiptólogo.

—A propósito —continuó—, ¿cuánto tiempo transcurrió desde que bajaste hasta que recobré mis sentidos?

—No mucho. Cuatro o cinco minutos.

—Ya me imaginaba que no podía haber sido mucho —dijo, respirando profundamente—. Pero ¡qué extraña es la inconsciencia! No existe medida para ella. Yo no podría decir, según mis propias sensaciones, si fueron segundos o semanas. Ese caballero que está encima de la mesa fue embalsamado en los tiempos de la undécima dinastía, hace unos cuarenta siglos, pero si pudiera accionar su lengua nos diría que ese lapso de tiempo no ha sido más que un abrir y cerrar de ojos. Es una momia especialmente distinguida, Smith.

Smith se acercó a la mesa y examinó con mirada profesional la forma negra y retorcida que tenía delante. Aunque horriblemente descoloridas, las facciones se conservaban perfectas, y dos ojillos parecidos a avellanas seguían acechando desde las profundidades de las cuencas negras y cavernosas. La piel, cubierta de erupciones, aparecía tirante de un hueso a otro, y una maraña de cabellos gruesos y negros le caía por encima de las orejas. Dos dientes finos, semejantes a los de una rata, sobresalían por encima del labio inferior. Tal y como estaba, en una postura encogida, con las articulaciones dobladas y la cabeza estirada, aquel engendro horroroso sugería una vitalidad tan grande que el propio Smith se sobresaltó. Las costillas chupadas, recubiertas por algo que parecía pergamino, estaban al descubierto, y el abdomen hundido y de color plomizo, mostraba la larga hendidura donde el embalsamador había dejado su marca. Sin embargo, los miembros inferiores estaban envueltos en un tosco vendaje amarillento. Desparramados por el cuerpo y el interior de la caja se veían pequeños trozos de algo similar a clavos de mirra y de casia.

—Ignoro su nombre —dijo Bellingham, pasando la mano sobre la arrugada cabeza—. Como ves, el sarcófago exterior, que es el que lleva las inscripciones, se ha perdido. El título que tiene ahora es Lote 249. Está escrito en la caja. Ése es el número que tenía en la subasta donde lo adquirí.

—En sus tiempos debió de ser un tipo atractivo —observó Abercrombie Smith.

—Fue un gigante. La momia mide seis pies y siete pulgadas, y eso le convertiría en un gigante, porque los egipcios no fueron una raza demasiado robusta. Palpe también estos huesos grandes y abultados. Debió ser un tipo poco recomendable para discutir con él.

—Quizás estas mismas manos ayudaron a colocar las piedras de las pirámides —sugirió Monkhouse Lee, observando con repugnancia los talones torcidos y sucios.

—Ni mucho menos. Este tipo fue conservado en natrón y cuidado con el estilo más refinado. No daban ese tratamiento a los simples peones. Con sal y betún tenían suficiente. Se calcula que esta clase de tratamiento venía a costar unas setecientas treinta libras de nuestra moneda actual. Nuestro amigo debió ser noble, por lo menos. ¿Qué piensas de esa pequeña inscripción que tiene cerca del pie, Smith?

—Ya te he dicho que no conozco ninguna lengua oriental.

—Ah, es cierto. Es el nombre del embalsamador, creo. Debe de haber sido un artesano muy concienzudo. Me gustaría saber cuántas obras modernas sobrevivirían durante cuatro mil años.

Siguió hablando en tono desenfadado y animado, pero a Abercrombie Smith le parecía evidente que todavía le palpitaba el corazón de miedo. Le temblaban las manos, el labio inferior se estremecía levemente, y sus ojos, dondequiera que mirasen, se detenían siempre en su horrible compañero. Pero, a pesar del miedo, en el tono de voz y en sus maneras se adivinaba la satisfacción del triunfo. Le brillaban los ojos, y sus pasos, cuando caminaba por la habitación, eran firmes y confiados. Daba la impresión de un hombre que ha pasado por una experiencia terrible, cuyas marcas permanecen todavía patentes en el cuerpo, pero que le había ayudado a conseguir su objetivo.

—¿Te vas ya? —exclamó cuando Smith se levantó del sofá.

Parecía que el miedo le asaltaba de nuevo ante la perspectiva de volver a la soledad, y extendió una mano para detenerle.

Sí, debo irme, Tengo que volver a mis estudios. Ya estás bien, aunque tal y como tienes el sistema nervioso creo que sería recomendable que dejaras de lado tus morbosos estudios.

—Oh, por lo general no soy nervioso. No es la primera vez que le quito el vendaje a una momia.

—La última vez te desmayaste —observó Monkhouse Lee.

—Ah, sí, es cierto. Bueno, debo tomar algún tónico para los nervios o un tratamiento de electricidad. Lee, tú no te vas, ¿verdad?

—Lo haré si lo deseas, Ned.

—Entonces bajaré contigo y me tumbaré un rato en tu sofá. Buenas noches, Smith. Siento haberte molestado con mi imprudencia.

Se estrecharon las manos y, mientras el estudiante de medicina subía por la irregular escalera, escuchó el sonido de una llave en la cerradura y los pasos de sus dos nuevos conocidos, que descendían al piso inferior.

* * *

De esta extraña manera comenzó la amistad entre Edward Bellingham y Abercrombie Smith, una amistad que este último, al menos, no deseaba llevar más lejos. Bellingham, sin embargo, parecía haberse encaprichado con su vecino de lenguaje rudo, y sus atenciones alcanzaron tal grado que Smith a duras penas podía rechazarlas sin dar muestras de una absoluta brutalidad. Dos veces llamó a Smith para agradecerle su ayuda, y después fue a visitarle repetidamente con libros, documentos y toda clase de atenciones que dos vecinos solteros pueden ofrecerse recíprocamente. Pronto tuvo Smith ocasión de comprobar que se trataba de un hombre de vastas lecturas, con vocación universalista y una extraordinaria memoria. Además, sus modales eran tan exquisitos y agradables que al cabo de un tiempo uno pasaba por alto su aspecto repelente. Para un hombre cansado y aburrido del trabajo Bellingham no resultaba un compañero desagradable, y con el correr de los días Smith se vio a sí mismo esperando con interés estas visitas, e incluso devolviéndoselas.

No cabía duda de que era un hombre extraordinariamente inteligente y, sin embargo, el estudiante de medicina creyó detectar en Bellingham una vena de locura, pues en ocasiones le sorprendía con manifestaciones grandilocuentes y fatuas que contrastaban con la simplicidad de su vida.

—Es maravilloso —exclamaba— sentir que uno puede dominar los poderes del bien y del mal… ya sea un ángel custodio o un demonio vengador.

También, en cierta ocasión, dijo de Monkhouse Lee:

—Lee es un buen muchacho, un muchacho honesto, pero carece de energía y ambición. No es un socio adecuado para un hombre capaz de

grandes empresas. No es un socio adecuado para mí.

Cuando escuchaba estas insinuaciones e indirectas estúpidas, Smith se limitaba a chupar solemnemente su pipa, arqueaba las cejas y movía la cabeza, interponiendo pequeños consejos de sabiduría médica, como las virtudes de levantarse temprano y hacer vida al aire libre.

En los últimos tiempos Bellingham había contraído un hábito que Smith reconocía perfectamente como un heraldo de debilidad mental. Parecía estar hablando siempre consigo mismo. A altas horas de la noche, cuando no era posible que le visitara persona alguna, Smith oía su voz en el piso inferior, sosteniendo un monólogo apagado y cauto, hasta convertirse en un susurro, pero perfectamente audible en medio del silencio. Este parloteo solitario molestaba y distraía al estudiante, de modo que se vio obligado más de una vez a hablar del asunto con su vecino. Bellingham, sin embargo, se sonrojaba ante esta acusación y negaba de forma tajante que hubiera proferido sonido alguno. A decir verdad, se mostraba más molesto de lo que la situación parecía requerir.

Si Abercrombie Smith albergaba alguna duda acerca del testimonio de sus oídos no habría tenido que ir muy lejos para encontrar una confirmación. Tom Styles, el pequeño sirviente arrugado que venía atendiendo las necesidades de los moradores de la torre desde tiempos inmemoriales, estaba seriamente preocupado por el mismo tema.

—Perdóneme, señor —preguntó cierta mañana mientras efectuaba la limpieza del piso superior—, ¿cree usted que Mr. Bellingham está bien?

—¿Bien de qué, Styles?

—Sí, señor. Bien de la cabeza.

—¿Y por qué no va a estarlo?

—Bueno… no sé, señor. Ha cambiado sus costumbres últimamente. No es el mismo, aunque me atrevo a decir que no fue nunca un caballero de mi gusto, como Mr. Hastie o usted mismo, señor. Habla consigo mismo de una forma horrible. Me sorprende que no le moleste a usted. No sé qué hacer con él, señor.

—No sé por qué te preocupa, Styles.

—Pues me preocupa, Mr. Smith. Tal vez esté fuera de mi competencia, pero no puedo remediarlo. A veces me siento como el padre y la madre de mis jóvenes caballeros. Yo cargo con todo cuando las cosas se tuercen y se presentan los familiares. Pero Mr. Bellingham, señor… me gustaría saber quién se pasea a veces por su habitación cuando él está ausente y la puerta cerrada por fuera.

—¿Qué…? Estás diciendo tonterías, Styles.

—Puede que sí, señor, pero lo he oído más de una vez con mis propios oídos.

—Bobadas, Styles.

—Muy bien, señor. Toque la campanilla si me necesita.

Abercrombie Smith no dio ninguna importancia a las habladurías del anciano sirviente, pero pocos días después ocurrió un incidente que produjo un efecto desagradable en su espíritu y le trajo a la memoria las palabras de Styles.

Bellingham había subido a verle ya entrada la noche y le estaba entreteniendo con un interesante relato de las tumbas excavadas en las rocas de Beni Hassan, en el Alto Egipto, cuando Smith, cuyo oído era notablemente agudo, escuchó con claridad el sonido de una puerta que se abría en el descansillo de abajo.

—Alguien está entrando o saliendo de tu habitación —observó.

Bellingham se puso en pie de un salto y durante unos instantes permaneció sin saber qué hacer, con la expresión de un hombre dividido entre la incredulidad y el miedo.

—Creo que la cerré —tartamudeó—. Estoy casi seguro de que la cerré. Nadie ha podido abrirla.

—Ahora mismo estoy escuchando las pisadas de alguien que sube —dijo Smith.

Bellingham se precipitó afuera, cerró la puerta de golpe y corrió escaleras abajo. Smith le oyó detenerse a mitad de camino y creyó percibir el sonido de unos murmullos. Unos segundos después la puerta del piso de abajo se cerró, una llave chirrió en la cerradura y Bellingham, con la cara pálida y cubierta de gotas de sudor, subió las escaleras una vez más y entró en la habitación.

—Todo está en orden —dijo, dejándose caer en una silla—. Ha sido ese estúpido perro. Ha abierto la puerta a base de empujones. No entiendo cómo me olvidé de cerrarla.

—Ignoraba que tuvieses un perro —dijo Smith, examinando con expresión pensativa el rostro alterado de su compañero.

—Sí, lo tengo desde hace muy poco. Tengo que deshacerme de él. Es excesivamente incómodo.

—Debe serlo, si te resulta tan complicado tenerlo encerrado. Yo habría pensado que sería suficiente con cerrar la puerta, sin echar la llave.

—Quería evitar que el viejo Styles lo dejara salir. Es un perro valioso y me disgustaría perderlo.

—Yo también soy aficionado a los perros —dijo Smith, mirando fijamente a su compañero por el rabillo del ojo—. Tal vez pueda echarle una ojeada.

—Desde luego. Pero me temo que no puede ser esta noche. Tengo una cita. ¿Va bien aquel reloj? Entonces llevo ya un cuarto de hora de retraso. Discúlpame, por favor.

Cogió su gorra y salió apresuradamente de la habitación. A pesar de la cita, Smith le oyó entrar en su cuarto y echar la llave desde dentro.

Aquella conversación dejó una impresión desagradable en el ánimo del estudiante de medicina. Bellingham le había mentido, y lo había hecho de una forma tan burda que parecía que tenía razones casi desesperadas para ocultar la verdad. Sabía que su vecino no tenía perro. Sabía también que las pisadas que había oído en la escalera no pertenecían a un animal. ¿De quién eran, entonces? Había que considerar la declaración de Styles respecto a alguien que caminaba en la habitación cuando su dueño estaba ausente. ¿Se trataría de una mujer? Smith se inclinaba por esta suposición. En ese caso, si Bellingham fuera descubierto por las autoridades del colegio, sería expulsado de forma deshonrosa, lo que tal vez explicaría el motivo de su ansiedad y sus falsedades. Sin embargo, parecía imposible que un estudiante pudiera ocultar a una mujer en sus habitaciones sin que fuera descubierta inmediatamente. Cualquiera que fuese la explicación, se trataba de un asunto feo, y Smith, al volver a sus libros, decidió no alentar por más tiempo los intentos de intimar por parte de aquel vecino de palabras suaves y apariencia poco recomendable.

Pero su trabajo estaba destinado a ser interrumpido aquella noche. Apenas había retomado el hilo de sus estudios, se escucharon en la escalera las pisadas firmes y vigorosas de alguien que subía de tres en tres los peldaños, y Hastie, con chaqueta y pantalón de franela, irrumpió en la habitación.

—¡Estudiando todavía! —dijo, recostándose en la silla de madera—. ¡Vaya pájaro empollón! Me parece que aunque se produjera un terremoto y Oxford quedase convertido en un sombrero de tres picos, tú te quedarías tan tranquilo sentado con tus libros en medio de las ruinas. Pero no te voy a aburrir demasiado. Tres bocanadas de tabaco y desaparezco.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Smith, rellenando su pipa y apretando el tabaco con el dedo índice.

—No demasiadas. Wilson ha hecho setenta por los novatos contra el once titular. Dicen que jugará en lugar de Buddicomb, porque Buddicomb está bajo de forma. Antes era capaz de lanzar, pero ahora no pasa de medias voleas y pelotas largas.

—Medio derecha —sugirió Smith, con esa gravedad que adoptan los universitarios cuando hablan de deportes.

—Se inclina con demasiada rapidez, con un movimiento de pierna. Alarga el brazo unas tres pulgadas o así. Era horrible cuando el terreno estaba húmedo. A propósito, ¿has oído lo de Long Norton?

—No. ¿De qué se trata?

—Le han atacado.

—¿Atacado?

—Sí, cuando volvía de High Street, a cien yardas de la verja del Oíd.

—Pero ¿quién…?

—¡Ah, ése es el problema! Si dijeras «qué», estaría más de acuerdo con la gramática. Norton jura que no era humano y, desde luego, al examinar los arañazos del cuello, me siento inclinado a darle la razón.

—Entonces… ¿qué ha sido? ¿O es que nos las tenemos que ver con fantasmas?

Abercrombie Smith resopló con el típico desprecio del hombre de ciencia.

—Bueno, no. No creo que se trate de eso, claro está. Más bien me inclino a pensar que si algún domador ha perdido últimamente un gran mono, y la bestia merodea por esta zona, el jurado le haría pagar una buena factura. Norton pasaba todas las noches por ese camino, a la misma hora. Las hojas de un árbol caen a poca altura del sendero… bueno, es el viejo olmo del jardín de Rainy. Norton está convencido de que aquella cosa saltó sobre él desde el olmo. Sea como sea, estuvo a punto de ser estrangulado por dos brazos que, según dice, eran tan fuertes y delgados como aros de acero. No vio nada, sólo aquellos brazos bestiales que le atenazaban. Gritó como un loco, hasta que llegaron corriendo dos compañeros y la cosa saltó por encima del muro, como si fuera un gato. En ningún momento pudo echarle la vista encima. Le dio un buen meneo a Norton, te lo aseguro. Le he dicho que eso ha sido tan bueno para él como una temporada en la playa.

—Habrá sido algún amigo de lo ajeno —dijo Smith.

—Es muy posible. Norton asegura que no, pero no nos importa lo que diga él. El asaltante tenía las uñas largas, y salta los muros con una elegancia maravillosa. A propósito, a ese vecino tuyo tan guapo le encantaría enterarse de lo ocurrido. Le tiene inquina a Norton, y por lo que sé de él, no es un hombre que olvide sus pequeñas deudas. Pero bueno, viejo, ¿qué se te ha metido en la mollera?

—Nada —contestó Smith secamente.

Smith había experimentado un sobresalto y en su rostro había aparecido como un relámpago la expresión de un hombre asaltado súbitamente por una idea desagradable.

—Parece como si algo de lo que he dicho te hubiera tocado en lo más hondo. A propósito, desde la última vez que te vi has hecho amistad con el señor B., ¿no es cierto? Monkhouse Lee me contó algo al respecto.

—Sí, le conozco superficialmente. Ha venido a visitarme una o dos veces.

—Bueno, eres ya mayorcito para cuidar de ti mismo. No es exactamente lo que yo llamaría un tipo recomendable, aunque, qué duda cabe, es muy inteligente y todo lo demás. Pero no tardarás en darte cuenta. Lee es buena persona… un chico honrado. En fin, ¡hasta la vista, amigo! El miércoles me enfrentaré con Mullins en la regata para la copa del *Vice-Chancellor*. Espero verte por allí, si es que no nos vemos antes.

El flemático Smith dejó su pipa y volvió a concentrarse tercamente en sus libros. Pero, a pesar de poner en ello toda la voluntad del mundo, le resultó muy difícil centrar la atención en el estudio. Su mente divagaba y se dirigía de forma obsesiva hacia el hombre que vivía debajo y hacia el pequeño misterio que rodeaba sus habitaciones. Entonces recordó la extraña agresión de la que había hablado Hastie y el rencor que, según se decía, abrigaba contra la víctima del ataque. Las dos ideas crecían indisolublemente unidas en su imaginación, como si hubiera entre ellas una conexión estrecha e íntima. Sin embargo, la sospecha era tan vaga y difusa que no podía concretarse en palabras.

—¡Al diablo con el tipo ese! —exclamó Smith mientras lanzaba el libro de patología al otro lado de la habitación—. Me ha estropeado la noche de estudio y, aunque no hubiera otra razón, me parece suficiente para evitar cualquier contacto con él en el futuro.

Durante diez días el estudiante de medicina se sumergió de forma tan profunda en sus estudios que no vio ni oyó nada referente a sus vecinos de abajo. Puso especial cuidado en mantener la puerta cerrada a las horas en que Bellingham solía visitarle y, a pesar de que más de una vez oyó que alguien la golpeaba, rehusó de forma tajante responder a la llamada. Una tarde, sin embargo, cuando bajaba por la escalera, precisamente en el momento en que pasaba por delante de las habitaciones de Bellingham, la puerta se abrió de par en par y apareció el joven Monkhouse Lee echando chispas por los ojos y con las mejillas encendidas de rabia. Inmediatamente después apareció Bellingham, cuyo rostro abotargado y enfermizo se veía deformado por una pasión maligna.

—¡Estúpido! —protestó—. ¡Te arrepentirás!

—¡Puede ser! —exclamó el otro—. Que quede bien claro: esto se ha acabado. ¡No quiero ni oír hablar de ello!

—Pero has prometido…

—¡Oh, lo cumpliré! No diré nada. Sería mejor que mi hermana Eva estuviera en la tumba. De una vez por todas: esto se ha acabado. Ella hará lo que yo le diga. No queremos volver a verte.

Smith no pudo evitar enterarse de la disputa, pero continuó su camino como si nada, pues no deseaba verse involucrado en el asunto. Estaba claro que habían tenido una seria diferencia entre ellos y que Lee estaba decidido a convencer a su hermana para que rompiera el compromiso. Smith recordó la oportuna comparación de Hastie sobre el sapo y la paloma y se alegró de que la relación estuviera a punto de romperse. No resultaba agradable mirar la cara de Bellingham cuando le daba un ataque de cólera. No era un hombre a quien se pudiera confiar una chica inocente para toda la vida. Mientras caminaba desanimado, Smith se preguntaba cuál podía haber sido la causa de la disputa y en qué consistía la promesa que había hecho Monkhouse Lee, ya que Bellingham mostraba un interés inusitado en que se cumpliera.

Era el día del enfrentamiento entre Hastie y Mullins en las regatas, y una riada de hombres se dirigía hacia las orillas del Isis. El sol de mayo resplandecía en el cielo y el dorado sendero aparecía surcado por las negras sombras de los altos olmos. A ambos lados de la carretera se alzaban las fachadas grises de los colegios, como viejas madres entrecanas del saber universal que vigilan desde sus altas ventanas divididas con parteluces la marea de vida joven que pasa tan alegremente a su lado. Preceptores vestidos con ropajes oscuros, funcionarios orgullosos, pálidos profesores, jóvenes atletas de piel bronceada con sombreros de paja y jerséis blancos o chaquetas de vivos colores acudían presurosos hacia el sinuoso río que cruza las llanuras de Oxford.

Abercrombie Smith, con la intuición de un viejo remero, se situó en el punto donde sabía que se iba a librar la batalla, si es que había batalla. Oyó a lo lejos el murmullo que anunciaba la salida, el bramido creciente de la multitud a medida que se acercaban, el retumbar de los pies que corrían y los gritos de los hombres que se encontraban en los botes. Pasó ante sus narices un grupo de corredores medio vestidos, respirando trabajosamente y, al mirar por encima de sus cabezas, vio que Hastie remaba de forma uniforme, a treinta y seis, mientras que su oponente, con un desigual cuarenta, marchaba a una canoa de distancia detrás de él. Smith animó con entusiasmo a su amigo,

sacó el reloj del bolsillo y se disponía a regresar a sus habitaciones cuando sintió que alguien le golpeaba en el hombro. El joven Monkhouse Lee estaba a sus espaldas.

—Te he visto desde allí —dijo con voz tímida y desolada—. Quería hablar contigo, si es que puedes dedicarme media hora. Aquella casita de campo es mía. La comparto con Harrington, del King. Entra y toma una taza de té.

—Debo regresar enseguida —dijo Smith—. Tengo mucho que estudiar en este momento, pero me quedaré con gusto unos minutos. He salido porque Hastie es amigo mío.

También es amigo mío. ¡Qué estilo tan magnífico tiene! Mullins no estuvo a su altura. Pero… entra en la casa. Es una pequeña madriguera, pero se estudia de maravilla durante los meses de verano.

Era una construcción pequeña, cuadrada, de paredes blancas y puertas y persianas verdes, con un enrejado rústico en el porche y situada a unas cincuenta yardas de la orilla del río. En el interior, la habitación principal había sido arreglada más o menos ionio estudio: una mesa de madera de pino, estanterías sin pintar para los libros y unos cuantos óleos baratos colgados en las paredes. Una cacerola hervía sobre un calentador de alcohol y en una bandeja dispuesta encima de la mesa se veía un juego completo de té.

—Siéntate en esa silla y coge un cigarrillo —dijo Lee—. Déjame que te sirva una taza de té. Has sido muy amable al venir, pues ya sé que no te sobra el tiempo. Quería decirte que si yo estuviera en tu caso, cambia ría inmediatamente de habitaciones.

—¿Qué…?

Smith se quedó mirándolo con una cerilla encendida en la mano y el cigarrillo sin prender en la otra.

—Sí, comprendo que te parezca muy extraño, y lo peor de todo es que no puedo revelarte las razones, porque debo atenerme a los términos de una solemne promesa… sí, una promesa muy solemne. No obstante, puedo decirte al menos que no creo que sea prudente vivir cerca de Bellingham. Mientras sea posible, tengo intención de alojarme aquí, por lo menos hasta que pase un tiempo.

—¿Que no es prudente? ¿Qué quieres decir?

—Eso es precisamente lo que no puedo decirte. Pero hazme caso y cámbiate de habitaciones. Hoy hemos tenido una buena bronca. Debes de habernos oído, porque bajabas las escaleras en ese momento.

—Vi cómo os peleabais.

—Es un tipo horrible, Smith. Es la única palabra que le cuadra. He tenido mis dudas acerca de él desde la noche aquella que se desmayó… ¿recuerdas? La noche que bajaste a ayudarle. Hoy le acusé abiertamente y me dijo cosas que me pusieron los pelos de punta, y encima quiso que me aliase con él. No es que yo sea un hombre estrecho de ideas, pero soy hijo de un clérigo, como ya sabes, y creo que hay cosas inaceptables desde cualquier punto de vista. Doy gracias a Dios por haberlo descubierto antes de que fuera demasiado tarde, porque iba a casarse con mi hermana.

—Todo eso está muy bien, Lee —dijo Abercrombie Smith secamente—. Pero todavía no sé si has dicho mucho más de lo que debías o demasiado poco.

—Te he hecho una advertencia.

—Si existiera un motivo real para la advertencia, ninguna promesa puede ligarte. Si yo descubro a un canalla que está dispuesto a volar un edificio con dinamita, no hay juramento que me impida evitarlo.

—Sí, pero es que yo no puedo evitarlo, y lo único que puedo hacer es advertirte a ti.

—Pero sin decirme contra qué me previenes.

—Contra Bellingham.

—Todo esto es una majadería. ¿Por qué iba a temer a Bellingham o a cualquier otro hombre?

—No puedo decírtelo. Sólo te pido que cambies de habitaciones. Estás en peligro. No quiero decir que Bellingham tenga intención de causarte daño, pero podría suceder, porque precisamente ahora se ha vuelto un vecino peligroso.

—Quizá yo sepa más de lo que te imaginas —dijo Smith, mirando fijamente la cara seria y juvenil de aquel muchacho—. Supongamos que te digo que alguien comparte las habitaciones de Bellingham…

Monkhouse Lee saltó de su silla, presa de una emoción incontrolable.

—¿Lo sabes, entonces? —jadeó.

—Una mujer.

Lee se dejó caer de nuevo en su silla, con un gemido.

—Mis labios están sellados —dijo—. No debo hablar.

—Bueno, en cualquier caso —dijo Smith, levantándose—, no es probable que pueda llegar a asustarme tanto como para abandonar unas habitaciones en las que me encuentro tan a gusto. Sería una debilidad por mi parte trasladarme con todas mis cosas sólo porque tú afirmes que Bellingham, de una manera

inexplicable, pueda causarme algún daño. Correré el riesgo y me quedaré donde estoy. Veo que son casi las cinco, te ruego que me disculpes.

Se despidió del joven con algunas frases breves y emprendió el camino de regreso a casa envuelto en la suave atmósfera del atardecer de un día de primavera, sintiéndose medio enojado y medio divertido, como cualquier otro hombre fuerte y poco imaginativo que se ve amenazado por un vago y sombrío peligro.

Abercrombie Smith se permitía siempre una pequeña libertad a pesar de las rigurosas exigencias que le imponían sus estudios. Dos veces a la semana, los martes y los viernes, tenía la invariable costumbre de ir caminando hasta Farlingford, residencia del doctor Plumptrec Peterson, que se encontraba aproximadamente a una milla y media de Oxford. Peterson había sido amigo íntimo de Francis, el hermano mayor de Smith, y como era soltero y muy rico, con una buena bodega y una biblioteca todavía mejor, su casa resultaba una meta de lo más agradable para un hombre que tenía necesidad de regalarse con un buen paseo. Así pues, dos veces por semana el estudiante de medicina se adentraba por los oscuros senderos de la región y pasaba una hora agradable en el confortable estudio de Peterson, comentando con un vaso de viejo oporto los chismorrees de la universidad o los últimos progresos de la medicina o la cirugía.

El día siguiente a su entrevista con Monkhouse Lee, Smith cerró sus libros a las ocho y cuarto, hora en que por lo general emprendía el camino hacia casa de su amigo. Sin embargo, cuando salía de la habitación, sus ojos se fijaron en uno de los libros que Bellingham le había prestado y le remordió la conciencia por no habérselo devuelto. Por despreciable que pudiera ser aquel hombre, no era justo tratarle con descortesía. De modo que cogió el libro, bajó las escaleras y golpeó la puerta de su vecino. No obtuvo respuesta, pero al accionar el picaporte vio que no estaba cerrada con llave. Satisfecho con la perspectiva de ahorrarse una entrevista, entró y dejó el libro, junto con una tarjeta de visita, encima de la mesa.

La lámpara estaba medio apagada, pero Smith podía ver con claridad los detalles de la habitación. Todo estaba más o menos como lo había visto la última vez: el friso, los dioses con cabezas de animales, el cocodrilo colgado y la mesa desordenada, llena de papeles y hojas secas. La caja de la momia estaba de pie contra la pared, pero la momia había desaparecido. No había ninguna señal que delatase que allí se alojaba alguna otra persona, y, al retirarse, Smith tuvo la sensación de que probablemente se había comportado de forma injusta con Bellingham. Si tuviera un secreto inconfesable que

guardar, no habría dejado la puerta abierta, exponiéndose a que cualquiera pudiera entrar.

La escalera de caracol estaba oscura, como boca de lobo, y Smith bajaba despacio, tanteando los escalones irregulares, cuando, súbitamente, tuvo la impresión de que algo había pasado a su lado en la oscuridad. Oyó un ruido muy débil, un soplo de aire, un leve roce en el codo, pero tan leve que no estaba seguro del todo. Se paró y escuchó con atención, pero el viento susurraba entre la hiedra y no pudo escuchar nada más.

—¿Es usted, Styles? —gritó.

No hubo respuesta; a sus espaldas reinaba un silencio absoluto. Debía de haber sido una repentina ráfaga de aire, porque la vieja torre estaba llena de grietas y agujeros. Sin embargo, habría jurado que escuchó un ruido de pasos a su lado. Por fin salió al cuadrilátero del edificio, pero todavía estaba dándole vueltas al asunto cuando vio que alguien venía corriendo a su encuentro por el césped recién cortado.

—¿Eres tú, Smith?

—¡Hola, Hastie!

—¡Por Dios, ven inmediatamente! ¡Lee se ha ahogado! Harrington, del King, me ha dado la noticia. El doctor ha salido. Tendrás que atenderle tú, pero ven inmediatamente. Tal vez le quede todavía un poco de vida.

—¿Tienes brandy?

—No.

—Yo lo llevaré. Tengo una botella en mi mesa.

Smith subió las escaleras de tres en tres, cogió la botella y echó a correr escaleras abajo. Al pasar por delante de la habitación de Bellingham sus ojos repararon en un detalle que le dejó aturdido y sin respiración en el descansillo.

La puerta, que él había cerrado al salir, estaba abierta ahora, y justamente enfrente de él, iluminada por la lámpara, se veía la caja de la momia. Hacía apenas tres minutos estaba vacía. Podía jurarlo. Ahora enmarcaba el macilento cuerpo de su horrible ocupante. Estaba de pie, rígido, espantoso, con su rostro renegrido y arrugado de cara a la puerta. El cuerpo se veía sin vida e inerte, pero, según le miraba, a Smith le parecía que todavía brillaba una lucecita de vitalidad, un asomo de conciencia en aquellos pequeños ojos que acechaban desde las profundidades de las cuencas. Se quedó tan asombrado y atónito que olvidó el motivo de su regreso, y seguía allí, contemplando aquel cuerpo descarnado y marchito, cuando la voz de su amigo le hizo volver en sí.

—¡Vamos, Smith! —gritó desde abajo—. ¡Es cuestión de vida o muerte! ¡Date prisa! —y cuando el estudiante de medicina reapareció, añadió—: Venga, vamos corriendo. Está a menos de una milla, y tenemos que llegar en cinco minutos. Es mejor correr para salvar una vida humana que para ganar una copa.

Hombro con hombro, se lanzaron a través de la oscuridad y no se detuvieron hasta llegar, jadeantes y agotados, a la casita del río. El joven Lee, flácido y chorreante como una planta acuática rota, se hallaba tendido encima del sofá, con los negros cabellos llenos de verdín del río y una orla de espuma blanca sobre sus labios cárdenos. Junto a él estaba arrodillado Harrington, frotándole para devolver un poco de calor a sus rígidos miembros.

—Creo que todavía le queda un poco de vida —dijo Smith, pasándole la mano por un costado—. Ponle en la boca el cristal de tu reloj. Sí, se ha empañado. Cógele de un brazo, Hastie. Ahora flexiónalo, igual que yo, y no tardará en recuperar el conocimiento.

Durante diez minutos trabajaron en silencio, hinchando y deshinchando los pulmones del joven inconsciente. Por fin, el cuerpo se estremeció, los labios le temblaron y abrió los ojos. Los tres estudiantes estallaron en un irreprimible grito de triunfo.

—¡Despierta, viejo! ¡Ya nos has asustado bastante!

—Bebe un poco de brandy. Toma un trago de la botella.

—Ya está repuesto —dijo su compañero Harrington—. ¡Cielos, qué susto me he llevado! Estaba leyendo aquí. Él había salido a pasear por el río, y al rato escuché un grito y un chapoteo. Salí corriendo, y cuando logré encontrarlo y sacarlo del agua, me pareció que estaba ya sin vida. Simpson no podía ir a llamar al doctor porque está con una pierna rota, de modo que tuve que salir corriendo yo y no sé lo que habría hecho si no llego a encontrarme con vosotros. Está bien, viejo. Siéntate.

Monkhouse Lee se había incorporado con ayuda de las manos y miraba con ojos espantados a su alrededor.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. He estado en el agua. Ah, sí. Ya recuerdo.

Una expresión de miedo apareció en sus ojos y ocultó la cara entre las manos.

—¿Cómo te caíste?

—No me caí.

—¿Entonces…?

—Me tiraron. Yo estaba de pie junto a la orilla. Alguien, desde atrás, me levantó como una pluma y me tiró. No oí nada, ni vi nada. Pero sé qué era, a pesar de todo.

—Y yo también —susurró Smith.

Lee levantó los ojos y le miró con sorpresa.

—¿Lo has descubierto, entonces? —dijo—. ¿Recuerdas el aviso que te di?

—Sí, y empiezo a pensar que me lo tomaré en serio.

—No sé de qué diablos estáis hablando —dijo Hastie—, pero si yo estuviera en tu lugar, Harrington, llevaría inmediatamente a la cama a Lee. Ya habrá tiempo de sobra para discutir las razones cuando se encuentre más fuerte. Creo, Smith, que tú y yo debemos dejarle solo ahora. Yo voy a regresar andando al colegio; si vas en la misma dirección podemos charlar un rato.

Pero fue muy poco lo que hablaron en el camino de regreso. Smith estaba demasiado preocupado por los incidentes de la tarde: la ausencia de la momia de la habitación de su vecino, los pasos que creyó escuchar junto a él en la escalera, la reaparición, la extraordinaria, la inexplicable reaparición de aquella cosa horrible y, finalmente, la agresión a Lee, que se correspondía perfectamente con la que había sufrido aquel otro hombre que había desatado la ira de Bellingham. Todas estas cosas ocupaban sus pensamientos, junto con otros pequeños incidentes que le habían predispuesto contra su vecino y las extrañas circunstancias en que fue llamado por primera vez para auxiliarle. Lo que antes había sido una sospecha indeterminada, una vaga y fantástica conjetura, había tomado forma de pronto y se destacaba en su mente como un hecho irrefutable, como una realidad que no podía ser negada. Y sin embargo, ¡qué monstruoso e increíble! ¡Y cuán alejado de los límites de la experiencia humana! Un juez imparcial, incluso el amigo que caminaba a su lado, le diría simplemente que sus sentidos se habían equivocado, que la momia había estado allí todo el tiempo, que el joven Lee se había caído al río exactamente igual que cualquier otro hombre puede caerse a un río y que el mejor remedio para los desarreglos del hígado es una píldora azul. Sabía que él mismo habría dicho algo parecido si sus posiciones estuvieran invertidas. Aun así, estaba dispuesto a jurar que Bellingham, en lo más profundo de su corazón, era un asesino, y que manejaba un arma que nadie hasta entonces había empleado en la historia del crimen.

Hastie se dirigió hacia sus habitaciones tras hacer unos cuantos comentarios irónicos y enfáticos acerca de la insociabilidad de su amigo, y Abercrombie Smith cruzó el cuadrilátero en dirección a la torre con un fuerte

sentimiento de repulsión hacia todo lo relacionado con sus habitaciones Seguiría el consejo de Lee y se trasladaría lo antes posible, porque ¿cómo iba a ser capaz de estudiar si sus oídos iban a estar constantemente atentos a cualquier murmullo o pisada que se produjese en el piso de abajo? Mientras cruzaba el césped reparó en que la luz estaba encendida todavía en la ventana de Bellingham. En el preciso momento en que pasaba por delante de la puerta, ésta se abrió y apareció el mismísimo Bellingham. Su cara rechoncha y maligna parecía una araña hinchada que acababa de tejer su ponzoñosa tela.

—Buenas noches —dijo—. ¿No quieres entrar?

—No —exclamó Smith con vehemencia.

—¿No? ¿Sigues tan atareado como siempre? Quería preguntarte por Lee. Estoy muy preocupado… He oído rumores de que le había sucedido algo malo.

Sus facciones tenían una expresión de seriedad, pero mientras hablaba sus ojos no podían ocultar una alegría encubierta. Smith se dio cuenta de ello y le entraron ganas de golpearle.

—Te preocupará todavía más saber que Monkhouse Lee se está recuperando y que está fuera de peligro —contestó—. Tus diabólicos trucos no han dado resultado esta vez. Oh, no es necesario que te defiendas con argumentos descarados. Lo sé todo.

Bellingham dio un paso atrás, apartándose del irritado estudiante y cerró la puerta a medias, como para protegerse.

—Estás loco —dijo—. ¿Adónde quieres ir a parar? ¿Te atreves a afirmar que he tenido algo que ver con el accidente de Lee?

—Sí —bramó Smith—. Tú y ese saco de huesos que está detrás de ti. Lo habéis hecho entre los dos. Escúchame bien, señor B., ya no se quema a los individuos de tu calaña, pero todavía tenemos el verdugo y, si en este colegio aparece algún hombre muerto mientras tú estás aquí, ¡por Cristo que haré que te detengan!, y no será por mi causa si no te ahorcan por ello. Ya te darás cuenta de que tus inmundos trucos egipcios no resultan en Inglaterra.

—Estás loco de atar —dijo Bellingham.

—Está bien. Pero recuerda lo que acabo de decirte, porque yo cumpliré mi palabra.

La puerta se cerró de golpe y Smith subió echando humo a sus habitaciones. Después cerró la puerta con llave y pasó la mitad de la noche fumando en su vieja pipa y reflexionando sobre los extraños acontecimientos de aquella tarde.

A la mañana siguiente Abercrombie Smith no tuvo noticias de su vecino, pero por la tarde recibió la visita de Harrington, que le informó de la recuperación casi completa de Lee. Smith pasó todo el día trabajando, pero al atardecer decidió hacerle una visita a su amigo, el doctor Peterson, ya que había tenido que suspenderla la noche anterior. Un buen paseo y una charla amistosa serían bien recibidos por sus nervios excitados.

La puerta de Bellingham estaba cerrada, pero se volvió a mirar cuando se encontró a una distancia prudencial de la torre, y distinguió la cabeza de su vecino, que se recortaba contra el fondo luminoso de la lámpara. Parecía tener la cara apretada contra el cristal, como si estuviera escrutando la oscuridad. Era una verdadera satisfacción perder todo contacto con aquel hombre, aunque sólo fuera durante unas horas, así que Smith echó a andar con paso rápido, aspirando a pleno pulmón el suave aire primaveral.

La media luna surgía por el poniente, entre dos agujas góticas y proyectaba sobre el pavimento plateado de la calle las negras tracerías talladas en la piedra de los altos edificios. Soplaba una fuerte brisa y el cielo aparecía surcado por nubes ligeras y algodonosas. El Old College estaba en el límite de la ciudad, y en cinco minutos Smith se encontraba más allá de las casas, caminando entre los setos de la carretera de Oxfordshire, que despedían una fragancia propia del mes de mayo.

La carretera que llevaba a casa de su amigo era solitaria y poco frecuentada. Aunque era temprano todavía, Smith no encontró ni un alma en su camino. Caminó con paso rápido hasta llegar a la puerta exterior que daba paso al largo camino de grava que conducía a Farlingford. Frente a él, la luz rojiza y acogedora de las ventanas brillaba entre el follaje. Durante unos instantes se quedó parado ante la puerta batiente con la mano en el picaporte, y se volvió para mirar la carretera por donde había venido. Algo avanzaba por ella rápidamente.

Una figura negra y encogida, que apenas se distinguía contra el fondo oscuro, se movía en la sombra del seto, silenciosa y furtiva. Mientras la miraba, la sombra había avanzado una veintena de pasos, y seguía acercándose. En medio de la oscuridad vislumbró un cuello descarnado y aquellos dos ojos que le perseguirían por siempre en sus pesadillas. Lanzó un grito de terror y echó a correr por la avenida de grava como si le fuera en ello la vida. Allí estaban las luces rojas, como señales de salvación, a menos de un tiro de piedra. Era un corredor afamado, pero jamás había corrido como corrió esa noche.

La pesada puerta se había cerrado a su espalda, pero oyó que se volvía a abrir para dejar paso a su perseguidor. Mientras corría salvajemente en la oscuridad, podía escuchar a su espalda un trote rápido y seco, y al mirar hacia atrás vio que aquel horror que le perseguía iba dando saltos, como un tigre, con los ojos llameantes y un brazo fibroso extendido hacia delante. Gracias a Dios, la puerta estaba entreabierta. Smith pudo ver la fina franja de luz que proyectaba la lámpara del vestíbulo. A sus espaldas se escuchaba cada vez más cerca aquel siniestro pataleo. De pronto, casi pegado a su hombro, sintió un ronco gorgoteo. Dio un grito de espanto, se precipitó contra la puerta, la cerró de un golpe y echó el cerrojo. Después cayó medio desmayado en el sillón del vestíbulo.

—¡Dios mío, Smith! ¿Qué ocurre? —preguntó Peterson, desde la puerta del despacho.

—¡Dame un poco de brandy!

Peterson desapareció, y volvió a salir enseguida con un vaso y una jarra.

—Ya veo que lo necesitas —dijo, mientras el visitante se bebía de un trago el vaso que le había servido—. Pero hombre, ¡estás más pálido que un queso!

Smith dejó el vaso, se levantó y respiró profundamente.

—Ya vuelvo a ser el mismo —dijo—. No he sentido tanto miedo en toda mi vida. Con tu permiso, Peterson, pasaré aquí la noche, porque no creo que tenga valor para adentrarme otra vez por ese camino, a no ser a la luz del día. Es una debilidad, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Peterson contempló a su visitante con mirada interrogativa.

—Desde luego que puedes dormir aquí, si lo deseas. Le diré a Mrs. Burney que te prepare la cama. ¿Dónde vas ahora?

—Ven conmigo a la ventana de arriba. Desde allí se ve la puerta. Quiero que veas lo que yo he visto.

Fueron a la ventana del vestíbulo del piso superior, desde la que se dominaban los accesos a la casa. La avenida y los campos, a uno y otro lado, estaban tranquilos y silenciosos, bañados en el apacible claro de luna.

—Bueno, Smith —observó Peterson—, realmente me alegro de saber que eres abstemio. ¿Qué demonios te ha asustado tanto?

—Te lo diré dentro de un momento. Pero ¿dónde puede haber ido? ¡Ah, mira ahora, mira! Mira hacia la curva de la carretera, un poco más allá de la puerta de entrada.

—Sí, lo veo. No es necesario que me arranques el brazo. Alguien ha pasado por allí. Yo diría que se trata de un hombre, bastante delgado,

aparentemente, y alto, muy alto. Pero ¿quién es? ¿Y qué te pasa a ti, que estás temblando como la hoja de un álamo?

—He estado a punto de caer en las garras del demonio, eso es todo. Pero bajemos a tu estudio y te contaré toda la historia.

Así lo hizo. Bajo la acogedora luz de la lámpara, con un vaso de vino en la mesa y frente al rostro rubicundo de su voluminoso amigo, Smith fue narrando, tal y como sucedieron, todos los acontecimientos, grandes y pequeños, que habían formado esa singular cadena desde la noche que se encontró a Bellingham desmayado frente a la caja de la momia hasta la horrible experiencia que había tenido lugar una hora antes.

—Y éste es todo el maldito asunto —dijo para terminar—. Es monstruoso e increíble, pero cierto.

El doctor Plumptree Peterson permaneció sentado en silencio durante un rato, con una expresión de perplejidad en el rostro.

—¡No he escuchado una cosa semejante en toda mi vida! ¡Nunca! —dijo al fin—. Me has contado los hechos. Ahora explícame las consecuencias.

—Puedes sacar tus propias conclusiones.

—Pero quiero saber cuáles son las tuyas. Tú has reflexionado sobre el tema, y yo no.

—Bien, tendré que ser un poco impreciso en los detalles, pero los puntos principales me parecen bastante claros. Ese tal Bellingham, en el curso de sus estudios orientales, ha conseguido hacerse con algún secreto infernal, mediante el cual una momia —o, posiblemente, esta momia en particular— puede ser devuelta temporalmente a la vida. Estaba ensayando estas repugnantes manipulaciones la noche que se desmayó. No cabe duda de que le traicionaron los nervios al ver a esa criatura moverse, a pesar de que lo esperaba. Recuerda que las primeras palabras que pronunció al volver en sí fueron para calificarse de estúpido.

»Bien, posteriormente se fue haciendo más fuerte y llevó a cabo la tarea sin desmayarse. La vitalidad que conseguía devolver a la momia era, evidentemente, pasajera, porque yo la veía siempre dentro de su caja, y estaba tan muerta como esta mesa. Imagino que se trata de un proceso muy complicado, en virtud del cual se produce el fenómeno. Cuando lo hubo conseguido, se le ocurrió que podía utilizar a aquel ser como un agente. Tiene inteligencia y fuerza. Con algún propósito determinado, confió su secreto a Lee, pero Lee, que es un cristiano de buena ley, no quiso saber nada de un asunto semejante. Entonces se pelearon, y Lee le prometió que revelaría a su hermana cuál era su verdadero carácter. La única jugada que le quedaba a

Bellingham era impedirlo, de modo que envió a la criatura en su persecución, y estuvo a punto de conseguirlo. Ya antes había probado sus poderes en otro hombre, en Norton, contra el que todavía sentía rencor. Ha sido una pura suerte que no tenga dos asesinatos sobre su conciencia. Más tarde, cuando yo le acusé abiertamente, tuvo las más poderosas razones para quitarme de en medio antes de que yo pudiera comunicarle a alguien lo que sabía. Vio la oportunidad cuando salí, pues conoce mis costumbres y sabía hacia dónde me dirigía. Me he salvado por un pelo, Peterson, y ha sido una verdadera suerte que no me hayas encontrado tirado en el escalón de tu puerta mañana. No soy un hombre nervioso, pero jamás creí que iba a tener tanto miedo a la muerte como lo he tenido esta noche.

—Mi querido amigo, te has tomado el asunto con demasiada seriedad —dijo su compañero—. Tus nervios están alterados por el efecto de tanto trabajo y le das una importancia desmesurada a lo ocurrido. ¿Cómo es posible que una cosa semejante se pasee por las calles de Oxford, incluso de noche, sin que nadie la vea?

—La han visto. Y hay un gran revuelo en la ciudad con el asunto de un mono fugitivo, pues eso imaginan que es la criatura. No se habla de otra cosa.

—Bueno, la sucesión de acontecimientos es sorprendente. Pero, aun así, querido, tienes que admitir que cada uno de los incidentes, por separado, es susceptible de una explicación natural.

—¡Cómo! ¿Incluso mi aventura de esta noche?

—Ciertamente. Sales con los nervios desatados y con la cabeza llena de esas teorías tuyas. Algún vagabundo famélico y medio muerto de hambre te sigue furtivamente y, después, al verte correr, se anima y te persigue. El resto es cosa de tu imaginación y tus temores.

—No es así, Peterson, no es así.

—Otro incidente. Por ejemplo, el que encontrases la caja de la momia vacía y unos instantes después estuviera ocupada. La habitación se hallaba iluminada por la luz de la lámpara, y ésta estaba casi apagada. Tú no tenías ninguna razón especial para fijarte en la caja. Es muy posible que no repararas en la momia la primera vez que miraste.

—No, no. Eso está descartado.

—Es posible que Lee se cayese simplemente al río y que Norton fuese atacado por un delincuente. En verdad, la acusación que le haces a Bellingham es enorme, pero si la presentases ante un comisario de policía, se limitaría a reírse en tu propia cara.

—Ya lo sé. Y por esa razón estoy dispuesto a resolver el asunto por mi cuenta.

—¿Eh?

—Sí. Creo que pesa sobre mí un deber público y, además, debo hacerlo por mi propia seguridad, a menos que permita que una bestia me eche del colegio, lo cual sería una lamentable debilidad. Tengo ya decidido lo que he de hacer. En primer lugar, ¿puedo utilizar tu papel y tus plumas durante una hora?

—Desde luego. Encontrarás todo lo que necesitas en esa mesa lateral.

Abercrombie Smith se sentó ante un pliego de papel tamaño folio y durante dos horas su pluma trabajó con velocidad por la superficie del mismo. Fue rellenando página tras página y colocándolas a un lado, mientras su amigo, recostado en un sillón, le miraba con tranquila curiosidad. Al final, con una exclamación de satisfacción, Smith se levantó de un salto, puso sus papeles en orden y depositó el último encima del escritorio de Peterson.

—Ten la amabilidad de firmar como testigo —dijo.

—¿Como testigo? ¿De qué?

—De la autenticidad de mi firma, y de la fecha. La fecha es lo más importante. En fin, Peterson, mi vida podría depender de ello.

—Mi querido Smith, hablas de una manera insensata. Hazme caso y acuéstate.

—Todo lo contrario: en mi vida he hablado de forma tan juiciosa. Y te prometo que en cuanto hayas firmado me iré a la cama.

—Pero ¿qué es?

—Es una declaración de todo lo que te he contado esta noche. Me gustaría que lo atestiguaras.

—Desde luego —dijo Peterson, estampando su nombre debajo del de su compañero—. Ahí lo tienes. Pero ¿qué te propones con ello?

—Tú me harás el favor de guardarlo, y lo presentarás en caso de que me arresten.

—¿Arrestarte? ¿Por qué?

—Por asesinato. Entra dentro de lo posible. Quiero estar preparado para cualquier eventualidad. Sólo hay un camino abierto para mí, y estoy decidido a seguirlo.

—¡Por amor de Dios, no hagas ninguna locura!

—Créeme, sería mucho más temerario adoptar cualquier otra resolución. Espero que no sea necesario molestarte, pero me quito un gran peso de encima al saber que tú tienes la declaración que explica mis motivos. Y ahora

estoy dispuesto a seguir tu consejo e irme a descansar, porque quiero encontrarme en plena forma mañana.

* * *

Desde luego, no era agradable tener a Abercrombie Smith como enemigo. De natural lento y templado, se convertía en un hombre formidable cuando entraba en acción. En todas las empresas de la vida empleaba la misma resolución meditada que le distinguía como estudiante de ciencias. Había suspendido sus estudios por un día, pero estaba decidido a no desperdiciarlo. No dijo a su anfitrión ni una sola palabra acerca de sus planes, pero a las nueve en punto de la mañana se encontraba ya en la carretera de Oxford.

Al pasar por High Street se detuvo en la armería de Clifford y compró un pesado revólver y una caja de municiones. Introdujo seis de ellos en el tambor, dejó el arma medio amartillada y se la guardó en el bolsillo de su chaqueta. Después se dirigió a las habitaciones de Hastie, donde desayunaba tranquilamente el fornido remero, con el *Sporting Times* apoyado contra la cafetera.

—¡Hola! ¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Quieres un poco de café?

—No, gracias. Quiero que vengas conmigo, Hastie, y que hagas todo lo que te pida.

—Cuenta con ello, amigo.

—Y llévate el garrote más pesado que tengas.

—¡Mira! —señaló Hastie—. Con éste de caza se puede tumbar a un buey.

—Una cosa más. Tú tienes un estuche de cuchillos de amputar. Dame el más largo de ellos.

—Ahí está. Por lo que se ve, estás en plan de guerra. ¿Alguna cosa más?

—No. Es suficiente.

Smith se guardó el cuchillo en el interior de la chaqueta y se dirigieron hacia el cuadrilátero.

—Ni tú ni yo somos cobardes, Hastie —dijo—. Creo que puedo hacer el trabajo solo, pero te he traído por precaución. Voy a tener una pequeña charla con Bellingham. Si me enfrento solamente con él, no necesitaré tu ayuda, desde luego. Pero… si grito, sube inmediatamente y ponte a repartir garrotazos con todas tus fuerzas. ¿Has comprendido?

—Perfectamente. Si te oigo gritar, subo.

—Espera aquí, entonces. Quizá tarde un poco, pero no te muevas hasta que baje.

—Soy una estatua.

Smith subió las escaleras, abrió la puerta de Bellingham y pasó al interior. Bellingham estaba sentado detrás de la mesa, escribiendo. A su lado, entre el revoltijo de sus extrañas posesiones, se alzaba la caja de la momia, con la etiqueta número 249 pegada todavía en la pared frontal y su repulsivo ocupante en el interior, rígido y tieso. Smith miró con precaución a su alrededor, cerró la puerta, echó el cerrojo y se dirigió hacia la chimenea. Después prendió una cerilla y encendió el fuego. Bellingham seguía sentado, mirándole atentamente, con una expresión de sorpresa y rencor en su abotargado rostro.

—Bien, por lo que veo, te comportas como si estuvieras en tu propia casa —dijo con voz entrecortada.

Smith se sentó tranquilamente y colocó su reloj encima de la mesa. Después sacó el revólver, accionó el martillo y lo colocó sobre sus rodillas. A continuación sacó el largo cuchillo del interior de su chaqueta y lo lanzó sobre la mesa, delante de Bellingham.

—Ahora —dijo— vas a tener que ponerte a trabajar. Tienes que despedazar esa momia.

—Oh, ¿se trata de eso? —dijo Bellingham con una risa burlona.

—Sí, se trata de eso. Me han asegurado que la ley no puede hacer nada contra ti. Pero yo tengo una ley que pondrá las cosas en su sitio. Si dentro de cinco minutos no te has puesto manos a la obra, te juro por Dios que te atravesaré el cráneo de un balazo.

—¿Serías capaz de asesinarme?

Bellingham se había medio levantado y su rostro tenía ahora el color de la masilla.

—Sí.

—¿Por qué?

—Para evitar que cometa más crímenes. Ha pasado un minuto.

—Pero ¿qué he hecho?

—Los dos lo sabemos.

—Eso es una fanfarronada.

—Han pasado dos minutos.

—Pero tienes que darme alguna razón. Eres un loco… un loco peligroso. ¿Por qué voy a destrozar una cosa que es de mi propiedad? Es una momia muy valiosa.

—Pues tienes que cortarla en pedazos y quemarla.

—No haré tal cosa.

—Han pasado cuatro minutos.

Smith empuñó la pistola y miró a Bellingham con una expresión de inexorable determinación.

Cuando la segunda manecilla del reloj avanzó, levantó la mano y colocó el dedo sobre el gatillo.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Lo haré! —gritó Bellingham.

Cogió el cuchillo con frenética rapidez y empezó a dar cortes en el cuello de la momia, volviendo constantemente la cara, para encontrarse siempre con el ojo y el arma de su terrible vecino. La momia crujía y saltaba en pedazos a cada corte del afilado cuchillo. Un polvo denso y amarillento se desprendió de ella. Las especias y las esencias secas llovieron sobre el suelo. De pronto, con un chasquido desgarrador, el espinazo saltó en pedazos y la momia cayó al suelo, convertida en un oscuro amasijo de miembros revueltos.

—¡Ahora al fuego! —dijo Smith.

Las llamas saltaron y crepitaron cuando los restos resecos, como yesca, fueron apilados encima del fuego. La habitación parecía el cuarto de calderas de un vapor, y los dos hombres tenían el rostro bañado de sudor. Pero uno de los hombres seguía agachado, trabajando, mientras el otro le vigilaba sentado, con expresión decidida. El fuego despedía un humo espeso y grasiento y la habitación se llenó de un fuerte olor a resina quemada y cabellos chamuscados. Al cabo de un cuarto de hora sólo quedaban unos trozos renegridos y quebradizos del lote número 249.

—Supongo que estás satisfecho —gruñó Bellingham, que miraba a su torturador con una expresión de odio y temor en sus ojillos grises.

—No. Deben ser destruidos todos sus materiales. Tenemos que impedir que vuelvas a utilizar tus trucos diabólicos. ¡Al fuego con todas esas hojas! Seguro que tienen algo que ver con el asunto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bellingham, cuando las hojas fueron arrojadas a las llamas.

—Ahora el rollo de papiro que tenías encima de la mesa aquella noche. Creo que está en ese cajón.

—¡No, no! —gritó Bellingham—. ¡No lo quemes! No sabes lo que haces. Es único. La sabiduría que contiene no se puede encontrar en ninguna otra parte.

—¡Al fuego con él!

—Pero escucha, Smith, no puedes hacer eso. Compartiré sus secretos contigo. Te enseñaré a utilizar sus poderes. ¡Oh, detente! ¡Déjame sacar una copia antes de que lo quemes!

Smith se dirigió hacia el cajón y giró la llave de la cerradura. Sacó el amarillento rollo de papiro, lo echó al fuego y lo aplastó con el tacón. Bellingham lanzó un alarido e intentó rescatarlo, pero Smith le empujó hacia atrás y permaneció vigilante hasta que lo vio reducido a una informe capa de ceniza gris.

—Bien, señor B. —dijo—, creo que te he arrancado los dientes. Te las verás conmigo si vuelves a utilizar tus viejos trucos. Y ahora, buenos días, porque debo volver a mis estudios.

Ésta es, pues, la narración de Abercrombie Smith sobre los extraordinarios sucesos que tuvieron lugar en el Old College de Oxford, en la primavera de 1884. Como Bellingham abandonó la universidad inmediatamente y se encuentra en el Sudán, según las últimas noticias, no hay nadie que pueda contradecir su declaración. Pero la sabiduría de los hombres es escasa y los caminos de la Naturaleza harto extraños. ¿Quién se atreverá a poner un límite a las cosas ocultas que pueden ser descubiertas por los que se dedican a buscarlas?

EL CASO DE LADY SANNOX[17]

Las relaciones entre Douglas Stone y la conocidísima lady Sannox eran cosa sabida tanto en los círculos elegantes a los que ella pertenecía por ser miembro destacado como en los organismos científicos que lo contaban a él entre sus más ilustres cofrades. Por esta razón, al anunciarse cierta mañana que la dama había tomado de una manera resuelta y definitiva el hábito de religiosa y que el mundo no volvería a saber más de ella produjo, como es natural, un interés que alcanzó a muchísima gente. Pero cuando a este rumor siguió de inmediato la seguridad de que el célebre cirujano, el hombre de nervios de acero, había sido encontrado una mañana por su ayuda de cámara sentado al borde de su cama con una placentera sonrisa en el rostro y las dos piernas metidas en una sola pernera de sus briches, y que aquel gran cerebro valía ahora lo mismo que una gorra llena de sopa, el tema resultó suficientemente sensacional para que se escalofriasen ciertas gentes que creían tener su sistema nervioso a prueba de esa clase de sensación.

Douglas Stone fue en su juventud uno de los hombres más extraordinarios de Inglaterra. La verdad es que apenas podía decirse, en el momento de ocurrir este pequeño incidente, que hubiese superado esa juventud, porque sólo tenía entonces treinta y nueve años. Quienes lo conocían a fondo sabían perfectamente que, a pesar de su celebridad como cirujano, Douglas Stone habría podido triunfar con rapidez aún mayor en una docena de actividades distintas. Podía haberse abierto camino hasta la fama como soldado; podía haber forcejeado hasta alcanzarla como explorador; podía haberla buscado con empaque y solemnidad en los tribunales, y podía habérsela construido de piedra y de hierro actuando de ingeniero. Había nacido para ser grande, porque era capaz de proyectar lo que otros hombres no se atrevían a llevar a cabo, y de llevar a cabo lo que otros hombres no se atrevían a proyectar. Nadie le igualaba en cirugía. Su frialdad de nervios, su cerebro y su intuición eran cosa fuera de lo corriente. Una y otra vez su bisturí alejó la muerte, aunque al hacerlo hubiese tenido que rozar las fuentes mismas de la vida, mientras sus ayudantes palidecían tanto como el hombre operado. ¿No

pervive aún en la zona del sur de Marylebone Road y del norte de Oxford Street el recuerdo de su energía, de su audacia y de su plena seguridad en sí mismo?

Tan destacados como sus virtudes eran sus vicios, que resultaban, además, infinitamente más pintorescos. Aunque sus rentas eran grandes, y en cuanto a ingresos profesionales era el tercero entre los de Londres, todo ello no le alcanzaba ni con mucho para el tren de vida que llevaba. En lo más hondo de su complicada naturaleza había una abundante vena de sensualidad, y Douglas Stone colocaba todos los productos de su vida al servicio de la misma. Era esclavo de la vista, del oído, del tacto, del paladar. El aroma de los vinos añejos, el perfume de lo raro y exótico, las curvas y tonalidades de las más finas porcelanas de Europa se llevaban el río de oro al que daba rápido curso. Y de pronto le acometió aquella loca pasión por lady Sannox. Una sola entrevista, con dos miradas desafiantes y unas palabras cuchicheadas al oído, la convirtieron en hoguera. Ella era la mujer más adorable de Londres y la única que existía para él. Él era uno de los hombres más bellos de Londres, pero no era el único que existía para ella. Lady Sannox era aficionada a variar, y se mostraba amable con muchos de los hombres que la cortejaban. Quizá fuese ésa la causa, o quizá el efecto; el hecho es que lord Sannox, el marido, parecía tener cincuenta años, aunque en realidad sólo había cumplido los treinta y seis.

Era un hombre tranquilo, callado, sin color, de labios delgados y párpados voluminosos, muy aficionado a la jardinería y dominado completamente por inclinaciones hogareñas. Antaño mostró afición por los escenarios; llegó incluso a alquilar un teatro en Londres, y en el escenario de ese teatro conoció a miss Marion Dawson, a la que ofreció su mano, su título y la tercera parte de un condado. Aquella primera afición suya se le había hecho odiosa después de su matrimonio. Era imposible lograr convencerle de que mostrase ni siquiera en representaciones privadas el talento de actor que tantas veces había demostrado poseer. Era más feliz con una escardilla y una regadera entre sus orquídeas y crisantemos.

Resultaba un problema interesantísimo saber si aquel hombre estaba desprovisto por completo de sensibilidad o si carecía lamentablemente de energía. ¿Estaba, acaso, enterado de la conducta de su esposa y la perdonaba, o era simplemente un hombre ciego, caduco y estúpido? Era ése un problema propio para servir de pábulo a las conversaciones en los saloncitos coquetones en que se tomaba el té y en las ventanas saledizas de los clubs, mientras se saboreaba un cigarro. Los comentarios que de su conducta hacían los hombres

eran duros y claros. Sólo había un hombre que habría podido hablar en favor suyo, pero ese hombre era el más callado de todos los que frecuentaban el salón de fumar. Ese hombre le había visto domar un caballo en sus tiempos de universidad, y su manera de hacerlo le había dejado una impresión duradera.

Pero cuando Douglas Stone llegó a ser el favorito, cesaron de una manera definitiva todas las dudas que se tenían sobre si lord Sannox conocía o ignoraba aquellas cosas. Tratándose de Stone no cabían subterfugios porque, como era hombre impetuoso y violento, dejaba de lado toda precaución y toda discreción. El escándalo llegó a ser público y notorio. Un organismo docto hizo saber que había borrado el nombre de Stone de la lista de sus vicepresidentes. Hubo dos amigos que le suplicaron que tuviese en cuenta su reputación profesional. Douglas Stone abrumó con sus tacos a los tres y se gastó cuarenta guineas en una ajorca que llevó de regalo en su visita a la dama. La visitaba todas las noches en su propia casa, y ella se paseaba por las tardes en el coche del cirujano. Ninguno de los dos realizó la menor tentativa para ocultar sus relaciones, pero se produjo al fin un pequeño incidente que las interrumpió.

Era una noche de invierno, triste, muy fría y ventosa. Ululaba el viento en las chimeneas y sacudía con estrépito las ventanas. A cada nuevo suspiro del viento se oía sobre los cristales un tintineo de la fina lluvia que tamborileaba en ellos, apagando por un instante el monótono glogloteo del agua que caía de los aleros. Douglas Stone había terminado de cenar y estaba junto a la chimenea de su despacho, con una copa de rico oporto sobre la mesa de malaquita que tenía a su lado. Al levantarla hacia sus labios la miró a contraluz de la lámpara, contemplando con pupila de entendido las minúsculas escamitas de flor de vino que flotaban en el fondo de la misma, de un vivo color rubí. El fuego llameante proyectaba reflejos súbitos sobre su cara audaz y de fuerte perfil, de grandes ojos grises, labios gruesos pero tensos, y la mandíbula fuerte y en escuadra, que tenía algo de romano en su energía y animalidad. Arrellanado en su magnífico sillón, Douglas Stone sonreía de cuando en cuando. A decir verdad, tenía derecho a sentirse complacido. Contrariando la opinión de seis de sus colegas, había llevado a cabo ese mismo día una operación de la que sólo dos casos podían citarse hasta entonces, y el resultado obtenido superó todas las esperanzas. No había en Londres nadie con la audacia suficiente para proyectar, ni con la habilidad necesaria para poner en obra aquel recurso heroico.

Pero Douglas Stone había prometido a lady Sannox que pasaría con ella la velada, y eran ya las ocho y media. Había alargado la mano hacia el llamador

de la campanilla para pedir el coche, cuando llegó a sus oídos el golpe sordo del aldabón de la puerta de la calle. Se oyó un instante después ruido de pies en el vestíbulo y el golpe de una puerta que se cerraba.

—Señor, en la sala de consulta hay un enfermo que desea verle —dijo el ayuda de cámara.

—¿Ha venido él mismo?

—No, señor; creo que desea que vaya usted con él.

—Es demasiado tarde —exclamó Douglas Stone con irritación—. No iré.

—Ésta es la tarjeta del que espera, señor.

El ayuda de cámara se la presentó en la bandeja de oro que la esposa de un primer ministro le había regalado a su señor.

—¡Hamil Ali, Esmirna! ¡Ejem! Supongo que se trata de un turco.

—Así es, señor. Parece que hubiera llegado del extranjero, señor, y se encuentra en un estado espantoso.

—¡Vaya! El caso es que tengo un compromiso y he de acudir a otra parte. Pero lo recibiré. Hágalo pasar, Pim.

Unos momentos después, el ayuda de cámara abría de par en par la puerta y daba paso a un hombre pequeño y decrépito, que caminaba con la espalda inclinada, adelantando el rostro y parpadeando como suelen hacerlo las personas muy cortas de vista. Tenía el rostro muy moreno, y el pelo y la barba de un color negro muy oscuro. Sostenía en una mano un turbante de muselina blanca con listas encarnadas, y en la otra, una pequeña bolsa de gamuza.

—Buenas noches —dijo Douglas Stone, una vez que el criado cerró la puerta—. ¿Habla usted inglés, verdad?

—Sí, señor. Yo procedo del Asia Menor, pero hablo inglés a condición de hacerlo poco a poco.

—Tengo entendido que quiere que le acompañe fuera de casa.

—En efecto, señor. Tengo gran deseo de que examine usted a mi esposa.

—Puedo hacerlo mañana por la mañana, porque esta noche tengo una cita que me impide visitar a su esposa.

La respuesta del turco fue por demás original. Aflojó la cuerda que cerraba la boca del bolso de gamuza y vertió un río de oro sobre la mesa, diciendo:

—Ahí tiene cien libras, y le aseguro que la visita no le llevará más de una hora. Tengo esperando a la puerta un carruaje.

Douglas Stone consultó su reloj. Una hora de retraso le daría tiempo aún para visitar a lady Sannox. En otras ocasiones la había visitado a una hora más tardía. Los honorarios aquellos eran muy elevados. En los últimos

tiempos le apremiaban los acreedores y no podía desperdiciar una ocasión así. Iría.

—¿De qué enfermedad se trata? —preguntó.

—¡Oh, es un caso muy triste! ¡Un caso muy triste y único! ¿Oyó usted hablar alguna vez de los puñales de los almohades?

—Nunca.

—Pues bien: se trata de unos puñales o dagas del Oriente que tienen gran antigüedad y que son de una forma característica, con la empuñadura parecida a lo que ustedes llaman un estribo. Yo negocio en antigüedades, y por esa razón he venido a Inglaterra desde Esmirna; pero regreso la semana que viene. Traje una gran variedad de artículos, y aún me quedaban algunos. Para desconsuelo mío, entre esos artículos que me quedaban está uno de esos puñales de que le hablo.

—Permítame, señor, que le recuerde que tengo una cita —dijo el cirujano, con algo de irritación—. Limítese, por favor, a los detalles indispensables.

Ya verá usted que éste lo es. Mi esposa tuvo hoy un desmayo en la habitación en que guardo mi mercancía, y se cayó al suelo, cortándose el labio inferior con ese maldito puñal de los almohades.

—Comprendo —dijo Douglas Stone poniéndose en pie—. Lo que usted quiere es que le cure la herida.

—No, no; porque es algo peor que eso.

—¿De qué se trata, pues?

—De que esos puñales están envenenados.

—¡Envenenados!

—Sí, y no existe nadie hoy en Oriente ni en Occidente que sepa de qué clase de veneno se trata y con qué se cura. Conozco esos detalles porque mi padre se dedicó a este negocio antes que yo, y porque estas armas envenenadas nos han dado mucho trabajo.

—¿Cuáles son los síntomas?

—Sueño profundo, y la muerte antes de treinta horas.

—Y usted asegura que no existe cura posible. ¿Por qué razón entonces me paga una suma tan elevada?

—No hay droga que pueda curar al envenenado, pero sí puede curarlo el bisturí.

—¿De qué manera?

—El veneno es de absorción lenta. Permanece horas enteras en la misma herida.

—Según eso, podría limpiarse a fuerza de lavados.

—No, porque ocurre lo mismo que con las mordeduras de reptiles venenosos. El veneno es demasiado sutil y demasiado mortífero.

—Habrá que extirpar el órgano herido.

—Eso es; si la herida es en un dedo, se arranca el dedo. Es lo que decía siempre mi padre. Pero, piense usted en dónde está la herida en este caso y en que se trata de mi esposa. ¡Es horrible!

Pero, en asuntos tan dolorosos, el hallarse familiarizado con ellos puede embotar la simpatía de un hombre. Para Douglas Stone aquel caso era ya interesante, e hizo a un lado como cosa sin importancia las débiles objeciones del marido, diciendo con brusquedad:

—Por lo que se ve, no hay otra alternativa. Es preferible perder un labio a perder una vida.

—Sí, reconozco que eso que dice es cierto. Bien, bien, es el destino, y no hay más remedio que aceptarlo. Tengo abajo el coche, vendrá usted conmigo y realizará la operación.

Douglas Stone sacó de un cajón su estuche de bisturíes y se lo metió en el bolsillo, junto con un rollo de vendajes y un paquete de hilos. No había tiempo que perder si iba a visitar a lady Sannox. Así que se puso el gabán y dijo:

—Estoy dispuesto, si no quiere usted tomar un vaso de vino antes de salir a la fría temperatura de la noche.

El visitante retrocedió, levantando la mano en señal de protesta:

—Se olvida usted de que soy musulmán y fiel cumplidor de los preceptos del profeta. Sin embargo, quisiera que me dijese qué contiene la botella de cristal verde que se ha metido en el bolsillo.

—Es cloroformo.

—También su empleo nos está prohibido. Se trata de un líquido espirituoso y no podemos emplear semejantes productos.

—¡Cómo! ¿Consentirá que su esposa tenga que pasar por esta operación sin un anestésico?

—¡Oh, señor! Ella no se dará cuenta de nada, la pobre. Está sumida ya en un sueño profundo, que es lo primero que produce esa clase de veneno. Además, le hice tomar nuestro opio de Esmirna. Vamos, señor: ha transcurrido ya una hora.

Cuando salieron a la oscuridad de la calle, una ráfaga de lluvia azotó sus caras, y la lámpara del vestíbulo, que se bamboleaba colgada del brazo de una cariátide de mármol, se apagó de golpe. El ayuda de cámara, Pim, cerró la pesada puerta empujando con todas sus fuerzas para vencer la resistencia del

viento, mientras los dos hombres avanzaban con cuidado hasta la luz amarilla que indicaba el sitio donde esperaba el coche. Unos momentos después rodaban con estrépito hacia su punto de destino.

—¿Está lejos? —preguntó Douglas Stone.

—¡Oh, no! Vivimos en un lugar muy tranquilo próximo a Euston Road.

El cirujano oprimió el resorte de su reloj de repetición y escuchó los golpecitos que le anunciaban la hora. Eran las nueve y cuarto. Calculó las distancias y el poco tiempo que le llevaría una operación tan sencilla. A las diez tenía que estar en casa de lady Sannox. A través de las ventanas empañadas veía la danza de los borrosos faroles de gas que iban quedando atrás, y las ruedas del coche producían un blando siseo al pasar por un terreno de charcos y de barro. Frente por frente de Douglas Stone se vislumbraba débilmente en la oscuridad el turbante blanco de su cliente. El cirujano palpó dentro de sus bolsillos y dispuso sus agujas, ligaduras y pinzas, para no perder tiempo cuando llegasen. Rabiaba de impaciencia y tamborileaba en el suelo con el pie.

El coche fue por fin perdiendo velocidad y se detuvo. Douglas Stone se apeó en el acto, y el comerciante de Esmirna lo siguió pisándole los talones.

—Espere usted —le dijo al cochero.

Era una casa de aspecto ruin en una calle sórdida y estrecha. El cirujano, que conocía bien su Londres, echó una rápida ojeada en medio de la oscuridad, pero no observó nada característico: ni una tienda, ni movimiento alguno; nada, en fin, aparte de la doble fila de casas sin relieve alguno en sus fachadas, una doble acera de baldosas húmedas que brillaban a la luz de la lámpara y un doble y estrepitoso correr de agua por los canalillos para precipitarse entre remolinos y glogloteos por las rejillas de los sumideros. Se encontraron delante de una puerta descascarillada y descolorida, en la que la débil luz que salía por el abanico de la parte superior ponía de relieve el polvo y la suciedad de que estaba cubierta. En el piso superior brillaba una débil luz amarilla en una de las ventanas del dormitorio. El comerciante turco llamó con fuertes golpes. Cuando se volvió de cara a la luz, Douglas Stone pudo ver que su cara estaba contraída de ansiedad. Se descorrió un cerrojo y apareció en el umbral una mujer anciana con una velita, resguardando la débil llama con su mano sarmentosa.

—¿Sigue todo bien? —jadeó el mercader.

—La señora está tal como usted la dejó.

—¿No habló?

—No, duerme profundamente.

El comerciante cerró la puerta y Douglas Stone avanzó por el estrecho pasillo, mirando con sorpresa en torno a él. No había ni linóleo, ni esterilla, ni percha de sombreros. No vio otra cosa que gruesas capas de polvo y tupidas orlas de telarañas por todas partes. Sus firmes pisadas resonaban con fuerza por toda la casa en silencio, mientras subía detrás de la anciana por la tortuosa escalera. No había alfombra.

El dormitorio estaba en el segundo descansillo. Douglas Stone entró en él, siguiendo a la anciana, y seguido inmediatamente por el mercader. Allí, por lo menos, había muebles, incluso en exceso. En el suelo se veía un revoltillo, y en los rincones verdaderas pilas de vitrinas turcas, mesas incrustadas, cotas de malla, pipas de formas extrañas y armas grotescas. Por toda luz había en la pared una lámpara pequeña sostenida por una horquilla. Douglas Stone la descolgó, se abrió paso entre los trastos viejos y se acercó a una cama que había en un rincón. En ella estaba acostada una mujer vestida al estilo turco, con el *yashmak* y el velo. Sólo la parte inferior de la cara estaba al descubierto, y el cirujano vio un corte dentado que zigzagueaba por todo el borde del labio inferior.

—Ya comprenderá usted que esté tapada con el *yashmak*, sabiendo lo que los orientales pensamos acerca de las mujeres —dijo el turco.

Pero el cirujano no estaba pensando en el *yashmak*. Aquello no era una mujer para él, sino simplemente un caso. Se inclinó y examinó cuidadosamente la herida, y dijo:

—No existen señales de inflamación. Podríamos retrasar la operación hasta que se manifiesten los síntomas locales.

—¡Oh, señor, señor! —dijo el mercader—. No ande usted con nimiedades. Usted no sabe lo que es esto. Esa herida es mortal. Yo sí que lo sé, y le doy la seguridad de que es absolutamente indispensable operar. Sólo el bisturí puede salvarle la vida.

—Sin embargo, yo soy partidario de esperar —dijo Douglas Stone.

—¡Basta ya! —exclamó irritado el turco—. Cada minuto que pasa es de vital importancia, y no puedo permanecer aquí viendo cómo se va muriendo mi esposa. No me queda otra alternativa que darle las gracias por haber venido y salir en busca de otro cirujano antes de que sea demasiado tarde.

Douglas Stone vaciló. No era agradable tener que devolver las cien libras, pero si abandonaba el caso tendría que hacerlo. Y si el turco estaba en lo cierto y la mujer fallecía, la posición de Douglas Stone delante del juez de investigación podía resultar embarazosa.

—De modo que usted sabe por experiencia personal cuáles son los efectos de este veneno —le preguntó.

—Lo sé.

—Y me asegura que la operación es indispensable.

—Lo juro por todo cuanto es sagrado para mí.

—La cara quedará espantosamente desfigurada.

Ya comprendo que la boca no quedará como para besarla con agrado.

Douglas Stone se volvió indignado hacia aquel hombre. Su manera de hablar era brutal. Pero los turcos hablan y piensan a su propia manera, y no era aquél un momento para discutir. Douglas Stone sacó un bisturí del estuche, lo abrió y tanteó con el dedo índice su agudo filo. Acto seguido acercó más la lámpara a la cama. Por la rendija del *yashmak* le miraban con fijeza dos ojos negros. Eran todo iris, y apenas distinguía la pupila.

—Le ha dado usted una dosis de opio muy fuerte.

—Sí, ha sido bastante buena.

El cirujano volvió a contemplar los ojos negros que le miraban fijamente. Estaban apagados y sin brillo, pero pudo advertir que aparecía en ellos una lucecita de vida, y que le temblaban los labios.

—Esta mujer no está en absoluto en estado de inconsciencia —dijo el cirujano.

—¿Y no será preferible emplear el bisturí mientras está insensible?

Ese mismo pensamiento había cruzado por el cerebro del cirujano. Sujetó el labio herido con su fórceps, y dando dos rápidos cortes se llevó una ancha tira de carne en forma de V. La mujer saltó en la cama con un alarido espantoso y glogloteante. Douglas Stone conocía aquella cara. Era una cara que reconocía, a pesar del labio superior saliente y de la sangre que le manaba. La mujer siguió gritando y se llevó la mano a la herida sangrante. Douglas Stone se sentó al pie de la cama con su bisturí y sus fórceps. La habitación giraba a su alrededor, y había sentido que detrás de las orejas se le desgarraba algo como una cicatriz. Quien hubiese estado mirando habría dicho que de las dos caras era la suya la más espantosa. Como si estuviese inmerso en una pesadilla, o como si hubiese estado contemplando un fragmento de una representación, tuvo conciencia de que la cabellera y la barba del turco estaban encima de la mesa, y de que lord Sannox se apoyaba en la pared apretándose el costado con la mano y riendo silenciosamente. Los alaridos habían dejado de oírse, y la horrible cabeza había vuelto a caer encima de la almohada, pero Douglas Stone seguía sentado e inmóvil, mientras lord Sannox gorgoteaba tranquilamente, riéndose para sí mismo.

—La verdad es —dijo por fin— que esta operación era realmente indispensable para Mary; no físicamente, pero sí moralmente. Entiéndame bien, moralmente.

Douglas Stone se inclinó hacia delante y empezó a juguetear con el fleco de la colcha de la cama. Su bisturí tintineó en el suelo al caer, pero el cirujano seguía sosteniendo sus fórceps y algo más. Lord Sannox dijo con untuosidad:

—Desde hace mucho tiempo tenía el propósito de darle una pequeña lección. Su carta del miércoles se extravió, y la tengo aquí en mi cartera. Me costó bastante trabajo la puesta en práctica de mi idea. La herida, dicho sea de paso, no tenía más peligrosidad que la que puede producirle mi anillo de sello.

Miró intensamente a su silencioso acompañante y levantó el percutor de un revólver pequeño que guardaba en el bolsillo de la chaqueta. Pero Douglas Stone seguía jugueteando con la colcha. Entonces le dijo:

—Ya ve usted que, después de todo, he acudido a la cita.

Al oír aquello Douglas Stone rompió a reír. Fue la suya una risa larga y ruidosa. Quien no se reía ahora era lord Sannox. Sus facciones se aguzaron y cuajaron con una expresión parecida a la del miedo. Se dirigió hacia la puerta y salió de puntillas. La anciana esperaba fuera.

—Atienda a su señora cuando se despierte —le dijo lord Sannox.

Luego bajó las escaleras y salió a la calle. El coche esperaba a la puerta y el cochero se llevó la mano al sombrero. Lord Sannox le dijo:

—Juan, ante todo llevarás al doctor a su casa. Creo que habrá que ayudarle a bajar las escaleras. Dile a su ayuda de cámara que se ha puesto enfermo durante una operación.

—Muy bien, señor.

—Después llevarás a lady Sannox a casa.

—¿Y a usted, señor?

—Verás. Durante los próximos meses me hospedaré en el Hotel di Roma, en Venecia. Cuida de que me sea enviada la correspondencia, y dile a Stevens que el lunes próximo exhiba todos los crisantemos de color púrpura, y que me telegrafíe el resultado.

EL PARÁSITO[18]

24 DE MARZO

Ha llegado la plenitud de la primavera; el gran nogal que se yergue ante la ventana de mi laboratorio está repleto de yemas gruesas, viscosas, pegajosas; de algunas de ellas, ya desgarradas, emergen pequeños tallos verdes.

Se siente, al pasear por los senderos, operar en todas partes las rebosantes fuerzas silenciosas de la naturaleza.

La tierra húmeda emana aromas de frutos jugosos y en todos lados brotan ramitas nuevas, tensadas por la savia que las hincha; y la brumosa y pesada atmósfera inglesa tiene un cierto perfume resinoso.

Brotes sobre los sotos; bajo ellos, ovejas; en todas partes actúa la labor de la reproducción.

Ahí fuera, lo veo perfectamente; aquí dentro, lo siento en mí.

También nosotros tenemos nuestra primavera: las arterias se dilatan, la linfa fluye rebosante, las glándulas laten y filtran con energía.

La naturaleza repara cada año el mecanismo en su conjunto.

Ahora mismo siento bullir la sangre. Podría bailar como un moscardón en los lozanos rayos que el sol poniente envía a través de mi ventana.

Y, desde luego, lo haría si no fuera por el temor de que Charles Sadler subiera la escalera de cuatro en cuatro peldaños para ver qué ocurre.

Además, debo recordar que soy el profesor Gilroy.

Un profesor viejo puede permitirse el lujo de actuar según sus impulsos; pero, si la suerte ha decidido otorgar una de las cátedras más importantes de la Universidad a un hombre de cuarenta y tres años, éste ha de andar con cuidado para conservar su puesto.

¡Qué tipo, ese Wilson! Si yo pudiera aplicar a la fisiología todo el entusiasmo que él pone en la psicología, me convertiría al menos en un igual de Claude Bernard. Todo en él, vida, alma, energía, todo apunta hacia un solo objetivo. Cuando se duerme, lo hace reflexionando sobre los resultados que ha obtenido durante el día, y cuando se despierta, lo primero que hace es fraguar un plan para el día que empieza.

Sin embargo, fuera del pequeño círculo de sus amistades tiene escasa notoriedad.

La fisiología es una ciencia reconocida; si añado un ladrillo al edificio, todo el mundo se da cuenta, y aplaude.

Wilson, en cambio, se mata excavando los cimientos de una ciencia futura. Su trabajo es enteramente subterráneo y no despierta tanto interés.

Pese a todo, él sigue adelante, sin quejas. Mantiene correspondencia con un centenar de personajes medio locos, y con la esperanza de encontrar un dato indiscutible, tiene que cribar un centenar de patrañas entre las cuales la suerte puede permitirle descubrir una brizna de verdad.

Colecciona libros viejos. Los nuevos, los devora.

Lleva a cabo experimentos, da conferencias. Trata de provocar en los demás la fuerte pasión que le devora a él.

Yo me siento lleno de sorpresa y admiración cuando pienso en él; sin embargo, cuando me pide que colabore en sus investigaciones, tengo que decirle que, en su estado actual, éstas ofrecen escasos atractivos para un hombre entregado a las ciencias exactas.

Si Wilson pudiera mostrarme algo positivo y objetivo, tal vez me dejara tentar, y estudiaría el tema desde el ángulo de la fisiología. Pero mientras la mitad de sus adeptos estén tachados de charlatanes, y la otra mitad de histéricos, nosotros, los fisiólogos, tendremos que atenernos a lo corporal y dejar las cuestiones del alma a nuestros descendientes.

Soy un materialista, no cabe duda.

Agatha dice incluso que soy espantosamente materialista.

Yo le contesto que ése es un estupendo motivo para acelerar nuestra boda, ya que tengo tan apremiante necesidad de su espiritualidad.

Puedo, sin embargo, declarar que soy un caso curioso de la influencia que ejerce la educación sobre el carácter, ya que, dejando a un lado las ilusiones, soy por naturaleza un hombre esencialmente psíquico.

De muchacho era nervioso, sensible, presa de los sueños, del sonambulismo; rebosaba de impresiones e intuiciones.

Mi cabello negro, mis ojos oscuros, mi cara flaca y olivácea, mis dedos afilados, expresan mi temperamento y proporcionan a entendidos como Wilson motivos para considerarme como uno de los suyos.

Pero toda mi mente está embebida de ciencia exacta. Me he entrenado asiduamente para no admitir más que hechos, hechos probados. La conjetura, la imaginación, no tienen cabida en el marco de mi pensamiento.

Que me den una cosa que yo pueda ver en el microscopio, diseccionar con el escalpelo, y consagraré mi vida a su estudio. Pero si me piden que adopte como objetos de estudio los sentimientos, las impresiones o las sensaciones, me estarán pidiendo que me dedique a una tarea antipática e incluso desmoralizadora.

Un desvío de la pura razón me molesta como un hedor o una música discordante.

Es ésta una razón más que suficiente para entender mi poco entusiasmo por la visita que he de hacer esta noche al profesor Wilson.

Me doy cuenta, sin embargo, de que no podría eludir la invitación sin pecar de descortesía; pero, como también van a estar presentes la señora Marden y Agatha, tengo que ir aunque pudiera excusarme.

Pero preferiría encontrarme con ellas en otra parte; en cualquier otra parte.

Sé que Wilson me atraería, si pudiera, hacia esa brumosa pseudociencia a la que se dedica.

Su entusiasmo lo hace inaccesible tanto a las indirectas como a las reprimendas.

Se necesitaría ni más ni menos que una pelea abierta para hacerle comprender hasta qué punto me repugna todo este asunto.

Tengo la total seguridad de que Wilson cuenta con algún nuevo mesmerista, o clarividente, o médium; algún farsante que desea mostrarnos, ya que hasta en sus ratos de ocio se dedica a su manía predilecta.

¡Bueno! ¡Al menos Agatha se divertirá!

Estas cosas le atraen; las mujeres suelen interesarse por todo lo que es nebuloso, misterioso, indefinido.

10 DE LA NOCHE

Esta costumbre mía de escribir un diario se deriva, en mi opinión, de esa inclinación científica de mi mente que esta misma mañana anotaba aquí.

Me gusta tomar nota de las impresiones mientras permanecen frescas.

Trato de definir mi estado mental por lo menos una vez al día.

Es un hábito útil para el propio análisis; supongo que contribuye a la firmeza del carácter.

Debo confesar con franqueza que mi carácter necesita, y mucho, que haga todo lo posible para darle firmeza. Tengo miedo de que, a pesar de todo, mi temperamento neurótico pueda prevalecer, llevándome lejos de esa precisión fría y tranquila que caracteriza a Murdoch o a Pratt-Haldane.

De no ser así, ¿acaso las cosas estrafalarias que he presenciado esta noche me habrían desquiciado los nervios hasta el punto de dejarme tan completamente turbado?

Lo único que me alivia es que ni Wilson, ni la señorita Penelosa, ni siquiera Agatha, han sospechado mi debilidad ni siquiera por un instante.

¿Qué cosa en este mundo es la que ha podido conmocionarme? Nada, o tan poca cosa que, cuando escribo, el asunto me parece ridículo.

Las Marden habían llegado a casa de Wilson antes que yo. En realidad, fui de los últimos en llegar, y me encontré con la habitación ya atestada de gente.

Apenas había tenido tiempo de cruzar unas pocas palabras con la señora Marden y con Agatha, que estaba encantadora con su vestido blanco y rojo y con el cabello salpicado de espigas relucientes, cuando Wilson me tiró de la manga.

—Usted quiere presenciar algo positivo, Gilroy —me dijo, llevándome a un rincón—. ¡Pues bien, querido amigo! ¡Tengo un fenómeno, un auténtico fenómeno!

Mayor impresión me habría causado si no se lo hubiera oído decir ya otras veces. Su espíritu entusiasta está siempre dispuesto a transformar una luciérnaga en una estrella.

—Esta vez no cabe ninguna duda en cuanto a la buena fe —me dijo, quizá para contrarrestar algún centelleo de divertida ironía en mis ojos—. Mi mujer la conoce desde hace muchos años. Ambas son de Trinidad, ¿sabe? Sólo hace uno o dos meses que la señorita Penelosa está en Inglaterra, y no conoce a nadie fuera del ambiente universitario; pero le aseguro que lo que nos ha dicho basta y sobra para dejar sentada su clarividencia, sobre bases absolutamente científicas. No hay nada que se le asemeje, ni entre los aficionados ni entre los profesionales. Venga, se la presentaré.

Me desagradan los traficantes de misterios, pero, entre ellos, me desagradan especialmente los aficionados.

Cuando uno se enfrenta a un engañabobos a sueldo, puede al menos saltarle encima y desenmascararlo en cuanto ha descubierto cuál es su truco. Él está ahí para engañarle a uno, y uno está ahí para ponerle en evidencia. Pero ¿qué se puede hacer cuando se tiene delante a una amiga de la mujer del anfitrión? ¿Encender las luces de repente para que se la vea tocando un banjo misterioso? ¿Tirarle cochinilla en el traje de noche mientras camina sigilosamente entre los reunidos llevando un frasco fosforescente y soltando sus majaderías de ultratumba? Se montaría un escándalo, y le mirarían a uno

como a un gamberro. Ésa es la alternativa: ser un gamberro, o dejarse tomar el pelo.

No me sentía, pues, de muy buen humor cuando Wilson me condujo hasta la dama.

Es difícil imaginar nada que haga pensar menos en las Indias Orientales que aquella mujer. Era un ser pequeño y frágil, que, según parece, había dejado atrás los cuarenta; su cara era flaca y afilada, y su cabello de color castaño claro.

Todo su aspecto era insignificante; sus maneras, reservadas.

Tomando al azar un grupo de diez mujeres, ella sería sin duda alguna la última que un hombre elegiría.

Quizá lo más notable en ella fueran sus ojos. Añadiré que sus ojos no eran la parte más agradable de su fisonomía.

Los tenía grises, tirando hacia el verde, y su expresión dejó en mí, en definitiva, la sensación de una mirada burlona… Burlona… ¿Es ésa la palabra adecuada? ¿No debería decir mejor cruel? No; pensándolo bien, la palabra que mejor expresaría mi idea es «felina».

Una muleta apoyada en la pared me informó de algo que, cuando se levantó, era penoso de ver: cojeaba acentuadamente de una pierna.

Así pues, fui presentado a la señorita Penelosa. Pude observar que, al oír mi nombre, miró de refilón a Agatha. Estaba claro que Wilson le había dicho algo.

«Dentro de poco —me dije—, va a contarme que sabe, por medios ocultos, que estoy prometido a una joven con espigas de trigo en el cabello».

Me pregunté si Wilson no le habría contado muchas más cosas de mí.

—El profesor Gilroy es un escéptico temible —dijo Wilson—. Espero, señorita Penelosa, que sea usted capaz de convertirle.

Ella me miró atentamente.

—El profesor Gilroy tiene mucha razón al ser escéptico si no ha presenciado nada capaz de convencerle —dijo ella—. Yo habría dicho —añadió, volviéndose hacia mí— que usted mismo podría ser un excelente sujeto.

—¿Sujeto para qué, si puedo preguntárselo?

—¡Oh, bueno! Para el mesmerismo, por ejemplo.

—La experiencia me ha demostrado que los mesmeristas toman por sujetos a personas cuya mente no está sana. Todos sus resultados están falseados, en mi opinión, por este hecho: tratan con organismos anormales.

—¿Cuál de estas damas, según usted, tiene un organismo normal? —me preguntó—. Quisiera que usted mismo eligiera a alguien que en su opinión tenga la mente perfectamente equilibrada. ¿Quiere, por ejemplo, que tomemos a la muchacha del vestido rojo y blanco? ¿La señorita Agatha Marden? Así se llama, ¿no es cierto?

—Sí, me parecerían de cierta relevancia los resultados que se obtuvieran en base a ella.

—No he podido probar hasta qué punto la señorita Marden es impresionable. Ciertas personas, claro está, responden mucho más rápido que otras. ¿Me permite preguntarle hasta dónde alcanza su escepticismo? ¿Imagino que admite usted el sueño hipnótico y el poder de la sugestión?

—No admito nada, señorita Penelosa.

—¡Oh! ¡Dios mío, pensaba que la ciencia estaba más avanzada! Claro que yo no sé nada de la faceta científica del tema. Solamente conozco lo que soy capaz de hacer. Mire, por ejemplo, a aquella joven del vestido rojo, allá, junto al jarrón japonés. Voy a intentar que se acerque a usted.

Tras decir esto, se inclinó y dejó caer su abanico. La joven en cuestión dio media vuelta y vino directamente hacia nosotros, con aire sorprendido, como si alguien la hubiera llamado.

—¿Qué me dice de esto, Gilroy? —exclamó Wilson, en una especie de éxtasis.

No me atreví a decirle lo que opinaba. Para mí era la impostura más abierta y descarada que jamás hubiese visto. La señal y la respuesta habían sido, realmente, demasiado evidentes.

—El profesor Gilroy no está convencido —dijo la señorita Penelosa, mirándome fijamente con sus extraños ojillos—. Mi abanico se llevará todo el honor de este experimento. ¡Bueno, pues probemos otra cosa! Señorita Marden, ¿tendría usted algún inconveniente en que la durmiese?

—¡Oh, no! Me parece muy bien —exclamó Agatha.

Todos los presentes se habían agrupado en torno a nosotros, los hombres con sus pecheras blancas, las mujeres con sus blancos escotes; unos estaban fascinados, otros alerta, como ante una escena que tuviera algo de ceremonia religiosa y algo de representación de magia.

Habían llevado hasta el centro de la habitación un sofá de terciopelo rojo. Agatha se había tendido en él, un tanto turbada y levemente temblorosa ante el experimento, según yo podía ver por el estremecimiento de las espigas de trigo.

La señorita Penelosa se levantó de su silla y, apoyada en su muleta, se inclinó sobre Agatha.

Y en aquella mujer se produjo un cambio.

Parecía haber rejuvenecido veinte años.

Le brillaban los ojos, un leve toque de frescor se había extendido en sus pálidas mejillas, y toda ella parecía dilatada.

Del mismo modo he visto cómo un muchacho de aire abatido y abstraído adquiere un aspecto enérgico y vivaz en el momento en que se le encomienda una tarea en la que debe emplear todas sus fuerzas.

Aquella mujer miraba a Agatha con una expresión que me hirió en lo más hondo. Era la mirada que hubiera arrojado una emperatriz romana a una esclava arrodillada delante de ella.

Luego, con un ademán imperativo y enérgico, alzó los brazos y los agitó lentamente, haciéndolos bajar hacia Agatha.

Yo observaba a Agatha atentamente.

Durante los tres primeros pases pareció simplemente divertida.

Al cuarto pase pude ver que sus ojos se nublaban ligeramente y que sus pupilas se dilataban un poco.

Al sexto pase hubo un asomo de rigidez.

Al séptimo empezaron a caérsele los párpados.

Al décimo se le cerraron los ojos. Su respiración se hizo más lenta y más honda que de costumbre.

Yo, mientras miraba, intentaba conservar mi serenidad científica, pero me sentía conmovido por una fortísima inquietud.

Me parece que logré disimularla, pero me sentía como un niño en la oscuridad. Jamás me habría creído asequible a semejante debilidad.

—Está en pleno trance —dijo la señorita Penelosa.

—Está durmiendo —exclamé.

—¡Bien! ¡Despiértela entonces!

La tiré del brazo; le grité al oído. Ni muerta habría hecho menos caso a mis llamadas.

Allí estaba su cuerpo, en el sofá de terciopelo.

Su organismo estaba intacto. Los pulmones y el corazón funcionaban. Pero ¿y su alma? Se había evadido lejos de nuestro alcance. ¿Qué había pasado con su alma? ¿Qué fuerza había despojado de ella a Agatha?

Me sentía sorprendido, desconcertado.

—Ahí tenemos el sueño mesmérico —dijo la señorita Penelosa—. En cuanto a la sugestión, la señorita Marden hará indefectiblemente cualquier

cosa que le pueda sugerir, ya sea ahora, ya después de que despierte. ¿Quiere usted una prueba?

—Desde luego —dije.

—La tendrá.

Vi cruzar por su rostro una sombra de sonrisa, como si se le hubiera ocurrido alguna idea divertida. Se inclinó sobre Agatha, y le murmuró unas palabras al oído. Agatha, que se había mostrado absolutamente sorda a mis llamadas, asintió con la cabeza a lo que la señorita Penelosa le decía.

—Despierte —gritó la señorita Penelosa, dando un fuerte golpe en el suelo con su muleta.

Los párpados de Agatha se abrieron, fue desapareciendo la vidriosidad de sus ojos, y su alma se asomó en ellos, como reapareciendo después de su extraño eclipse.

Nos marchamos temprano.

Agatha no se sentía mal en absoluto tras su extraño paseo; pero, lo que es yo, estaba nervioso y descentrado; no me sentía en condiciones de oír los comentarios que Wilson me dirigía torrencialmente, ni en estado de responder a ellos.

Al despedirme de la señorita Penelosa, ésta me deslizó un papel en la mano.

—Sabrá usted disculparme —me dijo— por tomar mis medidas para vencer su escepticismo. Abra esta carta mañana a las diez. Se trata de un pequeño control personal.

No tengo ni idea de qué quería decir con esto, pero aquí tengo su nota y la abriré mañana a la hora indicada por ella.

Me duele mucho la cabeza. Ya he escrito bastante por esta noche.

Estoy convencido de que todo lo que ahora parece inexplicable tendrá mañana otro aspecto. Mis convicciones no se rendirán sin haberse defendido.

25 DE MARZO

Estoy anonadado, estupefacto. Desde luego, he de someter a nuevo examen mi opinión sobre el tema.

Pero anotaré primero lo sucedido.

Había terminado de desayunar, y estaba examinando unos diagramas con los que quería dar mayor claridad a mi lección, cuando mi ama de llaves vino a decirme que Agatha estaba en mi gabinete y deseaba verme.

Cuando entré en la habitación, Agatha estaba de pie sobre la alfombrilla, delante de la chimenea, encarada conmigo. Había en su actitud no sé qué,

algo que me dejó helado y que detuvo mis palabras en la garganta. Llevaba el velo medio echado, pero me di cuenta de que estaba pálida; su aire era tenso.

—Austin —me dijo—, he venido a decirte que nuestro compromiso queda roto.

Me tambaleé; sí, creo que realmente me tambaleé. De cualquier modo, lo seguro es que tuve que apoyarme en un estante para mantenerme en pie.

Pero… Pero… —balbuceé— Agatha… Esa decisión tan repentina…

Sí, Austin. He venido a decirte que nuestro compromiso queda roto.

—¡Pero me darás algún motivo! —grité—. Esto no es propio de ti, Agatha. Dime en qué cosa he tenido la desgracia de ofenderte.

—Todo ha terminado, Austin.

—Pero ¿por qué, Agatha? Sin duda eres víctima de algún engaño, Agatha. Puede que te hayan contado alguna mentira sobre mí, o quizá has interpretado mal algo que te he dicho. Dime de qué se trata, porque una sola palabra bastará para arreglarlo.

—Hemos de considerar terminado nuestro noviazgo.

—Pero si anoche, cuando nos separamos, no había entre nosotros ni sombra de malos entendidos… ¿Qué ha ocurrido desde entonces para que hayas cambiado de este modo? Tiene que ser algo ocurrido anoche. Has pensado en ello y has desaprobado mi modo de proceder. ¿Fue lo del mesmerismo? ¿Me censuras por haber permitido que aquella mujer te sometiera a su poder? Sabes que habría intervenido al menor indicio…

—Todo es inútil, Austin. Se acabó.

Su voz era rítmica y sin acento, y en su actitud había no sé qué rígido y duro. Me parecía que estaba absolutamente decidida a no admitir ninguna discusión, ninguna explicación.

En cuanto a mí, temblaba de agitación. Me volví hacia un lado; me avergonzaba mostrarme ante ella tan poco dueño de mí mismo.

—Ya sabes lo que esto significa para mí —exclamé—. La ruina de mi vida. No puedes infligirme un castigo así sin haberme escuchado. Tienes que revelarme de qué se trata. Piensa en hasta qué punto sería imposible que yo te tratara de este modo, fueran cuales fueran las circunstancias. ¡Agatha, por amor de Dios! Dime qué he hecho.

Pasó junto a mí sin decir palabra y abrió la puerta.

—Es completamente inútil, Austin —me dijo—. Tienes que considerar roto nuestro compromiso.

Al cabo de un instante se había ido y, antes de que me hubiera recobrado lo suficiente para seguirla, oí que la puerta de entrada se cerraba tras ella.

Me abalancé a mi habitación para vestirme. Pensaba ir a casa de la señora Marden y preguntarle cuál podía ser el motivo de mi desgracia.

Estaba tan nervioso que me costó abrocharme los botines. Nunca olvidaré aquellos horribles diez minutos.

Acababa de ponerme el abrigo cuando el reloj de péndulo de encima de la chimenea dio las diez.

¡Las diez! Asocié esa hora con la nota de la señorita Penelosa.

La nota estaba precisamente sobre mi mesa. La abrí apresuradamente. Estaba escrita a lápiz, con unos trazos notables por su angulosidad. Éste era su texto:

> Apreciado profesor Gilroy:
>
> Disculpe el carácter personal del procedimiento de control que le presento.
>
> El profesor Wilson me ha hablado incidentalmente de las relaciones entre usted y mi sujeto de esta noche, y me ha parecido que nada podría resultar más convincente que sugerir a la señorita Marden que vaya a visitarle a usted mañana por la mañana, a las nueve y media, para romper su compromiso con usted, durante cosa de media hora.
>
> La ciencia es tan exigente que resulta difícil ofrecer un control satisfactorio, pero estoy segura de que tal control le será proporcionado por el acto que, sin duda, sería el último que se le ocurriría llevar a cabo a la señorita Marden por su propia voluntad.
>
> Sea lo que sea lo que le diga, olvídelo, porque ella no interviene en absoluto, y esté seguro de que no recordará nada.
>
> Escribo esta nota para abreviar su rato de angustia y pedirle perdón por el sufrimiento pasajero que le habrá causado mi sugestión.

Y, desde luego, después de leer aquella nota me sentí demasiado aliviado para enfurecerme.

Había sido una libertad excesiva, sin duda; aquello demostraba un gran descaro, tratándose de una dama a la que acababa de conocer. Pero, al fin y al cabo, yo la había provocado con mi escepticismo.

Era realmente difícil, como ella decía, imaginar un medio de control que pudiera satisfacerme.

Y había empleado aquél.

No era posible objetar nada en ese punto. La sugestión hipnótica se había convertido para mí en un hecho definitivamente establecido.

Parecía indudable que Agatha, la persona más equilibrada entre todas las que conozco del sexo femenino, había sido reducida a la condición de autómata.

Una persona, a gran distancia, la había hecho moverse, del mismo modo que un ingeniero dirige desde la costa un torpedo Brennan.

Una segunda alma se había introducido en ella, expulsando la suya propia, y se había apoderado de su sistema nervioso, diciendo: «Quiero disponer de ti durante media hora».

Agatha, sin duda, había actuado inconscientemente desde que vino a verme hasta que se marchó.

¿Había podido andar por las calles sin peligro, en semejante estado?

Me puse el sombrero y salí apresuradamente para asegurarme de que no le había ocurrido nada.

Sí, estaba en su casa.

Me hicieron pasar a la sala, y allí la encontré, con un libro en el regazo.

—Empiezas las visitas muy temprano, Austin —me dijo, sonriendo.

—Tú has sido aún más madrugadora —le contesté.

Pareció intrigada.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó.

—¿No has salido hoy?

—No; desde luego, no.

—Agatha —dije, en tono serio—, ¿te importaría contarme exactamente todo lo que has hecho esta mañana?

Se rió de mi seriedad.

—Austin —me dijo—, hoy te has puesto tu aire profesional. ¡Esto es lo que comporta ser la novia de un científico! Pero voy a contártelo, de todos modos; aunque no logro imaginar qué interés puede tener esto para ti. Me he levantado a las ocho. He desayunado a las ocho y media. He venido a esta habitación a las nueve y diez y me he puesto a leer las *Mémoires* de Mme. de Rémusat; y, al cabo de unos pocos minutos, he incurrido con esta dama francesa en la descortesía de quedarme dormida sobre su libro; y a vos, caballero, os he otorgado la cortesía de soñar con vos, lo cual es de lo más halagador. Hace sólo unos minutos que me he despertado.

—Y al despertar, ¿estabas exactamente en el mismo sitio?

—Pero ¿cómo habría podido estar en otra parte?

—¿Te molestaría, Agatha, contarme lo que has soñado sobre mí? Te aseguro que no te lo pregunto por simple curiosidad.

—Sólo he tenido la vaga impresión de que aparecías en mi sueño. No recuerdo nada preciso.

—Si hoy no has salido, Agatha, ¿cómo es que tienes polvo en los zapatos?

Pareció molestarse.

—Austin, la verdad es que no sé qué te pasa esta mañana. Casi diría que dudas de lo que digo. Si mis zapatos tienen polvo, será seguramente porque me habré puesto un par que no ha sido limpiado por la criada.

Era a todas luces evidente que no sabía nada de nada; y me dije que, a fin de cuentas, quizá lo mejor sería dejarla en su ignorancia. Si la sacaba de ella, quizá Agatha se asustaría, y eso no podría conducir a nada bueno. De manera que, sin hablar del asunto, me despedí al cabo de poco rato para ir a dar mi clase.

Pero estoy profundamente impresionado.

Mi horizonte, en cuanto a las posibilidades científicas, se ha ensanchado de repente de un modo enorme.

Ya no me sorprenden la energía y el diabólico entusiasmo de Wilson. ¿Quién no trabajaría con un empeño invencible, percibiendo al alcance de la mano un ancho territorio virgen?

Sí; recuerdo que, viendo cómo un nucleolo adoptaba una forma nueva, o percibiendo un detalle nimio en una fibra muscular estriada vista a un aumento de trescientos diámetros, me sentía entusiasmado.

¡Qué míseras son esas investigaciones comparadas con aquellas que abordan las raíces mismas de la vida, la naturaleza del alma!

Siempre había considerado el espíritu como producto de la materia; el cerebro, según pensaba, segregaba la inteligencia, del mismo modo que el hígado segrega la bilis.

Pero ahora, ¿cómo dar esto por cierto, después de ver cómo el espíritu actúa a distancia, operando sobre la materia como un músico sobre su violín?

Si es así, el cuerpo no hace nacer el alma; es más bien el tosco instrumento mediante el cual se manifiesta el espíritu.

El molino de viento no genera el viento: no hace más que ponerlo de manifiesto.

Aquello estaba en contradicción con todos mis hábitos de pensamiento. Sin embargo, era posible, era sin ninguna duda posible; y merecía la pena

estudiar el tema a fondo. ¿Por qué no estudiarlo?

Leo, con lecha de ayer, estas palabras:

«Si Wilson pudiera mostrarme algo positivo y objetivo, puede que me dejara tentar, y estudiaría el tema desde el ángulo de la fisiología».

¡Pues bien! Ahora sí tengo ese medio de control. Me atendré a lo dicho. La investigación tendrá, estoy seguro, un enorme interés.

Algunos de mis colegas no verían la cosa con buenos ojos: la ciencia está repleta de prejuicios. Pero si a Wilson le dan valor sus convicciones, también yo puedo permitirme el lujo de ser valeroso.

Iré a visitarle mañana por la mañana. A él y a la señorita Penelosa.

Si ha podido mostrarnos tantas cosas, probablemente podrá mostrarnos todavía más.

26 DE MARZO

Tal como suponía, Wilson está entusiasmado por mi conversión; y, bajo la reticencia de la señorita Penelosa, se adivinaba el placer de haber triunfado con su experimento.

Es extraña esta mujer; silenciosa e incolora, salvo cuando hace uso de su poder.

Sólo hablando, ya adquiere color, y se anima.

Se diría que se interesa por mí de un modo muy especial. No he podido dejar de observar que me sigue con la mirada por toda la habitación.

Hemos tenido una conversación muy interesante sobre su poder.

No es más que justicia tomar nota de su punto de vista, aunque, claro está, no puedo atribuirle ninguna validez científica.

—Se encuentra usted en el borde mismo del tema —me dijo cuando le hube manifestado mi sorpresa ante el extraordinario fenómeno de sugestión que me había mostrado—. Yo no tenía ninguna influencia directa sobre la señorita Marden cuando fue a verle a usted; ayer por la mañana ni siquiera pensaba en ella. Lo que hice se redujo a regular su espíritu, del mismo modo que regularía el carillón de un reloj para que sonara a la hora deseada. Si la sugestión se hubiera dispuesto para seis meses en vez de doce horas, todo habría ocurrido del mismo modo.

—¿Y si la sugestión hubiera sido asesinarme?

—Lo habría hecho, indefectiblemente.

—¡Pero ese poder es terrible! —exclamé.

—Es un poder terrible, como usted dice —contestó gravemente; y, cuanto mejor lo conozca, tanto más terrible le parecerá.

—¿Puedo preguntarle —dije— qué quería usted significar exactamente al decir que este asunto de la sugestión no está más que al borde del problema? ¿Qué es lo que considera usted esencial?

—Preferiría no decírselo.

Me chocó la fuerza encerrada en su respuesta.

—Como comprenderá —dije—, no pregunto esto por curiosidad, sino con la esperanza de encontrar alguna explicación científica a los hechos que usted me proporciona.

—Le confieso francamente, profesor Gilroy —dijo ella—, que la ciencia no me interesa en absoluto, y que no me importa en lo más mínimo que la ciencia pueda o no pueda clasificar estas facultades.

—Pero yo esperaba…

—¡Oh! Esto es otro asunto. Si me lo presenta como una cuestión personal —me dijo con su sonrisa más amable—, estaré realmente encantada de decirle todo lo que desee saber. Veamos, ¿qué me había preguntado? ¡Ah, sí! Sobre otros poderes. El profesor Wilson no admite creer en ellos, pero no por eso dejan de ser ciertos. Por ejemplo: el operante puede conseguir un dominio absoluto sobre su sujeto, siempre que el sujeto sea receptivo. Puede hacerle actuar como desee, sin que haya habido ninguna sugerencia previa.

—¿Contra la voluntad del sujeto?

—Depende. Si la fuerza se aplicara enérgicamente, el sujeto no se enteraría de nada, como la señorita Marden cuando fue a visitarle y le dio aquel susto. Si la influencia fuera menos poderosa, el sujeto podría saber lo que hace, pero sin ser capaz de dejar de hacerlo.

—Entonces, ¿habría perdido su voluntad?

—Su voluntad estaría dominada por otra más fuerte.

—¿Ha ejercido usted esta facultad?

—Varias veces.

—Su voluntad es, pues, muy fuerte.

—Sí, pero no es ésta la única condición necesaria. Muchos tienen una voluntad fuerte, pero no pueden proyectarla fuera de sí mismos. Lo esencial es poseer el don de proyectarla sobre otra persona, y de sustituir su voluntad con la propia. He podido observar que esta facultad, en mi caso, varía según mi salud y mis energías.

En suma: usted envía su alma al cuerpo de otra persona.

Puede expresarlo de este modo.

—Y su propio cuerpo, ¿qué hace entonces?

—Simplemente queda en una especie de letargo.

—Pero ¿esto no representa ningún peligro para su salud?

—Quizá podría haber algún peligro. Hay que estar muy atento a no dejar que la propia conciencia escape por completo, porque entonces podría haber alguna dificultad en volver al propio yo. Por decirlo de algún modo, hay que conservar siempre la conexión. Temo que me expreso con términos incorrectos, profesor Gilroy, pero no sé cómo dar a estos hechos un aspecto científico. Lo que le cuento son cosas experimentadas por mí, y las explico a mi modo.

¡Vaya! Ahora que releo todo esto con tranquilidad me sorprendo a mí mismo.

¿Es éste el mismo Austin Gilroy que ha conquistado un puesto de primera fila gracias a la implacable firmeza de su razonamiento, y a su fidelidad al hecho establecido?

Me veo ahora dedicado a anotar seriamente los parloteos de una mujer que me dice que puede proyectar su alma fuera de su cuerpo, y que, mientras permanece en estado letárgico, está en condiciones de dirigir a distancia actos ajenos.

¿Puedo admitir esto? Claro que no. Tendré que demostrarlo, demostrarlo indiscutiblemente antes de ceder una pulgada. De todos modos, aunque siga siendo un escéptico, he dejado de lado la burla.

Esta noche tendremos una sesión. La señorita Penelosa tratará de producir en mí algún efecto mesmérico.

Si lo consigue, será un magnífico punto de partida para mis investigaciones. Sea como sea, nadie podrá acusarme de complicidad. Si no consigue nada conmigo, intentaremos encontrar algún sujeto que sea como la mujer de César.

En cuanto a Wilson, está herméticamente cerrado.

10 DE LA NOCHE

Me parece que estoy en vísperas de descubrimientos que harán época.

Tener el poder de examinar esos fenómenos desde su interior, poseer un organismo que reacciona y, al mismo tiempo, un cerebro que valora y que controla, constituye sin duda una ventaja incomparable.

Estoy seguro de que Wilson daría cinco años de vida para poseer la receptividad que la experiencia me ha llevado a admitir como cierta en mí mismo.

Sólo estaban como testigos Wilson y su mujer.

Yo me había reclinado, con la cabeza echada hacia atrás. La señorita Penelosa, en pie delante de mí, ejecutaba los mismos pases, lentos, que con Agatha.

Con cada pase me parecía que me golpeaba una racha de aire cálido, expandiendo en mí un estremecimiento, un ardor que me invadía de pies a cabeza.

Tenía la mirada fija en la señorita Penelosa, pero, mientras la miraba, sus rasgos se hacían cada vez más indistintos; y, finalmente, se borraron.

Tuve conciencia de no ver otra cosa que sus ojos grises, cuya mirada se clavaba en mí, profunda, insondable. Aquellos ojos crecían, crecían… y acabaron convirtiéndose en dos lagos de montaña hacia los que me sentía caer con espantosa velocidad.

Me estremecí, y en aquel preciso instante una idea, surgida de las capas más resguardadas de la inteligencia, me dijo que aquel estremecimiento correspondía a la fase de rigidez que había observado en Agatha.

Al cabo de un instante había llegado a la superficie de los lagos, que ahora se habían fundido en uno solo; y me hundí en sus aguas, con una sensación de plenitud en la mente y notando un zumbido en los oídos. Me hundía, me hundía… Luego, con un súbito impulso, ascendí de nuevo, hasta ver otra vez la luz que se expandía en ondulaciones resplandecientes en el agua verde.

Estaba ya cerca de la superficie cuando resonó en mi cabeza la palabra:

—Despierte.

Con un sobresalto, me encontré de nuevo en el sillón, en compañía de la señorita Penelosa, apoyada en su muleta, y de Wilson, que, con un cuaderno de notas en la mano, me miraba por encima de los hombros de la dama.

No me quedaba ninguna sensación de pesadez o cansancio.

Al contrario. Sólo ha pasado una hora desde el experimento y me siento tan despejado que me atrae más la idea de quedarme en mi gabinete que la de irme a dormir.

Se extiende ante mí un amplio panorama de experiencias. Espero con impaciencia el momento de iniciarlas.

27 DE MARZO

Día perdido. La señorita Penelosa ha ido con Wilson y su mujer a visitar a los Sutton.

He empezado a leer el *Magnétisme animal* de Binet y Féré.

¡Qué aguas tan extrañas! ¡Resultados, resultados! En cuanto a la causa… ¡completo misterio!

Esto estimula la imaginación; pero es un factor ante el cual debo estar en guardia. Hay que evitar las conclusiones, las deducciones, y permanecer en el sólido terreno de los hechos.

Sé que el trance mesmérico es real; sé que la sugestión mesmérica es real; sé que yo mismo soy receptivo a esa fuerza.

Ésta es mi actual situación.

Tengo una gran libreta nueva para hacer mis anotaciones. La reservaré exclusivamente para los detalles científicos.

Larga charla, a últimas horas de la tarde, con Agatha y la señora Marden acerca de nuestra boda.

¿Por qué esperar más?

Me fastidian incluso estos pocos meses de espera, que se me harán tan largos; pero, como dice la señora Marden, hay que arreglar todavía muchas cosas.

28 DE MARZO

Magnetizado una vez más por la señorita Penelosa. La experiencia ha tenido muchas analogías con la anterior, con la diferencia de que la insensibilidad ha llegado antes. Véase la ficha «A» para la temperatura de la habitación, la presión barométrica, el pulso y la respiración, datos anotados por el profesor Wilson.

29 DE MARZO

Nueva sesión de magnetización. Detalles en la ficha «A».

30 DE MARZO

Domingo. Día perdido. Me pone de nial humor todo lo que interrumpe nuestros experimentos.

Por ahora, éstos no van más allá de los signos físicos que se asocian con la insensibilidad, ya leve, ya completa, ya extrema.

Nuestra idea es pasar luego a los fenómenos de sugestión y de lucidez.

Hechos semejantes han sido establecidos por profesores, en mujeres de Nancy y de la Salpêtrière.

La cosa será todavía más convincente cuando una mujer demuestre lo mismo con un profesor, ante un segundo profesor como testigo. ¡Y pensar que el sujeto seré yo! ¡Yo, el escéptico, el materialista! Al menos habré demostrado que mi dedicación a la ciencia es mayor que el deseo de seguir siendo como soy.

Tragarnos lo que hemos dicho es el mayor sacrificio que la ciencia puede exigir de nosotros.

Mi vecino, Charles Sadler, ese joven y simpático profesor de anatomía, ha venido esta noche a devolverme un ejemplar de los *Archivos de Virchow* que le había prestado. Le llamo joven, pero, de hecho, es un año mayor que yo.

—Me he enterado, Gilroy —me ha dicho—, de que se está usted sometiendo a los experimentos de la señorita Penelosa. ¿Es cierto? ¡Vaya! Yo, en su lugar, no iría ya más lejos en esto. Seguramente lo considerará una gran impertinencia por mi parte, pero considero un deber instarle a que no siga relacionándose con ella.

Como es natural, le he preguntado por qué.

—Me encuentro en una posición que me impide entrar en detalles que me gustaría proporcionarle —me ha dicho—. La señorita Penelosa es amiga de un amigo mío, y mi situación es delicada. Todo lo que puedo decir es que yo mismo me he sometido a los experimentos de esa mujer, y que estos experimentos han dejado en mí impresiones desagradabilísimas.

He hecho toda clase de esfuerzos para sacarle algo más, pero sin conseguirlo.

¿Es acaso concebible que pueda estar celoso de que yo le haya suplantado? ¿O es uno de esos científicos que consideran como un insulto personal el descubrimiento de hechos que van en contra de sus ideas preconcebidas?

¡No se imaginará en serio que voy a abandonar una serie de experimentos que anuncian resultados tan fecundos, simplemente porque él tiene váyase a saber qué agravios!

Ha parecido molesto por la ligereza con que he acogido sus nebulosas advertencias y nos hemos separado con cierta frialdad.

31 DE MARZO

Magnetizado por la señorita Penelosa.

1 DE ABRIL

Magnetizado por la señorita Penelosa. (Ficha «A».)

2 DE ABRIL

Magnetizado por la señorita Penelosa. Registro esfigmográfico tomado por el profesor Wilson.

3 DE ABRIL

Es posible que esta serie de magnetizaciones produzcan algún efecto sobre el organismo.

Agatha dice que estoy más delgado y que tengo algo de ojeras.

Percibo en mí una tendencia a la irritabilidad que antes no conocía. Por ejemplo, me sobresalta el menor ruido y, si un estudiante dice alguna estupidez, me encolerizo en vez de sentirme divertido.

Agatha quiere que detenga la investigación, pero yo le digo que todo estudio continuado es fatigoso, y que no se puede obtener ningún resultado sin pagar su precio.

Cuando vea la sensación que causará mi artículo sobre las relaciones entre el espíritu y la materia, admitirá que merece la pena soportar un poco de tensión y de desgaste nervioso.

No me sorprendería que esta investigación me llevara a ser elegido miembro de la Royal Society.

A últimas horas de la tarde, magnetizado una vez más.

Ahora el efecto se produce con mayor rapidez, y las visiones subjetivas son menos acentuadas.

Tomo anotaciones minuciosas sobre cada sesión.

Wilson estará ausente de la ciudad durante ocho o diez días, pero no suspenderemos los experimentos, cuyo valor depende tanto de mis sensaciones como de sus observaciones.

4 DE ABRIL

He de mantenerme muy en guardia. Se ha introducido en nuestros experimentos una complicación que no había tenido en cuenta. Mi ansia por obtener datos científicos me había cegado ante el hecho de que la señorita Penelosa y yo somos seres humanos.

Aquí puedo escribir cosas que no me atrevería a confiar a nadie en el mundo.

Esa desdichada parece haberse encaprichado de mí.

No afirmaría cosa semejante, ni siquiera en el secreto de un diario íntimo, si no se hubiera llegado a tal punto que ha sido imposible no darme cuenta.

Durante algún tiempo, más exactamente durante la pasada semana, se habían dado indicios que yo había echado brutalmente a un lado, negándome a prestarles atención: su entusiasmo a mi llegada, su abatimiento cuando me marcho, su insistencia para que yo acuda con frecuencia, la expresión de sus ojos, el timbre de su voz…

He hecho cuanto he podido para convencerme de que todo eso no significaba nada, que simplemente podía atribuirse a la sociabilidad de la gente de las Indias Occidentales.

Pero anoche, al despertar del sueño magnético, tendí la mano, y, sin saberlo, sin quererlo, apreté sus manos.

Cuando hube vuelto enteramente en mí, seguíamos con las manos enlazadas, y ella me miraba con una sonrisa expectante.

Y lo horrible es que sentí en mí el impulso de decir lo que ella esperaba.

¡Qué miserable embustero habría sido, de haberlo hecho! ¡Qué asco sentiría ahora hacia mí mismo, si en aquel momento hubiera cedido a la tentación!

Pero, gracias a Dios, tuve fuerza suficiente para ponerme en pie de un salto y salir corriendo de la habitación.

Temo haber sido grosero. Pero no. No podía, no podía ser dueño de mí ni un instante más.

¡Yo, un caballero, un hombre de honor, prometido en matrimonio con una de las muchachas más encantadoras de Inglaterra, he estado a punto, en un instante de pasión que me privaba de todo raciocinio, de hacer una declaración de amor a esa mujer a la que apenas conozco!

Es bastante mayor que yo, y además cojea.

Es monstruoso, odioso… Y, sin embargo, el impulso era tan fuerte que de haber permanecido un momento más en su presencia me habría comprometido.

¿Cómo entender eso?

Tengo la misión de enseñar a otros cómo funciona nuestro organismo, ¿y qué sé yo de mi propio organismo?

¿Ha sido producto de la maduración repentina de determinados principios profundamente sepultados en lo más hondo de mí, ha sido un instinto animal primitivo que se ha manifestado repentinamente?

Tan fuerte era aquel sentimiento que estuve a punto de creer en las historias de posesión diabólica.

Sea como sea, este incidente me coloca en una posición sumamente embarazosa.

Por una parte me disgusta muchísimo renunciar a una serie de experimentos que han llegado ya tan lejos y que auguran resultados tan brillantes; por otra, si esa desdichada ha llegado a albergar una pasión hacia mí… ¡Pero no! Seguramente he vuelto a incurrir en algún error absurdo. ¡Ella! ¡A su edad, con su deformidad!

Además, conoce mis relaciones con Agatha. Sabe cuál es mi situación.

Si sonreía, era simplemente porque se sentía divertida; puede que por el hecho de haberle tomado la mano durante mi estado de vértigo.

Fue mi cerebro, aún medio magnetizado, el que entendió así la cosa, y el que, en un impulso brutal, me lanzó apresuradamente a esta línea de pensamiento.

Me gustaría ser capaz de convencerme de que realmente es así la cosa.

Pensándolo bien, creo que lo más juicioso sería aplazar todo nuevo experimento hasta después del regreso de Wilson.

De acuerdo con esto, he mandado una carta a la señorita Penelosa y, sin ninguna alusión a la pasada noche, le he comunicado que unas tareas urgentes me obligan a interrumpir nuestros experimentos durante algunos días.

Me ha mandado una respuesta, bastante seca, diciéndome que si cambio de idea la encontraré en su casa a la hora de costumbre.

10 DE LA NOCHE

¡Vaya, vaya! ¡Qué poca cosa soy!

Desde hace algún tiempo voy conociéndome cada vez mejor; y, cuanto mejor me conozco, tanto más desciendo en mi propia estimación.

Desde luego, no siempre he sido tan débil como lo soy ahora.

A las cuatro de la tarde me habría reído si me hubiesen dicho que iría esta noche a ver a la señorita Penelosa. Sin embargo, a las ocho me encontraba como de costumbre ante la puerta de la casa de Wilson.

No sé cómo ha ocurrido. La fuerza de la costumbre, imagino. Puede que haya una adicción al magnetismo, del mismo modo que hay una adicción al opio, y que yo sea víctima de ella.

Lo cierto es que, mientras trabajaba en mi gabinete, me iba sintiendo cada vez más inquieto. Me movía sin motivo, me desplazaba sin objetivo, no conseguía concentrar la atención en los papeles que tenía delante. Finalmente, antes de darme siquiera cuenta de lo que hacía, me había puesto el sombrero y había salido para acudir a mi cita de costumbre.

Ha sido una velada interesante.

La señora Wilson estuvo presente durante la mayor parte de la sesión, y eso eliminó la turbación que por lo menos uno de los dos habría sentido.

La actitud de la señorita Penelosa fue ni más ni menos la misma que de costumbre. No manifestó ninguna sorpresa al verme acudir, a pesar de mi nota.

No había en su modo de comportarse nada que hiciera pensar que el incidente de ayer hubiera dejado en ella impresión alguna; así que, hasta cierto punto, pude suponer que había exagerado el asunto.

6 DE ABRIL. NOCHE

No, no había exagerado nada.

No puedo ya cerrar los ojos ante la evidencia. Esa mujer se ha enamorado de mí.

Es monstruoso, pero cierto.

Esta noche, al despertar una vez más del trance mesmérico, me he encontrado con mi mano enlazada en la suya, y con la mente invadida por esa sensación repugnante que me impulsa a pisotear mi honor, mi futuro… A pisotearlo todo, todo, y arrojarlo a los pies de esa persona que, según me doy cuenta cuando estoy fuera de su influencia, no posee ningún encanto físico.

Pero cuando estoy a su lado no me siento así.

Esa mujer despierta en mí algo… Algo perverso… Algo en lo que no quisiera pensar. Paraliza lo mejor que hay en mi modo de ser, y al mismo tiempo estimula lo peor que hay en él.

Decididamente, no es conveniente que permanezca cerca de ella.

La pasada velada fue más peligrosa que la otra.

En vez de huir, me quedé allí, con la mano entre las suyas, charlando con ella sobre los temas más íntimos. Entre otras cosas, hablamos de Agatha.

¿Qué fue lo que me pasó por la cabeza?

La señorita Penelosa dijo que Agatha era trivial, y yo le di la razón. Volvió a hablarme de Agatha una o dos veces más de modo poco halagador, y yo no protesté. ¡Qué bruto he sido!

Sin embargo, a pesar de la debilidad que he demostrado, me queda fuerza suficiente para acabar con todo esto. No volverán a suceder cosas como éstas. Seré lo bastante juicioso para huir cuando no me sienta en condiciones de luchar. Hoy mismo, esta noche de domingo, doy por terminadas mis sesiones con la señorita Penelosa. Para siempre.

Renunciaré a los experimentos, abandonaré la investigación. ¡Cualquier cosa antes que tener que enfrentarme a esa tentación que me hace caer tan bajo!

No he dicho nada a la señorita Penelosa. Simplemente me mantendré alejado de ella.

Ya entenderá el motivo, sin necesidad de que yo le diga nada.

7 DE ABRIL

Me he quedado en casa, según lo dicho.

¡Qué lástima, perder un estudio tan interesante! ¡Pero qué lástima, por otra parte, arruinar mi vida! Y sé que delante de esa mujer ya no soy dueño de mí.

11 DE LA NOCHE

¡Que Dios me ayude! ¿Qué es lo que me ocurre? ¿Me estoy volviendo loco?

A ver si me calmo y consigo razonar un poco. Ante todo, anotaré exactamente lo ocurrido.

Eran más o menos las ocho cuando escribí las líneas con las que empecé la entrada de hoy en mi diario.

Experimentaba una inquietud, una agitación extraña, y salí a pasar la velada con Agatha y su madre.

Ambas hicieron la observación de que estaba pálido y de que tenía un aire como asustado.

Hacia las nueve llegó el profesor Pratt-Haldane y nos pusimos a jugar al whist.

Hice un enorme esfuerzo para mantener mi atención fija en el juego, pero aquella sensación de febril agitación no dejaba de crecer, y llegó a tal extremo que no me consideré en condiciones de poder superarla.

Sencillamente, me resultaba imposible.

Finalmente, mientras se estaban repartiendo las cartas, tiré las mías sobre la mesa. Farfullé unas disculpas incoherentes relativas a una cita y salí apresuradamente de la habitación.

Recuerdo vagamente, como en un sueño, haber cruzado el vestíbulo a la carrera, arrancado, por así decirlo, mi sombrero de la percha, y cerrado violentamente la puerta detrás de mí.

También veo de nuevo como en un sueño las hileras de farolas, y mis zapatos, cubiertos de fango, me demuestran que sin duda corrí por el medio de la calzada.

Todo tenía un aire borroso, extraño, irreal.

Fui a casa de los Wilson.

Vi a la señora Wilson, vi a la señorita Penelosa.

Apenas recuerdo de qué hablamos. Sólo recuerdo que la señorita Penelosa, bromeando, me amenazó con su muleta, acusándome de llegar con retraso y de no interesarme como antes en nuestros experimentos.

No hubo magnetización, pero me quedé un rato allí. Acabo de volver.

Mi mente ha recobrado toda su claridad. Puedo reflexionar sobre lo sucedido.

Es absurdo atribuirlo todo a la debilidad y a la fuerza de la costumbre.

La otra noche traté de explicar así la cosa, pero esta explicación ya no es suficiente.

Se trata de algo más profundo, y también más terrible.

En casa de las Marden, en la mesa de juego, me sentí arrastrado como con un nudo corredizo en el cuello.

Ya no puedo ocultarme esto a mí mismo.

Esa mujer ha puesto sus garras en mí. Me sujeta. Pero debo conservar la serenidad, y encontrar, por medio de la razón, una forma de salir del paso.

¡Qué loco y qué ciego he sido! Embebido de entusiasmo por mi investigación, he ido derecho al abismo abierto ahí, delante de mí.

¿Acaso ella misma no me advirtió? ¿No me había dicho, según leo en mi propio diario, que cuando ha adquirido poder sobre un sujeto puede obligarle a hacer lo que quiere?

Y ese poder lo ha adquirido sobre mí. Ahora estoy a sus órdenes; estoy bajo el arbitrio de la mujer de la muleta. Cuando desea que acuda, allá he de ir yo. Tengo que hacer lo que ella quiere. Y, aún peor: ¡debo experimentar los sentimientos que ella quiere! La aborrezco y la temo; y, sin embargo, cuando estoy bajo su influencia mágica, puede obligarme a amarla; estoy seguro.

Lo único que me consuela un tanto es el hecho de que estos impulsos aborrecibles que me echo en cara no proceden de mí, de ningún modo.

Todo se transmite de ella a mí, aunque yo no tuviera ni la menor conciencia de ello durante los primeros tiempos.

Esta idea me inspira una sensación de mayor limpieza y ligereza.

8 DE ABRIL

Sí. Ahora, en pleno día, perfectamente sereno, con todo el margen para meditar, me veo obligado a dar por cierto todo lo que escribí en mi diario la otra noche.

Mi posición es horrenda; pero, ocurra lo que ocurra, no debo perder la cabeza. Tengo que tensar mi inteligencia contra su poder.

Al fin y al cabo, no soy un estúpido títere al que se pueda hacer bailar tirando de unos hilos.

Poseo energía, inteligencia y valor. A pesar de todos sus trucos diabólicos, aún puedo vencerla.

¡Puedo! No, no… Debo. Si no, ¿qué será de mí?

Tratemos de encontrar la salida lógica.

De acuerdo con sus propias explicaciones, esa mujer puede dominar mi sistema nervioso. Puede proyectarse a sí misma dentro de mi cuerpo y mandar en él. Tiene un alma de parásito; sí, un alma de parásito, de monstruoso parásito. Se introduce en mi organismo como el ermitaño en la concha del caracol.

¿Qué puedo hacer contra ella? Tengo que vérmelas con fuerzas de las que no sé nada.

Y no puedo contar a nadie mis sufrimientos. Me tomarían por loco. Si esto saliera a la luz pública, no cabe duda de que la Universidad consideraría que no necesita los servicios de un profesor poseído por el diablo.

¡Y Agatha!

No, no. Tengo que enfrentarme solo al peligro.

Releo mis anotaciones acerca de las afirmaciones de esa mujer cuando habló de sus poderes.

Hay una cosa que me desconcierta por completo: acabó diciendo que, cuando la influencia es leve, el sujeto sabe lo que hace, pero no puede gobernarse a sí mismo; mientras que, cuando la voluntad se ejerce con energía, el sujeto es absolutamente inconsciente.

Ahora bien: yo siempre he sabido lo que hacía; la noche pasada, sin embargo, no tanto como en las ocasiones anteriores.

Esto parece significar que no ha ejercido todavía sobre mí toda la fuerza de su poder.

¿Ha habido jamás un hombre colocado en mi misma situación?

Sí, puede que uno… y que está muy cerca. Charles Sadler debe saber algo de esto.

Sus difusos consejos de mantenerme vigilante cobran hoy sentido.

¡Ah! Si le hubiera escuchado no habría contribuido, a través de esas reiteradas sesiones, a fortalecer los eslabones de la cadena que me aprisiona.

Iré a verle hoy.

Me disculparé ante él por haber tomado tan a la ligera sus advertencias.

Veré si puede darme algunos consejos.

4 DE LA TARDE

No, no puede.

He hablado con él, y se ha mostrado tan sorprendido en cuanto he empezado a aludir a mi horrendo secreto que no he podido seguir.

Hasta donde alcanzo a entender, en base a vagos signos y a deducciones más que a afirmaciones claras, lo que él experimentó se redujo a palabras o miradas parecidas a las que me han sido dirigidas.

El hecho mismo de que se haya apartado de la señorita Penelosa es suficiente para demostrar que él no ha sido nunca verdaderamente prisionero suyo.

¡Ah! ¡Si él supiera lo que habría podido ocurrirle!

Charles Sadler debería sentir gratitud por su flemático temperamento anglosajón. Yo soy moreno; soy un celta, y las garras de esa bruja penetran profundamente en mis nervios.

¿Conseguiré algún día liberarme de ella?

¿Volveré alguna vez a ser el mismo hombre que era hace tan sólo dos semanas?

Veamos. Estudiemos qué es lo mejor que puedo hacer.

No puedo ni pensar en alejarme de la Universidad en pleno semestre.

Si fuera libre, mi plan estaría ya trazado.

Me marcharía inmediatamente. Viajaría a Persia. Pero ¿dejaría ella que me fuera? ¿Y no sería su influencia lo bastante fuerte para alcanzarme en Persia, haciéndome volver hasta quedar al alcance de su muleta?

Sólo mediante una amarga experiencia personal conoceré los límites de su infernal poder.

Lucharé; lucharé, lucharé.

¿Qué otra cosa puedo hacer?

Sé perfectamente que, hacia las ocho, se apoderará de mí esa necesidad invencible de su compañía y esa agitación angustiosa.

¿Cómo conseguiré superarlo? ¿Qué he de hacer?

He de conseguir que me sea imposible salir de mi habitación.

Cerraré la puerta con llave y tiraré la llave por la ventana. Sí; pero ¿cómo me las arreglaré por la mañana?

No pensemos en mañana. Es preciso, de todas todas, que rompa esta cadena que me aprisiona.

9 DE ABRIL

¡Victoria! Ayer, a las siete, después de una cena ligera, me encerré en mi habitación y tiré la llave al jardín.

Tomé una novela divertida y estuve tres horas tratando de leer en la cama, pero en realidad pasé esas horas temblando espantosamente, esperando a cada momento ser visitado por la influencia. Pero no ocurrió nada de ese estilo, y

esta mañana me he levantado con la sensación de haber escapado a una tremenda pesadilla.

Quizá esa mujer se dio cuenta de lo que yo había hecho y comprendió que de nada serviría tratar de actuar sobre mí.

De cualquier modo, la he vencido una vez; y, si he podido conseguirlo una vez, lo conseguiré también otras.

Lo más fastidioso, por la mañana, era el asunto de la llave.

Por suerte, ahí abajo estaba un ayudante del jardinero, y le dije que me la tirara.

Debió creer que se me acababa de caer.

Haré clavar las puertas y las ventanas; encargaré a seis hombres fuertes que me retengan en la cama; todo antes que rendirme a discreción ante esa bruja.

Esta tarde recibí una nota de la señorita Marden pidiéndome que fuera a verla.

Pensaba hacerlo, fuera cual fuera el motivo, pero no esperaba encontrarme con malas noticias. Según parece, los Amstrong, de quienes Agatha tiene posibilidades de heredar, han embarcado en Adelaida en el *Aurora* y han escrito a la señora Marden para que les vaya a esperar a la ciudad.

Esto significará una ausencia de un mes o mes y medio. Como la llegada del *Aurora* se espera para el miércoles, tienen que partir de inmediato para llegar a tiempo.

Me consuela pensar que cuando volvamos a encontrarnos ya no habrá separación entre Agatha y yo.

—Quiero pedirte una cosa, Agatha —le dije cuando estuvimos solos—. Si por casualidad te encuentras con la señorita Penelosa, en la ciudad o aquí, prométeme que no te dejarás magnetizar por ella.

Agatha me miró con asombro.

—Pero si hace sólo unos pocos días decías que todo esto era interesantísimo y que estabas decidido a llevar tus experimentos hasta el final…

—Ya lo sé, pero he cambiado de opinión.

—¿Y has renunciado por completo a los experimentos?

—Sí.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro, Austin! No te imaginas el aspecto que tenías estos últimos días, pálido, cansado. Lo cierto es que ésa era la principal razón que nos impedía viajar ahora a Londres. No queríamos dejarte solo en un momento en que parecías tan abatido. Y tu comportamiento ha cambiado

también, a veces de una manera tan extraña… Sobre todo esa noche en que dejaste al profesor Pratt-Haldane sin pareja de juego. Me convencí de que esos experimentos actuaban muy negativamente sobre tus nervios.

—Lo mismo pienso yo, querida.

—Y también sobre los nervios de la señorita Penelosa. ¿No te has enterado de que está enferma?

—No.

—Nos lo ha dicho la señora Wilson. Nos ha descrito su estado como una fiebre nerviosa. El profesor Wilson vuelve la semana próxima, y la señora Wilson quiere que para entonces la señorita Penelosa se haya recobrado, porque al señor Wilson le espera todo un programa de experimentos que piensa llevar a buen fin.

Quedé tranquilo al obtener la promesa de Agatha.

Era más que suficiente que aquella mujer tuviera entre sus garras a uno de los dos.

Por otra parte, me turbó enterarme de la enfermedad de la señorita Penelosa.

Eso disminuye en mucho la importancia de la victoria que pensé haber conseguido anoche.

Recuerdo haberle oído decir que el desmejoramiento de su salud afectaba negativamente su poder.

Tal vez por eso pude resistir tan fácilmente.

¡Bueno! De todos modos, esta noche he de tomar las mismas precauciones, y a ver qué ocurre.

Siento un terror pueril al pensar en ella.

10 DE ABRIL

Anoche funcionó todo perfectamente.

Ha sido divertido ver la cara que ha puesto el jardinero esta mañana, cuando he vuelto a llamarle para que me tirase la llave.

Me haré famoso entre la servidumbre si esto se repite. Pero lo que importa es que permanecí en casa, sin sentir ni la menor necesidad de salir.

Me parece que empiezo a liberarme de esa increíble servidumbre; a menos que, sencillamente, el poder de esa mujer esté neutralizado hasta que recobre las fuerzas. Ruego al Cielo que se dé la alternativa más favorable.

Las Marden se irán esta mañana, y me parece como si el sol primaveral hubiese perdido todo su resplandor. Sin embargo, es hermoso, ahí, brillando tras el castaño que veo desde mis ventanas y que proporciona un toque de

alegría a los gruesos muros manchados de liquen de los viejos edificios universitarios.

¡Qué dulce y acariciadora es la naturaleza! ¡Qué tranquilizadora!

¿Cómo es posible que esa naturaleza oculte fuerzas tan impuras, posibilidades tan repugnantes?

Comprendo, desde luego, que esta cosa terrible que me ha ocurrido no se encuentra ni por encima de la naturaleza, ni fuera de ella.

No: es una fuerza natural la que puede emplear esa mujer, una fuerza que la sociedad ignora.

El mismo hecho de que esa fuerza varíe con la salud demuestra hasta qué punto está enteramente subordinada a las leyes físicas.

Si tuviera tiempo podría llegar hasta el fondo del asunto y descubrir el antídoto, pero cuando uno está entre las garras del tigre no es momento para pensar en domesticarlo: lo único que se puede hacer es liberarse a sacudidas.

¡Ah! Cuando me miro en el espejo y veo en él mis ojos negros y mi cara de español, de rasgos tan pronunciados, quisiera haber sido salpicado por vitriolo o haber quedado marcado de viruela.

Cualquiera de estas cosas me habría librado de todo esto.

Me inclino a pensar que esta noche tendré problemas.

Son dos las circunstancias que me lo hacen temer.

La primera es que me encontré en la calle con la señora Wilson y me dijo que la señorita Penelosa había mejorado, aunque sigue débil; la segunda es que el profesor Wilson vuelve dentro de uno o dos días, y su presencia será un freno para ella.

No tendría miedo de encontrarme con ella si estuviera presente un tercero.

Esas dos razones me hacen presentir que tendré problemas esta noche. Tomaré la precaución de las anteriores.

10 DE ABRIL

No. Gracias a Dios, anoche todo fue bien.

Habría sido excesivo volver a recurrir al jardinero, así que cerré la puerta y tiré la llave por encima, de modo que por la mañana tuve que pedirle a la criada que me abriera desde fuera. Pero la precaución no era en realidad necesaria, ya que en ningún momento sentí tendencia a salir.

¡Tres noches seguidas en casa! Sin duda están terminando mis sufrimientos: Wilson estará de vuelta hoy o mañana.

¿Le diré lo que he pasado? ¿Me callaré?

Estoy convencido de que no encontraría en él ni la menor simpatía. Me vería como un sujeto interesante y leería un comunicado sobre mi caso en la próxima reunión de la Sociedad Psíquica. Allí enfocaría seriamente la posibilidad de que yo hubiera mentido descaradamente, y compararía esta posibilidad con la de que esté afectado por una incipiente locura.

No. No iré a pedir ayuda a Wilson.

Me siento extrañamente ágil y enérgico. Creo que nunca he dado mi clase con mayor empuje.

¡Ah, si pudiera apartar de mi vida esa sombra! ¡Qué feliz sería!

Soy joven, disfruto de cierta holgura, estoy en primera fila en mi profesión, estoy prometido a una muchacha hermosa y encantadora: ¿no tengo todo lo que un hombre puede desear?

Sólo hay en el mundo una cosa que me atormenta; pero ¡qué cosa!

MEDIANOCHE

¡Acabaré loco!

Sí, así terminará todo esto. Acabaré loco. Ya no estoy muy lejos de estarlo.

Me hierve la cabeza; la tengo apoyada en una mano ardiente.

Se me estremece todo el cuerpo, como un caballo asustado.

¡Oh, qué noche he pasado!

Pese a todo, también tengo algún motivo para alegrarme. A riesgo de convertirme en objeto de risa para los criados, deslicé la llave por debajo de la puerta, convirtiéndome en un prisionero para toda la noche.

Después, como me parecía que era demasiado temprano para acostarme, me tendí vestido en la cama y me puse a leer una novela de Dumas.

De pronto fui arrebatado… Sí: arrebatado, arrastrado fuera de la cama.

Sólo estos términos son capaces de describir la fuerza irresistible que hizo presa en mí.

Me así de la manta, me sujeté en la madera de la cama. Incluso me parece que grité, frenético.

Todo inútil. No pude resistir. Tuve que obedecer. No podía sustraerme a esa fuerza.

Sólo en los primeros momentos opuse alguna resistencia. La influencia no tardó en ser demasiado abrumadora para luchar contra ella.

Doy gracias a Dios de que no hubiera allí gente para guardarme, porque, de haberla habido, no habría podido responder de mí mismo.

A esa determinación de salir iba unida una idea muy clara y viva sobre los medios a emplear para conseguirlo.

Encendí una vela, me puse de rodillas delante de la puerta y traté de atraer la llave hacia mí usando una pluma de oca, pero era demasiado corta y sólo conseguí alejar un poco más la llave.

Entonces, con sosegada obstinación, saqué de un cajón un abrecartas y con él pude conseguir la llave.

Abrí la puerta.

Entré en mi gabinete y cogí de encima del escritorio una fotografía mía. Escribí en ella unas palabras y me la puse en el bolsillo interior del abrigo.

Luego me encaminé a casa de los Wilson.

Lo veía todo dentro de una claridad extraordinaria y, sin embargo, todo me parecía ajeno al resto de mi propia vida, ajeno como podrían serlo las incidencias del más vivo de los sueños.

Me poseía una especie de doble conciencia.

Estaba, en primer lugar, la voluntad ajena que predominaba y que tendía a arrastrarme junto a la propietaria de dicha voluntad; y estaba también otra personalidad, más débil, que se resistía, y reconocía en ella a mi propio yo, un yo que luchaba débilmente contra el impulso todopoderoso, como un perro que lucha contra la correa que lo sujeta.

Recuerdo también haberme dado cuenta del conflicto suscitado entre esas fuerzas; en cambio, no recuerdo nada de lo que sucedió mientras andaba, ni de cómo entré en la casa.

Sin embargo, conservo una imagen sumamente nítida de mi encuentro con la señorita Penelosa.

Estaba tendida en el diván, en el saloncito donde habitualmente se realizaban nuestros experimentos. Tenía la cabeza apoyada en la mano y estaba parcialmente tapada con una piel de tigre.

Cuando entré, alzó la mirada, con la expresión de quien está esperando. La luz de la lámpara daba de lleno en su rostro y pude ver que estaba muy pálida y desmejorada, y que tenía unos surcos oscuros bajo los ojos.

Me sonrió y me indicó con la mano una silla a su lado.

Empleó la mano izquierda para ese ademán. Yo avancé velozmente, cogí aquella mano y… y… me doy asco a mí mismo al pensarlo, pero me la llevé a los labios apasionadamente.

Luego me senté en la silla, sin soltarle la mano, y le entregué la fotografía que había traído.

Hablé y hablé; le conté mi amor por ella, el dolor que me había causado su enfermedad, la alegría que me daba su restablecimiento, y le dije hasta qué punto me sentía desgraciado cuando pasaba una sola velada sin verla.

Ella permanecía inmóvil, manteniendo su mirada imperiosa fija en mí, con una sonrisa provocadora.

Recuerdo que en un momento dado me pasó la mano por el cabello, como quien acaricia a un perro; y aquella caricia me causó placer.

Eso me hizo estremecer.

Me convertí en su esclavo en cuerpo y alma, y en aquel momento me alegré de mi esclavitud.

Y entonces tuvo lugar el feliz cambio. Que nadie me diga que no existe la Providencia. Me encontraba en el borde mismo de la perdición, mis pies rozaban el precipicio.

¿Fue acaso por simple coincidencia que me llegó el socorro, justo en aquel momento?

No, no: existe la Providencia, y fue su mano la que me hizo retroceder.

Hay en el universo algo más poderoso que esa diablesa, pese a todas sus artimañas.

¡Ah! ¡Qué alivio para mi espíritu pensar esto!

Al alzar la mirada hacia ella percibí un cambio. Su cara, pálida hasta entonces, se había puesto lívida. Tenía los ojos nublados y se le estaban cerrando los párpados; y, por encima de todo, había desaparecido de su fisonomía aquel aire de tranquila confianza. Su boca había perdido firmeza, y era como si su frente se hubiera estrechado.

Parecía asustada y titubeante.

Y, mientras observaba este cambio en ella, sentí en mi ánimo una especie de vacilación. Mi espíritu se puso a luchar, como si intentara escapar violentamente a la tenaza que lo aprisionaba; tenaza que apretaba menos a cada instante.

—Austin —dijo con voz débil—, he confiado demasiado en mí. No estaba aún lo bastante fuerte. No me he recuperado de la enfermedad. Pero no podía seguir viviendo sin verte. ¡No me dejes, Austin! Es una debilidad momentánea. Espera cinco minutos y volveré a ser yo misma. Acércame ese frasco que está en la mesa, junto a la ventana.

Pero yo había recobrado el dominio de mi alma.

Mientras sus fuerzas se extinguían, la influencia sobre mí se disipaba. Me sentí liberado.

Me puse agresivo. La ataqué con amargura, con furia.

Por lo menos en una ocasión he podido contarle a esa mujer cuáles eran mis auténticos sentimientos hacia ella.

Mi espíritu rebosaba de un odio que era tan brutal como el amor contra el que reaccionaba. Era el mío el furor desenfrenado, asesino, del esclavo rebelde.

Habría sido capaz de asir la muleta que tenía a su lado y machacarle la cara con ella.

Extendió las manos hacia delante, como para protegerse de un golpe y, retrocediendo ante mí, se parapetó en un extremo del diván.

—¡El aguardiente! ¡El aguardiente! —dijo con voz cambiada.

Cogí el frasco y lo vacié en las raíces de una palma que estaba en la ventana. Luego le arrebaté la fotografía y la desgarré en mil pedazos.

—¡Mujer miserable! —dije—. ¡Si yo cumpliera con mi deber para con la sociedad, no saldrías viva de esta habitación!

—Te quiero, Austin, te quiero —gimió.

—¡Sí! —grité—. ¡Como has querido a Charles Sadler! ¿Y a cuántos antes que a él?

—Charles Sadler —dijo ella, jadeante—… ¿Te ha hablado? ¡Ah! ¡Charles Sadler, Charles Sadler!

Su voz pasaba entre sus labios como el silbido de una serpiente.

—Te conozco, sí —dije—; y otros te conocerán también, bestia impúdica. Conoces mi posición y, a pesar de todo, has empleado tu espantoso poder para atraerme hacia ti. Podrás hacerlo de nuevo, pero al menos te acordarás de haberme oído decir que amo a la señorita Marden apasionadamente, y que tú me inspiras asco y espanto. Sólo el verte, sólo el oír tu voz, ya basta para llenarme de odio y repugnancia. Siento náuseas sólo de pensar en ti. Esto es lo que siento por ti; y, si quieres volver a atraerme con tus mañas, como esta noche, imagino que no sentirás demasiado placer al convertir en tu enamorado a un hombre que te ha dicho lo que realmente piensa de ti. Podrás poner en mi boca las palabras que tú quieras, pero no podrás olvidar…

Me detuve, porque aquella mujer se había caído hacia atrás, desmayada.

No era capaz de escuchar hasta el final lo que tenía que decirle.

¡Qué ardiente sensación de victoria experimento al pensar que, ocurra lo que ocurra a partir de ahora, esa mujer no puede ya engañarme en cuanto a mis verdaderos sentimientos hacia ella!

Pero ¿qué ocurrirá a partir de ahora?

No me atrevo a pensarlo.

¡Oh! ¡Si pudiera tener la esperanza de que me dejará en paz! Pero cuando pienso en lo que le he dicho…

Da igual. Una vez, por lo menos, habré sido más fuerte que ella.

11 DE ABRIL

Esta noche apenas he dormido, y por la mañana me he sentido tan destemplado, nervioso y febril que he tenido que rogar a Pratt-Haldane que diera mi clase.

Será la primera vez que me he ausentado.

Me levanté a mediodía, pero con dolor de cabeza, las manos temblorosas y los nervios en un estado lamentable.

Esta noche he recibido una visita.

¿Será posible? Wilson en persona. Acaba de volver de Londres, donde ha dado conferencias, ha desenmascarado a un médico, ha dirigido una serie de experimentos sobre la transmisión de pensamiento, se ha entrevistado con el profesor Richet, de París, ha pasado horas y horas mirando en un cristal, y ha obtenido algunos resultados relativos a la penetración de la materia por el espíritu.

Me contó todo esto de un tirón.

—Pero ¿y usted? —exclamó, finalmente—. No tiene buen aspecto. Y la señorita Penelosa está sumida en una total postración. ¿Y los experimentos? ¿Qué tal van?

—Los he abandonado.

—¿Por qué?

—Esos estudios me parecían peligrosos.

Acto seguido sacó su cuaderno de notas marrón.

—Esto es muy interesante —dijo—. ¿Qué razones tiene para decir que estos estudios son peligrosos? Le ruego que me enumere los hechos por orden cronológico, con las fechas aproximadas y nombres de testigos fidedignos, junto con sus direcciones.

—Antes de nada —le pregunté—, ¿querrá decirme si le constan casos en que un magnetizador haya adquirido poder sobre su objeto y lo haya empleado con fines culpables?

—¡Docenas y docenas! —exclamó, exaltado—. Crimen por sugestión.

—No hablo de sugestión. Me refiero a lo que ocurre cuando de una persona alejada llega un impulso repentino… un impulso irresistible.

—¡Obsesión! Es el fenómeno menos frecuente… Tenemos ochos casos, cinco de ellos demostrados. No irá usted a decirme…

Estaba tan exaltado que apenas podía articular las palabras.

—No, no quiero decirle… —le contesté—. Sabrá disculparme, pero esta noche no me siento demasiado bien. Adiós.

Así conseguí librarme de él.

Se marchó blandiendo su cuaderno y su lápiz.

Sin duda me cuesta aguantar mis problemas, pero será mejor que me los guarde para mí y que no los exhiba ante Wilson como un fenómeno de feria.

Wilson ha perdido de vista a los seres humanos. Para él todo se reduce a casos, a fenómenos.

Ni aunque me maten volveré a hablarle de este asunto.

12 DE ABRIL

Ayer fue un día de tranquilidad. La velada ha transcurrido sin ningún incidente.

¿Qué puede hacer ahora esa mujer?

Sin duda, después de oírme decir lo que le dije, debe sentir por mí tanta antipatía como yo por ella.

No; no puede, no puede querer por amante a alguien que le ha insultado tanto.

No. Creo que me he librado de su amor…

Pero ¿qué puede esperarse de su odio?

¿No empleará acaso su poder para vengarse?

¡Bah! ¿Por qué asustarme a mí mismo con fantasías?

Ella me olvidará, yo la olvidaré, y todo irá bien.

13 DE ABRIL

Mis nervios han recobrado toda su compostura.

Creo de veras haber vencido a ese ser; pero debo admitir que no vivo sin aprensiones. Se ha restablecido; me he enterado de que esta tarde ha ido a dar un paseo en coche con los Wilson por la Avenida Principal.

14 DE ABRIL

Me gustaría alejarme para siempre.

Huiré, iré a encontrarme con Agatha en cuanto termine el semestre.

Reconozco que es una lamentable debilidad por mi parte, pero esa mujer me afecta los nervios de mala manera.

He vuelto a verla, y he vuelto a hablar con ella.

Fue inmediatamente después de la comida. Estaba fumándose un pitillo en mi gabinete. Oí en el pasillo los pasos de mi criado, Murray.

Me pareció oír vagamente otros pasos detrás.

No me preocupaba demasiado quién pudiera ser, pero un ligero ruido me hizo saltar de la silla, temblando de temor.

Nunca me había fijado especialmente en qué clase de ruido puede provocar una muleta, pero mis nervios conmocionados me dijeron que a eso correspondían los ruidos secos de madera alternándose con el sonido sordo de los pies en el suelo.

Y, al cabo de un instante, mi criado la hizo pasar.

Ni siquiera traté de cumplir con las formas convencionales de la cortesía.

Tampoco ella lo intentó.

Me quedé mirándola fijamente, con la colilla del cigarrillo entre los dedos.

Ella, por su parte, me miró en silencio, y, ante la expresión de su mirada, recordé las páginas en las que había tratado de describir esa expresión, preguntándome si era burlona o cruel.

Aquel día era una expresión de crueldad, de una crueldad fría e implacable.

—Muy bien —dijo por fin—. ¿Sigue usted con la misma disposición de ánimo que la última vez que le vi?

—Mi disposición de ánimo ha sido siempre la misma.

—Entendámonos, profesor Gilroy —dijo ella, lentamente—. No soy persona de la que se pueda uno burlar fácilmente, y ahora mismo podría dejárselo claro. Fue usted quien me rogó participar en una serie de experimentos; fue usted quien conquistó mi afecto; usted quien declaró su amor por mí; usted quien me trajo su fotografía, con unas palabras de afecto escritas en ella; y fue usted quien, aquella misma noche, consideró oportuno cubrirme de insultos y dirigirse a mí en unos términos que ningún hombre se había jamás atrevido a emplear conmigo. Dígame que esas palabras se le escaparon en un momento de ofuscación. Estoy dispuesta a olvidar y perdonar. Usted no quería decir lo que dijo, ¿no es cierto, Austin? No me odia usted realmente…

Habría podido apiadarme de aquella mujer deforme; tanto ardor, tanta súplica amorosa había detrás de su mirada amenazadora.

Pero, pensando en los sufrimientos por los que había pasado, mi corazón fue duro como el pedernal.

—Si me ha oído hablarle de amor —dije—, sabe usted muy bien que era su voz la que hablaba, no la mía. Lo único sincero que he podido decirle son

las palabras que oyó usted en nuestra última entrevista.

—Ya sé. Alguien le ha hablado mal de mí. ¿Ha sido él?

Golpeó el suelo con su muleta.

—¡Pues bien! —prosiguió—. Sabe usted perfectamente que podría obligarle ahora mismo a tumbarse a mis pies como un perrito. Ya no volverá a encontrarme en momentos de debilidad en los que puede insultarme impunemente. Cuidado con lo que hace, profesor Gilroy. Está usted en una situación terrible. Todavía no se ha dado cuenta de todo el poder que tengo sobre usted.

Me encogí de hombros y aparté la mirada.

—Muy bien —prosiguió ella después de una pausa—. Si desprecia mi amor, veré qué puede hacer el miedo. Ahora sonríe, pero llegará el día en que me pida perdón a voz en grito. Sí; con todo su orgullo, se arrastrará usted a mis pies y maldecirá el día en que hizo de mí, su mejor amiga, su enemiga más cruel. Cuidado, profesor Gilroy.

Vi agitarse en el aire una mano blanca; su rostro casi no era ya humano, hasta tal punto lo desfiguraba la pasión.

Al cabo de un momento se había ido. La oí alejarse por el pasillo, cojeando y dando golpes con la muleta.

Pero me ha dejado un peso en el corazón.

Me abruman vagos presentimientos sobre desgracias futuras.

Me esfuerzo inútilmente para convencerme de que sus palabras eran sólo producto de la ira. Recuerdo demasiado bien esos ojos despiadados para creer que es así.

¿Qué hacer? ¡Ay! ¿Qué hacer?

Ya no soy dueño de mi espíritu.

En cualquier momento puede penetrar en él ese infame parásito, y entonces…

Tengo que contarle a alguien mi espantoso secreto… Tengo que contarlo, o me volveré loco.

¡Si tuviera a alguien que simpatizara conmigo, alguien que me aconsejara…!

¿Wilson? Ni pensarlo.

Charles Sadler sólo me comprendería dentro de los límites de su propia experiencia.

¡Pratt-Haldane! Es un hombre muy equilibrado, abundantemente provisto de sentido común y de capacidad práctica.

Iré a verle y se lo contaré todo. ¡Quiera Dios que sea capaz de aconsejarme!

6 H. 45 MINUTOS DE LA TARDE

No, no hay socorro humano que me valga. He de luchar solo.

Tengo ante mí dos soluciones: convertirme en amante de esa mujer, o ser víctima de las persecuciones a las que quiera someterme.

Aunque no me sometiera a ninguna, viviría en un infierno de temores. Pero ¡que me atormente, que me lleve a la locura, que me mate! ¡No cederé! ¡Nunca, nunca!

¿Puede acaso infligirme algo peor que perder a Agatha, que la certidumbre de ser un embustero, un perjuro, un hombre que ha perdido todo derecho al título de caballero?

Pratt-Haldane ha sido la amabilidad personificada y ha escuchado mi historia con toda la cortesía posible; pero sólo viendo la solidez de sus facciones, la tranquilidad de su mirada, el mobiliario macizo de su gabinete, ya me ha costado decirle lo que había ido a exponerle.

15 DE ABRIL

Es la primavera más hermosa que jamás haya visto; ¡tan verde, tan suave, tan bella!

¡Ah! ¡Qué contraste entre la naturaleza exterior y mi espíritu, tan devastado por la duda y el terror!

El día ha transcurrido sin ningún incidente, pero sé que estoy al borde del abismo. Lo sé y, sin embargo, sigo avanzando, siguiendo los carriles habituales de mi vida.

El único rayo de luz que llega hasta mí es el hecho de que Agatha sea feliz, se encuentre bien y esté fuera de todo peligro.

¡Todo, en aquel entorno, era tan sustancial, tan material!

Luego, ¿qué habría podido decirle, yo mismo, no hace ni siquiera un mes, a un colega que hubiera venido a contarme una historia de posesión diabólica?

Quizá yo no habría mostrado tanta paciencia como Pratt-Haldane.

De cualquier modo, anotó todo lo que le dije, me preguntó cuánto té bebía, si había trabajado con exceso, si tenía dolores de cabeza repentinos, si sufría de pesadillas, de zumbidos en los oídos, si veía destellos… Preguntas todas que me demostraban que no veía en mis sufrimientos nada más que una congestión cerebral.

En suma: se despidió de mí después de haberme soltado una sarta de trivialidades acerca de la necesidad de ejercicio al aire libre y de evitar cualquier sobreexcitación nerviosa.

Me extendió una receta en la que figuraban el doral y el bromuro.

La arrugué y la tiré en la cuneta.

No, no encontraré ayuda en ningún ser humano.

Si acudo a otras personas, puede que se comuniquen entre ellas, y acabaré en un manicomio.

Lo único que está a mi alcance es hacer acopio de todo mi valor y rezar para que un hombre honesto no quede abandonado.

Si ese ser pudiera echarnos mano a todos, ¿qué no estaría a su alcance?

16 DE ABRIL

Esa mujer es ingeniosa en sus persecuciones. Sabe hasta qué punto amo mi trabajo, y lo bien considerada que está mi enseñanza. Así que ha orientado sus ataques en esa dirección.

Todo esto acabará, me doy perfecta cuenta, en que perderé la cátedra; pero lucharé hasta recibir el golpe de gracia. No me privará de mi cátedra sin que luche.

Esta mañana, durante mi clase, no noté ningún cambio en mí; sólo por uno o dos minutos sentí un vértigo, una náusea, que desaparecieron rápidamente. Más bien me felicité por haber sabido exponer mi tema con amenidad y claridad. Se trataba de las funciones de los glóbulos rojos. Así que me quedé sorprendido cuando uno de los estudiantes entró en mi laboratorio, inmediatamente después de la clase, y me dijo lo asombrado que estaba al constatar tanta diferencia entre mis afirmaciones y las de los libros.

Me enseñó su libreta de notas, y en ella pude ver que, durante parte de la clase, había expuesto herejías absolutamente indignantes y anticientíficas.

Protesté, naturalmente. Le aseguré que me había entendido mal; pero cuando comparé sus anotaciones con las que habían tomado sus compañeros tuve que admitir que tenía razón y que yo había emitido varias afirmaciones absurdas. Saldré del paso atribuyendo el hecho a un despiste pasajero, pero me doy cuenta de que es el comienzo de una cadena.

Sólo falta un mes para que termine el semestre. Quiera Dios que pueda aguantar hasta entonces.

26 DE ABRIL

Han pasado diez días sin que haya tenido el valor suficiente para mantener mi diario al día.

¿Para qué consignar cosas que me humillan y me degradan?

Me había jurado no volver a abrir mi diario.

Sin embargo, la fuerza de la costumbre puede tanto que aquí estoy una vez más, anotando mis espantosas experiencias; de idéntico modo se han dado casos de suicidas que han tomado notas sobre el veneno que les iba matando.

¡Pues bien! El estallido que ya había previsto se ha producido; ayer, sin ir más lejos. Las autoridades académicas me han separado de mi cátedra.

Lo han hecho del modo más delicado, explicando que se trata de una medida temporal basada en el deseo de aliviarme de los efectos del exceso de trabajo, hasta que pueda restablecerme. Pero el hecho está ahí: he dejado de ser el profesor Gilroy.

La dirección del laboratorio sigue en mis manos, pero supongo que no tardarán en quitármela también.

Lo cierto es que mis clases se habían convertido en motivo de burla para la Universidad.

Mi aula se llenaba de estudiantes que acudían para ver y oír lo que iba a hacer o decir el profesor chiflado.

No me siento capaz de anotar los detalles de mi humillación.

¡Oh! ¡Esa mujer diabólica! No hay bufonada o estupidez, por tremenda que sea, que no me haya obligado a cometer.

Empezaba cada clase de modo claro y pertinente, pero tenía siempre la sensación de que mi inteligencia iba a sufrir un eclipse.

Entonces, al sentir la influencia, luchaba contra ella; apretaba los puños, sudaba tratando de vencerla; y, mientras, los estudiantes escuchaban mis frases incoherentes y contemplaban mis contorsiones, riéndose a carcajadas de los disparates de su profesor.

Luego, cuando se había apoderado por entero de mí, esa mujer me obligaba a decir las cosas más absurdas. Incluso contaba chistes tontos, soltaba frases sensibleras como si hiciera un brindis, tarareaba canciones populares y arremetía groseramente contra tal o cuál de los presentes.

Luego, de repente, mi mente recobraba toda su claridad, reanudaba la lección y la terminaba correctamente.

¿Es de extrañar, pues, que mi comportamiento se convirtiera en objeto de charla en toda la Universidad? ¿Es de extrañar que el Consejo de la Universidad se haya visto obligado a responder oficialmente a semejante escándalo?

Lo más terrible en todo esto es mi soledad.

Aquí estoy, apoyado en la repisa de una banal ventana inglesa que da a una banal calle inglesa, con sus policías paseando; y ahí, detrás de mí, se yergue una sombra que nada tiene en común con este siglo, con este ambiente.

En pleno corazón del país de la ciencia, estoy aplastado y atormentado por un poder del que nada sabe la ciencia.

Ningún juez accedería a prestarme oído; ningún periódico querría debatir mi caso; ningún médico admitiría los síntomas de mi estado.

Mis amigos más íntimos no verían en todo esto otra cosa que una señal de un desquiciamiento de mi razón.

He perdido todo contacto con mis congéneres.

¡Ah! ¡Maldita mujer! Que se ande con ojo. Muy bien podría empujarme demasiado lejos. Cuando la ley no puede hacer nada por uno, entonces uno se puede forjar una ley propia.

Me la encontré ayer por la noche en la Avenida Principal y me dirigió la palabra. Fue quizá una suerte para ella que ese encuentro no se produjera entre los setos de un solitario camino vecinal.

Me preguntó, con su gélida sonrisa, si me había ablandado un poco.

No me digné contestarle.

—Habrá que darle otra vuelta al torno —dijo ella.

¡Ah! ¡Cuidado, señora! ¡Cuidado!

Ya la tuve una vez a mi discreción. Puede que se presente otra oportunidad.

28 DE ABRIL

La suspensión de mis clases ha tenido como resultado positivo, por lo menos, el privarla de los medios de acosarme; de modo que he disfrutado de dos días felices y tranquilos.

Al fin y al cabo, no tengo motivos para desesperarme.

Me llegan de todos lados testimonios de simpatía; todo el mundo admite que han sido mi dedicación a la ciencia y el arduo carácter de mis investigaciones las que han desquiciado mi sistema nervioso.

El Consejo me ha mandado una carta, redactada en los términos más amables, sugiriéndome que haga un largo viaje, y expresando la seguridad y la esperanza de que me encuentre en condiciones de reincorporarme a comienzos del semestre de verano.

No pueden ser más halagadores los términos en que se alude a mi pasado, a los servicios que he prestado a la Universidad.

Solamente en la desgracia se puede comprobar la propia popularidad.

Quizá ese ser dejará de torturarme, y entonces se arreglará todo. Dios lo quiera.

29 DE ABRIL

Nuestra pequeña y somnolienta ciudad ha conocido un pequeño acontecimiento sensacional.

La única forma que aquí adopta el crimen consiste en que un subgraduado alborotador rompa algunas farolas o se pelee con un policía.

Pero anoche hubo un intento de robo con fractura en la sucursal del Banco de Inglaterra, y todo el mundo está muy excitado.

Parkurson, el director de la sucursal, es íntimo amigo mío. Lo encontré muy nervioso al pasar por allí, dando un paseo.

Aunque los ladrones hubieran conseguido entrar en el banco, habrían tenido que vérselas todavía con las cajas fuertes; de modo que la defensa estaba mucho mejor armada que el ataque. A decir verdad, ese ataque no parece haber sido demasiado impetuoso.

Dos de las ventanas de la planta baja tienen señales de un intento de forzarlas por medio de unas tijeras o cualquier otro objeto introducido en las ranuras.

La policía debe disponer de una buena pista, ya que los marcos de las ventanas habían sido pintados de verde durante el día; así que debe haber manchas de pintura verde en las manos o en la ropa del culpable.

4 DE LA TARDE

¡Ah! ¡Maldita mujer! ¡Mil veces maldita! ¡No importa! ¡No podrá conmigo; no, no podrá!

Pero ¡qué monstruo!

Ya me ha hecho perder la cátedra; ahora ataca mi honor.

¿No hay nada, pues, que pueda hacer contra ella, como no sea…? Pero, por muy acosado que esté, no puedo admitir esa idea.

Entré hace una hora en mi dormitorio, y me estaba peinando ante el espejo cuando mi mirada tropezó con algo que me dejó tan anonadado y helado de miedo que tuve que sentarme al borde de la cama; me eché a llorar.

Hace no sé cuántos años que no lloraba, pero esta vez me había abandonado toda mi energía nerviosa.

No pude hacer otra cosa que sollozar, en un ataque de impotencia, de dolor y de ira.

La chaqueta de andar por casa, que me pongo habitualmente después de cenar, estaba colgada de una percha, junto al armario, ¡y la manga derecha estaba cubierta por una espesa capa de pintura verde, desde el puño hasta el codo!

¡A eso se refería al hablar de «darle otra vuelta al torno»!

Me ha convertido públicamente en un imbécil, y ahora quiere infamarme como un criminal.

Esta vez ha fracasado; pero ¿y la próxima vez…? No me atrevo a pensarlo.

¡Agatha! ¡Y mi pobre y anciana madre!

Quisiera estar muerto.

Sí, ésa es la segunda vuelta del torno, y sin duda aludía a esto cuando me advirtió que yo no sospechaba todavía la magnitud de su poder sobre mí.

Releo las anotaciones que tomé de mi conversación con ella; leo que, con un esfuerzo leve por su parte, el sujeto conservaría la conciencia, pero que, con un esfuerzo mayor, actuaría inconscientemente.

Anoche, yo era inconsciente.

Habría podido jurar que había pasado la noche durmiendo profundamente en mi casa, sin ni siquiera haber soñado.

Sin embargo, ahí están esas manchas que demuestran que me vestí, salí, traté de forzar las ventanas del banco, y regresé.

¿Me habrán visto?

Quizá alguien me viera actuando y me siguiera hasta mi casa.

¡Ah! ¡Mi vida se ha convertido en un infierno! Ya no tengo paz ni descanso. Pero mi paciencia está llegando a su límite.

10 DE LA NOCHE

He limpiado la chaqueta con trementina. No creo que nadie me viera.

Fue mi destornillador el que dejó las señales. Lo he encontrado manchado de pintura y lo he limpiado.

La cabeza me duele como si estuviera a punto de estallar.

He tomado cinco pastillas de antipirina. De no ser por Agatha, habría tomado cincuenta y habría acabado con todo.

3 DE MAYO

Tres días de tranquilidad.

Esa diablesa infernal juega como el gato con el ratón. Me suelta para volver a saltar sobre mí.

Mi miedo es mayor cuando todo está tranquilo.

Mi condición física es lamentable: tengo un hipo que no para, y me cae el párpado izquierdo.

He oído decir que las Marden vuelven pasado mañana.

No sé si esto me alegra o me disgusta. En Londres estaban seguras; aquí pueden quedar atrapadas en la telaraña de desdicha en que me debato. Tengo que hablarles del asunto.

No puedo casarme con Agatha mientras no esté seguro de ser responsable de mis actos.

Sí, tengo que hablarles del asunto, aunque esto signifique una ruptura.

Esta noche se celebra el baile de la Universidad y tengo que ir. Dios sabe que jamás me he sentido tan poco inclinado a las diversiones, pero es preciso que no puedan decir que no estoy en condiciones de mostrarme en público.

11 H. 30 MINUTOS DE LA NOCHE

He ido al baile.

Charles Sadler y yo fuimos juntos, pero yo me he ido antes.

De todos modos le esperaré en casa, porque estas noches me da miedo abandonarme al sueño.

Charles es un muchacho alegre, práctico; su conversación revitalizará mis nervios.

La velada, en suma, ha sido excelente.

He hablado con todas las personas que tienen alguna influencia y creo haberles demostrado que mi cátedra no está todavía vacante.

Esa miserable estaba en el baile. No podía bailar, pero estaba allí, sentada con la señora Wilson.

Muchas veces su mirada se dirigió hacia mí.

Fue prácticamente lo último que vi al examinar el salón.

En un momento determinado, mientras estaba sentado de lado respecto a ella, la miré a hurtadillas y vi que seguía a alguien con la mirada.

Seguía a Sadler, que estaba entonces bailando con la señorita Thurston, la menor.

A juzgar por la expresión de la muchacha, es una suerte para Sadler no encontrarse tan atrapado como yo en las garras de esa miserable. No sabe de qué se ha librado.

Me parece oír sus pasos en la calle. Bajaré para que entre en casa… si quiere.

4 DE MAYO

¿Por qué salí la pasada noche? No bajé; al menos, no recuerdo haberlo hecho. Claro que, por otra parte, tampoco recuerdo haberme acostado.

Tengo una mano muy hinchada esta mañana, pero no recuerdo en absoluto habérmela dañado.

Por lo demás me siento estupendamente después de la fiesta de ayer.

Pero no logro comprender cómo es posible que no viera a Charles Sadler, cuando tenía tantos deseos de hablar con él.

¿Será posible…? Dios mío, es más que probable… ¿No me habrá llevado otra vez esa mujer a cometer algún disparate?

Bajaré a ver a Sadler y le interrogaré.

MEDIODÍA

Las cosas han llegado a un punto crítico. Mi vida no merece ya la pena de ser vivida. Pero si debo morir, morirá también ella. No permitiré que me sobreviva y que lleve a otro a la locura, como ha hecho conmigo. No. Mi paciencia ha alcanzado su límite.

Me ha convertido en el ser más desesperado y peligroso que hay en la tierra. Dios sabe que no le haría daño a una mosca, pero si le echase la mano encima a esa mujer, no saldría viva.

Hoy la veré. Se enterará de lo que puede esperar de mí.

Fui a ver a Sadler y me sorprendió mucho encontrarlo en cama.

Cuando entré se incorporó, y me miró con una cara que me sobresaltó.

—¡Vaya, Sadler! ¿Qué ha ocurrido? —le pregunté.

Pero mientras hablaba se me heló el espíritu.

—Gilroy —me contestó, musitando entre sus labios tumefactos—, hace semanas, varias semanas que me pregunto si está usted loco. Ahora estoy seguro; y estoy seguro, además, de que es usted un loco peligroso. Si no me hubiera contenido el miedo a provocar un escándalo perjudicial para la Universidad, ahora estaría usted en manos de la policía.

—¿Qué quiere decir? —exclamé.

—Quiero decir que ayer por la noche, en cuanto abrí la puerta, se abalanzó usted sobre mí, me golpeó en la cara con ambos puños, luego me tiró al suelo, me dio puntapiés en las costillas y me dejó en la calle, casi sin sentido. ¡Fíjese en su mano! Es una prueba contra usted.

Sí. Era cierto. Mi mano, desde la muñeca, tenía la clase de hinchazón que produce el haber asestado un golpe terrorífico.

¿Qué hacer? Aunque Sadler estuviera convencido de que yo estaba loco, tenía que contárselo todo.

Me senté junto a su cama y le narré todos mis suplicios, desde el comienzo. Se lo conté todo, con manos temblorosas, con palabras cuyo ardor habría logrado convencer hasta al más escéptico.

—Me odia, y le odia también a usted —grité—. Se vengó de ambos al mismo tiempo, anoche. Me vio salir del baile y debió verle salir a usted también. Sabía el tiempo que le llevaría llegar hasta la casa, y entonces puso en marcha su voluntad criminal. ¡Ah! Su cara, con sus contusiones, es muy poca cosa comparada con las heridas que tengo yo en el alma.

—Sí, sí —musitó él—; me vio salir del baile. Esa mujer es capaz de eso… Pero ¿será posible que realmente le haya llevado a usted hasta este estado? ¿Qué piensa hacer?

—Acabar con esto —grité—. Me ha empujado hasta el límite. Hoy la avisaré noblemente, y la próxima vez será la última.

—No sea imprudente —me dijo Sadler.

—¡Que no sea imprudente! —exclamé—. La única imprudencia que podría cometer sería permitir que esto durara una hora más.

Dicho esto, me abalancé fuera de la habitación.

Y he aquí que me encuentro en vísperas de un acontecimiento que puede ser el punto crítico de mi vida.

Voy a actuar de inmediato.

Hoy he obtenido un gran logro; hay por lo menos un hombre que admite la realidad de esta monstruosa aventura mía.

Si ocurriera lo peor, aquí está este diario para testimoniar hasta dónde me he visto arrastrado.

NOCHE

Cuando llegué a casa de los Wilson me hicieron subir inmediatamente y me encontré frente a la señorita Penelosa.

Tuve que escuchar durante media hora el parloteo entusiasta de Wilson acerca de sus recientes investigaciones sobre la precisa naturaleza de los trances espiritistas, mientras aquel ser y yo permanecíamos en silencio, mirándonos sesgadamente.

Yo leía en su mirada un regocijo siniestro. Ella debió leer en la mía el odio y la amenaza.

Casi había abandonado la esperanza de hablar con ella a solas cuando llamaron a Wilson, que tuvo que salir de la habitación. Nos quedamos cara a cara algunos minutos.

—¡Bueno, profesor Gilroy! —me dijo, con esa sonrisa acre propia de ella —. Mejor dicho, *señor* Gilroy, ¿qué tal le va a su amigo, el señor Sadler, después del baile?

—¡Se han acabado tus artimañas, diablesa! —grité—. Ya basta. Escucha lo que voy a decirte.

Atravesé la habitación a zancadas y la sacudí brutalmente por los hombros.

—¡Tan cierto como que hay un Dios en el cielo, te juro que si vuelves a cometer contra mí alguna de tus maldades infernales te lo haré pagar con la vida! ¡Pase lo que pase, te mataré! He llegado al límite de lo que un hombre puede soportar.

—Todavía no hemos acabado de saldar nuestras cuentas —dijo ella con una vehemencia igual a la mía—. Sé amar, y sé odiar. Podías elegir, y preferiste rechazar mi amor a puntapiés. Ahora tienes que saborear mi odio. Será necesario un pequeño esfuerzo para acabar con tu testarudez, pero se conseguirá… La señorita Marden vuelve mañana, según tengo entendido.

—¿Y eso a ti qué te importa? —grité—. La insultas solo con pensar en ella. Si te creyera capaz de hacerle el menor daño…

Estaba asustada: me daba cuenta. Aunque trataba de mostrarse segura, leía en mi pensamiento y retrocedía ante mí.

—La señorita Marden es afortunada al tener un campeón como usted —me dijo—. ¡Un hombre que se atreve a amenazar a una mujer sola! Desde luego, he de felicitar a la señorita Marden por tener a semejante protector.

Lo que decía era amargo; su tono y su expresión eran todavía más acres.

—Sobran las palabras —dije—. Sólo he venido a advertirle, del modo más solemne, que la próxima villanía que haga conmigo será la última.

Tras decir esto, oí los pasos de Wilson subiendo las escaleras y salí de la habitación.

Sí. Por muy venenosa y terrible que sea su expresión, ahora debe empezar a darse cuenta de que tiene tanto que temer de mí como yo de ella.

¡Asesinato! Es una palabra horrenda, pero cuando se mata a un tigre o a una serpiente no se habla de asesinato.

Que se ande con cuidado de ahora en adelante.

5 DE MAYO

Fui a recibir a Agatha y a su madre a las once en la estación.

¡Tiene un aire tan vital, tan feliz! ¡Es tan hermosa!

¡Y qué placer ha mostrado al volver a verme!

¿Qué he hecho yo para merecer ese amor?

Las acompañé hasta su casa y almorzamos juntos.

Me pareció como si en un instante un velo me ocultara todos los suplicios de mi vida.

Agatha me dijo que tengo mal aspecto, que estoy pálido y parezco enfermo. ¡La pobre niña atribuye esto a mi soledad y a los pocos cuidados de un ama de llaves a sueldo! ¡Dios quiera que jamás conozca la verdad!

¡Que la sombra, si es que sombra ha de haber, caiga para siempre sobre mi propia vida y la deje a ella a pleno sol!

Acabo de volver de su casa. Me siento como nuevo.

Con Agatha junto a mí creo que podría enfrentarme con todo lo que la vida pudiera infligirme.

5 DE LA TARDE

Intentaré ser preciso.

Intentaré anotar con exactitud lo ocurrido.

El recuerdo está todavía en mi mente. Puedo contar lo sucedido con exactitud, aunque es poco probable que jamás olvide lo ocurrido hoy.

Volví de casa de las Marden después de comer, y estaba preparando muestras microscópicas en estado de congelación para mi micrótomo, cuando percibí de pronto esa pérdida de la conciencia que tanto me aterra y que tan bien conozco desde hace poco.

Al recobrar el sentido, me encontré sentado en una habitación muy distinta de aquélla en la que había estado trabajando.

Era una habitación cómoda y luminosa, con sillones de cotonada estampados; las cortinas eran multicolores, y junto a las paredes había numerosos objetos decorativos.

Un primoroso reloj de péndulo, frente a mí, marcaba su tic-tac, y sus agujas indicaban las tres y media.

Todo me parecía muy familiar; pese a ello, lo contemplé todo con asombro, hasta que mi mirada se detuvo en una fotografía: la mía, enmarcada y colocada sobre el piano. Junto a ella había otra fotografía, la de la señorita Marden.

Entonces, claro está, supe dónde estaba.

Era el saloncito de Agatha.

Pero ¿cómo explicar mi presencia allí? ¿Había sido enviado allí con algún fin diabólico?

¿Habría llevado ya a cabo ese fin? Sin duda; de no ser así no se me habría permitido recobrar la conciencia de mí mismo.

¡Oh, cuánto sufrí entonces! ¿Qué habría hecho?

Me puse en pie bruscamente, desesperado… Y entonces cayó en la alfombra un pequeño frasco que tenía sobre las rodillas.

No se había roto. Lo recogí.

Su etiqueta decía: «Ácido sulfúrico concentrado».

Cuando le quité el tapón de vidrio, salió del frasco un humo denso, acompañado de un olor acre, asfixiante, que se extendió por la habitación.

Reconocí el frasco que tenía en mi laboratorio como reactivo químico.

Pero ¿por qué habría traído un frasco de vitriolo a la habitación de Agatha? ¿No será ése el líquido viscoso y humeante que muchas mujeres celosas han utilizado para destruir la belleza de sus rivales?

Se me paró el corazón cuando puse el frasco a contraluz para examinarlo. ¡Gracias a Dios! Estaba lleno.

Hasta aquel momento, pues, no se había perpetrado ninguna atrocidad.

Pero si Agatha hubiese entrado un minuto antes, ¿no era seguro que el infernal parásito que había entrado en mí me habría obligado a tirarle aquel líquido a la cara? Indudablemente, así habría sido, ya que, de lo contrario, ¿por qué lo habría traído?

Al pensar en lo que había estado a punto de hacer, mis nervios, ya debilitados, llegaron a su punto de ruptura. Me dejé caer en un asiento, temblando, convulso, convertido en un pingajo humano.

La voz de Agatha y el susurro de su vestido me devolvieron la conciencia.

Alcé la mirada y vi que me observaban sus ojos azules, rebosantes de ternura y de piedad.

—Tendremos que llevarte al campo, Austin. Necesitas descanso y tranquilidad. Pareces horriblemente cansado.

—¡Oh, nada, no es nada! —dije, tratando de sonreír—. Ha sido un desmayo pasajero. Ahora estoy perfectamente.

—Siento mucho haberte dejado aquí esperando. ¡Pobre amigo mío! Debe hacer al menos media hora que estás aquí. El párroco estaba en la sala, y como sé que no te entusiasma hablar con él, me ha parecido mejor que Jane te trajera aquí. ¡Me parecía que ese hombre no se iba a marchar nunca!

—¡Gracias a Dios por su demora! ¡Gracias a Dios que se haya quedado! —grité, enloquecido.

—Pero ¿qué te ocurre, Austin? —me preguntó ella, tomándome del brazo mientras yo me levantaba, tambaleante—. ¿Por qué te alegra que el párroco se haya quedado tanto rato? ¿Y qué es ese frasquito que llevas en la mano?

—¡Nada! —exclamé, metiendo rápidamente el frasco en el bolsillo—. Pero he de irme; tengo algo importante que hacer.

—¡Qué aspecto tan terrible tienes, Austin! Nunca te había visto así. ¿Estás enfadado?

—Sí, lo estoy.

—Pero ¿conmigo?

—Claro que no, querida mía. Pero no entenderías…

—Todavía no me has dicho para qué has venido.

—He venido para preguntarte si me querrás siempre… haga lo que haga… sea cual sea la sombra que caiga sobre mi nombre. ¿Confiarías en mí, por tremendas que lucían las apariencias en mi contra?

—Sabes que te seré fiel, Austin.

—Sí. Sé que lo serás. Haga lo que haga, lo haré por ti. Estoy obligado a hacerlo. No hay otro modo de salir de esta situación, querida mía.

La besé y salí dando zancadas.

Había quedado atrás el tiempo de la indecisión.

Mientras aquel monstruo había amenazado solamente mis intereses y mi honor, había podido preguntarme qué hacer.

Pero ahora, cuando Agatha… mi inocente Agatha… estaba en peligro, mi deber quedaba tan claramente trazado como una carretera.

No iba armado, pero eso no me detuvo. ¿Qué arma necesitaba, si sentía en tensión todos mis músculos y percibía en ellos la fuerza de un loco furioso?

Corrí por las calles, tan obsesionado por lo que me proponía hacer que sólo muy vagamente reconocí a los conocidos con los que me cruzaba, y apenas me di cuenta de que el profesor Wilson corría, tan precipitadamente como yo, en dirección contraria a la mía.

Llegué a la casa, jadeante, pero resuelto. Llamé.

Me abrió una criada. Estaba turbada, y su turbación aumentó al ver al hombre que tenía delante.

—Lléveme inmediatamente ante la señorita Penelosa —exigí.

—Señor —me contestó con voz balbuceante—, la señorita Penelosa ha muerto esta tarde, a las tres y media.

EL COFRE PINTADO A FRANJAS[19]

—¿Qué saca usted en consecuencia de esa embarcación, Allardyce? —le pregunté.

El segundo oficial estaba a mi lado en la popa, con sus piernas cortas, gruesas y abiertas en el ancho compás, porque el ventarrón había dejado tras de sí una considerable marejada y las dos lanchas de cuarta casi tocaban la superficie de las aguas a cada balanceo de la embarcación. Asentó sus gemelos en los obenques de mesana y miró largo rato fijamente al barco desconocido y lamentable, mientras lo levantaba la cresta de una ola y permanecía en alto durante algunos segundos antes de hundirse por el lado contrario de aquélla. Estaba tan hundido en el agua que sólo pude vislumbrar en algunas ocasiones la línea verdosa de las amuradas.

Era un bergantín, pero su palo mayor había sido arrancado de cuajo a unos diez pies por encima de la cubierta, y no parecía que hubiese hecho ningún esfuerzo para cortar y desembarazarse de aquella ruina, que flotaba, con sus velas y vergas, igual que el ala rota de una gaviota herida junto al costado de la embarcación. El palo de trinquete seguía en pie, pero la vela cangreja flotaba en libertad, y las delanteras ondeaban como largos gallardetes blancos. Jamás he visto embarcación más maltratada que aquélla.

Sin embargo, eso no podía sorprendernos, porque durante los últimos tres días hubo momentos en que dudamos de si nuestra embarcación llegaría jamás a ver tierra. La mantuvimos en dirección a la tormenta por espacio de treinta y seis horas, y si la *Mary Sinclair* no hubiese sido tan marinera como la mejor de cuantas embarcaciones salieron del Clyde, no habríamos podido aguantar aquella tormenta. Sin embargo, allí estábamos sin haber sufrido otra pérdida que la de nuestro chinchorro y una parte de la amurada de estribor. Con todo, una vez que salimos del apuro, no nos causó ningún asombro descubrir que otros habían sido menos afortunados y que aquel bergantín destrozado, que se bamboleaba sobre el mar azul y bajo un cielo sin nubes, hubiese quedado, igual que un hombre cegado por el brillo de un relámpago, para relato de las espantosas horas transcurridas.

Allardyce era un escocés lento y metódico, y permaneció contemplando mucho tiempo y con gran atención el pequeño bergantín, en tanto que nuestros marineros se alineaban a lo largo de la amura, o se amontonaban en los obenques delanteros para ver mejor el barco desconocido. Cuando se navega por los 20 grados de latitud y 10 grados de longitud, que era más o menos donde nosotros nos encontrábamos, se siente cierta curiosidad por las embarcaciones con las que uno se cruza, ya que esa situación supone haberse salido de las rutas principales del comercio del Atlántico, que quedan más al norte. Llevábamos diez días navegando por un mar solitario. El segundo oficial dijo:

—Creo que se trata de un barco abandonado.

Yo había llegado ya a idéntica conclusión, porque no había podido distinguir sobre cubierta ningún signo de vida y nadie contestaba a los saludos amistosos de nuestros marineros. Era probable que la tripulación hubiese abandonado el barco con el convencimiento de que estaba a punto de irse a pique. Allardyce siguió diciendo con sus reposadas maneras:

—No tardará mucho en hundirse. De un momento a otro sumergirá la nariz y levantará en alto la cola. El agua lame hasta los bordes de su antepecho.

—¿Qué bandera lleva? —pregunté.

—Es lo que estoy tratando de descubrir. Está totalmente enredada y retorcida con las drizas. Sí, ahora la veo con bastante claridad. Es la bandera brasileña, pero invertida.

Por lo visto, habían izado la señal de petición de socorro antes de que la tripulación abandonase el barco. Quizá sólo hacía un momento que lo habían abandonado. Miré con los gemelos del primer oficial por toda la superficie tumultuosa del Atlántico azul oscuro, cruzado todavía de venas blancas y salpicaduras de espuma. Por ninguna parte logré descubrir ni un solo ser humano aparte de nosotros mismos.

—Quizá haya a bordo algún superviviente —dije.

—Quizá se podría salvar parte del cargamento —refunfuñó el segundo oficial.

—Nos acercaremos por su lado de sotavento y lo abordaremos.

No estábamos a más de un centenar de yardas de distancia, cuando echamos hacia atrás nuestra vela delantera y realizamos con éxito la maniobra; nuestra embarcación y el bergantín se inclinaban de proa y luego de popa, lo mismo que dos payasos que interpretan un baile.

—Echad al agua una de las lanchas de la cuadra de popa —ordené—. Mr. Allardyce, lleve cuatro hombres y vea lo que se puede averiguar acerca de ese barco.

Pero en aquel preciso momento se presentó en la cubierta el primer oficial, Mr. Armstrong, porque habían sonado siete campanadas y sólo faltaban unos minutos para que terminase su guardia. Yo también estaba interesado en ir al barco abandonado para ver lo que ocurría allí. Por eso, después de dirigir unas palabras a Mr. Armstrong, pasé por encima del antepecho, me deslicé por una de las cuerdas de tira de aparejo y me coloqué en mi puesto, a popa de la lancha.

La distancia que nos separaba era pequeña, pero nos llevó algún tiempo atravesarla; eran tan fuertes las olas que, muchas veces, cuando nos encontrábamos en lo más hondo de ellas, no veíamos ni siquiera nuestra propia embarcación, ni el bergantín al que nos acercábamos. El sol, que se estaba hundiendo en el horizonte, no llegaba hasta allí con su luz, y en las depresiones de una ola a otra reinaban el frío y la oscuridad; pero la siguiente ola nos subía nuevamente hasta la altura en que reinaban el calor y la claridad del sol. En esos instantes, flotábamos en lo más alto de un lomo de ola cubierto de espuma y veíamos a cada lado dos valles negros; entonces, y por un momento, divisaba yo la línea larga y verdosa de las amuras y el palo de trinquete del bergantín que se balanceaba hacia delante, y maniobraba con el timón para rodear la embarcación por la popa, a fin de buscar la mejor manera de subir a bordo. Al cruzar por detrás de la popa leí el nombre de *Nossa Senhora da Vittoria* pintado a todo lo ancho de la curva de popa.

—Señor, ya estamos a barlovento —dijo el segundo oficial—. Carpintero, prepárese con el bichero.

Un instante después habíamos saltado por encima de las amuradas, que estaban muy poco más altas que nuestra propia lancha, y pisábamos la cubierta del barco abandonado.

Nuestro primer pensamiento fue adoptar las disposiciones necesarias para nuestra propia seguridad, en el caso, que parecía muy probable, de que la embarcación se hundiese bajo nuestros propios pies. Con este objeto, dos de nuestros hombres se agarraron a la cuerda de amarre de la lancha y la apartaron del costado del bergantín, a fin de que pudiéramos pasar a ella en caso de que nos viésemos obligados a emprender una retirada rápida. Enviamos al carpintero a que comprobase la cantidad de agua que había embarcado el bergantín y si ésta iba subiendo de nivel; mientras tanto, el otro

marinero, Allardyce y yo realizamos una inspección rápida del barco y su cargamento.

La cubierta estaba sembrada de restos y de jaulas de gallinas, dentro de las cuales flotaban las aves muertas. Las lanchas habían desaparecido, con excepción de una que había sido desfondada; era, pues, seguro que la tripulación había abandonado el barco. El camarote del capitán se hallaba en la construcción de cubierta, y uno de sus lados había sido destrozado por el fuerte oleaje. Allardyce y yo entramos en el camarote y encontramos la mesa del capitán tal y como éste la había dejado, con sus libros y documentos desparramados, todos en español o en portugués, y también con montoncitos de ceniza de cigarrillos por todas partes. Busqué el Diario de navegación, pero no pude encontrarlo. Allardyce explicó:

—Es muy probable que no lo hayan llevado nunca, porque a bordo de los mercantes sudamericanos reina bastante negligencia y hacen únicamente lo que no tienen más remedio que hacer. Si había uno, seguramente el capitán se lo llevó cuando embarcó en la lancha.

—Me gustaría llevarme todos estos libros y documentos —dije yo—. Pregunte al carpintero cuánto tiempo podremos permanecer aquí.

El informe del carpintero fue tranquilizador. El barco estaba lleno de agua, pero una parte de su cargamento flotaba y no había peligro inmediato de hundimiento. Lo más probable era que no llegase a hundirse nunca del todo y que marchase al garete, formando uno de tantos arrecifes terribles que no figuran en ninguna carta, pero que han echado a pique tantas embarcaciones.

—Siendo así, Mr. Allardyce, no hay peligro en que baje usted al interior —le dije—. Fíjese bien, por si se puede esclarecer lo que le ha ocurrido a este barco y la cantidad de cargamento que se puede salvar. Mientras tanto, yo examinaré estos documentos.

Los albaranes de embarque y las cartas que había encima de la mesa bastaron para informarme de que el bergantín brasileño *Nossa Senhora da Vittoria* había zarpado de Bahía un mes antes. El apellido del capitán era Texeira, pero no había ningún rol de la tripulación. Navegaba con destino al puerto de Londres, y me bastó echar un vistazo a los albaranes de embarque para comprender que no íbamos a beneficiarnos mucho con la carga que pudiera salvarse. Estaba compuesta de nueces, jengibre y madera, esta última en forma de grandes troncos de valiosas especies tropicales. Esos troncos eran sin duda los que habían impedido el hundimiento de la desgraciada embarcación, pero su tamaño nos hacía imposible trasladarlos a nuestro barco. Había, además, algunos artículos de fantasía, tales como pájaros

disecados para adorno de sombreros y un centenar de cajones de conservas de fruta. De pronto, mientras estaba repasando los documentos tropecé con una breve nota en inglés que atrajo mi atención. Decía así:

> Se solicita que los distintos objetos raros y antiguos, españoles e indios, que proceden de la colección de Santarem, y que van consignados a Prontfoot y Neuman, de Oxford Street, Londres, sean colocados en un lugar en que no haya peligro de que piezas tan valiosas y únicas sufran daño o sean maltratadas. Esta solicitud se hace especialmente por lo que respecta al cofre de caudales de don Ramírez de Leyra, que no deberá ser colocado, bajo ningún concepto, al alcance de la mano de nadie.

¡El cofre de caudales de don Ramírez! ¡Artículos únicos y valiosos! Allí había alguna probabilidad de salvamento de carga, después de todo. Me puse en pie con el documento en la mano, y en ese instante apareció en la puerta el oficial escocés, que me dijo:

—Tengo la impresión, señor, de que en este barco ha ocurrido algo que no está bien.

Aunque el oficial escocés era hombre de rostro impasible, pude ver que había visto algo que le había sobresaltado.

—¿De qué se trata?

—De un asesinato, señor. He encontrado el cadáver de un hombre que tiene levantada la tapa de los sesos.

—¿No habrá sucumbido durante la tormenta? —dije yo.

—Es posible, señor; pero me sorprendería que siguiese usted opinando así después de verlo.

—¿Dónde está, pues?

—Por aquí, señor; en la casilla del puente principal.

En el bergantín no había, por lo visto, alojamiento en el interior del casco. El capitán tenía su camarote en la casilla de popa; en la escotilla mayor había otra casilla a la que estaba adosada la cocina, y en el castillo de proa, otra para la tripulación. Fue a la que estaba al lado de la escotilla mayor hacia donde me llevó el segundo oficial. A la entrada de la casilla, y al lado derecho, estaba la cocina, con todas sus cacerolas y platos en el suelo, formando un revoltijo; a la izquierda había un cuarto pequeño provisto de dos literas para los oficiales; al fondo había un espacio como de veinte pies cuadrados en el

que estaban revueltas banderas y velas de reserva. En todas las paredes de ese depósito había una serie de paquetes recubiertos de un paño tosco y amarrados a la obra de madera. Y, al fondo del mismo, había un gran arcón o cofre, pintado de franjas rojas y blancas, aunque el color rojo estaba tan desteñido, y el blanco tan sucio, que sólo se distinguían donde la luz les daba directamente. Tenía el arcón, según las medidas que más adelante se tomaron, cuatro pies y tres pulgadas de largo, tres pies y dos pulgadas de altura y tres pies de fondo, es decir, que era mucho mayor que un arcón de marinero.

Pero, cuando entré en el depósito, mis ojos y mis pensamientos no se dirigieron hacia el arcón. En el suelo, cruzado sobre el revoltijo de banderas, había un hombre de pelo negro y barba corta y ensortijada. Yacía a cierta distancia del arcón, con los pies hacia éste y la cabeza en el lado opuesto. En la lona blanca sobre la que descansaba su cabeza había una gran mancha roja, y unos pequeños surcos rojos se alargaban alrededor de su cuello moreno y se prolongaban por el suelo; pero no se advertía, a primera vista, ninguna herida, y la expresión de su rostro era tan plácida como la de un niño que está durmiendo.

Sólo al agacharme hacia él pude descubrir la herida, y al verla me aparté, lanzando una expresión de horror. Tenía un golpe de hacha de marinero que, por lo visto, debió de descargar contra él alguien que estaba a su espalda. El golpe había sido tan tremendo, que le había destrozado la parte superior del cráneo, penetrando profundamente en los sesos. Nada de extraño tenía la plácida expresión de su cara, porque la muerte debió de ser instantánea, y la situación de la herida demostraba que no pudo ver a la persona que se la infligió.

—¿Fue accidente o asesinato, capitán Barclay? —preguntó mi segundo oficial, muy preocupado.

—Tiene usted muchísima razón, Mr. Allardyce. Este hombre ha sido asesinado, y lo fue por un golpe descargado desde arriba con un arma afilada y pesada. Pero ¿quién era, y por qué le asesinaron?

—Era un simple marinero, señor —dijo el primer oficial—. Le bastará mirarle los dedos para convencerse.

Mientras hablaba, le volvió hacia fuera los bolsillos y salieron a relucir una baraja, un trozo de cordel embreado y un paquete de tabaco brasileño.

—¡Vaya! Fíjese usted en esto —dijo el oficial.

Lo que había encontrado en el suelo era un cuchillo de resorte, grande y con la hoja abierta. El acero estaba pulimentado y brillante, de modo que no

era posible asociarlo con el crimen; pero el muerto lo empuñaba, por lo visto, cuando recibió el golpe, porque estaba en el suelo al alcance de su mano.

—Tengo la impresión de que sabía que se encontraba en peligro y tenía el cuchillo preparado —dijo el oficial—. Pero ya nada podemos hacer por este pobre hombre. No adivino lo que puedan ser esos objetos que están amarrados a las paredes. Parece como si fueran ídolos, armas y antigüedades de varias clases, envueltas en viejas telas de embalar.

—Así es, en efecto —dije yo—. Son los únicos objetos de valor que quizá podamos salvar del naufragio. Llame a nuestra embarcación y dígales que nos envíen la otra lancha de la cuadra de popa para que nos ayude a llevar todo esto a bordo.

Mientras el oficial se iba a cumplir la orden, me puse a examinar aquel extraño botín que había caído en nuestras manos. Todas las antigüedades se hallaban embaladas con tal esmero que sólo pude hacerme una vaga idea de su clase; pero el cofre a franjas estaba bien a la luz, y me fue posible examinarlo detenidamente. Sobre la tapa, que estaba empalmada y reforzada con ángulos de metal, había grabado un complicado escudo de armas, y debajo una línea de palabras en español, cuyo sentido conseguí descifrar: «Cofre de caudales de don Ramírez de Leyra, caballero de la Orden de Santiago, gobernador y capitán general de Tierra firme y de la provincia de Veraguas». En un ángulo aparecía la fecha de 1606, y en el otro había una etiqueta grande, blanca, en la que estaba escrito en inglés y repetido debajo en castellano: «Se ruega encarecidamente que no se abra este cofre bajo ningún pretexto». En cuanto a la cerradura, era muy complicada y de mucho peso, de acero, en la que estaban grabados unos signos que escapaban a la comprensión de un marino.

Mientras yo terminaba el examen de tan curioso arcón, llegó la otra lancha de la cuadra de popa, mandada por el primer oficial, Mr. Armstrong, y nos pusimos a trasladar a ella todos aquellos objetos antiguos, que parecían ser lo único que valía la pena salvar del buque náufrago. Cuando la lancha estuvo llena, le ordené que transportase todo el cargamento hasta nuestro barco, y luego, Allardyce y yo, con la ayuda del carpintero y un marinero, levantamos en vilo el arcón a franjas, que era lo único que quedaba ya, lo llevamos hasta nuestra lancha y lo pusimos a lo ancho, equilibrándolo sobre los dos bancos de remeros del centro, porque era tan pesado que si lo hubiésemos colocado hacia la proa o hacia la popa habría dado a la lancha una peligrosa inclinación. En cuanto al muerto, lo dejamos en el mismo lugar en que lo habíamos encontrado.

El segundo oficial había expresado la creencia de que cuando la tripulación se disponía a abandonar el buque, aquel hombre se había dedicado al saqueo, y entonces el capitán, en un esfuerzo por mantener la disciplina, lo había derribado de un hachazo o con un golpe descargado con otra arma pesada. Esta hipótesis parecía la más probable de todas, pero tampoco resultaba completamente satisfactoria. Como el océano está lleno de misterios, nos limitamos a dejar que la muerte del marinero del bergantín brasileño se agregara a la extensa lista que todos los marinos pueden recordar.

El pesado arcón fue izado por medio de cuerdas a la cubierta de la *Mary Sinclair* y transportado por cuatro marineros al camarote, donde había espacio justo para colocarlo entre la mesa y las cajonadas de atrás. Allí estuvo mientras cenábamos, y los dos oficiales me acompañaron de sobremesa para hablar del acontecimiento del día, mientras bebíamos un vaso de *grog*. Mr. Armstrong era un hombre alto, enjuto, de aspecto de ave de presa, excelente como marino, pero célebre por su avaricia y roñosería. Nuestro hallazgo le había excitado mucho y ya había empezado a calcular con ojos brillantes la cantidad que podría correspondernos cuando llegase el momento de hacer el reparto de lo salvado.

—Mr. Barclay, si la nota es cierta y se trata de ejemplares únicos, entonces valen el precio que uno quiera ponerles. No tienen ustedes idea de las cantidades que pagan los coleccionistas ricos. Un millar de libras no es nada para ellos. O mucho me equivoco, o vamos a sacar algo provechoso de este viaje.

—No opino lo mismo —le contesté—. Por lo que he podido ver, se diferencian poco de todas esas curiosidades sudamericanas.

—Pues yo, señor, que he hecho catorce veces la travesía a los países de Sudamérica, le digo que jamás he visto nada que se parezca a este arcón. Lo que está a la vista vale un gran montón de dinero. Pero pesa tanto que seguramente encierra dentro algún objeto de gran valor. ¿No cree usted que deberíamos abrirlo y ver lo que contiene?

—Lo más probable es que, si lo abrimos, lo estropeemos.

Armstrong se puso en cuclillas delante del cofre, con la cabeza a un lado y la nariz a pocas pulgadas de la cerradura. De pronto dijo:

—Es de roble, y la madera se ha encogido un poco al cabo de los años. Si tuviese un cincel o un cuchillo de hoja fuerte, podría hacer correr el pasador de la cerradura sin causar el menor daño al cofre.

Aquella mención de un cuchillo de hoja fuerte me trajo el recuerdo del marinero muerto a bordo del bergantín, y dije:

—¿No estaría aquel hombre ocupado en esa tarea cuando alguien vino a interrumpirle?

—Yo no sé nada de ese asunto; pero de lo que sí estoy seguro es de que soy capaz de abrir ese cofre. Aquí, en el estante, hay un destornillador. Alúmbreme con la lámpara, Allardyce, y haré el trabajo en un par de empujones.

—Espere un momento —dije yo, al ver que se agachaba para examinar la tapa con ojos en los que brillaban la curiosidad y la avaricia—. No veo que haya ninguna prisa por realizar la operación. Ya ha leído usted la nota en la que se nos avisa que nos abstengamos de abrir el cofre. Quizá encierre esa nota algún secreto, o quizá no; pero yo me siento inclinado a tenerla en cuenta. Después de todo, tenga dentro lo que tenga, si es algo de valor, tanto da que se abra en las oficinas de su propietario como en el camarote de la *Mary Sinclair*.

El primer oficial se mostró muy decepcionado por mi resolución, y dijo con una ligera mueca de burla:

Me imagino, señor, que no adoptará esa actitud por temores supersticiosos. Si el cofre sale de nuestras manos sin que nos hayamos cerciorado de su contenido, podrían ignorarse nuestros derechos; además…

—Basta ya, Mr. Armstrong —le contesté con brusquedad—. Puede tener usted la seguridad más absoluta de que recibirá todo lo que en derecho le corresponde; pero no estoy dispuesto a que el arcón sea abierto esta noche.

—Pero ¿no ve usted que la etiqueta misma demuestra que ha sido examinado por europeos? —agregó Allardyce—. El que sea un cofre de caudales no quiere decir que contenga en su interior ningún tesoro. Con seguridad que han sido muchas las personas que lo han examinado desde los tiempos del antiguo gobernador de Tierra Firme.

Armstrong tiró el destornillador encima de la mesa y se encogió de hombros, diciendo:

—Como usted quiera.

Pero, durante el resto de la velada, aunque hablamos de muchos temas, me fijé en que los ojos de Mr. Armstrong se volvían a cada momento hacia el cofre pintado a franjas con la misma expresión de curiosidad y de avaricia.

Paso ahora a la parte de mi relato que hoy mismo, cuando me pongo a recordarla, me produce un estremecimiento de horror. Los cuartos de los oficiales estaban a uno y otro lado de la cabina principal, pero el mío estaba al fondo de la misma, donde terminaba el pequeño pasillo que conducía a la escotilla. Salvo en casos graves, yo no hacía guardias con regularidad, y los

tres oficiales se las repartían entre ellos. Armstrong tenía la guardia de en medio, que termina a las cuatro de la madrugada, hora en la que era relevado por Allardyce. Yo he sido siempre un hombre de sueño profundo, y rara vez me despertaba a menos que me sacudiesen por el hombro.

Sin embargo, aquella noche me desperté, o más bien, me desperté cuando empezaba a despuntar el día. Eran justamente las cuatro y media, según mi reloj, cuando algo hizo que me sentase en la litera, completamente despierto y con los nervios en tensión. Se había oído un ruido extraño, un estrépito rematado con un alarido de voz humana que todavía me arañaba los oídos. Permanecí sentado y escuchando, pero todo estaba en el más profundo silencio. Sin embargo, aquel alarido horrible no podía ser cosa de mi imaginación, porque seguía resonando todavía dentro de mi cabeza, y tenía la impresión de que lo habían lanzado muy cerca de mí. Salté de mi litera, me vestí a medias, y entré en la cabina.

En un primer momento no advertí nada de particular. A la luz fría y gris del amanecer distinguí la mesa cubierta con un mantel rojo, los seis sillones giratorios, la cajonada de nogal, el barómetro oscilante, y allí, al fondo, el gran cofre de franjas.

Me alejaba ya, con el propósito de salir a cubierta para preguntar a mi segundo oficial si había oído algo, cuando mis ojos tropezaron súbitamente con un objeto que sobresalía por debajo de la mesa. Aquello era la pierna de un hombre; una pierna con una alta bota marinera. Me agaché, y descubrí un cuerpo caído de bruces, con los brazos hacia delante y el cuerpo retorcido. Me bastó una mirada para reconocer en aquel cuerpo a Armstrong, el primer oficial, y me bastó un segundo para comprobar que estaba muerto. Me quedé unos instantes atónito y jadeante. Acto seguido me precipité a la cubierta, llamé a gritos a Allardyce para que acudiese en mi ayuda, y entramos los dos en la cámara.

Entre los dos sacamos al infortunado compañero de debajo de la mesa, y en cuanto vimos su cabeza chorreando sangre, nos miramos el uno al otro; no sé quién de los dos estaba más pálido.

—Exactamente igual que el marinero del buque brasileño —dije.

—Exactamente igual. ¡Que Dios nos guarde! Es cosa de ese cofre infernal. Fíjese lo que tiene Armstrong en la mano.

Levantó la mano derecha del primer oficial, y tenía en ella el destornillador que la víspera había querido emplear.

—Ha estado manipulando el cofre, señor. Sabía que yo estaba en el puente y usted dormido. Se arrodilló delante del cofre y empujó hacia atrás el

pasador de la cerradura con esta herramienta. Entonces debió de ocurrirle algo y lanzó aquel grito que usted oyó.

—Allardyce —le susurré—, ¿qué ha podido ocurrirle?

El segundo oficial me agarró de la manga y me llevó a su camarote.

—Señor, podemos hablar aquí, porque no sabemos quién puede estar escuchándonos ahí fuera, en la cámara. ¿Qué se imagina usted que hay encerrado dentro de ese cofre, capitán Barclay?

—Le doy mi palabra de honor de que no tengo la menor idea, Allardyce.

—Pues bien: yo sólo encuentro una explicación que aclara todo lo ocurrido. Fíjese en el tamaño del cofre. Fíjese en todo el trabajo de talla y de metal que puede disimular un gran número de agujeros. Observe el peso del cofre; fueron necesarios cuatro hombres para transportarlo. Además de todo eso, recuerde que dos hombres han tratado de abrirlo, y que los dos encontraron la muerte en ese empeño. Pues bien, señor: ¿qué puede significar todo eso, más que una sola cosa?

—¿Supone que dentro del cofre hay un hombre?

—Naturalmente que lo hay. Ya sabe usted las cosas que ocurren en estos países de Sudamérica. Hoy tiene usted a un hombre de presidente de la República, y a la semana siguiente se ve fugitivo y acosado lo mismo que un perro. Se pasan la vida huyendo para que no los maten. Según mi manera de ver, en el interior del cofre hay escondido un individuo armado y dispuesto a todo, que es capaz de matar a cualquiera antes de dejarse apresar.

—Pero ¿de dónde saca la comida y la bebida?

—Señor, el cofre es muy espacioso y quizá introdujo en él algunas provisiones. En cuanto a la bebida, debió de tener entre la tripulación del bergantín algún amigo que le proveía de la que necesitaba.

—Según eso, usted cree que la etiqueta en la que se pide que bajo ningún concepto se abra el cofre ha sido colocada pensando en el hombre que se esconde en su interior.

—Sí, señor; eso es lo que yo pienso. ¿Encuentra usted alguna otra explicación de lo ocurrido?

Tuve que confesar que no la encontraba, y le pregunté:

—¿Y qué vamos a hacer? Ésa es la cuestión.

—El individuo escondido es un bergante peligroso que no se detiene ante nada. Estoy pensando que no sería mala idea atar el cofre con una cuerda fuerte y dejarlo caer al mar por un costado de nuestra embarcación y arrastrarlo después por espacio de media hora; luego podríamos proceder tranquilamente a su apertura. También podríamos atar el cofre para que no

hubiese medio de levantar la tapa, con lo cual impediríamos que consiguiese agua. O también podría el carpintero darle una mano de barniz por todas partes, de forma que quedasen tapados los agujeros de respiración.

Yo le contesté, colérico:

—Vamos, Allardyce, no me va usted a decir en serio que toda la tripulación de un barco va a permanecer aterrorizada por un solo hombre encerrado en un cofre. Si está ahí dentro, yo mismo le obligaré a salir.

Me dirigí a mi camarote y regresé con el revólver en la mano. Luego, le dije a mi oficial:

—Y ahora, Allardyce, abra la cerradura, y yo permaneceré en guardia.

—¡Por amor de Dios, señor, piense lo que va a hacer! —exclamó el oficial—. Dos hombres perdieron ya la vida en el intento, y la sangre de uno de ellos no se ha secado aún sobre la alfombra.

—Razón de más para que lo venguemos.

—Bien, señor; permítame por lo menos que llame al carpintero. Tres hombres son mejor que dos, y el carpintero es fuerte y valeroso.

Se fue en busca del carpintero, y yo permanecí a solas dentro de la cámara con el cofre a franjas. No creo ser nervioso, pero coloqué la mesa entre mi persona y aquella sólida reliquia antigua del continente español. Las franjas rojas y blancas empezaron a resaltar a medida que les daba la creciente luz de la mañana, y también se fueron destacando las curiosas volutas y guirnaldas de metal y el trabajo de talla que evidenciaba el esfuerzo amoroso que hábiles artesanos habían puesto en su obra. Volvieron al rato el oficial y el carpintero, este último con un martillo en la mano.

—Es éste un feo asunto, señor —dijo el carpintero, moviendo la cabeza y mirando el cadáver del primer oficial—. ¿De modo que ustedes creen que hay alguien escondido dentro del cofre?

—No tenemos la menor duda a ese respecto —contestó Allardyce, recogiendo el destornillador y apretando la mandíbula, como si necesitara reunir todo su valor—. Yo descorreré el pasador de la cerradura si ustedes están preparados para cualquier cosa que se presente. Si ese hombre se pone en pie, dele usted un martillazo en la cabeza, carpintero; y si levanta la mano, dispare usted el revólver en el acto. ¡Vamos a ello!

Se arrodilló delante del cofre a franjas y metió la hoja de la herramienta por debajo del borde de la tapa. La cerradura saltó con un fuerte chasquido. «¡Preparados!», gritó el oficial, y levantó de un golpe la tapa maciza del cofre. En ese momento, los tres dimos un salto hacia atrás: yo, apuntando con mi revólver, y el carpintero, con el martillo levantado por encima de su

cabeza. Entonces, al ver que no ocurría nada, los tres dimos un paso hacia delante y miramos al interior del cofre. Estaba vacío.

Pero tampoco estaba completamente vacío, porque en uno de los rincones había un viejo candelabro amarillo, de dibujos muy complicados, que parecía tan antiguo como el cofre mismo, y que estaba caído de costado. Su color amarillo brillante y su artística forma sugerían que se trataba de un objeto de valor. Aparte del candelabro, no había dentro del cofre de valores, a franjas rojas y blancas, nada que lo tuviera mayor que el polvo que lo cubría.

—¡Válgame Dios! —exclamó Allardyce, mirando desconcertado al interior—. ¿Cómo es posible, entonces, que pese tanto?

—Fíjese en lo gruesas que son las paredes, y fíjese también en la tapa, que tiene cinco pulgadas de espesor. Y vea ese gran muelle de presión que lo cruza de un lado a otro.

—Ese muelle de presión está destinado a mantener levantada la tapa —dijo el oficial—. Puede comprobar cómo no hay ningún modo de volver a cerrarla. ¿Qué es lo que dice este papel impreso en alemán que hay dentro?

—Dice que lo fabricó Johann Rothstein, de Augsburgo, el año 1606.

—Pues hizo un trabajo bastante sólido. Todo esto arroja poca luz sobre lo que ha ocurrido, ¿verdad, capitán Barclay? El candelabro parece de oro. A fin de cuentas, habremos sacado algo por nuestras molestias.

Se inclinó hacia delante para coger el candelabro. Desde entonces no he vuelto a dudar de que la inspiración es un hecho real, porque en ese instante me lancé hacia Allardyce, le agarré por el cuello de la chaqueta y volví a enderezarlo de un tirón. Quizá en ese instante me vino a la memoria alguna leyenda de la Edad Media, o quizá mis ojos percibieron en la parte superior de la cerradura algo que era de color rojo, pero no del rojo propio de la herrumbre; pero, para el oficial y para mí, aquello fue un acto de inspiración que me hizo obrar de una manera súbita y rápida, y decir:

—Aquí hay algo diabólico. Deme el bastón de puño retorcido que tengo en aquel rincón.

Era un simple bastón de paseo con el puño curvo. Metí el puño por debajo del candelabro y di un tirón hacia arriba. Con la rapidez de un relámpago surgió de debajo de la tapa una hilera de colmillos de acero pulimentado que se proyectaron hacia afuera, como si el gran cofre a franjas nos lanzase una dentellada de fiera salvaje. Acto seguido, la pesada tapa volvió a cerrarse con tal estrépito que los vasos que había en el aparador oscilante tintinearon. El oficial se sentó en el borde de la mesa, temblando igual que un caballo asustado, y me dijo:

—Me ha salvado usted la vida, capitán Barclay.

Ése era, pues, el secreto del cofre de valores pintado a franjas de don Ramírez de Leyra, y así era como guardaba sus mal habidas ganancias de la Tierra Firme y de la provincia de Veraguas. Por muy astuto que fuese el ladrón, no podía ver en aquel candelabro ninguna diferencia con otros artículos de valor; en el instante mismo en que ponía su mano en el candelabro se soltaba el terrible muelle, y los asesinos dientes de acero se le clavaban en el cráneo, al mismo tiempo que la fuerza del golpe rechazaba hacia atrás a la víctima y permitía que el cofre volviera a cerrarse automáticamente. ¿Cuántas personas habrían resultado víctimas de la habilidad del mecánico de Augsburgo? Meditando en la posible historia de aquel criminal cofre a franjas, tomé rápidamente una resolución:

—Carpintero, tráigame tres hombres y que saquen el cofre a cubierta.

—¿Lo va usted a tirar por la borda, señor?

—Sí, Mr. Allardyce. Por regla general no soy supersticioso, pero hay cosas que un marino es incapaz de tolerar.

—No tiene nada de particular, capitán Barclay, que el bergantín lo pasase mal con este artilugio a bordo. Capitán Barclay, el barómetro está bajando con mucha rapidez y vamos a disponer del tiempo justo.

En vista de aquello, ni siquiera aguardamos la llegada de los tres marineros, sino que entre el carpintero, el oficial y yo lo sacamos a cubierta y lo tiramos al mar por la borda con nuestras propias manos. Levantó un borbollón de espuma y desapareció. Y allí descansa el cofre a franjas, a una profundidad de mil brazas. Si es cierto que el mar, según dicen, se convertirá algún día en tierra seca, compadezco al hombre que lo encuentre y que trate de averiguar el secreto que contiene.

EL DEMONIO DE LA TONELERÍA[20]

No fue tarea fácil la de remontar el *Gamecock* hasta el interior de la isla, porque la ría había arrastrado tanto fango que los bajíos se adentraban muchos kilómetros en el Atlántico. Apenas se distinguía la costa cuando el primer rizo blanco de las rompientes nos previno del peligro que corríamos. A partir de entonces empezamos a navegar con mucho tiento, sólo con la vela mayor y el foque, dejando bien a la izquierda las rompientes, tal como indicaba la carta de navegación. Más de una vez la quilla tocó el fondo arenoso (en ese momento calábamos algo menos de seis pies), pero tuvimos siempre suficiente impulso y bastante buena suerte para seguir adelante hasta el final. La profundidad de las aguas se reducía con mucha rapidez, pero nos enviaron una canoa desde la factoría, y el piloto de raza krooboy nos condujo a menos de doscientas yardas de la isla. Una vez allí, echamos el ancla, porque el negro nos indicó, por medio de gestos, que no era posible avanzar más. El azul del mar se había convertido en color marrón del río, y, a pesar del cobijo que nos proporcionaba la isla, la corriente borboteaba y se encrespaba a ambos lados de nuestra proa. Daba la impresión de que el río estaba desbordado, porque cubría las raíces de las palmeras, y veíamos por todas partes, en aquella superficie fangosa y grasienta, troncos de árboles y restos de todas clases que la corriente había arrastrado.

Una vez seguros de que flotábamos sin peligro en nuestro anclaje, creí conveniente iniciar en el acto la tarea de la aguada, porque aquel lugar me produjo la impresión de que rezumaba fiebres. Lo lento de la corriente, las orillas fangosas y llenas de charcos, el brillante verdor venenoso de la manigua, el húmedo vapor que flotaba en la atmósfera, todo, en una palabra, eran otras tantas indicaciones de peligro para quien fuese capaz de entenderlas. Despaché, pues, la lancha larga con dos grandes barricas, con cuyo contenido deberíamos tener agua suficiente hasta que arribáramos a San Pablo de Loanda. Yo, a mi vez, embarqué en el chinchorro y me dirigí, remando, hasta la costa, porque se veía ondear por encima de las palmeras la

bandera inglesa, que señalaba el lugar en que Armitage and Wilson tenían establecido su depósito comercial.

Una vez que dejé atrás el bosque, surgió ante mí el depósito, que consistía en un edificio largo, bajo y enjalbegado, que tenía una profunda terraza en la parte delantera, con una inmensa pila de barriles de aceite de palmera amontonados a uno y otro lado. Una hilera de barcas de rompiente y de canoas se extendía a lo largo de la playa, y un único muelle pequeño se proyectaba dentro del río. Al final de ese muelle me esperaban dos hombres vestidos de blanco, con fajas rojas alrededor de la cintura. Uno de ellos era muy voluminoso y de barba entrecana. El otro era delgado y alto, de rostro pálido y alargado, medio oculto bajo el gran sombrero hongo. El hombre delgado me dijo cordialmente:

—Me alegro mucho de verle. Soy Walker, el agente de Armitage and Wilson. Permítame presentarle al doctor Severall, también de la Compañía. No es frecuente que aparezca por aquí un yate particular.

—Es el *Gamecock* —le expliqué—. Yo soy el propietario y el capitán. Me apellido Meldrum.

—¿De exploración? —me preguntó.

—Soy lepidopterista, es decir, cazador de mariposas, y he venido recorriendo las costas occidentales desde el Senegal para abajo.

—¿Buena caza? —preguntó el doctor, mirándome con sus ojos pausados y estriados de amarillo.

—Llevo cuarenta cajones llenos. Hemos entrado para hacer aguada, y también para ver qué hay por aquí de interesante para mi expedición.

Estas presentaciones y explicaciones dieron tiempo a que mis dos mozos negros amarrasen el chinchorro. Acto seguido recorrí el muelle, flanqueado por mis nuevos amigos, que me asediaban con todo tipo de preguntas, pues llevaban muchos meses sin ver a ningún blanco.

—¿Que cómo lo pasamos? —dijo el doctor, una vez que empecé yo, a mi vez, a hacerles preguntas—. Nuestro negocio nos mantiene muy atareados, y en las horas de ocio charlamos de política.

—Sí, gracias a una merced especial de la Providencia, Severall es un izquierdista furibundo, y yo soy un unionista de los inquebrantables, de modo que todas las noches hablamos durante dos buenas horas acerca del Home Rule.

—Y bebemos cócteles de quinina —dijo el doctor—. En la actualidad estamos ya bien empapados del producto; pero el año pasado nuestra temperatura normal solía rondar los 40 grados. Como consejero imparcial, no

puedo recomendarle que permanezca en estos lugares mucho tiempo, a menos que se dedique a coleccionar bacilos igual que colecciona mariposas. La desembocadura del río Ogowai no será nunca un lugar ideal para que las gentes vengan a cuidar de su salud.

No hay nada más hermoso que la manera que tienen estos adelantados alejados de la civilización de destilar un humor áspero, aprovechando la propia desolación en que viven, y poniendo no sólo cara valerosa, sino también divertida a las posibilidades que les proporcionan sus vidas. En todas partes, desde Sierra Leona para abajo, he encontrado los mismos fangales pestilentes, las mismas poblaciones aisladas y atacadas por fiebres e idénticos chistes malos. Hay algo que se acerca a lo divino en esta capacidad del hombre para sobreponerse al ambiente en que vive y para emplear su inteligencia en mofarse de las miserias que padece su cuerpo. El doctor dijo:

—Capitán Meldrum, la comida estará lista de aquí a media hora. Walker ha ido a prepararla, porque esta semana le corresponde hacer el papel de ama de casa. Mientras tanto, si le apetece, podemos darnos un paseo y le mostraré las vistas de la isla.

El sol se había ocultado tras la línea de palmeras, y la inmensa bóveda del firmamento que se extendía por encima de nuestras cabezas parecía el interior de una concha inmensa, llena de trémulas tonalidades rosáceas y delicadas iridiscencias. Ninguna persona que no haya vivido en un país donde el peso y el calor de una servilleta sobre las rodillas resultan insoportables, puede imaginarse el alivio celestial que trae consigo el frescor de la noche. En esa atmósfera más suave y más pura, nos paseamos el doctor y yo por la pequeña isla, mientras él me iba describiendo los detalles de sus almacenes y me explicaba cuál era la rutina de su trabajo.

—Este lugar tiene ciertos aspectos novelescos —me dijo, contestando a unas observaciones mías sobre lo monótono de sus vidas—. Vivimos en el borde mismo de un gran país desconocido. Por allí —y apuntó en dirección al Nordeste— penetró Du Chaillu, y descubrió la patria de los gorilas. Ése es el país de Gabón, es decir, el de los grandes monos. Por ahí —y apuntó hacia el Sudeste— nadie se ha adentrado mucho. La región cuyas aguas recoge este río es prácticamente desconocida para los europeos. Todos los troncos que arrastra la corriente por delante de nosotros proceden de un país no descubierto todavía. Muchas veces deploro no estar mejor preparado en botánica, al encontrarme en el extremo oriental de las isla con orquídeas por demás raras y con plantas de aspecto sumamente curioso.

El lugar al que se refería el doctor era una playa de color marrón y en pendiente, en la que se veían por todas partes los restos de objetos arrastrados por las aguas del río. La playa terminaba a uno y otro lado en una curva cerrada, es decir, en un pequeño rompeolas natural, y entre ambas puntas quedaba una pequeña bahía de aguas poco profundas. Esa bahía estaba cubierta de vegetación flotante, y un único e inmenso tronco de árbol, astillado y embarrancado en el centro de la misma, cortaba la corriente que se encrespaba ligeramente contra su costado grueso y negro.

—Todo esto procede de países muy lejanos. Embarrancan en nuestra pequeña bahía, hasta que llega una corriente mayor que los vuelve a poner a flote y los arrastra mar adentro.

—¿Qué árbol es ése? —le pregunté.

—Me imagino que se trata de una especie de teca, pero que, a juzgar por su aspecto exterior, está completamente podrida. Por aquí pasan flotando toda clase de gruesos árboles de madera dura, por no hablar de las palmeras. Hágame el favor de entrar aquí.

Me llevó a un edificio largo, en el que se veía una cantidad enorme de duelas de barril y de zunchos de hierro amontonados por todas partes, y me dijo:

—Éste es nuestro taller de tonelería. Nos envían las duelas en fardos y nosotros mismos las juntamos, construyendo el barril. ¿No observa usted nada especialmente siniestro en este edificio?

Examiné por todas partes el techo alto de hierro acanalado, las blancas paredes de madera y el suelo de tierra. En un rincón descubrí un colchón y una manta.

—No veo nada que sea alarmante —le dije.

—Sin embargo, hay aquí algo que se sale de lo corriente —me contestó—. ¿Ve usted esa yacija? Pues bien: me propongo dormir ahí esta noche. No quiero fanfarronear, pero creo que es una buena prueba para los nervios.

—¿Por qué?

—Pues porque han ocurrido algunas cosas raras. Usted hablaba de la monotonía de nuestras vidas, pero yo le aseguro que en ocasiones no pueden ser más emocionantes. Es mejor que regrese usted ahora a la casa, porque después de la puesta del sol empieza a levantarse de los pantanos la bruma febril. Fíjese: ahí puede ver cómo avanza cruzando el río.

Miré y vi unos largos tentáculos de bruma blanca que salía retorciéndose de entre el tupido verdor del bosque bajo y reptaba en dirección a nosotros,

por encima de la ancha superficie llena de remolinos del río color marrón. En ese momento el aire se volvió de pronto frío y húmedo.

—Acaba de sonar el gong llamando a comer —dijo el doctor—. Si le interesa este asunto, le hablaré de él más tarde.

Me interesó muchísimo porque, viéndolo allí, en la tonelería abandonada, sus maneras tenían un no sé qué de desasosiego y misterio que excitó intensamente mi fantasía. Era el doctor un hombre grueso, áspero y cordial; sin embargo, descubrí en sus ojos una expresión rara cuando miraba a su alrededor, una expresión que yo no calificaría de miedo, sino más bien la de un hombre que se mantiene alerta y en guardia. Cuando regresábamos a la casa, le dije:

—A propósito, usted me ha mostrado las chozas de muchos de sus obreros indígenas, pero no he visto a ninguno.

—Es cierto. Duermen en aquel pontón que hay allí enfrente —me contestó el médico, apuntando hacia una de las orillas.

—¿De veras? En ese caso no creo que necesiten las chozas.

—Hasta hace muy poco tiempo vivían en ellas y sólo muy recientemente los hemos trasladado al pontón, hasta que vuelvan a recobrar un poco la confianza. Estaban todos medio enloquecidos de miedo; por eso les dejamos marchar. Actualmente no duerme nadie en la isla, aparte de Walker y yo.

—¿Y qué fue lo que les asustó? —pregunté.

—Eso nos lleva de nuevo a la misma historia. Me imagino que Walker no tendrá inconveniente en que se lo cuente todo. No sé por qué razón andamos con tantos misterios, aunque se trate, como sin duda lo es, de un asumo bastante feo.

No volvió a hacer alusión alguna al tema durante la excelente comida que habían preparado en mi honor. Por lo visto, en cuanto las gavias blancas del *Gamecock* aparecieron al doblar el cabo López, aquellos amables colonos empezaron a preparar su célebre guisado de pimienta —plato picante característico de la costa occidental— y a cocer sus ñames y batatas. Fue una comida inmejorable, al estilo indígena, y nos sirvió un inteligente camarero negro de Sierra Leona. Estaba a punto de comentar a mis huéspedes que aquel hombre, por lo menos, no había tomado parte en la fuga general, cuando, después de colocar los postres y el vino encima de la mesa, se llevó la mano al turbante y preguntó:

—¿Puedo hacer algo más, Mr. Walker?

—No, Mussa; creo que todo está completo —contestó mi anfitrión—. Sin embargo, no me siento muy bien esta noche, y me gustaría que te quedases en

la isla.

Observé en la negra cara del africano la lucha entre sus temores y su sentido del deber. La piel de su rostro había adquirido el color amoratado que equivale en los negros a nuestra palidez, y sus ojos miraban furtivamente en torno suyo. Por último, exclamó:

—No, no, Mr. Walker. Es preferible que venga usted conmigo al pontón, señor. En el pontón podría atenderle mucho mejor, señor.

—Mussa, eso no puede ser. Los blancos no huyen de los puestos en que han sido colocados.

Una vez más pude observar la lucha apasionada en la cara del negro, y de nuevo vencieron sus miedos.

—No puede ser, Mr. Walker, señor —exclamó—. Dios me valga, pero no puedo hacerlo. Quizá lo habría hecho ayer, y quizá lo haría mañana; pero ésta es la tercera noche, señor, y eso es superior a mis fuerzas.

Walker se encogió de hombros y dijo:

—Lárgate, pues. Cuando llegue el barco del correo puedes regresar a Sierra Leona, porque yo no quiero servidores que me abandonen cuando más necesito de ellos. Capitán Meldrum, supongo que todo esto es un misterio para usted, si es que el doctor no se lo ha explicado.

—Le he enseñado al capitán Meldrum la tonelería, pero no le he contado el asunto —dijo el doctor Severall.

Y agregó, fijándose en su compañero:

—Walker, tiene usted mal aspecto. Creo que le amenaza un fuerte acceso.

—Sí; he sentido temblores durante todo el día y mi cabeza parece en estos instantes una bala redonda de cañón. Ingerí tres granos de quinina y me cantan los oídos como si tuviera dentro una olla hirviendo. Pero esta noche dormiré con usted en la tonelería.

—De ninguna manera, querido compañero. No quiero ni oír hablar de semejante cosa. Acuéstese inmediatamente, porque Meldrum sabrá disculparle; estoy seguro. Yo dormiré en la tonelería, y le aseguro que estaré aquí mañana, antes del desayuno, con su medicina.

Era evidente que Walker había sido atacado por uno de esos violentos y súbitos accesos de fiebre remitente que son la plaga de las costas occidentales. Sus mejillas enjutas estaban encendidas y sus ojos brillaban por efecto de la fiebre. De pronto se sentó y empezó a canturrear con la voz chillona propia del delirio.

—Vamos, vamos, compañero, es preciso que le acostemos —dijo el doctor, y entre los dos llevamos a su amigo al dormitorio.

Una vez allí, lo desvestimos y, después de tomar un fuerte sedante, cayó profundamente dormido.

—Así pasará la noche tranquilo —dijo el doctor cuando nos sentamos y volvimos a llenar nuestros vasos—. Unas veces me toca a mí y otras a él, pero, por suerte, nunca hemos caído enfermos los dos a un tiempo. Habría lamentado no estar en condiciones esta noche, porque tengo que aclarar un pequeño misterio. Ya le dije que me proponía dormir en la tonelería.

—Sí, eso me dijo.

—Cuando hablé de dormir me refería a estar de guardia, porque esta noche no es de sueño para mí. La gente anda tan asustada que ningún indígena se queda en la isla después de la puesta del sol. Yo me propongo averiguar esta noche cuál es la causa de semejante pánico. Hasta ahora, siempre dormía un vigilante indígena en la tonelería para evitar que roben los zunchos de hierro. Pues bien: hará seis días que el vigilante desapareció, sin que hayamos podido descubrir el menor rastro suyo. Es algo muy extraño, porque no falta ninguna canoa; además, estas aguas están infestadas de cocodrilos y es imposible que nadie cruce el río a nado. Resulta, pues, un completo misterio el paradero del individuo y la forma en que abandonó la isla. A Walker y a mí el hecho nos produjo simplemente sorpresa, pero a los negros les produjo pánico y empezaron a circular extraños relatos sobre ritos de los Vudus entre la gente. Pero el pánico se convirtió en estampida cuando, hace tres noches, desapareció también el nuevo vigilante de la tonelería.

—¿Qué fue de él? —le pregunté.

—No sólo no lo sabemos, sino que ni siquiera podemos concebir una hipótesis que explique los hechos. Los negros juran que hay un demonio en la tonelería que exige cada tres noches una víctima. Por nada del mundo se quedarían en la isla. Hasta Mussa, que es un muchacho muy leal, ha sido capaz, según ha podido ver usted, de abandonar a su amo, atacado de fiebres, antes que pasar aquí la noche. Si hemos de seguir con ésta factoría, es indispensable que devolvamos la tranquilidad a nuestros negros, y no veo mejor forma de conseguirlo que pasando yo mismo allí una noche. Ésta es la tercera, de modo que, ocurra lo que ocurra, no puede dejar de presentarse.

—¿Pero no tienen ustedes alguna pista? —le pregunté—. ¿No se descubrió señal alguna de violencia, manchas de sangre, huellas de pies, nada en fin que permita hacer alguna suposición sobre la clase de peligro a que se va a enfrentar?

—Absolutamente nada. Esos hombres han desaparecido y nada más. El segundo fue el viejo Alí, que había tenido a su cargo el muelle desde que se

fundó la factoría. Fue siempre tan firme como una roca, y sólo una acción criminal ha podido obligarle a faltar a su trabajo.

—Pues bien —le dije—: no creo que ésta sea tarea para que la lleve a cabo un hombre solo. Su amigo está rezumando láudano y, ocurra lo que ocurra, no le podrá prestar ninguna ayuda. Tiene que permitirme pasar la noche con usted en la tonelería.

—Meldrum, eso es una magnífica acción por su parte —me contestó cordialmente, y me estrechó la mano por encima de la mesa—. Es algo que yo no me habría arriesgado a pedir a un visitante ocasional, porque resulta excesivo; pero si de verdad está usted decidido…

—¡Claro que estoy decidido de verdad! Si me perdona unos momentos, llamaré al *Gamecock* desde la orilla para decirles que no me esperen.

Cuando regresábamos de la punta del muelle, nos llamó la atención el aspecto que presentaba la noche. Del lado de tierra se había formado una enorme mole de nubes de un color negro azulado, y el viento soplaba de aquella dirección con vaharadas ardientes que parecían salir de la boca de un horno y que nos quemaban la cara. Bajo el muelle, el río hervía y siseaba, lanzando pequeños escupitajos blancos sobre el maderamen.

—¡Por vida de…! —exclamó el doctor Severall—. Para colmo de nuestras dificultades, parece que se nos va a echar encima una inundación. Esta crecida del río significa que han caído grandes lluvias en el interior y, cuando empieza, nadie puede saber lo que va a durar. En una ocasión, la inundación anegó casi por completo la isla. Bien; si le parece, iremos a ver si Walker necesita algo y luego ocuparemos nuestro puesto de guardia.

El enfermo estaba sumido en un sueño profundo, y así lo dejamos, después de exprimir algunas limas en un vaso que colocamos al alcance de su mano por si se despertaba con sed por efecto de la fiebre. Después nos dirigimos a la tonelería bajo la extraordinaria lobreguez proyectada por la nube amenazadora. El río había crecido tanto que la pequeña bahía a la que antes me referí había perdido por completo su forma, al cubrir las aguas la península que la flanqueaba. La gran masa de troncos flotaba de un lado para otro en torno al enorme tronco negro.

—La inundación tiene esa ventaja para nosotros —dijo el doctor—. Se lleva mar adentro todos los restos de vegetación que el río va depositando en el extremo oriental de la isla. Aquellos que ve usted los trajo una pequeña crecida que hubo el otro día, y estarán ahí hasta que la inundación lo arrastre todo hasta el centro mismo de la corriente. Bien; aquí tiene usted mi

habitación, y aquí tiene libros y mi tabaquera. Trataremos de pasar la noche lo mejor que podamos.

El local, espacioso y solitario, tenía un aspecto muy adusto y temible a la luz de la única linterna. Aparte de las pilas de duelas y de los montones de zunchos no había absolutamente nada más que el colchón preparado por el doctor en un rincón. Improvisamos con las duelas un par de asientos y una mesa y nos preparamos para pasar una gran vigilia juntos. Severall había traído un revólver para mí y él se había provisto de una escopeta de dos cañones. Cargamos las dos armas y las dejamos con los percutores levantados al alcance de nuestras manos. Aquel pequeño círculo de luz y las negras sombras que formaban una bóveda por encima de nuestras cabezas eran tan melancólicos, que el doctor regresó a la casa y volvió con un par de velas. Sin embargo, uno de los costados del edificio de la tonelería tenía varias ventanas abiertas, y sólo pudimos evitar que el viento apagase las luces formando mamparas con las duelas.

El doctor, que parecía un hombre de nervios de acero, se puso a leer un libro; pero yo me fijé en que de cuando en cuando se lo ponía en la rodilla y miraba con ansiedad a su alrededor. Yo, por mi parte, aunque intenté leer un par de veces, no logré concentrar mis pensamientos en el libro. Siempre se volvían hacia aquel gran local vacío y silencioso y hacia el siniestro misterio que su sombra proyectaba sobre el mismo. Me esforcé por encontrar una hipótesis capaz de explicar la desaparición de aquellos dos hombres. Se daba el hecho trágico de que habían desaparecido, sin que hubiese el menor indicio del porqué de su desaparición ni de su destino. Y nosotros estábamos esperando en aquel mismo lugar; esperando, sin tener la más remota idea de lo que esperábamos. Yo tenía razón en decir que aquélla no era tarea para un hombre solo. Tal como estábamos era ya bastante dura, pero ninguna fuerza del mundo habría sido capaz de obligarme a estar en aquel sitio sin un camarada que me acompañase.

¡Qué noche más interminable y fatigosa! Desde fuera nos llegaban el borboteo y el palmoteo de las aguas del gran río, además del murmullo del viento que se iba levantando. En el interior reinaba el más absoluto silencio, únicamente interrumpido por nuestra respiración, por el ruido que hacían las hojas del libro cuando el doctor las volvía y por el zumbar agudo y chillón de algún mosquito. En una ocasión se me subió el corazón a la boca cuando el libro de Severall cayó súbitamente al suelo y él se puso de pie de un salto con la mirada fija en una de las ventanas.

—¿Ha visto usted algo, Meldrum?

—No, ¿y usted?

—Tuve la vaga sensación de que algo se movía al otro lado de la ventana. Empuñó su escopeta y se acercó a ella.

—No, no se ve nada; y, sin embargo, juraría que algo cruzó por delante de ella lentamente.

—Pudo haber sido una hoja de palmera —dije yo, porque el viento se iba haciendo cada vez más fuerte.

—Es muy probable —me contestó.

Y volvió a reanudar la lectura, aunque sus ojos lanzaban a cada momento rápidas miradas de recelo hacia la ventana. Yo también miraba, pero en el exterior todo estaba tranquilo.

El estallido de la tormenta desvió nuestros pensamientos en otra dirección. Un relámpago deslumbrador fue seguido por un retumbo que conmovió el edificio. Una y otra vez se fueron produciendo los blancos resplandores seguidos instantáneamente por el trueno, como el fogonazo y el estampido de una monstruosa pieza de artillería, hasta que de pronto sobrevino la lluvia tropical, redoblando con estrépito interminable en la techumbre de hierro acanalado de la tonelería. El enorme local vacío retumbaba como si fuera un gran tambor. De las tinieblas brotaba una extraña mezcolanza de ruidos: gorgoteos, chasquidos, zumbidos, burbujeos, arrastre de aguas, goteo…, es decir, todos los sonidos líquidos que es capaz de producir la Naturaleza, desde el siseo y palmoteo de la lluvia hasta el retumbo profundo y constante del gran caudal de las aguas de un río. Durante horas, aquel alboroto se fue haciendo cada vez más potente y consistente.

—¡Por vida de… —dijo Severall— que vamos a tener la más grande inundación desde que estamos aquí! Bien, ya despunta el alba, que llega como una bendición. De todos modos, hemos acabado por lo menos con la superstición de la tercera noche.

Una luz gris se filtraba en el interior del local y un instante después se hizo de día. La lluvia había cesado; pero el río, de color café, pasaba bramando igual que una catarata. La fuerza que llevaba me hizo temer por el ancla del *Gamecock*, y dije:

—Tendré que ir a bordo, porque si la corriente arrastra el velero, no habrá manera de que vuelva a remontar el río.

—La isla actúa de rompeolas —me contestó el doctor—. Si me acompaña usted hasta la casa, puedo servirle una taza de café.

Yo estaba helado y agotado, de manera que aquella invitación me pareció muy bien. Abandonamos la siniestra tonelería sin haber aclarado todavía su

misterio, y caminamos chapoteando hasta la casa.

—Ahí tiene la lámpara de alcohol. Mientras usted la enciende, voy a ver qué tal está Walker esta mañana.

Se dirigió al dormitorio, pero un instante después regresaba con expresión de espanto en la cara, y me gritó con voz ronca:

—¡Otro!

Aquella palabra hizo que corriese por todo mi cuerpo un escalofrío de espanto. Me quedé mirándole fijamente con la lámpara en la mano, y él repitió:

—¡Sí, otro! ¡Venga y vea!

Le seguí sin pronunciar palabra, y lo primero que vi al entrar en el dormitorio fue al propio Walker, que estaba como arracimado sobre su cama, vestido con la ropa de noche de franela gris que yo mismo le había ayudado a ponerse la noche anterior.

—Pero, ¡cómo!, ¿muerto? —exclamé jadeante.

El doctor estaba terriblemente emocionado y le temblaban las manos como hojas sacudidas por el viento.

—Lleva muerto varias horas.

—¿La fiebre?

—¿La fiebre? ¡Fíjese en su pie!

Miré según me decía y se me escapó un grito de espanto. Uno de los pies estaba, no simplemente dislocado, sino vuelto completamente hacia atrás, en un retorcimiento de lo más grotesco.

—¡Santo Dios! —exclamé—. ¿Quién ha podido hacerle esto?

Severall había apoyado la mano en el pecho del muerto, y cuchicheó:

—Palpe usted aquí.

Coloqué mi mano en el mismo lugar. No ofrecía resistencia. El pecho y todo el busto estaban absolutamente blandos y fláccidos. Producían el mismo efecto que si se presionase una muñeca de serrín.

—El esternón ha desaparecido —dijo Severall con el mismo susurro temeroso—. Está roto en pedazos. Gracias a Dios que se hallaba bajo los efectos del láudano. Puede usted ver por su cara que murió durmiendo.

—Pero ¿quién ha podido hacer esto?

—Ya no puedo resistir más —dijo el doctor, enjugándose la frente—. No creo ser más cobarde que mis convecinos, pero esto es superior a mis fuerzas. Si usted se marcha al *Gamecock*…

—¡Vamos allá! —dije, y nos pusimos en camino.

Si no nos lanzamos a la carrera, fue porque deseábamos mantener un último vestigio de dignidad mutua. Era peligroso viajar con una canoa de poco peso en aquel río tan crecido, pero ni un solo instante nos detuvimos a pensar en ello. Él achicando el agua y yo remando con la pala, llegamos con bien hasta la cubierta de mi barco. Una vez allí, con doscientas yardas de agua entre nosotros y aquella isla maldita, volvimos a sentirnos otra vez dueños de nosotros mismos.

—Regresaremos dentro de una hora, más o menos —dijo él—. Pero nos hace falta un poco de tiempo para recobrar la serenidad. Ni por todo el salario de un año habría permitido que los negros me viesen tal como estaba hace un rato.

—Le he dicho al camarero que prepare el desayuno. Después regresaremos —le contesté—. Pero, por amor de Dios, doctor Severall, ¿qué piensa usted de todo eso?

—Es algo superior a mí; es algo de lo que no tengo ni idea. He oído hablar de los crueles ritos de los Vudu, y me he reído de ellos ante los demás. Pero que ese pobre Walker, un ciudadano inglés, honrado, temeroso de Dios, decimonónico, de la Primrose-League, se vaya a la tumba de esa manera, sin un solo hueso entero en su cuerpo, me produce temblores, no lo niego. Pero, oiga, Meldrum: ¿es que se ha vuelto loco ese marinero suyo, está borracho, o qué le pasa?

El más viejo de los hombres de mi tripulación, Patterson, hombre tan inconmovible como las pirámides, había sido enviado a la proa con un bichero para apartar a uno y otro lado los troncos que arrastraba la corriente. En ese momento lo vimos de rodillas, mirando fijamente hacia adelante y apuñalando el aire una y otra vez con el dedo índice.

—¡Miren eso! ¡Miren eso! —vociferó.

Y en ese mismo instante vimos de qué se trataba. Un enorme tronco de árbol negro venía río abajo, y las aguas apenas golpeaban su parte superior, ancha y reluciente. Delante —unos tres pies por delante—, arqueada hacia arriba, igual que el mascarón de proa de un barco, se alzaba una cabeza espantosa, balanceándose lentamente de un lado a otro. Era una cabeza aplastada, maligna, tan grande como un barril pequeño de cerveza, de un apagado color fungoso, pero el cuello que la sostenía estaba moteado de manchas amarillentas y negras. En el momento en que cruzó por delante del *Gamecock* entre los remolinos de las aguas, distinguí dos enormes anillos que salían de un gran hueco que había en el interior del árbol, y la cabeza repugnante se alzó de pronto a una altura de ocho o diez pies, mirando hacia

el barco con ojos mortecinos, recubiertos de piel. Un instante después, el árbol había dejado atrás el barco y se lanzaba con su horrible viajera hacia el Atlántico.

—¿Qué es eso? —grité.

—Ése es nuestro demonio de la tonelería —dijo el doctor Severall, e instantáneamente volvió a ser el hombre áspero, seguro de sí mismo, que había conocido el día anterior—. Sí, ése es el demonio que tenía embrujada nuestra isla. Es la gran serpiente pitón del Gabón.

Entonces recordé los relatos que había oído a todo lo largo de la costa sobre las monstruosas *boas constrictor* del interior del continente, de su apetito periódico y de las consecuencias bárbaras de su abrazo mortal. Entonces se me representó lo ocurrido con toda claridad. La semana anterior se había producido una pequeña crecida, que arrastró río abajo, dentro del hueco de aquel tronco gigantesco, a su espantosa ocupante. ¿Quién sabe desde qué lejano bosque tropical venía? El tronco quedó embarrancado en la pequeña bahía oriental de la isla. La tonelería era el edificio más próximo. Por dos veces, cuando le acometió el hambre, se llevó al vigilante. La noche anterior volvió por allí, sin duda alguna, cuando Severall creyó ver algo que se movía cerca de la ventana, pero nuestras luces la hicieron alejarse. En vista de aquello, siguió reptando hacia el interior y acabó matando al pobre Walker, que estaba durmiendo.

—¿Y por qué no se lo llevó? —pregunté.

—Seguramente la asustaron los truenos y relámpagos y la alejaron de allí. Meldrum, ahí está su mozo de comedor. Cuanto antes desayunemos y regresemos a la isla, mejor, para evitar que esos negros piensen que nos hemos asustado.

LA CATACUMBA NUEVA[21]

—Escuche, Burger: me gustaría que tuviese confianza en mí —dijo Kennedy.

Los dos célebres estudiosos especializados en ruinas romanas estaban sentados a solas en la confortable habitación de Kennedy, cuyas ventanas daban al Corso. La noche era fría, y ambos habían acercado sus sillones a la defectuosa estufa italiana que creaba a su alrededor una zona de ahogo, más que de tibieza. Afuera, bajo las brillantes estrellas de un cielo invernal, se extendía la Roma moderna, con su larga doble hilera de farolas eléctricas, los cafés brillantemente iluminados, los coches que pasaban veloces y una apretada muchedumbre desfilando por las aceras. Pero dentro, en el interior de aquella habitación suntuosa del rico y joven arqueólogo inglés, no se veía otra cosa que la Roma antigua. Frisos rajados y gastados por el tiempo colgaban de las paredes, y desde los ángulos asomaban cabezas de luchadores, rostros duros y crueles, antiguos bustos grises de senadores y guerreros. En la mesa central, entre un revoltijo de inscripciones, fragmentos y adornos, se alzaba la célebre maqueta con la que Kennedy había reconstruido las Termas de Caracalla, obra que tanto interés y admiración despertó al ser expuesta en Berlín. Del techo colgaban ánforas, y por la lujosa alfombra turca había desparramadas las más diversas rarezas. Y ni uno solo de todos aquellos objetos carecía de la más indiscutible autenticidad, aparte de su insuperable rareza y valor; porque Kennedy, a pesar de que tenía poco más de treinta años, gozaba de celebridad europea en esta rama especial de investigaciones, sin contar con que disponía de esa abundancia de fondos que en ocasiones resulta un obstáculo fatal para las energías del estudioso, aunque, cuando su inteligencia sigue con absoluta fidelidad el propósito que la guía, le proporciona ventajas enormes en la carrera hacia la fama. El capricho y el placer habían apartado frecuentemente a Kennedy de sus estudios, pero su inteligencia era agresiva y capaz de esfuerzos largos y concentrados, que terminaban en fuertes reacciones de indolencia sensual. Su hermoso rostro de frente alta y blanca, su nariz agresiva y su boca algo blanda

y sensual, constituían un índice justo de aquella transacción a que la energía y la debilidad habían llegado dentro de su persona.

Su acompañante, Julius Burger, era un hombre de carácter muy distinto. Llevaba en sus venas una curiosa mezcla de sangres; el padre era alemán y la madre italiana, y le transmitieron las cualidades de solidez propias del Norte, junto con un mayor atractivo y simpatía característicos del Sur. Unos ojos azules teutónicos iluminaban su rostro moreno curtido por el sol, y por encima de ellos se elevaba una frente cuadrada, maciza, con una orla de tupidos cabellos rubios que la encuadraban. Su mandíbula, fuerte y firme de línea, estaba completamente rasurada, dando con frecuencia ocasión a que su acompañante comentase lo mucho que le recordaba a los antiguos bustos romanos que acechaban desde las sombras en los ángulos de la habitación. Bajo su firme energía de alemán se percibía siempre un asomo de sutileza italiana, pero su sonrisa era tan honrada, y su mirada tan franca, que todos comprendían que aquello era sólo un vestigio de su ascendencia, sin proyección real sobre su carácter. Por lo que se refiere a edad y celebridad, estaba al mismo nivel que su compañero inglés, pero su vida y su tarea habían sido mucho más difíciles. Llegado doce años antes a Roma como estudiante pobre, vivió desde entonces de pequeñas becas que la Universidad de Bonn le había otorgado para sus estudios. Lentamente, dolorosamente y con tenacidad porfiada y extraordinaria, movido por una sola idea, había escalado peldaño a peldaño la escalera de la fama, llegando a ser miembro de la Academia de Berlín, y teniendo en la actualidad toda clase de razones para esperar verse pronto elevado a la cátedra de la más importante de las universidades alemanas. Ahora bien: lo unilateral de sus actividades, si por un lado lo había subido al mismo nivel que el rico y brillante investigador inglés, había hecho que quedase infinitamente por debajo de éste en todo lo que caía fuera del ámbito de su trabajo. Burger no dispuso nunca en sus estudios de un paréntesis que le permitiese cultivar el trato social. Únicamente cuando hablaba de temas que caían dentro de su especialidad adquiría el rostro de Burger vida y expresión. En los demás momentos permanecía silencioso y embarazado, con excesiva conciencia de sus propias limitaciones en otros temas más generales, y sentía impaciencia ante la cháchara intrascendente que es el refugio convencional para todas aquellas personas que no tienen ninguna idea propia que expresar.

A pesar de todo, Kennedy y Burger mantuvieron trato por espacio de algunos años, y pareció que ese trato maduraba poco a poco hasta convertirse en una amistad entre los dos rivales de personalidad tan diferente. La base y el

origen de aquella situación residía en que tanto el uno como el otro eran, dentro de su especialidad, los únicos de la generación joven con saber y entusiasmo suficientes para valorarse mutuamente. Su interés y sus actividades comunes los habían puesto en contacto, y ambos habían sentido la mutua atracción de su propio saber. Este hecho se había ido luego completando con otros detalles. A Kennedy le divertía la franqueza y la sencillez de su rival, y Burger, en cambio, se había sentido fascinado por la brillantez y vivacidad que habían convertido a Kennedy en uno de los hombres más populares entre la alta sociedad romana. Digo que le habían convertido porque, en este preciso momento, el joven inglés estaba algo oscurecido por una nube. Un asunto amoroso, que nunca llegó a conocerse en todos sus detalles, pareció descubrir en Kennedy una falta de corazón y una dureza de sentimiento que sorprendieron desagradablemente a muchos de sus amigos.

Ahora bien: dentro de los círculos de estudiosos y de artistas solterones entre los que el inglés prefería moverse no existía, sobre esos asuntos, un código de honor muy severo, y aunque más de una cabeza se moviese con expresión de desagrado o más de unos hombros se encogiesen al referirse a la fuga de dos y al regreso de uno solo, el sentimiento general era probablemente de simple curiosidad, y quizá de envidia más que de censura.

—Escuche, Burger: me gustaría que tuviese confianza en mí —dijo Kennedy mirando con expresión dura el plácido semblante de su compañero.

Al decir estas palabras hizo un vaivén con la mano hacia una alfombra extendida en el suelo. Encima de la alfombra había una canastilla, larga y de poca profundidad, de las que se usan en la Campagna para la fruta y que están hechas de mimbre ligero. Dentro de la canastilla se amontonaba un revoltijo de cosas: baldosines con rótulos, inscripciones rotas, mosaicos agrietados, papiros desgarrados, herrumbrosos adornos de metal, que para el profano producían la sensación de haber sido sacados de un cubo de basura, pero en los que un especialista habría reconocido rápidamente la condición de únicos en su clase. Aquel montón de objetos variados que llenaban la canastilla de mimbre proporcionaba precisamente uno de los eslabones que faltaban en la cadena del desenvolvimiento social, y ya es sabido que los estudiosos sienten vivísimo interés por esa clase de eslabones perdidos. Quien los había traído era el alemán, y el inglés los contemplaba con ojos de hambriento. Mientras Burger encendía con lentitud un cigarro, Kennedy prosiguió:

—No quiero entrometerme en este hallazgo suyo, pero sí que me agradaría oírle hablar de él. Se trata, evidentemente, de un descubrimiento de

máxima importancia. Estas inscripciones causarán sensación por toda Europa.

—¡Por cada uno de los objetos que hay aquí se encuentran allí millones! —dijo el alemán—. Abundan tanto que darían materia para que una docena de sabios dedicasen toda la vida a su estudio y se ganaran una reputación tan sólida como el castillo de St. Angelo.

Kennedy se quedó pensativo, con la frente contraída y los dedos jugueteando en su largo y rubio bigote. Finalmente dijo:

—¡Burger, usted mismo se ha delatado! Esas palabras suyas sólo pueden referirse a una cosa. Usted ha descubierto una catacumba nueva.

—No he dudado ni por un momento de que usted llegaría a esa conclusión examinando estos objetos.

—Desde luego parecían apuntar en ese sentido, pero sus últimas observaciones lo han confirmado. No existe lugar, salvo una catacumba, que pueda atesorar una reserva de reliquias tan enorme como la que usted describe.

—Así es. La cosa no tiene misterio. En efecto, he descubierto una catacumba nueva.

—¿Dónde?

—Ése es mi secreto, querido Kennedy. Basta decir que su situación es tal que no existe una probabilidad entre un millón de que alguien la descubra. Pertenece a una época distinta de todas las catacumbas conocidas, y estuvo reservada a los enterramientos de cristianos de elevada condición; por eso los restos y las reliquias son completamente distintos de todo lo que se conoce hasta ahora. Si no estuviese al corriente de su saber y su energía, no vacilaría, amigo mío, en contárselo todo bajo juramento de guardar secreto. Pero tal como están las cosas, no tengo más remedio que preparar mi propio informe sobre la materia antes de exponerme a una competencia tan formidable.

Kennedy amaba su especialidad con un amor que llegaba casi a la monomanía, con un amor al que se mantenía fiel en medio de todas las distracciones que se le brindan a un joven rico y disoluto. Era ambicioso, pero su ambición resultaba cosa secundaria frente al simple gozo abstracto y al interés por todo aquello que guardara relación con la vida y la historia antiguas de Roma. Anhelaba ya ver con sus propios ojos aquel nuevo mundo subterráneo que su compañero había descubierto, y dijo con vivacidad:

—Escuche, Burger. Le aseguro que puede tener en mí la más absoluta confianza en este asunto. Nada será capaz de inducirme a poner por escrito cosa alguna de cuanto vean mis ojos hasta que usted me autorice de una manera explícita. Comprendo perfectamente su estado de ánimo y me parece

muy natural, pero nada puede temer realmente de mí. Por otra parte, si usted no me confía el asunto, esté seguro de que realizaré investigaciones sistemáticas sobre él y de que, sin el menor género de duda, llegaré a descubrirlo. Como es natural, si tal ocurriese, y no estando sujeto a compromiso alguno con usted, haría de mi descubrimiento el uso que me pareciese oportuno.

Burger contemplaba reflexivo y sonriente su cigarro, y le contestó:

—Querido Kennedy, he podido comprobar que cuando me hacen falta datos sobre algún problema, no siempre se muestra usted dispuesto a proporcionármelos.

—¿Cuándo me ha planteado alguna pregunta a la que yo no haya contestado? Recuerde, por ejemplo, cómo le proporcioné los materiales para su monografía referente al templo de las vestales.

—Bien, pero se trataba de un tema de poca importancia. No estoy seguro de que usted me contestase si le hiciese alguna pregunta sobre asuntos íntimos. Esta catacumba nueva es para mí un asunto de la máxima intimidad, y antes de revelarle mi secreto tengo derecho a esperar de usted alguna prueba de confianza.

El inglés contestó:

—No veo adónde quiere ir usted a parar, pero si lo que pretende dar a entender es que responderá a mis preguntas relativas a la catacumba si yo contesto a cualquier pregunta que usted me haga, puedo asegurarle que así lo haré.

Burger se recostó cómodamente en su sofá y lanzó al aire un árbol azul de humo de su cigarro. Luego dijo:

—Pues bien, dígame todo lo que ocurrió en sus relaciones con la señorita Mary Saunderson.

Kennedy se puso en pie de un salto y clavó una mirada de irritación en su impasible acompañante. Luego exclamó:

—¿Adónde diablos quiere llegar? ¿Qué clase de pregunta es ésa? Si usted ha pretendido hacer una broma, de verdad que jamás se le ha ocurrido otra peor.

—Pues no, no lo dije por bromear —contestó Burger con inocencia—. La verdad es que tengo interés por conocer el asunto en detalle. Mi desconocimiento sobre todo cuanto se refiere al mundo y a las mujeres, a la vida social y a todas esas cosas es absoluto. Un episodio de esa clase ejerce sobre mí la fascinación de lo desconocido. Lo conozco a usted, la conocía de vista a ella, llegué incluso en una o dos ocasiones a conversar con esa

señorita. Pues bien: me agradaría muchísimo oír de sus propios labios, y con toda exactitud, cuanto ocurrió entre ustedes.

—No le diré una sola palabra.

—Perfectamente. Fue sólo un capricho mío para comprobar si era usted capaz de descubrir un secreto con la misma facilidad con que esperaba que yo le descubriese el de la catacumba nueva. Sabía que usted no me revelaría el suyo, y no debe esperar que yo revele el mío. Bueno, el reloj de San Juan está dando las diez. Ya es hora de que me retire a mi casa.

—No, Burger. Espere un poco —exclamó Kennedy—. Es verdaderamente un capricho ridículo el suyo querer saber detalles de un lío amoroso que acabó hace ya meses. Ya sabe que al hombre que besa a una mujer y lo cuenta lo consideramos como el mayor de los cobardes y de los villanos.

—Desde luego —dijo el alemán, recogiendo su canastilla de antigüedades—, y lo es cuando habla de alguna muchacha de la que nadie sabía nada. Pero bien sabe usted que el caso del que hablamos fue la comidilla de Roma, y que al hablar de él no perjudica usted en nada a la señorita Mary Saunderson. De todos modos, respeto sus escrúpulos. Buenas noches.

—Espere un momento, Burger —dijo Kennedy, apoyando su mano en el brazo del otro—. Tengo un interés vivísimo en el asunto de esa catacumba y no renuncio así como así. ¿Por qué no me pregunta sobre alguna otra cosa? Sobre algo que no resulte tan fuera de lugar.

—No, no. Usted se ha negado y no hay más que hablar —contestó Burger con la canastilla bajo el brazo—. Tiene usted mucha razón en no querer contestar, y yo también la tengo. Buenas noches otra vez, amigo Kennedy.

El inglés vio cómo Burger cruzaba la habitación, pero hasta que el alemán no tuvo la mano en el picaporte no le gritó, con el tono de quien se decide de pronto a sacar el mejor partido de algo que no puede evitar.

—Deténgase, querido amigo. Creo que lo que hace es una ridiculez, pero, puesto que es usted así, veo que no tendré más remedio que pasar por su exigencia. Me repugna hablar acerca de ninguna muchacha, pero como usted bien dice, el asunto ha corrido por toda Roma y no creo que encuentre novedad en nada de cuanto yo pueda contarle. ¿Qué es lo que quería saber?

El alemán volvió a aproximarse a la estufa, dejó en el suelo la canastilla y se arrellanó de nuevo en su sofá, diciendo:

—¿Puedo cogerle otro cigarro? ¡Muchas gracias! Nunca fumo mientras me dedico al trabajo, pero disfruto mucho más de una charla si saboreo al mismo tiempo un cigarro. A propósito de esa señorita con la que tuvo su pequeña aventura. ¿Qué diablos ha sido de ella?

—Está en Inglaterra, con su familia.

—¡Vaya! ¿De modo que en Inglaterra y con su familia?

—Sí.

—¿En qué parte de Inglaterra? ¿En Londres, quizá?

—No. En Twickenham.

—Mi querido Kennedy, tendrá que saber disculpar mi curiosidad… atribúyala a mi ignorancia del mundo. Desde luego que resulta asunto sencillo convencer a una señorita joven de que se fugue con uno durante tres semanas y entregarla luego a sus familiares de… ¿cómo dijo que se llama la población?

—Twickenham.

—Eso es, Twickenham. Pero es algo que se sale tan por completo de todo lo que yo he hecho que no consigo imaginarme siquiera cómo se las arregló usted. Por ejemplo, si hubiese estado enamorado de esa joven, es imposible que ese amor desapareciese en tres semanas, de modo que me imagino que nunca la amó. Pero, si no la amaba, ¿para qué provocó usted semejante escándalo, que ha redundado en perjuicio de usted y que ha arruinado la vida de ella?

Kennedy contempló malhumorado el rojo de la estufa, y dijo:

—Desde luego que hay lógica en esa manera de encarar el problema. La palabra amor es muy amplia y responde a muchísimos matices distintos del sentimiento. La muchacha me gustó. Ya sabe todo lo encantadora que podía parecer, puesto que la conoció y habló con ella. La verdad es que, volviendo la vista hacia el pasado, estoy dispuesto a reconocer que nunca sentí por ella un verdadero amor.

—Entonces, mi querido Kennedy, ¿por qué lo hizo?

—Me atrajo por lo mucho que la cosa tenía de aventura.

—¡Cómo! ¿Tanta afición tiene usted a las aventuras?

—¿Qué es lo que quita monotonía a la vida sino ellas? Si empecé a cortejarla fue por puro afán de aventura. Hubo tiempos en que me dediqué a la caza mayor, pero le aseguro que no hay caza como la de una mujer bella. En este caso concurría también la pimienta de la dificultad, porque, como era la acompañante de lady Emily Rood, resultaba casi imposible entrevistarse con ella a solas. Y para colmo de obstáculos que daban atractivo a la empresa, ella misma me dijo a la primera de cambio que estaba comprometida.

—*Mein Gott!* ¿Con quién?

—No dio el nombre.

—No creo que nadie esté enterado de ese detalle. ¿De modo que fue eso lo que dio mayor fascinación a la aventura?

—La salpimentó, por lo menos. ¿No opina usted lo mismo?

—Le vuelvo a decir que yo estoy en ayunas en esos asuntos.

—Mi querido camarada, usted puede recordar por lo menos que la manzana que hurtó del huerto de su vecino le pareció siempre más apetitosa que la del suyo propio. Y, poco después, me encontré con que ella me quería.

—¿Así? ¿De sopetón?

—Oh, no. Me llevó por lo menos tres meses de labor de zapa y ataque. Pero la conquisté, por fin. La muchacha comprendió que el estado de separación judicial en que me encuentro respecto a mi esposa me imposibilitaba para entrar con ella por el camino legal. Pero se fugó conmigo, a pesar de todo, y mientras duró la aventura lo pasamos estupendamente.

—Pero ¿y el otro?

Kennedy se encogió de hombros y contestó:

—Yo creo que es un caso de supervivencia de los mejores. Si él hubiese sido el mejor de los dos, ella no le habría abandonado. Pero basta ya del tema, porque ha llegado a hastiarme.

—Sólo otra pregunta: ¿cómo fue el desembarazarse de ella a las tres semanas?

—En ese tiempo, como usted comprenderá, ya había bajado un poco nuestra temperatura. Ella se negó a regresar a Roma bajo ningún concepto, pues no quería reanudar el trato con quienes la conocían. Pues bien: Roma es una ciudad indispensable para mí y ya me dominaba la nostalgia de volver a mis tareas. Como verá, existía una razón de peso para separarnos. Aparte de eso, cuando estábamos en Londres, su anciano padre se presentó en el hotel y tuvimos una escena desagradable. Total, que la aventura tomó el peor cariz y yo me alegré de darla por terminada, aunque al principio eché terriblemente de menos a la muchacha. Bien, ya está. Cuento con que usted no repetirá ni una palabra de lo que acabo de contarle.

—Ni por asomo se me ocurriría tal cosa, Kennedy. Pero todo eso me ha interesado mucho, porque me proporciona una visión de las cosas completamente distinta de la que yo acostumbro, debido a que conozco poco la vida. Y ahora querrá que le hable de mi catacumba nueva. No merece la pena que trate de describírsela, porque con lo que le diga jamás llegaría usted a dar con ella. Lo único que puedo hacer es llevarle hasta allí.

—Sería magnífico.

—¿Cuándo le gustaría ir?

—Cuanto antes mejor. Me muero por visitarla.

Pues bien, hace una noche espléndida, aunque un poquitín fría. Podemos emprender la excursión dentro de una hora. Es preciso que adoptemos toda clase de precauciones para que el descubrimiento no trascienda de nosotros dos. Si alguien nos viese salir en pareja a explorar sospecharía que algo está en marcha.

—Desde luego —contestó Kennedy—. Toda precaución es poca. ¿Queda lejos?

—A unas millas de aquí.

—¿No será mucha distancia para hacerla a pie?

—Al contrario, podemos ir sin dificultad paseando.

—Entonces eso es lo mejor. Si un cochero nos dejase en noche cerrada en algún sitio solitario, le entrarían sospechas.

—Así es. Creo que lo mejor que podemos hacer es quedar citados para las doce de la noche en la Puerta de la Via Appia. Yo necesito regresar a mi domicilio para proveerme de cerillas, velas y todo lo demás.

—¡Magnífico, Burger! Es usted verdaderamente amable en acceder a revelarme este secreto, y le prometo no escribir nada acerca del mismo hasta después de que haya publicado su memoria. ¡Hasta luego, pues! A las doce me encontrará en la Puerta.

Cuando Burger, embozado en un capote de estilo italiano y con una linterna colgando de su mano derecha, llegó al lugar de la cita, vibraban por la fría y clara atmósfera de la noche las notas musicales de las campanas de aquella ciudad de los mil relojes. Kennedy salió de la oscuridad y se le acercó. El alemán le dijo riendo:

—Es usted tan apasionado para el trabajo como para el amor.

—Tiene razón, porque llevo esperándole casi media hora.

—Espero que no haya dejado ninguna clave que permita a otros suponer a qué lugar nos dirigimos.

—No soy tan estúpido. Por vida de… que el frío se me ha metido hasta los huesos. Vamos andando, Burger, y entremos en calor con una rápida caminata.

Las pisadas de ambos resonaban ágiles sobre el torpe pavimento de piedra de la lamentable vía, único resto que queda de la carretera más célebre del mundo. No se encontraron con nadie salvo un par de campesinos que marchaban de la taberna a su casa y algunos carros que llevaban sus productos al mercado de Roma. Avanzaron, pues, con rapidez por entre las tumbas colosales que asomaban en medio de la oscuridad a uno y otro lado.

Cuando llegaron a las catacumbas de San Calixto y vieron alzarse frente a ellos, sobre el telón de fondo de la luna naciente, el gran bastión circular de Cecilia Metella, Burger se detuvo, llevándose la mano a un costado.

—Sus piernas son más largas que las mías y está más acostumbrado a caminar —dijo riéndose—. Me parece que el sitio en que tenemos que desviarnos queda por aquí. Sí, en efecto, hay que doblar la esquina de esa *trattoria*. El sendero que sigue es muy estrecho, de manera que quizá sea preferible que yo vaya delante.

Había encendido su linterna. Alumbrados por su luz pudieron seguir por una senda angosta y tortuosa que serpenteaba por las tierras pantanosas de la Campagna. El enorme acueducto de Roma se alargaba igual que un gusano monstruoso por el panorama vestido de luz de luna, y su camino pasaba por debajo de uno de los descomunales arcos, dejando a un lado la circunferencia de ladrillos del muro en ruinas de un viejo anfiteatro. Burger se detuvo, al fin, junto a un solitario establo de madera y sacó de su bolsillo una llave. Kennedy, al verlo, exclamó:

—¡No es posible que su catacumba esté dentro de una casa!

—La entrada sí que lo está. Eso es precisamente lo que evita el peligro de que alguien la descubra.

—¿Está enterado el propietario?

—Ni mucho menos. Él fue quien hizo un par de hallazgos por los que yo deduje que la casa estaba construida, casi con seguridad, sobre la entrada de una catacumba. En vista de eso se la alquilé y realicé yo mismo las excavaciones. Entre usted y cierre luego la puerta.

Era una construcción larga y vacía, con los pesebres de las vacas a lo largo de una de las paredes. Burger depositó su linterna en el suelo y la tapó con su gabán, salvo en una sola dirección, diciendo:

—Podría llamar la atención si alguien viese luz en un lugar abandonado como éste. Ayúdeme a levantar esta plataforma de tablas.

Entre el suelo y las tablas había en el ángulo algo de holgura, y los dos sabios fueron levantándolas una a una y colocándolas de pie apoyadas en la pared. En el fondo se veía una abertura cuadrada y una escalera de piedra antigua por la que se descendía a las profundidades de la caverna.

—¡Tenga cuidado! —gritó Burger al ver que Kennedy, aguijoneado de impaciencia, se lanzaba escaleras abajo—. Es una verdadera madriguera de conejos, y quien se extravíe en su interior tiene cien posibilidades contra una de quedarse dentro. Espere a que baje la luz.

—Si tan complicada es, ¿cómo se las arregla para orientarse?

—Al principio pasé verdaderos momentos de angustia, pero poco a poco he aprendido a ir y venir con seguridad. Las galerías están construidas con cierto sistema, pero una persona desorientada y sin luz no sabría salir. Aun ahora llevo mis prevenciones hasta el punto de que, cuando me adentro mucho, voy soltando un rollo de cordel fino. Usted mismo puede ver desde donde está que la cosa es complicada. Pues bien: cada uno de esos pasillos se divide y subdivide en una docena de galerías en menos de cien yardas.

Habían bajado unos veinte pies desde el nivel de los establos y se encontraban dentro de una cámara cuadrada, excavada en la blanda toba. La linterna proyectaba sobre las agrietadas paredes una luz oscilante, intensa en el suelo y débil en lo alto. De este centro común irradiaban negras bocas en todas las direcciones. Burger dijo:

—Sígame de cerca, amigo mío. No se entretenga mirando nada de lo que se ofrece en nuestro camino, porque en el sitio al que lo conduzco encontrará todo lo que por aquí pueda ver y otras muchas cosas. Ahorraremos tiempo marchando hasta allí directamente.

Burger avanzó resueltamente por uno de los pasillos, y detrás de él Kennedy, pisándole los talones. De trecho en trecho el pasillo se bifurcaba, pero era evidente que Burger seguía algún sistema propio de señales secretas, porque nunca se detenía ni vacilaba. Por todas partes, a lo largo de las paredes, los cristianos de la antigua Roma yacían en huecos que recordaban las literas de un buque de emigrantes. La amarilla luz se proyectaba vacilante sobre los arrugados rasgos faciales de las momias, resbalaba sobre las redondeces de los cráneos y de las canillas, largas y blancas, de los brazos cruzados sobre los descarnados pechos. Kennedy miraba con ojos ansiosos, sin dejar de avanzar, las inscripciones, los vasos funerarios, las pinturas, las ropas, los utensilios, que seguían en el mismo sitio en que los colocaron manos piadosas muchos siglos antes. Comprendió con toda claridad, sólo con aquellas ojeadas que lanzaba al pasar, que aquella catacumba era la más antigua y la mejor, y que encerraba una cantidad de restos romanos superior a todo lo que hasta entonces se había podido ofrecer en un mismo lugar a la observación de los investigadores.

—¿Qué ocurriría si se apagase la luz? —preguntó, mientras avanzaba apresuradamente.

—Tengo de reserva en el bolsillo una vela y una caja de cerillas. A propósito, Kennedy, ¿tiene usted cerillas?

—No, sería bueno que me diese algunas.

—Bah, no es necesario, porque no hay posibilidad alguna de que nos separemos el uno del otro.

—¿Vamos a penetrar muy adentro? Creo que llevamos ya avanzado por lo menos un cuarto de milla.

—Yo creo que más. La verdad es que el espacio que ocupan las tumbas no tiene límites o, por lo menos, yo no he encontrado todavía el final. El siguiente tramo es muy complicado, de modo que voy a emplear nuestro rollo de cuerda fina.

Ató un extremo de la cuerda a una piedra saliente y se puso el rollo en el pecho de la chaqueta, dando cuerda a medida que avanzaban. Kennedy comprendió que la precaución no estaba de más, porque los pasillos eran cada vez más complicados y tortuosos, formando una perfecta red de galerías que se cortaban entre sí. Desembocaron, por fin, en un amplio salón circular en el que se veía un pedestal cuadrado de toba, recubierto en la parte superior con una losa de mármol. Burger hizo balancear su linterna sobre la superficie de mármol y Kennedy exclamó como en un éxtasis:

—¡Por Júpiter! Esto es un altar cristiano, probablemente el más antiguo de cuantos existen. Aquí está, grabada en un ángulo, la crucecita de la consagración. Este salón circular sirvió sin duda de iglesia.

—¡Exactamente! —dijo Burger—. Si dispusiese de más tiempo me gustaría enseñarle todos los cuerpos que ocupan los nichos de estas paredes, porque son los de los primeros papas y obispos de la Iglesia, y fueron enterrados con sus mitras, báculos y todas sus insignias canónicas. ¡Acérquese a mirar ese que hay ahí!

Kennedy cruzó el salón y se quedó contemplando la fantasmal cabeza, que quedaba muy holgada dentro de la mitra hecha jirones y comida por la polilla.

—Esto es interesantísimo —exclamó, y pareció como que su voz resonaba con fuerza en la concavidad de la bóveda—. Hasta donde a mí se me alcanza, es algo único. Acérquese con la linterna, Burger, porque quiero examinar todos estos nichos.

Pero el alemán se había alejado hasta el lado contrario de aquel salón y estaba en pie en el centro de un círculo de luz.

—¿Sabe usted la cantidad de vueltas y revueltas equivocadas que hay desde aquí hasta las escaleras? —preguntó—. Son más de dos mil. Sin duda, los cristianos recurrieron a este sistema como medio de protección. Hay dos mil posibilidades contra una de que, incluso disponiendo de una luz, consiga

una persona salir de aquí; pero si tuviese que hacerlo moviéndose entre tinieblas, le resultaría muchísimo más difícil.

—Opino lo mismo.

—Además, estas tinieblas son algo espantoso. En una ocasión quise hacer un experimento para comprobarlo. Vamos a repetirlo ahora.

Burger se inclinó hacia la linterna, y un instante después Kennedy sintió como que una mano invisible le oprimía con gran fuerza los dos ojos. Hasta entonces no había sabido lo que era oscuridad. Esta de ahora parecía oprimirle y aplastarlo. Era un obstáculo sólido cuyo contacto evitaba el cuerpo, que se negaba a avanzar. Kennedy alargó las manos como para empujar lejos de él las tinieblas y dijo:

—Basta ya, Burger. Encienda otra vez la luz.

Pero su compañero se echó a reír, y dentro de aquella habitación circular la risa parecía proceder de todas partes al mismo tiempo. El alemán dijo después:

—Amigo Kennedy, parece que se siente usted desasosegado.

—¡Venga ya, hombre, encienda la luz! —exclamó Kennedy con impaciencia.

—Es extraño, Kennedy, pero yo sería incapaz de decir en qué dirección se encuentra usted guiándome por la voz. ¿Podría usted decir dónde me encuentro yo?

—No, porque parece estar en todas partes.

—Si no fuese por esta cuerdecita que tengo en la mano, no tendría la menor idea del camino que debo seguir.

—Me lo supongo. Encienda una luz, hombre, y dejémonos ya de tonterías.

—Pues bien, Kennedy; tengo entendido que hay dos cosas a las que es usted muy aficionado. Una de ellas es la aventura, y la otra, tener obstáculos que vencer. En este caso, la aventura consistirá en que usted se las arregle para salir de esta catacumba. El obstáculo lo constituirán las tinieblas y los dos mil ángulos equivocados que hacen difícil esta empresa. Pero usted no necesita darse prisa, porque dispone de tiempo en abundancia. Cuando haga un alto de cuando en cuando para descansar, me agradaría que se acordase precisamente de Mary Saunderson, y que reflexionase en si se portó usted correctamente con ella.

—¿Qué es lo que pretende, maldito demonio? —bramó Kennedy. Había empezado a correr de un lado para otro, moviéndose en pequeños círculos, aferrándose con ambas manos a la sólida oscuridad.

—Adiós —dijo la voz burlona, que se oía ya a alguna distancia—. Kennedy, basándome en su misma exposición del asunto, la verdad es que no creo que hiciera lo que debía en lo relativo a esa muchacha. Sin embargo, hay un pequeño detalle que usted, por lo visto, no conoce, y que yo estoy en condiciones de proporcionárselo. La señorita Saunderson estaba comprometida para casarse con un pobre diablo, con un desgarbado investigador que se llamaba Julius Burger.

Se oyó en alguna parte un rozamiento, un vago sonido de un pie que golpeaba en una piedra, y de pronto cayó el silencio sobre aquella iglesia cristiana de la antigüedad. Fue un silencio estancado, abrumador, que envolvió por todas partes a Kennedy, igual que el agua envuelve a un hombre que se está ahogando.

* * *

Unos dos meses después corrió por toda la prensa europea el siguiente relato:

> El descubrimiento de la catacumba nueva de Roma es uno de los más interesantes de los últimos años. La catacumba se encuentra situada a alguna distancia, hacia el oriente, de las conocidas bóvedas de San Calixto. El hallazgo de este importante lugar de enterramientos, extraordinariamente rico en interesantísimos restos de los primeros tiempos del cristianismo, se debe a la energía e inteligencia del joven especialista alemán doctor Julius Burger, que se está colocando rápidamente en primer lugar como experto en temas de la Roma antigua. Aunque el doctor Burger haya sido el primero en dar a conocer la noticia de su descubrimiento, parece que otro aventurero con menos suerte se le había adelantado. Unos meses atrás desapareció repentinamente de las habitaciones que ocupaba en el Corso el conocido investigador inglés Kennedy. Se hicieron conjeturas asociando esa desaparición con el escándalo social que había tenido lugar poco antes, suponiéndose que se había visto por ello obligado a abandonar Roma. Por lo que ahora se ha descubierto, dicho señor fue víctima del fervoroso amor a la arqueología, que lo había elevado a un plano distinguido entre los investigadores actuales. Su cadáver ha sido encontrado en el corazón de la

catacumba nueva, y del estado de sus pies y de sus botas se deduce que caminó días y días por los tortuosos pasillos que hacen de estas tumbas subterráneas un lugar peligroso para los exploradores. Por lo que se ha podido comprobar, el muerto, llevado de una temeridad inexplicable, se metió en aquel laberinto sin llevar consigo velas ni cerillas, de modo que su lamentable desgracia fue el resultado lógico de su propia precipitación. Lo más doloroso del caso es que el doctor Julius Burger era íntimo amigo del difunto, por lo que su júbilo ante el extraordinario descubrimiento que ha tenido la suerte de hacer se ha visto empañado en buena medida por el espantoso final de su camarada y compañero de trabajos.

EL CAZADOR DE ESCARABAJOS[22]

¿Algún hecho curioso? —dijo el doctor—. Pues sí, amigos míos, les voy a contar uno curiosísimo que me ocurrió a mí. No creo que vuelva a ocurrirme otro como aquél, porque iría contra todas las leyes de la probabilidad el que un hombre pasase en su vida por dos experimentos de esa índole. Pueden ustedes creerme o no, pero la verdad es que el hecho ocurrió tal y como voy a contárselo.

Acababa yo de obtener mi diploma de médico, pero aún no había empezado a ejercer mi carrera, y vivía en unas habitaciones de Gower Street. De entonces acá se ha cambiado la numeración de esta calle; pero en aquel entonces era la casa donde yo vivía la única que tenía un mirador en todo el lado izquierdo de la misma, conforme se avanza por ella desde la estación de ferrocarril metropolitano. La dueña de la casa era una viuda de apellido Muchison, y tenía de inquilinos a tres estudiantes de medicina y a un ingeniero. Yo vivía en la habitación del último piso, que era la más barata, aunque por barata que fuese resultaba cara para lo que yo podía gastar. Mis escasos fondos se iban esfumando, y a cada semana que transcurría resultaba para mí más indispensable el encontrar algo en qué trabajar. Sin embargo, andaba reacio a dedicarme a la medicina general, porque mis aficiones me empujaban hacia el terreno científico, y de un modo especial hacia la zoología, por la que había sentido siempre una gran debilidad. Ya casi me daba por vencido y estaba resignado a ser durante toda mi vida un mal medicucho, cuando mis forcejeos acabaron de la manera más extraordinaria.

Compré una mañana el Standard y me puse a repasar sus columnas. Venía casi falto de noticias, y ya estaba a punto de tirar a un lado el periódico, cuando descubrí un anuncio en la cabecera de la columna de empleos ofrecidos. Estaba redactado de la siguiente forma:

«Se necesitan por uno o varios días los servicios de un médico. Es esencial que sea hombre de fuerte contextura física, nervios firmes, y carácter resuelto. Se exige que sea entomólogo, prefiriéndose la especialidad de los

coleópteros. Presentarse personalmente en 77 B, Brook Street. Antes de las doce del día de hoy».

Pues bien, he dicho que yo era aficionadísimo a la zoología. De todas las ramas de esta ciencia, la que mayores atractivos tenía para mí era la que se refiere a los insectos y, entre todos los insectos, la especie con la que yo estaba más familiarizado era la de los escarabajos. Son muchos los coleccionistas de mariposas; además, en nuestras islas, los escarabajos son de mayor variedad de tipos y más accesibles que las mariposas. Era esto lo que me había atraído a su estudio, y llegué a tener una colección de varios centenares de distintas variedades de escarabajos. Por lo que se refiere a las demás exigencias del anuncio, yo estaba seguro de mis nervios, y había salido triunfador en la especialidad de lanzamiento de peso de una competición deportiva entre el personal de los distintos hospitales. Evidentemente, yo era el hombre indicado para ocupar aquella vacante. Antes de que hubiesen transcurrido cinco minutos de mi lectura del anuncio me había metido ya en un coche de alquiler y marchaba en la dirección de Brook Street.

Dentro del coche, iba yo dándole vueltas en la cabeza al asunto, y trataba de adivinar qué clase de ocupación sería la que requería unas cualidades tan curiosas. Fortaleza física, resolución, conocimientos médicos y especialización en el estudio de escarabajos. ¿Qué relación podía existir entre requisitos tan dispares? Se daba, además, el detalle descorazonador de que no se trataba de un empleo permanente, sino que podía terminar de un día a otro, según lo declaraba el anuncio. Cuantas más vueltas le daba, menos claro lo veía; pero, al final de mis meditaciones, siempre volvía a la realidad insoslayable de que nada tenía que perder, fuese aquello lo que fuese, estando como estaba a punto de quedarme sin fondos. Yo estaba preparado para cualquier aventura, por muy peligrosa que fuese, con tal de que pudiera meterme en el bolsillo algunos soberanos ganados honradamente. El miedo a fracasar sólo cabe en quien tiene que pagar su fracaso, pero a mí nada podía hacerme pagar la fortuna. Era como el jugador que se ha quedado sin blanca, y al que se permite probar suerte en otra jugada.

La casa del número 77 B de Brook Street era una de esas construcciones desaseadas pero imponentes, de color oscuro y fachada lisa, con el aspecto de gran respetabilidad y de cosa maciza característico de los constructores del período de los Jorges. Al apearme del coche salía por la puerta un joven que se alejó con paso rápido calle abajo. Observé que al cruzarse conmigo clavó en mí una mirada escrutadora y algo malévola. Tomé ese incidente como buen augurio, porque su aspecto era el de un solicitante que no ha sido

aceptado y, si mi presencia allí le molestaba, eso quería decir que la vacante no estaba todavía cubierta. Subí muy esperanzado los anchos escalones de la escalinata exterior y di unos golpes con la maciza aldaba.

Abrió la puerta un lacayo de peluca y librea. Evidentemente, iba a tener que tratar con personas ricas y elegantes.

—Usted dirá, señor —dijo el lacayo.

—He venido por el anuncio de…

—Perfectamente, señor. Lord Linchmere lo recibirá inmediatamente en el despacho.

¡Lord Linchmere! Tuve una vaga sensación de haber oído aquel nombre, pero no recordaba de momento nada que tuviese relación con él. Seguí al lacayo, y éste me llevó a una habitación amplia y llena de estanterías de libros, en la que estaba sentado, detrás de una mesa escritorio, un hombre pequeño, de cara simpática, completamente afeitada y expresiva, y cabello largo entrecano, peinado hacia atrás desde la frente. Me miró de arriba abajo con mirada aguda y penetrante, teniendo en su mano derecha la tarjeta que el lacayo le había entregado. Luego se sonrió con simpatía, y tuve la sensación de que yo reunía, por lo menos, las cualidades externas que se requerían.

—¿De modo, doctor Hamilton, que viene usted por lo referente al anuncio, verdad? —me preguntó.

—Sí, señor.

—¿Reúne usted las condiciones que en él se exigen?

—Creo reunirlas.

—Es usted hombre fuerte; por lo menos, tal es su aspecto.

—Creo que soy de alguna fortaleza.

—¿Y, además, resuelto?

—Así lo creo.

—¿Sabe usted por experiencia lo que significa el verse expuesto a un peligro inminente?

—No; no creo haber pasado nunca por esa situación.

—Pero ¿tiene usted fe en que actuaría con rapidez y serenidad en un caso como el que le he expuesto?

—Espero que sí.

—Sí, yo creo que sí. Y mi confianza en usted es mayor porque no ha mostrado la pretensión de estar seguro de cómo se conduciría en una situación que no conoce por experiencia. Saco la impresión de que en cuanto a cualidades personales, es usted precisamente el hombre que busco. Aclarado esto, podemos pasar a lo siguiente.

—¿Y qué es lo siguiente?

—El que usted me hable de escarabajos.

Le miré para ver si bromeaba; pero, muy al contrario, había adelantado el busto y me miraba con expresión de ansiedad en los ojos.

—Me estoy temiendo que no sepa usted nada de escarabajos —exclamó.

—Todo lo contrario, señor, porque es ése el único tema científico acerca del cual creo tener algunos conocimientos.

—Sus palabras me producen verdadero júbilo. Por favor, hábleme algo de escarabajos.

Le hablé. No tengo la pretensión de haber dicho ninguna cosa original en la materia, pero sí que le tracé un somero boceto de las características del escarabajo, enumerando las especies más corrientes y haciendo algunas alusiones a los ejemplares de mi pequeña colección y al artículo sobre «escarabajos enterradores» que yo había publicado en el Diario de la Ciencia Entomológica. Lord Linchmere exclamó:

—Pero ¡cómo! ¿También coleccionista? ¿Debo entender que se dedica personalmente a coleccionar? —sólo ante aquella perspectiva le bailaban los ojos de placer—. Es usted, sin duda alguna, el único hombre de todo Londres que reúne las condiciones que yo buscaba. Me imaginé que entre cinco millones de personas tenía por fuerza que existir un hombre de esas características, pero la dificultad estaba en encontrarlo. Me considero extraordinariamente afortunado con haberme puesto en contacto con usted.

Golpeó un gong que había encima de la mesa y acudió el lacayo.

—Diga usted a lady Rossiter que tenga la amabilidad de acercarse hasta aquí —dijo Su Señoría, y a los pocos momentos entró en el despacho la dama en cuestión. Era de baja estatura, edad mediana y de aspecto muy parecido al de lord Linchmere, porque sus facciones eran igualmente rápidas y expresivas y también sus cabellos eran grises— negros. Sin embargo, la expresión de ansiedad que yo había notado en las facciones del caballero era mucho más marcada en las de la mujer. Se diría que algún gran dolor había proyectado su sombra sobre aquellas facciones. Cuando lord Linchmere hizo mi presentación, ella me miró cara a cara, y entonces descubrí, con sorpresa dolorosa, que tenía encima de la ceja del lado derecho una cicatriz recubierta parcialmente con un parche; pero vi, a pesar de todo, que se trataba de una herida importante y reciente. Lord Linchmere dijo:

—Evelina, el doctor Hamilton es el hombre que necesitamos. Se dedica ya a coleccionar escarabajos y lleva escritos algunos artículos acerca de ese tema.

—¿De verdad? —exclamó lady Rossiter—. Entonces usted ha tenido que oír hablar de mi esposo. Quien sepa algo de escarabajos no puede menos de saber quién es sir Thomas Rossiter.

Por primera vez vi que penetraba un pequeñísimo rayo de luz en aquel asunto tan oscuro. Ahora sí que había encontrado una relación entre esta familia y los escarabajos, porque sir Thomas Rossiter estaba considerado como la mayor autoridad mundial acerca del tema. Había dedicado toda su vida al estudio del mismo, y había escrito una obra que lo agotaba por completo. Me apresuré a dar a lady Rossiter la seguridad de que yo la había leído y que la apreciaba en todo su valor.

—¿Ha tratado usted personalmente a mi marido? —preguntó ella.

—No, no lo he tratado personalmente.

—Pues lo tratará usted —dijo resueltamente lord Linchmere.

La dama estaba de pie a un lado de la mesa, y apoyó su mano en el hombro de lord Linchmere. Cuando vi sus dos caras juntas comprendí claramente que eran hermano y hermana.

—¿Estás verdaderamente dispuesto a ello, Charles? Es un acto de generosidad el tuyo, pero que me llena de temor —le temblaba la voz por efecto de sus recelos, y me pareció que también el hermano estaba conmovido, aunque hacía grandes esfuerzos por ocultarlo.

—Sí, sí, querida; éste es un asunto arreglado y decidido; en realidad, yo no veo otro recurso posible.

—Sí que hay uno, y está muy claro.

—No, no, Evelina; yo no te abandonaré jamás, jamás. Todo saldrá bien, confía en mí; saldrá bien, y parece como que la mano de la Providencia es la que ha puesto en nuestras manos un instrumento tan perfecto.

Mi posición era embarazosa, porque me di cuenta de que ellos se habían olvidado por un instante de que yo estaba allí. Pero lord Linchmere volvió súbitamente a ocuparse de mí y de mi trabajo en perspectiva.

—Doctor Hamilton, lo que yo necesito de usted es que se ponga por completo a mi disposición. Deseo que me acompañe en una breve excursión, que durante la misma permanezca siempre a mi lado, y que me prometa hacer, sin entrar en preguntas, lo que yo le pida, por muy disparatado que le parezca.

—Eso es mucho pedir —dije.

—Por desgracia, no me es posible concretar más, porque ni yo mismo sé el giro que pueden tomar las cosas. Puede usted, sin embargo, tener la seguridad de que no le será pedido nada que repugne a su conciencia; le

aseguro, además, que, una vez terminado el asunto, se sentirá orgulloso de haber contribuido a una obra tan buena.

—Si todo termina con felicidad —dijo la dama.

—Eso es: si todo termina con felicidad —repitió Su Señoría.

—¿Y cuál es la remuneración? —pregunté yo.

—Veinte libras diarias.

Quedé atónito ante aquella cifra, y seguramente exterioricé mi sorpresa en la expresión de mi cara. Lord Linchmere prosiguió:

—Ya se fijaría, cuando leyó el anuncio, en que se exige una combinación de cualidades poco frecuente, y ese hecho merece una elevada recompensa. Tampoco le oculto que sus obligaciones quizá resulten difíciles y hasta peligrosas. Además, quizá el trabajo no dure más de uno o dos días.

—¡Dios lo quiera! —suspiró su hermana.

—¿Podemos, pues, contar con su colaboración, doctor Hamilton?

—Sin género alguno de duda —le contesté—. Sólo queda ya que me explique cuáles son mis obligaciones.

—La primera de todas será que usted regrese a su casa y que disponga todo lo que crea necesitar para una breve excursión fuera de Londres. Saldremos juntos de la estación de Paddington a las tres cuarenta de esta tarde.

—¿Vamos lejos?

—Llegaremos a Pangbourne. Se reunirá usted conmigo a las tres treinta en el quiosco de libros de la estación; tendré ya sacados los billetes. Adiós, doctor Hamilton. Ahora que lo pienso, hay dos cosas que yo me alegraría muchísimo que trajese usted, si es que las tiene: una, su estuche para coleccionar escarabajos, y la otra, una garrota, cuanto más pesada, mejor.

* * *

Ya se imaginarán ustedes que tuve tema abundante en que pensar desde que me retiré de Brook Street hasta que salí de casa para reunirme con lord Linchmere en la estación de Paddington. Todo aquel fantástico asunto se combinaba y se volvía a combinar de mil formas caleidoscópicas dentro de mi cerebro, hasta que ideé una docena de explicaciones, a cual más grotescamente improbable. Pero es que tenía el convencimiento de que también la verdad suele estar a veces en algo grotescamente improbable. Renuncié, por último, a todo intento de encontrar una solución, y me conformé con cumplir estrictamente las instrucciones que había recibido.

Cuando lord Linchmere llegó al quiosco de libros de la estación de Paddington, ya estaba yo allí esperándole con mi maletín, mi estuche de ejemplares y un bastón emplomado.

Era lord Linchmere más pequeño todavía de lo que me había parecido, frágil y delgaducho, y daba pruebas de estar más nervioso que por la mañana. Se cubría con un ulster de viaje, grueso y largo, y me fijé en que llevaba también en la mano una pesada garrota de endrino.

—He sacado ya los billetes —dijo, avanzando delante de mí por el andén —. Éste es nuestro tren. Hice reservar un coche, porque tengo un interés grandísimo en hacerle comprender bien una o dos cosas.

Sin embargo, todo lo que él quería hacerme comprender bien podía decirse con una sola frase, porque se limitaba a recordarme que yo iba como protector suyo, y que bajo ninguna consideración tenía que apartarme un solo instante de su lado. Me lo repitió una y otra vez cuando llegábamos ya al final de nuestro viaje, y lo hizo con una insistencia que demostraba a las claras que su sistema nervioso se había derrumbado.

—Sí, doctor Hamilton, estoy nervioso —dijo al fin, en respuesta a la mirada mía, más que a mis palabras—. He sido siempre un hombre tímido, y mi timidez nace de lo endeble de mi salud física. Pero el temple de mi alma es bueno, y soy capaz de decidirme a hacer frente a peligros ante los que otras personas menos nerviosas retrocederían. Esto que hago ahora no me obliga nadie a hacerlo; me lo impone únicamente un sentimiento del deber y, sin embargo, supone, sin género de duda, correr un grave riesgo. Si las cosas se tuercen, tendré buenos méritos para pretender el título de mártir.

Aquella serie interminable de acertijos era ya excesiva para mí. Creí que estaba obligado a ponerle término, y dije:

—Yo creo, señor, que sería con mucho preferible el que usted confiase por completo en mí. Me resulta imposible actuar con eficacia desconociendo las finalidades que perseguimos y no sabiendo siquiera adónde vamos.

—En cuanto a lo de adónde vamos, no es preciso andarse con misterios —dijo—. Nos dirigimos a Delamere Court, casa residencial de sir Thomas Rossiter, con cuya obra está usted tan familiarizado. En cuanto a la finalidad concreta de nuestra visita, no creo, doctor Hamilton, que se adelante nada, estando las cosas en la etapa en que se encuentran, con que yo me confíe totalmente a usted. Sí puedo decirle que actuamos —y digo actuamos porque mi hermana, lady Rossiter, está de acuerdo conmigo— con la única finalidad de impedir que se produzca un escándalo de familia. Ya comprenderá, pues, que ande reacio a dar explicaciones que no son absolutamente indispensables.

La situación sería distinta, doctor Hamilton, si yo le pidiese su consejo. Tal como se encuentran las cosas, sólo requiero su colaboración activa, y yo le haré comprender de vez en cuando cuál es la mejor manera de que usted colabore.

No quedaba más por decir, y aunque una persona pobre puede pasar por muchas cosas cuando se le pagan veinte libras diarias, me pareció, no obstante, que la actitud de lord Linchmere con respecto a mí era bastante mezquina. Él pretendía hacer de mí un instrumento pasivo, algo así como la garrota de endrino que llevaba en la mano. Sin embargo, yo comprendía que, dado su carácter emotivo, le tenía que resultar odioso cualquier escándalo, y me dije para mis adentros que sólo me haría sus confidencias cuando ya no tuviese otro remedio. Tenía, pues, que confiar yo en mis ojos y oídos para la solución del misterio, aunque estaba seguro de que mi confianza en ellos no sería vana.

Delamere Court está situado a cinco millas largas de la estación de Pangbourne, y cubrimos la distancia en un carricoche abierto. Durante el trayecto, lord Linchmere permaneció profundamente abstraído, y no despegó los labios hasta que ya estábamos próximos a nuestro punto de destino. Si habló fue para darme un dato que me sorprendió.

—Quizá no sepa que yo también soy médico, como usted —me dijo.

—En efecto, señor; no lo sabía.

—Pues, sí; saqué el título allá en mi primera juventud, cuando se interponían varias personas vivas en mi camino hacia mi aristocrático título. No tuve necesidad de practicar la profesión, pero he podido comprobar que el conocimiento de la medicina es cosa útil. Nunca he lamentado los años que consagré al estudio de la carrera de médico. Ya estamos en la puerta exterior de Delamere Court.

Habíamos entrado por entre dos altas columnas coronadas de monstruos heráldicos y que se alzaban a uno y otro lado de la entrada de una gran avenida serpenteante. Distinguí por encima de los arbustos de laurel y de los rododendros un palacio ancho y con muchos tejados triangulares, recubierto de hiedra, y con la tonalidad cálida, estimulante y suave del viejo ladrillo de fachada. Estaba todavía contemplando absorto de admiración aquella mansión encantadora, cuando mi acompañante me tironeó nerviosamente de la manga y cuchicheó:

—Ahí tenemos a sir Thomas. Por favor, hable todo cuanto pueda de escarabajos.

Por una abertura del seto de arbustos de laurel había surgido un hombre alto, enjuto, curiosamente anguloso y huesudo. Empuñaba una escardilla, y sus manos estaban revestidas de guantes de jardinero. Un sombrero gris de anchas alas proyectaba sombra sobre su cara, pero me pareció ésta de una extraordinaria austeridad, con barba rala y facciones ásperas e irregulares. El carricoche se detuvo y lord Linchmere saltó a tierra, exclamando cordialmente:

—¿Qué tal vamos, mi querido Thomas?

Pero la cordialidad no era en modo alguno recíproca. El propietario de la finca me miró fijamente por encima del hombro de su cuñado, y yo pude captar algunas frases sueltas, como «deseos bien conocidos…, odio a la gente extraña…, entremetimiento injustificable…, totalmente inexplicable…» farfullaron entre ellos una explicación, y luego se acercaron jumos al cochecillo, y lord Linchmere dijo:

—Permítame que le presente a sir Thomas Rossiter, doctor Hamilton. Ya verá usted como ambos tienen una fuerte coincidencia de aficiones.

Contesté con una inclinación. Sir Thomas permanecía erguido y rígido, mirándome con severidad por debajo de la ancha ala de su sombrero. Luego dijo:

—Lord Linchmere me informa que entiende usted algo de escarabajos. ¿Qué es lo que usted sabe de esos animales?

—Sé lo que he aprendido de su libro acerca de los coleópteros, sir Thomas —le contesté.

—Cíteme los nombres de las especies más conocidas del escarabajo sagrado británico —me dijo.

Yo no esperaba verme sometido a un examen, pero estaba, por suerte, preparado para sufrirlo. Pareció que mis contestaciones le agradaron, porque se suavizó la severidad de sus facciones y me dijo:

—Por lo que veo, ha sacado usted algún provecho de la lectura de mi libro, señor. Me resulta cosa rara el tener ocasión de hablar con una persona que se interesa de una manera inteligente en esta clase de temas. Las gentes saben encontrar tiempo para insignificancias como el deporte o la vida de sociedad y, sin embargo, pasan por alto a los escarabajos. Le aseguro que la mayor parte de los imbéciles que viven en esta región no sospechan siquiera que yo haya escrito en mi vida un libro, yo, el primero que ha descrito jamás la función de los élitros. Me alegro de conocerle, señor, y no dudo de que podré mostrarle algunos ejemplares que le interesarán.

Subió al coche y vino con nosotros hasta la casa, explicándome algunas investigaciones realizadas últimamente por él acerca de la anatomía de la escarabaja.

He dicho ya que sir Thomas Rossiter llevaba en la cabeza un ancho sombrero echado hacia delante. Al entrar en el vestíbulo se descubrió y me di cuenta en el acto de una característica singular que el sombrero me había ocultado. Su frente, naturalmente alta, y que lo parecía más aún debido al entrante que formaban sus cabellos, estaba en un estado de continuo movimiento. Debido a alguna enfermedad nerviosa, los músculos se mantenían en un espasmo constante, que en ocasiones se exteriorizaba únicamente con una ligera contracción y otras con un curioso movimiento rotativo, distinto de todo cuanto yo había visto en mi vida. Esa particularidad quedó sumamente visible cuando se volvió hacia nosotros, después de entrar en su despacho, y chocaba todavía más por contraste con sus ojos duros, fijos, que miraban por debajo de aquellas cejas palpitantes.

—Lamento que lady Rossiter no se encuentre aquí para ayudarme a hacer grata su estancia —dijo—. A propósito, Charles, ¿dijo Evelina algo acerca de la fecha de su regreso?

—Desea permanecer todavía en Londres algunos días más —contestó lord Linchmere—. Ya sabes que los deberes sociales de las señoras se acumulan cuando permanecen ausentes en provincias algún tiempo. Mi hermana tiene en la actualidad muchas viejas amistades en Londres.

—Bien, ella es muy dueña de su persona, y yo no desearía alterar sus proyectos, pero me alegraré de verla otra vez por aquí, porque me siento muy solitario sin su compañía.

—Ésos fueron mis temores, y eso ha sido en parte lo que me ha hecho venir. Mi joven amigo el doctor Hamilton se interesa tanto en el tema que tú has llegado a dominar que me pareció que no tendrías inconveniente en que me acompañase.

—Llevo una vida retirada, doctor Hamilton, y cada vez es mayor mi aversión a ver gente extraña —contestó el dueño de la casa—. A veces se me ocurre pensar que ya mis nervios van flaqueando. Los viajes que en mi juventud hice para reunir ejemplares de escarabajos me obligaron a visitar muchos países insanos y en los que reina la malaria. Sin embargo, siempre recibo con agrado a un hermano en aficiones coleopteristas como es usted, y veré con placer que examine usted mi colección. Sin exageración alguna creo que puedo calificarla de la más completa que hay en Europa.

Lo era, sin duda. Disponía de un inmenso armario de roble dividido en estrechos cajones, y allí, cuidadosamente clasificados y etiquetados, había escarabajos procedentes de todos los rincones de la tierra, negros, pardos, azules, verdes y moteados. De vez en cuando, a medida que pasaba su mano por encima de filas y más filas de insectos ensartados, echaba mano a algún ejemplar raro y, manejándolo con el mismo cuidado y reverencia que si se tratase de una reliquia preciosa, se extendía en explicaciones acerca de sus características y de las circunstancias en que llegó a su poder. Evidentemente, era cosa extraordinaria para él tropezar con un oyente que le escuchase con simpatía, y habló hasta que el crepúsculo primaveral se cerró, convirtiéndose en noche, y el gong anunció que era hora de vestirse para ir a la mesa. Lord Linchmere no dijo nada en todo ese tiempo, pero permaneció al lado de su hermano político, y yo lo sorprendí dirigiendo constantemente miradas rápidas, curiosas y escrutadoras a la cara de éste. Sus propias facciones delataban una fuerte emoción, que a veces era de recelo, otras de simpatía y otras de expectación. Me pareció que yo las leía una después de otra. Estaba seguro de que lord Linchmere temía y esperaba algo, pero no me imaginaba qué pudiera ser.

La velada transcurrió tranquila pero agradable, y yo habría estado por completo a mis anchas a no ser porque percibía una constante tensión de ánimo en lord Linchmere. En cuanto al dueño de la casa, me pareció que ganaba en aprecio dándose a conocer. Hablaba siempre con cariño de su esposa ausente, y también de su hijito, al que habían enviado hacía poco al colegio. Dijo que la casa no parecía la misma faltando ellos. Los días le habrían sido insoportables si no hubiera podido dedicarse a sus estudios científicos, ahora que estaba solo. De sobremesa pasamos algún tiempo en el salón de billares, fumando, y por último nos acostamos a una hora temprana.

Sólo entonces y por primera vez cruzó por mi imaginación la sospecha de que lord Linchmere era un lunático. Una vez que el dueño de la casa se hubo retirado, lord Linchmere se metió en mi dormitorio, y me dijo en voz baja y hablando precipitadamente.

—Doctor, es preciso que venga conmigo. Tendrá que pasar la noche en mi dormitorio.

—¿Qué significa eso?

—Prefiero no explicárselo, pero le diré que ésta es una de sus obligaciones. Mi habitación está aquí al lado, y podrá volver a la suya antes de que el criado venga por la mañana a despertarlo.

—Pero ¿por qué es preciso hacer eso? —pregunté.

—Porque me pone nervioso el quedarme solo —me contestó—. Ahí tiene usted cuál es el motivo, ya que exige conocerlo.

Aquello me pareció una locura, pero el argumento de aquellas veinte libras se sobreponía a muchas objeciones. Le seguí a su habitación, y ya en ella, le dije:

—Bueno, pero en esta habitación sólo hay una cama.

—Porque sólo uno de nosotros ha de acostarse en ella —me contestó.

—¿Y el otro?

—Debe permanecer de centinela.

—¿Por qué? —exclamé yo—. Cualquiera diría que espera una agresión.

—Quizá la espero.

—En tal caso, ¿por qué no cerrar la puerta?

—Es que quizá quiero ser agredido.

Aquello parecía cada vez más una locura. Sin embargo, no me quedaba otro recurso que ceder y someterme. Me encogí de hombros y me senté en el sillón junto a la chimenea apagada, preguntando con desagrado:

—¿De modo, pues, que debo permanecer de vigilante?

—Dividiremos la noche en dos guardias. Si usted vigila hasta las dos de la madrugada, yo montaré la guardia el resto de la noche.

—Perfectamente.

—Pues entonces, despiérteme a las dos.

—Así lo haré.

—Manténgase con el oído bien atento, y en cuanto escuche usted algún ruido despiérteme en el acto. En el acto, repito.

—Puede estar seguro de que así lo haré —yo procuré adoptar una actitud lo más solemne que pude.

—Y, por lo que más quiera, no se duerma —me dijo mi acompañante. Acto seguido, despojándose únicamente de su smoking, se cubrió con la colcha y se dispuso a pasar la noche.

Pasé unas horas de vigilia melancólica, tanto más melancólica cuanto que estaba convencido de que aquello era una estupidez. ¿Cómo diablos lord Linchmere no cerraba la puerta de su dormitorio y se protegía de ese modo contra todo peligro, suponiendo que, por la razón que fuese, tenía motivos para recelar que estaba expuesto a alguno dentro de la casa de sir Thomas Rossiter? Su explicación de que quizá lo que deseaba era ser agredido resultaba absurda. ¿Por qué podía desear ser agredido? ¿Y quién deseaba que le agrediese? No cabía duda de que lord Linchmere sufría alguna manía extraña, cuya consecuencia era el que yo no descansase durante la noche, por

un imbécil pretexto. Pero, por absurdo que aquello fuese, decidí obedecer sus instrucciones al pie de la letra mientras permaneciese a su servicio. Me senté, pues, junto a la chimenea apagada, y me dediqué a escuchar las sonoras campanadas de un reloj que debía estar allá en el pasillo, y que sonaba, después de un ligero gargarismo, cada cuarto de hora. Fue una vigilia interminable. Fuera de aquel único reloj, reinaba por la enorme casa un silencio absoluto. Una lámpara pequeña colocada sobre la mesa que tenía yo junto a mi brazo, proyectaba un círculo de luz alrededor de mi sillón, pero dejaba envueltos en sombra los ángulos de la habitación. Lord Linchmere, acostado en la cama, respiraba pacíficamente. Sentí envidia de su sueño sosegado; mis párpados pugnaban una y otra vez por cerrarse, pero mi sentido del deber acudía siempre en mi ayuda, y me erguía en mi asiento, me frotaba los ojos y me pellizcaba, resuelto a llegar hasta el final de aquella absurda velada.

Lo conseguí. Me llegaron desde el pasillo las campanadas de las dos, y apoyé mi mano en el hombro del durmiente. Se sentó instantáneamente en la cama, con una expresión en el rostro del más vivo interés, y me preguntó:

—¿Oyó usted algo?

—No, señor. Son las dos.

—Perfectamente. Montaré yo la guardia. Puede echarse a dormir.

Me tumbé debajo de la colcha tal como él lo había hecho y no tardé en quedarme dormido. Mi último recuerdo fue el de aquel círculo de luz de la lámpara, y en el centro del mismo la figura pequeña y encogida de lord Linchmere, en cuyo rostro observé una expresión de tensa ansiedad.

Ignoro el tiempo que dormí; pero un vivo tirón en la manga me despertó súbitamente. La habitación estaba en completa oscuridad, aunque un fuerte olor a petróleo me dio a entender que la habían apagado en aquel mismo instante.

—¡Rápido! ¡Rápido! —me dijo al oído la voz de lord Linchmere.

Salté de la cama, y él seguía tirándome del brazo.

—¡Colóquese allí enfrente! —cuchicheó, y me arrastró hasta un ángulo de la habitación—. ¡Silencio! ¡Escuche!

Distinguí claramente en medio del silencio de la noche el ruido de alguien que se acercaba por el pasillo. Eran unos pasos sigilosos, furtivos e intermitentes, como de un hombre que se detenía cauteloso después de cada zancada. A veces no se oía absolutamente nada durante medio minuto, pero luego se percibía el roce y el crujido que anunciaban un nuevo paso hacia

delante. Mi compañero temblaba de emoción. Su mano, que seguía aferrada a mi manga, se movía lo mismo que una rama al soplo del viento.

—¿Qué es eso? —susurré.

—¡Él!

—¿Sir Thomas?

—Sí.

—¿Y qué pretende?

—¡Silencio! No haga usted nada hasta que yo se lo diga.

En ese instante percibí que alguien trataba de abrir la puerta. Se oyó un roce muy suave del manillar, y acto seguido distinguí una rendija estrecha de luz tenue. En el pasillo había alguna lámpara encendida, y ello bastaba para que desde la oscuridad de nuestra habitación se distinguiese la parte de fuera. La línea grisácea se fue ensanchando cada vez más, muy poco a poco, muy suavemente, y de pronto se siluetó sobre ese fondo grisáceo la negra figura de un hombre. Avanzaba encogido y agazapado, produciendo la impresión de la silueta de un enano voluminoso y disforme. La puerta se abrió poco a poco por completo, quedando enmarcada en el centro de la misma aquella figura ominosa. Y de pronto, en un segundo, la figura agazapada se irguió, cruzó la habitación con un salto de tigre, y se oyeron tres golpes sordos producidos con algún objeto pesado al chocar contra la cama.

Me quedé paralizado de asombro, mirando con ojos desorbitados y sin dar un paso, hasta que me sacudió un grito de socorro lanzado por mi acompañante. La puerta, de par en par, dejaba pasar luz suficiente para que yo distinguiese la silueta de las cosas, y vi al pequeño lord Linchmere sujetando con los brazos por el cuello a su cuñado, aferrado valerosamente a su presa como si fuera un valiente bull-terrier que ha hundido los dientes en un delgado galgo escocés. El hombre alto y huesudo se lanzaba a derecha e izquierda, retorciéndose para lograr hacer presa en su asaltante; pero éste, sujetándolo por detrás, no soltaba su abrazo, aunque los gritos agudos y atemorizados daban a entender la conciencia que tenía de la desigualdad de aquella lucha. Me precipité en su ayuda, y entre los dos conseguimos derribar al suelo a sir Thomas, aunque éste me clavó los dientes en el hombro. A pesar de mi juventud, de mi peso y de mis músculos, tuvimos que mantener un forcejeo desesperado antes de conseguir imponernos a sus frenéticos movimientos; pero logramos, por último, atarle los brazos con el mismo cordón del batín que llevaba. Yo lo sujetaba por las piernas, en tanto que lord Linchmere trataba de volver a encender la lámpara, cuando oímos pasos de muchos pies en el pasillo, y vimos entrar precipitadamente al mayordomo y a

dos lacayos que acudían alarmados por los gritos. No tuvimos con su ayuda mayores dificultades para sujetar a nuestro prisionero, que seguía en el suelo, echando espumarajos y miradas furiosas. Bastaba contemplar aquella cara para convencerse de que estábamos ante un loco peligroso, y el martillo corto y macizo caído en el suelo junto a la cama delataba bien a las claras los propósitos asesinos que había traído.

—¡No empleemos ninguna violencia! —dijo lord Linchmere, cuando poníamos en pie a aquel hombre que aún forcejeaba—. Después de esta excitación entrará en un período de aplanamiento. Creo que empieza a volver en sí.

Mientras decía esas palabras empezaron las convulsiones a perder violencia, y el loco dejó caer la cabeza sobre su pecho, como si se hubiese apoderado el sueño de él. Lo llevamos por el pasillo y lo acostamos en su propia cama, donde quedó inconsciente y respirando fatigosamente. Lord Linchmere dijo:

—Os quedaréis dos de vosotros vigilándolo. Y ahora, doctor Hamilton, si tiene la amabilidad de acompañarme a mi habitación, le daré una explicación que quizá demoré demasiado por mi horror al escándalo. Ocurra lo que ocurra, no tendrá usted jamás motivos de lamentarse de la parte que ha tomado en la tarea de esta noche.

Cuando estuvimos a solas, siguió diciendo:

—En pocas palabras se puede poner en claro el caso. Mi pobre cuñado es uno de los hombres mejores que hay en toda la tierra, un marido amante y un padre apreciable; pero viene de una raza profundamente afectada de locura. En más de una ocasión ha tenido arrebatos homicidas, tanto más dolorosos cuanto que le llevan siempre a acometer precisamente a la persona por la que siente un afecto mayor. Hubo que enviar a su hijo al colegio para ponerlo a salvo de ese peligro; pero ocurrió después la agresión a mi hermana, su esposa, agresión de la que ella se salvó, pero sufriendo heridas que ha podido usted observar cuando habló con ella en Londres. Compréndame. Mi cuñado no tiene, cuando se encuentra en su sano juicio, la menor noción de lo que ha hecho, y le parecería ridícula cualquier sugerencia que le hiciesen de que había lastimado, fuese como fuese, a las personas a quienes más tiernamente quiere. Usted sabe ya que una de las características de esa clase de enfermedades es la imposibilidad absoluta de convencer a quien padece de ellas de que, en efecto, es una víctima suya. Se imponía, por consiguiente, el que buscásemos la manera de colocar a mi cuñado en donde no pudiera manchar sus manos con sangre, pero el asunto era muy espinoso. Es hombre

muy retirado, y por nada del mundo accedería a consultar con ningún médico. Además, era indispensable, para la finalidad que nos proponíamos, que el médico adquiriese la plena certeza de que este hombre está loco, porque fuera de esos accesos, muy raros, es un hombre tan equilibrado como usted o como yo. Por suerte, antes de que le acometan estos accesos suele mostrar siempre ciertos síntomas que sirven de aviso, de advertencia de peligro, una cosa providencial que nos indica que estemos en guardia. El síntoma principal suele ser la contracción nerviosa de la frente, que usted mismo ha podido observar. Es ése un fenómeno que aparece siempre de tres a cuatro días antes de que le acometa el acceso de locura furiosa. En cuanto observó éste de ahora, su mujer se marchó a Londres con un pretexto cualquiera, y se refugió en mi casa de Brook Street. Era misión mía convencer a un médico de la locura de sir Thomas porque sin ese requisito es imposible colocarlo en lugar donde no pueda causar daño alguno. El primer problema consistía en traer a esta casa a un médico. Pensé en el interés que siente mi cuñado por los escarabajos, y en la afición que toma a cuantas personas comparten sus gustos. Por eso puse el anuncio, y tuve la suerte de encontrar en usted al hombre que me hacía falta. Era preciso que ese médico fuese persona de mucha fuerza, porque yo sabía que sólo una agresión asesina podía constituir prueba de locura, y tenía toda clase de razones para creer que la agresión se realizaría contra mi persona, porque en sus momentos de lucidez mi cuñado sentía por mí el más profundo afecto. Creo que la inteligencia de usted suplirá todo lo restante. Yo no sabía si la agresión se produciría durante la noche, aunque lo creía muy probable, porque en estos casos lo corriente es que las crisis se presenten en las primeras horas de la mañana. Yo soy hombre muy nervioso, pero no veía otro recurso para poner la vida de mi hermana a cubierto de este peligro tremendo. Creo que no hará falta que le pregunte si está usted dispuesto a firmar los documentos en que conste la locura furiosa de mi cuñado.

—Los firmaré, desde luego. Pero se necesitan dos firmas.

—Se olvida usted de que también yo tengo mi diploma de médico. Los documentos necesarios están ya preparados ahí en esa mesa, de modo que si usted tiene la bondad de firmarlos ahora mismo, podemos sacar de aquí al enfermo por la mañana.

Ahí tienen ustedes el motivo de mi visita al célebre cazador de escarabajos sir Thomas Rossiter, y ahí tienen también cómo subí el primer peldaño de la escala del éxito, porque lady Rossiter y lord Linchmere demostraron ser unos amigos fieles y constantes, y no han olvidado jamás

cómo yo les serví en el momento en que ellos lo necesitaban. Sir Thomas está ya fuera de la casa de salud y afirman que se ha curado. Sin embargo, sigo pensando que si yo tuviese que pasar otra noche en Delamere Court, me sentiría inclinado a cerrar mi puerta con llave por dentro.

EL HOMBRE DE LOS RELOJES[23]

Son muchos los que recuerdan todavía las extraordinarias circunstancias que llenaron muchas columnas de la prensa diaria durante la primavera del año 1892, bajo los titulares de «El misterio de Rugby». Como ese hecho ocurrió en un periodo de excepcional falta de emociones, atrajo quizá una atención superior a la que se merecía, aunque tuvo para el público esa mezcla de lo caprichoso y de lo trágico que de tal manera excita la imaginación del pueblo. Sin embargo, el interés decayó cuando, después de varias semanas de inútiles investigaciones, se vio que no llegaba una explicación definitiva de los hechos, y desde entonces hasta ahora parece que la tragedia hubiese pasado al negro catálogo de los crímenes inexplicables y sin expiación. Sin embargo, una publicación reciente (de cuya autenticidad no puede dudarse) ha arrojado una luz nueva y brillante sobre el tema. Antes de pasar a exponerla a los lectores, convendría que refrescase sus recuerdos acerca de los hechos extraños en que se funda este comentario. Los hechos, resumidos brevemente, son como sigue:

El día 18 de marzo del año citado, y a las cinco de la tarde, salió un tren de la estación de Euston, en dirección a Manchester. El día era lluvioso y tormentoso, y la violencia del tiempo se fue haciendo cada vez mayor a medida que avanzaba el día, de modo que era uno de aquéllos en que no viajaba nadie como no tuviese necesidad absoluta de hacerlo. Sin embargo, el tren citado es el que prefieren los hombres de negocios de Manchester cuando regresan a esta ciudad desde Londres, porque sólo invierte cuatro horas y veinte minutos y no tiene más que tres estaciones de parada en todo el trayecto. Por ello, y a pesar de la inclemencia del tiempo, estaba casi lleno el día del que hablo. El vigilante del tren era un empleado de confianza de la compañía que llevaba veintidós años de servicio sin la menor queja ni censura. Se llamaba John Palmer.

Estaba el reloj de la estación a punto de dar las cinco, y el vigilante estaba, por su parte, a punto de dar la señal reglamentaria al maquinista, cuando vio que dos viajeros rezagados llegaban corriendo por el andén. Uno de ellos era

un hombre de estatura extraordinariamente grande, y que llevaba gabán largo, negro, con el cuello y los puños de astracán. He dicho ya que el tiempo era inclemente, y por eso el viajero de gran estatura llevaba levantado el cuello alto y de mucho abrigo, para proteger su garganta del crudo viento del mes de marzo. La impresión que de ese rápido examen sacó el vigilante fue que aquel hombre tendría de cincuenta a sesenta años, aunque conservaba mucho de la energía y actividad de su juventud. Llevaba en una mano una maleta Gladstone de cuero marrón. Su acompañante era una mujer, alta y erguida, que con sus vigorosas zancadas dejaba atrás al caballero que llevaba a su lado. Vestía abrigo de viaje, largo, de color cervato; llevaba en la cabeza una toca negra muy ajustada, y un velo, también negro, que ocultaba la mayor parte de su rostro. Ambos podían pasar muy bien por padre e hija. Avanzaron rápidos hacia la cabecera del tren, mirando al interior por las ventanillas, hasta que el guarda, John Palmer, los alcanzó y les dijo:

—Vamos, señor, dese prisa, porque el tren está a punto de salir.

—Primera clase —contestó el hombre.

El guarda hizo girar la manilla de la puerta más próxima. En el departamento cuya portezuela había abierto estaba sentado un hombre pequeño que tenía un cigarro en la boca. Por lo visto, su imagen se quedó bien grabada en la memoria del guarda, porque éste se manifestó posteriormente dispuesto a describir al personaje y a identificarlo. Era un hombre de treinta y cuatro o treinta y cinco años de edad, de traje gris, nariz afilada, expresión despierta, cara rubicunda y curtida del aire libre, y barbita negra muy corta. Cuando se abrió la puerta él levantó la vista. El hombre de gran estatura se detuvo con el pie en el estribo del coche, y dijo, volviéndose a mirar al guarda:

—Éste es un departamento de fumadores, y a esta señora le desagrada el humo.

—¡Perfectamente! ¡Aquí tienen el que les conviene, señor! —dijo John Palmer, y cerró de golpe la portezuela del departamento de fumadores, abriendo acto seguido el inmediato, que estaba desocupado, haciendo entrar precipitadamente a los dos viajeros.

Hizo sonar inmediatamente su silbato, y las ruedas del tren empezaron a ponerse en movimiento. El hombre del cigarro estaba asomado a la ventanilla de su departamento, y gritó algo al guarda cuando pasó por delante de él; pero sus palabras se perdieron en el bullicio del tren en marcha y de las despedidas. Palmer se metió en el furgón, cuando éste llegó a su altura, y ya no volvió a pensar en el incidente.

A los doce minutos de su salida de la estación de Euston llegó el tren al empalme de Willesden, donde se detuvo un espacio de tiempo pequeñísimo. El examen de los billetes ha permitido deducir con entera seguridad que en ese tiempo ningún nuevo viajero subió y tampoco se vio apearse al andén a ninguno de los viajeros que venían de Londres. A las cinco catorce se reanudó la marcha hacia Manchester, y el tren llegó a Rugby a las seis cincuenta, con cinco minutos de retraso.

En la estación de Rugby, uno de los empleados se fijó en que la puerta de uno de los coches de primera se encontraba abierta. El examen de aquel departamento y del departamento contiguo, descubrió una cosa extraordinaria.

El departamento de fumadores, en el que el guarda había visto al hombre pequeño y rubicundo, de barba negra, se hallaba ahora vacío. No había más vestigio de su último ocupante que un cigarro a medio fumar. La portezuela de este departamento estaba cerrada. En el departamento contiguo, hacia el que se había dirigido primeramente la atención de los empleados, no había tampoco indicio del caballero del cuello de astracán ni de la joven que le acompañaba. Los tres viajeros habían desaparecido. Por otra parte, se descubrió en el piso del coche —es decir, en el departamento en que entraron el hombre alto y la señora— a un joven elegantemente vestido y de aspecto de petimetre. Tenía las rodillas levantadas y encogidas, la cabeza apoyada en la portezuela del lado contrario, y un codo en cada uno de los dos asientos. Una bala le había traspasado el corazón y su muerte debió ser instantánea. Nadie había visto a ese joven subir al tren, no se le encontró en el bolsillo billete de ferrocarril, ni había en su ropa interior inicial alguna, no llevando tampoco encima documentos ni objetos personales que pudieran ayudar a identificar su personalidad. Quién era, de dónde había venido y de qué manera encontró la muerte eran enigmas tan grandes como el paradero de aquellas tres personas que hora y media antes habían salido de Willesden en aquellos mismos departamentos.

He dicho que no había objetos personales que pudieran ayudar a identificar al muerto, pero la verdad es que en aquel joven desconocido se advirtió una particularidad que fue objeto de muchos comentarios en aquel entonces. Se encontraron en sus bolsillos hasta seis valiosos relojes de oro, tres en los distintos bolsillos del chaleco, uno en el bolsillo exterior del pecho, otro en el bolsillo interior y uno pequeño de pulsera sujeto a su muñeca izquierda con una correa de cuero. La explicación que parecía saltar a la vista era que se trataba de un carterista y que todo aquello era producto del robo; pero hubo que descartarla, porque los seis relojes eran de fabricación

norteamericana y de un tipo muy raro en Inglaterra. Tres relojes llevaban la marca de la Compañía Relojera de Rochester; uno, la de Mason, de Elmira; otro, sin marca, y el pequeño, con muchos adornos y piedras finas, era de Tiffany, Nueva York. Los demás objetos que se le encontraron en el bolsillo eran un cortaplumas de nácar con sacacorchos, de la marca Rodgers, de Sheffield; un espejito redondo, de una pulgada de diámetro; una contraseña de salida de entreacto del teatro Liceum, una cajita de plata llena de cerillas *vesta* y un estuche de cuero para cigarros que tenía dos de los llamados trompetillas, además de dos libras y catorce chelines en dinero. Era, pues, evidente que entre los posibles móviles del asesinato no figuraba el robo. He dicho ya que en las ropas interiores de aquel hombre no había inicial alguna; eran ropas flamantes, y tampoco la chaqueta tenía la etiqueta del sastre. El aspecto exterior era de un joven de poca estatura, mejillas imberbes y facciones delicadas. Una de las palas de su dentadura mostraba una corona de oro muy visible.

En cuanto se descubrió la tragedia se procedió a realizar una revisión inmediata de los billetes de los viajeros, haciendo un recuento del número de éstos. De esa manera se comprobó que únicamente faltaban tres billetes, que eran los que correspondían a los tres viajeros desaparecidos. Se permitió entonces al tren expreso que siguiese su camino, pero se puso un nuevo vigilante, haciendo que John Palmer permaneciese en Rugby como testigo. Se desenganchó el coche al que pertenecían los dos departamentos en cuestión y se le desvió a un apartadero. Una vez que llegaron el inspector Vane, de Scotland Yard, y el señor Henderson, detective al servicio de la compañía ferroviaria, se realizó una investigación completa de todas las circunstancias del caso.

No había duda de que se había cometido un crimen. La bala parecía proceder de una pistola o revólver pequeños, y había sido disparada desde una distancia no muy grande, aunque no a quemarropa, porque no se observaban chamuscados en las prendas de vestir. No se encontró ningún arma en el departamento, con lo que quedó descartada la teoría del suicidio, ni había rastro alguno de la maleta de cuero marrón que el vigilante había visto que llevaba el caballero de gran estatura. Sí se descubrió en la rejilla de los equipajes una sombrilla de señora; pero en ninguno de los dos departamentos había rastro de los viajeros. La cuestión de cómo y por qué tres viajeros (de los que uno era una mujer) se decidieron a salir del tren y pudieron hacerlo, y la de cómo subió otro viajero en el trayecto ininterrumpido desde Willesden a Rugby fue, con independencia del crimen, una de las cosas que despertaron

en máximo grado la curiosidad del público y dieron origen a muchísimas cábalas en la prensa londinense.

John Palmer, el guarda, pudo hacer algunas declaraciones durante la investigación que arrojaron una pequeña luz en el asunto. Entre Tring y Cheddington existía, según esas declaraciones, un trecho en el que, debido a estarse realizando algunas reparaciones en la línea, el tren había tenido que disminuir la marcha hasta una velocidad que no excedía de las ocho o diez millas por hora. Era posible que un hombre, e incluso una mujer muy resuelta, hubiesen abandonado el tren en ese lugar sin sufrir ningún daño grave. Es cierto que había estado trabajando una cuadrilla de obreros, y que éstos no habían visto nada; pero como los obreros trabajaban entre las vías, y la puerta del coche que se había encontrado abierta daba al lado contrario, cabía en lo posible que alguien hubiese saltado a tierra, porque ya para entonces iba oscureciendo. Un talud de mucha pendiente bastaba para ocultar a la vista de los peones al que hubiese saltado del tren.

También testificó el guarda que había sido grande el movimiento de gente en el andén del empalme de Willesden, y que, a pesar de tener la seguridad de que ningún nuevo viajero había subido al tren, y de que tampoco se había apeado ninguno de los que en el mismo viajaban, era muy posible que algún viajero hubiese cambiado de departamento sin que el guarda se diese cuenta. Nada tenía de particular el que un caballero acabase de fumar su cigarro en un departamento de fumadores y se trasladase luego a otro en el que la atmósfera era más limpia. Suponiendo que el hombre de la barbita negra hubiese hecho eso en Willesden (suposición que se veía reforzada por el hallazgo del cigarro a medio fumar en el suelo del departamento), lo más natural era que se trasladase al más próximo, con lo que se habría puesto en contacto con los otros dos actores del drama. Quedaba de ese modo establecida, dentro de lo probable, la primera etapa del asunto, partiendo de esos datos. Pero ni el guarda ni los expertos detectives fueron capaces de elaborar una hipótesis que pudiera explicar cuál había sido el segundo acto del drama, ni cómo se llegó al último.

Un examen cuidadoso de las vías del ferrocarril entre Willesden y Rugby, dio lugar a un descubrimiento que pudiera o no tener relación con la tragedia. Cerca de Tring, en el lugar mismo donde el tren reducía su velocidad, se descubrió en el fondo del talud de la vía un ejemplar de bolsillo, muy manoseado y gastado, del Nuevo Testamento. El pie de imprenta era el de Sociedad Bíblica de Londres, y tenía esta inscripción: «De John para Alice. Enero 13, 1856», en la guarda. Debajo estaba escrito lo siguiente: «James,

julio 4, 1859», y más abajo todavía: «Edward. Noviembre 1. 1859»; todo ello escrito del mismo puño y letra. Fue ésa la única pista, si de tal podía calificarse, que encontró la policía, y el veredicto del juez de investigación fue de «asesinato cometido por una o varias personas desconocidas». Tal fue el final nada satisfactorio de aquel caso extraño. Resultaron infructuosos los anuncios, el ofrecimiento de recompensas y todas las investigaciones, porque no se descubrió base suficientemente sólida para servir de punto de partida para la tarea de poner el crimen en claro.

Sin embargo, sería un error suponer que no se hubiesen lanzado hipótesis para explicar los hechos. Todo lo contrario. La prensa, tanto la de Inglaterra como la de Norteamérica, vino plagada de sugerencias y de suposiciones que, en su mayoría, eran evidentemente absurdas. El que los relojes fuesen de fabricación norteamericana y algunos detalles característicos del revestimiento de oro de uno de los dientes delanteros, parecía indicar que el muerto era ciudadano de los Estados Unidos, aunque su ropa interior, el traje y el calzado eran indiscutiblemente de fabricación inglesa. Se apuntaba la idea de que quizá ese hombre estaba escondido debajo del banco, y que al ser descubierto, por una u otra razón, quizá porque había oído algún secreto criminal, fue asesinado por sus compañeros de viaje. Esta teoría, ligada a ciertas generalidades que circulaban corrientemente sobre la ferocidad y la astucia de las sociedades de anarquistas y de otras organizaciones secretas, resultaba tan verosímil como otra cualquiera.

El que el muerto no llevase encima un billete de ferrocarril ligaba bien con la idea de que estaba escondido, y era cosa bien sabida que en la propaganda de los nihilistas tomaban parte muy destacada las mujeres. Por otra parte, resulta evidente, a juzgar por la declaración del guarda, que aquel hombre tuvo que estar escondido allí antes de que llegasen los otros, y era una coincidencia por demás improbable el que aquellos conspiradores fuesen a meterse precisamente en el departamento en que se había ocultado ya un espía. Aparte de esto, la hipótesis hacía caso omiso del hombre del departamento de fumadores, y no aportaba absolutamente ninguna explicación de su desaparición simultánea con la de los demás. Poco trabajo tuvo la policía en demostrar que semejante hipótesis no cubría todos los hechos; pero la ausencia de pruebas le impedía presentar, por su parte, otra hipótesis más satisfactoria.

En la *Daily Gazette*, y con la firma de un investigador de asuntos criminales que gozaba de gran reputación, apareció una carta que provocó grandes discusiones durante algún tiempo. Ese investigador lanzaba una

hipótesis que era por lo menos ingeniosa, y creo que no puedo hacer cosa mejor que reproducirla al pie de la letra.

Decía así:

«Sea cual sea la verdad del caso, no cabe duda de que es el resultado de alguna combinación extraña y fantástica de acontecimientos, y por esa razón no hay más remedio que partir en la hipótesis nuestra de hechos raros y también fantásticos. Al no disponer de datos, debemos salimos del método analítico o científico de investigación, abordando el problema a la manera sintética. En una palabra: en lugar de partir de ciertos hechos conocidos y deducir de ellos lo que ocurrió, debemos construir una explicación guiándonos por la fantasía, a condición de que concuerde con los hechos que ya conocemos. Hecho eso, podremos poner a prueba la obra de nuestra fantasía con los datos nuevos que puedan ir surgiendo. Si todos ellos concuerdan, estaremos, según toda probabilidad, en la pista correcta, y con cada hecho nuevo que descubramos, esa probabilidad aumentará en progresión geométrica hasta llegar a la prueba final y convincente.

»Pues bien: nadie ha reparado debidamente en un hecho muy notable y sugerente. Por Harrow y King’s Langley pasa un tren de los llamados cortos que, de acuerdo con el horario, debió alcanzar al expreso más o menos hacia el lugar en que éste disminuyó su velocidad hasta ocho millas por hora, debido a las reparaciones que se están haciendo en la línea. De modo, pues, que en ese lugar los dos trenes debían avanzar en la misma dirección y a una velocidad parecida, por vías paralelas. Ahora bien: cualquiera de nosotros sabe que en tales circunstancias, las personas que viajan en un vagón ven con toda claridad a los viajeros que viajan en los coches del otro tren que queda enfrente de ellos. En Willesden se habían encendido las lámparas del tren expreso, y todos los departamentos del mismo estaban brillantemente iluminados, siendo, por consiguiente, muy visibles a cualquier observador de fuera del tren.

»Pues bien; yo reconstruyo la cadena de sucesos de la manera siguiente: el joven que llevaba tantos relojes viajaba solo en un coche del tren corto. Vamos a suponer que tenía sobre el asiento y junto a él su billete, con sus documentos, guantes y otros objetos. Era, probablemente, norteamericano, y era también, probablemente, un hombre débil de cerebro. El llevar encima una gran cantidad de joyas constituye uno de los primeros síntomas de algunas monomanías.

»Estando ese viajero sentado y mirando a los coches del tren expreso que marchaban a igual velocidad que el suyo debido al estado de la vía, descubrió de pronto a algunas personas conocidas suyas dentro del expreso. Supongamos, para la marcha de nuestra hipótesis, que esas personas eran una mujer a la que él amaba y un hombre hacia el que sentía odio, y que a su vez lo odiaba a él. El joven era excitable e impulsivo. Abrió la puerta de su departamento y saltó del estribo del tren corto al estribo del expreso, abrió la correspondiente portezuela y se plantó delante de aquella pareja. La hazaña no es en modo alguno tan peligrosa como parece, si partimos de la suposición de que ambos trenes marchaban a la misma velocidad.

»Ya tenemos, pues, a nuestro joven, desprovisto de su billete, dentro del departamento en el que viajaban el hombre de más edad y la mujer joven. En tal situación no cuesta trabajo imaginarse que se produjo una escena violenta. Quizá la pareja era también norteamericana, dando mayor probabilidad a esta suposición el que el hombre llevase encima un arma, hecho que se sale de lo corriente en Inglaterra. Si nuestra hipótesis de la monomanía incipiente es correcta, resulta verosímil que el joven agrediese al otro. En esta pelea, el hombre de más edad disparó contra el intruso y luego huyó, haciéndose acompañar de la mujer joven. Supongamos que todo esto ocurrió rapidísimamente, y que el tren marchaba todavía a una velocidad tan pequeña que no resultaba difícil abandonarlo. Es perfectamente factible el que una mujer se apee de un tren en marcha a ocho millas por hora. La verdad es que nos consta que esa mujer se apeó tal como digo.

»Nos queda ahora por encajar dentro de la hipótesis al hombre que viajaba en el departamento de fumadores; si damos por supuesto que nuestra manera de reconstruir la tragedia hasta llegar a este punto ha sido correcta, no encontraremos en el hombre en cuestión nada que nos obligue a rectificar. Según mi hipótesis, ese hombre vio cómo el joven saltaba de un tren a otro, cómo abría la portezuela, escuchó el disparo de pistola, vio cómo los dos fugitivos saltaban del tren a la vía, comprendió que se había cometido un asesinato y saltó a tierra para perseguir a los criminales. El que nada se haya vuelto a saber de ese hombre —pudo resultar muerto en esa persecución o, lo que es más probable, le hicieron comprender que no había en el caso razón alguna para su entrometimiento— es un detalle que hoy por hoy no disponemos de elementos para explicar. Reconozco que tropezamos en mi hipótesis con algunas dificultades. A primera vista, quizá parezca imposible que en un momento como aquél huyese el asesino cargado con una maleta de cuero marrón. A eso contesto que él sabía perfectamente que el

descubrimiento de la maleta conduciría a su identificación. Le era indispensable, pues, cargar con ella. Mi teoría se sostiene o se viene abajo sobre un único detalle, y yo pido a la compañía del ferrocarril que realice una investigación rigurosa sobre si en el tren corto de Harrow y King's Langley que circuló el día 18 de marzo quedó sin recoger un billete de ferrocarril. Si se encontrase ese billete, quedaría con ello demostrada la realidad de mi hipótesis. Si no se recogió, seguiría ésta siendo posiblemente correcta, porque cabe perfectamente que el viajero no llevase billete o que éste se perdiera».

La respuesta que la policía y la compañía del ferrocarril dieron a esa hipótesis tan complicada y plausible fue que: primero, no se encontró tal billete; segundo, que el tren corto no podía haber corrido paralelamente al tren expreso, y tercero, que el tren corto permaneció estacionado en King's Langley mientras el expreso pasaba por esa estación a la velocidad de cincuenta millas por hora. De esa manera quedó pulverizada la única explicación satisfactoria de cuantas se habían ofrecido y transcurrieron cinco años sin que se presentase ninguna otra. Pues bien: hoy nos llega, por último, un escrito que abarca todos los hechos, y que no tenemos más remedio que considerar auténtico. Ese escrito consiste en una carta que está fechada en Nueva York, y vino dirigida a ese mismo investigador de crímenes cuya teoría he copiado. Reproduzco la carta *in extenso*, a excepción de los dos primeros párrafos, que son de índole puramente personal:

«Sabrá usted perdonarme el que no me muestre muy generoso en citar nombres. Aunque es cierto que hoy existen menos razones para ello que hace cinco años, porque entonces vivía mi madre, prefiero, a pesar de todo, borrar hasta donde pueda toda huella que pudiera descubrirnos. Sin embargo, usted se merece una explicación, porque, a pesar de que su hipótesis era equivocada, no por eso resultaba menos hábil e ingeniosa. Para que usted pueda comprenderlo todo, necesitaré retroceder un poco.

»Mi familia procedía del Buckshire, Inglaterra, y emigró a los Estados Unidos en los primeros años de la década del 50. Se establecieron en Rochester, Estado de Nueva York, donde mi padre llegó a tener un gran almacén de ferretería. El matrimonio tuvo únicamente dos hijos: yo, que me llamo James, y mi hermano Edward. Yo le llevaba diez años a mi hermano, y después del fallecimiento de mi padre, esa condición de hermano mayor me hizo ser para Edward algo así como un padre. Era mi hermano un muchacho inteligente y lleno de vivacidad, además de ser uno de los hombres más bellos que han podido existir. Pero hubo siempre en él un punto débil, y ese punto débil, lo mismo que el moho en el queso, fue extendiéndose y extendiéndose,

sin que hubiese manera de impedirlo. Nuestra madre lo veía con la misma claridad que yo; pero siguió echándolo a perder a fuerza de mimos, porque lo acostumbró a que no se le negase nada. Yo hice todo cuanto me fue posible para evitar que se desmandase, y él me cogió odio por las molestias que yo me tomaba.

»Llegó un momento en que se lanzó por su camino, sin que pudiera impedírselo nada de cuanto nosotros hicimos. Se trasladó a Nueva York, y fue yendo rápidamente de mal en peor. Empezó como disoluto, y luego se hizo criminal. Al cabo de un par de años era uno de los jóvenes maleantes más destacados de aquella ciudad. Trabó amistad con MacCoy, *el Gorrión*, al que nadie igualaba en su profesión de gancho de chirlata, cazador de tontos y granuja en toda la extensión de la palabra. Ambos se dedicaron a fulleros, alojándose en algunos de los mejores hoteles de Nueva York. Mi hermano era un actor excelente (habría llegado lejos en el teatro si hubiese querido vivir honradamente), y representaba cualquier papel que conviniese a las finalidades que perseguía MacCoy, *el Gorrión*, lo mismo el de un joven aristócrata inglés, que el de un palurdo simplón del Oeste, o que el de un estudiante universitario de los últimos cursos. Un buen día se disfrazó de muchacha, y lo hizo tan a la perfección que resultó inapreciable como cimbel, acabando por adoptar ese papel como el de mayor éxito y preferencia. Estaban compinchados con los políticos de la Tammany y con la policía, de manera que parecían tener campo libre. Eso ocurría en tiempos anteriores al nombramiento de la Comisión de Lexow, cuando con aquellas complicidades era posible hacer casi todo lo que a uno le viniese en gana.

»Nada habría sido capaz de interrumpir su carrera si se hubiesen limitado a operar con los naipes y dentro de Nueva York; pero se les ocurrió pasar por Rochester y falsificar la firma de un cheque. Fue mi hermano quien hizo eso, aunque todos sabían que había obrado bajo la influencia de MacCoy, *el Gorrión*. Yo compré aquel cheque, que me costó una bonita cantidad. Fui luego en busca de mi hermano, lo puse ante sus ojos encima de la mesa y le juré que si no desaparecía del país lo haría perseguir por la justicia. Al principio se limitó a echarse a reír, y me contestó que si yo hacía eso, mataría del disgusto a mi madre y él estaba bien seguro de que yo no era capaz de semejante cosa. Sin embargo, le hice comprender que mi madre iba a morir a disgustos de todos modos, y que estaba resuelto, puesto en la alternativa, a que viviese en la cárcel de Rochester antes de consentir que siguiese viviendo en un hotel de Nueva York. Por último se resignó, y me prometió de una manera solemne que rompería todo trato con MacCoy, *el Gorrión*, que

embarcaría para Europa y que se dedicaría a cualquier oficio honrado en que yo le ayudase a establecerse. Me fui con él inmediatamente a visitar a un antiguo amigo de nuestra familia, Joe Willson, exportador de relojes norteamericanos de bolsillo y de pared, y conseguí que nombrase a Edward su agente en Londres, con un pequeño sueldo y una comisión del 15 % sobre todos los negocios que se hiciesen. El aspecto y las maneras de mi hermano impresionaron tan favorablemente al anciano en la primera entrevista que no había transcurrido una semana cuando emprendió viaje para Londres con una maleta llena de muestras.

»Yo creí que mi hermano se había asustado verdaderamente con el asunto del cheque, y que había alguna posibilidad de que se asentase trabajando con honradez. Mi madre había hablado con Edward, y sus palabras debieron tocarle el corazón, porque siempre había sido para Edward la mejor de las madres, a pesar de que Edward había sido para ella el mayor dolor de su vida. Pero yo sabía que el tal MacCoy, *el Gorrión*, ejercía una gran influencia sobre Edward, de manera que mi única probabilidad de hacer que mi hermano siguiese por el camino derecho estribaba en romper la relación entre ellos. Yo tenía un amigo en el Cuerpo de Detectives de Nueva York, e hice que mantuviese vigilancia sobre MacCoy. Cuando, a los quince días de haber embarcado mi hermano, supe que MacCoy había sacado un pasaje para el *Etruria*, adquirí la seguridad, como si lo hubiese oído de sus propios labios, de que se trasladaba a Inglaterra con objeto de atraer a Edward a la clase de vida que había abandonado. Decidí en el acto embarcar yo también, contrapesando la influencia de MacCoy con la mía. Estaba seguro de que perdería la partida; pero pensé, y también lo pensó mi madre, que era un deber mío intentarlo. Mi madre y yo nos pasamos la última noche entregados a la oración e impetrando para mí el éxito, y ella me regaló un ejemplar del Nuevo Testamento que mi padre le había entregado como regalo de boda el día que se casaron en su país de origen, para que lo llevase siempre junto a mi corazón.

»Viajé en el mismo barco que MacCoy, y tuve, por lo menos, la satisfacción de estropearle sus combinaciones ventajistas durante el viaje. La primera noche después de nuestra salida de puerto entré en el salón de fumar, y me lo encontré encabezando una mesa de juego, rodeado de una docena de jóvenes que marchaban a Europa con la bolsa llena y el cráneo vacío. MacCoy se preparaba para hacer su cosecha, que habría resultado magnífica. Pero yo di la vuelta a la tortilla, diciendo:

»—Caballeros, ¿saben ustedes con quién están jugando?

»—¿Y eso qué le importa a usted? ¡Usted cuídese de sus propios negocios! —me contestó, lanzando un taco.

»Pero uno de aquellos palominos me preguntó:

»—¿Quién es, de todos modos?

»—MacCoy, *el Gorrión,* el fullero más conocido de los Estados Unidos.

»MacCoy se puso en pie de un salto, blandiendo una botella; pero se acordó de que en aquel barco estaba bajo la bandera caduca y vieja de Inglaterra, donde reinan la ley y el orden, y donde los políticos de Tammany no ejercen la menor influencia. Las agresiones y el asesinato conducen a la cárcel y a la horca, y cuando se navega dentro de un transatlántico no hay modo de huir por una puerta secreta.

»—¡Presente pruebas de lo que ha dicho usted! —gritó.

»—¡Claro que sí! —le contesté—. Sólo con que usted se remangue el brazo derecho hasta el hombro, habré demostrado que digo la verdad, o me tragaré mis palabras.

»Se puso lívido y no dijo esta boca es mía. Yo estaba algo enterado de sus mañas, y sabía que una parte del mecanismo empleado por él y por todos los fulleros de su clase se compone de un elástico que les cubre el antebrazo y que tiene una especie de pinza en el arranque de la muñeca. Gracias a esa especie de sujetador elástico pueden esconder las cartas que no desean, sustituyéndolas por otras que tienen en el escondite. Di por supuesto que MacCoy llevaba el mecanismo en cuestión, y acerté. Me llenó de maldiciones, se deslizó fuera del salón, y apenas si se dejó ver más durante el viaje. Por una vez, al menos, le había ganado la baza a MacCoy, *el Gorrión*.

»Pero no tardó en conseguir el desquite, porque siempre que se trató de ejercer influencia sobre mi hermano, la de MacCoy fue superior a la mía. Edward vivió honradamente en Londres durante las primeras semanas, y había llevado a cabo algunos negocios con sus relojes norteamericanos; pero aquel granuja volvió a cruzarse en su camino. Hice cuanto estuvo en mi mano, pero lo que estaba en mi mano hacer era poca cosa. No tardé en enterarme de que en uno de los hoteles de la Northumberland Avenue se había producido un escándalo; dos fulleros que operaban en combinación habían esquilado una importante suma a un viajero, y el asunto estaba en manos de Scotland Yard. La primera noticia del caso la leí en un periódico de la tarde, y adquirí en el acto la seguridad de que mi hermano y MacCoy habían vuelto a sus viejas mañas. Marché a toda prisa a las habitaciones de Edward, y me informaron que él y un caballero de mucha estatura (al que identifiqué como MacCoy) se habían marchado juntos, dejando libres las

habitaciones, y llevándose todas sus cosas. La dueña de la casa había oído que daban al cochero varias direcciones, la última de las cuales era la estación de Euston; y también oyó casualmente que el caballero de gran estatura hablaba no sé qué de Manchester. La mujer creía que se dirigían a esa ciudad.

»Me bastó echar una ojeada a los horarios para ver que el tren que era más probable que tomasen sería el de las cinco, aunque podían también tomar otro que salía a las cuatro y treinta y cinco. Yo sólo podía alcanzar ya el primero de los dos, pero ni en la sala de espera ni en el tren vi a mi hermano ni a MacCoy. Pensé que habrían tomado el tren anterior, y decidí seguirlos hasta Manchester, recorriendo los hoteles de esta ciudad en su busca. Quizá un último llamamiento que yo hiciese a mi hermano, recordándole todo cuanto debía a mi madre, podría salvarlo. Estaba con los nervios sobreexcitados, y encendí un cigarro para calmarlos. En ese instante, cuando el tren empezaba a arrancar, se abrió de par en par la puerta de mi departamento, y vi en el andén a MacCoy y a mi hermano.

»Los dos estaban disfrazados, y tenían sus buenas razones para estarlo, sabiendo que los perseguía la policía de Londres. MacCoy llevaba levantado un gran cuello de astracán, de manera que únicamente se le veían los ojos y la nariz. Mi hermano vestía de mujer, y llevaba echado sobre la cara un velo negro, a pesar de lo cual yo no dudé ni un solo instante, ni me habría engañado aunque no hubiese sabido que se vestía con frecuencia con esa clase de ropas. Me puse en pie como movido por un resorte, y entonces MacCoy me reconoció. Dijo algunas palabras, el guarda cerró la puerta de golpe, y les abrió la del departamento contiguo. Traté de que el guarda no diese todavía la salida al tren, pero era ya demasiado tarde porque las ruedas habían empezado a girar.

»Cuando el tren se detuvo en Willesden, cambié rápidamente de departamento. Según parece, nadie se fijó en ello, lo cual nada tiene de sorprendente ya que el andén estaba concurridísimo. Claro está que MacCoy me esperaba y que había aprovechado el trayecto entre Euston y Willesden para prevenir contra mí a mi hermano y endurecer el corazón de éste. Eso es al menos lo que yo supongo, porque jamás encontré a Edward tan empedernido ni tan irreductible. Lo intenté todo; le hice ver que acabaría en una prisión inglesa; le pinté vivamente el dolor de su madre cuando yo regresase y le diese la noticia; dije todo cuanto se me ocurrió para tocarle el corazón, pero fue inútil. Permanecía en su asiento con una mueca de burla en su bello rostro, y MacCoy, *el Gorrión*, me lanzaba de vez en cuando frases de

desafío, o daba ánimos a mi hermano para que se mantuviera firme en sus propósitos.

»—¿Por qué no abre usted una escuela catequista dominical? —me decía, y agregaba inmediatamente dirigiéndose a Edward—: Tu hermano cree que eres un hombre sin voluntad, que eres el bebé de otros tiempos y que puede manejarte a su gusto. Hasta ahora no había descubierto que eres tan hombre como él.

»Una de las veces que se expresó de esa manera, ya no pude más y empecé a hablarle con acritud. Habíamos salido de Willesden, como usted comprenderá, porque el tiempo iba pasando. Me dejé llevar del genio, y mostré por primera vez a mi hermano la parte ruda de mi carácter. Quizá hubiese sido mejor que se la hubiese mostrado antes y con mayor frecuencia. Le dije, pues:

»—¡Un hombre! Vaya, me gusta oírlo de boca de tu amigo, porque nadie lo sospecharía viéndote con esas ropas de señorita directora de un internado de muchachas. Creo que no hay en toda Inglaterra una persona de aspecto más despreciable que el tuyo, con ese delantal de niña que llevas puesto.

»Al oír aquello se puso colorado, porque era un vanidoso, y tenía miedo al ridículo.

»—Esto no es un delantal, sino un abrigo de viaje —me contestó, quitándoselo—. Era preciso despistar a la policía, y no me quedaba otro recurso —se quitó la toca y el velo, y lo metió todo en su maleta marrón—. En todo caso, no lo necesito hasta que pase por aquí el vigilante.

»—Ni entonces tampoco necesitarás esas prendas —exclamé yo, y agarrando la maleta tomé impulso y la tiré por la ventanilla—. Y ahora, mientras yo pueda evitarlo, ya no volverás a vestir de mujer. Y si ese disfraz es lo único que puede salvarte de ir a presidio, entonces prepárate a estar encerrado.

»Ésa era la manera de dominar a mi hermano. Me di cuenta en el acto de mi ventajosa situación. Su temperamento muelle cedía con mucha mayor facilidad al trato rudo que a las súplicas. Enrojeció de vergüenza, y se le cuajaron los ojos de lágrimas. Pero también MacCoy se dio cuenta de mi ventaja, y tomó la determinación de impedirme que siguiese adelante. Por eso me gritó:

»—Es mi camarada, y no permitiré que le insultes.

»—Es mi hermano y no permitiré que lo lleves a la ruina —le contesté yo —. Me está pareciendo que el mejor medio para mantenerlo apartado de ti

será el que pases algún tiempo en la cárcel. Y lo vas a pasar, como yo pueda conseguirlo.

»—¿Cómo?, ¿que te vas a chivar? —gritó, y sacó instantáneamente el revólver del bolsillo. Salté para sujetarle la mano, pero vi que llegaba tarde, y me hice a un lado con un respingo. Él hizo fuego en ese mismo instante, y la bala disparada contra mí atravesó el corazón de mi desdichado hermano.

»Mi hermano cayó al suelo sin lanzar un ay: MacCoy y yo, igualmente horrorizados, nos arrodillamos uno a cada lado, esforzándonos por hacerle volver en sí. MacCoy seguía con el revólver cargado en la mano, pero aquella súbita tragedia se había tragado su ira contra mí y el rencor que yo sentía contra él. Fue él quien primero se dio cuenta de la situación. Por un motivo u otro, el tren disminuía en ese momento muchísimo la velocidad, y comprendió que aquélla era su oportunidad de escapar. Abrió instantáneamente la portezuela, pero yo actué con tanta rapidez como él. Le salté encima y los dos caímos juntos desde el estribo, y rodamos abrazados por el talud abajo. Al llegar al fondo me golpeé la cabeza contra una piedra, y perdí el conocimiento. Al recobrarlo me encontré tendido entre unos arbustos, no lejos de la vía del ferrocarril, y alguien me humedecía la cabeza con un pañuelo empapado en agua. Era MacCoy, *el Gorrión*, y me dijo:

»—No tuve valor para abandonarlo. No quería manchar mis manos con la sangre de ustedes dos en un mismo día. Usted amaba seguramente a su hermano; pero no le amaba ni una centésima más que yo, aunque diga usted que le demostré ese amor de una manera muy rara. De todos modos, el mundo tiene muy poco interés para mí después de su muerte, y me importa un comino el que usted me entregue o no me entregue al verdugo.

»Se había torcido el tobillo al caer, de modo que nos encontrábamos él inutilizado para caminar y yo con la cabeza dolorida. Hablamos y hablamos y mi rencor fue gradualmente suavizándose hasta convertirse en algo parecido a simpatía. ¿Qué se adelantaba con vengar la muerte de mi hermano en un hombre al que esa muerte le dolía tanto como a mí? Además, conforme se me fue aclarando la cabeza, empecé a comprender que cualquier cosa que yo hiciese contra MacCoy caería de rechazo sobre mí y sobre mi madre. ¿Cómo podíamos dejarlo convicto de su crimen sin publicar a los cuatro vientos la vida de mi hermano, es decir, lo que por encima de todo queríamos evitar? Teníamos nosotros tanto interés como él en echar tierra sobre el asunto. Pasé, pues, de ser el vengador de un crimen al papel de conspirador en contra de la justicia. El sitio en que nos encontrábamos era uno de esos cotos de faisanes que tanto abundan en Inglaterra, y cuando empezamos a buscar el camino de

salida, yo me encontré cambiando impresiones con el asesino de mi hermano acerca de cómo evitar que se hablase del asunto.

»De lo que él me dijo saqué pronto en consecuencia que si mi hermano no llevaba en los bolsillos algunos documentos que nosotros desconocíamos, la policía no tendría medios para identificarlo o para averiguar de qué manera llegó hasta allí. El billete del ferrocarril lo tenía MacCoy en su bolsillo, lo mismo que el resguardo del equipaje que habían dejado en la consigna. Mi hermano, como la mayoría de los norteamericanos, calculó que le resultaría más barato y más sencillo comprar las ropas necesarias en Londres que venir equipado desde Nueva York, y por esa razón, ni su ropa interior ni su ropa exterior tenía marca alguna. La maleta, con el abrigo de viaje o guardapolvo, que yo había tirado por la ventana, es posible que fuese a parar al centro de algún cañaveral y que siga allí todavía, o que se la encontrase algún vagabundo; pudo también caer en poder de la policía, que se reservó este dato. Sea como sea, nada hablaron acerca del mismo los periódicos de Londres. Por lo que respecta a los relojes, éstos eran ejemplares elegidos entre los que le habían sido confiados con fines comerciales. Quizá se los llevaba a Manchester para realizar algún negocio en esa ciudad; pero… bien: ha pasado demasiado tiempo para esa clase de suposiciones.

»No censuro a la policía por no haber tenido éxito. Lo contrario, me habría extrañado. Sólo había una pista pequeñísima que habrían podido seguir, pero ya digo que era insignificante. Me refiero al espejito circular encontrado en un bolsillo de mi hermano. ¿Verdad que no es corriente que un muchacho joven lleve un espejito en el bolsillo? Ahora bien: un jugador de ventaja podía haber dicho lo que significa un espejo para las personas de su clase. Cuando uno está sentado delante de una mesa, un poquitín echado hacia atrás, y coloca el espejito con la cara hacia arriba encima de los muslos, se reflejan en él cada una de las cartas que se entregan al contrario. Cuando se conocen esas cartas, no es un gran problema el querer o el pasar. El espejito, lo mismo que el sujetador elástico que MacCoy, *el Gorrión*, llevaba en la muñeca, era una herramienta del oficio del jugador de ventaja. Si se hubiese relacionado ese detalle con las estafas cometidas últimamente en los hoteles, la policía habría estado en condiciones de hacerse con una de las extremidades del hilo.

»No creo que me quede mucho más por explicar. Aquella noche nos presentamos en una aldea que se llama Amersham, como si fuéramos dos caballeros que hacían una gira a pie, y después nos marchamos discretamente a Londres, desde donde MacCoy se dirigió a El Cairo, y yo regresé a Nueva

York. Mi madre falleció seis meses después, y yo tengo la satisfacción de decir que ignoró siempre lo ocurrido. Vivió con la ilusión de que Edward se ganaba honradamente la vida en Londres, y yo no tuve valor para decirle la verdad. Es cierto que no le escribía nunca; pero como jamás escribió desde que salió de casa, no había en ello nada extraño. Fue el nombre de Edward la última palabra que pronunciaron los labios de mi madre.

»Hay algo todavía que yo quisiera pedirle, señor, y lo consideraría como una recompensa amable por todas estas aclaraciones, si es que usted puede hacerlo. Se acordará del libro del Nuevo Testamento que se encontró al pie del talud. Yo lo llevaba siempre en un bolsillo interior, y con seguridad que lo perdí al caer. Lo tengo en grandísima estima, porque era el libro de familia y mi padre había escrito al principio del mismo la fecha de mi nacimiento y la de mi hermano. Desearía que usted lo solicitase donde corresponda y me lo hiciese enviar. No tiene valor para ninguna otra persona, y si usted lo envía a *X*, en la librería de Bassano, Broadway, Nueva York, llegará seguramente a mis manos».

EL CUARTO DE LA CERRADURA LACRADA[24]

Un procurador de costumbres activas y aficiones atléticas, al que sus aspiraciones de negocio le obligan a permanecer dentro de las cuatro paredes de su despacho desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde, se ve en la necesidad de hacer, al caer el día, todo el ejercicio físico que puede. Por esa razón tenía yo la costumbre de emprender larguísimas excursiones nocturnas, en las que llegaba hasta las alturas de Hampstead y de Highgate para purificar mi organismo del aire impuro de Abchurch Lane. En el transcurso de uno de esos vagabundeos conocí a Félix Stanniford, y ello me condujo a la que ha sido la aventura más extraordinaria de mi vida.

Cierta tarde, fue en el mes de abril a principios del año 1894, me dirigí al suburbio extremo de Londres, y avancé por una de las bellas avenidas de altos chalets de ladrillo que la inmensa ciudad va empujando cada vez más lejos hacia el interior de los campos abiertos. Era una noche clara y despejada; la luna brillaba desde un firmamento sin nubes, y yo, que había dejado detrás muchas millas de trayecto, me sentí inclinado a acortar el paso y a mirar a mi alrededor. Poseído de este humor contemplativo, mi atención se sintió atraída hacia una de las casas, por delante de la cual cruzaba en ese momento. Era un edificio muy espacioso, que se alzaba dentro de su propio terreno, algo retirado de la carretera. Su aspecto era moderno, aunque mucho menos que los edificios vecinos, los cuales eran cruda y dolorosamente nuevos. La línea simétrica de éstos quedaba rota por la abertura producida por la cespedera salpicada de laureles, y por la casa espaciosa, oscura y sombría que se alzaba detrás de ellos. Había sido, evidentemente, la residencia campestre de algún comerciante rico, y quizá cuando se construyó no había calle alguna en una milla de distancia, habiendo sido posteriormente alcanzada y rodeada, poco a poco, por los rojos tentáculos de ladrillo del colosal pulpo londinense. Yo me dije que la etapa siguiente sería la de su digestión y absorción, que permitiría al constructor barato levantar en el frente que formaba el jardín una buena docena de villas que rentarían ochenta libras al año. Y, de pronto, cuando

pasaban por mi cerebro todos estos confusos pensamientos, ocurrió un incidente que los desvió por otro conducto completamente distinto.

Uno de esos coches de alquiler de cuatro ruedas que son la vergüenza de Londres, venía rechinando y traqueteando en una dirección, mientras que por la otra apareció la luz amarilla que proyectaba la lámpara de un ciclista. Eran los dos únicos objetos en movimiento en toda la larga calle iluminada por la luna y, a pesar de ello, chocaron el uno con el otro con la misma maligna exactitud que empuja uno contra otro a dos transatlánticos en la inmensa extensión del océano. La culpa fue del ciclista, que trató de cruzar por delante del coche, calculando mal la distancia, y que fue derribado cuan largo era por la paletilla del caballo. Se levantó, lanzando amenazas; el cochero le devolvió los insultos y, de pronto, dándose cuenta de que nadie había reparado aún en su número, pegó un latigazo a sus caballos y se alejó. El ciclista agarró el manillar de la máquina que había quedado por tierra y, de pronto, se dejó caer sentado, lanzando un gemido, y diciendo:

—¡Oh, Dios mío!

Crucé la carretera corriendo y me coloqué a su lado.

—¿Se ha hecho daño? —le pregunté.

—El tobillo —me contestó—. Creo que se trata sólo de un retortijón, pero me duele mucho. Por favor, deme usted la mano.

Estaba sentado en el círculo amarillo de luz que proyectaba la lámpara de la bicicleta y, al ayudarle a ponerse en pie, pude ver que se trataba de un caballero joven, bien plantado, de pequeño bigote negro y ojos grandes de color castaño; su aspecto era el de un hombre sensible y nervioso, y sus mejillas hundidas sugerían poca salud. El trabajo o las preocupaciones habían dejado sus huellas en la cara enjuta y amarilla. Se levantó cuando yo tiré de su mano, pero se quedó con un pie en el aire, y al moverlo dejó escapar un gemido, diciendo:

—No puedo apoyarlo en el suelo.

—¿Dónde vive usted?

—¡Ahí! —y señaló con un movimiento de cabeza la casa espaciosa y sombría que se alzaba dentro del jardín—. Cruzaba la carretera para dirigirme hacia la puerta exterior, cuando ese condenado me atropelló. ¿Puede usted ayudarme hasta que llegue a la casa?

Lo hice sin dificultad. Metí la bicicleta dentro del jardín y después lo fui sosteniendo a lo largo del camino, y por la escalinata, hasta la puerta del vestíbulo. No se veía luz por ninguna parte, y la casa estaba tan oscura y silenciosa como si nadie hubiese vivido nunca dentro de ella.

—Es suficiente. Le doy muchísimas gracias —dijo, manipulando con la llave dentro de la cerradura.

—De ninguna manera; es preciso que me permita ayudarle hasta que ya no me necesite.

Aquel hombre esbozó una protesta débil y petulante, pero comprendió que nada podía hacer realmente sin mi ayuda. La puerta se había abierto, dando acceso a un vestíbulo que estaba envuelto en tinieblas. El joven avanzó tanteando, sostenido siempre por mi mano.

—Esa puerta, a la derecha —dijo, tanteando en la oscuridad.

Abrió la puerta, y en ese mismo instante consiguió prender una cerilla. Había encima de la mesa una lámpara, y entre los dos la encendimos.

—Bueno, ya estoy perfectamente. Puede usted retirarse. Buenas noches.

Al decir estas palabras se dejó caer en un sillón y se desmayó, perdiendo el conocimiento.

Era aquélla una situación por demás extraña para mí. Aquel hombre aparecía tan lívido que no estuve muy seguro de que no había muerto. Poco después, sus labios temblaron y su pecho empezó a arquearse y descender, pero sus ojos eran dos rendijas blancas y su color era horrible. Yo no podía cargar con semejante responsabilidad. Di un tirón a la cuerda de la campanilla, y oí cómo sonaba furiosamente a distancia. Pero nadie acudió a la llamada. El tintineo de la campanilla se fue apagando, pero el silencio que se produjo no fue roto por ningún murmullo ni movimiento. Esperé, y volví a hacerla sonar, con idéntico resultado. Por fuerza tenía que haber por allí alguna persona, porque no era posible que el joven viviese absolutamente solo en la enorme casa. Sus parientes tenían que estar enterados del estado de su salud. Si no contestaban a la llamada de la campanilla, tendría yo que sacarlos personalmente de donde estuviesen. Eché mano de la lámpara y salí precipitadamente de la habitación.

El espectáculo que se me ofreció a la vista me dejó asombrado. El vestíbulo estaba completamente desnudo, y también lo estaban las escaleras, que amarilleaban de polvo. Había tres puertas que daban acceso a tres habitaciones espaciosas, y todas ellas estaban sin alfombras ni colgaduras, salvo las grandes telarañas grises que colgaban de la cornisa, y de las manchas de líquenes que se habían formado en las paredes. Mis pisadas retumbaban en aquellas habitaciones vacías y silenciosas. Avancé por el pasillo, convencido de que, por lo menos, viviría alguien en el departamento de las cocinas. Por fuerza tenía que haber algún encargado, aunque estuviese oculto en una habitación apartada. Pues no; todas estaban igualmente

solitarias. Desesperando ya de encontrar ayuda, me metí corriendo por otro pasillo, y entonces fue cuando tropecé con algo que me sorprendió más que todo lo anterior.

El pasillo terminaba en una puerta muy ancha, de color pardo, y en la puerta se veía sobre el agujero de la cerradura un sello de lacre del tamaño de una moneda de cinco chelines. Tuve la impresión de que aquel sello llevaba allí mucho tiempo, porque estaba lleno de polvo y descolorido. Estaba todavía contemplando mi descubrimiento, y preguntándome qué era lo que podía esconderse detrás de aquella puerta, cuando escuché una voz que me llamaba desde lejos. Volví sobre mis pasos corriendo, y me encontré al joven sentado en su sillón y muy asombrado de verse envuelto en la oscuridad.

—¿Por qué diablos se llevó usted la lámpara? —me preguntó.

—Fui a buscar ayuda.

—Podría seguir un buen rato buscándola —me dijo—. Vivo solo en la casa.

—Es una situación lamentable si llega usted a sentirse enfermo.

—Cometí una tontería, y eso fue lo que me produjo el desmayo. Soy débil del corazón, cosa que he heredado de mi madre, y el dolor o las emociones me privan del conocimiento. Cualquier día, y en uno de esos desmayos, me moriré, tal y como a ella le ocurrió. ¿No es usted médico, verdad?

—No; soy abogado. Me llamo Frank Alder.

—Yo, Félix Stanniford. Es una coincidencia curiosa que haya trabado relaciones con un abogado, porque mi amigo, el señor Perceval, me ha dicho que pronto vamos a necesitar los servicios de uno.

—Se los prestaré con mucho gusto, desde luego.

—Eso dependerá de él, ¿sabe usted? Creo que me ha dicho usted que ha corrido por toda la planta baja alumbrándose con esa lámpara.

—Sí.

—¿La ha recorrido toda? —me preguntó, haciendo hincapié en la última palabra y mirándome con gran fijeza.

—Me imagino que sí, porque no había perdido la esperanza de dar con alguna persona.

—¿Y se metió usted en todas las habitaciones? —me preguntó, sin apartar de mí su mirada.

—Bueno, todas aquéllas en las que pude entrar.

—Eso quiere decir que usted ha reparado en ello —me dijo, y se encogió de hombros con el aire de quien pone a mal tiempo buena cara.

—¿Que he reparado en qué?

—¿En qué va a ser? En la puerta lacrada.

—Sí, en efecto; me fijé en ella.

—¿Y no sintió usted curiosidad por saber lo que hay dentro?

—Pues, la verdad, me pareció algo fuera de lo corriente.

—¿Cree usted que sería capaz de vivir en esta casa un año entero, rabiando por averiguar lo que hay del otro lado de aquella puerta, y absteniéndose, a pesar de todo, de hacerlo?

—Es decir, que ni usted mismo sabe lo que hay allí dentro —exclamé.

—Estoy tan enterado como usted.

—¿Y por qué no trata de averiguarlo?

—Porque no debo —me contestó.

Se le veía que hablaba como forzado, y comprendí que me había metido, sin darme cuenta, en un terreno peligroso. No sé si soy personalmente más curioso que el resto de mis convecinos, pero no puedo negar que creí ver en aquella situación un algo que me picaba vivamente la curiosidad. Sin embargo, una vez que el joven había vuelto de su desmayo, no había excusa alguna que justificase mi presencia en la casa. Me levanté para retirarme, pero él me preguntó:

—¿Tiene usted prisa?

—Pues no; nada tengo que hacer por el momento.

—Me gustaría mucho que me acompañase usted todavía unos momentos. La verdad es que la vida que llevo aquí es muy solitaria y aislada. No creo que haya en Londres una persona que lleve la vida que yo. Hablar con otra persona es algo completamente desacostumbrado para mí.

Recorrí con la vista la pequeña habitación, muy escasa de muebles, y con un sofá-cama en uno de los lados. Y pensé en aquel edificio espacioso y falto de mobiliario, y en aquella siniestra puerta lacrada. Aquello resultaba en cierto modo raro y grotesco. Ese pensamiento despertó en mí el deseo de averiguar un poco más. Quizá lo conseguiría si me quedaba. Le contesté, pues, que le acompañaría con mucho gusto.

—Encontrará usted el whisky y un sifón en la mesa lateral. Me perdonará que no actúe de anfitrión, pero resulta que estoy incapacitado para cruzar la habitación. En aquella bandeja encontrará cigarros. Yo también fumaré uno. ¿De modo, señor Adler, que es usted procurador?

—Así es.

—Pues yo no soy nada; es decir, soy el más desamparado de los hombres: el hijo de un millonario. Me criaron para ser muy rico, y aquí estoy, convertido en pobre y sin saber profesión alguna. Y por si eso fuera poco,

estoy en posesión de esta mansión enorme, que me resulta absolutamente imposible sostener. ¿No es la mía una situación absurda? Que yo viva en esta casa parece algo así como el verdulero ambulante que se sirve de un caballo de pura sangre para tirar de su carrito. Un asno le haría mejor avío, y a mí una casita pequeña.

—¿Y por qué no vende usted la casa?

—No debo hacerlo.

—Alquílela, entonces.

—Tampoco debo hacer eso.

Le miré con expresión de desconcierto, y él sonrió, y me dijo:

—Le voy a explicar la situación, si no le cansa a usted.

—Todo lo contrario; me interesará muchísimo.

—Después de todas sus cariñosas atenciones para conmigo, creo que lo menos que puedo hacer es satisfacer su curiosidad, si es que la tiene. Empiezo por decirle que mi padre fue Stanislaus Stanniford, el banquero.

¡El banquero Stanniford! Recordé en el acto su caso, porque siete años antes su fuga del país había constituido uno de los sucesos escandalosos y sensacionales del momento. Mi acompañante dijo:

—Veo que usted lo recuerda. Mi desdichado padre huyó del país para no tener que dar la cara a los muchos amigos cuyos ahorros había invertido en una empresa que fracasó. Era un hombre nervioso y de gran sensibilidad, y al verse ante responsabilidad como aquélla, perdió la razón. No había cometido acto alguno que contraviniese las leyes. Fue, ni más ni menos, que una cuestión sentimental. No tuvo ni siquiera valor para encararse con su propia familia, y murió entre gentes extrañas, sin hacernos saber dónde se encontraba.

—¡Murió!

—No nos fue posible demostrar su fallecimiento; pero estamos seguros de que murió, porque la empresa en que especuló volvió a tener una situación próspera y no existía razón para que eludiese ya el trato con los demás. Si viviese, con seguridad que habría regresado. Pero debió de morir en el transcurso de estos dos últimos años.

—¿Por qué razón en estos dos últimos años precisamente?

—Porque hace dos años tuvimos noticias suyas.

—¿Y no les decía dónde se encontraba?

—La carta venía de París, pero no daba ninguna dirección. Me escribió con motivo del fallecimiento de mi querida madre. Después de las

instrucciones y consejos que en esa carta me daba, no he vuelto a recibir noticias suyas.

—Y con anterioridad a esa carta, ¿habían sabido ustedes algo de él?

—Sí; habíamos tenido noticias suyas, y ahí es donde surge el misterio de la puerta de la cerradura lacrada con que usted ha tropezado esta noche. Por favor, alcánceme ésa escribanía. Guardo en ella las cartas de mi padre, y después del señor Perceval, va a ser usted el primer hombre que las lea.

—¿Sería indiscreción preguntar quién es el señor Perceval?

—Era el empleado de confianza de mi padre, y siguió siendo el amigo y consejero de mi madre, y después el mío. Yo no sé qué habría sido de nosotros sin Perceval. Él leyó las cartas, y nadie más. Ésta es la primera, y nos llegó el día mismo de la fuga de mi padre, hace siete años. Léala usted.

He aquí el texto de la carta:

> Mi siempre queridísima esposa:
>
> Nunca te he hablado de mis negocios desde que sir William me informó de lo débil que tienes el corazón, y del daño que podría hacerte cualquier sorpresa dolorosa. Ha llegado el momento en que, corriendo toda clase de riesgos, no tengo más remedio que decirte lo mal que se vienen presentando las cosas para mí. Esto me obligará a abandonarte por un pequeño espacio de tiempo, pero lo hago con la seguridad absoluta de que hemos de volver a vernos muy pronto. Sobre esto último puedes tener la más absoluta seguridad. Nuestra separación será muy breve, esposa querida, de modo que no te preocupes y, sobre todo, que ello no perjudique en nada tu salud, que es lo que yo deseo por encima de todo.
>
> Y ahora tengo que pedirte una cosa, suplicándote por todos los lazos que nos unen que la cumplas exactamente tal y como voy a indicarte. Dentro de mi cámara oscura, es decir, de la que me sirvo en mis trabajos de fotografía, y que está al final del pasillo del jardín, hay algunas cosas que nadie debe ver. Para que no tengas ningún recelo doloroso, te doy de una vez para siempre la seguridad de que no hay en ese cuarto nada de lo que pueda sentirme avergonzado. Sin embargo, no deseo que ni tú ni Félix entréis en la habitación de la que hablo. Está cerrada con llave, y yo te suplicó que al recibo de esta carta procedas a colocar un lacre sobre la cerradura, dejándola de esa manera. No vendas ni

alquiles la casa, puesto que en cualquiera de los dos casos se descubriría mi secreto. Estoy seguro de que mientras tú o Félix viváis en la casa, cumpliréis con esta petición mía. Cuando Félix cumpla los veintiún años puede entrar en la habitación, pero no antes.

Y ahora, adiós, oh tú, la mejor de las esposas. Mientras dure nuestra breve separación puedes consultar con el señor Perceval cuantos problemas se te presenten. He depositado en él mi más completa confianza. Siento verdadero dolor por tener que dejaros a Félix y a ti, aunque sea por breve espacio de tiempo, pero no tengo otra alternativa.

Siempre y para siempre tu amante esposo.
Stanislaus Stanniford
4 de junio de 1887.

Mi acompañante se disculpó diciendo:

—Ya me perdonará que cargue sobre usted estos asuntos de familia tan secretos. Considérelo desde el punto de vista profesional. Hace años que habría querido hablar del asunto con alguien.

—Me siento honrado con esa confianza —le contesté— y el relato me interesa muchísimo.

—Mi padre se distinguía por un amor a la verdad que llegaba casi hasta lo enfermizo. Fue siempre de una exactitud pedantesca. Por consiguiente, al decir que esperaba volver a ver pronto a mi madre, y al afirmar que no había nada de que pudiera avergonzarse dentro del cuarto oscuro, puede usted tener la seguridad de que se expresaba tal y como lo sentía.

—Entonces, ¿qué puede haber ahí dentro? —exclamé.

—Ni mi madre ni yo pudimos nunca imaginárnoslo. Cumplimos con sus deseos al pie de la letra, y colocamos el lacre encima de la cerradura, donde ha estado desde entonces. Mi madre vivió durante cinco años después de la desaparición de mi padre, a pesar de que los médicos afirmaban constantemente que le quedaba muy poco tiempo de vida, porque su corazón estaba muy enfermo. Recibió dos cartas de mi padre durante los primeros meses de la separación. Ambas traían la estampilla de correos de París, pero no daban dirección alguna. Ambas eran breves e insistían en lo mismo, a saber: que pronto volverían a reunirse, y que no tuviese ninguna preocupación. Después se produjo un silencio que duró hasta el fallecimiento

de mi madre; y entonces me llegó una carta de índole tan secreta que no puedo mostrársela a usted. En ella me suplicaba que jamás pensase mal de él, me daba muchos y buenos consejos, y me decía que el lacrado de la habitación tenía ya menos importancia que durante la vida de mi madre, pero que quizá su apertura produjese aún algún pesar a otras personas. Por eso juzgaba que lo mejor era retrasar esa apertura hasta que yo cumpliese mis veintiún años, pues ese lapso de tiempo serviría para suavizar las cosas. Entretanto, me confiaba a mí el cuidado de la habitación. Ahora comprenderá usted por qué, a pesar de que soy un hombre pobrísimo, no me es posible ni alquilar ni vender este caserón.

—Podría usted hipotecarlo.

—Ya lo había hipotecado mi padre.

—Es una situación de lo más extraña.

—Mi madre y yo nos vimos gradualmente obligados a vender el mobiliario y a despedir a los criados, hasta el punto de que, según puede ver usted, yo vivo en una habitación única y sin nadie que me sirva. Pero sólo faltan dos meses.

—¿Qué quiere decir usted con eso?

—Pues que dentro de dos meses habré llegado a mi mayoría de edad. Lo primero que haré será abrir esa puerta; lo segundo, vender la casa.

—¿Y cómo se explica que su padre no regresase al ver que sus inversiones de capital habían recuperado su valor?

—Porque seguramente ha muerto ya.

—¿Y dice usted que cuando huyó del país no había cometido ningún acto que fuese contra la ley?

—Absolutamente ninguno.

—¿Y por qué no se llevó con él a su esposa?

—Lo ignoro.

—¿Y qué razón pudo tener para ocultar su dirección?

—También lo ignoro.

—¿Cómo es posible que no regresase para estar al lado de la esposa moribunda y asistir a su entierro?

—También lo ignoro.

—Mi querido señor —le dije entonces—, si me permite que hable con la franqueza de un consejero profesional, yo le diría que es de toda evidencia que su padre tenía las más poderosas razones para mantenerse lejos del país, y que, si de nada ha podido acusársele, pensó al menos que había algo de lo que podrían acusarle, y no quiso ponerse al alcance de la justicia. Esto que le digo

tiene que ser evidente, porque, de otro modo, no hay explicación posible para su actitud.

A mi acompañante no le agradó esa sugerencia, y me contestó con frialdad:

—Señor Alder, usted no tuvo el honor de conocer a mi padre. Cuando él nos abandonó, yo no era más que un muchacho, pero lo consideraré siempre como a mi hombre ideal. Su único defecto era el de su excesiva sensibilidad y desinterés. Que alguien hubiese perdido dinero por su culpa le llegaba al alma. Su sentido del honor era muy riguroso, y cualquier hipótesis acerca de su desaparición que choque con ese honor es forzosamente errónea.

Me gustó que aquel mozo hablase de manera tan rotunda; pero tuve la seguridad de que los hechos contradecían sus afirmaciones, y que era incapaz de estudiar la situación sin prejuicio alguno. Por eso le dije:

—Yo hablo como persona que es ajena a todo lo ocurrido. Y ahora sí que no tengo más remedio que separarme de usted, porque me espera todavía una larga caminata. Su relato me ha interesado tanto que me gustaría que me tuviese al corriente del final.

—Déjeme su tarjeta —me contestó.

Se la dejé, le di las buenas noches, y me retiré.

Nada volví a saber de aquel asunto durante algún tiempo, y empecé a sospechar que se trataría de uno de esos sucesos sin fundamento que son arrastrados lejos de nuestra observación directa y que acaban únicamente en un deseo o un recelo. Sin embargo, una tarde, cuando me encontraba en mi despacho de Abchurch Lane, me pasaron una tarjeta con el nombre de M. J. H. Perceval, y mi empleado hizo pasar a mi presencia al portador de la misma: un hombre pequeño, enjuto, de ojos vivarachos, y de unos cincuenta años de edad, que me habló del siguiente modo:

—Tengo entendido, señor, que mi joven amigo, el señor Félix Stanniford, le habló a usted de mí.

—¡Claro que sí! Ya lo recuerdo —le contesté.

—Creo que le habló acerca de ciertos hechos relacionados con la desaparición de mi antiguo patrono, el señor Stanislaus Stanniford, y con la existencia de un cuarto lacrado en su antigua residencia.

—Así fue, en efecto.

—Y que usted manifestó interés en el asunto.

—Me interesó de manera extraordinaria.

—Recordará usted también que estamos autorizados por el señor Stanniford para abrir la puerta el día en que su hijo cumpla los veintiún años.

—Lo recuerdo.

—Hoy los cumple.

—¿Lo abrieron ya? —pregunté con ansiedad.

—Todavía no, señor —me contestó gravemente—. Tengo razones para creer que convendría que hubiese testigos al proceder a la apertura de la puerta. Usted es abogado y conoce los hechos. ¿Tendría inconveniente en estar allí en ese momento?

—Absolutamente ninguno.

—Usted tiene sus ocupaciones durante el día, y yo también las tengo. ¿Le parece bien que nos encontremos en la casa a las nueve de la noche?

—Acudiré con el mayor gusto.

—Pues entonces, allí nos encontrará a nosotros. Adiós, por el momento.

Me saludó con una solemne inclinación, y se retiró.

Acudí aquella noche a la cita. Mi cerebro estaba ya fatigado de inútiles tentativas para forjar una explicación plausible del misterio que estábamos a punto de aclarar. El señor Perceval y mi joven conocido me esperaban en el cuarto pequeño. No me sorprendió que el joven pareciese pálido y nervioso, pero sí me asombró bastante que aquel otro hombrecito seco de la City diese pruebas de estar poseído de intensa emoción, a pesar de sus esfuerzos por disimularla. Sus mejillas estaban coloradas, sus manos temblaban y no podía estar quieto un solo instante.

Stanniford me acogió con cordialidad y me dio muchas veces las gracias por haber acudido. Luego dijo a su acompañante:

—Y ahora, Perceval, creo que ya no existe obstáculo alguno para que lo aclaremos todo, sin perder un momento. Yo estoy deseando acabar.

El empleado del banquero cogió en sus manos la lámpara y marchó delante. Pero, al detenerse en el pasillo, ante la puerta, le temblaba de tal manera la mano que la luz daba saltos en los muros elevados y desnudos.

—Señor Stanniford —dijo con voz quebrada—, yo espero que estará usted preparado por si al romper el lacre y abrir la puerta encuentra algo que le produzca una sorpresa dolorosa.

—Perceval, está intentando asustarme. ¿Qué puede haber ahí dentro?

—No trato de asustarle, señor Stanniford; pero desearía que estuviese usted dispuesto…, que dispusiese el ánimo…, que no se dejase llevar…

Entre frase y frase nerviosa, tuvo que humedecerse los labios resecos. De pronto, con la misma claridad que si él me lo hubiese contado, comprendí que aquel hombre sabía lo que se ocultaba detrás de la puerta, y que lo que se ocultaba era algo espantoso.

—¡Aquí tiene las llaves, señor Stanniford; pero recuerde lo que le digo!

Tenía en las manos un manojo de llaves de varias clases, y el joven se lo arrancó de un tirón. Después metió la hoja de un cuchillo por debajo del lacre descolorido y lo hizo saltar. La lámpara temblaba con un ruido perceptible en las manos del señor Perceval, y yo se la quité y la acerqué al ojo de la cerradura, mientras Stanniford probaba llaves. Una de ellas encajó por fin en la cerradura, giró, y la puerta quedó abierta de par en par. El joven dio un paso en el interior del cuarto, y de pronto dejó escapar un grito horrible y cayó sin sentido a nuestros pies.

Si yo no hubiese tomado en serio la advertencia del empleado, y no hubiese dispuesto mi ánimo para una sorpresa desagradable, se me habría escapado seguramente la lámpara de las manos. La habitación, desprovista de ventanas y completamente desnuda, se hallaba dispuesta para servir de laboratorio fotográfico, y tenía a un lado una pila de lavar y una canilla. Se veía un estante lleno de botellas y de medidas, y la atmósfera estaba impregnada de un fuerte olor característico, en parte propio de los productos químicos, y en parte de un organismo en descomposición. Delante de nosotros había una mesa única y una silla, y sentado en ésta, vuelto de espaldas hacia nosotros, había un hombre en actitud de estar escribiendo. Su perfil y su actitud eran tan naturales como si estuviera vivo, pero al proyectarse sobre él la luz de la lámpara, sentí erizárseme el cabello al ver que el cerviguillo de su cuello estaba negro y arrugado, y su grosor era como el de mi muñeca. Todo él estaba cubierto de polvo, de una capa de polvo espeso y amarillo, el cabello, los hombros, las manos apergaminadas y del color del limón. La cabeza había caído hacia delante, sobre el pecho. La pluma descansaba todavía sobre la hoja de papel descolorido.

—¡Pobre señor mío! ¡Pobre, pobre señor mío! —exclamó el empleado, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿Cómo? —exclamé yo—. ¿Es el señor Stanislaus Stanniford?

—Lleva sentado ahí siete años. Oh, ¿por qué obró de ese modo? Yo le rogué, le supliqué, me arrodillé delante de él, pero no desistió de su propósito. Vea usted la llave de la puerta encima de la mesa. Se cerró por dentro. Cuando murió estaba escribiendo algo. Es preciso que cojamos el papel.

—Sí, sí, coja ese papel, y salgamos de aquí, por amor de Dios —grité—. El aire está envenenado. ¡Vamos, Stanniford, vamos!

Cada uno de nosotros lo agarró de un brazo, y condujimos medio en vilo al joven, que aún no había vuelto del todo de su desmayo, hasta su propia habitación. Cuando recobró la conciencia, exclamó:

—¡Era mi padre! Está sentado y muerto en su silla. ¡Y usted lo sabía, Perceval! Lo sabía, y por eso me hizo aquellas advertencias.

—Sí, señor Stanniford, lo sabía. He obrado en todo este tiempo del mejor modo posible, pero mi situación ha sido terriblemente difícil. Durante siete años he vivido sabiendo que dentro de esa habitación estaba su padre muerto.

—¡Lo sabía usted, y nada nos dijo!

—Señor Stanniford, no me trate con dureza. Sea comprensivo con un hombre al que le ha correspondido desempeñar un papel doloroso.

—Me da vueltas la cabeza. No consigo comprenderlo —el joven se puso en pie, tambaleante, y se sirvió una parte del contenido de la botella de aguardiente—. Entonces, las cartas a mi madre y a mí han sido falsificadas.

—No, señor. Su padre las escribió; escribió también el sobre, y me las entregó para que yo las echase al correo. He cumplido con sus instrucciones al pie de la letra en todo. Era mi señor, y yo tenía que obedecerle.

El aguardiente había fortalecido los nervios del joven.

—Cuéntemelo todo —dijo—, porque ya me siento capaz de soportarlo.

—Pues bien, señor Stanniford. Usted sabe que llegó un momento en que su padre se vio envuelto en grandes dificultades, hasta el punto que creyó que mucha pobre gente estaba a punto de perder sus ahorros por su culpa. Era hombre de tal ternura de corazón que esa idea se le hizo insoportable. Le preocupó y le atormentó de tal manera que decidió poner fin a su vida. ¡Oh, señor Stanniford, si usted supiese cuánto le supliqué y cuánto forcejeé con él para impedirlo, no me censuraría! Él, por su parte, me suplicó como nadie me suplicó jamás. Me dijo que había tomado su decisión, y que nadie le apartaría de ella; pero que en mí estaba el que su muerte fuese feliz y fácil o terriblemente dolorosa. Leí en sus ojos que sentía tal como hablaba. Cedí por último a sus súplicas, y consentí en obrar según su voluntad. Lo que más le trastornaba era que el más ilustre de los médicos de Londres le había dicho que el más pequeño disgusto bastaría para matar a su mujer, que padecía del corazón. Aunque su propia existencia había llegado a serle insoportable, le horrorizaba acelerar el final de la de su esposa. ¿Cómo se las arreglaría para acabar él sin dañarla a ella? Ya sabe usted ahora lo que hizo. Escribió la carta que recibió su esposa, Todo lo que en ella se decía era literalmente exacto. Cuando hablaba de que volvería a verla pronto, se refería a la muerte próxima de su esposa, porque el médico le había asegurado que no duraría sino unos pocos meses. Tan seguro estaba de ello que únicamente dejó dos cartas para que fuesen enviadas a la madre de usted después que él hubiese muerto. Pero ella vivió cinco años y yo no tenía más cartas que enviar. Dejó otra carta para

enviársela a usted, señor, cuando falleciese su madre. Yo las eché todas al correo en París, para que siguiesen creyendo que se encontraba en el extranjero. Él quiso que yo no dijese nada, y nada he dicho. He sido un servidor leal. Su padre creyó, sin duda, que los sentimientos de sus amigos supervivientes no serían tan vivos contra él siete años después de su muerte. Siempre se mostró atento con los demás.

Reinó el silencio durante un rato, y fue el joven Stanniford quien lo rompió:

—No puedo censurarlo a usted, Perceval. Usted ahorró a mi madre una sorpresa dolorosa, que con seguridad le habría destrozado el corazón. ¿Qué papel es ése?

—Es el que su padre estaba escribiendo. ¿Debo leérselo?

—Léamelo.

—«He ingerido un veneno, y siento sus efectos en mis venas. Cuando sean leídas estas palabras, llevaré muerto muchos años, si mis deseos han sido fielmente cumplidos. Con seguridad que ninguno de cuantos perdieron su dinero por mi culpa me seguirá guardando rencor. Y tú, Félix, perdóname este escándalo de familia. ¡Que Dios se sirva dar descanso a un espíritu dolorosamente cansado!»

—¡Amén! —exclamamos los tres a una.

EL GATO DE BRASIL[25]

Es una desgracia para un joven tener aficiones caras, grandes esperanzas de riqueza, parientes aristocráticos, pero sin dinero contante y sonante, y ninguna profesión con que poder ganarlo. El hecho es que mi padre, hombre bondadoso, optimista y complaciente, tenía una confianza tal en la riqueza y en la benevolencia de su hermano mayor, solterón, lord Southerton, que dio por hecho que yo, su único hijo, no necesitaría verme nunca en la necesidad de ganarme la vida. Imaginó que, aun en el caso de no existir para mí una vacante en las grandes posesiones de Southerton, encontraría al menos algún cargo en el servicio diplomático, que sigue siendo coto cerrado de nuestras clases privilegiadas. Falleció demasiado pronto para comprobar lo equivocado de sus cálculos. Ni mi tío ni el Estado se dieron por enterados de mi existencia, ni mostraron el menor interés por mi porvenir. Todo lo que me llegaba como recordatorio de que era el heredero de la casa de Otwell y de una de las mayores fortunas del país eran un par de faisanes de cuando en cuando, o una canastilla de liebres. Mientras tanto, me encontré soltero y ocioso, viviendo en un apartamento de Grosvenor Mansions, sin más ocupaciones que el tiro al pichón y jugar al polo en Hurlingham. Un mes tras otro fui comprobando que cada vez resultaba más difícil conseguir que los prestamistas me renovasen los pagarés y obtener más dinero a cuenta de las propiedades no vinculadas que había de heredar. Tenía a la vista la ruina, que se me presentaba cada día más clara, más inminente y más completa.

Lo que más vivamente me daba la sensación de mi pobreza era el hecho de que, aparte de la gran riqueza de lord Southerton, el resto de mis parientes gozaba de una posición desahogada. El más próximo era Everard King, sobrino de mi padre y primo carnal mío, que había llevado en Brasil una vida aventurera, regresando después a Inglaterra para disfrutar tranquilamente de su fortuna. Nunca supimos cómo la había ganado, pero era evidente que poseía mucho dinero, porque compró la finca de Greylands, cerca de Clipton-on-the-Marsh, en Suffolk. Durante su primer año de estancia en Inglaterra no me prestó mayor atención que mi avaricioso tío, pero una buena mañana de

primavera recibí, con gran satisfacción y júbilo, una carta en la que me invitaba a ir aquel mismo día a su finca para una breve estancia en Greylands Court. Yo debía por aquel entonces hacer una visita bastante larga al tribunal de quiebras, o Bankruptcy Court, y esa interrupción me pareció casi providencial. Quizá pudiese salir adelante si me ganaba las simpatías de aquel pariente mío desconocido. No podía dejarme en la estacada, si tenía en algo el honor de la familia. Di orden a mi ayuda de cámara de que dispusiese mi maleta, y aquella misma tarde salí para Clipton-on-the-Marsh.

Después de cambiar de tren en Ipswich, el que tomé en ese empalme, que era un tren corto, me dejó en una estación pequeña y solitaria. Se alzaba en una llanura de praderas atravesada por un río de corriente perezosa que serpenteaba entre ribazos altos y fangosos que me hicieron comprender que la subida de la marea llegaba hasta allí. No me esperaba ningún coche (más tarde me enteré de que mi telegrama había llegado con retraso), así que alquilé uno en el mesón del pueblo. Al cochero, hombre excelente, se le llenaba la boca haciendo el elogio de mi pariente, y por él me enteré de que el señor Everard King era uno de los personajes más populares en aquella parte del país. Daba fiestas a los niños de la escuela, permitía el libre acceso de los visitantes a su parque, estaba suscrito a muchas obras benéficas y, en una palabra, su filantropía era tan universal que mi cochero sólo se la explicaba con la hipótesis de que mi pariente abrigaba la ambición de ir al Parlamento.

La aparición de un ave preciosa que se posó en un poste de telégrafo, al lado de la carretera, apartó mi atención del panegírico que estaba haciendo el cochero. A primera vista me pareció que se trataba de un arrendajo, pero era mayor que este pájaro y de un plumaje más alegre. El cochero me explicó inmediatamente la presencia de aquel pájaro, diciendo que pertenecía al mismo hombre a cuya finca estábamos a punto de llegar. Por lo visto, una de las aficiones de mi pariente consistía en aclimatar animales exóticos, y se había traído de Brasil una cantidad de aves y de otros animales que estaba tratando de criar en Inglaterra. Una vez que cruzamos la puerta exterior del parque de Greylands, se nos ofrecieron numerosas pruebas de esa afición suya. Algunos ciervos pequeños y con manchas, un extraño jabalí que, según creo, es conocido con el nombre de pecarí, una oropéndola de plumaje espléndido, algunos ejemplares de armadillos y un extraño animal que caminaba pesadamente y que parecía un tejón sumamente grueso, fueron algunos de los animales que distinguí mientras el coche avanzaba por la avenida en curva.

El señor Everard King, mi primo desconocido, estaba esperándome en persona en la escalinata de su casa, porque nos vio venir a lo lejos y supuso que era yo el que llegaba. Era hombre de aspecto muy sencillo y bondadoso, pequeño de estatura y corpulento, de cuarenta y cinco años, quizá, y de cara llena y simpática, atezada por el sol tropical y llena de mil arrugas. Vestía traje blanco, al estilo auténtico del cultivador tropical; tenía entre los labios un cigarro y llevaba un gran sombrero panameño echado hacia atrás. Era la suya una figura que asociamos con la visión de un porche de *bungalow*, y parecía curiosamente desplazada ante aquel palacio inglés, de grandes dimensiones y construido con piedra de sillería, con dos alas macizas y columnas estilo Palladio delante de la puerta principal.

—¡Mujer, mujer, aquí tenemos a nuestro huésped! —gritó, mirando por encima del hombro—. ¡Bienvenido, bienvenido a Greylands! Estoy encantado de conocerte, primo Marshall, y considero una gran atención el que hayas venido a honrar con tu presencia esta pequeña y adormilada mansión campestre.

Sus maneras no podían ser más cordiales. Enseguida me sentí allí a mis anchas. Pero toda su cordialidad apenas podía compensar la frialdad e incluso la grosería de su mujer, es decir, de la mujer alta y ceñuda que acudió a su llamada. Según tengo entendido, era de origen brasileño, aunque hablaba a la perfección el inglés. Yo disculpé sus maneras, atribuyéndolas a su ignorancia de nuestras costumbres. Sin embargo, ni entonces ni después trató de ocultar lo poco que le agradaba mi visita a Greylands Court. Por regla general, sus palabras eran corteses, pero poseía unos ojos negros extraordinariamente expresivos, y en ellos leí con claridad desde el primer momento que anhelaba vivamente que regresase a Londres.

Sin embargo, mis deudas eran demasiado apremiantes y los proyectos que me había formado en relación con mi rico pariente demasiado vitales para dejar que fracasasen por culpa del mal genio de su mujer. Me despreocupé por tanto de su frialdad y le devolví a mi primo la extraordinaria cordialidad con que me había acogido. Mi anfitrión no había ahorrado molestias para procurarme toda clase de comodidades. Mi habitación era encantadora; me suplicó que le indicase cualquier cosa que necesitase para estar allí completamente a mi gusto. Estuve a punto de contestarle que un cheque en blanco resultaría una ayuda eficaz para que yo me considerase feliz, pero me pareció prematuro en el estado en que se encontraban nuestras relaciones. La cena fue excelente. Cuando, de sobremesa, nos sentamos a fumar unos habanos y a tomar el café, que, según me informó, le enviaban seleccionado

para él de su propia plantación, me pareció que todas las alabanzas del cochero estaban justificadas y que jamás había tratado con un hombre más cordial y hospitalario.

Pero, a pesar de la simpatía de su temperamento, era hombre de firme voluntad y dotado de un genio arrebatado muy característico. Lo pude comprobar a la mañana siguiente. La curiosa animadversión que la esposa de mi primo había concebido hacia mí era tan fuerte que su comportamiento durante el desayuno me resultó casi ofensivo. Pero, una vez que su marido se retiró de la habitación, ya no hubo lugar a dudas acerca de lo que pretendía, porque me dijo:

—El tren más conveniente del día es el que pasa a las doce y cincuenta minutos.

—Es que yo no pensaba marcharme hoy —le contesté con franqueza, quizá con arrogancia, porque estaba resuelto a no dejarme echar de allí por aquella mujer.

—Oh, si es usted quien ha de decidirlo… —dijo ella, y dejó cortada la frase, mirándome con una expresión de la mayor insolencia.

—Estoy seguro de que el señor Everard King me lo advertiría si yo abusase de su hospitalidad.

—¿Qué significa esto? ¿Qué significa esto? —preguntó una voz, y mi primo entró en la habitación.

Había escuchado mis últimas palabras y le bastó observar mi expresión y la de su esposa. Su rostro, regordete y simpático, se revistió en el acto de un gesto de absoluta ferocidad y dijo:

—¿Quieres hacer el favor de salir, Marshall?

Diré de paso que mi nombre es Marshall King.

Mi primo cerró la puerta en cuanto hube salido, e inmediatamente *oí* que hablaba a su mujer en voz baja, pero con furor concentrado. Aquella grosera ofensa a la hospitalidad le había molestado evidentemente en lo más vivo. A mí no me gusta escuchar detrás de las puertas y me alejé paseando hasta la cespedera. De pronto *oí* a mis espaldas pasos precipitados y vi que se acercaba la señora, con el rostro pálido de emoción y los ojos enrojecidos de haber llorado.

—Mi marido me ha rogado que le presente mis disculpas, señor Marshall King —dijo, permaneciendo delante de mí con los ojos bajos.

—Por favor, señora, no diga ni una palabra más.

Sus ojos negros me miraron de pronto con pasión:

—¡Estúpido! —me dijo con voz sibilante y frenética vehemencia. Luego giró sobre sus tacones y regresó rápida hacia la casa.

La ofensa era tan grave, tan insoportable, que me quedé de una pieza, mirándola con asombro. Seguía en el mismo lugar cuando vino a reunirse conmigo mi anfitrión. Era de nuevo el mismo hombre simpático y regordete.

—Creo que mi señora se ha disculpado por sus estúpidas observaciones —me dijo.

—¡Sí, sí; lo ha hecho, claro que sí!

Me cogió del brazo y caminamos de aquí para allá por la cespedera.

—No debes tomarlo en serio —me explicó—. Me dolería muchísimo que acortases tu visita aunque sólo fuese por una hora. La verdad es que —no hay razón para que entre parientes guardemos ningún secreto— mi buena y querida mujer es increíblemente celosa. Le molesta que nadie, sea hombre o mujer, se interponga un instante entre nosotros. Su ideal es una isla desierta y un eterno diálogo entre los dos. Eso te dará la clave de su conducta, que en este punto, lo reconozco, no anda lejos de la monomanía. Dime que no volverás a pensar en lo sucedido.

—No, no; desde luego que no.

—Pues entonces, prende este cigarro y acompáñame para que veas mi pequeña colección de animales.

Esta inspección nos ocupó toda la tarde, pues la propiedad estaba llena de aves, animales y hasta reptiles que había importado. Algunos vivían en libertad, otros en jaulas y eran pocos los que estaban encerrados en el edificio. Me habló con entusiasmo de sus éxitos y de sus fracasos, de los nacimientos y de las muertes registradas. Gritaba como un escolar entusiasmado cuando, durante nuestro paseo, alzaba las alas del suelo algún pájaro espléndido de colores, o cuando algún animal extraño se deslizaba hacia el refugio. Por último, me condujo por un pasillo que arrancaba de una de las alas de la casa. Al final había una pesada puerta que tenía un cierre corredizo, a modo de mirilla; junto a la puerta salía de la pared un manillar de hierro unido a una rueda y a un tambor. Una reja de fuertes barrotes bloqueaba totalmente el pasillo.

—Te voy a enseñar la perla de mi colección —dijo—. En Europa sólo existe otro ejemplar, desde la muerte del cachorro que había en Rotterdam. Se trata de un gato de Brasil.

—Pero ¿en qué se diferencian de los demás gatos?

—Pronto lo vas a ver —me contestó riendo—. ¿Quieres tener la amabilidad de correr la mirilla y mirar dentro?

Así lo hice, y vi una habitación amplia y vacía, con el suelo enlosado y ventanas de barrotes en la pared del fondo. En el centro de la habitación, tumbado en medio de una mancha dorada de luz solar, se veía un gran animal, del tamaño de un tigre, pero tan negro y lustroso como el ébano. Era, pura y simplemente, un gato negro enorme y muy bien cuidado; estaba recogido sobre sí mismo, calentándose en aquel estanque amarillo de luz, tal y como lo haría cualquier gato. Era tan flexible, musculoso, agradable y diabólicamente suave, que me costaba apartar los ojos de la ventanita.

—¿Verdad que es magnífico? —me dijo mi anfitrión lleno de entusiasmo.

—¡Una maravilla! Jamás he visto animal más espléndido.

—Hay quienes le dan el nombre de puma negro, pero en realidad no tiene nada de puma. Este animal anda por los once pies de morro a cola. Hace cuatro años era una bolita de pelo negro y fino, con dos ojos amarillos que miraban fijamente. Me lo vendieron como cachorro recién nacido en la región salvaje de la cabecera del río Negro. Mataron a la madre a lanzazos cuando ya ella había matado a una docena de sus atacantes.

—Según eso, son animales feroces.

—No los hay más traicioneros y sanguinarios en toda la superficie de la tierra. Hable usted a los indios de las tierras altas de un gato de Brasil y verá como salen corriendo. La caza preferida de estos animales es el hombre. Este ejemplar mío no le ha cogido todavía el gusto a la sangre caliente, pero si llega a hacerlo se convertirá en un animal espantoso. En la actualidad no tolera dentro de su cubil a nadie que no sea yo. Ni siquiera su cuidador, Baldwin, se atreve a acercársele. Pero yo soy para él la madre y el padre al mismo tiempo.

Mientras hablaba, abrió de pronto la puerta, y con gran asombro mío se deslizó dentro, cerrándola inmediatamente a sus espaldas. Al oír su voz, el voluminoso y flexible animal se levantó, bostezó y se frotó cariñosamente la cabeza redonda y negra contra su costado, mientras mi primo le daba golpecitos y le acariciaba.

—¡Vamos, *Tommy*, métete en tu jaula! —le dijo mi primo.

El magnífico gato se dirigió a un extremo de la habitación y se enroscó debajo de unas rejas. Everard King salió, cogió el manillar de hierro que antes he mencionado y empezó a hacerlo girar. A medida que lo accionaba, la reja de barrotes del pasillo empezó a meterse por una rendija que había en el muro y fue a cerrar la parte delantera del espacio enrejado, convirtiéndolo en una verdadera jaula. Cuando estuvo en su sitio, mi primo abrió la puerta otra vez y

me invitó a pasar a la habitación, en la que se percibía el olor penetrante y rancio característico de los grandes animales carnívoros.

—Así es como lo tratamos —me dijo Everard King—. Le dejamos un amplio espacio para que vaya y venga por la habitación, pero cuando llega la noche lo encerramos en su jaula. Para darle libertad basta girar el manillar desde el pasillo, y para encerrarlo hacemos lo que acabas de ver. ¡No, no; no se te ocurra hacer eso!

Yo había metido la mano por entre los barrotes para palmear el lomo brillante que se hinchaba y encogía con la respiración. Mi primo tiró de mi mano hacia atrás, con una expresión de seriedad en el rostro.

—Te aseguro que eso que acabas de hacer es peligroso. No se te ocurra pensar que cualquier otra persona puede tomarse con este animal las libertades que yo me tomo. Es muy exigente en sus amistades. ¿Verdad que sí, *Tommy*? ¡Vaya, ha oído ya que llega el que le trae la comida! ¿No es así, muchacho?

Se oyeron pasos en el corredor enlosado y el animal saltó sobre sus patas y se puso a caminar de un lado para otro de su estrecha jaula, con los ojos llameantes y la lengua escarlata temblando y agitándose por encima de la blanca línea de sus dientes puntiagudos. Entró un cuidador que traía un trozo de carne cruda en una artesilla y se lo tiró por entre los barrotes. El animal se lanzó con ligereza y lo atrapó, retirándose luego a un rincón; allí, sujetándolo entre sus garras, empezó a destrozarlo a mordiscos, alzando su hocico ensangrentado para dirigirnos de cuando en cuando una mirada. El espectáculo era fascinante, aunque daba miedo verlo.

—¿Verdad que no te extraña que le tenga afecto a ese animal? —dijo mi primo, cuando salíamos de la habitación—. Especialmente si se piensa que fui yo quien lo crió. No ha sido fácil transportarlo desde el centro de Sudamérica, pero aquí está ya, sano y salvo, y como te he dicho es con mucho el ejemplar más perfecto que hay en Europa. La dirección del Zoo daría cualquier cosa por tenerlo, pero la verdad es que no puedo separarme de él. Bueno, creo que ya te he mortificado bastante con mi chifladura, de modo que lo mejor que podemos hacer es seguir el ejemplo de *Tommy* y pedir que nos sirvan el almuerzo.

Tan absorto estaba mi pariente de Sudamérica con su parque y sus curiosos ocupantes que al principio no creí que pudiera interesarse por ninguna otra cosa. Sin embargo, pronto comprendí que tenía otros intereses, bastante apremiantes, a juzgar por el gran número de telegramas que recibía. Le llegaban a todas horas, y los abría siempre con una expresión de máxima

ansiedad y anhelo en su cara. Supuse que se trataba de negocios relacionados con las carreras de caballos, o con operaciones de Bolsa, pero lo que era seguro es que se traía entre manos negocios muy urgentes y totalmente ajenos a las actividades de las llanuras de Suffolk. En ninguno de los seis días que duró mi visita recibió menos de cuatro telegramas, llegando en ocasiones hasta siete y ocho.

Yo había aprovechado tan perfectamente aquellos seis días que, para cuando transcurrió ese plazo, había alcanzado un nivel de máxima cordialidad con mi primo. Todas las noches habíamos prolongado la velada hasta muy tarde en el salón de billar. Él me contaba los más extraordinarios relatos de sus aventuras en América, unas aventuras tan arriesgadas y temerarias que me costaba trabajo relacionarlas con aquel hombrecito curtido y regordete que tenía delante. Yo, a mi vez, me aventuré a contarle algunos de mis recuerdos de la vida londinense, que le interesaron hasta el punto de que prometió venir a Grosvenor Mansions a vivir conmigo. Sentía verdadero anhelo por conocer el aspecto más disoluto de la vida de la gran ciudad y, mal está que yo lo diga, no podía, desde luego, haber elegido un guía más competente. Hasta el último día de mi estancia no me arriesgué a abordar lo que me preocupaba. Le hablé francamente de mis dificultades pecuniarias y de mi ruina inminente y le pedí consejo, aunque lo que de él esperaba era algo más sólido. Me escuchó atentamente, dando grandes chupadas a su cigarro, y me dijo por fin:

—Pero yo tenía entendido que tú eras el heredero de nuestro pariente lord Southerton.

—Tengo toda clase de razones para suponerlo así, pero jamás ha querido darme nada.

—Sí, ya he oído hablar de su tacañería. Mi pobre Marshall, tu situación ha sido sumamente difícil. A propósito, ¿no has tenido noticias últimamente de la salud de lord Southerton?

—Se está muriendo desde que yo era niño.

—Así es. No ha habido jamás un gozne chirriante como ese hombre. Quizá tu herencia tarde todavía mucho en llegar a tus manos. ¡Válgame Dios, y en qué situación más lamentable te encuentras!

—He llegado a tener alguna esperanza de que tú, conociendo como conoces mi situación, quizá accedieras a adelantarme…

—Ni una palabra más, muchacho —exclamó con la máxima cordialidad—. Esta noche hablaremos del asunto, y te prometo hacer todo cuanto esté en mi mano.

No lamenté que mi visita estuviese llegando a su término, porque es algo bastante desagradable vivir con el convencimiento de que hay en la casa una persona que anhela vivamente que uno se marche. La cara cetrina y los ojos antipáticos de la esposa de mi primo me mostraban cada vez un odio mayor. Ya no manifestaba una grosería activa, porque el miedo a su marido no se lo permitía, pero llevó su insana envidia hasta el extremo de no darse por enterada de mi presencia, de no hablarme nunca y de hacer mi estancia en Greylands todo lo desagradable que podía. Tan insultantes fueron sus maneras en el transcurso del último día que, sin duda alguna, me habría marchado inmediatamente de no mediar la entrevista que había de celebrar con mi primo aquella noche y que esperaba que me sacaría de mi ruinosa situación.

La entrevista se celebró a una hora muy tardía, porque mi pariente, que en el transcurso del día recibió más telegramas que de ordinario, se encerró después de la cena en su despacho y únicamente salió de él cuando ya todos los habitantes de la casa se habían retirado a dormir. Le oí realizar su ronda, como todas las noches, cerrando las puertas, y por último vino a reunirse conmigo en la sala de billar. Su voluminosa figura estaba envuelta en un batín y tenía los pies metidos en unas zapatillas turcas, rojas y sin talones. Tomó asiento en un sillón, se preparó un *grog* en el que el *whisky* superaba con mucho al agua, y me dijo:

—¡Vaya nochecita!

En efecto, el viento aullaba y gemía en torno a la casa y las ventanas de persianas temblaban y golpeaban como si fueran a ceder hacia dentro. El resplandor amarillo de las lámparas parecía, por contraste, más brillante, y más intenso el aroma de los cigarros. Mi anfitrión me dijo:

—Bien, muchacho; disponemos de la casa y de la noche para nosotros solos. Explícame cómo están tus asuntos y yo veré lo que puede hacerse para ponerlos en orden. Me agradaría conocer todos los detalles.

Animado por estas palabras, me lancé a una larga exposición en la que fueron desfilando todos mis proveedores y mis banqueros, desde el dueño de la casa hasta mi ayuda de cámara. Llevaba en el bolsillo algunas notas. Ordené los hechos y creo que hice una exposición muy comercial de mi sistema de vida anticomercial y de mi lamentable situación. Sin embargo, me sentí deprimido al darme cuenta de que la mirada de mi compañero parecía perdida en el vacío, como si su atención estuviese en otra parte. De cuando en cuando introducía alguna observación, pero tan de compromiso y fuera de lugar que tuve la seguridad de que no había seguido el conjunto de mi exposición. A veces parecía despertar de su ensimismamiento y esforzarse por

mostrar algún interés, pidiéndome que repitiese algo o que me explicase más a fondo, pero siempre volvía a recaer en su ensimismamiento. Por último, se puso en pie, tiró a la rejilla de la chimenea la colilla de su cigarro y me dijo:

—Te voy a decir una cosa, muchacho: yo no tuve jamás buena cabeza para los números, de modo que tendrás que disculparme. Lo que tienes que hacer es ponerlo todo por escrito y entregarme una nota de la totalidad. Cuando lo vea en blanco y negro lo comprenderé.

La proposición era alentadora y le prometí hacerlo.

—Bien, ya es hora de que nos acostemos. Por Júpiter, el reloj del vestíbulo está dando la una.

En medio del profundo bramido de la tormenta pudo oírse el tintineo del reloj que daba la hora. El viento azotaba la casa con el ímpetu de la corriente de agua de un gran río. Mi anfitrión dijo:

—Antes de acostarme tendré que echar un vistazo a mi gato. Estos ventarrones lo excitan. ¿Quieres venir?

—Desde luego que sí —le contesté.

—Procura andar despacio y no hables, porque todo el mundo está acostado.

Cruzamos en silencio el vestíbulo iluminado por lámparas y cubierto con alfombras persas, y salimos por la puerta que había al final. Reinaba una absoluta oscuridad en el pasillo de piedra, pero mi anfitrión echó mano de una lamparilla de caballeriza que colgaba de un gancho y la encendió. Como no se veía en el pasillo la reja de barrotes, comprendí que la fiera estaba dentro de su jaula.

—¡Entra! —dijo mi pariente, y abrió la puerta.

El profundo gruñido que lanzó el animal cuando entramos nos demostró que, en efecto, la tormenta lo había irritado. A la vacilante luz de la linterna distinguimos la gran masa negra recogida sobre sí misma en el rincón de su cubil, que proyectaba una sombra achaparrada y grotesca sobre la pared enjalbegada. Su cola se movía inquieta entre la paja.

—El bueno de *Tommy* no está del mejor humor —dijo Everard King, manteniendo en alto la linterna y mirando hacia donde estaba su gato—. ¿No es verdad que da la impresión de un demonio negro? Es preciso que le dé algo de comer para que se amanse un poco. ¿Quieres sostener un momento la linterna?

Se la cogí de la mano; él avanzó hacia la puerta y dijo:

—Aquí afuera tiene la despensa. Perdóname un momento.

Salió, y la puerta se cerró a sus espaldas con un fuerte chasquido metálico.

Aquel sonido duro y chasqueante hizo que mi corazón dejase de latir. Se apoderó de mí una súbita oleada de terror. Un confuso pensamiento de alguna monstruosa traición me dejó helado. Salté hacia la puerta, pero no había picaporte por la parte de dentro.

—¡Oye! —grité—. ¡Déjame salir!

—¡No pasa nada! ¡No armes escándalo! —me dijo mi primo desde el pasillo. Tienes la luz encendida.

—Sí, pero no me gusta nada estar encerrado y solo de esta manera.

—¿Que no te gusta?

Oí que se reía con risa cordial y glogloteante.

—No vas a estar mucho tiempo solo.

—¡Déjame salir! —repetí, muy irritado—. Te digo que no admito bromas de esta clase.

—Ésa es precisamente la palabra: bromas —me contestó, lanzando otro odioso gorgoteo de risa.

Y de pronto, entre el bramar de la tormenta, oí el chirrido y el gemir del manillar que daba vueltas y el traqueteo de la reja al pasar por la rendija del muro. ¡Santo Dios, estaba poniendo en libertad al gato de Brasil!

A la luz de la linterna vi cómo la reja de barrotes iba retirándose lentamente delante de mí. Había ya una abertura de un pie en un extremo. Lancé un alarido y agarré el último barrote, tirando de él con toda la energía de un loco. En efecto, estaba loco de furor y espanto. Sostuve por unos momentos inmóvil el mecanismo. Me di cuenta de que mi primo, por su parte, giraba con todas sus fuerzas el manillar, y que el sistema de palanca acabaría por sobreponerse a mis fuerzas. Fui cediendo pulgada a pulgada; mis pies resbalaban sobre las losas mientras le pedía y suplicaba a aquel monstruo inhumano que me librase de tan horrible muerte. Se lo supliqué por nuestro parentesco. Le recordé que era su huésped; le pregunté qué le había hecho. Él no daba otras respuestas que los empujones y tirones al manillar; con cada uno de ellos, y a pesar de todos mis forcejeos, se iba llevando otro barrote por la rendija de la pared. Aferrándome y tirando con todas mis fuerzas me vi arrastrado a todo lo largo de la parte delantera de la jaula; por último, con las muñecas doloridas y los dedos desgarrados, renuncié a la lucha inútil. Al soltar el enrejado, éste se retiró totalmente con un golpe seco, y un momento después oí cómo se alejaba por el pasillo el ruido de las pisadas de las zapatillas turcas, que terminó con el chasquido de una puerta lejana cerrada de golpe. Luego reinó el silencio.

El animal no se había movido de su sitio en todo ese tiempo. Permanecía tumbado en el rincón, y su cola había dejado de moverse. Por lo visto le había llenado de asombro la aparición de un hombre agarrado a los barrotes de su jaula y arrastrado por delante de él dando alaridos. Vi cómo sus ojos enormes me miraban con fijeza. Al aferrarme a los barrotes había dejado caer la linterna, pero seguía encendida en el suelo e hice un movimiento para apoderarme de ella, pensando que quizá su luz me protegiese. Pero en el mismo instante en que me moví, la fiera dejó escapar un gruñido profundo y amenazador. Me detuve y permanecí en mi sitio, temblando de pies a cabeza. El gato (si es que puede darse este nombre tan casero a un animal tan horrible como aquél) estaba a menos de diez pies de mí. Le brillaban los ojos como dos discos de fósforo en la oscuridad. Me aterraban y, sin embargo, me fascinaban. No podía apartar la vista de aquellos ojos. En momentos de intensidad tan grande como eran aquéllos para mí, la Naturaleza nos hace las más extrañas jugarretas; aquellos ojos brillantes se encendían y se desvanecían como dos luces que suben y bajan a un ritmo constante. Había momentos en que los veía como dos puntos minúsculos de un brillo extraordinario, como dos chispas eléctricas en la negra oscuridad, pero luego se ensanchaban y ensanchaban hasta ocupar con su luz siniestra y movediza todo el ángulo de la habitación. De pronto se apagaron por completo.

La fiera había cerrado los ojos. No sé si hay algo de verdad en la vieja idea del dominio que ejerce la mirada del hombre sobre los animales, o si fue porque el enorme gato estaba simplemente amodorrado, lo cierto es que, lejos de mostrar síntomas de querer atacarme, se limitó a apoyar su cabeza negra y sedosa sobre sus terribles garras delanteras y pareció dormirse. Seguí de pie, temiendo moverme y despertarlo de nuevo a la vida y a la agresividad. Pero, por último, pude pensar con claridad, libre ya de la impresión de aquellos ojos ominosos. Estaba encerrado para toda la noche con la fiera feroz. Mi propio instinto, por no hablar de las palabras de aquel miserable calculador que me había hecho caer en esta trampa, me advertían que aquel animal era tan salvaje como su amo. ¿Cómo me las iba a arreglar para mantenerlo en la situación en que estaba ahora hasta que amaneciese? Era inútil intentar escapar por la puerta, lo mismo que por las ventanas estrechas y enrejadas. Dentro de la habitación, desnuda y embaldosada, no existía para mí ninguna clase de refugio. Era absurdo que gritase pidiendo socorro. Este cubil era una construcción accesoria, y el pasillo que lo unía a la casa tenía, por lo menos, una longitud de cien pies. Además, mientras en el exterior bramase la tormenta, no era probable que nadie oyese mis gritos. Sólo podía confiar en

mi propio valor y en mi propio ingenio. De pronto, con una nueva oleada de espanto, mis ojos se posaron en la linterna. La llama ardía ya a muy poca altura y empezaban a formarse estrías laterales. No tardaría diez minutos en apagarse. Sólo disponía, por tanto, de diez minutos para tomar alguna iniciativa, porque una vez que me quedase a oscuras y cerca de aquella fiera espantosa sería incapaz de actuar. Ese mismo pensamiento me tenía paralizado. Miré por todas partes con ojos de desesperación cada pulgada de aquella cámara mortuoria, y de pronto me fijé en un lugar que parecía prometer, si no la salvación, por lo menos un peligro no tan inmediato e inminente como el suelo desnudo.

He dicho que la jaula, además de tener una parte delantera, tenía también una parte superior, que permanecía fija cuando se recogía la parte delantera a través de la rendija del muro. La parte superior estaba formada por barras separadas entre sí por pocas pulgadas, estando a su vez esa separación cubierta con tela de alambre fuerte, y sus dos extremos se apoyaban sobre dos fuertes montantes. En ese momento producía la impresión de un gran solio hecho de barras, bajo el cual estaba agazapada en un rincón la fiera. Entre esa parte superior de la jaula y el techo quedaba una especie de estante de unos dos a tres pies de altura. Si conseguía subir hasta allí y meterme entre los barrotes y el cielo raso, sólo tenía un lado vulnerable. Estaría a salvo por debajo, por detrás y a cada lado. Únicamente podía ser atacado de frente. Es cierto que por ese lado no tenía protección alguna, pero al menos me encontraría fuera del camino de la fiera cuando empezase a pasearse dentro de su cubil. Para llegar hasta mí tendría que salirse de su camino. Tenía que hacerlo ahora o nunca, porque en cuanto la luz se apagase me resultaría imposible. Hice una profunda inspiración y salté, aferrándome al borde de hierro de la parte superior de la jaula, y me metí, jadeante, en aquel hueco. Al retorcerme quedé con la cara para abajo, y me encontré mirando en línea recta a los ojos terribles y las mandíbulas abiertas del gato. Su aliento fétido me daba en la cara lo mismo que la vaharada de vapor de una olla infecta en ebullición.

Me pareció que el animal se mostraba más bien curioso que irritado. Con una ondulación de su lomo largo y negro se levantó, se estiró, y luego, apoyándose en sus patas traseras con una de las garras delanteras en la pared, levantó la otra y pasó sus uñas por la tela de alambre que tenía debajo. Una uña afilada y blanca rasgó mis pantalones —he olvidado decir que estaba con mi traje de *smoking*— y me hizo un arañazo en la rodilla. La fiera no lo hizo agresivamente, sino más bien como tanteo, porque cuando lancé un agudo

grito de dolor se dejó caer de nuevo al suelo, saltó luego ágilmente a la habitación y empezó a pasearse con paso rápido alrededor de la misma, lanzando de cuando en cuando una mirada hacia mí. Yo, por mi parte, me apretujé muy adentro hasta tocar con la espalda en la pared, comprimiéndome de forma que ocupara el menor espacio posible. Cuanto más adentro me metiese, más difícil le iba a resultar atacarme.

Parecía irse excitando con sus paseos y se puso a correr ágilmente y sin ruido por el cubil, cruzando continuamente por debajo de la cama de hierro en que me encontraba tendido. Era un espectáculo maravilloso ver aquel cuerpo enorme dando vueltas y vueltas como una sombra, sin que apenas se oyese un ligerísimo tamborileo de sus patas aterciopeladas. La llama brillaba con muy poca luz, hasta el punto de que apenas podía distinguir al animal. De pronto, después de una última llamarada y chisporroteo, se apagó por completo. ¡Me encontraba a solas y en la oscuridad con el gato!

Parece que el convencimiento de que uno ha hecho todo lo que estaba en su mano ayuda a enfrentarse con el peligro. No queda entonces otro recurso que el de esperar con calma el resultado. En mi caso, la única posibilidad de salvación estaba en el sitio en que me había refugiado. Me estiré, pues, y permanecí en silencio, casi sin respirar, con la esperanza de que la fiera se olvidase de mi presencia si yo no hacía nada por recordárselo. Calculo que serían las dos de la madrugada. A las cuatro amanecería. Así pues, sólo tenía que esperar dos horas hasta la luz del día.

En el exterior la tormenta seguía furiosa y la lluvia azotaba constantemente las pequeñas ventanas. En el interior la atmósfera fétida y ponzoñosa era insoportable. Ya no veía ni oía al gato. Traté de pensar en otras cosas, pero sólo había una con fuerza suficiente para apartar mi pensamiento de la terrible situación en que me encontraba: la villanía de mi primo, su hipocresía no igualada por nadie, el odio maligno que me profesaba. Un alma de asesino medieval acechaba detrás de aquella cara afable. Cuanto más pensaba en ello, más claramente veía la astucia con que había preparado el golpe. Por lo visto se había acostado como los demás. Sin duda había preparado sus testigos para demostrarlo. Después, sin que esos testigos lo advirtiesen, había bajado sigilosamente, me había metido con engaños en el cubil y me había abandonado allí. La historia que debía contar era sencilla. Yo me había quedado en el salón de billar terminando de fumar mi cigarro. Había bajado por propia iniciativa para echar una última ojeada al gato de Brasil, me había metido en la habitación sin darme cuenta de que la jaula estaba abierta y la fiera había hecho presa en mí. ¿Cómo se podría demostrar

el crimen que había cometido? Quizá hubiese sospechas, pero jamás se obtendrían pruebas.

¡Con qué lentitud transcurrieron aquellas dos horas espantosas! En una ocasión llegó a mis oídos un ruido apagado, raspante, que atribuí a que el animal se estaba lamiendo el pelo. En varias ocasiones los ojos verdosos me enfocaron brillantes a través de la oscuridad, pero nunca me miraron fijamente, y cada vez fue mayor mi esperanza de que me olvidase o de que ignorase mi presencia. Pero llegó un momento en que penetró por las ventanas un asomo de luz; empecé a verlas como dos recuadros grises en la pared negra, luego los recuadros se volvieron blancos, y pude ver de nuevo a mi terrible compañero. ¡Y él también pudo verme a mí, por desgracia!

Comprendí en el acto que la fiera se encontraba de un humor más peligroso y agresivo que cuando dejé de verlo. El frío de la mañana lo había irritado y, además, estaba hambriento. Iba y venía con un gruñido constante y con paso rápido, por el lado de la habitación que estaba más alejado de mi refugio, con los bigotes erizados de rabia y descargando latigazos con la cola enhiesta. Cuando daba media vuelta al llegar a los ángulos de la pared, alzaba siempre los ojos hacia mí, preñados de espantosas amenazas. Comprendí que se estaba preparando para matarme. Y, sin embargo, hasta en una situación tan crítica como la mía no podía dejar de admirar la elegancia sinuosa de la endiablada alimaña, sus movimientos sin violencia, ondulantes, de suaves curvas, el brillo de sus lomos magníficos, el color escarlata palpitante de su lengua lustrosa que colgaba fuera del morro azabache. El gruñido profundo y amenazador subía y subía de tono en un crescendo ininterrumpido. Comprendí que había llegado el momento decisivo.

Resultaba penoso esperar una muerte como aquélla en un estado como el que me encontraba: transido, en posición forzada, temblando de frío sobre aquella parrilla de tortura en que estaba tendido con mis ropas ligeras. Me esforcé por reanimarme, por levantar mi alma a una altura superior a aquella situación y, al mismo tiempo, con la lucidez de cerebro propia de un hombre que se ve perdido, miré por todas partes buscando algún medio posible de salvación. Una cosa era evidente para mí: si fuese posible hacer retroceder a su posición anterior la reja delantera de la jaula, podía encontrar detrás de ella un refugio seguro. ¿Sería capaz de volverla a su sitio? Apenas me atrevía a moverme, por temor a que la fiera saltase sobre mí. Lenta, lentísimamente, alargué la mano hasta aferrar con ella el último barrote de la reja, que sobresalía de la rendija del muro exterior. Con gran sorpresa mía, cedió fácilmente al tirón que le di. Como es natural, la dificultad de tirar hacia

dentro se debía al hecho de que yo estaba como pegado a ella, sin poder hacer juego con el cuerpo. Di otro tirón y la reja avanzó tres pulgadas más. Por lo visto, funcionaba sobre ruedas. Volví a tirar… ¡y en ese instante saltó el gato!

La cosa fue tan rápida, tan súbita, que no me di cuenta de cómo había ocurrido. Oí el salvaje rechinar de dientes, y un instante después, la llamarada de sus ojos amarillos, la negra cabeza achatada con su roja lengua y centelleantes colmillos estuvo al alcance de mi mano. El proyectil viviente hizo vibrar con su choque los barrotes sobre los que me había tendido, hasta el punto de que pensé que se venían abajo (si es que en aquel instante podía pensar en algo). El gato se balanceó allí un instante, tratando de afianzarse en el borde del enrejado con las patas traseras, quedando su cabeza y sus garras delanteras muy cerca de mí. Oí el chirrido raspante de las uñas en la tela metálica y sentí en mi cara el nauseabundo aliento de la fiera. Había calculado mal el salto. No pudo sostenerse en aquella postura. Poco a poco, enseñando con furia los dientes y arañando con desesperación los barrotes, perdió el equilibrio y cayó pesadamente al suelo. Pero se volvió instantáneamente con un gruñido hacia mí y se agazapó para dar otra vez el salto.

Comprendí que en unos momentos se iba a decidir mi destino. El animal había aprendido la lección y ya no calcularía mal. Era preciso que actuase con rapidez y sin temor alguno si quería tener alguna posibilidad de conservar la vida. Imaginé instantáneamente un plan. Me despojé del *smoking* y se lo tiré a la fiera encima de la cabeza. Simultáneamente me dejé caer al suelo, agarré la primera barra de la reja delantera y tiré de ella frenéticamente hacia dentro.

Respondió a mi esfuerzo con facilidad mucho mayor de la que esperaba; crucé la habitación arrastrándola conmigo, pero la posición en que me encontraba al realizar ese avance me obligó a quedar del lado exterior de la reja. Si hubiese quedado del lado interior, tal vez hubiese salido sin un rasguño. Pero tuve que detenerme un instante para tratar de meterme por la abertura que había dejado. Bastó ese instante para dar tiempo a la fiera a desembarazarse del *smoking* con que la había cegado y lanzarse sobre mí. Me precipité en el interior de la jaula por la abertura y empujé la reja hasta el final, pero el gato hizo presa en mi pierna antes de que pudiera meterla dentro por completo. Un zarpazo de su enorme garra me arrancó la pantorrilla igual que una garlopa arranca una viruta de madera. Un instante después, desangrándome y a punto de desmayarme, me encontré tendido sobre la maloliente cama de paja, y separado de la fiera por aquellas rejas amigas contra las que se lanzaba con loco frenesí.

Demasiado gravemente herido para moverme, y demasiado desmayado para experimentar la sensación del miedo, no pude hacer otra cosa que permanecer tumbado, más muerto que vivo, viendo el espectáculo. El gato apretaba contra los barrotes su pecho negro y ancho, y buscaba hacer presa en mí con las uñas ganchudas de sus garras, tal como había visto hacer a un gato ante una trampa de alambre para ratoncitos. Me arrancaba trozos de la ropa, pero por más que se estiraba no conseguía hacer presa en mi cuerpo. He oído hablar de que las heridas producidas por los grandes animales carnívoros ocasionan una curiosa sensación de embotamiento. En efecto, estaba escrito que yo también lo experimentaría, porque perdí toda conciencia de mi personalidad, y la perspectiva del posible fracaso o éxito de aquel animal me producía el mismo efecto de indiferencia que si estuviese contemplando un juego inofensivo. Después, mi cerebro fue alejándose de una manera insensible hasta la región de los ensueños confusos, en los que penetraban una y otra vez la negra cara y la roja lengua. Por ese camino me perdí en el nirvana del delirio, en el que encuentran alivio bendito todos aquellos que han llegado a un punto excesivo de sufrimiento.

Tratando posteriormente de rehacer el curso de los acontecimientos, he llegado a la conclusión de que debí de permanecer insensible por espacio de dos horas más o menos. Lo que me volvió una vez más en mí fue aquel vivo chasquido metálico con el que se había iniciado mi terrible experiencia. Alguien había hecho retroceder la cerradura automática. A continuación, antes aún de que mis sentidos estuviesen lo suficientemente despiertos para comprender lo que veían, me di cuenta de que en la puerta abierta y mirando hacia el interior estaba la cara regordeta y de expresión simpática de mi primo. Sin duda alguna el espectáculo que se le ofreció lo dejó atónito. El gato se hallaba agazapado en el suelo. Yo estaba tumbado de espaldas dentro de la jaula, en mangas de camisa, con las perneras de los pantalones desgarradas y rodeado de un gran charco de sangre. En este momento me parece estar viendo su cara de asombro iluminada por los rayos del sol matinal. Miró hacia mí una y otra vez. Luego cerró la puerta a sus espaldas y se adelantó hacia la jaula para ver si yo estaba realmente muerto.

No puedo intentar describir lo que ocurrió, porque no me hallaba en un estado como para testificar o escribir el relato de la escena. Lo único que puedo decir es que tuve conciencia súbita de que dejaba de mirarme y se volvía a mirar a la bestia.

—¡Vamos, querido *Tommy*! ¡Formalidad, querido *Tommy*! —gritó.

Luego se aproximó a los barrotes de la jaula, vuelto de espaldas a mí todavía, y bramó:

—¡Quieto, estúpido animal! ¡Quieto, te digo! ¿Es que no reconoces a tu amo?

Aunque mi cerebro estaba como atontado, me vinieron súbitamente al recuerdo las palabras que me había dicho aquel hombre, de que el sabor de la sangre enfurecía al gato, convirtiéndolo en un demonio. Era mi sangre la que había paladeado, pero el amo iba ahora a pagar el precio de ella.

—¡Apártate! —chilló—. ¡Apártate, demonio! ¡Baldwin! ¡Baldwin! ¡Oh, santo Dios!

Luego le oí caer, levantarse y volver a caer, con ruidos de saco que se desgarra. Sus alaridos fueron debilitándose hasta quedar ahogados por el gruñido lacerante. Luego, cuando ya pensaba que había muerto, vi como en una pesadilla una figura ciega, hecha jirones, empapada en sangre, que corría alocada por la habitación… y ésa fue la última visión que tuve de aquel hombre antes de volver a perder el conocimiento.

* * *

Tardé muchos meses en reponerme; a decir verdad, no puedo decir que haya sanado todavía, ni que sanaré, porque tendré que usar un bastón hasta el fin de mis días, como recuerdo de la noche que pasé con el gato de Brasil. Cuando Baldwin, el cuidador, y los demás criados acudieron a los gritos de agonía que lanzaba su amo, no acertaron a comprender lo que había ocurrido, porque a mí me encontraron dentro de la jaula, y los restos mortales de su amo, o lo que más tarde pudieron comprobar que eran sus despojos, los tenía entre sus garras la fiera que él había criado. Más tarde consiguieron ahuyentarla con hierros al rojo, y por último la mataron a tiros desde la ventanita de la puerta. Sólo entonces pudieron sacarme de allí. Me condujeron a mi dormitorio y permanecí en él entre la vida y la muerte por espacio de varias semanas, bajo el techo del que quiso asesinarme. Enviaron en busca de un cirujano a Clipton, e hicieron venir de Londres una enfermera; al cabo de un mes estuve en condiciones de ser trasladado hasta la estación, y luego a mis habitaciones de Grosvenor Mansions.

Conservo de mi enfermedad un recuerdo que bien pudiera pertenecer al panorama constantemente variable creado por mi cerebro febril, si no se hubiese grabado en mi memoria de una manera tan permanente. Cierta noche, estando ausente la enfermera, se abrió la puerta de mi habitación y una mujer

alta y completamente enlutada se deslizó dentro. Se acercó hasta mi cama, e inclinó su cara cetrina hacia mí. Al débil resplandor de la lamparilla vi que era la brasileña con la que mi primo estaba casado. Me miró fijamente a la cara, con una expresión mucho más amable que cuando la conocí, y me preguntó:

—¿Está usted consciente?

Contesté con una leve inclinación de cabeza, porque me sentía aún muy débil.

—Bien, pues quería decirle que únicamente debe culparse a usted mismo de lo ocurrido. ¿No hice yo cuanto pude por ayudarle? Traté desde el primer momento de alejarlo de la casa. Me esforcé por librarlo de él, recurriendo a todos los medios, menos al de traicionar al que era mi esposo. Yo conocía sus intenciones cuando le atrajo a la casa, y que no le dejaría salir de ella con vida. Nadie conoció a ese hombre como yo, que tanto he tenido que sufrir con él. No me atreví a decirle todo esto. Me habría matado. Pero hice cuanto pude por usted. A fin de cuentas, usted ha sido para mí el mejor amigo que he tenido. Me ha devuelto la libertad, cuando creía que sólo la muerte sería capaz de traérmela. Lamento sus heridas, pero no puede hacerme ningún reproche. Le dije que era usted un estúpido y, en efecto, lo ha sido.

Aquella mujer extraña y amargada se deslizó fuera de la habitación, y estaba escrito que no la volvería a ver jamás. Regresó a su país de origen con lo que le quedó de las riquezas de su esposo, y según noticias recibidas posteriormente, ingresó en un convento en Pernambuco.

Hasta pasado algún tiempo de mi regreso a Londres no dictaminaron los médicos que me encontraba en condiciones de atender mis asuntos. Esa clase de autorización no me hizo realmente muy feliz, pues temía que sirviera de señal a un asalto en masa de mis acreedores; sin embargo, quien primero la aprovechó fue mi abogado, Summers.

—Me alegra muchísimo que Su Señoría se encuentre tan mejorado —me dijo—. Llevo esperando mucho tiempo para presentarle mis felicitaciones.

—¿Qué quiere usted decir con eso, Summers? La cosa no está para bromas.

—Quise decir, y digo —me contestó—, que desde hace seis semanas es usted lord Southerton, pero no se lo hemos dicho por temor a que la noticia retrasase el curso de su recuperación.

¡Lord Southerton, es decir, uno de los pares más ricos de Inglaterra! No podía creer lo que oía. Y de pronto pensé en el plazo que había transcurrido, y en que coincidía con el que yo llevaba herido.

—Según eso, lord Southerton debió fallecer, más o menos, por el tiempo en que yo resulté herido.

—Ambos sucesos ocurrieron el mismo día.

Summers me miraba fijamente al hablar, y estoy convencido de que había adivinado la verdad de lo ocurrido, porque era un hombre muy perspicaz. Calló un momento, como si esperase de mí una confidencia, pero no creí que se adelantase nada dando publicidad a semejante escándalo familiar. Entonces mi abogado prosiguió, con la misma expresión de quien lo adivina todo:

—Sí, es una coincidencia curiosa. Supongo que sabrá usted que el siguiente heredero de la fortuna era su primo Everard King. Si ese tigre lo hubiese destrozado a usted y no a él, su primo sería en este momento lord Southerton.

—Desde luego —le contesté.

—¡Con cuánta pasión lo anhelaba! —dijo Summers—. He sabido casualmente que el ayuda de cámara del difunto lord Southerton estaba a sueldo de Everard King, y que ponía telegramas a éste con intervalos de pocas horas para informarle del estado de salud de su amo. Esto ocurría más o menos por el tiempo en que usted estuvo de visita en su finca. ¿No le resulta extraño que tuviese tanto interés en estar bien informado, no siendo, como no era, el heredero inmediato?

—Sí que es muy extraño —le contesté—. Y ahora, Summers, tráigame las facturas de mis deudas y un nuevo talonario de cheques para que empecemos a poner las cosas en orden.

EL RETIRO DEL SIGNOR LAMBERT[26]

Sir William Sparter era un hombre que se había hecho a sí mismo en el curso de un cuarto de siglo, desde ganar veinticuatro chelines a la semana como proveedor en el astillero de Portsmouth hasta ser el dueño de un astillero y una flota propios. La casita de Lake Road, Landport, en la que él, un oscuro mecánico, había concebido por primera vez la idea de las calderas que se asocian con su nombre, se muestra todavía a los curiosos. Pero ahora, a los cincuenta años, era dueño de una mansión en Leinster Gardens, una casa de campo en Taplow y un pabellón de caza en Argyleshire, y tenía el mejor establo, las bodegas más selectas y la mujer más bella de la ciudad.

Tan incansable e inflexible como uno de sus propios motores, su vida se había dirigido al único objetivo de conseguir lo mejor que el mundo pudiera ofrecerle. De cabeza cuadrada y hombros redondeados, con una cara sólida y bien afeitada, y lentos y hundidos ojos, era la auténtica personificación de la persistencia y la fuerza. Ni una sola vez, desde el comienzo de su carrera, había deslucido su brillantez un fracaso público de ningún tipo.

Y, sin embargo, había fracasado en una cosa, y ésa era la más importante de todas. Nunca había conseguido ganarse el afecto de su esposa. Era hija de un cirujano, y era la belleza principal de un pueblo del norte cuando se casó con ella. Ya entonces era rico y poderoso, lo que le hizo a ella pasar por alto los veinte años de diferencia que los separaban. Pero desde entonces había llovido mucho. Su gran contrato del Brasil, su reconversión en compañía, que le hicieran baronet… todo eso después de casarse. En lo único en que no había prosperado era en aquella cosa. Podía atemorizar a su esposa, dominarla, hacer que admirase su fuerza y respetase su coherencia, podía moldearla a su gusto en cualquier otra cosa pero, hiciera lo que hiciera, no podía hacer que lo amara.

Y no era por no intentarlo. Con la paciencia incansable que lo había hecho grande en los negocios, había hecho lo posible, año tras año, por ganar su afecto. Pero las mismas cualidades que le habían ayudado en su vida pública lo hacían insoportable en privado. No tenía tacto, no era compasivo, era

despótico, casi brutal a veces, y totalmente incapaz de pensar en esas pequeñas atenciones de palabra y de obra que las mujeres aprecian bastante más que los mayores beneficios materiales. El cheque de cien libras arrojado a través de la mesa de desayuno es, para una mujer, algo mucho más pequeño que un dije de cinco chelines que representa un pensamiento y una preocupación de parte del que lo regala.

Sparter era incapaz de entender esto. Con la cabeza llena de los asuntos de su firma, le quedaba poco tiempo para las sutilezas de la vida, e intentaba compensarlo con periódica generosidad. Al término de cinco años, observó que había perdido más que ganado en el afecto de su mujer. Entonces, ante este inusitado sentimiento de fracaso, el lado malo de la naturaleza humana empezó a agitarse, y se volvió peligroso. Pero aún se puso más peligroso cuando llegó a sus manos, a través de la traición de un criado, una carta de su mujer, y se dio cuenta de que, si para él era fría, para otro sí tenía suficiente pasión. Su firma, sus hornos, sus patentes, todo lo dejó de lado, y enfocó sus enormes energías hacia la ruina del hombre que lo había agraviado.

Había estado silencioso y frío aquella noche durante la cena, y ella se había preguntado vagamente qué había ocurrido para que se pusiera así. Él no había dicho nada mientras habían estado juntos tomando café en el salón. Ella le había mirado una o dos veces con sorpresa, y había encontrado aquellos hundidos ojos grises clavados en su persona con una expresión que era nueva para ella. Había tenido la cabeza ocupada pensando en otra persona, pero gradualmente el silencio de su marido y la expresión inescrutable de su cara reclamaron su atención.

—Esta noche no pareces tú mismo, William. ¿Qué te pasa? —preguntó—. Espero que no haya habido nada que te haya molestado.

Él siguió callado, y se recostó en el sillón contemplando su hermoso rostro, que se había vuelto pálido con la sensación de alguna catástrofe inminente.

—¿Hay alguna cosa que pueda hacer por ti, William?

—Sí. Puedes escribir una carta.

—¿Qué carta?

—Te lo diré dentro de poco.

Se apagó el último murmullo de la casa, y oyeron el discreto paso de Peterson, el mayordomo, y el golpe del cerrojo que resguardaba todo durante la noche. Sir William Sparter se sentó a escuchar un rato. Luego se levantó.

—Ven a mi estudio —dijo.

El cuarto estaba oscuro, pero encendió la lámpara eléctrica de tonos verdes que estaba sobre la mesa del escritorio.

—Siéntate a la mesa —dijo. Cerró la puerta y se sentó al lado de ella—. Sólo quería decirte, Jackie, que lo sé todo sobre Lambert y el estudio de Warburton Street.

Ella tragó saliva y se estremeció, apartándose de él con las manos en alto, como si temiese un golpe.

—Sí, lo sé todo —dijo, y su tono tranquilo llevaba consigo tal convicción que ella no pudo cuestionar lo que él había dicho.

No respondió nada, sino que se sentó con los ojos fijos en su rostro serio e impasible. Un reloj hacía tictac ruidosamente sobre la chimenea, pero todo lo demás estaba silencioso en la casa. Hasta entonces nunca había notado ese tictac, pero ahora era como si le martillearan un clavo en la cabeza. Se levantó y puso ante sí una hoja de papel. Entonces él sacó otra de su bolsillo y la alisó en la esquina de la mesa.

—Tengo aquí un borrador aproximado de la carta que quiero que copies —dijo—. Te la leeré si quieres: «Mi queridísimo Cecil: Estaré en el n.º 29 a las seis y media, y deseo particularmente que vengas antes de que vayas a la Ópera. No me falles, pues tengo las razones más poderosas para querer verte. Tuya por siempre, Jacqueline». Toma una pluma y copia esa carta.

—William, estás maquinando alguna venganza. Ay, Willie, si te he hecho daño, lo siento tanto…

—¡Copia esa carta!

—Cómo puedes ser tan duro conmigo, William. Sabes muy bien…

—¡Copia esa carta!

—Empiezo a odiarte, William. Creo que no me he casado con un hombre, sino con un demonio.

—¡Copia la carta!

Poco a poco, la voluntad inflexible y la determinación inquebrantable empezaron a prevalecer sobre la criatura, que era todo nervios y desazón. De mala gana, a regañadientes, tomó la pluma en su mano.

—No le harías daño, ¿verdad, William?

—¡Copia la carta!

—¿Me prometes que me perdonarás si lo hago?

—¡Cópiala!

Ella le miró con la intención de desafiarlo, pero aquellos dominantes ojos grises la dominaron. Era como una criatura medio hipnotizada, resentida pero obediente.

—Toma, ¿estás satisfecho con esto?

Tomó la nota de ella y la metió en un sobre.

—¡Ahora pon su dirección!

Ella escribió «Cecil Lambert, Esq., 133B, Half Moon Street, W.», con mano vacilante y agitada. Su marido secó la tinta con mucha parsimonia y la guardó cuidadosamente en su libreta.

—Espero que ahora estés satisfecho —dijo ella, con débil petulancia.

—Bastante —dijo él, muy serio—. Puedes irte a tu cuarto. Mrs. McKay tiene órdenes mías de dormir contigo, y asegurarse de que no escribas ninguna carta.

—¡Mrs. McKay! ¡Me expones a la humillación de ser vigilada por mis propios criados!

—Vete a tu cuarto.

—Si te imaginas que voy a estar bajo las órdenes del ama de llaves….

—Vete a tu cuarto.

—¡Oh!, William, quién se habría imaginado antaño que alguna vez podrías tratarme así. Si mi madre hubiera siquiera soñado…

La tomó del brazo y la condujo a su cuarto.

—¡Vete a tu cuarto! —dijo, y ella salió hacia la oscurecida sala. Él cerró la puerta y volvió a la mesa de escritorio. Sacó de un cajón dos cosas que había comprado aquel día, un periódico y un libro. El primero era un número reciente del *Musical Record*, y contenía una biografía y una foto del famoso Signor Lambert, cuya maravillosa voz de tenor había hecho las delicias del público ante la desesperación de sus rivales. La foto era la de una ser bonachón, satisfecho de sí mismo, joven y guapo, de ojos redondeados, bigote rizado y cuello de toro. La nota biográfica explicaba que sólo tenía veintisiete años, que su carrera había sido un éxito continuado, que estaba entregado a su arte, y que su voz le producía, según un recuento bastante moderado, unas veinte mil libras al año. Todo esto lo leyó con sumo cuidado Sir William Sparter, con las grandes cejas arrugadas, y un surco como un tajo entre ellas, como le solía ocurrir cuando su atención se concentraba. Luego dobló otra vez el periódico y abrió el libro.

Era curioso que semejante hombre escogiera una obra así para su lectura: un tratado técnico sobre los órganos de habla y fonación. Había numerosas ilustraciones, a las que prestaba particular atención. La mayoría eran de la anatomía interna de la laringe, con las plateadas cuerdas vocales brillando desde debajo de los rosados cartílagos aritenoides. Hasta muy entrada la noche, Sir William Sparter, con esas grandes y viriles cejas aún juntas,

escudriñó aquellas imágenes irrelevantes, y leyó y releyó el texto en el que se explicaban.

El Dr. Manifold Ormonde, el famoso otorrino, el de Cavendish Square, se sorprendió a la mañana siguiente cuando su mayordomo le llevó al cuarto que le servía de consulta la tarjeta de Sir William Sparter. Lo había conocido a la mesa de Lord Marvin unas noches antes, y entonces le había parecido que rara vez había visto a un hombre que cuadrase tanto con el tipo de salud vigorosa y natural. Volvió a pensar lo mismo cuando llevaron a su presencia la robusta figura del armador.

—Me alegro de verlo otra vez, Sir William —dijo el especialista—. Espero que no haya ningún problema con su salud.

—Nada, gracias.

—Ni con la de Lady Sparter.

—Ella está muy bien.

Se sentó en la silla que le indicaba el doctor, y recorrió la habitación lenta y deliberadamente con los ojos. El Dr. Ormonde lo observaba con cierta curiosidad, pues tenía el aire de alguien que busca algo que esperaba ver.

—No, no vine por mi salud —dijo, por fin—. Vine a buscar información.

—Lo que le pueda ofrecer está enteramente a su disposición.

—Últimamente he estado estudiando un poco la garganta. Leí el libro de Mclntyre al respecto. Supongo que es bueno.

—Un tratado elemental, pero exacto hasta donde alcanza.

—Tenía la idea de que posiblemente tendría usted un modelo o algo por el estilo.

Como respuesta, el doctor desabrochó la tapa de una caja amarilla y reluciente que estaba en la mesa de su cuarto de consulta, y la volvió sobre la bisagra. Dentro había un modelo muy completo de los órganos vocales humanos.

—Ya ve, tenía usted razón —dijo.

Sir William Sparter se levantó y se inclinó sobre el modelo.

—Es un buen trabajito —dijo, mirándolo con los críticos ojos de un ingeniero—. Ésta es la glotis, ¿no? Y aquí está la epiglotis.

Justamente. Y aquí están las cuerdas.

—¿Qué pasaría si las cortara?

—¿Si cortara qué?

—Estas cosas… las cuerdas vocales.

—Pero no se pueden cortar. Están fuera del alcance de cualquier accidente.

—¿Pero si algo así ocurriera?

No se ha registrado ningún caso pero, por supuesto, la persona se quedaría muda… de momento, en cualquier caso.

Tiene usted una gran práctica con cantantes, ¿no?

—La mayor de Londres.

—Supongo que está de acuerdo con lo que dice este McIntyre, que una bella voz depende en parte de las cuerdas.

El volumen de sonido dependería de la capacidad pulmonar, pero la claridad de la nota correspondería al control absoluto que el cantante ejerciera sobre las cuerdas.

—¿Cualquier aspereza o mella de las cuerdas arruinaría la voz?

Para el canto, sin duda alguna… pero sus investigaciones parecen tomar una dirección muy curiosa.

—Sí —dijo Sir William, mientras recogía su sombrero y dejaba una gratificación en la esquina de la mesa—. *Están* un poco fuera de lo común, ¿verdad?

Warburton Street es una de las vías públicas de la red que conecta Chelsea con Kensington, y es especialmente notable por su número de estudios, en los que se rumorea que ocasionalmente se cultivan otras artes además de la pintura. Tener un cuarto confortable, de fácil acceso y de una renta moderada, puede ser útil para otras personas aparte de los artistas entre los personajes públicos de Londres. En cualquier caso, el Signor Cecil Lambert, famoso tenor, era propietario de uno de esos apartamentos, y cualquiera puede haber visto su pequeña y aseada berlina color verde oscuro varias veces por semana esperando al final del largo pasaje que lleva a los apartamentos en cuestión.

Cuando Sir William Sparter, embozado en su gabán y con una pequeña bolsa negra de cuero en la mano, torció la esquina, vio las luces de un carruaje contra el borde de la acera, y supo que el hombre a quien había ido a ver estaba ya en el lugar asignado. Pasó la berlina vacía y subió por el pasaje embaldosado que tenía una lámpara amarilla de gas en su extremo más lejano.

La puerta estaba abierta, y llevaba a una gran sala vacía alfombrada con una estera de coco y manchada con muchas pisadas. El sitio era una madriguera durante el día, pero ahora, cuando se había terminado el horario de trabajo, estaba desierta. Un ama de llaves en el sótano era la única residente constante. Sir William se detuvo, pero todo estaba tranquilo y oscuro, excepto una puerta que estaba delineada con finos trazos amarillos. La empujó y entró. Luego la cerró por dentro y guardó la llave en su bolsillo.

Era una habitación grande, escasamente amueblada, cuya sola iluminación era una única lámpara de aceite colocada en una mesa de centro. Un desvaído caballete guardaba las apariencias en un rincón, y tres estudios de figuras antiguas colgaban de unas paredes sin empapelar. En cuanto a lo demás, un par de cómodas sillas, un aparador y un canapé eran todo el mobiliario. No había alfombra, pero las ventanas estaban discretamente acortinadas. Un hombre había estado sentado en una de las sillas del otro lado de la mesa, y se había puesto de pie de un salto con una exclamación de júbilo, que se había tornado en sorpresa, y culminó en un juramento.

—¿Qué diablos pretende cerrando la puerta? ¡Ábrala, señor, en este mismo instante!

Sir William ni siquiera le contestó. Se quitó el gabán y lo dejó en el respaldo de la silla. Luego avanzó hacia la mesa, abrió su bolsa, y empezó a sacar de allí todo tipo de cosas: una botella verde, una mascarilla de dentista, un inhalador, unos fórceps, un bisturí curvo, y tinas extrañas tijeras. El Signor Lambert se quedó mirándolo, paralizado por la ira y el asombro.

—Bribón del demonio… ¿Quién es, y qué quiere?

Sir William había vaciado su bolsa, y ahora volvía por primera vez sus ojos hacia el cantante. Era más alto que él, pero mucho menos fuerte y corpulento. El ingeniero, aunque bajo, era sumamente fuerte, pues el duro trabajo físico había fortalecido sus músculos. Sus anchos hombros, el pecho arqueado y las grandes manazas retorcidas le daban el aspecto de un gorila. Lambert retrocedió ante él, asustado por la figura siniestra y por los ojos, fríos e inexorables.

—¿Ha venido a robarme? —balbució.

—He venido a hablar con usted. Me llamo Sparter.

Lambert intentó mantener su autocontrol, que se le escapaba rápidamente.

—¡Sparter! —dijo, en un intento de imponerse—. Sir William Sparter, supongo. He tenido el placer de conocer a Lady Sparter, y la he oído mencionarle. ¿Podría preguntarle el objeto de su visita?

Se abotonó hasta arriba su chaqueta con dedos crispados, e hizo ademán de fiereza con su cuello alto.

—He venido —dijo Sparter, vertiendo un poco de fluido de la botella verde al inhalador— para tratarle la voz.

—¿Para tratarme la voz?

—Exactamente.

—¡Usted está loco! ¿Qué pretende?

—Haga el favor de recostarse sobre el canapé.

—¡Está delirando! Ya lo entiendo todo. Quiere intimidarme. Tiene un móvil para esto. Se imagina que hay relaciones entre Lady Sparter y yo. Le aseguro que su esposa…

—Mi esposa no tiene nada que ver con esto, ni ahora ni en ningún momento. Su nombre no aparece en absoluto. Mis razones son musicales… puramente musicales, ¿entiende? No me gusta su voz. Necesita tratamiento. ¡Échese en el canapé!

—Sir William, le doy mi palabra de honor…

—¡Échese!

—¡Me está asfixiando! ¡Es cloroformo! ¡Socorro, socorro, socorro! ¡Bestia! ¡Suélteme! ¡Suélteme, le digo! ¡Por favor! ¡Suelte… suelte… suel…!

Su cabeza había caído hacia atrás, y murmuraba en el inhalador. Sir William arrimó la mesa que contenía la lámpara y los instrumentos.

Unos minutos después de que saliera el caballero del gabán y la bolsa, el cochero que estaba afuera escuchó una voz que gritaba desde dentro del edificio, y gritaba de forma muy ronca y enfadada. Poco después vinieron los sonidos de pasos vacilantes, y su señor, rojo de ira, apareció tambaleándose en el círculo amarillo que delineaban las lámparas del carruaje.

—¡Holden! —gritó—, esta noche te despido. ¿No me oíste llamarte? ¿Por qué no viniste?

El hombre le miró asombrado, y se estremeció ante el color de su pechera.

—Sí, señor, oí que alguien llamaba —respondió—, pero no era usted, señor. *Era una voz que nunca había oído*.

> »La semana pasada hubo una considerable decepción en la Ópera», dijo uno de nuestros críticos musicales mejor informados, por el hecho de que el Signor Cecil Lambert no pudiera aparecer en los diversos papeles que se habían anunciado. Por fin, el martes por la noche, en el último instante, la dirección se enteró de la grave indisposición que sufría, y de no haber sido por la presencia de Jean Caravatti, que había estudiado su parte como suplente, la obra hubiera tenido que ser suspendida. Lamentamos enterarnos de que desde entonces la dolencia del Signor Lambert se ha mostrado mucho más fuerte de lo que se pensó en un principio, y que consiste en una variante de laringitis aguda, que se extiende a las cuerdas vocales y puede afectar de forma permanente a la calidad de su voz. Todos los amantes de la música esperan que

estos informes resulten ser exageradamente pesimistas, y que pronto nos pueda embelesar de nuevo el mejor tenor que hemos oído en la ópera de Londres en muchos años.

LA CAJA BARNIZADA DE NEGRO[27]

—Fue una cosa rara —dijo el profesor particular—; uno de esos incidentes grotescos y caprichosos que le ocurren a una persona en sus andanzas por la vida. Por culpa de él perdí la mejor colocación que jamás se haya ofrecido. Sin embargo, me felicito de haberme presentado en Thorpe Place, porque gané… Bueno, lo que gané se sabrá oyendo contar el relato que voy a hacer. Ignoro si está usted familiarizado con la región de Midlands, cuyas aguas recoge el río Avon. Es la región más inglesa de Inglaterra. En su centro mismo vio la luz Shakespeare, la flor y nata de toda la raza. Es una región de prados ondulantes, que sube en pliegues cada vez más altos conforme se va hacia occidente hasta fundirse con las colinas de Malvern. No existen poblaciones importantes y sí numerosas aldeas, cada una de ellas con su iglesia normanda de color gris. Las construcciones de ladrillo quedan atrás conforme se sale de los condados del sur y del este; allí todo es de piedra; piedra en los muros, y losas de piedra manchadas de líquenes en los tejados. Todo ello es adusto, sólido y macizo, tal como cuadra al corazón de un gran país.

En la parte central de esa región, a no mucha distancia de Evesham, vivía sir John Bollamore en su vieja casa solariega de Thorpe Place, y allí fui yo para dar lecciones a sus dos hijos pequeños. Sir John era viudo; su esposa había muerto tres años antes, dejándole aquellos dos mocitos de ocho y diez años, además de una niña encantadora de siete. La señorita Witherton, que es actualmente mi esposa, era entonces la institutriz de esa niña. Yo era el profesor particular de los dos muchachos. No cabía, pues, un preludio más evidente para un compromiso matrimonial. Ella es ahora mi gobernanta y yo el que da lecciones a dos muchachitos hijos de ella y míos. Y, mire usted por dónde, he descubierto ya qué fue lo que gané en Thorpe Place.

Era una casa antiquísima, increíblemente antigua, porque una parte de la construcción era anterior a los normandos, y los Bollamores afirmaban haber vivido allí desde mucho antes de la conquista. El día que yo llegué a la casa sentí un escalofrío que me llegó al corazón, al ver aquellos muros grises de un

grosor enorme, las piedras sin desbastar y desmigajándose, y el husmillo como de animal enfermo que despedían los resquebrajados revocos del secular edificio. Ahora bien: la parte moderna era alegre y el jardín estaba muy bien cuidado. Ninguna casa podía resultar triste teniendo en su interior una linda muchacha y delante de la fachada una colección de rosales como los que había en aquel jardín.

Aparte de un equipo muy completo de criados y criadas, sólo cuatro personas formábamos parte de la casa. Esas cuatro personas éramos la señorita Witherton, que en aquel entonces tenía veinticuatro años y que era tan linda —pues verá, era tan linda como lo es en la actualidad la señora de Colmore—; Colmore, Frank Colmore, es decir, yo, que tenía treinta años; la señora Stevens, ama de llaves, mujer seca y callada, y el señor Richards, un hombre de aspecto militar, que llevaba la administración de las fincas de Bollamore. Los cuatro comíamos juntos; pero sir John solía de ordinario comer solo en su despacho. Algunas veces cenaba con nosotros; pero bien mirado todo, no le echábamos de menos cuando comía aparte.

Era, y eso lo explica todo, un hombre imponente. Imagínense ustedes un caballero de seis pies y tres pulgadas de estatura, majestuosamente conformado, de nariz gruesa, cara aristocrática, cabello salpicado de gris, cejas muy hirsutas, barba pequeña y puntiaguda, mefistofélica, y alrededor de los ojos y en la frente unas arrugas que, por lo profundas, parecían talladas con un cortaplumas. Sus ojos eran grises, unos ojos cansados y de expresión desesperanzada, altivos, pero patéticos; unos ojos que imploraban compasión, pero que le desafiaban a usted a que los compadeciese. Tenía las espaldas cargadas por efecto de su constante dedicación al estudio, pero aparte de eso era un hombre de muy buen ver para sus años, que quizá llegasen a los cincuenta y cinco. Ninguna mujer lo habría deseado de mejor apariencia.

Sin embargo, su presencia no era como para alegrarlo a uno. Siempre cortés, siempre muy fino, era extremadamente callado y reservado. Jamás he convivido tanto tiempo con un hombre y sabido menos de él. Cuando estaba en casa pasaba su tiempo en su despacho de la torre oriental o en su biblioteca de la parte moderna del edificio. Era tan exacto en la rutina de su vida que podía decirse siempre y a cualquier hora dónde se encontraba en ese momento. Iba dos veces a su despacho, una después de desayunar y otra a eso de las diez de la noche. El portazo de la maciza puerta podía servirle a uno para poner el reloj en hora. El resto del día lo pasaba en su biblioteca, salvo que por la tarde dedicaba un par de horas a dar un paseo a pie o a caballo, pero siempre solo, como todo el resto de su vida. Amaba a sus dos hijos, y se

interesaba vivamente en la marcha de sus estudios; pero ellos se sentían algo acobardados por aquel hombre callado y de tupidas cejas, evitando siempre que podían su trato. A decir verdad, eso mismo hacíamos todos.

Tardé algún tiempo en enterarme de pormenores de la vida de sir John Bollamore, porque la señora Stevens, ama de llaves, y Richards, el administrador de las fincas, eran personas demasiado leales para dejarse ir de la lengua hablando de las cosas de su amo. En cuanto a la institutriz, sabía tan poco como yo, y ese interés común nuestro contribuyó a que nos tratásemos con mayor intimidad. Pero un buen día ocurrió un incidente que me hizo intimar algo más con Richards, y me permitió conocer más a fondo la vida del hombre a cuyo servicio estaba yo.

La causa inmediata fue nada menos que el haberse caído el señorito Percy, es decir, el de menor edad de mis alumnos, en el caz del molino, con peligro inminente para su vida y para la mía, puesto que yo me lancé al agua para salvarle. Chorreando agua y agotado —porque quedé más rendido que el muchacho—, me dirigía hacia mi habitación cuando sir John, que había oído el barullo de la gente, abrió la puerta de su pequeño despacho y me preguntó qué había ocurrido. Se lo conté, pero le di la seguridad de que su hijo no corría ningún peligro. Él me escuchó sin que se moviese un músculo de sus ásperas facciones, concentrando en la intensa mirada de sus ojos y en sus labios apretados toda la emoción que trataba de ocultar.

—¡Espere un momento! ¡Entre aquí! ¡Cuénteme todos los detalles! —me dijo, volviendo a penetrar por la puerta que había quedado abierta.

Así fue como me encontré dentro de aquel pequeño recinto sagrado, en el que, según supe después, no había puesto nadie los pies en tres años, salvo la vieja criada que hacía la limpieza. Era una habitación redonda, que se adaptaba a la forma de la torre, en cuyo interior estaba; el techo era bajo, tenía una única ventana estrecha, y rodeada de hiedra, y el mobiliario era de lo más sencillo, porque consistía en una alfombra antigua, una sola silla, una mesa de tabla lisa y un pequeño aparador de libros. Sobre la mesa se veía una fotografía de mujer, de cuerpo entero. No me fijé de una manera especial en las facciones, pero recuerdo que la impresión general que me produjo fue de bondadosa amabilidad. Junto al retrato había una gran caja barnizada de negro y uno o dos fajos de cartas o documentos sujetos con tiras elásticas.

Nuestra conversación fue breve, porque sir John Bollamore se dio cuenta de que yo estaba empapado de agua y que era preciso que me mudase de ropa inmediatamente. Sin embargo, ese incidente me llevó a tener una instructiva charla con Richards, el administrador, que jamás había entrado en aquella

habitación que fue abierta para mí por casualidad, y estuvo paseando conmigo de un lado para otro por los caminos del jardín mientras mis dos alumnos jugaban al tenis en la cespedera que había al lado.

—No puede usted darse cuenta de lo que supone la excepción que se ha hecho con usted —me dijo—. Esa habitación se ha mantenido en el más completo misterio, y las visitas que sir John hace a ella son tan regulares y tan infalibles que han dado lugar a que entre el personal de la casa haya corrido un sentimiento casi supersticioso. Le aseguro que si le repitiera todo lo que por ahí se cuenta sobre visitantes misteriosos, y los relatos que hacen las criadas de haber escuchado voces dentro, llegaría usted a sospechar que sir John ha recaído en su antigua manera de ser.

—¿Por qué dice usted que ha recaído? —le pregunté.

Me miró sorprendido, y me contestó:

—¿Es posible que desconozca usted la vida anterior de sir John Bollamore?

—La desconozco por completo.

—Me deja usted asombrado. Creí que no existía en toda Inglaterra nadie que no supiese algo de sus antecedentes. No mencionaría este asunto si usted no fuera en la actualidad uno de los nuestros, y si no temiera que los hechos llegasen a sus oídos en forma más abultada si yo siguiese guardando silencio. Siempre di por supuesto que usted sabría que estaba al servicio del *Demonio Bollamore*.

—¿Por qué el *demonio*? —le pregunté.

—Usted es joven y la vida corre mucho; pero la verdad es que hará unos veinte años, Bollamore, *el Demonio*, era uno de los hombres más conocidos en Londres. Figuraba como el número uno entre la pandilla de los disolutos, era aficionado a los combates de boxeo, presumía de conducir coches, era jugador y borracho; es decir, un superviviente del tipo de aristócratas de otros tiempos, y tan perdido como el más perdido de aquéllos.

Me quedé mirándolo, atónito, y exclamé:

—¡Ese hombre tan callado, estudioso y de expresión triste!

—Era el mayor disoluto y juerguista de Inglaterra. Todo esto queda entre nosotros, Colmore. ¿Comprende usted ahora a qué me refiero cuando le digo que, todavía hoy, el oír dentro de su habitación una voz de mujer puede despertar recelos?

—¿Y qué es lo que llegó a hacerle cambiar como ha cambiado?

—Fue la pequeña Berila Clare, en el momento en que quiso correr el peligro de ser su esposa. Ése fue el recodo de la vida de ese hombre, que

había llegado tan lejos que su propia pandilla de juerguistas lo apartó de sí. Ya sabe usted que existe una diferencia inmensa entre el bebedor y el borracho. Toda esa clase de gente bebe; pero el borracho habitual es tabú entre ellos. Sir John había llegado a ser un esclavo de la bebida; un esclavo sin posible redención. Y de pronto interviene aquella mujer, descubre en aquel despojo humano ciertas posibilidades de hombre de gran calidad, corre el riesgo de casarse con él, aunque habría podido elegir entre una docena de pretendientes; le consagra su vida, y logra devolverle la hombría y el respeto de sí mismo. Ya habrá usted observado que en esta casa no se guardan jamás bebidas. Dejaron de entrar en el momento mismo en que aquella mujer cruzó el umbral. Una gota de alcohol sería, incluso hoy, como dar a probar sangre a un tigre.

—Según eso, sigue dejándose sentir la influencia de aquella mujer.

—Ahí está lo maravilloso del caso. Cuando ella falleció hace tres años, todos nosotros creíamos y temíamos que sir John recaería en su antigua vida. Lo temió ella misma, y ese pensamiento llenó de terror sus últimos momentos, porque era como el ángel guardián de ese hombre y vivía únicamente pensando en esa única finalidad. A propósito, ¿vio usted acaso en el despacho una caja barnizada de negro?

—Sí.

—Me imagino que dentro de ella están las cartas que le escribió. Siempre que ha tenido que ausentarse, aunque sólo fuese para una sola noche, se ha llevado invariablemente la caja barnizada de negro. Bien, Colmore, quizá le haya hablado más de lo debido; pero confío en que usted me corresponderá con sus confidencias si llega a conocimiento suyo cualquier cosa de interés.

Comprendí que aquel buen hombre estaba recomido de curiosidad y también un poco molesto porque yo, recién venido, hubiese sido el primero en entrar en la habitación no pisada por nadie. Pero esto me hizo ganar en su aprecio, y de allí en adelante el trato entre nosotros fue más íntimo.

La figura silenciosa y mayestática de mi patrono se convirtió para mí en un objeto de mayor interés. Empecé a comprender la mirada extraordinariamente humana de sus ojos, y los profundos surcos de aquel rostro arrugado por las preocupaciones. Era un hombre que sostenía una batalla incesante, manteniendo a la distancia del brazo, desde la mañana hasta la noche, a un horrible adversario que se esforzaba constantemente por llegar al cuerpo a cuerpo; a un adversario que, si lograba clavar en él sus garras de nuevo, lo destrozaría en cuerpo y alma. Cuando yo contemplaba aquella figura adusta y cargada de hombros que se paseaba por el pasillo o que iba y

venía por el jardín, me daba la impresión de que el peligro inminente tomaba forma corpórea, llegando casi a imaginarme que veía a ese demonio, el más repugnante y peligroso de todos, agazapado en su misma sombra, igual que una fiera que se desliza medio acobardada a un lado de su domador, dispuesta a saltarle al cuello en cuanto tenga el menor descuido. Y también la difunta, la mujer que había consagrado su vida a resguardarlo de este peligro, tomaba forma en mi imaginación, y yo la veía como una aparición incorpórea, pero bellísima, que actuaba constantemente, protegiendo con los brazos en alto al hombre que ella amaba.

Sir John parece que hubiese adivinado de una manera sutil la simpatía que yo le inspiraba, y me demostraba a su propia manera silenciosa que me lo agradecía. Llegó en una ocasión hasta invitarme por la tarde a salir de paseo con él, y aunque no cambiamos entre nosotros una sola palabra, era aquélla una muestra de confianza que jamás había dado a nadie. Me pidió también que le hiciese el catálogo de su biblioteca, que era una de las mejores bibliotecas particulares de Inglaterra, y pasé muchas veladas en su presencia, ya que no en su trato, porque él leía sentado delante de su mesa, mientras que yo, sentado en un hueco próximo a la ventana, ponía orden en el caos existente entre sus libros. A pesar de estas relaciones más estrechas, nunca volvió a invitarme a que entrase en la habitación de la torre.

Y fue entonces cuando se produjo una revulsión en mis sentimientos. Bastó un solo incidente para transformar mi simpatía en aborrecimiento, porque me hizo comprender que mi patrono seguía siendo todo lo que había sido, con el vicio adicional de la hipocresía. Lo que ocurrió fue lo siguiente:

La señorita Witherton se marchó una tarde a Broadway, que era la aldea más próxima, para cantar en una función benéfica, y yo, según le había prometido, me acerqué hasta allí para acompañarla en su regreso. La avenida de carruajes traza una curva por debajo de la torre oriental, y me fijé, al pasar, en que la habitación circular tenía luz. Era una noche de verano, y la ventana, que quedaba algo más alta que nuestras cabezas, se encontraba abierta. Nosotros veníamos absortos en nuestra conversación y apartó nuestro pensamiento de lo que estábamos hablando.

Era una voz. Era, indiscutiblemente, la voz de una mujer. Era una voz que hablaba en tono bajo; tan bajo que únicamente porque el aire de la noche estaba en calma pudimos oírla; pero que, por muy bajo que hablase, no cabía duda alguna de que su timbre era de mujer. Hablaba precipitadamente, pronunciaba algunas frases como a borbotones y luego se callaba, convirtiéndose en una voz lamentable, susurrante, suplicante. La señorita

Witherton y yo permanecimos un momento mirándonos el uno al otro fijamente. Luego nos alejamos con paso rápido hacia la puerta del vestíbulo.

—Salió de la ventana —dije yo.

Ella me contestó:

—No debemos hacer el papel de espías. Debemos olvidarnos de lo que hemos oído.

Hablaba con una ausencia de sorpresa que me trajo al pensamiento una nueva idea.

—Tú has oído ya esa voz antes de ahora —exclamé.

—¡Qué remedio! Mi cuarto está un piso más arriba de esa misma torre. Es cosa que ha ocurrido con frecuencia.

—¿Y quién puede ser esa mujer?

—No puedo imaginármelo, y prefiero no hablar de ello.

Su voz bastaba para darme a entender lo que ella pensaba. Pero dando por supuesto que nuestro patrono vivía una vida doble y dudosa, ¿quién podía ser ella, la mujer misteriosa que le hacía compañía dentro de la vieja torre? Yo mismo había visto con mis propios ojos que era aquélla una habitación desnuda y triste. La mujer no vivía allí, desde luego. Pero entonces, ¿de dónde acudía? No podía ser ninguna persona de la casa, porque los ojos vigilantes de la señora Stevens no perdían de vista a la servidumbre. La visitante debía venir del exterior. Pero ¿cómo?

Y, de pronto, recordé lo antiquísimo del edificio, y lo muy probable que era la existencia en el mismo de algún pasadizo medieval secreto. Apenas si existe ningún viejo castillo que no lo tenga. La habitación misteriosa formaba la planta baja de la torre, de modo que, caso de existir un pasadizo de esa clase, tendría su entrada por el suelo de la misma. A pequeña distancia de la finca había muchas casitas. Quizá la salida del pasaje secreto estuviera entre la maraña de matorrales del monte bajo de aquellas cercanías. Nada dije a nadie, pero me creí poseedor del secreto de mi amo.

Cuanto más convencido iba estando de ello, más me maravillaba del modo como aquel hombre escondía su verdadera manera de ser. Muchas veces, contemplando aquel semblante severo, me preguntaba si era en verdad posible que un hombre como ése fuera capaz de llevar aquella doble vida, y entonces me esforzaba por convencerme de que mis sospechas podían estar, a fin de cuentas, mal fundadas. Pero pensaba en aquella voz de mujer, en la cita secreta nocturna en el interior de la habitación de la torre, y me preguntaba cómo era posible que hechos tales fuesen susceptibles de una interpretación

inocente. Sentí horror hacia aquel hombre. Su constante hipocresía me inspiró un verdadero aborrecimiento.

Sólo en una ocasión, durante todos aquellos meses, pude verlo despojado de aquella máscara de tristeza impasible con que se presentaba de ordinario ante las demás personas. Tuve una visión instantánea de aquellas hogueras volcánicas que él había mantenido como apagadas durante tanto tiempo. La ocasión a que me refiero que indigna, porque el objeto de los furores de sir John era la anciana criada que, según he dicho ya, era la única persona a la que se permitía el acceso a la cámara misteriosa. Cruzaba yo por el pasillo que conduce a la torre —porque mi dormitorio estaba en esa dirección— cuando escuché un chillido súbito y sobresaltado y, a continuación, el vociferar ululante y ronco de un hombre al que la ira no permite articular palabra. Era el gruñido furioso de una fiera salvaje. Y enseguida oí la voz del mismo hombre que gritaba, estremecida de furor: «¡Cómo se atreve! ¡Cómo se atreve usted a desobedecer mis órdenes!» Un instante después, la mujer de la limpieza, que venía a todo correr por el pasillo, se cruzó conmigo. Estaba lívida y temblando, y la terrible voz la perseguía con sus bramidos: «¡Vaya a que le haga la cuenta la señora Stevens! ¡Y no vuelva jamás a poner los pies en Thorpe Place!»

No pude por menos de seguir a la mujer, porque me comía la curiosidad. La encontré a la vuelta de una esquina del pasillo, apoyada de espaldas contra la pared y estremeciéndose igual que un conejo asustado.

—¿Qué le ocurre, señora Brown? —le pregunté.

—¡El amo! —jadeó—. ¡Qué susto me ha dado! ¡Si usted hubiera visto sus ojos, señor Colmore! Pensé que iba a matarme.

—Pero ¿qué ha hecho usted?

—¿Qué he hecho, señor? Nada. O por lo menos nada que tuviese tanta importancia. No hice sino poner la mano encima de aquella caja negra que tiene. Ni siquiera la había abierto, cuando llegó él, y ya le ha oído usted cómo se ha puesto. He perdido mi empleo, pero me alegro, porque ya nunca estaría tranquila cerca de ese hombre.

De modo que la caja barnizada de negro había sido la causa de aquel estallido; es decir, la caja de la que ese hombre no se separaba jamás. ¿Qué relación había, o mejor dicho, había alguna relación entre aquello y las visitas secretas de la dama cuya voz yo había escuchado? La ira de sir John Bollamore era tan arrebatada como duradera, porque la señora Brown, la mujer de la limpieza, desapareció ese día de nuestra vista y ya no se la vio más en Thorpe Place.

Y ha llegado ya el momento de contar por qué extraña casualidad pude poner en claro todas estas cuestiones misteriosas, haciéndome dueño del secreto de mi patrono. Quizá le quede al lector un cosquilleo de duda sobre si mi curiosidad no se sobrepuso a mi honor, y si yo no me dejé llevar a ejercer el papel de espía. Si el lector piensa de esa manera yo no puedo impedirlo, pero al menos, por muy improbable que parezca, puedo dar la seguridad absoluta de que ese hecho se produjo tal y como voy a describirlo.

El primer acto de este desenlace sucedió cuando el cuartito de la torre quedó inhabitable, al venirse abajo la viga de roble comida por la carcoma en que se sostenía el cielo raso. Apolillada de siglos, se rompió una mañana por el medio, y arrastró al caerse una cantidad del revoco del techo. Afortunadamente, sir John no se encontraba en la cámara en ese momento. Se retiró su valiosa caja de entre los restos y escombros y se llevó a la biblioteca, donde permaneció de allí en adelante guardada con llave dentro de su mesa de escritorio. Sir John no tomó medida alguna para reparar la techumbre, y yo no tuve nunca oportunidad de buscar el pasaje secreto cuya existencia había dado por supuesta. Pensé, por otra parte, que con aquélla se habrían acabado las visitas de la dama en cuestión; pero desapareció esa creencia mía al oír que el señor Richards preguntaba una noche a la señora Stevens quién era la mujer a la que él había oído hablar con sir John dentro de la biblioteca. Yo no pude oír la contestación del ama de llaves, pero comprendí, por la manera como la dio, que no era la primera vez que se veía obligada a contestar o a esquivar esa misma pregunta. Entonces el administrador se dirigió a mí:

—¿Ha oído usted esa voz, Colmore?

Confesé que, en efecto, la había oído.

—¿Y qué opinión se ha formado usted?

Me encogí de hombros y le hice notar que no era asunto de mi incumbencia.

—Vamos, vamos —me dijo—, que usted siente tanta curiosidad como cualquiera de nosotros. ¿Es o no voz de mujer?

—Es voz de mujer, sin duda alguna.

—¿De qué habitación salía cuando usted la oyó?

—De la habitación de la torre, antes del derrumbe del techo.

—Yo, en cambio, he oído esa voz anoche, y salía de la biblioteca. Crucé por delante de la puerta cuando me retiraba a dormir, y oí con la misma nitidez con que ahora le estoy oyendo a usted, una voz que parecía gemir y suplicar. Podría ser una mujer…

—¿Es que podría ser otra cosa?

Me miró fijamente y contestó:

—Hay otras muchas cosas en el cielo y en la tierra. Si se trata de una mujer, ¿por dónde entra allí?

—No lo sé.

—Claro; ni yo tampoco. Pero si es otra cosa… Pero, vaya, esta conversación está tomando un giro ridículo para hombres de sentido práctico que viven en las postrimerías del siglo XIX.

Se alejó, pero yo me di cuenta que no había dicho todo lo que sentía. Una nueva leyenda de fantasmas venía a sumarse ante nuestros mismos ojos a las muchas que de antiguo circulaban sobre Thorpe Place. Quizá esa leyenda nueva haya adquirido en la actualidad carácter definitivo, porque nunca llegó a los demás la explicación que yo pude obtener acerca de la misma.

Esa explicación llegó de la siguiente manera. Debido a una neuralgia había pasado yo una noche sin poder conciliar el sueño, y a eso del mediodía ingerí una fuerte dosis de clorodina para aliviar el dolor. Andaba yo por aquel entonces dando fin al catálogo de la biblioteca de sir John Bollamore, y acostumbraba a trabajar en esa habitación desde las cinco hasta las siete. Ese día luchaba yo contra la doble influencia de la mala noche pasada y la del narcótico. He dicho ya antes que la biblioteca tenía una especie de entrante, y que yo solía trabajar apartado, dentro del mismo. Me puse a mi tarea con gran actividad, pero me venció la fatiga, me arrellané en el respaldo del sillón y caí en un sueño profundo.

Ignoro cuánto tiempo duró mi sueño, pero el hecho es que cuando desperté reinaba la más completa oscuridad. Medio amodorrado por los efectos de la clorodina que ingerí, seguí en el mismo sitio, en un estado de semiinconsciencia. Me veía como amurallado en la oscuridad de la gran sala de altas paredes recubiertas de libros. Por la ventana del fondo penetraba una leve luminosidad lunar, y sobre ese fondo más claro distinguí la figura de sir John Bollamore, sentado delante de su mesa de trabajo. Su cabeza bien plantada y el neto perfil de su rostro formaban una destacada silueta sobre el recuadro luminoso que tenía detrás. Mientras le miraba, se inclinó hacia delante, y llegó hasta mis oídos el ruido de una llave dentro de una cerradura, y el roce de un objeto metálico sobre otro objeto metálico. Lo mismo que si estuviese soñando, tuve la vaga sensación de que el objeto que tenía delante era la caja barnizada de negro, y que había sacado de ella un objeto de forma achatada y rara, que tenía delante, encima de la mesa. Ni por un instante me pasó por el cerebro amodorrado y torpón la idea de estar entrometiéndome en su vida privada, porque él creía encontrarse a solas en la biblioteca. Y de

pronto, se aclararon, horrorizadas, mis facultades mentales; ya me incorporaba para dar señales de mi presencia, cuando oí un chirrido extraño, seco y metálico. Y, acto seguido, la voz.

Sí, era una voz de mujer; no cabía la menor duda. Pero era una voz tan vibrante de emoción suplicante y de amor incontenible, que resonará para siempre en mis oídos. Me llegaba con un timbre de lejanía, pero las palabras eran de pronunciación limpia, aunque débiles, muy débiles, porque eran las últimas que pronunciaba una mujer moribunda.

—No creas que me he apartado de ti, John —decía la voz delgada y raspante—. Sigo estando a tu lado, y no me apartaré de ti hasta que volvamos a vernos cara a cara. Me muero feliz pensando en que seguirás escuchando mañana y noche mi voz. ¡Sé fuerte, John; sé fuerte hasta que nos reunamos otra vez!

He dicho que me incorporé para dar a conocer mi presencia en aquel lugar, pero me era imposible hacerlo mientras resonaba aquella voz. Me quedé, pues, tal como estaba, medio recostado, medio sentado, atónito, sin poder mover un solo miembro de mi cuerpo, escuchando aquellas palabras anhelantes, lejanas, musicales. Y él, sir John, estaba tan absorto que quizá no me habría oído aunque le hubiese hablado. Pero al volver la voz al silencio, rompí yo en balbuceos de disculpas y explicaciones. Sir John cruzó en dos saltos la habitación, encendió la luz eléctrica, y a su blanco resplandor lo vi con ojos llameantes de ira y la cara contorsionada de furor, tal y como es probable que lo hubiese visto unas semanas antes la desventurada mujer de la limpieza.

—¡Señor Colmore! ¡Usted aquí! —exclamó sir John—. ¿Qué significa esto?

Se lo expliqué todo con palabras entrecortadas: mi ataque de neuralgia, el narcótico, mi desdichado sueño y extraño despertar. A medida que me escuchaba se iba esfumando en sus facciones el arrebato de ira, acabando por recobrar su expresión triste e impasible de siempre. Luego me dijo:

—Ya está usted en posesión de mi secreto, señor Colmore. La culpa es sólo mía por no haber seguido tomando las debidas precauciones. Y como es mejor que las intimidades se conozcan a fondo y no a medias, prefiero que lo sepa usted todo, ya que sabe tanto. Cuando yo haya pasado a mejor vida, puede usted relatar estas cosas a quien bien le parezca, pero cuento con su sentimiento del honor para que hasta entonces no la escuche de sus labios ningún alma viviente. Todavía no he perdido el orgullo, ¡Dios me valga!, o, por lo menos, me queda el suficiente para repeler toda compasión que del

conocimiento de esta historia pudiera derivarse hacia mí. La envidia provocó siempre mi sonrisa; el odio, mi desdén; pero la compasión me resultaría insoportable. Usted ha visto ya de dónde procede esta voz, que, según tengo entendido, ha despertado tanta curiosidad en los que viven en esta casa. Conozco las habladurías que circulan. Puedo despreocuparme y perdonar esas hipótesis, lo mismo las escandalizadas que las supersticiosas. Lo que jamás perdonaría es el desleal espionaje y la cotillería encaminados a satisfacer una ilícita curiosidad. Pero yo le absuelvo a usted de esa acusación, señor Colmore. Siendo yo joven, con muchos menos años que los que usted tiene en la actualidad, me enviaron a vivir la vida de la capital sin tener ni un amigo ni un consejero leales, y disponiendo de una bolsa tan repleta que atrajo hacia mí demasiados falsos amigos y consejeros. Bebí a grandes sorbos del vino de la vida. Si existe algún otro hombre que haya bebido cantidades mayores de ese vino, yo no le envidio, desde luego. Las consecuencias las sufrió mi bolsa, las sufrieron mi carácter y mi salud. Tuve que recurrir a los estimulantes; me convertí en un ser del que no quiero ni acordarme. Y entonces, cuando ya había llegado a la más negra degeneración, envió Dios a mi vida al ser más tierno y bondadoso de cuantos han bajado del cielo para servir de ángeles custodios. Vencido y deshecho como yo estaba, ella me amó. Sí, me amó, y consagró su vida a rehacer a un hombre que se había degenerado hasta llegar al nivel de las bestias. Pero una cruel enfermedad hizo presa en ella, y fue agostándose delante de mis ojos. En sus horas de sufrimiento, ella no pensó ni por un instante en sus propios dolores ni en su propia muerte. Sólo pensó en mí. La única angustia dolorosa que su destino provocó en ella fue el temor de que yo volviese a ser el mismo de otro tiempo una vez que desapareciese la influencia que ella ejercía sobre mí. Fue inútil que yo le jurase solemnemente que jamás volvería a pasar por mis labios una gota de vino. Ella conocía demasiado bien la fuerza con que tiraba de mí aquel demonio, ella que tales esfuerzos había realizado para contrarrestarlo, y ni de día ni de noche podía sacudir de sí la idea de que pudiera verse mi alma otra vez entre sus garras. Charlando con alguna de las amigas que acudían a su habitación de enferma, oyó hablar de este invento: el fonógrafo. Con la rápida percepción propia de una mujer enamorada vio en el acto de qué manera podría hacerlo servir a sus intenciones. Envió a comprar en Londres, costase lo que costase, el mejor dispositivo que hubiese a mano. Y con su voz de agonizante bisbiseó para que quedasen grabadas en el mismo las palabras que desde entonces me mantienen en el camino recto. Solitario y deshecho como estoy, ¿qué otra cosa podría haber en el mundo que me sirviese de sostén? Pero con su voz me

basta, y, a Dios gracias, podré contemplarla a ella sin sentir vergüenza cuando Él tenga a bien reunirnos. Ése es mi secreto, señor Colmore, y le encomiendo su custodia mientras yo esté con vida.

LA MANO PARDA[28]

Como todo el mundo sabe, sir Dominick Holden, el famoso cirujano de la India, decidió nombrarme su heredero, y su muerte cambió, en cuestión de una hora, mi destino de médico modesto y agobiado de trabajo por el de acomodado propietario de tierras. Muchos saben también que al menos cinco personas más se interponían entre la herencia y yo, y que la selección realizada por sir Dominick fue aparentemente arbitraria y caprichosa. Sin embargo, puedo asegurar que están completamente equivocados quienes así piensan, y que aunque no llegué a conocer a sir Dominick más que en los últimos años de su vida, existieron razones nada despreciables para que me demostrara su aprecio. En realidad, aunque sea yo el que lo diga, ningún hombre hizo más por un semejante de lo que yo hice por mi tío de la India. Aunque no puedo esperar que mi historia sea creída, los hechos acaecidos fueron tan singulares que me parecería estar faltando a mi deber si no los refiero por escrito. Así pues, aquí está mi relato; que lo creáis o no es vuestro propio problema.

Sir Dominick Holden, C.B., K.C.S.I., y no sé qué más, fue el cirujano más distinguido de su tiempo. Tras una primera etapa como médico militar, enseguida se estableció como cirujano civil en Bombay y visitó, requerido por un sinnúmero de clientes, gran parte de la India. Su nombre suele recordarse unido al del Hospital Oriental, que fundó y dirigió. No obstante, llegó un día en que su férrea constitución empezó a resentirse de la prolongada tensión a que la había sometido, y sus colegas (que en este punto quizás no podían mostrarse totalmente imparciales) le recomendaron unánimemente que regresara a Inglaterra. Sir Dominick prorrogó su viaje tanto como pudo, pero al final se agravaron sus síntomas nerviosos y hubo de regresar, muy quebrantado, a su tierra natal de Wiltshire. Adquirió una propiedad de extensión considerable, incluida una antigua casa solariega, a orillas de los llanos de Salisbury, y consagró la vejez al estudio de la patología comparada, que había sido la gran afición de toda su vida y en la que era considerado una destacada autoridad.

Como es de suponer, los miembros ingleses de su familia recibimos con gran expectación la noticia de la vuelta a Inglaterra de aquel tío rico y sin descendencia. Él, por su parte, aunque no se mostró nada exuberante en el terreno de la hospitalidad, sí manifestó cierto sentido del deber hacia sus allegados, y todos nosotros recibimos, antes o después, una invitación para visitarle. Según me contaron mis primos, parecía que se trataba de un penoso asunto, así que cuando finalmente recibí mi propia citación para acudir a Rodenhurst, la miré con una mezcla de sentimientos contradictorios. Se había puesto tanto cuidado en excluir a mi esposa de la invitación que mi primer impulso fue rechazarla; pero tenía que pensar también en el interés de mis hijos. Por fin, después de consultar con mi mujer, partí hacia Wiltshire una tarde del mes de octubre, sin imaginar las consecuencias que me depararía aquella visita.

La propiedad de mi tío estaba situada en un paraje en que las tierras de cultivo de la llanura se elevan transformándose en suaves colinas calizas, características de la región. Durante el recorrido que tuve que realizar desde la estación de Dinton, en medio de la luz crepuscular de un día de otoño, me quedé impresionado por la naturaleza fantástica de aquel escenario. Las escasas cabañas de los campesinos esparcidas por el paisaje resultaban tan diminutas al lado de los colosales vestigios de vida prehistórica que el presente parecía un sueño sumergido en la invasora y dominante realidad del pasado. La carretera serpenteaba a través de cañadas, formadas por la sucesión de verdes colinas, cuyas cimas habían sido allanadas y excavadas para albergar las más complejas fortificaciones, algunas circulares y otras cuadradas, pero todas de unas dimensiones capaces de desafiar al viento y a la lluvia durante muchos siglos. Algunos sostienen que son romanas, otros que inglesas, pero su verdadero origen o las razones por las que esta particular comarca de la región fue sembrada de trincheras nunca han quedado definitivamente aclaradas. Aquí y allá, en medio de las extensas, lisas y verdosas laderas, se alzan pequeños montículos y túmulos. En sus entrañas yacen los calcinados restos de la raza que aplanó y excavó las colinas, pero sus tumbas nada nos dicen salvo que una jarra llena de polvo representa al hombre que un día trabajó bajo el sol.

Me dirigí hacia la residencia que mi tío tenía en Rodenhurst a través de aquella región encantada y, cuando al fin estuvo ante mí, pude comprobar que guardaba una perfecta armonía con el entorno. Dos columnas resquebrajadas y descoloridas por las inclemencias del tiempo, que sostenían sendos emblemas heráldicos mutilados, flanqueaban la entrada a un camino

abandonado. Un viento gélido silbaba entre los olmos que bordeaban el camino llenando el aire de hojas muertas. Al fondo, bajo una tenebrosa bóveda de árboles, brillaba imperturbable la luz de una única lámpara. La noche estaba a punto de caer cuando divisé, envuelto en la penumbra, un edificio extenso y bajo que se prolongaba en dos alas irregulares de aleros profundos, tejados holandeses y muros con vigas de madera cruzadas, al estilo Tudor. La acogedora claridad de un fuego resplandecía en una ventana, ancha y con celosía, que había a la izquierda de la puerta de pórtico bajo, y que, como después pude comprobar, era la del estudio de mi tío, pues el mayordomo me condujo hasta allí para ser recibido por mi anfitrión.

Estaba acurrucado junto al fuego, pues el frío húmedo del otoño inglés le producía escalofríos. La lámpara estaba apagada, de modo que sólo pude ver, al rojo resplandor de las brasas, un rostro grande y arriscado, con nariz y mejillas cobrizas y profundos surcos y arrugas que iban de los ojos a la barbilla, huellas siniestras de ocultas pasiones volcánicas. En cuanto me vio entrar, se levantó con un gesto de antigua cortesía y me dio una calurosa bienvenida a Rodenhurst. También me di cuenta, cuando nos trajeron una lámpara, que eran unos pálidos ojos azules los que me observaban con mirada penetrante bajo aquellas cejas hirsutas, como dos exploradores tras un matorral, y que aquel tío remoto estaba estudiando cuidadosamente mi carácter con la facilidad de un observador experto y la experiencia de un hombre de mundo.

Yo, por mi parte, le miraba y le volvía a mirar, pues nunca había visto a un hombre cuya apariencia fuera capaz de llamar tan poderosamente la atención. Su figura tenía el armazón de un gigante, pero se había ido desmoronando y ahora la levita le colgaba de un modo siniestro, como de una percha, de un par de anchos y huesudos hombros. Sus miembros eran grandes pero macilentos, y no podía dejar de fijarme en sus secas muñecas y en sus manos nudosas. Pero sus ojos —unos penetrantes ojos de color azul claro— eran la más cautivadora de todas sus peculiaridades. No era sólo por su color, ni por el camuflaje de pelo tras el que acechaban; era la expresión que yo veía en ellos. El porte y la posición de aquel hombre eran dominantes, y uno esperaba cierta correspondencia de arrogancia en sus ojos, pero en lugar de ella había en su mirada reflejos de un espíritu abrumado y asustado, la mirada expectante y furtiva del perro cuyo amo ha cogido la correa para castigarle. Con un solo vistazo a aquellos ojos vigilantes y a la vez llenos de súplica, yo mismo realicé mi propio diagnóstico médico. Deduje que mi tío estaba aquejado de una enfermedad mortal, que él mismo sabía que estaba expuesto

a una muerte repentina, y que vivía aterrorizado por aquella amenaza. Ésa fue la idea que me hice; idea equivocada, como más tarde me demostraron los acontecimientos; pero lo refiero para ayudar al lector a hacerse una idea de la mirada que había en sus ojos.

Como iba diciendo, el recibimiento de mi tío fue muy cortés, y al cabo de una hora me encontraba sentado entre él y su esposa, disfrutando de una agradable cena, con la mesa llena de curiosas delicias picantes y un camarero atento y silencioso detrás de su silla. La anciana pareja revivía en una trágica imitación de la flor de la vida esa situación en que marido y mujer, después de haber perdido o dejado atrás a todos sus amigos y conocidos, vuelven a encontrarse solos cara a cara, cumplida ya su misión en la vida y acercándose rápidamente al fin. Cuando una persona ha llegado a esa etapa con serenidad y amor y es capaz de convertir su invierno en un apacible verano hindú, ha triunfado sobre las pruebas a que nos somete la vida. La señora Holden era una mujer pequeña y despierta, de mirada cariñosa, y la expresión con que miraba a su marido no hacía sino confirmar el carácter de éste. Y, sin embargo, aunque sus miradas hablaban de un amor mutuo, también comprobé que había un sentimiento de mutuo horror en ellas, y que la expresión de la mujer reflejaba algo de aquel secreto temor que había detectado en la de su marido. Su conversación era a veces jovial y a veces se hacía melancólica, pero había una nota forzada en su jovialidad y una mayor naturalidad en su melancolía, por lo que llegué a la conclusión de que me hallaba en compañía de dos corazones apesadumbrados.

Cuando nos sentamos con nuestro primer vaso de vino en las manos y los sirvientes abandonaron la habitación, la conversación tomó un rumbo que afectó claramente el ánimo de mis anfitriones. No recuerdo cómo salió el tema de lo sobrenatural, pero sé que me llevó a afirmar que lo anormal en las experiencias psíquicas era un tema al que había dedicado, como muchos neurólogos, una gran atención. Terminé por relatarles mis experiencias como miembro de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, cuando en una ocasión formé parte de una comisión de tres científicos encargados de pasar la noche en una casa encantada. Nuestras aventuras resultaron tan poco excitantes como convincentes, pero, a pesar de todo, parecieron interesar enormemente a mis contertulios. Escucharon guardando un silencio expectante y pude captar una mirada de inteligencia entre ellos que no llegué a comprender. En cuanto acabé mi relato, la señora Holden se puso en pie y abandonó la habitación.

Sir Dominick me acercó una caja de cigarros y fumamos durante un rato en silencio. Su mano larga y huesuda se crispaba cuando se llevaba el cigarro

a los labios, y me di cuenta de que los nervios de aquel hombre vibraban como las cuerdas de un violín. Mi instinto me dijo que estaba a punto de hacerme una secreta confidencia y me abstuve de hablar por miedo a interrumpirle. Finalmente se volvió hacia mí con un gesto espasmódico, como un hombre que echa su último escrúpulo al viento.

—Por lo poco que he visto de usted, me parece, doctor Hardacre —me dijo—, que es usted precisamente el hombre que yo andaba buscando.

—Me alegro de oírle decir eso, señor.

—Su cabeza parece fría y juiciosa. No debe pensar que pretendo halagarle, pues las circunstancias son demasiado serias para permitir fingimientos. Usted posee algunos conocimientos especiales sobre estos asuntos y parece evidente que los enfoca desde un punto de vista filosófico. Lo cual le exime de todo terror vulgar. Supongo que la visión de una aparición no le afectaría seriamente: ¿estoy en lo cierto?

—Creo que sí, señor.

—Quizás incluso le resultase interesante…

—Enormemente interesante.

—Y como observador psíquico probablemente podría abordar asunto con el mismo espíritu objetivo con que un astrónomo estudia un cometa errante.

—Efectivamente.

Mi tío exhaló un profundo suspiro.

—Créame, doctor Hardacre, hace tiempo yo habría opinado lo mismo que usted. El temple de mis nervios era proverbial en la India. Ni siquiera la sublevación logró afectarme lo más mínimo. Pero ya ve usted a lo que me he visto reducido: probablemente soy el hombre más aprensivo de todo el condado de Wiltshire. No sea usted demasiado atrevido cuando hable de este asunto, pues se puede ver sometido a la misma prueba interminable que me persigue, una prueba que sólo puede acabar en el manicomio o en la tumba.

Esperé pacientemente a que mi tío creyese oportuno proseguir su confesión. Aquel preámbulo, como es de suponer, despertó mi interés y me llenó de expectación.

—Desde hace unos años —continuó—, mi vida y la de mi esposa se han vuelto muy desdichadas por un motivo tan grotesco que casi resulta ridículo. El habernos familiarizado con él no lo ha hecho, sin embargo, más soportable; al contrario, conforme pasa el tiempo mis nervios están más mermados y desquiciados, pues se ven sometidos a un continuo desgaste. Si usted está a salvo de los terrores psíquicos, doctor Hardacre, su opinión sobre el

fenómeno, que tanto está perturbando nuestra existencia, tendría un inestimable valor para mí.

—Si mi opinión tiene alguna utilidad para usted, sepa que está a su completa disposición. ¿Podría preguntarle sobre la naturaleza del fenómeno?

—Creo que sus experiencias tendrían un mayor valor testimonial si no es informado previamente sobre lo que se va a encontrar. Ya conoce las argumentaciones sobre actividades cerebrales inconscientes e impresiones subjetivas con que un científico escéptico podría poner en duda su declaración. Sería mejor preservarse de ellas por adelantado.

—Dígame, ¿qué debo hacer?

—Se lo diré. ¿Tiene la bondad de acompañarme?

Me condujo fuera del comedor y, tras recorrer una larga galería, llegamos hasta la última puerta. Era una amplia habitación casi desprovista de muebles que había sido habilitada como laboratorio y en la que podían verse numerosos instrumentos científicos y frascos. Un estante recorría de parte a parte una de las paredes, y sobre él se alineaba una larga fila de recipientes de cristal que contenían diversas muestras anatómicas y patológicas.

—Como puede ver, todavía trabajo en alguno de mis viejos estudios —dijo sir Dominick—. Estos recipientes encierran los restos de lo que en su día fue una excelente colección. La mayor parte de ella desapareció desgraciadamente cuando mi casa de Bombay fue incendiada en el 92. Aquello constituyó una gran desgracia para mí por más de un motivo. Por aquel entonces había logrado reunir una gran cantidad de muestras de singular rareza, y mi colección de bazos era probablemente única. Éstas son las supervivientes.

Las eché un vistazo y comprobé que eran efectivamente de gran valor y rareza desde el punto de vista patológico: órganos hinchados, quistes abiertos, huesos deformes, parásitos repugnantes… que constituían una curiosa exposición de productos de la India.

—Ahí tiene, como ve, un pequeño diván —dijo mi anfitrión—. Nada más lejos de nuestro deseo que ofrecer a un huésped de esta casa un aposento tan pobre, pero dado el cariz que han tomado los acontecimientos, sería muy amable por su parte que aceptara pasar la noche en esta habitación. Le ruego que no dude en hacerme saber si la idea le repugna lo más mínimo.

—Al contrario —le contesté—, el lugar es muy adecuado.

—Mi dormitorio es la segunda puerta de la izquierda, de modo que si en algún momento siente necesidad de compañía no tiene más que llamarme y acudiré a su lado.

—Espero no tener que molestarle.

—Es poco probable que esté durmiendo. No duermo mucho. Así que no dude en llamarme.

Una vez resuelta esta cuestión, regresamos al salón para reunirnos con lady Holden, con quien conversamos sobre temas menos escabrosos.

No es ninguna presunción por mi parte afirmar que la perspectiva de una aventura nocturna me resultaba agradable. No pretendo poseer un valor físico superior al de mis semejantes, pero la familiaridad con el asunto anula los vagos e indefinidos terrores que resultan más espantosos para una mente imaginativa. El cerebro humano no es capaz de experimentar más de una emoción intensa al mismo tiempo, por lo que un espíritu lleno de curiosidad o entusiasmo científico no deja lugar al miedo. Es cierto que mi tío me había asegurado que en un principio él también compartía esa misma actitud, pero pensé que el decaimiento de su sistema nervioso podría muy bien deberse a los cuarenta años que había pasado en la India tanto como a cualquiera de las experiencias psíquicas que había sufrido. Yo por lo menos contaba con unos nervios y un cerebro sanos, y cuando cerré tras de mí la puerta del laboratorio y me tumbé semivestido sobre las mantas del diván, sentí la misma agradable sensación de anticipación que tiene un cazador cuando se oculta cerca de la guarida de su presa.

Aquella habitación no tenía el ambiente ideal para ser empleada como dormitorio. El aire estaba lleno de olores químicos, especialmente vapores metílicos. La decoración tampoco era muy tranquilizadora. La repugnante hilera de recipientes de cristal con sus reliquias de enfermedades y dolencias se desplegaba justo frente a mí. La ventana no tenía cortinas y la luna, en cuarto creciente, proyectaba su pálida luz dentro de la habitación, trazando un recuadro plateado con el dibujo de la celosía sobre la pared opuesta. Cuando apagué la vela, aquel parche luminoso adquirió un aspecto realmente inquietante y espectral en medio de la oscuridad general. Un silencio absoluto e impenetrable reinaba en todos los rincones de aquella vieja mansión, y los débiles susurros de las ramas en el jardín llegaban suaves y balsámicos hasta mis oídos. Quizás debido al hipnótico arrullo de aquel agradable susurro o al día agotador que había tenido, el caso es que después de varias cabezadas y otros tantos esfuerzos por mantenerme despierto, caí en un profundo sueño en blanco.

Un ruido producido dentro de la habitación me despertó e inmediatamente me incorporé apoyándome en el codo. Habían transcurrido varias horas, pues el recuadro luminoso de la pared se había desplazado hacia abajo y a un lado

hasta quedar oblicuo al pie de mi lecho. El resto de la habitación estaba sumida en una profunda oscuridad. Al principio no pude ver nada, pero enseguida, en cuanto mis ojos se acostumbraron a la penumbra, me di cuenta, con un estremecimiento que no pude evitar a pesar de que me movía un exclusivo interés científico, de que algo se estaba moviendo lentamente a lo largo de la pared. Un sonido apagado, como el que producen unas pantuflas que se arrastran lentamente, llegó a mis oídos, y creí distinguir vagamente una figura humana que caminaba furtivamente hacia la puerta. Cuando la figura llegó al recuadro iluminado, pude ver con toda claridad quién era y lo que estaba haciendo. Era un hombre, pequeño y rechoncho, vestido con una túnica de color gris oscuro que le caía recta de los hombros a los pies. La luz de la luna le iluminaba un lado del rostro y descubrí que el color de su piel era marrón achocolatado, y que llevaba un moño de pelo negro en la nuca, como los que llevan las mujeres. Avanzaba lentamente, mirando de vez en cuando hacia la hilera de frascos que contenían aquellos espantosos restos humanos. Parecía que examinaba cuidadosamente cada frasco antes de pasar al siguiente. Cuando llegó al final de la hilera, que estaba justo enfrente de mi cama, se detuvo, me miró, alzó las manos con un gesto de desesperación y desapareció de mi vista.

He dicho que alzó las manos, pero debí decir los brazos, pues cuando realizó ese gesto de desesperación advertí un rasgo peculiar en su fisonomía. ¡Sólo tenía una mano! Cuando alzó los brazos y las mangas cayeron dejándolos al descubierto, observé que el izquierdo estaba entero, pero el derecho acababa en un abultado y deforme muñón. Por lo demás, su aspecto era tan natural y lo había visto y oído con tal claridad que podría haber pensado perfectamente que se trataba de un criado hindú de sir Dominick, que había entrado en mi habitación para coger alguna cosa. Fue su repentina desaparición lo que me sugirió que podía tratarse de algo más siniestro. Por eso me levanté de un salto, encendí la vela y registré minuciosamente toda la habitación. Allí no había el menor rastro del visitante, y no me quedó más remedio que deducir que en aquella aparición había algo que no se ajustaba a las leyes ordinarias de la naturaleza. Permanecí despierto el resto de la noche, pero no ocurrió nada digno de mención.

Yo soy bastante madrugador, pero mi tío no lo era menos, pues cuando me levanté lo encontré paseando de un lado a otro por el prado que había junto a la casa. En cuanto me vio asomar por la puerta vino presuroso hacia mí y me preguntó con ansiedad:

—¿Qué? ¿Lo vio?

—¿Un hindú manco?

—Exactamente.

—Sí, lo vi.

Entonces le conté todo lo ocurrido. Cuando terminé mi relato, me condujo a su despacho y me dijo:

—Disponemos de algún tiempo antes del desayuno. Será suficiente para darle una explicación sobre este extraordinario caso, al menos de lo que yo puedo explicarle sobre un asunto que es esencialmente inexplicable. En primer lugar, si le digo que desde hace cuatro años no he conseguido pasar una sola noche, ni en Bombay, ni en el barco, ni en Inglaterra, sin que ese individuo me despierte en pleno sueño, comprenderá por qué en la actualidad no soy más que una sombra de lo que era. Su actuación es siempre la misma. Aparece junto a mi cama, me sacude violentamente por el hombro, se dirige desde mi habitación al laboratorio, recorre lentamente la hilera de frascos y desaparece. Ha repetido la misma rutina durante más de mil noches.

—¿Y qué quiere de usted?

—Quiere su mano.

—¿Su mano?

—Sí. Esto fue lo que ocurrió. Hace diez años, aproximadamente, viajé a Peshawur para atender una consulta, y una vez en el lugar se me requirió para que examinase la mano de un indígena que se encontraba de paso con una caravana afgana. Provenía de una tribu montañesa que vivía muy lejos de allí, en alguna región más allá del Kaffiristan. Hablaba una jerga derivada del *pushtoo* y tuve que hacer grandes esfuerzos para comprenderle. Estaba aquejado de un tumor sarcomatoso blando en la articulación de uno de sus metacarpos y le hice saber que sólo con la amputación de la mano podría salvar la vida. Después de muchas explicaciones aceptó que se le realizara la operación. Una vez concluida me preguntó cuánto tenía que pagarme. El pobre hombre era casi un mendigo, por lo que la idea de cobrarle resultaba absurda, pero le respondí bromeando que el precio podía ser su mano, que entraría a formar parte de mi colección patológica.

»Para mi sorpresa, el indígena puso reparos a mi sugerencia y me explicó que según su religión era una cuestión trascendental que el cuerpo estuviera completo después de la muerte para que el espíritu pudiera tener una perfecta morada en él. Ésta es, desde luego, una vieja creencia; las momias egipcias proceden de una superstición análoga. Le contesté que su mano ya estaba cortada y le pregunté cómo pensaba conservarla. Él me respondió que la metería en sal y la llevaría siempre consigo. Le sugerí que estaría más segura

si la guardaba yo, pues contaba con mejores medios que la sal pata conservarla. Cuando comprendió que mi intención era conservarla en buenas condiciones, su oposición desapareció al instante. «Pero recuerde, sahib —me dijo—, quiero tenerla en mi poder cuando muera». Aquella observación me hizo sonreír y el asunto quedó concluido. Yo regresé a mi consulta, y el indígena reemprendería probablemente su viaje hacia Afganistán pasado algún tiempo.

»Pues bien, como le dije anoche, un desgraciado incendio se declaró en mi casa de Bombay. La mitad de los enseres desaparecieron bajo el fuego, y, entre ellos, mi colección patológica quedó prácticamente destruida. Lo que ha visto usted no son más que unos pobres restos que quedaron a salvo. La mano del hombre de las montañas ardió con todo lo demás, aunque en aquel momento no le di una especial importancia. Eso fue hace seis años.

»Hace cuatro, dos años después del incendio, me desperté una noche sobresaltado, pues sentí que alguien me tiraba con fuerza de una manga. Me incorporé con la impresión de que era mi mastín favorito que trataba de despertarme. Pero quien estaba allí era mi viejo paciente hindú, vestido con una larga túnica gris, atuendo distintivo de su pueblo. Me mostraba el muñón y me recriminaba con la mirada. Después se acercó a la colección de frascos, que por entonces yo guardaba en mi habitación, y los examinó detenidamente. Al terminar hizo un gesto de indignación y se desvaneció. Entonces comprendí que acababa de morir y que había venido a exigir que cumpliera mi promesa de conservar a buen recaudo su miembro hasta que él me lo pidiera.

»Bueno, ya conoce usted la historia, doctor Hardacre. Desde hace cuatro años repite su actuación todas las noches a la misma hora. Es una aparición inofensiva, pero me ha ido consumiendo como la terca gota de agua que erosiona la roca. Sufro un horrible insomnio por su causa, pues la expectación que me produce su retorno me impide dormir. Ha envenenado mi vejez y la de mi esposa, que ha compartido conmigo este enorme trastorno. Pero parece que ha sonado la campana del desayuno; mi mujer nos estará esperando impaciente por saber qué sucedió anoche. Ambos le estamos muy agradecidos por su valentía, pues compartir con un amigo nuestra desgracia, aunque sólo sea por una noche, nos ayuda a soportar mejor su carga y nos tranquiliza sobre nuestra cordura, de la que a veces llegamos a dudar.

Éste fue el curioso relato que sir Dominick me confió, una historia que a muchos les hubiera resultado grotesca e imposible, pero que yo, después de mi experiencia de la noche anterior y con los conocimientos que poseía sobre

estos temas, estaba dispuesto a aceptar como totalmente cierta. Reflexioné profundamente sobre el asunto y traté de recordar todo lo que había leído y experimentado que tuviera relación con casos parecidos. Después del desayuno sorprendí a mis anfitriones con el anuncio de que regresaba a Londres en el próximo tren.

—Mi querido doctor —exclamó sir Dominick apenado—, hace que me sienta culpable de una intolerable falta de hospitalidad por haberle involucrado en un asunto tan desagradable. Debería haber guardado mi desgracia para mí mismo.

—Ésa es, precisamente, la razón por la que voy a Londres —respondí—, pero usted se equivoca, se lo aseguro, si piensa que mi experiencia de la última noche me ha resultado desagradable. Al contrario, iba a pedirle permiso para volver esta tarde y pasar una noche más en su laboratorio. Estoy ansioso por ver una vez más a ese visitante.

Mi tío quiso saber a toda costa qué pensaba hacer, pero mi temor a suscitar falsas esperanzas me impidió explicárselo. Regresé a mi propio consultorio poco después del almuerzo y comprobé que era correcto mi recuerdo de un pasaje que había leído en un reciente libro de ocultismo y que me había llamado la atención.

«En el caso de espíritus muy apegados a la tierra —refería mi ejemplar—, cualquier idea dominante que les obsesione en el momento de la muerte es suficiente para retenerlos en el mundo material. Ellos son los anfibios de ésta y de la otra vida, capaces de pasar de la una a la otra como una tortuga pasa de la tierra al agua. Las razones que les atan tan estrechamente a la vida que su cuerpo ya ha abandonado suelen ser emociones violentas. Que se sepa, la avaricia, la angustia, el amor y la compasión han sido capaces de provocar este fenómeno. Por lo general, el origen se encuentra en un deseo no cumplido, y cuando el deseo ha sido satisfecho los lazos que les unían al mundo material se deshacen. Hay muchos casos registrados que ilustran la singular persistencia de estos visitantes y también su desaparición cuando sus deseos se han cumplido o, en algunos casos, cuando se ha alcanzado un compromiso razonable».

Alcanzar un compromiso razonable… Estas eran las palabras que me habían estado dando vueltas en la cabeza toda la mañana, y ahora las confirmaba en el original. En el presente caso no era posible llegar a una satisfacción total, ¡pero sí a un compromiso razonable! Me dirigí tan rápido como pudo llevarme un tren al Hospital Marítimo de Shadwell, del que era

cirujano titular mi viejo amigo Jack Hewett. Enseguida le hice saber lo que deseaba exactamente sin darle mayores explicaciones.

—¡La mano de un hindú! —repitió perplejo—. ¿Para qué demonios la quieres?

—Olvídalo. Algún día te lo contaré. Sé que tus salas están llenas de hindúes.

—Ya lo creo; pero una mano…

Se quedó un momento pensativo y luego hizo sonar una campanilla.

—Travers —le dijo al estudiante encargado de los vendajes—, ¿qué ha sido de las manos que le amputamos ayer al láscar? Ya sabe… el cargador del muelle de la East India que se quedó atrapado en la grúa de vapor.

—Están en la sala *post-mortem*, señor.

—Envuelve una de ellas con antisépticos y tráesela al doctor Hardacre.

Y de este modo regresé a Rodenhurst antes de la cena, con aquella curiosa adquisición de mi día en la ciudad. Me senté con una lamparilla de noche junto a mí y esperé pacientemente al visitante. En aquella ocasión le vi con toda claridad desde el primer momento. Apareció junto a la puerta, nebuloso al principio, pero luego se concentró adquiriendo un perfil tan nítido como el de cualquier hombre viviente. Las zapatillas que asomaban bajo su túnica gris eran rojas y no tenían talones, lo que explicaba el suave rozamiento que producía al andar. Como la noche anterior, recorrió lentamente la hilera de frascos y se detuvo frente al que contenía la mano. Se estiró para verla mejor, con todo su cuerpo temblando de expectación, la cogió y la examinó con ansiedad. Enseguida su rostro se crispó con un gesto de furia y desengaño y tiró la mano al suelo. El golpe resonó en toda la casa y, cuando volví a mirarle, el hindú mutilado había desaparecido. Un instante después la puerta se abrió de golpe y apareció la figura de sir Dominick, que me preguntó asustado:

—¿Está usted herido?

—No, pero sí profundamente decepcionado.

Entonces vio los trozos de cristal y la mano morena tirada por el suelo y exclamó horrorizado:

—¡Dios mío! ¿Qué es esto?

Tuve que explicarle mi plan y su desafortunado desenlace. Mi tío me escuchó con atención y al final sacudió la cabeza y dijo:

—No era mala la idea, pero me temo que no será tan fácil acabar con mis sufrimientos. Ahora, permítame que insista en una cuestión: usted no debe volver a alojarse, bajo ningún concepto, en esta habitación. El miedo que he

pasado, cuando escuché el golpe, de que pudiera haberle ocurrido algo malo ha sido más angustioso que todos mis temores anteriores. No me gustaría volver a estar expuesto a otro susto como éste.

Sir Dominick consintió, no obstante, en que me quedara el resto de la noche donde estaba, y volví a acostarme, preocupado con el problema y lamentándome por el error que había cometido. Cuando las primeras luces del alba penetraron en la habitación, la mano del láscar seguía allí, tirada en el suelo, para recordarme mi fracaso. Me quedé mirándola desde el diván y de pronto una idea cruzó por mi mente como una bala y me hizo saltar fuera del lecho temblando de excitación. Cogí la macabra reliquia del lugar donde había caído. Sí, estaba en lo cierto; era la mano *izquierda* del láscar.

Regresé a la ciudad en el primer tren y me dirigí inmediatamente hacia el Hospital Marítimo. Recordé que al láscar le habían amputado ambas manos, pero me aterrorizó la idea de que aquel precioso órgano que había ido a buscar se hubiese consumido ya en el horno crematorio. El suspense no duró mucho tiempo. La mano permanecía aún en la sala *post-mortem*. Al atardecer llegaba a Rodenhurst con la misión cumplida y el material para un nuevo experimento.

Sir Dominick Holden, sin embargo, no quería ni oír hablar de que me instalara de nuevo en el laboratorio. Todos mis ruegos fueron inútiles. Aquello ofendía su sentido de la hospitalidad y no estaba dispuesto a permitirlo por más tiempo. Coloqué la mano, de todos modos, en el mismo lugar donde había puesto su pareja la noche anterior y me instalé en un confortable dormitorio en otra parte de la casa, a cierta distancia del escenario de mis aventuras.

Pero aquella noche mi sueño no estaba destinado a ser apacible. A una hora avanzada de la madrugada mi anfitrión irrumpió en la habitación con una lámpara en la mano. Su enorme y esquelética figura estaba envuelta en una bata holgada y, para un hombre impresionable, su aspecto general habría resultado seguramente más sobrecogedor que el del hindú de la noche anterior. Pero lo que más me impresionó no fue su inesperada aparición sino la expresión que había en su rostro. Parecía haber rejuvenecido al menos veinte años. Sus ojos brillaban, su rostro estaba radiante y agitaba triunfalmente las manos por encima de la cabeza. Me incorporé aturdido y me quedé mirando entre sueños a aquel extraordinario visitante. Pero sus palabras disiparon enseguida las brumas de mis ojos.

—¡Ya está! ¡Lo hemos conseguido! —gritó—. ¿Cómo podría pagarle, mi querido Hardacre, todo lo que ha hecho por nosotros?

—¿Quiere decir que todo está solucionado?

—Eso es, exactamente. Estaba seguro de que no le importaría que le despertase para anunciarle una noticia tan maravillosa.

—¡Importarme! Por supuesto que no. Pero dígame: ¿está usted seguro?

—No me cabe la menor duda al respecto. Mi deuda con usted es mayor, querido sobrino, de la que nunca había tenido con ningún otro hombre, ni creo que la tenga jamás. ¿Qué podría hacer por usted para recompensarle en su justa medida? Habrá sido la Providencia la que le ha enviado para liberarme de mi condena. No sólo me ha salvado la razón, sino también la vida; si hubiera llegado dentro de seis meses, me habría encontrado en la celda de un manicomio o en un ataúd. Y también ha salvado a mi esposa: yo mismo he visto cómo se iba marchitando por culpa de este asunto. Estaba convencido de que ningún ser humano podría librarme de esta carga.

Y, dicho esto, me cogió una mano y la estrechó entre sus manos huesudas.

—Era sólo un experimento, un intento desesperado, pero me alegro de todo corazón de que haya salido bien. Pero ¿cómo sabe que el problema ha quedado definitivamente resuelto? ¿Ha visto algo?

Sir Dominick se sentó a los pies de mi cama.

—He visto lo suficiente —me dijo—. Estoy convencido de que nunca más seré molestado. Lo que ha ocurrido es fácil de contar. Ya sabe que la criatura solía visitarme siempre a una determinada hora. Esta noche llegó a la hora acostumbrada y me despertó con mayor violencia que otras veces. Supongo que la decepción que se llevó anoche aumentó la amargura de su resentimiento hacia mí. Me miró furioso y después inició su recorrido habitual. Pero, al cabo de unos minutos, le vi volver a mi habitación, cosa que no había sucedido desde que empezó esta persecución. Estaba sonriente. Pude ver el destello de sus blancos dientes en la penumbra. Se acercó al pie de la cama y me hizo la ceremoniosa zalema tres veces, que es la fórmula oriental para las despedidas solemnes. Una vez realizada la tercera reverencia, alzó los brazos y vi sus *dos* manos extendidas sobre la cabeza. Después se desvaneció, yo creo que para siempre.

Ésta fue la curiosa aventura por la que me gané el afecto y la gratitud de mi ilustre tío, el famoso cirujano de la India. Su predicción se cumplió y nunca más fue molestado por las visitas del angustiado hombre de las montañas que buscaba su mano perdida. Sir Dominick y lady Holden fueron muy felices los últimos años de su vida y no sufrieron, que yo sepa, más contratiempos. Murieron durante la gran epidemia de influenza, con unas pocas semanas de diferencia. Mientras vivió, mi tío siempre recurrió a mí

para que le aconsejara sobre asuntos relacionados con la vida inglesa, de la que conocía muy poco, y también le ayudé en la compra y gestión de sus haciendas. No fue, por tanto, una gran sorpresa para mí recibir un trato de favor por encima de mis cinco enfurecidos primos y convertirme, en un solo día, de médico rural cargado de trabajo en heredero de una importante familia de Wiltshire. Yo, al menos, tengo motivos para bendecir la memoria del hombre de la mano morena y el día en que tuve la fortuna suficiente para librar a Rodenhurst de su ingrata presencia.

JUGANDO CON FUEGO[29]

Sería una vana pretensión por mi parte afirmar que sé lo que ocurrió realmente el pasado 14 de abril en el número 17 de Badderly Gardens. Referida por escrito, mi hipótesis seguramente parecerá demasiado incoherente y demasiado grotesca para ser tomada en serio. Y sin embargo, que allí ocurrió algo, algo cuya naturaleza dejará su huella en cada uno de nosotros, es un hecho que puede ser corroborado por el testimonio unánime de sus cinco testigos. No entraré en disquisiciones ni especulaciones. Me limitaré a hacer un relato conciso, que someteré al juicio de Jhon Moir, Harvey Deacon y de la señora Delamere, y que no publicaré a menos que ellos estén dispuestos a confirmar todos los detalles. Me es imposible obtener la aprobación de Paul Le Duc, pues, al parecer, ha abandonado el país.

Fue Jhon Moir (el conocido socio fundador de Moir, Moir & Sanderson) el primero que despertó nuestro interés por los temas del ocultismo. Al igual que ocurre con muchos hombres de negocios, serios y pragmáticos, había en su naturaleza una vertiente mística que le había llevado a investigar, y en algunos casos a aceptar, determinados fenómenos inaprensibles que se suelen relacionar con otros muchos que resultan disparatados, y bastantes que son fraudulentos, bajo el epígrafe común de espiritismo. Sus estudios, inspirados en un principio por un espíritu abierto, con el tiempo habían llegado a adquirir desgraciadamente un cariz dogmático, convirtiéndole en un individuo tan intolerante y fanático como la mayoría de los creyentes. Dentro de nuestro pequeño grupo representaba a la cofradía de los que han hecho de estos fenómenos extraordinarios una nueva religión.

La señora Delamere, nuestra médium, era hermana de Jhon Moir y esposa de Delamere, el famoso escultor. Nuestra experiencia nos había demostrado que internarse en estas prácticas sin médium era tan inútil como que un astrónomo tratara de realizar sus observaciones sin un telescopio. Por otra parte, a todos nos desagradaba tener que recurrir a una médium de pago. ¿No resulta evidente que el médium o la médium en cuestión se verían obligados a obtener algún resultado a cambio del dinero recibido, y que la tentación de

cometer un fraude sería irresistible para ellos? No se pueden tomar en serio fenómenos producidos a razón de una guinea por hora. Pero, afortunadamente, Moir había descubierto que su hermana tenía poderes de médium, en otras palabras, que era una batería de energía magnética animal, que es la única forma de energía susceptible de ser receptiva en el plano espiritual tanto como lo es en el propio plano material. Cuando digo esto, no pretendo establecer en absoluto una verdad incuestionable, sino simplemente exponer las teorías que, fueran acertadas o no, nos servían para explicarnos los fenómenos que contemplábamos. La señora asistía a pesar de que su marido no se mostraba muy de acuerdo y, aunque nunca había dado muestras de poseer un gran poder psíquico, conseguíamos producir al menos fenómenos corrientes como recibir mensajes a través de golpes, que son al mismo tiempo tan pueriles y tan inexplicables. Todos los domingos por la tarde nos reuníamos en el estudio de Harvey Deacon en Badderly Gardens, en la casa contigua a la esquina de Merton Park Road.

La imaginación que Harvey Deacon pone de manifiesto en sus obras de arte explica a los ojos de cualquiera el hecho de que este hombre sea un apasionado de todo lo outré y sensacional. Al principio se sintió atraído por esa especie de pintoresquismo que rodea el estudio de lo oculto, pero pronto su atención se orientó hacia algunos de los fenómenos a los que me he referido, y enseguida llegó a la conclusión de que aquello que había tomado como una diversión novelesca y un entretenimiento para después de la cena formaba parte, según todos los indicios, de una formidable realidad. Deacon es un hombre que posee una mente extraordinariamente clara y lógica —digno descendiente de su antepasado, el famoso profesor escocés— y constituía en nuestro pequeño grupo el elemento crítico, el hombre carente de prejuicios, dispuesto a investigar los hechos hasta el límite de su capacidad, y reacio a anticipar teorías sin contar con los datos suficientes. Este rigor fastidiaba a Moir tanto como la actual fe ciega de Moir divertía a Deacon, pero ambos, cada uno a su manera, manifestaban la misma pasión por el asunto.

¿Y yo? ¿Qué motivos diré que me unían a aquel círculo? Yo no era un devoto. Tampoco era un crítico científico. Quizás lo mejor que podría decir de mí mismo es que era un ciudadano diletante, ansioso de estar a la última en todas las tendencias novedosas, ávido de cualquier sensación nueva que me ayudara a escapar de la monotonía y a abrirme a nuevas posibilidades de existencia. Yo no soy un entusiasta, pero me complace la compañía de quienes lo son. Cuando hablaba con Moir tenía la sensación de que nos

encontrábamos en posesión de una llave maestra secreta capaz de franquearnos la puerta de la muerte, y esto me llenaba de una vaga complacencia. La atmósfera sedante de la séance a media luz me resultaba deliciosa. En una palabra, aquello me divertía, y ésa es la razón de que acudiera a aquellas reuniones.

Fue, como he dicho, el pasado 14 de abril cuando tuvo lugar el extraño suceso que voy a relatar a continuación. Fui el primero de los hombres en llegar al estudio. La señora Delamere ya estaba allí, pues había estado tomando el té con la señora de Harvey Deacon. Las dos damas se encontraban de pie, en compañía de Harvey Deacon, frente a una pintura inacabada que aún permanecía sobre el caballete. No soy un experto en arte y confieso que nunca he llegado a entender lo que Harvey Deacon quiere expresar en sus pinturas; pero en aquella ocasión me di cuenta de que era un cuadro muy bien ejecutado e imaginativo, con hadas, animales y todo tipo de figuras alegóricas. Las damas se mostraban entusiasmadas en sus elogios, y realmente eran extraordinarios los efectos que había conseguido con el color.

—¿Qué le parece esto, Markham? —me preguntó.

—Pues es algo que se me escapa —le dije—. ¿Qué clase de animales son éstos?

—Monstruos mitológicos, criaturas imaginativas, emblemas heráldicos… una especie de extraña y fantástica procesión de ellos.

—¡Con un caballo blanco al frente!

—No es un caballo —replicó, más bien enfadado; cosa extraña, pues era un hombre que tenía un gran sentido del humor y que casi nunca se tomaba a sí mismo en serio.

—Entonces, ¿qué es?

—¿No ve que tiene un cuerno en la frente? Es un unicornio. Ya le he dicho que son animales heráldicos. ¿Es que no los reconoce?

—Lo siento mucho, Deacon —contesté, pues parecía realmente molesto.

Entonces se rió de su propia irritación y dijo:

—¡Perdóneme, Markham! Lo que ocurre es que ese animal me ha dado un trabajo espantoso. Me he pasado el día pintándolo y borrándolo, e intentando imaginar qué aspecto tendría en la vida real un unicornio rampante. Al final conseguí lo que había estado buscando; por eso, al ver que no lo reconocía, me ha sentado mal.

—¡Vaya, desde luego que es un unicornio! —le dije, pues era evidente que mi torpeza le había deprimido—. Ahora puedo ver el cuerno con toda claridad, aunque nunca he visto un unicornio salvo el que figura en el Escudo

Real, y por eso no se me ocurrió pensar en esa criatura. ¿Y éstos son grifos y basiliscos, y dragones de todo tipo?

—Sí, ésos no me ofrecen dificultades. Fue el unicornio el que me trajo de cabeza. Dejaré su conclusión para mañana.

Deacon le dio la vuelta al cuadro sobre el caballete y nuestra conversación derivó hacia otros temas.

Moir se retrasó aquella noche, y cuando apareció venía acompañado, para nuestra sorpresa, de un pequeño y robusto francés, al que presentó como monsieur Paul Le Duc. Y digo que nos sorprendió porque teníamos la teoría de que cualquier intrusión en nuestro círculo espiritual podría alterar la armonía e introducir un elemento de desconfianza. Nosotros sabíamos que podíamos confiar los unos en los otros, pero todos nuestros resultados quedaban viciados en presencia de un extraño. A pesar de todo, Moir pronto nos convenció para que aceptásemos aquella innovación. Monsieur Paul Le Duc era un famoso especialista en ocultismo, un vidente, un médium, un místico. Había viajado a Inglaterra con una carta de presentación para Moir del Presidente de la Hermandad parisina de los Rosacruces. ¿No era natural que lo trajera a nuestra pequeña séance y que nosotros nos sintiéramos honrados con su presencia?

Era, como he dicho, un hombre pequeño y robusto, de apariencia vulgar y con un rostro ancho, pulcro y bien afeitado, en el que destacaban únicamente un par de grandes ojos castaños y aterciopelados, que resaltaban vagamente al mirarle a la cara. Iba bien vestido, daba muestras de una educación exquisita, y los curiosos giros de su inglés hacían sonreír a las damas. El señor Deacon tenía reparos hacia nuestros experimentos y salió de la habitación, tras lo cual atenuamos las luces, como de costumbre, y acercamos las sillas a la mesa cuadrada de caoba que estaba dispuesta en el centro del estudio. Aunque la luz estaba amortiguada podíamos vernos los unos a los otros con toda claridad. Recuerdo que incluso me estuve fijando en las curiosas manos, pequeñas, regordetas y rematadas en ángulo recto que el francés puso sobre la mesa.

—¡Qué divertido! —exclamó—. Hace ya muchos años que no participaba en una reunión como ésta, y me resulta fascinante. Así que la señora es médium… ¿Llega a caer la señora en trance?

—Bueno, no llego a tanto —contestó la señora Delamere—. Pero casi siempre me invade un profundo sopor.

—Ése es el primer estadio. Profundice en él y llegará al trance. Una vez que el trance se haya producido, su pequeño espíritu la abandona y en su lugar

se instala otro pequeño espíritu. De ese modo conseguirá la conversación y la escritura directas. Abandone su máquina y deje que otro la maneje… ¿Hein? Pero ¿qué tienen que ver los unicornios con todo esto?

Harvey Deacon se estremeció en su silla. El francés se puso a girar lentamente la cabeza escudriñando en las sombras que cubrían las paredes.

—¡Qué divertido! Hay unicornios por todas partes. ¿Quién ha estado pensando tan intensamente en algo tan extraño?

—¡Es increíble! —exclamó Deacon—. Me he pasado todo el día tratando de pintar uno. Pero ¿cómo ha podido adivinarlo?

—Usted ha estado pensando en ellos en esta habitación.

—Así es.

—Los pensamientos tienen sustancia, amigo mío. Cuando usted imagina algo, lo está creando. No lo sabía, ¿hein? Yo puedo ver sus unicornios porque no sólo veo con los ojos de la cara.

—¿Quiere usted decir que puedo crear algo que nunca ha existido por el simple hecho de pensar en ello?

—En efecto. El pensamiento es la acción a la que se someten todos los demás hechos. Eso explica por qué un mal pensamiento puede ser también algo peligroso.

—Supongo que eso será en el plano astral —dijo Moir.

—Oh, bueno, amigos, eso no son más que palabras. Esto sucede aquí… en cualquier parte… por todas partes… Ni yo mismo sabría decirlo. Las veo, pero no puedo tocarlas.

—¿Podría conseguir que también nosotros las viéramos?

—Tendría que materializarlas. ¡Un momento! Hagamos un experimento. Aunque el poder es escaso. Déjenme comprobar primero de qué fuerza disponemos y luego veremos lo que se puede hacer. ¿Me permiten que les coloque como me parezca mejor?

—Es evidente que usted sabe mucho más que nosotros sobre este tema —dijo Harvey Deacon—. Le ruego que asuma usted todo el control.

—Puede que las condiciones no sean muy buenas. Pero haremos lo que podamos. La señora se quedará donde está, yo me sentaré a su lado y este caballero junto a mí. El señor Moir se colocará al otro lado de la señora, porque es bueno alternar rubios y morenos. ¡Así! Y ahora, con su permiso, apagaré las luces.

—¿Qué ventaja tiene la oscuridad? —le pregunté.

—La fuerza que empleamos es una vibración del éter, al igual que la luz. Ahora contamos con todos los hilos, ¿hein? ¿Le asusta la oscuridad, señora?

¡Qué divertidas son estas séances!

Al principio la oscuridad resultaba totalmente impenetrable, pero al cabo de unos minutos nuestros ojos se acostumbraron a ella hasta el punto de permitirnos distinguir la presencia de los demás, aunque de forma muy borrosa y vaga, ésa es la verdad. Al margen de estas oscuras formas inmóviles no se veía nada más en el estudio. Todos nos estábamos tomando aquella sesión con mucha mayor seriedad que las anteriores.

—Extiendan las manos hacia delante. Es imposible que nos toquemos, pues somos pocos para una mesa tan grande. Relájese, señora, y si el sueño se apodera de usted, no se resista. Y ahora guardemos silencio y esperemos… ¿hein?

Nos quedamos en silencio y esperamos, mirando fijamente la oscuridad que se abría ante nosotros. El tic-tac de un reloj llegaba desde el corredor. Un perro ladraba de forma intermitente en la lejanía. Una o dos veces se oyó el traqueteo de un coche que atravesaba la calle, y el resplandor de sus farolillos penetró por una ranura de las cortinas produciendo una alegre interrupción de aquella oscura espera. Entonces empecé a sentir los simonías físicos que ya me resultaban familiares de anteriores séances…: pies fríos, hormigueo en las manos, calor en las palmas y una sensación de viento frío en la espalda. Sentí unas extrañas punzadas en los antebrazos, especialmente en el izquierdo, el que tenía más cerca de nuestro invitado, debido sin duda a una alteración del sistema vascular, pero digna de atención en cualquier caso. Al mismo tiempo fui consciente de un sentimiento de expectación creciente, casi doloroso. Por el rígido y absoluto silencio de mis compañeros, deduje que sus nervios estaban tan en tensión como los míos.

Entonces un sonido surgió repentinamente de la oscuridad… un débil y sibilante sonido: la respiración, tenue y acelerada, de una mujer. Poco después la respiración se fue haciendo cada vez más tenue y rápida, como si fluyera a través de unos dientes apretados, hasta terminar en un agitado jadeo acompañado de un roce monótono de tela.

—¿Qué es eso? ¿Todo va bien? —preguntó alguien en la oscuridad.

—Sí, no hay ningún problema —dijo el francés—. Es la señora, que ha caído en trance. Ahora, caballeros, si esperan en silencio, podrán ver algo que creo que les va a resultar muy interesante.

Persistía el tic-tac del recibidor. Seguía oyéndose la respiración de la médium, ahora más intensa y profunda. Seguían llegando los resplandores de las luces fugaces de los cabriolés, que se agradecían más que nunca. Nos encontrábamos en una especie de puente tendido en el vacío: a un lado, el

velo entreabierto de lo eterno, y en el otro, los coches de Londres. La mesa palpitaba con pulso vigoroso. Oscilaba con fuerza, rítmicamente, con un fácil movimiento de presión y distensión bajo nuestros dedos. De su interior surgían crujidos y chasquidos suaves y penetrantes, como los que produce un animado fuego en una noche helada.

—Hay mucha fuerza —dijo el francés—. ¡Se puede ver encima de la mesa!

Pensé que se trataba de una ilusión mía, pero todos la veían ahora. Había una luz fosforescente, entre verdosa y amarillenta —un vapor luminoso más que luz, diría yo—, flotando sobre la superficie de la mesa. Se enrollaba, retorcía y ondulaba en pliegues de un tenue resplandor, girando y arremolinándose como nubes de humo. Pude ver las manos blancas y cuadradas del francés iluminadas por aquella luz siniestra.

—¡Qué divertido! —exclamó—. ¡Es espléndido!

—¿Utilizaremos el alfabeto? —preguntó Moir.

—¡Oh, no! Haremos algo mucho mejor —contestó el invitado—. Eso de inclinar la mesa hacia cada letra del alfabeto es más bien tosco, y con una médium como la señora podemos aspirar a cosas mejores.

—Sí, pueden hacer cosas mejores —dijo una voz.

—¿Qué ha sido eso? ¿Quién ha hablado? ¿Ha sido usted, Markham?

—No, yo no he dicho nada.

—Es la señora la que ha hablado.

—Pero… no era su voz.

—¿Es usted, señora Delamere?

—No es la médium, sino el poder que se manifiesta a través de los órganos de la médium —dijo la extraña y profunda voz.

—¿Dónde está la señora Delamere? Confío en que no sufrirá ningún daño.

—La médium es feliz en otro plano de la existencia. Ella ha ocupado mi lugar y yo el suyo.

—¿Quién es usted?

—A ustedes no debe importarles saber quién soy yo. Yo soy uno que vivió como ustedes, y que murió como ustedes morirán.

Escuchamos el crujido y el rechinar de un coche que se detuvo en el portal de al lado. Se produjo una pequeña discusión a propósito del precio del viaje, y el cochero se alejó calle abajo refunfuñando roncamente. La nube verde amarillenta seguía formando suaves remolinos sobre la mesa, apagada por una parte pero dotada de una tenue luminosidad por el lado de la médium. Parecía que se estaba concentrando frente a ella. Una sensación de frío y miedo

penetró en mi corazón. Me dio la impresión de que nos habíamos acercado frívola y alegremente al más real y augusto de los sacramentos, a la comunión con los difuntos de la que hablaron los Padres de la Iglesia.

—¿No les parece que estamos yendo demasiado lejos? ¿No deberíamos dar por finalizada esta séance? —exclamé.

Pero los demás estaban ansiosos por ver en qué acababa aquello y se rieron de mis escrúpulos.

—Todos los poderes han sido creados para su uso —dijo Harvey Deacon—. Si podemos hacer esto, debemos hacerlo. Todas las nuevas vías de conocimiento fueron consideradas ilegales en un principio. Es conveniente y razonable que indaguemos sobre la naturaleza de la muerte.

—Es conveniente y razonable —repitió la voz.

—¡Ya lo creo! ¿Qué más se puede pedir? —exclamó Moir, que parecía muy excitado—. Hagamos una prueba. ¿Podría ofrecernos una prueba de que realmente está entre nosotros?

—¿Qué prueba desea?

—Pues, veamos… Tengo unas monedas en el bolsillo. ¿Podría decirme cuántas hay?

—Cuando regresamos es con la esperanza de enseñar y elevar el espíritu, y no para adivinar acertijos infantiles.

—Vaya, señor Moir, esta vez le han pillado —exclamó el francés—. Seguramente el Control tiene mucha razón en lo que dice.

—Esto es una religión, no un juego —dijo la voz, fría y dura.

—Precisamente, ésa es también la opinión que yo tengo sobre este asunto —exclamó Moir—. Puede estar seguro de que siento mucho haber hecho una pregunta tan absurda. ¿No quiere decirme quién es usted?

—¿Qué importa ahora?

—¿Lleva mucho tiempo siendo un espíritu?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Nosotros no contamos el tiempo como ustedes. Nuestra condición es diferente.

—¿Es feliz?

—Sí.

—¿No desearía volver a la vida?

—No… sinceramente no.

—¿Tiene alguna ocupación?

—No podríamos ser felices si no tuviéramos nada que hacer.

—¿A qué se dedica?

—Ya le he dicho que nuestra situación es totalmente diferente a la suya.

—¿No podría darnos una idea de su actividad?

—Nosotros nos esforzamos por nuestro propio perfeccionamiento y por el progreso de los demás.

—¿Le complace estar aquí esta noche?

—Me alegro de haber venido si puedo hacer algún bien con mi visita.

—Entonces su objetivo es hacer el bien.

—Ésa es la meta de la vida en cualquiera de sus niveles.

—Lo ve, Markham, eso responde a sus temores.

Y así fue, pues mis dudas desaparecieron dejando paso al interés.

—¿Existe el dolor en su vida? —pregunté.

—No; el dolor es algo corporal.

—¿Existe el sufrimiento mental?

—Sí; uno puede sentirse triste o angustiado en cualquier momento.

—¿Se reúnen con los amigos que conocieron en esta vida?

—Con algunos.

—¿Por qué sólo con algunos?

—Sólo con los que estamos en buena armonía.

—¿Se reúnen los maridos con sus esposas?

—Los que de verdad se quisieron, sí.

—¿Y los demás?

—Para ésos el otro no es nada.

—¿Tiene que haber un vínculo espiritual?

—Por supuesto.

—¿Es correcto lo que estamos haciendo?

—Si se hace con buenos fines, sí.

—¿Y qué fin no lo es?

—La mera curiosidad y el capricho.

—¿Pueden ser peligrosos?

—Podrían convocar fuerzas que escapan a su control.

—¿Fuerzas malignas?

—Fuerzas que están aún sin desarrollar.

—Dice que son peligrosas: ¿para el cuerpo o para la mente?

—A veces para los dos.

Se produjo una pausa, y la oscuridad pareció hacerse aún más densa, mientras la neblina verde-amarillenta giraba y humeaba sobre la mesa.

—¿Le gustaría hacer alguna pregunta más, Moir? —dijo Harvey Deacon.

—Sólo ésta: ¿existe la oración en su mundo?

—La oración debería estar presente en todos los mundos.

—¿Por qué?

—Porque es el reconocimiento de que existen poderes hiera de nosotros mismos.

—¿Qué religión practican allá?

—Tenemos creencias diferentes, igual que ustedes.

—¿No han alcanzado ciertos conocimientos?

—Sólo tenemos fe.

—Los asuntos religiosos —intervino el francés— tienen un gran interés para ustedes los ingleses, que son gente seria, pero no resultan muy divertidos. Tengo la impresión de que con este poder podríamos intentar alguna experiencia importante… ¿hein? Algo de lo que después pudiéramos hablar.

—Pero nada puede ser más interesante que esto —dijo Moir.

—De acuerdo, si ésa es su opinión, me parece muy bien —respondió el francés contrariado—. Por mi parte, tengo la impresión de haber escuchado todo esto antes, y me gustaría intentar esta noche algún experimento aprovechando toda esta energía de que disponemos. Pero si desea hacerle más preguntas, adelante; cuando haya terminado podremos intentar algo más.

Pero el hechizo se había roto. Preguntamos y preguntamos, pero la médium permaneció muda en su silla. La neblina seguía girando sobre la mesa.

—Ha alterado la armonía. Ya no responderá a nada más.

—Pero ya hemos escuchado todo lo que ella puede contarnos… ¿hein? Por mi parte desearía ver algo que no haya visto antes.

—¿Por ejemplo…?

—¿Me dejan intentarlo?

—¿Qué se propone?

—Antes les dije que los pensamientos tienen sustancia. Ahora me gustaría probárselo, y mostrarles algo que tan sólo es un pensamiento. Sí, sí puedo hacerlo, y ustedes lo verán. Ahora les ruego que no se muevan de sus sitios, no digan nada y mantengan las manos sobre la mesa.

La habitación estaba más oscura y silenciosa que nunca. Volví a experimentar el mismo sentimiento de aprensión que me había atenazado al comienzo de la séance. Sentía una especie de hormigueo en las raíces de mis cabellos.

—¡Se ha puesto en marcha! ¡Está actuando! —exclamó el francés, y su voz se quebró al decir estas palabras, prueba de que también él era víctima de una gran tensión.

La niebla luminosa se deslizó lentamente fuera de la mesa y se desplazó fluctuante a través de la habitación. Luego se detuvo en el rincón más apartado y oscuro, donde se concentró e iluminó hasta solidificarse en torno a un núcleo brillante… una extraña mancha resplandeciente y cambiante, que tenía luz propia aunque sus rayos no penetraban las tinieblas. El color verde-amarillento se había convertido en un rojo apagado y oscuro. En torno al núcleo apareció entonces una sustancia oscura y humeante que se fue espesando y endureciendo, haciéndose cada vez más compacta y oscura. De pronto la luz desapareció, ahogada en la sustancia que había crecido a su alrededor.

—Se ha ido.

—¡Silencio…! Hay algo en la habitación.

Oímos algo en el rincón donde había estado la luz, algo que respiraba profundamente y se agitaba en la oscuridad.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha hecho, Le Duc?

—No pasa nada. No hay nada que temer.

La voz del francés temblaba de excitación.

—¡Cielo santo, Moir, hay un animal enorme en la habitación! ¡Está aquí, a mi lado! ¡Fuera, fuera!

Era la voz de Harvey Deacon, a la que siguió un golpe producido por un objeto pesado. Y después… después… ¿Cómo podría describir lo que ocurrió a continuación?

Algo enorme arremetió contra nosotros en la oscuridad, encabritándose, pateando el suelo, destrozándolo todo, saltando y resoplando. La mesa quedó destruida. Todos salimos despedidos en distintas direcciones. Entonces, aquel ser se abalanzó con una violencia terrible de un rincón a otro del estudio, revolviéndose entre nosotros y causando un gran estrépito. Todos gritábamos aterrorizados y nos arrastrábamos para apartarnos de él. Algo me pisó la pierna izquierda y sentí que se me astillaban los huesos bajo su peso.

—¡Una luz, una luz…! —aulló alguien.

—¡Moir, usted tiene cerillas! ¡Cerillas…!

—No, no tengo. Deacon, ¿dónde están las cerillas? ¡Por el amor de Dios, las cerillas!

—No las encuentro. ¡Cuidado, está ahí! ¡Deténgalo, francés!

—Está detrás de mí. Oh, mon Dieu, no puedo pararlo. ¡La puerta! ¿Dónde está la puerta?

Mi mano, tanteando en la oscuridad, tropezó por suerte con el picaporte. La criatura se lanzó desde el otro lado, resoplando y bufando, y embistió con un espantoso topetazo contra el tabique de roble. Giré rápidamente el picaporte y un segundo después estábamos todos fuera y la puerta se cerraba a nuestras espaldas. Desde el interior nos llegó el estruendo de un horrible destrozo y pataleo.

—¿Qué es eso? En el nombre del Cielo, ¿qué es eso?

—Un caballo. Lo vi cuando se abrió la puerta. Pero ¿qué ha sido de la señora Delamere?

—Tenemos que rescatarla. Vamos, Markham; cuanto más lo pensemos, menos nos agradará hacerlo.

Deacon abrió la puerta de golpe y nos lanzamos al interior. La señora Delamere estaba tirada en el suelo, entre los restos de su silla. La cogimos y la arrastramos rápidamente fuera de la habitación. En cuanto llegamos a la puerta eché una mirada por encima del hombro hacia la oscuridad. Allí había dos extraños ojos que nos miraban relucientes. Se oyó un redoble de cascos y tuve el tiempo justo para cerrar la puerta de golpe. Entonces se escuchó un topetazo y la puerta se rajó de arriba abajo.

—¡La está atravesando! ¡Va a salir!

—¡Corran, corran si quieren seguir con vida! —gritó el francés.

Otro golpe y algo atravesó la puerta rajada. Era una pica, larga y blanca, que brilló a la luz de la lámpara. Brilló durante un instante ante nosotros y volvió a desaparecer con un chasquido.

—¡Rápido, rápido! ¡Por aquí! —gritó Harvey Deacon—. Metedla dentro. ¡Aquí, rápido!

Nos refugiamos en el comedor y cerramos la pesada puerta de roble. Dejamos a la mujer inconsciente en el sofá y, acto seguido, Moir, el aguerrido hombre de negocios, vaciló y se desmayó sobre una alfombra que había junto a la chimenea. Harvey Deacon estaba pálido como un cadáver y temblaba convulso como un epiléptico. En ese momento oímos que la puerta del estudio volaba hecha pedazos con estruendo y que el ruido de cascos y los bufidos pasaban al corredor, arriba y abajo, arriba y abajo, haciendo temblar la casa con su furia. El francés tenía el rostro entre las manos y lloraba como un niño asustado.

—¿Qué vamos a hacer? —le increpé, sacudiéndole bruscamente por un hombro—. ¿Serviría de algo una pistola?

—No, no. El poder cesará. Entonces todo habrá terminado.

—Ha podido usted matarnos a todos, insensato, con sus experimentos infernales.

—No lo sabía. ¿Cómo iba a imaginar que se espantaría? Está loco de terror. Todo ha sido culpa de Deacon, él le golpeó.

Harvey Deacon se incorporó de un salto y exclamó:

—¡Cielo santo!

Un grito horrible resonó por toda la casa.

—¡Es mi mujer! Voy a salir ahora mismo. ¡Aunque sea el mismísimo Demonio, voy a salir!

Abrió la puerta de golpe y salió disparado hacia el corredor. Al final del pasillo yacía la señora Deacon inconsciente. Se había desvanecido al pie de la escalera, espantada por lo que acababa de ver. Pero allí no había nada más.

Nos miramos con ojos aterrorizados, pero todo estaba completamente tranquilo y en silencio. Me acerqué al rectángulo oscuro dejado por la puerta del estudio, esperando a cada paso que una forma atroz saltara hacia el corredor. Pero no ocurrió nada y todo estaba en silencio en el interior. Acechando de hito en hito, con el corazón en un puño, llegamos hasta el umbral y nos quedamos mirando fijamente la oscuridad. La habitación estaba en calma y no se oía ningún ruido, pero la oscuridad no era completa. Una nube luminosa, con el centro incandescente, flotaba en un rincón. Poco a poco se fue apagando y desvaneciendo, haciéndose cada vez más delgada y transparente, hasta que todo el estudio quedó de nuevo sumido en la misma oscuridad densa y aterciopelada. Y con el último destello vacilante de aquella luz siniestra, el francés estalló en un grito de alegría.

—¡Qué divertido! —exclamó—. Nadie ha resultado herido; sólo una puerta rota y las damas asustadas. Pero, amigos míos, hemos logrado hacer algo que hasta ahora nadie había conseguido.

—Y, si de mí dependiera, no volvería a repetirse —sentenció Harvey Deacon.

Esto fue lo que sucedió el pasado 14 de abril en el número 17 de Badderly Gardens. Empecé diciendo que podría resultar demasiado grotesco dogmatizar sobre lo que realmente ocurrió; simplemente he ofrecido mi propio punto de vista, nuestro punto de vista (ya que ha sido corroborado por Harvey Deacon y John Moir), por lo que pueda tener de valor. Cualquiera que lea este relato es muy libre de imaginar, si lo desea, que fuimos víctimas de un sofisticado y magnífico fraude, o pensar, como nosotros, que vivimos una experiencia totalmente real y terrible. O quizás sepa más que nosotros sobre

tan misteriosos asuntos y pueda informarnos de algún caso parecido. Si así fuera, y envían una carta a William Markham, 146 M, The Albany, podrían ayudarnos a esclarecer un suceso que seguimos viendo muy oscuro.

EL EMBUDO DE CUERO[30]

Mi amigo Lionel Dacre tenía su residencia en la Avenida de Wagram, en París, en la casita de la verja de hierro y una pequeña cespedera delante de la fachada, a mano izquierda conforme se va desde el Arco del Triunfo. Supongo que la tal casita es anterior a la apertura de la avenida, y lo deduzco de que sus tejas grises muestran manchas de líquenes, y de que los muros están comidos por la carcoma y descoloridos por los años. Vista desde la calle, la casa producía una impresión de pequeñez. Si mal no recuerdo, tenía cinco ventanas en la fachada, aunque en la parte trasera del edificio éste se estrechaba hasta quedar reducido a una habitación única muy larga. En esa habitación era donde Dacre tenía su extraordinaria biblioteca de ocultismo, y en la que iba atesorando fantásticas rarezas con las que satisfacía su pasión de aficionado, y con las que se divertían sus amigos. Hombre rico, de gustos refinados y excéntricos, había invertido gran parte de su vida y de su fortuna en reunir una colección particular, calificada de única en su género, de obras talmúdicas, cabalísticas y de magia, entre las que había muchas que eran rarísimas y de mucho valor. Llevábanle sus aficiones hacia lo maravilloso y lo monstruoso y, según he oído decir, sus experimentos en el campo de lo inexplorado y misterioso habían sobrepasado los límites de lo civilizado y de lo decente. Nunca hacía alusión a esos experimentos cuando hablaba con sus amigos ingleses, adoptando en tales casos una postura de investigador y de gran especialista; sin embargo, cierto caballero francés de gustos parecidos a los de Dacre me aseguró que dentro de aquel amplio y elevado salón se habían perpetrado los peores excesos de la misa negra, entre los estantes de libros alineados a lo largo de las paredes y las vitrinas en que están encerradas las rarezas como en un museo.

El aspecto de Dacre bastaba para producir la impresión de que su extraordinario interés por esta clase de problemas psíquicos era más bien de tipo intelectual que espiritualista. En aquella cara voluminosa no se advertía rastro alguno de tendencias ascéticas, pero sí que se descubría mucha energía mental en su cráneo enorme y de forma de cúpula, que se curvaba hacia arriba

desde las sienes, en las que raleaban los cabellos, elevándose como una cumbre nevada por encima de su orla de abetos. Sus conocimientos eran mayores que su prudencia, y su capacidad, muy superior a su carácter. Los ojillos brillantes, muy hundidos en su cara carnosa, centelleaban de inteligencia y de insaciable curiosidad por la vida, pero eran ojos de hombre sensual y egoísta. Y basta de hablar de ese hombre, porque el pobre ya ha muerto: murió en el instante mismo en que había adquirido la seguridad de tener en sus manos el elixir de la vida. No voy a tratar aquí de ese complejo personaje, sino de un incidente por demás extraño e inexplicable que se produjo con ocasión de una visita que le hice a principios de la primavera del año 1882.

Yo había trabado conocimiento con Dacre en Inglaterra, porque las investigaciones que llevé a cabo en el salón asirio del Museo Británico coincidieron con las que él llevaba a cabo para tratar de descubrir en las lápidas de Babilonia un sentido místico y esotérico. Nos unió esta conjunción de intereses. Algunos comentarios casuales acabaron convirtiéndose en diálogo de todos los días, y eso nos condujo hasta el borde de la amistad. Le prometí que iría a hacerle una visita en mi próximo viaje a París. En la época en que me fue posible cumplir esa promesa residía yo en una casita de Fontainebleau, y como la combinación de trenes de la noche resultaba incómoda, me invitó a que durmiese en su casa.

—No tengo disponible más que este sofá-cama —me dijo, señalándome con el dedo uno muy amplio que había en su espaciosa biblioteca—. Espero que le resulte cómodo.

Como dormitorio era aquél por demás extraordinario; las altas paredes estaban cubiertas de volúmenes de color marrón, pero para quien era, como yo, un ratón de biblioteca, no se podía imaginar decoración más agradable, porque no hay para mi olfato aroma más grato que el olorcillo rancio y sutil que despide un libro antiguo. Le di la seguridad de que no podía ofrecerme habitación más encantadora ni un ambiente más de mi gusto. Entonces él, mirando a los estantes de libros que había por toda la habitación, me dijo:

—Si estos decorados se salen de lo corriente y de lo apropiado, son por lo menos muy valiosos. He invertido cerca de un cuarto de millón en todos estos objetos que ve usted a su alrededor: libros, armas, joyas, tallas, tapices, imágenes, y difícilmente encontrará usted aquí ninguna cosa que no tenga su historia, una historia digna por lo general de contarse.

Él estaba sentado a un lado de la espaciosa chimenea mientras me hablaba, y yo enfrente de él. A la derecha de Dacre quedaba su mesa de

lectura, y la potente lámpara que había encima de la misma proyectaba sobre su parte superior un círculo vivísimo de dorada luz. En el centro de la mesa había un palimpsesto a medio enrollar, y alrededor del mismo un verdadero revoltijo de objetos sumamente raros. Uno de esos objetos era un enorme embudo, del tamaño de los que se emplean para llenar las barricas de vino. Daba la impresión de estar fabricado de madera negra, y con los bordes revestidos de latón descolorido.

Yo comenté:

—He ahí un objeto curioso. ¿Qué historia tiene?

—¡Ah! —me contestó—. Eso es precisamente lo que yo me he preguntado muchas veces. Pagaría bien a quien me la contara. Coja el embudo y examínelo.

Así lo hice, y descubrí que lo que yo suponía madera no era tal, sino cuero, aunque los años lo habían resecado dándole extraordinaria dureza. Era un embudo voluminoso que podría contener un azumbre cuando estuviera lleno. El reborde de latón recubría toda la extremidad ancha, pero también la parte estrecha tenía el borde metálico.

—¿Qué le dice a usted eso? —preguntó Dacre.

—Yo diría que perteneció a algún vinatero o fabricante de cerveza de la Edad Media —le contesté—. He tenido ocasión de ver en Inglaterra jarros de cuero que databan del siglo XVII y que presentaban idéntico color y dureza que este embudo.

—Pues sí, me atrevo a decir que esta pieza debe ser más o menos de esa misma época —dijo Dacre—. Tampoco cabe duda de que sirvió para llenar de líquido algún recipiente. Sin embargo, si mis barruntos son exactos, lo empleó un extraño vinatero, y el recipiente que con él se llenó era de clase muy especial. ¿No advierte usted nada raro en el extremo más estrecho del embudo?

Lo puse a la luz y descubrí que la parte estrecha del embudo estaba marcada de abolladuras y arañazos a unas cinco pulgadas por encima del borde metálico, como si alguien hubiese tratado de hacer muescas alrededor con un cuchillo romo. Fuera de ese lugar no se advertía en toda la negra superficie mate ni una sola aspereza.

—Alguien trató de cortar el gollete.

—¿A eso lo llama usted un corte?

—Por lo menos parece lleno de rasguños y desgarraduras. Cualquiera que haya sido el instrumento empleado, se necesitó alguna fuerza para dejar esas

señales en un material tan duro. Pero ¿qué opinión tiene usted acerca de ese detalle? Yo diría que sabe usted más de lo que dice.

Dacre sonrió y le relampaguearon los ojos de una manera expresiva.

Luego me preguntó:

—¿Figura acaso entre sus temas de estudio el de la psicología de los sueños?

—Ignoraba hasta ahora que existiese tal psicología.

—Amigo mío, ese estante de libros que hay encima de la vitrina de joyas está ocupado por obras que se inician con las de Alberto Magno y que tratan exclusivamente de ese tema, que constituye por sí mismo una ciencia.

—Una ciencia de charlatanes.

—El charlatán es siempre el que va abriendo caminos. Del astrólogo salió el astrónomo, del alquimista el químico y del mesmerismo la psicología experimental. El charlatán de ayer será el profesor de mañana. Andando el tiempo, hasta una materia tan sutil y resbaladiza como la de los sueños será sistematizada y puesta en orden. Cuando ese tiempo llegue, las búsquedas de esos amigos nuestros que hay en el estante de libros que le indico no serán ya elucubraciones de místicos, sino las bases de una ciencia.

Bien; aun dando eso por admitido, ¿qué tiene que ver la ciencia de los sueños con un embudo voluminoso, negro, y con los bordes revestidos de latón?

Se lo voy a decir. Ya sabrá usted que un agente mío anda siempre a la busca de objetos raros y curiosos con destino a mi colección. Hace algunos días se enteró de que el chamarilero de los muelles del Sena había comprado algunas antiguallas sin valor que se encontraron en un arma no de una casa antigua que hay en la parte trasera de la rue Mathurin del barrio latino. El comedor de esta casa antigua está decorado con un escudo de armas, cheurones y listas rojas sobre campo de plata. Se hicieron investigaciones y resultó que ese escudo era el de Nicolás de la Reynie, alto funcionario de Luis XIV. No cabe duda de que los demás artículos descubiertos en el armario datan de los primeros tiempos de ese reinado. De ahí se deduce que todos ellos pertenecieron a ese Nicolás de la Reynie, y este caballero, según tengo entendido, tenía a su cargo el mantenimiento y la ejecución de las draconianas leyes que regían en aquella época.

—¿Adónde quiere llegar?

—Hágame el favor de coger en sus manos el embudo otra vez y de examinar el cerquillo de latón. ¿Distingue usted en el mismo alguna letra?

El cerquillo mostraba, desde luego, algunos arañazos, casi borrados por los años. La sensación general que producía era la de que allí había grabadas varias letras, y que la última de todas tenía cierto parecido con una B.

—Es una B, ¿no es así?

—Así me lo parece, en efecto.

—Y también a mí. A decir verdad, no tengo duda alguna de que es una B.

—Sin embargo, ese aristócrata del que le hablo tenía de inicial una R.

—¡Justamente! Ahí está lo extraordinario del caso. Poseía este objeto curioso y, sin embargo, había hecho grabar en el mismo las iniciales de otra persona. ¿Por qué lo hizo?

—No tengo la más remota idea. ¿Y usted?

—Pues bien: quizá tenga yo alguna pista. ¿No ve usted un dibujo un poco más allá en el mismo cerquillo?

—Yo diría que es el dibujo de una corona.

—Lo es, sin género de duda; pero si usted lo examina con buena luz, caerá en la cuenta de que no se trata de una corona cualquiera. Es una corona heráldica, un distintivo de categoría, y consiste en un dibujo en el que se alternan cuatro perlas y cuatro hojas de fresal, es decir, el distintivo que corresponde a un marqués. Podemos, pues, inferir de ahí que la persona cuyas iniciales terminan en una *B* tenía derecho a usar esa corona de nobleza.

—Según eso, este vulgar embudo de cuero pertenecía a un marqués.

Dacre sonrió con una sonrisa intencionada, y dijo:

—O a alguno de los miembros de la familia de un marqués. He ahí todo lo que hemos podido sacar en limpio de ese cerquillo grabado.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con los sueños?

No sé si fue que advertí en la cara de Dacre una expresión determinada, o que creí ver en sus maneras alguna sugerencia sutil; pero el hecho es que, mientras contemplaba aquella antigualla de cuero nudoso, sentí que me invadía una sensación de repugnancia, de horror espontáneo.

—Yo he recibido por medio de mis sueños en más de una ocasión datos de suma importancia —dijo mi interlocutor con la solemnidad de maestro que gustaba de adoptar—. En la actualidad, y siempre que me encuentro lleno de dudas sobre un punto concreto relacionado con un objeto, he tomado como norma el colocarlo cerca de mí mientras duermo, con la esperanza de conseguir algún esclarecimiento. A mí este procedimiento no me parece muy oscuro, aunque la ciencia ortodoxa no le haya otorgado todavía su bendición. De acuerdo con mi teoría, cualquier objeto que se haya encontrado en íntima relación con un paroxismo supremo de alguna emoción humana, sea ésta de

alegría o de dolor, retiene cierta atmósfera o ligazón que es capaz de comunicarse a una inteligencia de suficiente sensibilidad. No quiero decir con esto que tenga que tratarse de una sensibilidad extraordinaria, sino de una inteligencia tal como la que poseemos usted y yo, entrenada y educada.

—En resumen, que, por ejemplo, si yo duermo junto a esa vieja espada que tiene usted allí en la pared, soñaría, según usted, con algún incidente sangriento en el que intervino esa misma espada, ¿no es así?

—Ha puesto usted un ejemplo excelente. A decir verdad, yo me serví precisamente de esa espada con ese mismo objetivo, y vi en sueños la muerte de su propietario. Éste sucumbió en una intensa escaramuza que no he logrado identificar, pero que tuvo lugar en la época de las guerras de la Fronda. Si usted se pone a pensar en el tema, algunos de nuestros ritos populares nos demuestran que ese fenómeno era ya conocido por nuestros antepasados, aunque nosotros, gente de mayor sabiduría, lo tengamos clasificado entre las supersticiones.

—Cíteme un ejemplo.

—Allí tenemos, sin ir más lejos, la costumbre de colocar el pastel de la novia debajo de la almohada para que tenga en ella sueños agradables. Es uno de los varios ejemplos que expongo en un pequeño folleto que estoy escribiendo sobre esta materia. Pero, volviendo al punto de partida, le diré que una noche dormí teniendo a mi lado ese embudo, y que tuve un sueño que arroja, sin duda, una luz extraña acerca de su empleo y de su origen.

—¿Qué es lo que soñó usted?

—Soñé…

Cortó la frase, y apareció en su cara maciza una expresión de vivo interés. Luego me dijo:

—Vive Dios, que es una buena idea. Será un experimento de extraordinario interés. Usted es un sujeto psíquico, dotado de nervios que responden rápidamente a cualquier impresión.

—Nunca me puse a prueba en ese terreno.

—Pues lo pondremos esta noche. ¿Sería mucho pedir, como favor especial, que duerma usted esta noche en ese sofá-cama, colocando al acostarse junto a su almohada este viejo embudo?

La petición me pareció grotesca, pero soy hombre de naturaleza complicada y me fascina todo lo que resulta raro y fantástico. No creía ni remotamente en la teoría de Dacre, ni abrigaba esperanza alguna de éxito en aquel experimento; sin embargo, me agradó la perspectiva de realizarlo. Dacre acercó con mucha seriedad un pequeño mostrador a la cabecera de la

que iba a ser mi cama y colocó encima el embudo. Luego, tras un corto diálogo, me dio las buenas noches y se retiró.

* * *

Permanecí algún tiempo junto a la chimenea en la que el fuego se iba encenizando, y di vueltas en mi cabeza al curioso incidente ocurrido y al extraño experimento que quizá me esperaba. Aunque yo era escéptico, no dejó de impresionarme algo la absoluta seguridad con que Dacre se había expresado. También lo extraordinario del ambiente, la enorme sala en la que estaban reunidos aquellos objetos extraños, muchos de ellos siniestros, me embargaron con cierta sensación de solemnidad. Finalmente me desvestí, apagué la luz y me acosté. Después de mucho revolverme en la cama, caí dormido. Voy a tratar de describir con toda la minuciosidad que me sea posible la escena que se me representó en sueños. Se me ha quedado grabada en la memoria con mucha mayor nitidez que todas las escenas vistas con mis propios ojos de hombre despierto.

Vi una habitación que tenía el aspecto de estar abovedada. Desde los cuatro ángulos del techo arrancaban otras tantas enjutas que se reunían en el centro, dándole la forma de una copa. La arquitectura era tosca, pero muy sólida, lo que indicaba que sin duda formaba parte de un gran edificio.

Había tres hombres sentados sobre una plataforma alfombrada de rojo. Los tres vestían de negro, con sombreros también de terciopelo negro, de forma rara y recargada en la parte superior. Sus rostros eran muy solemnes y fúnebres. A su izquierda había dos hombres de pie, vestidos con largos hábitos y sosteniendo en las manos unas carpetas que parecían atiborradas de documentos. A la derecha, mirando hacia mí, había una mujercita de cabellos rubios y de ojos bellísimos, de un azul claro. Eran unos ojos de niña. La mujer había pasado ya de su primera juventud, sin que pudiera decirse que hubiese entrado en la edad mediana. Su cuerpo era un tanto grueso, y su porte altivo y firme. El rostro pálido pero sereno. Era un rostro extraño, agraciado, pero felino, y de él emanaba una sutil sensación de crueldad producida por su boca pequeña, firme y recta, y por su mandíbula algo voluminosa. Vestía una túnica de pliegues, floja y de color blanco. Tenía de pie, a su lado, a un sacerdote de cuerpo enjuto y expresión anhelante, que le cuchicheaba algo al oído y levantaba a cada momento un crucifijo delante de los ojos de la mujer. Ésta volvió la cabeza y miró, por encima del crucifijo, a los tres hombres vestidos de negro, que me dieron la impresión de ser sus jueces.

Estaba yo viendo aquello cuando los tres hombres se pusieron en pie y dijeron algo. No pude escuchar sus palabras, aunque me fijé en que era el del centro quien hablaba. A continuación se retiraron de la habitación, seguidos por los dos hombres que llevaban los documentos. Inmediatamente entraron con mucho brío varios hombres de aspecto rudo vestidos con gruesos justillos, y retiraron primero la alfombra roja y después las tablas que formaban la tarima, dejando completamente despejada la habitación. Al desaparecer aquella especie de mampara, vi que detrás de ella había algunos objetos por demás extraños. Uno de ellos parecía una cama, pero tenía en ambas extremidades cilindros de madera, con un manillar de torno para graduar la longitud de la misma. Otro objeto era un potro de madera. Vi otros objetos no menos curiosos, y algunas cuerdas que colgaban después de pasar por distintas poleas accionadas por ellas. Tenía cierto parecido con un moderno salón de gimnasia.

Una vez despejada la habitación, apareció en escena un nuevo personaje, alto, delgado, vestido de negro, de cara trasijada y severa. El aspecto de aquel hombre me espeluznó. Sus ropas brillaban de grasa y estaban salpicadas de manchas. Se conducía con lenta e impresionante solemnidad, como si desde el momento de entrar hubiese tomado posesión de todo aquello. A pesar de su aspecto rudo y de su sórdida vestimenta, era él quien tenía que actuar allí; la habitación le pertenecía; era él quien mandaba. Enrolladas en su antebrazo izquierdo llevaba varias cuerdas delgadas. La dama le miró de arriba abajo con mirada escrutadora, pero sin que cambiase la expresión de su rostro. Esa expresión era de firmeza, casi de desafío. En cambio, la del sacerdote había cambiado radicalmente. La expresión de su rostro era de una palidez mortal, y distinguí en su frente, ancha e inclinada, el brillo de las gotas de sudor que corrían por ella. Alzó los brazos en actitud de súplica, y se inclinó una y otra vez para murmurar frases frenéticas al oído de la dama.

De pronto, el hombre vestido de negro se adelantó, desenrolló una de las cuerdas de su antebrazo izquierdo y ató con ellas las muñecas de la mujer. Ésta alargó sus manos mansamente hacia el hombre, mientras éste realizaba su tarea. Hecho esto, agarró con áspera presa el brazo de la mujer y la condujo hasta el potro de madera, que le llegaba un poco por encima de la cintura. La alzó en vilo y la tendió de espaldas encima del potro, con la cara mirando al techo. El sacerdote, trémulo de espanto, se había precipitado fuera de la habitación. Los labios de la mujer se movían rápidos y, aunque yo nada podía oír, comprendí que rezaba. Los pies le colgaban a uno y otro lado del potro, y los rudos lacayos que ayudaban al hombre de negro en sus tareas ataron

cuerdas alrededor de sus tobillos y las fijaron a unos anillos de hierro que había en el piso de piedra.

Sentí que me daba un vuelco el corazón a la vista de aquellos ominosos preparativos, pero no pude apartar los ojos del extraordinario espectáculo, porque lo espantoso de la escena me tenía fascinado. Entró un hombre cargado con un cubo de agua en cada mano. Siguió a ése otro más, con un tercer cubo. Los colocaron junto al potro de madera.

El segundo hombre que había entrado traía en la otra mano un cazo de madera con un mango recto y se lo entregó al hombre vestido de negro. En ese mismo instante se acercó uno de los lacayos con un objeto negro en la mano. Ese objeto me produjo incluso en sueños una confusa sensación de cosa conocida. Era un embudo de cuero. Con un impulso tremendo y horrible lo metió en… No pude aguantar más. Se me erizaron de horror los cabellos. Me retorcí, forcejeé, rompí las ataduras del sueño, me precipité con un alarido dentro de mi propia vida y me vi castañeteando de espanto, tendido en el sofá-cama, en el interior de la colosal biblioteca, mientras la luz de la luna irrumpía por la ventana, proyectando extrañas formas en negro y en plata sobre la pared del fondo. ¡Qué sensación tan bendita de alivio experimenté al encontrarme de regreso en mi siglo XIX, al regresar desde aquella bóveda medieval a un mundo en el que los hombres tienen dentro de su pecho corazones humanos! Me senté en la cama, temblando de pies a cabeza, y con el alma dividida entre el espanto y la gratitud. ¡Pensar que hubo tiempos en que se hacían esas cosas, en que podían hacerse sin que Dios fulminase con su rayo mortal a semejantes canallas! ¿Era todo aquello una simple fantasía, o respondía en realidad a hechos ocurridos en las épocas nefastas y crueles de la historia del mundo? Hundí la cabeza sollozante entre mis manos temblorosas. De pronto, de una manera súbita, me pareció que mi corazón se inmovilizaba dentro de mi pecho. Fue tan grande mi espanto que ni siquiera pude gritar. Atravesando la oscuridad de la habitación, algo se iba acercando a mí.

Hay algo que desarma a un hombre, y es el espanto que se produce sobre otro espanto. No razoné, no me fue posible; tampoco pude rezar. Permanecí sentado como una estatua de hielo, con la mirada fija en la negra figura que venía hacia mí cruzando la enorme sala. De pronto, la figura salió al blanco camino del claro de luna y volví a respirar. Era Dacre, y la expresión de su rostro denotaba que su terror era tan grande como el mío. Me preguntó con voz ronca:

—¿Fue usted? Por amor de Dios, ¿qué le ocurre?

—¡No sabe, Dacre, cuánto me alegro de que haya venido! Me hundí en un infierno. Fue algo espeluznante.

—¿Fue usted, entonces, quien gritó?

—Debí de ser yo.

—Su grito resonó por toda la casa. La servidumbre está aterrada.

Encendió una cerilla y prendió la lámpara.

—Creo que podríamos encender otra vez el fuego de la chimenea —agregó, echando algunos leños encima de las ascuas—. ¡Válgame Dios, mi querido amigo, qué palidez la suya! Cualquiera diría que ha visto un espectro.

—Los he visto. He visto varios.

—Según eso, el embudo de cuero ha entrado en acción.

—Ni por todo el dinero que usted me ofreciese volvería yo a dormir cerca de ese artefacto infernal.

Dacre gorgoteó de risa, y dijo:

—Ya contaba con que tendría una noche movidita. Me lo ha pagado haciéndomela pasar a mí, porque el alarido que usted ha lanzado no ha sido muy agradable a una hora como las dos de la mañana. Por lo que acaba usted de decir, me imagino que ha visto en sueños toda la espantosa escena.

—¿Qué escena espantosa?

—El tormento del agua, o como se llamaba en los simpáticos días del Rey Sol, el «interrogatorio extraordinario». ¿Lo aguantó usted hasta el final?

—No, gracias a Dios; me desperté antes de que empezase realmente.

—¡Vaya! Eso que ha salido usted ganando. Yo resistí hasta el tercer cubo. Bueno; se trata de un asunto viejo, y como ya todos ellos están en sus tumbas, ¿qué importancia tiene el conocer los antecedentes que los llevaron hasta ese extremo? Me imagino que usted no tiene la más remota idea de qué escena fue la que vio en realidad.

—El tormento de alguna mujer criminal; pero si sus crímenes guardaban proporción con su castigo, debió ser, efectivamente, una terrible malhechora.

—Nos queda por lo menos ese pequeño consuelo —dijo Dacre, ciñéndose al cuerpo el batín y agazapándose más cerca del fuego—. Eran, en efecto, proporcionados a su castigo; es decir, si no estoy equivocado sobre la verdadera personalidad de aquella dama.

—¿Y cómo ha podido usted identificarla?

Por toda respuesta, Dacre echó mano a un volumen encuadernado en viejo pergamino que había en un estante, y me dijo:

—Preste atención a esto, que está escrito en un francés del siglo XVII, del que le iré dando una versión aproximada conforme leo. Usted mismo podrá

decidir si he aclarado o no el acertijo: «La acusada fue conducida a presencia del Alto Tribunal del Parlamento, en funciones de Corte de Justicia. Se la acusó del asesinato de maese Dreux d'Aubray, su padre, y de sus dos hermanos, los señores D'Aubray, funcionario civil el uno, y Consejero del Parlamento el otro. Al verla resultaba difícil creer que hubiese cometido realmente hechos tan nefandos, porque su aspecto era bondadoso, su estatura pequeña, y su cutis sonrosado, con ojos azules. Pero el Alto Tribunal la consideró culpable y la condenó al interrogatorio corriente y al extraordinario, para forzarla a dar los nombres de sus cómplices. Después fue conducida en una carreta a la plaza de Grève, donde le sería cortada la cabeza, procediéndose luego a quemar su cuerpo y a esparcir sus cenizas a todos los vientos». La fecha en que se registró esta nota es del 16 de julio 1676.

—Es interesante, pero no convincente —dije yo—. ¿Cómo demuestra usted que esas dos mujeres eran una misma persona?

—A eso voy. El relato deja constancia de cómo se comportó la mujer al ser sometida al interrogatorio extraordinario. «Cuando se acercó el verdugo, ella lo reconoció por las cuerdas que llevaba y alargó sin vacilación sus propias manos, mirándole de la cabeza a los pies sin pronunciar palabra». ¿Qué tal concuerda esto?

—Concuerda totalmente, en efecto.

—«La condenada contempló sin pestañear el potro de madera y las anillas que tantos miembros habían desencajado y tantos alaridos de angustia habían producido. Cuando sus ojos se posaron en los tres cubos de agua, que estaban ya preparados junto a ella, dijo con una sonrisa: Monsieur, seguramente quien ha traído toda esa agua lo ha hecho con intención de ahogarme, porque espero que no se imaginará que una persona de estatura tan pequeña como la mía sea capaz de engullirla totalmente». ¿Quiere usted que lea los detalles del tormento?

—De ninguna manera, por Dios, de ninguna manera.

—Aquí veo un párrafo que le demostrará con absoluta seguridad que se describe la mismísima escena que usted ha contemplado esta noche: «El bondadoso abate Pirot, incapaz de contemplar las torturas a que se veía sometida su penitente, había salido corriendo de la habitación». ¿Le convence a usted esto?

—Me convence por completo. No puede ponerse en tela de juicio que se trata del mismo acontecimiento. Pero ¿quién es, en ese caso, esa dama de aspecto tan atrayente y que acabó de manera tan horrible?

La respuesta de Dacre fue cruzar hasta donde yo estaba y colocar la lámpara pequeña encima de la mesa próxima a mi cama. Levantó el ominoso embudo y giró el cerquillo de latón, de manera que le diese la luz de lleno. Visto de esa manera, lo grabado en él apareció con mayor nitidez que la noche anterior, y Dacre me dijo:

—Hemos quedado ya de acuerdo en que ésta es la divisa de un marqués o de una marquesa. También estamos de acuerdo en lo referente a que la última letra es una B.

—Así es, sin duda alguna.

—Pues bien: yo apunto la idea de que las demás letras, de izquierda a derecha, son las siguientes: M, M, d, A, una d, y a continuación la B final.

—En efecto; estoy seguro de que usted las ha interpretado correctamente. Distingo con toda claridad las dos letras minúsculas que dice.

—Esto que acabo de leerle —prosiguió Dacre— es el sumario oficial del proceso de Marie Madeleine d'Aubray, marquesa de Brinvilliers, una de las más célebres envenenadoras y asesinas de todos los tiempos.

Permanecí sentado y en silencio bajo el peso abrumador de aquel incidente de índole tan extraordinaria, y de la prueba decisiva con que Dacre había explicado lo que realmente significaba. Recordé de una manera confusa ciertos detalles de la vida de aquella mujer, su desentrenado libertinaje, la sangre fría y la prolongada tortura a que sometió a su padre enfermo, y el asesinato de sus hermanos por móviles de mezquinos intereses. Recordé también la entereza de su muerte, que contribuyó en algo a expiar los horrores de su vida, haciendo que todo París simpatizase con sus últimos momentos y la proclamase mártir a los pocos días de haberla maldecido como asesina. Una única objeción surgía en mi cerebro:

—¿Cómo fue que las iniciales de su nombre y apellido fueron inscritas junto con el distintivo de su rango en el embudo? ¿O es que llevaban su respeto medieval a la nobleza hasta el punto de inscribir sus títulos en los instrumentos de tortura?

—Ese mismo problema me tuvo intrigado a mí, pero es susceptible de una explicación sencilla —dijo Dacre—. Este caso despertó en su tiempo un interés extraordinario, y resulta muy natural que La Reynie, jefe de Policía, retuviese el embudo como recuerdo macabro. No era suceso frecuente que una marquesa de Francia fuese sometida al interrogatorio extraordinario. Ahora bien: el grabar las iniciales de la mujer en el embudo para que sirviese de información a los demás es, desde luego, un recurso de lo más corriente en un caso así.

—¿Y esto? —pregunté, apuntando con el dedo hacia las marcas que se veían en el gollete de cuero.

Dacre me contestó, retirándose de mi lado:

—Esa mujer era una tigresa, y me parece evidente que tenía dientes fuertes y afilados, como los tienen las tigresas de otra especie.

EL ESPEJO DE PLATA[31]

3 DE ENERO

Esta tarea de las cuentas de White y Whotherspoon ha resultado gigantesca. Son veinte gruesos archivadores los que hay que estudiar y comprobar. ¿No aspiro a socio joven de la firma? Ahora bien: éste es el primer asunto de importancia que han dejado totalmente en mis manos. Es preciso que yo justifique esa aspiración. Pero mi labor deberá estar completa a tiempo, para que puedan los abogados disponer de los datos antes de la vista de la causa. Johnson dijo esta mañana que tendría que comprobar hasta la última cifra antes del día 20 de este mes. ¡Válgame Dios! Vamos, pues, a ello, y si el cerebro y los nervios de una persona son capaces de sostener semejante esfuerzo, llegaré en el asunto hasta el final. Esto supone trabajo de oficina desde las diez hasta las cinco, y más tarde, otra sentada desde las ocho de la noche hasta la una de la madrugada. La vida de un contable es dramática. Cuando yo me veo en las tranquilas horas de la madrugada, mientras todo el mundo duerme, persiguiendo columna tras columna las cifras que faltan y que presentarán como delincuente a quien es hoy un respetado concejal, tengo conciencia de que, después de todo, la profesión de contable no es tan prosaica como podría parecer.

El lunes descubrí el primer rastro del desfalco. Jamás un cazador de caza mayor sintió escalofrío tan delicioso al descubrir la primera huella de la pieza que busca. Pero miro a los veinte legajos y me pongo a pensar en la manigua por entre la cual tendré que perseguirlo hasta conseguir cazarlo. ¡Duro trabajo, sí; pero también, a su manera, un deporte extraordinario! Una vez vi al voluminoso individuo en cuestión durante una comida en la City. Su cara rubicunda resplandecía por encima de una blanca servilleta. Miró él también al hombrecito pálido que estaba sentado al otro extremo de la mesa. También su cara rubicunda habría empalidecido si hubiese sabido cuál era la tarea que me esperaba.

6 DE ENERO

¡Qué sandez la que cometen los médicos cuando prescriben reposo a quienes el reposo es imposible! ¡Qué asnos! Lo mismo podrían decirle a gritos a un hombre perseguido por una manada de lobos que lo que necesita es tranquilidad absoluta. Tengo que tener preparadas mis cuentas para una fecha fija: si no lo consigo, habré perdido la gran oportunidad de mi vida. ¿Cómo diablos, pues, voy a tomar un descanso? Después de que haya tenido lugar la vista del proceso, me tomaré una semana o cosa así.

Quizá el insensato fui yo presentándome al médico. Pero la verdad es que cuando trabajo de noche y solo, me siento nervioso e inquieto en alto grado. No es que me duela nada. Se trata de una especie de plenitud dentro del cráneo, acompañada de cuando en cuando de una bruma delante de la vista. Pensé que quizá me beneficiase tomar algo de bromuro, de doral o de alguna otra cosa por el estilo. Pero ¿suspender el trabajo? Es absurdo pedirme semejante cosa. Es como una carrera de fondo. Empieza uno a sentir una cosa rara, con palpitaciones del corazón y jadeos de los pulmones; pero basta con que se tenga la energía de resistir y continuar en la carrera para que se consiga lo que se llama el segundo resuello. Seguiré firme, pues, en mi trabajo y esperaré el segundo resuello. Y si éste no llega nunca, seguiré, a pesar de todo, firme en mi trabajo. Revisé ya dos legajos, y llevo muy adelantado el tercero. El muy granuja ha tenido buen cuidado de borrar sus huellas; pero, con todo y con eso, las descubro.

9 DE ENERO

Tenía el propósito de no volver a visitar al médico; pero no tuve más remedio. «Que estoy forzando mis nervios, que corro el peligro de un derrumbe total, que puedo, incluso, terminar loco». ¡Bonita cosa el que le disparen a uno a quemarropa un dictamen así! Bueno; pues seguiré forzándolos, correré ese peligro y seguiré el rastro de ese viejo tunante mientras pueda permanecer sentado en la silla y sea capaz de mover la pluma.

A propósito, bien puedo poner aquí por escrito la extraña experiencia que me llevó esta segunda vez a ver al médico. Llevaré un registro exacto de mis síntomas y sensaciones, porque resultan interesantes por sí mismas… El médico ha dicho que se trata de un curioso estudio psicofisiológico… y también porque tengo la absoluta seguridad de que cuando haya acabado con

ellos han de parecerme una cosa borrosa e irreal, algo así como una extraña ensoñación que se tiene, medio dormido, medio caminando. Por eso ahora, mientras aún están frescos, los pondré por escrito aunque sólo sea para distraer mi pensamiento después de tanto revisar números.

Hay en mi habitación un antiguo espejo con marco de plata. Me lo regaló un amigo aficionado a las antigüedades, y él, según me enteré, se lo proporcionó en una almoneda sin siquiera sospechar su procedencia. Es un artefacto grande (tres pies de ancho por dos pies de alto), y mientras escribo lo tengo a mi izquierda, apoyado contra un lado de la mesa. El marco es liso, de unas tres pulgadas de anchura, y muy antiguo; demasiado antiguo para determinar su edad por las marcas de contraste y otros métodos corrientes. La parte de cristal tiene los bordes biselados y se proyecta hacia delante, poseyendo la magnífica potencia de reflejo que, según mi parecer, sólo puede encontrarse en los espejos muy antiguos. Cuando uno se mira en éste, recibe una sensación de perspectiva que no puede proporcionar ninguno de los espejos modernos.

El espejo está colocado de manera que, mientras yo trabajo sentado delante de la mesa, no suelo ver en su luna otra cosa que la imagen de las cortinas rojas de la ventana. Pero la noche pasada me ocurrió algo extraño. Llevaba trabajando varias horas, muy a contra voluntad, con ataques continuos de esa niebla ante los ojos de la cual ya me he quejado. Una y otra vez me vi obligado a interrumpir el trabajo para que se me aclarasen. Pues bien: en una de esas ocasiones miré por casualidad al espejo. Observé que tenía la más sorprendente apariencia. Las cortinas rojas que hubieran debido reflejarse en él no se veían por parte alguna y, en cambio, la luna de aquél parecía nebulosa y cubierta de vaporosidad, pero no en la superficie, que brillaba igual que el acero, sino allá al fondo, en la misma fibra del material. Al quedarme mirando fijamente esa opacidad, tuve la impresión de que giraba lentamente de un lado para otro, hasta que se convirtió en una nube blanca y espesa que remolineaba, formando pesadas espirales. Era tan real y palpable, y tan razonador seguía siendo yo, que me volví con la idea de que las cortinas estaban ardiendo. Sin embargo, en la habitación estaba todo en una inmovilidad de muerte; no se oía ningún ruido fuera del tictac del reloj, ni se advertía otro movimiento que el lento remolinear de aquella extraña nube lanuda, allá en lo más profundo del antiguo espejo.

Mientras miraba, la niebla, humo, nube o como quiera llamársele, pareció coagularse y solidificarse en dos puntos muy próximos el uno al otro, y yo advertí, con un escalofrío de interés más que de temor, que eran dos ojos y

que miraban hacia el interior de la habitación. Conseguí distinguir los perfiles confusos de una cabeza, que, a juzgar por los cabellos, tenía que ser de mujer, aunque todo eso estaba muy confuso. Lo único claro eran los ojos; ¡y qué ojos! Negros, brillantes, rebosando emoción apasionada, no podría decir si de enojo o de horror. Jamás he visto yo unos ojos tan llenos de vida intensa y palpitante. No estaban fijos en mi persona, sino que miraban al interior de la habitación. Me erguí en mi asiento, me pasé la mano por la frente e hice un gran esfuerzo consciente por tensar mi voluntad; entonces, aquella cabeza difusa se esfumó en la opacidad general, el espejo se fue clareando poco a poco y volvieron a aparecer las cortinas rojas.

Las personas escépticas dirán, sin duda, que yo me quedé dormido sobre mis números, y que mi pretendida experiencia no fue otra cosa que un sueño. La realidad es que en toda mi vida nunca estuve más despierto que entonces. Incluso mientras veía todo aquello, razonaba conmigo mismo, y me decía que todo era una impresión subjetiva, una quimera de los nervios, producida por la preocupación y el insomnio. Pero ¿por qué razón había de tomar esa forma concreta? ¿Y quién era la mujer, y qué espantosa emoción era la que yo leía en aquellos maravillosos ojos color castaño? Esos ojos se han interpuesto entre mi voluntad y mi trabajo. Por vez primera he quedado por debajo de la tarea diaria que me marqué desde el principio. Quizá por esa razón no he padecido esta noche sensaciones anormales. Mañana, ocurra lo que ocurra, tengo que permanecer despierto.

11 DE ENERO

Todo avanzaba bien, y avanzo mucho en mi trabajo. Voy echando la red, espiral tras espiral, alrededor del hombre de cuerpo voluminoso. Pero si mis nervios no aguantan hasta el fin, quizá le corresponda a él la última sonrisa. El espejo parece una especie de barómetro que señala mi presión cerebral. Me he fijado todas las noches en que se cubría de nubes cuando yo todavía no había terminado mi tarea.

Mi relato despertó de tal manera el interés del doctor Sinclair (que tiene, por lo visto, sus ribetes de psicólogo), que esta noche se presentó con el propósito de examinar el espejo. Yo me había fijado en que había unos garabatos, trazados en caracteres antiguos, sobre la parte metálica del reverso del espejo. El doctor examinó esos garabatos con una lupa, pero no consiguió sacar nada en limpio. «Sane. X. Pal.» fue lo que finalmente puso en claro; pero eso no nos decía nada. Me aconsejó que colocase el espejo en otra

habitación; ahora bien: bien mirado todo, lo que yo pueda ver en él sólo será un síntoma, según él mismo me dijo. Todo el peligro radica en la causa. Lo que yo debería empaquetar y arrumbar son los veinte legajos, y no el espejo de plata. He llegado ya al octavo, de manera que sigo progresando.

13 DE ENERO

Quizá, a fin de cuentas, habría sido más prudente que hubiese arrumbado en otra parte el espejo. La noche pasada me ha ocurrido con él una cosa extraordinaria. Y, sin embargo, lo encuentro tan interesante, tan fascinante, que aun después de lo ocurrido lo dejaré en su sitio. Pero ¿qué diablos puede querer significar todo eso?

Creo que sería la una de la madrugada, y ya estaba yo cerrando mis libros antes de retirarme tambaleante a la cama, cuando la vi a ella delante de mí. La etapa de nebulosidad y de desenvolvimiento se me pasaría inadvertida, de modo que la vi de pronto en toda su belleza, pasión y dolor, con tanta nitidez como si en verdad la tuviera en carne y hueso delante de mí. La figura era pequeña, pero muy clara; tanto, que tengo grabados en la memoria sus facciones y todos y cada uno de los detalles de sus ropas. La vi sentada en el lado izquierdo, al borde mismo del espejo. Junto a ella se ve una sombra de persona agazapada en el suelo (aunque confusamente veo que es un hombre), y luego, detrás de ellos, hay una nube en la que veo figuras, figuras que se mueven. No es lo que yo veo un simple cuadro, no; se trata de una escena vivida, de un episodio real. Ella se encoge y se estremece. El hombre que tiene a su lado se pega contra el suelo. Las figuras confusas realizan movimientos y ademanes bruscos. Mi interés se tragó todos mis miedos. Era cosa de volverse loco el ver todo aquello y el no ver sino aquello.

Pero a la mujer, por lo menos, la puedo describir en sus menores detalles. Es muy bella y muy joven; creo que no tendrá más de veinticinco años. Sus cabellos son de un vivísimo color castaño, con una cálida tonalidad que en los bordes se afina hasta convertirse en dorado. Un pequeño gorro achatado forma ángulo delante, y está confeccionado de encajes con bordes de perlas. La frente es alta, quizá demasiado para una belleza perfecta; sin embargo, así es como debe ser, porque da un toque de energía y de fuerza al rostro que de otro modo resultaría suavemente femenino. Las cejas forman una delicadísima curva sobre los párpados gruesos, y debajo de éstos aparecen aquellos ojos maravillosos… unos ojos grandes, oscuros, rebosantes de emoción dominadora, de rabia y de espanto, en lucha con un orgullo de

propio dominio que le impide caer en un puro frenesí. Las mejillas son pálidas; los labios, blancos de angustia; la barbilla y la garganta, de curvas exquisitas. La figura está sentada en la silla y se inclina hacia delante, tensa y rígida, cataléptica de espanto. Su vestido es de terciopelo negro; centellea como una llama sobre su pecho una joya, y un crucifijo de oro brilla como un ascua en la sombra de un pliegue. Tal es la dama cuya imagen sigue viviendo en el antiguo espejo de plata. ¿Qué hecho pudo ser el que ha quedado impreso allí, hasta el punto de que en una época distinta pueda el espíritu de un hombre tener conciencia de su realidad sólo con acercarse a él estando abatido?

Otro detalle: en el lado izquierdo de la falda del negro vestido había, según creí al principio, un lazo de cinta blanca. Después, al mirar con mayor atención, o al definirse con mayor claridad la imagen, vi de qué se trataba. Era la mano de un hombre, crispada y cerrada en las angustias de la agonía, agarrándose convulsivamente a un pliegue del vestido. El resto de la figura acurrucada es un simple boceto; pero aquella mano enérgica se distinguía con toda claridad sobre el fondo negro, sugiriendo siniestramente algo execrable. Lo veo con toda claridad. ¿A qué obedece su terror? ¿Por qué se aferra al vestido de la mujer? La respuesta se esconde en aquellas figuras movedizas del fondo. Ellas son un peligro para él y para ella. Me sentía fascinado por el interés de todo aquello. Ya no pensé en la relación que pudiera tener con el estado de mis nervios. Miraba y miraba con ojos dilatados, igual que en un espectáculo de teatro. Pero no logré avanzar más. La neblina se aclaraba. Se veían tumultuosos movimientos en los que intervenían confusamente todas las figuras. Y de pronto volvió a estar completamente limpio el espejo.

Me dice el médico que debo abandonar el trabajo durante un día, cosa que puedo hacer, porque últimamente he avanzado mucho en el mismo. Salta a la vista que las visiones dependían por completo de mi propio estado nervioso, porque esta noche he permanecido delante del espejo por espacio de una hora, sin resultado alguno. Mi día de sosiego las ha alejado. ¿Llegaré alguna vez a penetrar en el sentido que encierran? Esta noche he examinado el espejo con buena luz: además de la misteriosa inscripción: «Sanc. X. Pal.», logré distinguir unos dibujos heráldicos, grabados muy débilmente sobre la plata. Son seguramente muy antiguos, ya que están casi borrados. Por lo que yo pude sacar en limpio, se trata de tres puntas de lanza, dos encima y una debajo. Se las enseñaré al médico cuando venga mañana a visitarme.

14 DE ENERO

Vuelvo a sentirme perfectamente bien, y he tomado la resolución de no interrumpir por nada mi tarea hasta terminarla. Hice ver al médico las marcas que había en el espejo y estuvo conforme en que se trataba de distintivos heráldicos. Se ha interesado vivamente por todo cuanto le he contado, y me preguntó detenidamente acerca de todos los detalles. Yo me divierto viéndole inquieto por dos deseos contrapuestos: el de conseguir que su paciente sane de los síntomas enfermizos, y el de que ese mismo paciente aclare el misterio de tiempos pasados, actuando de médium, porque por tal me tiene. Me aconsejó un prolongado descanso; pero no se opuso con demasiada violencia cuando le declaré que no había ni que pensar en ello hasta que hubiese examinado los diez archivadores restantes.

17 DE ENERO

Llevo tres noches sin haber experimentado fenómeno alguno. Se ve que mi descanso de un día ha sido fructífero. Ya sólo me queda por realizar una cuarta parte de mi tarea; pero tengo que terminarla a marchas forzadas, porque los abogados están reclamando sus elementos probatorios. Se los daré en abundancia y hasta con exceso. Lo tengo amarrado en un centenar de cuentas. Este caso me hará ganar alguna fama cuando se den cuenta de lo astuto y escurridizo que ha sido este granuja. Cuentas comerciales falsas, hojas de balance falsas, dividendos pagados del capital, pérdidas asentadas como beneficios, supresión de gastos generales, manipulación de la pequeña caja: en una palabra, una magnífica hoja de méritos.

18 DE ENERO

Dolores de cabeza, tics nerviosos, brumosidad en la vista, sensación de plenitud en las sienes: en una palabra, todas las premoniciones de perturbación. La perturbación se presentó como no podía menos. Sin embargo, mi verdadero pesar no consiste tanto en que se haya presentado la visión como en que ésta haya terminado antes de que me fuese revelado todo.

Pero esta noche he visto más. El hombre acurrucado era tan visible como la dama a cuyo vestido se aferraba. Es un hombre pequeño y moreno, con barba negra en punta. Viste un amplio ropón de damasco orlado de piel. Las

tonalidades que dominan en su traje son encarnadas. Sin duda alguna, está aterrorizado. Se encoge, tiembla, mira hacia atrás por encima de su hombro. Empuña en la otra mano un puñal pequeño, pero está demasiado trémulo y acobardado para emplearlo. Empiezo a entrever las figuras del fondo. Rostros feroces, barbudos, morenos, van dejando ver sus líneas por entre la brumosidad. Hay un individuo terrible, un hombre esquelético, de mejillas chupadas y ojos hundidos en sus alvéolos. También él empuña un cuchillo. A la derecha de la dama está en pie un hombre alto y muy joven, de cabellos blondos, de cara ceñuda y severa. La hermosa dama alza sus ojos suplicantes hacia él. Lo mismo hace el hombre que está en el suelo. Este joven parece tener en sus manos la clave de la situación. El hombre acurrucado trata de acercarse aún más y se esconde bajo las faldas de la mujer. El joven alto entra violentamente en acción y trata de apartarla a ella. Todo eso vi anoche, antes de que el espejo se quedase limpio. ¿No sabré nunca en qué termina todo y cuáles son sus comienzos? Estoy seguro de que no se trata de una simple imaginación. Esta escena se desarrolló en algún lugar, alguna vez, y este antiguo espejo la reflejó. Pero ¿cuándo, dónde?

20 DE ENERO

Mi trabajo toca a su fin, y ya es hora. Siento dentro de mi cráneo una gran tensión, como si algo fuera a estallar y que me avisa que no es posible seguir. He trabajado hasta el punto límite que pueden dar de sí mis fuerzas. Pero esta noche será la última. Es preciso que haga un esfuerzo supremo para terminar el examen del último legajo, dejando completas las pruebas antes de levantarme de mi silla. Así lo haré. Quiero hacerlo.

7 DE FEBRERO

Lo hice. ¡Qué momentos, Señor! No sé ni si tendré fuerzas suficientes para ponerlo por escrito.

Empezaré por explicar que escribo esto en la clínica particular del doctor Sinclair, unas tres semanas después del último escrito hecho en mi Diario. Mi sistema nervioso se derrumbó por fin en la noche del 20 de enero, y ya nada más recuerdo después, sino que desperté, hace tres días, en la casa de descanso. Puedo descansar con la conciencia tranquila. Mi trabajo había quedado completo antes de mi derrumbamiento. Mis cifras están en las manos del procurador. La caza ha terminado.

Ahora tengo que pasar a describir la última noche. Yo había jurado dar fin a la tarea, y aunque mi cabeza estaba a punto de estallar, me apliqué a aquélla con tal fijeza, que no consentí siquiera en levantar la vista hasta que estuvo hecha la suma de la última columna. Era ésa una magnífica manera de dominarme a mí mismo, porque durante todo ese tiempo tenía la sensación de que en el espejo pasaban cosas de asombro. Lo sentía con todos los nervios de mi organismo. Si levantaba la vista, ya no trabajaría más. No miré, pues, hasta que todo estuvo acabado. Entonces, cuando entre un fuerte latir de mis sienes tiré la pluma y levanté los ojos… ¡qué espectáculo el que se ofreció a mi vista!

El espejo de marco de plata era un escenario brillantemente iluminado, en el que se desarrollaba un drama. No había ahora brumas. Era la tensión de mis nervios la que había creado tan asombrosa claridad. Veía todas las facciones y todos los movimientos como podría verlos en la vida misma. ¡Pensar que yo, un contable fatigado, el ser más prosaico de todo el género humano, en el momento en que tenía delante de mí los libros de contabilidad de un quebrado fraudulento, había sido elegido, entre toda la raza humana, para contemplar una escena como aquélla!

Era el mismo escenario con los mismos personajes, pero el drama había entrado en otro acto. El joven alto retenía entre sus brazos a la dama. Ésta pugnaba por desasirse de él, y le miraba con expresión de aborrecimiento. Los demás habían arrancado al hombre encogido, hasta obligarle a soltar la falda a la que se asía desesperadamente. Una docena de aquellos hombres le rodeaba… una docena de hombres salvajes y barbudos. Le cosieron a puñaladas. Parecía que todos le clavaban los puñales al mismo tiempo. Sus manos se alzaban y descargaban el golpe. Más que fluir, la sangre salía de su cuerpo a chorros. Sus ropas encarnadas estaban empapadas en ella. Púrpura sobre escarlata, igual que una ciruela demasiado madura; aquel hombre se ladeaba de aquí para allá. Seguían apuñalándolo, y seguían brotando de su cuerpo chorros de sangre. ¡Era horrible, espantoso! Le arrastraron hacia la puerta, pataleando. La dama le miraba volviendo la cabeza por encima del hombro, con la boca abierta de espanto. No oí nada, pero sabía que ella lloraba a gritos. Y, de pronto, ya fuese por efecto de aquella visión que torturaba mis nervios, ya fuese porque, terminada mi tarea, se dejó sentir sobre mí como un peso agotador todo el exceso de trabajo de las semanas anteriores, empezó a girar a mi alrededor toda la habitación, el suelo pareció hurtarse debajo de mis pies, y ya no recordé nada más de lo sucedido. Mi patrona me encontró en las primeras horas de la mañana tendido en el suelo y

sin conocimiento, delante del espejo de plata, pero nada he sabido hasta hace tres días, cuando desperté en medio de la paz profunda de la enfermería del médico.

9 DE FEBRERO

Hasta hoy no he referido al doctor Sinclair todo lo que me ocurrió, porque él no me permitía tocar ese tema. Ahora me escuchó con el interés más profundo, y me preguntó con expresión de recelo en la mirada:

—¿No ha logrado usted identificar esa visión con algún suceso histórico muy conocido?

Le aseguré que yo no sabía nada de historia. Él prosiguió:

—¿No sospecha usted de dónde procedía el espejo y a quién perteneció?

Como hablaba con intención, yo le pregunté:

—¿Y usted?

—Pues verá —dijo—: es increíble, pero ¿de qué otra manera podría explicarse? Las escenas que usted me describió al principio me lo sugirieron; pero con esto de hoy pasa ya de una simple coincidencia. Esta noche le traeré algunas notas.

El mismo día

EL MISMO DÍA

Acaba de marcharse. Voy a transcribir sus palabras con toda la exactitud que me sea posible. Empezó colocando encima de mi cama varios libros viejos, y luego me dijo:

—Puede consultarlos a placer. Aquí tengo unas notas que puede usted confirmar en ellos. No cabe duda de que ha presenciado usted el asesinato de Rizzio por los nobles escoceses en presencia de Mary, hecho que ocurrió en marzo de 1566. La descripción que ha hecho usted de la dama es exacta. La frente alta y los párpados pesados, unidos a una gran belleza, son cosas que apenas pueden aplicarse a dos mujeres. El joven de gran estatura era Darnley, su marido. Rizzio, cuenta la crónica, «vestía un amplio ropón de damasco forrado, con calzas de punto de terciopelo bermejo». Con una mano se aferró al vestido de Mary, con la otra empuñaba un puñal. El individuo de expresión feroz y de ojos hundidos era Ruthven, que acababa de levantarse del lecho en que una enfermedad le tenía postrado. Todos los detalles son exactos.

—Pero ¿por qué razón a mí? ¿Por qué precisamente a mí entre toda la humanidad? —pregunté lleno de desconcierto.

—Porque se encontraba usted en un estado mental apropiado para recibir esa impresión. Porque tenía casualmente el espejo que transmitía la impresión.

—¡El espejo! Según eso, usted cree que era el espejo de Mary, el espejo que había en la habitación en que se consumó el hecho.

—Estoy convencido de que era el espejo de Mary. Ésta había sido reina de Francia. Sus objetos personales llevarían grabado el escudo real. Lo que usted tomó por tres puntas de lanza son, en realidad, tres flores de lis.

—¿Y la inscripción?

—«Sanc. X. Pal». Puede ampliarla y leer: «Sanctae Crucis Palatium». Alguien anotó la procedencia del espejo. Procedía del palacio de la Santa Cruz.

—¡De Holyrood! —exclamé.

—Exactamente. Su espejo procedía de Holyrood. Ha pasado usted por un trance sumamente extraño, y ha salido del mismo con bien. Confío en que jamás vuelva a exponerse a otro igual.

EL ESPANTO DE LA CUEVA DE JUAN AZUL[32]

El relato que transcribo a continuación fue hallado entre los papeles del doctor James Hardcastle, que murió tuberculoso el día 4 de febrero de 1908, en el número 36, Upper Coventry Flats, South Kensington. Las personas que más lo trataron, aunque se han negado a manifestar una opinión en lo relativo a este escrito, afirman con unanimidad que era un hombre sobrio y de una inteligencia de corte científico, desprovisto por completo de imaginación, por lo que es improbable que inventase una serie cualquiera de hechos irreales. El documento se encontró dentro de un sobre, con el siguiente título: «Breve relato de los hechos ocurridos cerca de la granja de la señora Allerton, en el North-West Derbyshire, durante la primavera del pasado año». El sobre estaba lacrado, y en la otra cara, escrito con lápiz, se leía lo siguiente:

> Querido Seaton: Quizá le interese, y acaso le duela, saber que la incredulidad con que usted escuchó mi historia me ha impedido decir en ningún momento una sola palabra más acerca del tema. Dejo este relato para después de mi muerte, con la esperanza de que algunos desconocidos tengan en mí una confianza mayor que la que tuvo un amigo mío.

No han tenido éxito mis averiguaciones para poner en claro quién pudo ser este Seaton. Agregaré que ha podido probarse de manera terminante que el difunto visitó la granja de Allerton y, en términos generales, la índole de las alarmas que se produjeron en aquel lugar, con independencia del relato que hace el autor. Después de este exordio, paso a copiar el documento tal y como lo escribió el doctor Hardcastle. Tiene forma de diario, y algunas de sus anotaciones fueron ampliadas, mientras que otras pocas fueron borradas.

17 DE ABRIL

Estoy ya sintiendo los beneficios de estos magníficos aires de las tierras altas. La granja de los Allerton está a catorce mil veinte pies sobre el nivel del mar, de modo que existen razones para que el clima sea reparador. Fuera de mis corrientes accesos matinales de tos experimento muy pocas molestias y, entre la leche recién ordeñada y el carnero criado en la misma granja, creo que tengo muchas posibilidades de ganar peso. Espero dejar complacido a Saunderson.

Las dos señoritas Allerton son dos mujercitas extrañas y cariñosas, dos solteronas muy trabajadoras, dispuestas siempre a emplear generosamente con un inválido desconocido el corazón que habrían podido dedicar a un marido y a unos hijos. Las solteronas son, sin duda, personas de gran utilidad, y constituyen una de las fuerzas de reserva de la comunidad humana. Se habla de las mujeres superfinas, pero ¿qué sería del pobre hombre superfino sin la cariñosa presencia de aquéllas? A propósito, estas dos mujeres sencillas tardaron muy poco en dar a conocer por qué Saunderson me había recomendado su granja. Este profesor es también hombre descarriado, y creo que en su juventud anduvo por estos campos no mucho mejor vestido que un espantapájaros.

El lugar es muy apartado y solitario, y los paseos resultan extraordinariamente pintorescos. La granja cuenta con unas tierras de pastoreo en el fondo de una cañada o valle estrecho e irregular. A uno y otro lado de la cañada se alzan unas fantásticas colinas de piedra caliza, formadas por una roca tan blanda que se puede romper con las manos. Toda esta región está llena de oquedades. Si fuese posible golpearla con un martillo gigantesco, retumbaría igual que un tambor, si es que no se hundía por completo y dejaba al descubierto algún enorme mar subterráneo. Que existe un mar subterráneo, no cabe duda, porque los arroyos se pierden por todas partes en la montaña misma y ya no vuelven a reaparecer. Hay por todas partes bocas abiertas en la roca, y si se penetra por ellas se encuentra uno dentro de grandes cavernas que se prolongan hasta las entrañas de la tierra. Yo dispongo de una pequeña linterna de bicicleta, y constituye un constante gozo para mí entrar con ella en esas extrañas soledades para contemplar los maravillosos juegos de plata y sombras que se producen cuando proyecto su luz sobre las estalactitas que cuelgan en pliegues de los altos techos. Uno apaga la lámpara y se ve rodeado

de las más negras tinieblas. La enciende y se le presenta un escenario propio de las mil y una noches.

Pero una de esas extrañas aberturas o cuevas tiene un interés especial, porque es obra de la mano del hombre y no de la naturaleza. Cuando llegué a esta región no había oído hablar nunca de Juan Azul. Se da ese nombre a un mineral característico, de una preciosa tonalidad morada, que sólo se ha descubierto en uno o dos lugares del mundo. Es tan raro que un jarrón corriente de Juan Azul se tasaría en un precio muy elevado. Los romanos, llevados por su extraordinario instinto, descubrieron que era posible hallarlo en esta cañada y perforaron una profunda galería horizontal en la ladera de la montaña. La mina es conocida con el nombre de la cueva de Juan Azul y forma un arco perfecto en la roca, con la entrada cubierta de arbustos y hierbas. La galería que abrieron los romanos es peligrosa y atraviesa en su recorrido algunas grandes cavernas excavadas por las aguas, de manera que quien intente penetrar en la cueva de Juan Azul hará bien en ir marcando el camino y llevar una buena provisión de velas, porque de otro modo es posible que no vuelva a salir jamás a la luz del día. Todavía no he profundizado mucho en la cueva, pero hoy mismo he estado en la boca del túnel en forma de arco y, después de intentar penetrar con la mirada en los espacios tenebrosos que se abren más allá, hice voto de que cuando recobre la salud dedicaré unas vacaciones a explorar sus profundidades misteriosas y a descubrir por mí mismo hasta qué profundidad penetraron los romanos en las montañas del Derbyshire.

¡Qué extrañamente supersticiosos son estos campesinos! Yo no habría creído algo así del joven Armitage, que es hombre de cierta cultura y personalidad, muy refinado para la posición social que tiene en la vida. Estaba yo en la boca de la cueva de Juan Azul cuando se me acercó, después de cruzar el campo, y me dijo:

—Doctor, veo que usted no conoce el miedo.

—¡El miedo! ¿De qué había de tenerlo? —le contesté.

Armitage apuntó con un respingo de su dedo pulgar hacia la negra caverna y contestó:

—De eso. Del ser espantoso que vive en el interior de la cueva de Juan Azul.

¡Cuán absurda y fácilmente surge una leyenda en las regiones aisladas y solitarias! Le hice preguntas al joven acerca de los motivos que tenía para su insensata creencia. Dijo que de cuando en cuando desaparecen animales ovinos que pastan en estos campos y que, según Armitage, hay alguien que se

los lleva. No hubo manera de que aceptase la explicación de que esas ovejas desaparecidas se pudieron extraviar por sí solas y perderse entre las montañas. En cierta ocasión se descubrió un charco de sangre y algunos mechones de lana. Le dije que también eso podía explicarse de una manera completamente natural. Además, los animales desaparecían siempre en noches muy oscuras, nubosas y sin luna. Le repliqué con la explicación evidente de que los vulgares ladrones de ovejas elegirían naturalmente esa clase de noches para operar. En otra ocasión abrieron un agujero en una pared, y algunas de las piedras quedaron desparramadas a mucha distancia. Opiné que eso era obra de la mano del hombre. Por último, Armitage enlazó todos sus razonamientos, asegurándome que él, con sus propias orejas, había oído al monstruo. Sí, señor, y cualquiera podía oírlo si permanecía en la boca de la cueva el tiempo suficiente. Yo no pude evitar una sonrisa al oír aquello, sabiendo como sé que un sistema subterráneo de corrientes de agua entre los abismos de una formación caliza produce extrañas reverberaciones de sonido. Mi incredulidad dejó mohíno a Armitage, que se alejó de mí con cierta brusquedad.

Llegamos ahora al punto más extraño de todo el caso. Me encontraba yo todavía próximo a la boca de la caverna, dando vueltas en mi cerebro a las diversas afirmaciones de Armitage, y diciéndome cuán fácil tarea resultaba explicarlas, cuando, súbitamente, desde lo profundo del túnel que tenía a mi lado, llegó hasta mis oídos un ruido extraordinario. ¿Cómo lo describiré? En primer lugar, parecía llegar desde muy lejos, desde lo profundo de las entrañas de la tierra. En segundo lugar, y a pesar de esa impresión de distancia, era muy fuerte. Por último, no consistía en un retumbo, ni en un crujido, ideas ambas que uno asocia con la caída de agua o con el rodar de las rocas; era una especie de relincho penetrante, trémulo y lleno de vibraciones; algo que sugería el relincho de un caballo. Aquello constituía, desde luego, un hecho extraordinario que, de momento al menos, debo reconocerlo, dotaba de un nuevo aspecto a lo que me había dicho Armitage. Esperé cerca de la boca de la cueva de Juan Azul durante más de media hora, pero ya no volvió a escucharse aquel ruido, de modo que terminé por regresar a la casa de la granja, bastante intrigado por lo que había ocurrido. Estoy decidido a explorar aquella caverna cuando recupere mis fuerzas. Por supuesto que la explicación de Armitage resulta demasiado absurda para tomarla en serio; sin embargo, no se puede negar que el ruido aquel era extraordinario. Todavía me parece estarlo escuchando mientras escribo estas líneas.

20 DE ABRIL

He realizado en los últimos tres días varias excursiones hasta la cueva de Juan Azul, e incluso he penetrado en ella un corto trecho, pero mi linterna de bicicleta es tan pequeña y tan débil que no me arriesgo a ir demasiado lejos. Lo realizaré de una manera más sistemática. No he vuelto a oír el menor ruido, y casi he llegado a creer que he sido víctima de alguna alucinación, producida quizá como consecuencia de la conversación que había tenido con Armitage. Desde luego, todo lo que dijo es absurdo; sin embargo, no tengo más remedio que reconocer que estos arbustos de la entrada de la cueva producen la impresión de que se hubiese abierto paso a la fuerza por entre ellos algún animal de mucho peso. Empiezo a sentir un vivo interés. Nada he dicho a las señoritas Allerton, porque bastante supersticiosas son ya, pero sí que he comprado algunas velas, y tengo el propósito de llevar a cabo investigaciones por mí mismo.

Esta mañana me fijé en que entre los numerosos mechones de lana de oveja que hay en los arbustos de las proximidades de la caverna había uno manchado de sangre. Claro está que mi razón me indica que si una oveja se mete por estos lugares rocosos tiene muchas posibilidades de producirse heridas. A pesar de todo, aquella salpicadura de rojo me produjo una súbita sorpresa desagradable y me obligó por un instante a retroceder horrorizado, alejándome del viejo arco romano. Un aliento fétido parecía brotar de las negras profundidades que me habría gustado penetrar con la vista. ¿Sería realmente posible que acechase desde su interior algún ser innominado, algún monstruo espantoso? Antaño, cuando yo era un hombre fuerte, habría sido incapaz de dejarme llevar por esa clase de sentimientos, pero cuando uno pierde la salud se hace más nervioso y está más expuesto a imaginar fantasías.

De momento sentí flaquear mi resolución, y estaba dispuesto a dejar que el secreto de la vieja mina, si es que existe, siga sin aclararse. Pero esta noche he vuelto a sentir el interés de antes y mis nervios se han hecho más fuertes. Confío en que mañana penetraré más a fondo en el misterio.

22 DE ABRIL

Vamos a ver si logro poner por escrito con la mayor exactitud posible el hecho extraordinario que me ocurrió ayer. Salí por la tarde y me dirigí a la cueva de Juan Azul. Confieso que cuando me puse a mirar hacia sus

profundidades volvieron a despertarse mis recelos, y me pesó el no haberme hecho acompañar por otra persona en mi exploración. Por último, al robustecerse de nuevo mi resolución, encendí una vela, me abrí camino por entre las eglantinas y bajé hasta el pozo de mina abierto en la roca.

La galería bajaba en ángulo recto en un trecho de unos cincuenta pies y el suelo estaba cubierto de guijarros. Desde allí arrancaba una galería, larga y estrecha, abierta en la roca sólida. Yo no soy geólogo, pero puedo afirmar con seguridad que el revestimiento de esa galería era de un material más duro que la piedra caliza, porque en algunos sitios pude ver las señales dejadas por las herramientas que emplearon los antiguos mineros en sus excavaciones, y estaban tan frescas como si se hubiesen hecho el día anterior. Avancé dando tropezones por aquel extraño pasillo de un mundo antiguo. La débil llama de mi vela proyectaba a mi alrededor un círculo de luz crepuscular que contribuía a dar un aspecto más amenazador y tétrico a las sombras que se alzaban más allá. Llegué, por último, a un lugar en el que el túnel abierto por los romanos desembocaba en una caverna excavada por las aguas y que formaba un salón inmenso, del que colgaban largos carámbanos blancos formados por depósitos calizos. Distinguí confusamente desde aquella cámara central varios pasadizos abiertos por las corrientes subterráneas de agua que penetraban hasta perderse en las profundidades de la tierra. Me encontraba en ese lugar, dudando entre volver sobre mis pasos o aventurarme a penetrar todavía más en el peligroso laberinto, cuando mi mirada tropezó con algo que había a mis pies y que me llamó poderosamente la atención.

La mayor parte del piso de la caverna estaba cubierto de guijarros y duras incrustaciones de cal, pero en aquel preciso lugar había caído una gotera desde el elevado techo, dejando un trozo de barro blanduzco. En el centro mismo de esa superficie había una huella enorme, una marca mal definida, profunda, ancha e irregular, como si allí hubiese caído una piedra muy grande. Sin embargo, no se veía alrededor ninguna piedra suelta, ni indicio alguno que pudiera explicar aquella huella. Era demasiado grande para ser producto de algún animal conocido y, además, sólo se veía una huella, aunque la superficie de barro era bastante espaciosa para salvarla de una sola zancada. Debo confesar que al enderezarme, después de examinar aquella extraña huella, miré a mi alrededor hacia las negras sombras que me envolvían, y sentí por un instante que el corazón me daba un vuelco desagradable, y que, por más que me esforzaba en evitarlo, la vela temblaba en mi mano extendida.

Sin embargo, no tardé en recobrar mi serenidad al reflexionar en lo absurdo que resultaba asociar aquella enorme y disforme marca con la pisada

de cualquier animal conocido. Ni siquiera un elefante habría podido producirla. Me dije, pues, que ningún miedo abstracto e irracional me impediría llevar adelante mi exploración. Antes de proseguir tomé buena nota de una curiosa formación de rocas que había en la pared y que me serviría para reconocer la entrada al túnel romano. Era una precaución muy necesaria, porque la gran cueva, por lo que yo podía ver de ella, estaba cortada por diferentes galerías. Una vez adquirida la seguridad de mi situación y reafirmado mi ánimo mediante el examen de las velas de repuesto y de las cerillas que llevaba, avancé con lentitud por la superficie rocosa y desigual de la cueva.

Llego ahora al punto en que me ocurrió el inesperado e irreparable desastre. Encontré cortado mi camino por una corriente de agua de unos veinte pies de anchura y caminé un trecho por la orilla, a fin de ver si descubría un lugar por el que pudiera cruzarla sin descalzarme. Llegué, por último, a un punto en el que sobresalía del agua una única piedra plana que estaba situada hacia la mitad y a la que calculé que podría llegar de una sola zancada. Pero la roca había sido erosionada por las aguas en su base, de modo que, al poner el pie en ella, se ladeó y me precipitó dentro de aquellas aguas frías como el hielo. Se me apagó la vela y me encontré tanteando en medio de una oscuridad total y absoluta.

Volví a ponerme en pie, más bien divertido que alarmado por mi aventura. La vela se me había escapado de las manos, perdiéndose en el arroyo, pero llevaba en el bolsillo otras dos y saqué mi caja de cerillas para encender una. Sólo entonces comprendí mi situación. Al caer al agua la caja de cerillas se había mojado y me fue imposible encender ninguna.

Al comprender mi situación, pareció como si una mano de hielo me oprimiera el corazón. La oscuridad era opaca y horrible. Resultaba tan absoluta que, al levantar la mano para acercarla a la cara, me producía la impresión de que palpaba una cosa sólida. Permanecí inmóvil y logré, mediante un esfuerzo de voluntad, recobrar la serenidad. Traté de rehacer en mi mente un mapa del suelo de la caverna tal como lo había visto hacía un instante. Por desgracia, los detalles que habían quedado grabados en mi imaginación estaban todos a gran altura en las paredes y no me era posible descubrirlos al tacto. Sin embargo, recordé de una manera general la situación de esas paredes y me animó la esperanza de que, tanteándolas, llegaría por fin a la abertura del túnel romano. Moviéndome con mucha lentitud y golpeando constantemente las rocas, me lancé a mi desesperada búsqueda.

No tardé, sin embargo, en comprobar que mi empeño era imposible. En aquella oscuridad tenebrosa y aterciopelada se perdían instantáneamente las orientaciones. No había caminado una docena de pasos y me encontraba ya totalmente desconcertado sobre mis andanzas. El murmullo de la corriente, que era el único ruido que se oía, me indicó mi situación; pero en el momento mismo en que me aparté de su orilla, me vi completamente perdido. La pretensión de desandar el camino en medio de aquella absoluta oscuridad y en aquel laberinto de piedra caliza, era evidentemente imposible.

Me senté sobre un peñasco y medité sobre mi desdichada situación. No había dicho a nadie que pensaba explorar la mina de Juan Azul y no era probable por lo tanto que se organizase una expedición para buscarme. Tenía, pues, que contar únicamente con mis propios recursos para salir indemne del peligro. Me cabía una esperanza: que las cerillas se secasen. Sólo me había mojado la mitad del cuerpo cuando caí dentro del arroyo. Mi hombro izquierdo había permanecido fuera. Saqué la caja de cerillas y me la coloqué en el sobaco izquierdo. Quizá el calor de mi cuerpo pudiera contrarrestar la humedad del aire de la caverna, pero aun así, sabía que tendrían que pasar muchas horas hasta que pudiera encender una cerilla. Entre tanto no me quedaba más remedio que esperar.

Quiso mi buena suerte que antes de salir de la casa de la granja me echase al bolsillo varios bizcochos. Los devoré y eché un trago de agua en aquel lamentable arroyo que era la causa de todas mis desgracias. Acto seguido tanteé entre las rocas, buscando un lugar cómodo en que sentarme; una vez que hube encontrado un sitio donde poder apoyar mis espaldas, alargué las piernas y me dispuse a esperar. Me molestaban mucho la humedad y el frío, pero traté de darme ánimos diciéndome que la ciencia moderna prescribía las ventanas abiertas y los paseos, con cualquier tiempo que hiciese, para curar mi enfermedad. Gradualmente, arrullado por el monótono murmullo del arroyo y por la total oscuridad, caí en un sueño intranquilo.

Ignoro el tiempo que duró. Quizá transcurrió una hora, quizá varias. Súbitamente me erguí en mi cama de piedra, con todos los nervios vibrantes y todos mis sentidos en máxima alerta. No cabía la menor duda, había oído un ruido; un ruido muy diferente del glogloteo de las aguas. El ruido había cesado, pero seguía vibrando dentro de mis oídos. ¿Se trataría de una expedición que venía en mi busca? En ese caso habrían lanzado gritos con toda seguridad y, por confuso que hubiese sido, el que me había despertado era un ruido muy diferente de la voz humana. Permanecí sentado, anhelante y sin casi atreverme a respirar. ¡Otra vez el ruido! ¡Y otra más, hasta convertirse

en continuo! Eran pasos; sí, con toda seguridad eran pasos de algún ser viviente. ¡Pero qué pasos eran aquéllos! Daban la impresión de un peso enorme transportado sobre unos pies esponjosos, que producían un sonido apagado, pero que retumbaba en los oídos. La oscuridad seguía siendo absoluta, pero los pasos eran regulares y decididos. Y esos pasos, no había duda, venían en mi dirección.

Tuve un escalofrío y todos mis cabellos se erizaron al oír las pisadas firmes y potentes. Allí había algún animal y, a juzgar por la velocidad de su avance, era un ser que veía en la oscuridad. Me agazapé, pegándome al suelo, en un esfuerzo por confundirme con el mismo. Las pisadas se oyeron más cerca, se detuvieron, y de pronto llegó hasta mis oídos el ruido de lengüetazos y gorgoteos. Aquel animal bebía en el arroyo. Se produjo de nuevo el silencio, roto únicamente por una sucesión de largos olfateos y bufidos de un volumen y energía tremendos. ¿Había captado mi olor? Mis narices aspiraban, desde luego, un olor fétido, mefítico y repugnante. Volví a escuchar las pisadas, esta vez en la orilla del arroyo. A pocas yardas de mí se oyó un estrépito de piedras. Me agazapé en mi roca, sin respirar casi. De pronto las pisadas se fueron alejando. Oí chapoteos, como si el animal cruzase la corriente, y después el ruido fue muriendo a lo lejos en la dirección por la que había venido.

Permanecí largo tiempo sobre la roca, porque el horror que sentía me impedía moverme. Me acordé del ruido que había escuchado desde la entrada de la caverna y que procedía de sus profundidades; me acordé de los temores de Armitage, de la extraña huella en el barro y, como colofón de todo, ahora tenía la prueba absoluta de que existía en efecto algún monstruo inconcebible, algo totalmente ajeno a este mundo y totalmente espantoso, que se escondía y acechaba en el interior de la montaña hueca. No podía imaginarme ni su naturaleza ni sus formas, aparte de que era al mismo tiempo gigantesco y de pies poco consistentes. La lucha entre mi razón, que me decía que eran imposibles esas conjeturas, y de mis sentidos, que me aseguraban su existencia, se encarnizaba en mi interior, mientras estaba allí, tumbado en el suelo. Por último llegué casi a convencerme de que aquello no era más que una parte de alguna siniestra pesadilla, y de que mi estado físico anormal era capaz de haber creado una alucinación. Pero me quedaba una última experiencia que había de arrancar de mi cerebro toda posibilidad de duda.

Saqué las cerillas de debajo de mi sobaco y las palpé. Me dieron la impresión de que estaban secas y duras. Me agaché hasta una hendidura de las rocas e intenté encender una. Con gran alegría de mi corazón, prendió en el

acto. Encendí la vela y, después de dirigir una ojeada de espanto hacia atrás, tratando de penetrar en las profundidades lóbregas de la caverna, me precipité hacia el túnel romano. Al hacerlo tuve que cruzar por el espacio cubierto de barro donde anteriormente había encontrado la enorme huella. Volví a quedarme inmóvil y presa de asombro, porque en su superficie descubrí otras tres similares, enormes de tamaño, irregulares de silueta y de una profundidad que daba a entender el enorme peso que las había producido. Se apoderó de mí un terror espantoso. Agachado y protegiendo mi vela con la mano, corrí presa de un miedo frenético hasta el túnel rocoso. Seguí corriendo y no me detuve hasta que, con los pies doloridos y los pulmones jadeantes, trepé por la cuesta final pedregosa, me abrí paso violentamente por la maraña de arbustos y me dejé caer agotado sobre el suave césped, bajo la sosegada luz de las estrellas. Cuando llegué a la casa de la granja eran las tres de la mañana, y hoy me encuentro débil y tembloroso, después de mi terrible aventura. Aún no se la he contado a nadie. Debo proceder en este asunto con precaución. ¿Qué pensarían estas pobres mujeres solitarias, o estos pastores incultos, si les contase lo que me ocurrió? Hablaré con alguien que sea capaz de comprender y de aconsejarme.

25 DE ABRIL

Permanecí en cama dos días, después de mi increíble aventura de la caverna. Empleo el adjetivo increíble en un sentido literal porque, con posterioridad a mi experiencia primera, he tenido otra que me ha producido casi tanto terror como aquélla. He dicho que buscaba a alguien que pudiera aconsejarme. A pocas millas de distancia de la granja tiene su consulta un médico llamado Mark Johnson, para el que traje una carta de recomendación que me entregó el profesor Saunderson. Cuando me sentí con fuerzas suficientes para salir de casa, me hice llevar hasta su consulta, y procedió a realizar un examen cuidadoso de mi organismo, fijándose de manera especial en mis reflejos y en las pupilas de mis ojos. Cuando terminó su examen, se negó a opinar sobre mi aventura, alegando que era algo que escapaba a sus conocimientos, pero me entregó la tarjeta de un tal señor Picton, de Castleton, aconsejándome que fuese inmediatamente a visitar a este señor para contarle mi historia tal y como se la había contado a él mismo. Me aseguró que era justamente el hombre que estaba, más que nadie, en condiciones de ayudarme. En vista de eso me dirigí a la estación y me trasladé hasta la pequeña ciudad de Castleton, que se encuentra a unas diez millas de distancia.

Debía de ser el señor Picton a todas luces un personaje importante, porque su rótulo metálico lucía en la puerta de un edificio de categoría, en las afueras de la población. Iba ya a llamar, pero me acometió de pronto cierto recelo; crucé la calle y me dirigí a una tienda que había al lado. Le pregunté al hombre que había detrás del mostrador si podía darme información acerca del señor Picton. El tendero me contestó: «¡Vaya que si puedo! Es el mejor médico de locos que existe en el Derbyshire y su asilo está allá enfrente». Se comprenderá que tardé muy poco en sacudir de mis pies el polvo de Castleton. Regresé a la granja maldiciendo a todos los pedantes carentes de imaginación, que son incapaces de concebir la posibilidad de que existan en el mundo cosas que nunca tuvieron la oportunidad de cruzarse ante sus pupilas de topo. Después de todo, ahora que ya me he serenado, estoy dispuesto a reconocer que yo no mostré hacia Armitage una simpatía mayor que la que me había demostrado el doctor Johnson.

27 DE ABRIL

Cuando era estudiante tenía fama de ser hombre valeroso y emprendedor. Recuerdo que en cierta ocasión en que las gentes anduvieron en Coltbridge a la caza de un fantasma, fui yo quien permaneció en la casa embrujada. No sé si son los años (aunque, después de todo, sólo tengo treinta y cinco) o si es esta enfermedad mía la que me ha hecho degenerar. Mi corazón tiembla, sin duda alguna, cuando me pongo a pensar en la horrible caverna de la montaña y en la certidumbre de que está habitada por algún monstruoso inquilino. ¿Qué debo hacer? A todas horas me planteo esta pregunta. Si callo, el misterio seguirá siendo un misterio. Si digo algo, o despertaré una alarma loca por toda esta región, o encontraré una incredulidad absoluta, cuya consecuencia podría ser mi ingreso en un manicomio. Después de todo, creo que lo mejor que puedo hacer es esperar y prepararme para una excursión mejor pensada y calculada que la última. Como paso preliminar, he ido a Castleton y me he provisto de varios elementos esenciales: una gran lámpara de acetileno, en primer lugar y, en segundo lugar, un buen rifle deportivo de dos cañones. El rifle lo he alquilado, pero he comprado una docena de cartuchos para caza mayor, capaces de matar a un rinoceronte. Ya estoy preparado para entendérmelas con mi amigo el troglodita. En cuanto mejore mi salud y recupere una chispa de energía, llegaré a soluciones definitivas en este asunto. Pero ¿quién es ese ser, y cuál su naturaleza? Ésa es precisamente la cuestión que me quita el sueño. ¡Cuántas teorías voy descartando

sucesivamente! Resulta un problema inimaginable. Sin embargo, la razón no puede pasar por alto aquel grito o relincho, las huellas de los pies, el caminar dentro de la caverna. Me pongo a meditar sobre las antiguas leyendas de dragones y otros monstruos. ¿Tendrán, acaso, menos de cuentos fantásticos de lo que nosotros pensamos? ¿No ocultarán quizá una realidad? En ese caso sería yo el elegido entre todos los hombres para darla a conocer al mundo.

3 DE MAYO

Los caprichos de la primavera inglesa me han tenido inmovilizado por espacio de varios días, pero durante ese tiempo han ocurrido nuevos hechos cuyo alcance verdadero y siniestro nadie más que yo está en condiciones de apreciar. He de decir que las últimas noches han sido nubosas y sin luna, es decir, idénticas a aquellas otras en las que, según los datos que poseo, desaparecían las ovejas. Pues bien: también ahora han desaparecido. Dos pertenecían a la granja de las señoritas Allerton, una a la del viejo Pearson, de Cat Walk, y otra a la de la señora Moulton. Cuatro en tres noches. De las ovejas desaparecidas no ha quedado el menor rastro, y por toda la región no se habla de otra cosa que de gitanos y de ladrones de ovejas.

Pero ha ocurrido algo aún más grave. Ha desaparecido también el joven Armitage. Salió de su cabaña de la paramera a primera hora de la noche del miércoles y nada ha vuelto a saberse de él. Era hombre que no tenía familia y por eso su desaparición ha impresionado menos que si la hubiese tenido. La explicación que circula entre la gente es que estaba endeudado y que encontró colocación en alguna otra zona del país, desde la que no tardará en escribir pidiendo que le envíen sus pertenencias. Sin embargo, tengo graves recelos al respecto. ¿No es mucho más probable que esta última tragedia de las ovejas desaparecidas le haya impulsado a dar algunos pasos que le han conducido a la muerte? Quizá estuvo, es un suponer, al acecho de la bestia, y ésta se lo llevó a sus escondrijos del interior de las montañas. ¡Qué final inconcebible para un inglés civilizado del siglo XX! Sin embargo, tengo la sensación de que es posible y hasta probable que haya ocurrido eso. Pero en tal caso, ¿hasta qué punto soy responsable de la muerte de ese hombre y de cualquier otra desgracia que pueda ocurrir? Sabiendo lo que sé, no cabe duda de que es mi deber el que se tome alguna medida, o tomarla yo, si no hay más remedio. Me he decidido por lo último, y esta mañana me he presentado en el puesto de Policía local y he relatado mi historia. El inspector la copió en un libro voluminoso y después me acompañó hasta la puerta despidiéndose de mí con

una inclinación y una seriedad digna de elogio; pero cuando me alejaba por el sendero del jardín llegaron a mis oídos sus carcajadas. No me cabe duda de que aquel hombre estaba contando mi aventura a los miembros de su familia.

10 DE JUNIO

Escribo lo que sigue incorporado en mi cama seis semanas después de la última anotación que hice en este diario. Un hecho que me ha ocurrido, y que sólo en alguna rara ocasión ocurrió con anterioridad a ningún otro ser humano, me ha dejado terriblemente quebrantado de alma y de cuerpo. Pero he conseguido lo que me proponía. Los peligros con que amenazaba el animal espantoso que tenía su cobijo en la caverna de Juan Azul han desaparecido para nunca más volver. Yo, pobre inválido, he llevado a cabo por lo menos esa hazaña en bien de la comunidad. Voy a relatar el suceso lo más claramente que me sea posible.

La noche del viernes 3 de mayo fue oscura y nubosa. Era, pues, una noche idónea para la salida del monstruo. Me puse en camino a eso de las once con mi linterna y mi rifle, pero antes dejé sobre la mesita de mi dormitorio una carta en la que decía que en caso de que desapareciera se me buscase por los alrededores de la cueva. Me dirigí a la boca del túnel romano, y después de encaramarme entre las rocas próximas a la entrada apagué el foco de mi linterna y esperé pacientemente, manteniendo a mano el rifle cargado.

Fue una vigilia melancólica. Divisaba a lo largo de la cañada serpenteante las luces, desparramadas aquí y allá, de las casas de la granja, y llegaban débilmente hasta mis oídos las campanadas del reloj de la Iglesia de Chapel-le-Dale al dar las horas. Esas pruebas de la existencia de otros hombres no hacían más que acrecentar mi sensación de soledad, exigiendo de mí un esfuerzo mayor para sobreponerme al terror que me acometía continuamente y que me impulsaba a regresar a la granja, abandonando pata siempre aquella búsqueda peligrosa. Pero en lo más profundo de cada hombre está enraizado el respeto por sí mismo, y ese sentimiento hace que le sea muy duro retroceder cuando se ha lanzado a una empresa. Ese sentimiento de orgullo personal fue en esta ocasión el que me salvó, y únicamente gracias a él me mantuve en mi puesto, aunque todos mis instintos tiraban de mí para arrastrarme lejos de aquel lugar. Ahora me alegro de mi fortaleza. Aunque sea muy grande el precio que he tenido que pagar, mi hombría al menos ha quedado libre de toda censura.

En la iglesia lejana dieron las doce, la una y las dos. Eran las horas de mayor oscuridad. Las nubes se deslizaban a poca altura y ni una sola estrella se divisaba en el firmamento. Allá por las rocas hucheaba una lechuza, sin que se oyese otro ruido, aparte del suave suspirar del viento. ¡Y de pronto lo oí! Desde las lejanas profundidades del túnel me llegó el ruido sordo de aquellas pisadas, tan blandas y, sin embargo, tan pesadas. Oí también el crujir de las piedras que cedían bajo aquellos pies gigantescos. Se fueron acercando más y más. Ya las oía cerca de mí. Chasquearon los arbustos que rodeaban la boca de la cueva y tuve la sensación de que se dibujaba de una manera borrosa en la oscuridad una figura enorme, la silueta de un ser monstruoso e informe, que salió, rápido y muy silencioso, del túnel. El miedo y el asombro me paralizaron. Después de la larga espera, cuando llegó el momento decisivo me encontró desprevenido. Permanecí inmóvil y sin respirar, mientras aquella enorme masa negra pasaba rápida por mi lado y se la tragaba la oscuridad de la noche.

Pero retemplé mis nervios a la espera de que el animal volviese a la caverna. En toda la región circundante, que estaba entregada al sueño, no se oyó ruido alguno que delatase la presencia del ser espeluznante que andaba suelto. No disponía de ningún recurso para calcular a qué distancia se encontraría, qué estaba haciendo, o el momento de su regreso. Pero no me fallarían otra vez los nervios ni perdería por segunda vez la ocasión de hacerle sentir mi presencia. Me lo juré entre dientes, al tiempo que depositaba mi rifle con el percutor levantado encima de la roca.

A pesar de todo, casi vuelve a ocurrir lo mismo. Nada me advirtió que el monstruo se aproximaba, caminando sobre la hierba. Súbitamente volvió a surgir ante mí una sombra negra y deslizante; el enorme volumen se dirigía hacia la entrada de la caverna. De nuevo mi dedo permaneció bloqueado e impotente sobre el gatillo, en un ataque de parálisis de mi voluntad. Pero realicé un esfuerzo desesperado por reaccionar. En el momento en que rechinaban los arbustos y la bestia monstruosa se confundía con la oscuridad de la boca de la cueva, hice fuego. Al resplandor del disparo pude captar la visión de una gran masa hirsuta, de algo revestido de una pelambre áspera y cerdosa, de color blanquecino, que se convertía en blanco en sus miembros inferiores. El tranco enorme del cuerpo se apoyaba en patas cortas, gruesas y encorvadas. Apenas tuve tiempo de percibir eso, porque el animal se metió en su madriguera con gran estrépito de piedras arrancadas a su paso. Instantáneamente, por efecto de una reacción eufórica de mis sentimientos,

me desprendí de mis miedos, encendí el foco de mi potente linterna, empuñé el rifle, salté desde la roca y corrí tras el monstruo por el viejo túnel romano.

Mi magnífica lámpara proyectaba delante de mí un torrente de viva luminosidad, muy distinto del apagado resplandor amarillo que doce días antes me había ayudado a avanzar por aquel mismo pasillo. Sin dejar de correr, descubrí a la enorme bestia que avanzaba delante de mí, obstruyendo con su enorme cuerpo todo el hueco, de pared a pared. El pelo del animal parecía como de burda estopa de cáñamo, y le colgaba en largos y tupidos mechones que adquirían un movimiento pendular cuando se movía. Por su vellón se le hubiera confundido con un enorme carnero sin esquilar, pero su tamaño excedía al del más voluminoso elefante, y su anchura parecía casi tanta como su estatura. Ahora que pienso en ello, me asombra que me atreviese a caminar por las entrañas de la tierra persiguiendo a tan terrible monstruo, pero cuando le hierve a uno la sangre y se tiene la impresión de que la pieza de caza huye, se despierta dentro de uno el atávico espíritu del cazador y se prescinde de toda prudencia. Corrí a todo lo que daban mis piernas siguiendo al monstruo con mi rifle en la mano.

Había tenido ocasión de comprobar que el animal era veloz, y ahora iba a descubrir a mis propias expensas que también era muy astuto. Me había imaginado que huía presa de pánico y que lo que tenía que hacer era perseguirlo. Ni por un momento surgió en mi cerebro exaltado la idea de que pudiera volverse contra mí. He explicado ya que el túnel por el que corría desemboca en una gran caverna central. Me precipité dentro de ella, temiendo que la bestia se me despistase. Pero ya no huía, sino que dio media vuelta, y un momento después estábamos cara a cara.

Aquel cuadro, visto a la luz brillante y blanca de la linterna, ha quedado grabado para siempre en mi cerebro. El animal se había erguido sobre sus patas traseras, como podría hacerlo un oso, y me dominaba con su estatura enorme y amenazadora. Ni en mis más terribles pesadillas había aparecido un monstruo como aquél. He dicho que se irguió igual que un oso, y, en efecto, producía cierta impresión de oso —si es posible imaginarse un animal de esa clase de un volumen diez veces mayor que cualquiera de los osos conocidos — en el conjunto de su postura y actitud, en sus grandes y torcidas patas delanteras armadas de garras de un color marfileño, en su piel afelpada y en su boca roja y abierta, dotada de monstruosos colmillos. Sólo en una cosa se diferenciaba de un oso y de cualquier otro animal de los que caminan por la tierra; algo cuyo descubrimiento me produjo en aquel momento un escalofrío de espanto: sus ojos, que reflejaban la luz de mi propia linterna, consistían en

unas bulbosidades voluminosas y salientes, blancas y sin visión. Las grandes garras oscilaron un instante por encima de mi cabeza y cayeron hacia delante sobre mí; mi linterna se rompió al chocar con el suelo y ya no recuerdo nada más.

... ...

Cuando recobré el conocimiento me encontraba en la granja de las Allerton. Habían transcurrido un par de días desde mi espantosa aventura en el interior de la cueva de Juan Azul. Por lo visto permanecí toda la noche dentro de la caverna, caído en el suelo e insensible, por efecto de una conmoción cerebral, con el brazo izquierdo y dos costillas malamente fracturados. Descubrieron por la mañana la carta que yo había dejado, se reunieron doce campesinos para formar una expedición de búsqueda, siguieron mis huellas y me transportaron a mi dormitorio, donde había permanecido presa de una fiebre delirante. Por lo visto no se descubrió rastro alguno del animal, ni tampoco manchas de sangre que indicasen que mi disparo había dado en el blanco. No había nada que demostrase la veracidad de mi relato, aparte de mi propia afirmación y de las huellas impresas en el barro.

Han transcurrido seis semanas y estoy ya en condiciones de sentarme al sol. Frente a mí se alza la escarpada ladera del monte, formada por rocas grises y quebradizas, y allá, en el costado de esas rocas, está la negra hendidura que marca la boca de la cueva de Juan Azul. Pero ya no inspira terror; por ese túnel de mal agüero no volverá a salir al mundo de los seres humanos ningún monstruo espantoso y extraño. Las personas cultas y científicas, los doctores Johnson y demás, se reirán al leer este relato, pero las gentes humildes de aquellas tierras no han dudado nunca que sea verdad. Al día siguiente de recobrar yo el conocimiento, se congregaron por centenares alrededor de la cueva de Juan Azul. He aquí cómo lo relata el *Castleton Courier*:

> Fue inútil que nuestro corresponsal o alguno de los audaces que habían venido desde Matlock, Buxton y otros lugares se brindasen a entrar en la caverna para llevar su exploración hasta el final de la misma y para encontrar de ese modo la prueba definitiva del extraordinario relato del doctor James Hardcastle. Los campesinos habían tomado cartas en el asunto y desde primeras horas de la mañana estaban trabajando de firme para

> cerrar la boca del túnel. Hay al principio de la bocamina una pendiente muy marcada, y por ella se dedicaron muchas manos voluntarias a dejar caer grandes bloques de roca, hasta que la cueva quedó absolutamente tapiada. De este modo terminaba el episodio que tanta emoción ha despertado por toda esta región. La opinión de los lugareños se encuentra profundamente dividida al respecto. Por un lado, hay gentes que hacen notar el mal estado de salud del doctor Hardcastle, dejando entrever la posibilidad de que lesiones cerebrales de origen tuberculoso hayan sido las causantes de extrañas alucinaciones. Según estos señores, el doctor se vio empujado por alguna idea fija a meterse por el túnel, bastando para explicar sus heridas la hipótesis de una caída entre las rocas. Por otro lado, desde hace meses circulaba la leyenda de que existía un ser extraño dentro de la cueva, y los campesinos encuentran la corroboración definitiva de esa leyenda en el relato del doctor Hardcastle y en sus heridas. Tal es la situación en que se encuentra el asunto, y así seguirá, porque no creemos que sea ya posible una solución definitiva del problema. Una explicación científica que abarque los hechos que se alegan está lucra del alcance del ingenio humano.

Quizá el *Courier* habría debido enviar a su representante a entrevistarse conmigo antes de publicar ese artículo. Yo he meditado en el asunto como nadie ha tenido ocasión de hacerlo y es muy posible que pudiera resolver algunas de las dificultades más inmediatas que ofrece el relato, llevando éste a un punto más fácil de ser aceptado por la ciencia. Voy, pues, a dejar constancia de la única explicación que me parece que pone en claro lo que me consta que constituye una serie de hechos reales, porque lo he pagado a buen precio. Quizá mi teoría resulte disparatada e improbable, pero nadie podrá al menos aventurarse a afirmar que es imposible.

Mi punto de vista —formado, como puede verse por mi diario, antes de mi aventura personal— es que existe en esta parte de Inglaterra un gran mar o lago subterráneo, alimentado por gran número de arroyos cuyas aguas penetran a través de la piedra caliza. En todo lugar donde existe un gran caudal de agua almacenada se produce también alguna evaporación, con nieblas o lluvia, y una posibilidad de vida vegetal. Esto sugiere a su vez la posibilidad de alguna vida animal, originada, al igual que la vegetal, de

semillas y de especies de seres vivos que surgieron en algún periodo primitivo de la historia del mundo, cuando resultaba más fácil la comunicación con la atmósfera exterior. El lugar en cuestión presenció el desarrollo de una fauna y de una flora peculiares. Entre su fauna figuraban monstruos como el que vi, que pudiera muy bien ser el antiguo oso de las cavernas, enormemente desarrollado y modificado por el nuevo medio. Los seres del exterior de la tierra y los del interior de la misma vivieron separados durante incontables edades y fueron diferenciándose cada vez más. Posteriormente se produjo en las profundidades de la montaña alguna hendidura que hizo posible que uno de esos animales saliese por ella y, avanzando por el túnel romano, llegase hasta la superficie de la tierra. Ese animal, como todos los seres de la vida subterránea, había perdido su facultad visual, pero ésta habría encontrado sin duda una compensación que la Naturaleza le proporcionaría en otras direcciones. Poseería con seguridad el sentido de la orientación, que le permitiría salir al exterior y cazar el ganado lanar que pastaba en la ladera del monte. En cuanto a que ese monstruo eligiera las noches oscuras, forma parte de mi teoría la suposición de que la luz hería dolorosamente aquellos grandes globos blancos, y que éstos sólo podían soportar la oscuridad más absoluta y tenebrosa. Fue, quizá, el resplandor de mi linterna lo que me salvó la vida en aquel momento espeluznante en que estuvimos cara a cara. Ésa es la explicación que doy yo del acertijo. Dejo constancia de los hechos, y quien se sienta capaz de explicarlos, que lo haga; y quien prefiera ponerlos en duda, que lo haga también. Ni la creencia en ellos ni la incredulidad pueden alterarlos, ni pueden tampoco afectar a un hombre cuya tarea se aproxima a su fin.

Así termina el extraño relato del doctor James Hardcastle.

A TRAVÉS DEL VELO[33]

Era un hombre corpulento de la frontera, de abundantes greñas y de cara pecosa, que descendía por línea directa de un clan cuatrero de Liddesdale. A pesar de tal ascendencia, era un ciudadano todo lo serio y correcto que podía pedirse: concejal de Melrose, uno de los ancianos de la iglesia y presidente de la sucursal que tenía en el pueblo la Asociación Cristiana de Jóvenes. Se apellidaba Brown, y como «Brown and Handiside» figuraba en el rótulo que había sobre la puerta de la gran tienda de ultramarinos en la calle Mayor. Su mujer, Maggie Brown, se llamaba Armstrong antes de su boda, y descendía de una antigua familia de campesinos de las soledades de Teviothead. Era pequeña, morena, de ojos negros y con un temperamento nervioso raro en una escocesa. No habría podido encontrarse mayor contraste entre el hombre corpulento tostado y la mujercita de pelo negro, y sin embargo ambos eran de la tierra, hasta donde alcanzaba la memoria de los hombres.

Cierto día —era el primer aniversario de su boda— habían ido juntos en coche a visitar las excavaciones del fuerte romano de Newstead. El lugar no era demasiado pintoresco. Desde la ribera norteña del Tweed, en el punto mismo en que el río forma curva, se extiende en suave declive una parte de tierra cultivable. Estaba ahora cruzada de trincheras excavadas, y se veía aquí y allá el retazo de una vieja obra de sillería, que indicaba el lugar en que se hallaban los cimientos de las antiguas murallas. Había sido un establecimiento militar de gran importancia, porque el campamento tenía cincuenta acres de extensión, y el fuerte quince. Como el señor Brown conocía al agricultor propietario de la tierra, todo les resultó fácil. Guiados por él, invirtieron las largas horas de un atardecer veraniego en inspeccionar las trincheras, los pozos, las murallas y toda la extraña variedad de objetos hallados que esperaban ser enviados al Museo de Antigüedades de Edimburgo. Aquel mismo día se había extraído de la tierra la hebilla de un cinturón de mujer; el dueño de la finca estaba dando explicaciones del mismo, cuando su mirada fue a fijarse en la cara de la señora Brown, y le dijo al marido:

—Su buena señora parece cansada. Quizá hiciesen bien en descansar un poco antes de que sigamos adelante.

Brown miró a su mujer. Desde luego estaba muy pálida, y sus ojos negros brillaban de manera extraña.

—¿Qué te ocurre, Maggie? Te has cansado mucho. Creo que es hora de que volvamos.

—No, no, John, sigamos adelante. Esto es maravilloso. Parece un país de ensueño. Siento todas estas cosas muy dentro y muy cerca de mí. ¿Cuánto tiempo permanecieron aquí los romanos, señor Cunningham?

—Mucho, señora. Si viese los estercoleros, con los restos de la basura, comprendería que tuvo que pasar muchísimo tiempo para llenarlos.

—¿Y por qué se marcharon?

—Pues, verá, señora: por lo visto se marcharon porque no tuvieron otro remedio. Las gentes de estos alrededores no podían aguantarlos más y se levantaron y quemaron el fuerte. Puede usted ver sobre las piedras las señales del fuego.

La mujer experimentó un rápido escalofrío, y dijo:

—Debió de ser una noche tremenda, una noche espantosa. Estaría el ciclo rojo, y también estas piedras grises estarían al rojo vivo.

—Sí, yo creo que debían de estar rojas —dijo su marido—. Es una cosa rara, Maggie, y quizá sea debido a lo que acabas de decir; el caso es que me parece estar viendo todo lo ocurrido igual que una escena cualquiera de las que he visto en mi vida. La luz se reflejaba sobre las aguas.

—Sí, la luz se reflejaba sobre las aguas, y el humo se agarraba a la garganta; todos los salvajes daban alaridos.

El viejo campesino se echó a reír y dijo:

—La señora escribirá una novela acerca del antiguo fuerte. Lo he ensenado ya a muchos, pero nadie se ha explicado con tal claridad. Hay personas que tienen esa facultad.

Habían avanzado paseando por el borde de un loso de muralla, y a su derecha abría sus fauces un pozo. El granjero dijo:

—Este pozo tenía quince pies de profundidad. ¿Que creen que extrajimos del fondo del mismo? Pues verán: extrajimos el esqueleto de un hombre que tenía a su lado una lanza. Creo que cuando murió la estaba empuñando. Pues bien, ¿qué hacía un hombre con una lanza dentro de un agujero de catorce pies? No lo enterraron, porque esa gente quemaba a sus muertos. ¿Cuál es su conclusión, señora?

—Saltaría al fondo para librarse de los salvajes —dijo la mujer.

—Sí, eso es bastante probable, y a uno de los profesores de Edimburgo no se le ocurrió explicación mejor. Me gustaría que estuviese usted aquí, señora, para responder con esa facilidad a todas las dificultades. Aquí tienen el altar que encontramos la semana pasada. Hay una inscripción. Me han dicho que está en latín, y que quiere decir que los hombres de este fuerte dan gracias a Dios por haberlos salvado.

Examinaron la piedra antigua y gastada. En lo alto de la misma se veían dos *«VV»*, profundamente talladas.

—¿Qué significan estas dos *«VV»*? —preguntó Brown.

—Nadie lo sabe —contestó el guía.

—*Valeria Victrix —dijo* dulcemente la señora.

Su rostro estaba más pálido que nunca, y tenía la mirada perdida a lo lejos, como quien está mirando por las oscuras naves de las bóvedas de los siglos.

—¿Y qué es eso? —preguntó su marido con interés.

Ella tuvo un sobresalto, como si despertase de un sueño, y preguntó:

—¿De qué hablábamos?

—De esas dos *«VV»* que hay en la piedra.

—Sin duda son las iniciales de la legión que levantó el ara.

—Sí, pero tú dijiste cómo se llamaba.

—¡Ah!, ¿sí? ¡Qué cosa más absurda! ¿Cómo voy a saber yo el nombre de esa legión?

—Dijiste no sé qué *Victrix*, según creo.

—Sería una corazonada. Este sitio me produce una sensación rarísima, como si yo no fuera yo misma, sino otra persona.

—De verdad que es un lugar muy extraño —dijo su marido, mirando a su alrededor con una expresión casi de miedo en sus decididos ojos grises—. A mí me ocurre lo mismo. Bien, señor Cunningham, vamos a darle a usted las buenas noches para regresar a Melrose antes de que oscurezca.

Ninguno de los dos logró sacudirse la extraña impresión que había dejado en ellos la visita a las excavaciones. Era como si de las húmedas trincheras se hubiese alzado algún miasma y se les hubiese metido en la sangre. Permanecieron durante toda la velada callados y pensativos; pero lo poco que hablaron demostraba que ambos estaban preocupados por lo mismo. Brown pasó una noche inquieta, durante la cual tuvo una pesadilla extraña y bien coordinada, tan vívida que se despertó sudando y temblando como un caballo asustado. Por la mañana, mientras desayunaban, trató de explicárselo a su mujer:

—Maggie, lo vi con la mayor claridad; con una claridad como jamás he sentido estando despierto. Tengo la impresión de que estas manos mías estuvieron manchadas de sangre.

—Cuéntamelo, cuéntamelo despacio —dijo ella.

—Cuando empecé a soñar, estaba fuera, tumbado en el suelo. Éste era duro y con matas de brezos. A mi alrededor todo eran tinieblas; yo oía el roce y la respiración de hombres. Me pareció que tenía por todas partes una gran multitud, pero no pude ver a nadie. De cuando en cuando se oía un apagado tintineo de acero, y de pronto algunas voces cuchicheaban: «¡Chis!» Yo empuñaba una maza rugosa, que tenía cerca de la extremidad pinchos de hierro. Me palpitaba con rapidez el corazón, y tuve la sensación de que se me venían encima momentos de gran peligro y emoción. Una vez dejé caer al suelo mi maza, y en torno a mí volvieron las voces a decir en la oscuridad: «¡Chis!» Alargué mi mano y toqué el pie de otro hombre que estaba tumbado delante de mí. A uno y otro lado había dos personas, pero no hablaban nada. De pronto empezamos todos a movernos. Toda la ladera de la colina parecía reptar hacia abajo. Al pie había un río y un puente de madera de altos arcos. Al otro lado del puente muchas luces, es decir, antorchas encima de un muro. Todos los hombres que reptaban se dirigieron hacia el puente. No se había oído ruido alguno, y reinaba un silencio de terciopelo. De pronto se oyó un grito en la oscuridad, el grito de un hombre que ha recibido súbitamente una puñalada en el corazón. Ese grito único se oyó aislado durante un momento, y poco después estalló el vocerío de un millar de gargantas furiosas. Yo eché a correr. Todos echaron a correr. Brilló una gran luz roja y el río parecía una cinta escarlata. Ahora pude ver a mis compañeros. Más que hombres parecían demonios, figuras salvajes vestidas de pieles, con el pelo y las barbas desgreñados. Estaban locos de furor, corrían saltando, con la boca abierta, agitando los brazos, mientras la roja luz se reflejaba en sus caras. También yo corrí, y lancé palabrotas a voz en cuello, igual que los demás. De pronto oí un gran crujir de maderas que me hizo comprender que habían sido derribadas las empalizadas. Oí fuertes zumbidos cerca de mis orejas y comprendí que disparaban flechas. Caí al fondo de una zanja y vi que desde lo alto me alargaban una mano. Me agarré a ella y me alzaron hasta lo alto. Miramos hacia el fondo, y vimos debajo de nosotros unos hombres plateados que mantenían en alto las puntas de sus lanzas. Algunos de los nuestros saltaron sobre las puntas, otros los siguieron, y matamos a los soldados antes de que pudieran sacar sus lanzas de los cuerpos de los primeros. Lanzaban gritos en una lengua extraña, pero no les dimos cuartel. Pasamos por encima de ellos lo

mismo que una ola, pisoteándolos en el fango, porque eran pocos, y el número de los nuestros era incontable. Me encontré entre edificios, uno de los cuales estaba ardiendo. Vi que las llamas saltaban por encima del techo. Seguí corriendo, y me encontré solo entre los edificios. Alguien cruzó corriendo por delante de mí. Era una mujer. La agarré del brazo, le levanté la barbilla y la puse de cara al resplandor del fuego. ¿Quién te parece que era, Maggie?

La esposa humedeció sus labios resecos, y contestó:

—Era yo.

Él miró con sorpresa, y dijo:

—Eres buena adivina. Sí, eras tú precisamente. Compréndeme: no es que tuviese un parecido contigo, compréndeme, sino que eras tú, tú en persona. Vi la misma alma en tus ojos asustados. Estabas pálida y parecías hermosa y admirable a la luz de las llamas. Yo sólo tuve un pensamiento: llevarte conmigo; guardarte únicamente para mí, en mi propia habitación, allá, al otro lado de las colinas. Me clavaste las uñas en la cara. Yo te eché a mi hombro y traté de salir del espacio iluminado por el edificio en llamas, para volver a meterme en la oscuridad. Entonces ocurrió algo que es de lo que mejor me acuerdo. Pero, Maggie, estás enferma. ¿Quieres que me calle? ¡Válgame Dios! Tienes la misma expresión en tu cara que la que tenías anoche durante mi sueño. Lanzaste un grito, y él salió corriendo a la luz del fuego. Traía la cabeza descubierta; sus cabellos eran negros y rizados; empuñaba en la mano una espada desnuda, corta y ancha, poco más que un puñal. Me tiró un golpe de punta, pero tropezó y cayó al suelo. Yo te sostuve con una mano, y con la otra…

La esposa se había puesto en pie de un salto, con la cara contorsionada, y gritó:

—¡Marcos! ¡Mi bellísimo Marcos! ¡Oh, bestia! ¡Eres una bestia!

Se oyó un estrépito de tazas de té en el momento en que ella caía hacia delante sin sentido, tropezando en la mesa.

* * *

Jamás hablaron acerca de aquel incidente extraño y aislado en su vida matrimonial. Parece que por un instante se había levantado una punta del velo pasado, y que hubiesen recordado alguna extraña escena instantánea de una vida olvidada. Pero el velo volvió a caer, para no levantarse nunca más. Viven su estrecha rutina: él en su tienda y ella en su hogar. Sin embargo, desde aquel

atardecer veraniego en las cercanías del ruinoso fuerte romano, se han ido formando a su alrededor horizontes nuevos y más amplios.

ESPANTO EN LAS ALTURAS[34]

EN EL QUE SE TRANSCRIBE EL MANUSCRITO CONOCIDO CON EL NOMBRE DE «NOTAS FRAGMENTARIAS DE JOYCE ARMSTRONG»

Ha quedado ya descartada por cuantos han entrado a fondo en el estudio del caso la idea de que el relato extraordinario conocido con el nombre de *Notas fragmentarias de Joyce Armstrong* sea una complicada broma tramada por un desconocido que poseía un sentido perverso y aciago del humorismo. Hasta el maquinador más fantástico y macabro vacilaría ante la perspectiva de ligar sus morbosas alucinaciones con sucesos trágicos y fehacientes para darles una mayor credibilidad. A pesar de que las afirmaciones que en esas notas se hacen sean asombrosas y lleguen incluso hasta la monstruosidad, lo cierto es que la opinión general se está viendo obligada a darlas por auténticas, resultando imprescindible que reajustemos nuestras ideas de acuerdo con la nueva situación. Según parece, este mundo nuestro se halla ante un peligro por demás extraño e inesperado, del que únicamente lo separa un margen de seguridad muy ligero y precario. En este relato, en el que se transcribe el documento original en su forma, que es por fuerza algo fragmentaria, trataré de exponer ante el lector el conjunto de los hechos hasta el día de hoy y, como prefacio a lo que voy a narrar, diré que si alguien duda de lo que cuenta Joyce-Armstrong, no puede ponerse ni por un momento en tela de juicio todo cuanto se refiere al teniente Myrtle, R. N. y a el señor Hay Connor, que halló su fin, sin ninguna duda posible, de la manera que en el documento se describe.

Las *Notas fragmentarias de Joyce-Armstrongissemn* encontradas en el campo conocido con el nombre de Lower Haycook, que queda a una milla al oeste de la aldea de Withyham, en la divisoria de los condados de Kent y de Sussex. El día 15 del pasado mes de septiembre un peón de labranza, James Flynn, que trabaja con el agricultor Mathew Dodd, de la granja Chanutry, de

Withyham, vio una pipa de eglantina cerca del sendero que contornea la cerca de arbustos de Lower Haycook. A pocos pasos de distancia recogió unos prismáticos rotos. Por último distinguió entre unas ortigas que había en el canalón lateral un libro delgado, con tapas de lona, que resultó ser un cuaderno de hojas desprendibles, algunas de las cuales se habían soltado y revoloteaban aquí y allá por la base de la cerca. El peón de labranza las recogió, pero algunas de esas hojas, y entre ellas la que debía ser la primera del cuaderno, jamás se encontraron por más que se las buscó, y esas páginas perdidas dejan un hueco lamentable en este importantísimo relato. El peón entregó el cuaderno a su patrón, y éste, a su vez, se lo mostró al doctor H. M. Atherton, de Hartfield. Este caballero comprendió en el acto la necesidad de que tal documento fuese sometido al examen de un técnico, y con ese objeto lo hizo llegar al Aeroclub de Londres, donde se encuentra actualmente.

Faltan las dos primeras páginas del manuscrito, y también ha sido arrancada la página en que termina el relato; sin embargo, su pérdida no hace perder coherencia al mismo. Se supone que las primeras páginas que faltan exponían en detalle los títulos que como aeronauta poseía el señor Joyce-Armstrong, pero esos títulos pueden buscarse en otras fuentes, siendo cosa reconocida por todos que nadie le superaba entre los muchos pilotos aéreos de Inglaterra. El señor Joyce-Armstrong gozó durante muchos años la reputación de ser el más audaz y el más cerebral de los aviadores. Esa combinación de cualidades le puso en condiciones de inventar y de poner a prueba varios dispositivos nuevos, entre los que está incluido el hoy corriente mecanismo giroscòpico bautizado con su apellido. La parte principal del manuscrito está redactada en tinta y con buena letra, pero unas cuantas líneas del final lo están a lápiz y con letra tan confusa que resultan difíciles de leer. Para ser exactos, diríamos que están escritas como si hubiesen sido garabateadas apresuradamente desde el compartimento de un aeroplano en vuelo. Conviene que digamos también que hay varias manchas, tanto en la última página como en la tapa exterior, y que los técnicos del Ministerio del Interior han dictaminado que se trata de manchas de sangre, sangre humana probablemente y, sin duda alguna, de animal mamífero. Como en esas manchas de sangre se descubrió algo que se parece notablemente al microbio de la malaria, y como se sabe que Joyce-Armstrong padecía de fiebres intermitentes, podemos presentar el caso como un ejemplo notable de las nuevas armas que la ciencia moderna ha puesto en manos de nuestros detectives.

Digamos ahora algunas palabras acerca de la personalidad del autor de este relato que hará época. Según lo que afirman los pocos amigos que sabían en verdad algo de la condición humana de Joyce-Armstrong, era éste un poeta y un soñador, además de ser mecánico e inventor. Disponía de una fortuna importante, habiendo invertido buena parte de la misma en el cultivo de su afición al vuelo. Tenía en sus cobertizos de las proximidades de Devizes cuatro aeroplanos particulares, y se asegura que en el transcurso del año pasado realizó no menos de ciento setenta vuelos. Era hombre reservado y sufría de accesos de misantropía. En esos accesos esquivaba el trato con los demás. El capitán Dangerfield, que era quien más a fondo le trataba, afirma que en ciertos momentos la excentricidad de su amigo amenazaba con adquirir contornos de algo más grave. Una manifestación de esa excentricidad era que tenía la costumbre de llevar en su aeroplano una escopeta.

Otro detalle característico fue la impresión traumática que produjo en sus facultades la caída del teniente Myrtle. Éste cayó desde una altura aproximada de treinta mil pies cuando intentaba superar la marca de altitud. Aunque su cuerpo y sus miembros conservaron apariencia de tales, la horrible verdad es que no quedó el menor rastro de su cabeza. Joyce-Armstrong, según cuenta Dangerfield, planteaba en toda reunión de aviadores la siguiente pregunta: «¿Quieren decirme dónde fue a parar la cabeza de Myrtle?»

En otra ocasión, estando de sobremesa en el comedor común de la Escuela de Aviación de Salisbury Plain, planteó un debate acerca de cuál sería el mayor peligro permanente con el que tendrían que enfrentarse los aviadores. Después de escuchar las opiniones que allí se fueron exponiendo acerca de los baches aéreos, la construcción defectuosa y la pérdida de velocidad, cuando le llegó el turno de exponer su opinión se encogió de hombros y rehusó hacerlo, dejando la impresión de que no estaba conforme con ninguna de las expuestas por sus compañeros.

No estará de más que digamos que, al examinar sus asuntos particulares, después de la total desaparición de este aviador, se vio que lo tenía todo arreglado con una precisión tal que parece indicar que hubiese tenido una fuerte premonición de la catástrofe. Hechas estas advertencias esenciales, paso a copiar la narración al pie de la letra, empezando en la página tercera del cuaderno manchado de sangre:

«Sin embargo, durante mi cena en Reims con Coselli y con Gustavo Raymond pude convencerme de que ni el uno ni el otro habían percibido ningún peligro especial en las capas más altas de la atmósfera. Yo no les

expuse a ellos lo que pensaba, pero como estuve tan próximo a ese peligro, tengo la seguridad de que si ellos lo hubiesen percibido de una manera parecida, habrían expuesto, sin duda alguna, lo que les había ocurrido. Pero estos dos aviadores son hombres hueros y vanidosos, que sólo piensan en ver en los periódicos sus nombres intrascendentes. Es interesante hacer constar que ni el uno ni el otro pasaron nunca mucho más allá de los veinte mil pies de altura. Todos sabemos que en algunas ascensiones en globo y en la escalada de montañas se ha llegado a altitudes más elevadas. Tiene que ser bastante más allá de esa altura cuando el aeroplano penetra en la zona de peligro, dando siempre por bueno el que mis barruntos y corazonadas sean exactos.

»La aviación se practica entre nosotros desde hace más de veinte años, y surge en el acto la siguiente pregunta: ¿por qué este peligro no se ha descubierto hasta ahora? La respuesta es evidente. Antaño, cuando se pensaba que un motor de cien caballos de las marcas Gnome o Green bastaba y sobraba para todas las necesidades, los vuelos eran muy limitados. En la actualidad, cuando el motor de trescientos caballos es la regla y no la excepción, el vuelo hasta las capas superiores de la atmósfera se ha hecho fácil y es más corriente. Algunos de nosotros podemos recordar que, siendo jóvenes, Garros conquistó celebridad mundial al alcanzar los mil novecientos pies de altura, y que el pasar en vuelo por encima de los Alpes fue considerado una hazaña extraordinaria. En la actualidad, la norma corriente es inconmensurablemente más elevada, y se hacen veinte vuelos de altura al año por cada uno de los que se hacían en épocas pasadas. Muchos de esos vuelos de altura se han acometido sin daño alguno. Los treinta mil pies han sido alcanzados una y otra vez sin más molestias que el frío y la dificultad de respirar. ¿Qué demuestra esto? Un visitante ajeno a nuestro planeta podría realizar mil descensos en éste sin ver jamás un tigre. Sin embargo, los tigres existen, y si ese visitante descendiera en el interior de una manigua, quizá fuese devorado por ellos. Pues bien, en las regiones superiores del aire existen también maniguas, y cosas peores que los tigres habitan en ellas. Yo creo que se llegará, andando el tiempo, a trazar mapas exactos de esas maniguas y junglas. Hoy mismo podría yo citar los nombres de dos de ellas. Una se extiende por encima del distrito Pau-Biarritz, en Francia; la otra queda exactamente por encima de mi cabeza en este momento, cuando escribo estas líneas en mi casa del Wiltshire. Y estoy por creer que existe otra por encima del distrito de Homburg-Wiesbaden.

»Empecé a pensar en el problema al ver cómo desaparecían algunos aviadores. Claro está que todo el mundo aseguraba que habían caído al mar, pero yo no quedé en modo alguno satisfecho con esa explicación. Por ejemplo, el caso de Verrier en Francia: su aparato fue encontrado en las proximidades de Bayona, pero nunca se descubrió el paradero de su cadáver. Vino después el caso de Baxter, que desapareció, aunque su motor y una parte de la armazón de hierro fueron descubiertos en el bosque de Leicestershire. El doctor Middleton, de Amesbury, que seguía el vuelo de ese aviador por medio de un telescopio, declara que un momento antes de que las nubes ocultasen el campo visual, vio cómo el aparato, que se encontraba a enorme altura, picó súbitamente en línea perpendicular hacia arriba y dio sucesivamente una serie de respingos de los que jamás habría creído capaz a un aeroplano. Ésa fue la última visión que se tuvo de Baxter. Se publicaron cartas en los periódicos, pero no se llegó a nada concreto. Ocurrieron otros casos similares, y de pronto se produjo la muerte de Hay Connor. ¡Qué revuelo se armó a propósito del misterio sin resolver que se ocultaba en los aires, y cuántas columnas se imprimieron a ese respecto en los periódicos populares; pero qué poco se hizo para llegar hasta el fondo mismo del problema! Hay Connor descendió desde una altura ignorada y lo hizo en un fantástico planeo. No salió del aparato y murió en su asiento de piloto. ¿De qué murió? «Enfermedad cardíaca», dijeron los médicos. ¡Tonterías! El corazón de Hay Connor funcionaba tan a la perfección como funciona el mío. ¿Qué fue lo que dijo Venables? Venables fue el único hombre que estaba a su lado cuando Hay Connor murió. Dijo que el piloto temblaba y daba la impresión de un hombre que ha sufrido un susto terrible. «Murió de miedo», afirmó Venables; pero no podía imaginarse qué fue lo que le asustó. Una sola palabra pronunció el muerto delante de Venables; una palabra que sonó algo así como «monstruoso». En la investigación judicial no consiguieron sacar nada en limpio. Pero yo sí que pude sacar algo. ¡Monstruos! Ésa fue la última palabra que pronunció el pobre Harry Hay Connor. Y, en efecto, murió de miedo, tal y como opinó Venables.

»Tenemos luego el caso de la cabeza de Myrtle. ¿Creen ustedes —cree en realidad alguien— que la fuerza de la caída desde lo alto puede arrancar limpiamente a una persona la cabeza del resto del cuerpo? Bien, quizá eso sea posible, pero yo al menos no he creído nunca que le ocurriese una cosa semejante a Myrtle. Tenemos, además, la grasa con que estaban manchadas sus ropas; alguien declaró en la investigación que estaban «pegajosas de grasa». ¡Y pensar que esas palabras no intrigaron a nadie! A mí sí que me dieron que pensar, aunque, a decir verdad, yo llevaba pensando en eso ya

bastante tiempo. He llevado a cabo tres vuelos de altura, pero nunca llegué a la suficiente —¡cuántas bromas me hacía Dangerfield a propósito de mi escopeta!—. En la actualidad, disponiendo como dispongo de este aparato ligero de Paul Veroner, con su motor Robur de ciento setenta caballos, podría alcanzar fácilmente mañana mismo los treinta mil pies. Llevaré mi escopeta cuando intente superar esa marca, y quizá trate al mismo tiempo de apuntar a otra cosa. Es peligroso, sin duda alguna. Quien no quiera correr peligros es mejor que renuncie por completo a volar y que se acoja a las zapatillas de franela y al batín. Pero yo haré mañana una visita a la manigua de la atmósfera, y si hay algo oculto en ella lo descubriré. Si vuelvo de la escalada, me habré convertido en un hombre bastante célebre. Si no regreso, este cuaderno podrá servir de explicación de lo que intento hacer y de cómo perdí mi vida al intentarlo. Pero, por favor, señores: nada de cháchara tontas acerca de accidentes ni de misterios.

»Para realizar mi tarea he elegido mi monoplano Paul Veroner. Cuando se trata de hacer algo práctico no hay nada como el monoplano. Ya Beaumont lo descubrió en los primeros días de la aviación. Empezando por que no le perjudica la humedad y se tiene la impresión en todo momento de que se vuela entre nubes, este aparato mío es un modelito que responde a los mandos igual que un caballo de boca blanda responde a las riendas. El motor es un Robur de seis cilindros, que desarrolla una potencia de ciento setenta y cinco caballos. Dispone de todos los adelantos modernos: fuselaje cerrado, buen tren de aterrizaje, frenos, estabilizadores giroscópicos y tres velocidades, timoneándose mediante la alteración del ángulo de los planos, de acuerdo con el principio de las persianas venecianas. Llevo conmigo una escopeta y una docena de cartuchos cargados con postas de caza mayor. ¡Qué cara puso Perkins, mi buen mecánico, cuando le ordené que pusiese esas cosas dentro del aparato! Me vestí con la indumentaria de un explorador del Polo Ártico, con dos elásticos debajo de mi mono especial, y con gruesos calcetines dentro de botas acolchadas, un pasamontañas con orejeras, y mis anteojeras de talco. Dentro del cobertizo me ahogaba de calor, pero yo pretendía subir a alturas de Himalayas y tenía que ataviarme en consecuencia. Perkins se dio cuenta de que yo me traía algo importante entre manos y me suplicó que lo llevase conmigo. Quizá lo habría hecho si el aparato hubiese sido un biplano, pero el monoplano es cosa de un solo hombre, si de veras se quiere aprovechar toda su capacidad de ascensión. Metí, como es lógico, una botella de oxígeno; quien intente superar la marca de altura y no la lleve se quedará helado o se hará pedazos, si no le ocurren ambas cosas a la vez.

»Revisé cuidadosamente los planos del timón, la dirección y la palanca elevadora. Hecho eso, me metí en el aparato. Todo, por lo que pude ver, estaba a punto. Entonces puse en marcha el motor y comprobé que funcionaba con toda suavidad. Cuando soltaron el aparato, éste se elevó casi instantáneamente en su velocidad mínima. Tracé un par de círculos por encima de mi campo de aviación para que el motor se calentase; saludé entonces a Perkins y a los demás con la mano, horizontalicé los planos y puse el motor en la máxima velocidad. El aparato se deslizó igual que una golondrina a favor de viento por espacio de ocho o diez millas; luego lo levanté un poco de cabeza y empezó a subir trazando una enorme espiral, en dirección al banco de nubes que tenía por encima de mí. Es de la máxima importancia el ir ganando altura lentamente para adaptar el organismo a la presión atmosférica conforme se sube.

»El día era sofocante y caluroso para lo que suele ser habitual en el mes de septiembre en Inglaterra, y se advertían el silencio y la pesadez de la lluvia inminente. De cuando en cuando llegaban por el sudoeste súbitas vaharadas de viento. Una de ellas fue tan violenta e inesperada que me sorprendió distraído y casi me hizo cambiar de dirección por un instante. Recuerdo los tiempos en que bastaba una ráfaga, un súbito torbellino o un bache en el aire para poner en peligro a un aparato; eso ocurría antes de que aprendiésemos a poner a nuestros aeroplanos motores de una potencia capaz de dominarlo todo. En el momento en que yo alcanzaba los bancos de nubes y el altímetro señalaba los tres mil pies, empezó a caer la lluvia. ¡Qué manera de diluviar! El agua tamborileaba sobre las alas del aparato y me azotaba en la cara, empañando mis anteojos de manera que apenas podía distinguir nada. Puse la máquina a la velocidad mínima, porque resultaba difícil avanzar a contralluvia. Al ganar altura la lluvia se convirtió en granizo y no tuve más remedio que volverle la espalda. Uno de mis cilindros dejó de funcionar, creo que por culpa de una bujía sucia, pero yo seguía subiendo, a pesar de todo, y a la máquina le sobraba fuerza. Todas esas molestias del cilindro, obedeciesen a la causa que fuere, pasaron al cabo de un rato, y pude oír el runruneo pleno y profundo de la máquina: los diez cilindros cantaban al unísono. Ahí es donde se advierte la belleza de nuestros modernos silenciadores. Nos permiten por lo menos el control de nuestros motores por el oído. ¡Cómo chillan, berrean y sollozan cuando funcionan defectuosamente! Antaño se perdían todos esos gritos con que piden socorro, porque entonces se lo tragaba todo el estruendo monstruoso del aparato. ¡Qué lástima que los aviadores primitivos no puedan

resucitar para ver la belleza y la perfección del mecanismo, conseguidas al precio de sus vidas!

»A eso de las nueve y media me estaba aproximando a las nubes. Allá abajo, convertida en un borrón oscuro por la lluvia, se extendía la gran llanura de Salisbury. Media docena de aparatos volaban llevando pasajeros a una altura de dos mil pies, y parecían negras golondrinas sobre el fondo verde. Yo creo que se preguntaban qué diablos hacía yo tan arriba, en la región de las nubes. De pronto se extendió por debajo de mí una cortina gris y sentí que los pliegues húmedos del vapor formaban torbellino alrededor de mi cara. Experimenté una sensación desagradable de frío y de viscosidad. Pero me encontraba por encima de la tormenta de granizo, y eso era una ventaja. La nube era tan negra y espesa como las nieblas londinenses. Anhelando salir de ella, piqué el aparato hacia arriba hasta que resonó la campanilla de alarma, y advertí que me estaba deslizando hacia atrás. Las alas de mi aparato, empapadas de agua, le habían dado un peso mayor del que yo pensaba, pero entré en una nube menos espesa y no tardé en superar la primera capa de nubes. Surgió una segunda capa, de color opalino y como deshilachada, a gran altura por encima de mi cabeza; me encontré, pues, con un techo blanco y homogéneo por encima de mí, y con un suelo negro e ininterrumpido por debajo, mientras el monoplano ascendía trazando una espiral enorme entre los dos estratos de nubes. En esos espacios de nube a nube se experimenta una mortal sensación de soledad. En cierta ocasión se me adelantó una gran bandada de pequeñas aves acuáticas, que volaban muy veloces hacia occidente. El rápido revuelo de sus alas y sus chillidos sonoros fueron una delicia para mis oídos. Creo que se trataba de cercetas, pero valgo poco como zoólogo. Ahora que nosotros los hombres nos hemos convertido en pájaros, sería preciso que aprendiésemos a conocer a fondo y de una sola ojeada a nuestras hermanas las aves.

»Por debajo de mí, el viento soplaba con fuerza e imprimía balanceos a la inmensa llanura de nubes. En un momento dado se formó en ésta una gran marea, un torbellino de vapores, y a través de su centro, que tomó la configuración de una chimenea, distinguí un trozo del mundo lejano. Un gran biplano blanco cruzó a enorme profundidad por debajo de mí. Me imagino que sería el que hace el servicio matutino de correos entre Bristol y Londres. El agujero provocado por el torbellino de nubes volvió a cerrarse y entonces nada alteró la inmensa soledad en que me encontraba.

»Poco después de las diez alcancé el borde inferior del estrato de nubes que tenía por encima de mí. Estaban formadas por finos vapores diáfanos que

se deslizaban rápidamente desde el Oeste. Durante todo ese tiempo había ido en aumento de manera constante la fuerza del viento hasta convertirse en una fuerte brisa de veintiocho millas por hora, según mi aparato. La temperatura era ya muy fría, a pesar de que mi altímetro sólo señalaba los nueve mil pies. El motor funcionaba admirablemente y nos lanzamos hacia arriba con firme runruneo. El banco de nubes era de mayor espesor que lo calculado por mí, pero pude salir de él, poco después, descubriendo por encima de mi cabeza un cielo sin nubes y un sol radiante. Es decir, todo azul y oro por encima; y todo plata brillante por debajo, formando una llanura inmensa y luminosa hasta perderse de vista. Eran ya más de las diez y cuarto, y la aguja del barógrafo señalaba los doce mil ochocientos pies. Seguí subiendo y subiendo, con el oído puesto en el profundo runruneo de mi motor y los ojos clavados tan pronto en el indicador de revoluciones como en el marcador de la esencia o en la bomba de aceite. Con razón se afirma que los aviadores son gente que no conoce el miedo. La verdad es que tienen que pensar en tantas cosas que no les queda tiempo para preocuparse de sí mismos. Fue entonces cuando advertí la poca confianza que se podía tener en la brújula cuando se alcanzan determinadas alturas. A los quince mil pies la mía señalaba hacia occidente, con un punto de desviación hacia el sur, pero el sol y el viento me proporcionaron la orientación exacta.

»Esperaba encontrar en semejantes alturas una inmovilidad absoluta, pero a cada mil pies de nueva elevación, el viento adquiría mayor fuerza. Mi aparato gruñía y se estremecía en todas sus junturas y remaches cuando se ponía de cara al viento, y era arrastrado lo mismo que una hoja de papel cuando lo frenaba para hacer un viraje, resbalando a favor de viento a una velocidad superior quizá a la que ha viajado morid alguno. Sin embargo, tenía que seguir haciendo virajes a sotavento, porque no era únicamente superar la marca de altura lo que me proponía. Según todos mis cálculos, mi manigua aérea quedaba por encima del pequeño Wiltshire y todo mi esfuerzo resultaría inútil si saliese a la superficie superior del estrato de nubes más allá de ese punto.

»Cuando alcancé los diecinueve mil pies de altura, a eso del mediodía, el viento soplaba con tal fuerza que no pude menos de mirar con algo de preocupación a los sostenes de mis alas, temiendo que de un momento a otro estallasen o se aflojasen. Llegué incluso a soltar el paracaídas que llevaba detrás y aseguré su gancho en la argolla de mi cinturón de cuero para estar preparado por si ocurría lo peor. Había llegado el momento en que la más pequeña chapucería en la tarea del mecánico se paga con la vida del aviador.

El aparato, sin embargo, resistió valerosamente. Todas las fibras y tirantes zumbaban y vibraban lo mismo que cuerdas de arpa bien templada, pero resultaba magnífico contemplar cómo el aparato seguía imponiéndose a la Naturaleza y enseñoreándose del firmamento, a pesar de todos los golpes y sacudidas. Algo hay, sin duda alguna, de divino en el hombre mismo para que haya podido superar las limitaciones que parecían serle impuestas por la creación; para superarlas, además, con el desprendimiento, el heroísmo y la abnegación que ha demostrado en esta conquista del aire. ¡Que se callen los que hablan de que el hombre degenera! ¿En qué época de los anales de nuestra raza se ha escrito hazaña como la de la aviación?

»Éstos eran los pensamientos que circulaban por mi cerebro mientras trepaba por aquel monstruoso plano inclinado, y el viento me azotaba unas veces en la cara y otras me silbaba detrás de las orejas, y el país de nubes que quedaba por debajo de mí se hundía a distancia tal que los pliegues y montículos de plata habían quedado alisados y convertidos en llanura igual y resplandeciente. Pero tuve de pronto la sensación de algo horrible y sin precedentes. Antes de ahora había tenido conciencia clara de lo que suponía encontrarse metido dentro de un torbellino, pero jamás en un torbellino de semejante magnitud. Aquella enorme y arrebatadora riada de viento de que he hablado ya tenía, según parece, dentro de su corriente unos remolinos tan monstruosos como ella misma. Me vi arrastrado súbitamente y sin un segundo de advertencia hasta el corazón de uno de ellos. Giré sobre mí mismo por espacio de un par de minutos con tal velocidad que perdí casi el sentido, y de pronto caí en picado, sobre el ala izquierda, dentro de la hueca chimenea que formaba el eje del torbellino. Caí lo mismo que una piedra, y perdí casi mil pies de altura. Sólo gracias al cinturón permanecí en mi asiento, y el golpe de la sorpresa y la falta de respiración me dejaron caído de bruces sobre el costado del fuselaje y semiinconsciente. Pero yo he sido siempre capaz de realizar un esfuerzo supremo; ése es mi único gran mérito como aviador. Tuve la sensación de que el descenso se retardaba. El torbellino tenía forma de cono, más que de túnel vertical, y me había metido durante mi ascensión en el vórtice mismo. Con un tirón terrorífico, eché todo mi peso a un lado, horizontalicé los planos del timón y me zafé del viento. Un instante después salí como una bala de aquel oleaje y me deslicé suavemente por el firmamento abajo. Después, zarandeado pero victorioso, piqué la cabeza del aparato hacia arriba y reanudé mi firme esfuerzo por la espiral hacia lo alto. Di un gran rodeo para evitar el punto de peligro del torbellino y no tardé en encontrarme a salvo por encima de éste. Muy poco después de la una me

encontraba a veintiún mil pies sobre el nivel del mar. Vi jubiloso que había sobrepasado el huracán y que el aire se iba calmando más y más a cada cien metros que subía.

»Por otro lado, la temperatura era muy fría, y sentí las náuseas características que se producen con la rarefacción del aire. Desatornillé por primera vez la boca de mi bolsa de oxígeno y aspiré de cuando en cuando una bocanada del gas reconfortante. Sentía cómo corría por mis venas igual que una bebida cordial, y la euforia me invadió casi hasta el punto de la borrachera. Me puse a gritar y cantar a medida que me remontaba cada vez más arriba, dentro de un mundo exterior helado y silencioso.

»Para mí no cabe la menor duda de que la insensibilidad que se apoderó de Glaisher, y en menor grado de Coxwell cuando en 1862 llegaron en su ascensión en globo hasta la altura de treinta mil pies, fue causada por la extraordinaria velocidad con que se realiza una ascensión perpendicular. No se producen estos síntomas tan espantosos cuando la ascensión se lleva a cabo siguiendo una suave cuesta arriba, acostumbrándose de ese modo por una graduación lenta a la disminución de la presión barométrica. A esa misma altura de treinta mil pies no necesité ni inhalador de oxígeno, y pude respirar sin demasiado esfuerzo. Sin embargo, el frío era crudísimo; mi termómetro marcaba cero grados Fahrenheit. A la una y media me hallaba casi a siete millas por encima de la superficie de la tierra, y seguía elevándome más y más. Comprobé, sin embargo, que el aire rarificado presentaba un apoyo mucho menos sensible a mis planos, y en consecuencia fue necesario rebajar mucho mi ángulo de ascenso. Era evidente que, a pesar de lo ligero de mi peso y de la gran fuerza de mi motor, llegaría a un punto del que no podría pasar. Para empeorar la situación aún más, una de mis bujías empezó a fallar otra vez, y el motor producía explosiones intermitentes a destiempo. Se me encogió el corazón ante el temor al fracaso.

»Fue en esos momentos cuando me ocurrió algo extraordinario. Sentí que pasaba por mi lado y que se me adelantaba algo sibilante que dejaba un reguero de humo y que estalló con un ruido estrepitoso y siseante, produciendo una nube de vapor. De momento no pude imaginar lo que había ocurrido. Luego recordé que la Tierra sufre un constante bombardeo de piedras meteóricas y que apenas sería habitable si esas piedras no se convirtiesen casi siempre en vapor al entrar en las capas exteriores de la atmósfera. He ahí un peligro más para el aviador de las grandes alturas; lo digo porque pasaron por mi lado otras dos cuando estaba acercándome a la

marca de los cuarenta mil pies. No cabe la menor duda de que ese peligro ha de ser muy grande en el límite de la envoltura de la Tierra.

»La aguja de mi barógrafo marcaba cuarenta y un mil trescientos pies cuando me di cuenta de que ya no podía seguir subiendo. Físicamente, el esfuerzo no era todavía tan grande que me resultase insoportable, pero mi aparato sí que había llegado a su límite. El aire rarificado no presentaba seguro apoyo a las alas, y el menor movimiento se convertía en un deslizamiento lateral; también sus controles respondían como con pereza. Quizá si el motor hubiese funcionado de una manera perfecta habríamos podido subir otro millar de pies, pero seguía teniendo fallos, y dos de los diez cilindros parecían estar inutilizados. Si no había alcanzado aún la zona del espacio que estaba buscando, era evidente que ya no tropezaría con ella en este viaje. ¿Y no sería posible que la hubiese alcanzado ya? Cerniéndome en círculo, igual que un colosal halcón, al nivel de los cuarenta mil pies, dejé que el monoplano volase libre, y me dediqué a observar cuidadosamente los alrededores con mis prismáticos Mannheim. El firmamento estaba absolutamente limpio y no había el menor indicio de los peligros que yo había supuesto.

»He dicho que me cernía trazando círculos. Se me ocurrió de pronto que haría bien en dar una mayor amplitud a esos círculos, trazando una nueva ruta aérea. El cazador que penetra en una manigua terrestre, la atraviesa cuando quiere levantar caza. Mis razonamientos me llevaron a pensar que la manigua aérea cuya existencia yo había supuesto tenía que encontrarse más o menos por encima del Wiltshire. En ese caso debía de estar hacia el sur y el oeste de donde me encontraba. Me orienté por el sol, puesto que la brújula de nada me servía y tampoco era visible punto alguno de la Tierra. Únicamente se distinguía la lejana llanura plateada de nubes. Sin embargo, conseguí poner rumbo hacia el punto señalado. Calculé que mi provisión de gasolina no duraría más de una hora, pero podía permitirme gastarla hasta la última gota, ya que me era posible en cualquier momento lanzarme en un planeo ininterrumpido y magnífico que me condujese hasta la superficie de la Tierra.

»De pronto tuve la sensación de algo nuevo para mí. La atmósfera que tenía delante había perdido su transparencia cristalina. Estaba cubierta de manojitos alargados y desflecados de algo que sólo podría comparar con las volutas finísimas del humo de los cigarrillos. Flotaba formando espirales y guirnaldas, y se retorcía y giraba lentamente a la luz del sol. Cuando el monoplano los atravesó como una flecha, percibí en mis labios un regusto débil de aceite, y apareció en las partes de madera del aparato una espuma

grasienta. Se habría dicho que una materia orgánica infinitamente tenue flotaba en la atmósfera. Orgánica, pero sin vida, como algo difuso y en gestación, que se extendía por muchos acres cuadrados y que se iba desflecando hasta penetrar en el vacío. No, aquello no tenía vida. ¿Y no podrían ser restos de vida? Y, sobre todo, ¿no podrían ser el alimento de una vida, de una vida monstruosa, de la misma manera que la pobre grasa del océano sirve de alimento a la enorme ballena? Eso iba pensando cuando alcé los ojos y contemplé la más asombrosa visión que jamás se haya ofrecido a los ojos de un hombre. ¿Podré describírsela al lector tal como yo mismo la percibí el jueves pasado?

»Imagínese el lector una medusa de mar como las que cruzan por nuestros mares en verano, en forma de campana y de un tamaño enorme; mucho más voluminosa, por lo que a mí me pareció, que la cúpula de la Iglesia de San Pablo. Su color era ligeramente sonrosado con venas de un suave color verde, pero el conjunto de aquella colosal construcción era tan tenue que apenas se perfilaba sobre el fondo azul oscuro del firmamento. Un ritmo suave y regular marcaba sus pulsaciones. De ese cuerpo enorme colgaban dos tentáculos verdes y flácidos que se balanceaban lentamente hacia atrás y hacia delante. Esa visión magnífica cruzó suavemente, con silenciosa majestad, por encima de mi cabeza; era tan ingrávida y frágil como una pompa de jabón, y se deslizó majestuosa siguiendo su ruta.

»Yo había impreso un medio viraje a mi monoplano, a fin de poder seguir contemplando aquel ser grandioso; de pronto, y de una manera instantánea, me encontré en medio de una verdadera escuadra de otros iguales, de todos los tamaños, aunque ninguno de la magnitud del primero. Algunos eran pequeñísimos, pero la mayoría tenía más o menos el volumen de un globo corriente, con idéntica curvatura en la parte superior. Se observaba en ellos tal delicadeza en su textura y color que me trajo a la memoria los espejos venecianos de mejor calidad. Los matices predominantes eran el rosa y el verde, pero todos mostraban encantadoras iridiscencias allí donde el sol brillaba a través de sus formas delicadas. Cruzaron, dejándome atrás, algunos centenares de esos seres, formando una escuadra fantástica y maravillosa de bajeles inconcebibles y desconocidos del océano del firmamento. Eran unas criaturas cuyas formas y sustancia se hallaban tan a tono con aquellas alturas serenas que no podía concebirse algo tan delicado dentro del radio visual y de sonido de nuestra tierra.

»Pero un nuevo fenómeno atrajo casi enseguida mi atención: el de las serpientes de las regiones exteriores de la atmósfera. Eran éstas unas espirales

largas, delgadas y fantásticas de una materia vaporosa, que giraban y se enroscaban con gran rapidez, volando y retorciéndose sobre sí mismas con tal velocidad que mis ojos apenas podían seguirlas. Algunos de esos seres fantasmales tenían veinte o treinta pies de longitud, siendo difícil calcular su grosor, pues sus perfiles eran tan transparentes que parecían esfumarse en la atmósfera que las circundaba. Esas serpientes aéreas eran de un color gris muy claro, del color del humo, advirtiéndose en su interior algunas líneas más oscuras, que producían la impresión de un auténtico organismo. Una de esas serpientes pasó rozándome casi la cara; tuve la sensación de un contacto frío y viscoso, pero la composición era tan impalpable que no me sugirió la idea de ninguna clase de peligro físico, como tampoco me lo sugirieron los bellos seres agrupados que les habían precedido. Su contextura no ofrecía solidez mayor que la espuma flotante que deja una ola al romperse.

»Pero me esperaba otra experiencia más terrible. Dejándose caer ingrávida desde una gran altura vino hacia mí una mancha vaporosa y purpúrea, Cuando la vi por vez primera me pareció pequeña, pero se fue agrandando rápidamente a medida que se me aproximaba, hasta llegar a ser de centenares de pies cuadrados de extensión. Aunque moldeada en alguna sustancia transparente y como gelatinosa, tenía contornos mucho más marcados y una consistencia más sólida que todo lo que había visto anteriormente. Se advertían también más detalles que indicaban que poseía una organización física; destacaban de una manera especial dos láminas circulares, enormes y sombreadas, a uno y otro lado, que podían ser sus ojos, y entre las dos láminas un saliente blanco perfectamente sólido, que presentaba la curvatura y la crueldad del pico de un buitre.

»El aspecto global de aquel monstruo era terrible y amenazador; cambiaba constantemente de color, pasando desde un malva muy claro hasta un púrpura sombrío e irritado, tan espeso que, al interponerse entre mi monoplano y el sol, proyectó una sombra. En la curva superior de su cuerpo inmenso se distinguían tres grandes salientes que sólo se me ocurre comparar con enormes burbujas, y al contemplarlas llegué al convencimiento de que estaban repletas de algún gas extraordinariamente ligero, que servía para sostener la masa informe y semisólida que flotaba en el aire rarificado. Aquel ser avanzó rápido, manteniéndose paralelo al monoplano y siguiendo fácilmente su misma velocidad; me dio una horrible escolta en un trecho de más de veinte millas, cerniéndose sobre mí como ave de presa que espera el instante de lanzarse sobre su víctima. Su sistema de avance —tan rápido que no era fácil seguirlo— consistía en proyectar delante de él un saliente largo y gelatinoso

que, a su vez, parecía tirar hacia sí del resto de aquel cuerpo contorsionante. Era tan elástico y gelatinoso que no ofrecía en dos momentos sucesivos la misma conformación, y, sin embargo, a cada nuevo cambio parecía más amenazador y repugnante.

»Me di cuenta de que traía malas intenciones. Lo pregonaba con las sucesivas oleadas purpúreas de su repugnante cuerpo. Aquellos ojos difusos y salientes, vueltos siempre hacia mí, eran fríos e implacables dentro de su glutinosidad rencorosa. Decidí lanzar mi monoplano en picado hacia abajo para huir de aquello. Pero, al hacer esta maniobra, se disparó con la rapidez del relámpago un largo tentáculo desde aquella masa de burbuja flotante, y cayó tan rápido y sinuoso como un trallazo sobre la parte delantera de mi aparato. Al entrar en contacto por un instante con el motor caldeado, se oyó un ruidoso silbido, y el tentáculo se retiró con la misma rapidez, mientras que el cuerpo enorme y sin relieve se encogió como acometido de un dolor súbito. Yo me dejé caer en vuelo picado, pero el tentáculo volvió a descargarse sobre mi monoplano, y la hélice lo cortó con la misma facilidad con que habría cortado una voluta de humo. Una espiral larga, reptante, pegajosa, parecida al anillo de una serpiente, me agarró por detrás, rodeó mi cintura y trató de sacarme del fuselaje. Yo pugné por libelarme; mis dedos se hundieron en la superficie viscosa, gelatinosa, y logré desembarazarme por un instante de aquella presión; sólo por un instante, porque otro anillo me aferró por una de mis botas y me dio tal tirón que casi me hizo caer de espaldas.

»En ese momento disparé los dos cañones de mi escopeta, aunque era como si atacara a un elefante con un tirachinas, pues no cabía esperar que ningún arma humana dejara lisiado a aquel volumen gigantesco. Sin embargo, mi puntería fue mejor de lo que podía imaginar; una de las grandes ampollas o burbujas que aquel ser tenía en lo alto de la espalda estalló con una tremenda explosión al ser perforada por las postas de mi escopeta. Había acertado en mi suposición; aquellas vejigas enormes y transparentes encerraban un gas que las distendía con su fuerza elevadora; el cuerpo enorme y de aspecto de nube cayó instantáneamente de costado, en medio de retorcimientos desesperados que trataban de recobrar el equilibrio, mientras el pico blanco castañeteaba y jadeaba presa de una furia espantosa. Pero yo había huido lanzándome por el plano más inclinado que me atreví a adoptar; mi motor a toda marcha, y la hélice en plena propulsión, unidos a la fuerza de gravedad, me lanzaron hacia la tierra igual que un aerolito. Al volver la vista, vi que la mancha informe y purpúrea se empequeñecía rápidamente hasta

fundirse en el azul del firmamento que tenía detrás. Ya me encontraba fuera de la manigua mortal de la región exterior de la atmósfera.

»Cuando me vi fuera de peligro, cerré la válvula del combustible, porque no hay nada que destroce tan rápidamente a un avión como el lanzarse con toda la potencia del motor desde gran altura. Fue el mío un vuelo planeado magnífico, en espiral, desde casi ocho millas de altura: primero, hasta el nivel del banco de nubes de plata; después, hasta la nube tormentosa del estrato inferior y, por último, atravesando los goterones de lluvia, hasta la superficie de la tierra. Al salir de las nubes, distinguí por debajo de mí el canal de Bristol y, como aún me quedaba en el depósito algo de gasolina, me metí veinte millas tierra adentro antes de aterrizar en un campo que quedaba a media milla de la aldea de Ashcombe. Un automóvil que pasaba por allí me cedió tres latas de gasolina, y a las seis y diez minutos de aquella tarde lograba posarme suavemente en un prado de mi propia casa, en Devizes, después de una excursión que ningún ser humano ha realizado jamás, quedando con vida para contarlo. He visto la belleza y he visto también el espanto de las alturas; una belleza mayor y un espanto mayor que ésos no están al alcance del hombre.

»Pues bien: tengo el proyecto de volver a esas alturas antes de anunciar al mundo lo que en ellas he descubierto. Me mueve a ello el que necesito poder mostrar algo tangible, a manera de prueba, antes de dar a conocer a los hombres lo que llevo relatado. Es cierto que no tardarán otros en seguir mi camino y traerán la confirmación de lo que yo he afirmado, pero quisiera convencer a todos desde el primer momento. No creo que resulte difícil la captura de aquellas burbujas iridiscentes y encantadoras del aire. Se dejan arrastrar tan lentamente en su carrera que un monoplano rápido no tendría dificultad alguna en cortarles el paso. Es muy probable que se disuelvan en las capas más densas de la atmósfera, en cuyo caso todo lo que podría traer a tierra sería un montoncito de jalea amorfa. Sin embargo, no dejaría de ser algo que proporcionaría consistencia a mi relato. Sí, volveré a subir, aunque con ello corra un peligro. No parece que esos espantosos seres purpúreos abunden. Es probable que no tropiece con ninguno; pero, si tropiezo, me zambulliré en el acto hacia tierra. En el peor de los casos, dispongo siempre de mi escopeta y sé que debo apuntar sobre…»

Aquí falta, por desgracia, una página del manuscrito. En la siguiente, con letras grandes e inseguras, está escrito lo siguiente:

«Cuarenta y tres mil pies. No volveré a ver jamás la tierra. Por debajo de mí hay tres de esos seres. ¡Que Dios me valga, porque la mía será una muerte espantosa!»

Tal es, al pie de la letra, el relato de Joyce-Armstrong. De su autor nada ha vuelto a saberse. En el coto del señor Budd-Lushington, en el límite entre Kent y Sussex, a pocas millas del lugar en que fue encontrado el cuaderno, han sido recogidas algunas piezas de su monoplano destrozado. Si la hipótesis del desdichado aviador sobre la existencia de lo que él llama la manigua aérea en un espacio limitado de las regiones atmosféricas que quedan por encima del sudoeste de Inglaterra resulta cierta, se deduciría de ello que Joyce-Armstrong lanzó su monoplano a toda velocidad para salir de la misma, pero que fue alcanzado y devorado por aquellos seres espantosos en algún lugar por debajo de la atmósfera exterior y por encima del sitio en el que fueron encontrados esos restos dolorosos. Una persona que apreciase su equilibrio cerebral preferiría no hacer hincapié en el cuadro de aquel monoplano resbalando a toda velocidad cielo abajo, perseguido por los seres espantosos e innominados que se deslizaban con igual rapidez por debajo de él, cortándole siempre el camino de la tierra y estrechando el cerco de su víctima gradualmente. Sé muy bien que son muchos los que todavía toman a broma los hechos que acabo de relatar, pero incluso quienes se mofan tendrán que reconocer por fuerza que Joyce-Armstrong ha desaparecido, y yo les recomendaría que hiciesen caso de las palabras que él escribió: «Este cuaderno puede servir de explicación de lo que persigo, y de cómo perdí mi vida en el intento. Pero, por favor, que se dejen de historias, y no hablen de accidentes y de misterios».

EL MATÓN DE BROCAS COURT[35]

La caballería voluntaria de South Midland se hallaba aquel año, el de 1878, acampada cerca de Luton, y lo que verdaderamente tenía preocupados a todos los hombres del gran campamento no era la manera de prepararse para una posible guerra europea, sino la cuestión mucho más vital de dónde encontrar a un hombre capaz de enfrentarse durante diez asaltos con el sargento herrador Burton. Burton, *el Martillo*, eran catorce *stones* de hueso y de músculo sobre dos pies, con una pegada en cada mano capaz de dejar sin sentido a cualquier mortal de tipo corriente. Era preciso encontrar, dondequiera que fuese, quien le hiciera frente, porque de otro modo se iba a poner insoportable. Por esa razón enviaron a Londres a sir Fred Milbrun, más conocido con el apodo de *el Gruñón*, para que encontrase entre los boxeadores alguno que estuviese dispuesto a trasladarse hasta el campamento para que le bajase los humos al atrevido dragón.

Malos tiempos corrían entonces para el boxeo profesional. La vieja lucha a puñetazos había sucumbido con escarnio y vergüenza, aplastada por la corrompida multitud de apostadores y de maleantes de toda clase que vivían al borde de las actividades del *ring* y que llenaron de oprobio y llevaron a la ruina a los boxeadores honrados, que eran, con frecuencia, héroes humildes cuyo valor nadie ha superado jamás. El deportista honrado que deseaba presenciar un combate se veía defraudado por gente villana, contra la que no podía reclamar justicia, puesto que esa clase de actos estaba considerada como ilegal. Si se aventuraba a resistir, le dejaban desnudo en plena calle, le arrebataban la bolsa y le abrían la cabeza a golpes. Para llegar hasta el borde del cuadrilátero había que estar dispuesto a abrirse paso a estacazos y golpes de látigo. Por esa razón no era de extrañar que en aquel entonces sólo acudiesen a presenciar los combates quienes nada tenían que perder.

Por otro lado, no había surgido aún la época de los combates en locales cerrados y con guantes de una manera legal, de modo que la afición se hallaba en una extraña situación intermedia. Resultaba imposible reglamentar los combates de boxeo, y resultaba igualmente imposible el abolirlos, puesto que

no hay nada que atraiga de manera más directa y enérgica al hombre medio británico. Como consecuencia de esa situación, se trataban combates, que eran más bien riñas, en los establos y patios de cuadras, se hacían excursiones rápidas a Francia, se celebraban combates clandestinos a la hora del alba en lugares desiertos del país y se realizaban toda clase de pruebas y de evasiones. Los mismos púgiles llegaron a contagiarse de lo indigno del ambiente que les rodeaba. No era posible que se celebrasen combates honrados y a la vista de todo el mundo, por lo que los fanfarrones más alborotadores llegaban a escalar a fuerza de bravatas los primeros puestos de honor. Únicamente al otro lado del Atlántico había surgido la grandiosa figura de John Lawrence Sullivan, destinado a ser el último representante del sistema antiguo y el primero del sistema posterior.

Así las cosas, no le resultó tarea fácil al deportivo capitán de la caballería voluntaria encontrar en los salones de boxeo y en las tabernas deportivas de Londres a un hombre en el que pudiera tenerse confianza para que diese buena cuenta del gigantesco sargento herrador. Los pesos pesados andaban escasísimos y eran muy solicitados. Por último, su elección recayó en Alf Stevens, de Kentish Town, un peso medio excelente y en franco ascenso, que nunca hasta entonces había conocido la derrota y que aspiraba con algún fundamento a ganar el título de campeón. Su experiencia y su habilidad profesional compensarían suficientemente los tres *stones* de peso que daba de ventaja al formidable dragón. Sir Fred Milbrun le contrató con esa esperanza, y se dispuso a llevarlo en su cochecito de dos ruedas y dos asientos, tirado por una yunta de veloces tordillos, hasta el campamento de la caballería. Tenían que salir por la tarde, viajar por la gran carretera del Norte, dormir en St. Albans y terminar su viaje al día siguiente.

El boxeador profesional se reunió con el deportivo *baronet* en el mesón de Golden Cross, en el que el pequeño lacayo Bates estaba esperando delante de los dos impetuosos caballos y sosteniéndolos por las riendas. Stevens, que era un hombre de rostro pálido y rasgos bien marcados, se sentó junto al que le había contratado y se despidió con un vaivén de la mano del pequeño grupo de boxeadores, compuesto por individuos rudos, con camisas sin cuello, y vestidos con zamarras, que se habían reunido para dar un adiós a su camarada: «¡Buena suerte, Alf!», le gritaron al unísono y con voces ásperas cuando el lacayo dejó en libertad a sus caballos y saltó a la parte posterior del carruaje, que dobló velozmente la curva y se metió en Trafalgar Square.

Sir Frederick tuvo que concentrar de tal manera su atención en abrirse camino por entre el tráfico de Oxford Street y de Edgware Road, que apenas

si pudo pensar en ninguna otra cosa. Pero cuando el coche se metió en la zona exterior, cerca de Hendon, y los setos verdes sustituyeron al inacabable panorama de edificios de ladrillo, dejó que sus caballos marchasen a su gusto, aflojándoles las riendas, y dedicó su atención al joven que llevaba sentado junto a él. Había conseguido contratarle gracias a recomendaciones y cartas, de modo que sentía cierta curiosidad por examinarlo de cerca. Se había iniciado ya el crepúsculo y la luz era débil, pero lo que el *baronet* vio le dejó satisfecho. Aquel hombre era un luchador hasta la punta de las uñas, de rasgos marcados, pecho ancho, mejillas largas y estrechas y ojos hundidos, detalles que pregonan un valor obstinado. Por encima de todo, era un hombre que hasta entonces no había tropezado con quien pudiera vencerle, de manera que su valor se realzaba aún más por la profunda fe en sí mismo, que ya nunca llega a ser idéntica después de sufrir una sola derrota. El *baronet* glogloteó con una risa ahogada al darse cuenta de la sorpresa que le llevaba al sargento herrador.

—Me imagino, Stevens, que estará usted algo entrenado —dijo sir Fred, volviéndose hacia su acompañante.

—Sí, señor; estoy en el punto máximo de entrenamiento, como para jugarme la vida en un combate.

—Eso es lo que yo me he dicho al ver su aspecto.

—Vea, señor; yo llevo siempre una vida morigerada; pero como tenía contratado un combate contra Mike Connor, que había de celebrarse el sábado pasado, me entrené y reduje mi peso hasta once *stones* y cuatro libras. Ahora bien, mi adversario no se presentó y perdió la apuesta, por lo que yo me encuentro en la plenitud de mi preparación física.

—Eso es una suerte, porque le hará buena falta frente a un adversario que tiene la ventaja de tres *stones* de peso y cuatro pulgadas de estatura.

El joven sonrió y dijo:

—Señor, he dado en algunos combates ventajas todavía mayores.

—No lo dudo; pero este adversario de ahora es, además, un hombre valiente.

—Bien, señor; sólo me puede exigir que dé todo lo que soy capaz de dar.

Al *baronet* le agradó el tono de modestia, no exento de seguridad, con que hablaba el joven púgil. De pronto cruzó por su imaginación una idea divertida, y rompió a reír, exclamando:

—¡Por Júpiter, que sería una cosa graciosa que *el Matón* se hubiese echado esta noche a la carretera!

Alf Stevens tensó el oído y preguntó:

—¿Y quién es ese individuo, señor?

—Eso es precisamente lo que todos se preguntan. Algunos dicen que lo han visto con sus propios ojos, otros afirman que se trata de un cuento tártaro, pero existen pruebas serias de que *el Matón* es un hombre de carne y hueso, con un par de puños extraordinarios que dejan profundas señales donde se aplican.

—¿Y dónde vive ese tipo?

—En esta misma carretera. Tengo entendido que entre Finchley y Elstree. Son dos individuos, y suelen salir las noches de luna llena para desafiar a los que pasan por la carretera a un combate al viejo estilo. Uno de los hombres pelea y el otro hace la elección. ¡Por vida de…, que, según todos los relatos, es un individuo que sabe boxear! Se ha recogido a la mañana siguiente a individuos que tenían la cara deshecha, como prueba de que *el Matón* les había puesto la mano encima.

Alf Stevens le escuchaba lleno de interés y dijo:

—Mire, señor; yo he tenido siempre ganas de probar un combate al estilo antiguo, pero jamás se me atravesó en el camino la oportunidad. Yo creo que me convendría mejor que los guantes.

—Según eso, ¿no se negaría usted a combatir con *el Matón*?

—¡Negarme yo! Sería capaz de caminar diez millas para encontrarme con él.

—¡Por vida de…, que sería un espectáculo grandioso! —exclamó el *baronet*—. Bueno, hoy tenemos luna llena, y creo que el lugar donde suele aparecer es por aquí.

—Si es un boxeador tan bueno como usted dice —apuntó Stevens—, por fuerza ha de ser conocido en los círculos del *ring*, a menos que se trate de un aficionado que se entretiene de tal manera.

—Hay quien opina que se trata de un mozo de cuadras, o también de uno de los mozos de las cuadras de caballos de carreras que hay allá lejos. Donde hay caballos, hay afición al boxeo. Si usted quiere creer lo que se cuenta, parece que en el individuo en cuestión hay detalles raros y como de que fuese extranjero. ¡Eh, hombre! ¡Tenga cuidado, maldita sea, tenga cuidado!

La voz del *baronet* había tomado de pronto un timbre agudísimo de sorpresa y cólera. La carretera se mete en aquel punto en una hondonada, y tiene a ambos lados árboles que proyectan sobre ella espesas sombras, de modo que cuando se viaja de noche parece que uno se mete por la boca de un túnel. Al pie de la pendiente se alzan dos grandes columnas de piedra; vistas a la luz del día, aparecen manchadas de líquenes y estropeadas, con escudos

heráldicos sobre cada una de ellas, tan mutilados por el tiempo que vienen a ser simples protuberancias de piedra. Una puerta de hierro, de elegante trazado, sostenida con poca fijeza sobre roñosos goznes, pregona las glorias pasadas y la decadencia actual de viejo palacio de Brocas, que se alza al final de la avenida cubierta de yerbajos del parque. De las sombras de aquel antiguo portalón, había saltado súbitamente hasta el centro de la carretera una figura ágil que detuvo con gran habilidad los caballos; éstos, al verse empujados contra sus cuartos traseros, brincaron y piafaron.

—Ven acá, Rowe, y sujeta las jacas —gritó una voz aguda y estridente—, porque tengo que decirle unas palabritas a este fantoche de corintio antes de que siga adelante.

Otro hombre había surgido de las sombras, y sin hablar palabra sujetó por los cabezales a los caballos. Era un individuo bajo de estatura y muy fornido, y vestía un curioso gabán pardo de múltiples esclavinas, que le llegaba hasta las rodillas, dejando ver por debajo las botas y las polainas. No llevaba sombrero, y cuando se adelantó y le dio la luz de los faroles laterales del coche, los que iban en éste tuvieron la visión de una cara rubicunda y adusta, de un labio inferior saliente y completamente afeitado, y de una corbata negra, alta y estrechamente fajada por debajo de su barbilla. Cuando agarró las riendas, el otro camarada suyo, más ágil, saltó hacia adelante y apoyó una mano huesuda sobre el costado lateral del guardabarros del pescante, al tiempo que alzaba la mirada aguda de un par de ojos azules y salvajes hacia las caras de los dos viajeros, recibiendo de lleno la luz sobre sus propias facciones. Llevaba un sombrero echado muy hacia delante, pero no obstante la sombra del mismo, tanto el *baronet* como el púgil pudieron ver lo suficiente para echarse hacia atrás; era una cara maligna, y además de maligna, terrible, severa, áspera, nariguda y feroz, con una boca inexorable, que pregonaba un carácter incapaz de pedir compasión y de tenerla de nadie. En cuanto a su edad, se podía decir únicamente, sin miedo a equivocarse, que un hombre de semejante cara tenía que ser lo bastante joven para poseer toda su virilidad y lo bastante entrado en años para haber pasado por todas las maldades de la vida. Los ojos fríos y salvajes de aquel hombre examinaron con atención al baronet, en primer lugar, y después al joven que iba sentado junto a él. Luego dijo por encima del hombro a su compañero:

—Sí, Rowe, es un fachendoso de corintio, tal como dije antes. Pero este otro es un individuo que no está mal. Si no es un luchador, debería serlo. En todo caso, le pondremos a prueba.

—Escuche —dijo el *baronet*—, yo no sé quién es usted, salvo que es un condenado impertinente, y que por menos de nada estaría dispuesto a cruzarle la cara con mi látigo.

—No siga por ahí, jefe, porque no es conveniente hablarme a mí en ese tono.

—He oído hablar de usted y de sus prácticas, pero yo le enseñaré a detener mis caballos en la carretera real. Esta vez se ha equivocado de hombre, distinguido señor, como tardará muy poco en verlo.

—Eso se verá —dijo el desconocido—; quizá, señorito, aprendamos algo todos nosotros antes de que nos separemos. Uno de ustedes dos tiene que apearse y pelear antes de que se les deje seguir adelante.

Stevens saltó instantáneamente a la carretera y dijo:

Si lo que usted quiere es pelea, ha llamado a buena puerta, porque el pelear es mi profesión, y se lo advierto para que no le coja de sorpresa.

El desconocido dejó escapar un grito de satisfacción y dijo:

—¡Que me lleven los diablos! ¡Es un boxeador, Joe, tal como dije! Esta noche no tropezamos ya con palurdos, sino con un luchador auténtico. Bien, joven; esta noche ha encontrado la horma de su zapato. Quizá no haya oído usted nunca lo que lord Longmore dijo de mí: «Para vencerte a ti será preciso fabricar un hombre a propósito.» Eso dijo. Eso es lo que dijo lord Longmore.

El hombre que estaba delante abrió por primera vez la boca y gruñó:

—Eso lo dijo antes de que apareciese *el Matón*.

—¡Nada de cuchufletas, Joe! Si vuelves a decir una palabra más acerca del *Matón*, tendremos que pelearnos tú y yo. *El Matón* me ganó una vez, pero apuesto todo lo que hay que apostar, y nadie apostará en contra, a que si volvemos a encontrarnos frente a frente, me lo comeré. ¿Qué le parezco, joven?

—Me parece que tiene usted mucha cara.

—¿Cara? ¿Qué es eso de cara?

—Desvergüenza, fantochería… o *gas*, si le parece mejor.

Esta última palabra ejerció efectos sorprendentes sobre el desconocido. Se dio una gran palmada en el muslo y estalló en una risa que parecía un gran relincho, y su gruñón compañero le acompañó en ella. Este último exclamó:

—Muchacho, has dado con la palabra exacta. Sí, señor: *gas* es la palabra que lo dice todo. Bien, tenemos una luna magnífica, pero empieza el cielo a nublarse, y lo mejor que podemos hacer es aprovechar la luz.

Mientras tenía lugar esta conversación, el *baronet* examinaba con asombro creciente la vestimenta del desconocido. Una buena parte de ella

venía a confirmarle en su opinión de que se trataba de un individuo relacionado con alguna cuadra de caballos, aunque, aun admitiendo eso generosamente, el aspecto de aquel hombre resultaba por demás excéntrico y anticuado. Se cubría la cabeza con un sombrero de copa alta, de pelo largo de castor de un tono blanco amarillento, tal y como siguen luciéndolo algunos conductores de troncos de cuatro caballos en mano, con la copa en forma de campana y el ala abarquillada hacia arriba. Vestía un frac de color blanco, con botones de acero, que dejaba ver por delante un chaleco de seda a rayas, mientras que sus piernas estaban encajadas en calzones de ante hasta la rodilla, con medias azules y zapatos bajos. Todo su tipo daba a entender que se trataba de un hombre de fuerza y de agilidad muscular. Aquel *Matón* de Brocas era evidentemente un gran personaje, y el joven oficial de dragones glogloteó complacido, pensando en el relato magnífico que podría hacer en la mesa común de la oficialidad, pintando su extraña figura de hombre de otros tiempos y la paliza que estaba a punto de recibir de manos del célebre boxeador londinense.

El pequeño lacayo Billy se había hecho cargo de los caballos, que temblaban y sudaban.

—¡Por aquí! —dijo el hombre fornido, volviéndose hacia la puerta de entrada a la finca.

Era aquél un lugar de aspecto siniestro, oscuro y extraño, con sus columnas en ruina y los grandes árboles formando arcos. Ni al *baronet* ni al púgil les agradó aquello.

—¿Y adónde vamos, pues?

—Éste no es sitio apropiado para un combate —dijo el hombre fornido—; en la parte de dentro de esta puerta disponemos de un sitio como ustedes no lo habrán visto mejor. No le gana ni Molesey Hurst.

—Yo me conformo con la carretera —dijo Stevens.

—La carretera está bien para una riña de dos patanes —dijo el hombre del sombrero de castor—, pero no es lo bastante buena para dos luchadores de categoría, como usted y yo. ¿O es que tiene miedo?

—Ni de usted ni de diez como usted —dijo Stevens valerosamente.

—Pues entonces sígame y haga las cosas tal y como deben hacerse. Sir Fred y Stevens cambiaron entre sí sendas miradas.

—Estoy dispuesto —dijo el pugilista.

—Adelante, pues.

El pequeño grupo de cuatro cruzó la puerta de entrada. A sus espaldas y en la oscuridad, pateaban y piafaban los caballos, mientras la voz del

muchacho trataba en vano de calmarlos. Después de caminar cincuenta yardas por una avenida en la que crecía la hierba, el guía dobló hacia la derecha, atravesando un tupido cinturón de árboles, y salieron a un espacio circular de césped, sobre el que caía, blanco y limpio, el claror de luna. Lo rodeaba un talud, y al fondo se veía una de aquellas glorietas, con pequeñas columnas de piedra, por las que tanto cariño sentían las gentes del principio de la era de los Jorges.

—¿Qué les dije yo? —exclamó triunfalmente el hombre achaparrado y fornido—. ¿Se puede encontrar sitio mejor que éste a menos de veinte millas de la capital? Se hizo precisamente para esto. Y ahora, Tom, duro y a la tarea con él, y muéstrenos todo lo que eres capaz de hacer.

Aquello tenía todo el aspecto de un sueño extraordinario. Lo raro de aquellos hombres, su extraña vestimenta, su curiosa manera de hablar, el círculo de césped iluminado por el claror de luna, y la glorieta de columnas, todo, en una palabra, se entretejía formando un conjunto fantástico. Lo único que recordaba al *baronet* la realidad del mundo cotidiano eran el traje de mezclilla mal cortado de Alf Stevens y la cara de inglés liso y llano que sobresalía de aquel traje. El enjuto desconocido se había quitado su sombrero de castor, su frac de cola de golondrina, su chaleco de seda y, por último, su segundo le quitó la camisa por la cabeza. Stevens fue imitando los preparativos de su adversario con serenidad y despreocupación. Por último, los dos luchadores se colocaron frente a frente.

Pero, al terminar de desvestirse, Stevens dejó escapar una exclamación de sorpresa y horror. Al quitarse su adversario el sombrero de castor, había quedado al descubierto una mutilación espantosa en su cabeza. Toda la parte superior de la frente estaba hundida hacia adentro, dando la sensación de que tuviera un ancho verdugón rojo entre el pelo cortado al rape y las tupidas cejas.

El joven púgil exclamó:

—¡Santo Dios! ¿Qué le pasa a ese hombre?

Esta pregunta pareció despertar en su adversario una cólera fría, y contestó:

—Mire usted por su propia cabeza, señorito, porque estoy pensando que le dará bastante en qué ocuparse, sin hablar acerca de la mía.

—Esta réplica arrancó una grosera carcajada a su segundo, que exclamó:

—¡Bien dicho, Tommy! Apuesto toda Lombard Street contra una naranja en favor del único y exclusivo.

El hombre al que llamaba Tom se había colocado en el centro de aquel *ring* natural, en posición de guardia. Vestido, daba la impresión de ser hombre fuerte, pero desnudo lo parecía más aún, y su pecho abombado, hombros en declive y brazos musculosos colgando con soltura, parecían constituir características ideales para aquel deporte. Sus ojos adustos centelleaban por debajo de su frente deforme, y los labios dibujaban una sonrisa dura, que era más amenazadora que un mal gesto. El púgil se dijo, al acercarse a su adversario, que jamás había tenido delante una figura más formidable. Pero el valeroso corazón de Stevens reaccionó ante la realidad de que hasta entonces no había tropezado con ningún hombre capaz de vencerle, aunque adoptase la forma de un individuo desconocido y anticuado y apareciese en una carretera provinciana. Por eso, sonriéndose como réplica a la sonrisa del adversario, se colocó en posición y levantó los brazos.

Pero lo que se produjo a continuación era cosa completamente desconocida para él. El desconocido fintó rápidamente con su izquierda y descargó un derechazo basculante, tan rápido y tan seco que Stevens tuvo el tiempo justo de esquivarlo y de contestar con un gancho corto en el momento en que su adversario se abalanzaba contra él. Un instante después los huesudos brazos de aquel hombre le ciñeron el cuerpo y el púgil se vio lanzado por los aires, dando una rápida vuelta de campana y cayendo sobre sus nalgas en el césped, con pesado retumbo. El desconocido se hizo atrás y cruzó los brazos, mientras Stevens se alzaba sobre sus pies, con la cara roja de cólera, gritando:

—Oiga, ¿qué manera de pelear es ésta?

—¡Reclamamos falta! —exclamó el *baronet*.

—¡Qué falta ni qué diablos! Ha sido un derribo tan limpio como no he visto otro igual —dijo el hombre achaparrado—. ¿Con qué reglamento luchan ustedes?

—¿Con cuál ha de ser? Con el de Queensberry.

—Nunca oí hablar de él. Nosotros combatimos según las reglas del boxeo profesional de Londres.

—¡Venga, pues! —gritó Stevens, furioso—. Yo sé luchar tan bien como otro cualquiera. No volverá a sorprenderme sesteando.

Y no le sorprendió. Cuando el desconocido se abalanzó al cuerpo a cuerpo, Stevens lo apretó entre sus brazos como una tenaza, y después de ir y venir y bascular, cayeron juntos, enredados como dos perros. Por tres veces se repitió aquello, y siempre el desconocido se retiraba hasta el lugar en que se

encontraba su amigo y se sentaba en el césped del talud antes de reanudar la pelea.

—¿Qué opina usted de ese hombre? —preguntó el *baronet* en uno de aquellos descansos.

Stevens sangraba de una oreja, pero no mostraba ninguna otra señal de castigo, y contestó:

—Sabe mucho. Ignoro dónde lo aprendió, pero ha practicado muchísimo en alguna parte. Con todo lo raro de su cara, es fuerte como un león y duro como una tabla.

—Mantenga lucha a distancia, porque creo que ahí lo domina usted.

—Yo no estoy seguro de dominarlo ni de cerca ni a distancia, pero procuraré salir bien del paso.

Fue un combate desesperado, y a medida que se sucedían los asaltos, resultaba evidente, incluso para el atónito *baronet*, que el campeón de los pesos medios había encontrado la horma de su zapato. El desconocido era habilidoso en retroceder y en avanzar, lo cual, junto con sus súbitas pegadas, le convertían en un enemigo peligrosísimo. Su cabeza y su cuerpo parecían insensibles a los golpes, y ni un solo instante vaciló en sus labios la sonrisa horrible y maligna. Golpeaba muy fuerte con sus puños, que parecían de pedernal, y descargaba sus golpes desde todos los ángulos. Disponía de un recurso especialmente mortal: un golpe de abajo arriba en la mandíbula, que una y otra vez estuvo a punto de dar en el blanco, hasta que, por último, burló en una ocasión la guardia de Stevens y le tumbó. El hombre achaparrado largó un grito de triunfo.

—¡Vaya golpe a la barbilla! ¡Apuesto un caballo contra una gallina en favor de mi Tommy! Con otro como ése lo tienes fuera de combate, muchacho.

—Stevens, yo creo que esto va demasiado lejos —dijo el *baronet*, ayudando a su hombre fatigado—. ¿Qué dirá el regimiento si le llevo a usted hecho pedazos en una escaramuza? Déle un apretón de manos y declárelo vencedor, porque de otro modo no estará en situación de combatir en el campamento.

—¿Que me declare vencido? ¡Jamás! —exclamó Stevens, colérico—. Antes de acabar con este asunto le voy a arrancar de un puñetazo esa maldita sonrisa de su inmunda jeta.

—Y ¿qué va a ocurrir con el sargento?

—Prefiero volverme a Londres sin ver la cara al sargento, antes de dejar que este individuo me quite categoría.

—¿Qué, te parece bastante? —preguntó su adversario, con acento de mofa, al levantarse de su asiento de césped.

Por toda contestación, el joven Stevens saltó hacia adelante y se lanzó contra su adversario, poniendo en juego toda la energía que le quedaba. Gracias a la furia de su acometida, le hizo retroceder, y durante un largo minuto le sacó ventaja en todos los cambios de golpes. Pero aquel luchador de hierro parecía no cansarse nunca. Su paso era tan rápido y su pegada tan dura como siempre, cuando terminó aquel prolongado cambio de golpes.

Stevens cedió algo en su acometividad, de puro cansancio; pero su adversario no cedió, sino que se lanzó contra él con un chaparrón de golpes furiosos que abrieron la fatigada guardia del púgil. Alf Stevens había llegado al límite de sus fuerzas y un instante después habría caído a tierra, de no ser por una extraordinaria intervención.

Hemos dicho que para llegar al *ring* había tenido que cruzar el grupo por un bosquecillo. Desde éste salió de pronto un extraño grito agudo, un grito de agonía, que podría haber sido lanzado por un niño o alguna criatura pequeña y selvática que se veía en peligro. Era un grito inarticulado, agudísimo y de una melancolía indecible. Al oírlo, el desconocido, que había hecho caer a Stevens de rodillas, retrocedió tambaleándose y miró a su alrededor con una expresión de espanto irremediable en su rostro. La sonrisa había desaparecido de sus labios y éstos le colgaban débiles y flojos, como los de un hombre que se encuentra en el límite del terror.

—¡Otra vez me persigue, compañero! —gritó.

—¡Remátalo ya, Tom! Le tienes ya casi vencido. Eso no puede hacerte daño.

—¡Sí que me atacará! ¡Sí que me atacará! —gimió el combatiente—. ¡Santo Dios! ¡No puedo resistirlo! ¡Ya lo veo! ¡Ya lo veo!

Lanzó un alarido de espanto, se dio media vuelta y se metió de un salto en el monte bajo. Su compañero recogió el montón de ropas, lanzando en voz alta juramentos, y se precipitó en su misma dirección, tragándose las negras sombras a los dos fugitivos.

Stevens había retrocedido medio atontado y se dejó caer en el talud de césped, apoyando su cabeza en el pecho del joven *baronet*, que le aplicaba a los labios su botella de aguardiente. Sin levantarse de allí, oyeron cómo los gritos se hacían cada vez más agudos y penetrantes. De pronto salió de entre los arbustos un pequeño *terrier* blanco, olfateando como si siguiera una pista y gimiendo lastimosamente. Cruzó derecho el espacio cubierto de césped, sin fijarse siquiera en los dos jóvenes. A continuación desapareció también entre

las sombras. Al desaparecer el perro, los dos espectadores se pusieron en pie de un salto y echaron a correr a todo lo que daban sus piernas en dirección a la puerta de entrada y al coche. Se había apoderado de ellos el terror. Era un terror pánico, que se sobreponía a su razón y a su dominio de sí mismos. Castañeando los dientes y temblando todo el cuerpo, se metieron en el coche, y hasta que los animosos caballos no pusieron sus dos buenas millas de distancia entre ellos y la hondonada siniestra, no se arriesgaron a hablar.

—¿Vio usted alguna vez un perro como ése? —preguntó el *baronet*.

—No —contestó Stevens—, y que Dios me libre de volverlo a ver.

* * *

Ya muy avanzada la noche, los dos viajeros hicieron alto en el mesón del Cisne, cerca de Harpenden Common. El mesonero era antiguo conocido del *baronet* y se reunió con ellos muy gustoso, después de la cena, para beber un vaso de oporto. El señor Joe Horner, dueño del Cisne, era un viejo y afamado deportista, capaz de hablar horas enteras contando leyendas del *ring*, tanto las nuevas como las de otras épocas. Conocía de nombre a Alf Stevens perfectamente, y le contempló con el más profundo interés.

—Yo diría, señor, sin miedo a equivocarme, que ha tenido usted un combate hace poco. Y la verdad es que yo no he leído en los periódicos nada referente al mismo.

—No hablemos de eso —contestó Stevens con voz adusta.

—¡Bueno, no he querido molestar!

De pronto su cara sonriente adquirió profunda seriedad.

—Me imagino que no se habrá encontrado por casualidad con ése al que llaman *el Matón de Brocas*, cuando venían ustedes en dirección Norte.

—¿Y qué pasaría si lo hubiésemos encontrado?

El mesonero exteriorizó la más viva emoción y dijo:

—Él fue quien dejó casi muerto a Bob Meadows. Le cortó el paso casi en la misma puerta del viejo palacio de Brocas. Le acompaña otro hombre. Bob era valiente hasta el tuétano, pero le encontraron destrozado sobre una cespedera que hay dentro del parque, junto a la glorieta.

El *baronet* asintió con la cabeza, y el mesonero exclamó:

—¡Ya veo que ustedes estuvieron allí!

—Me parece que lo mejor es que lo confesemos todo —dijo el *baronet* mirando a Stevens—. Sí, allí estuvimos y peleamos con el hombre del que usted habla. ¡Vaya si es un cliente difícil!

—Díganme —dijo el mesonero bajando la voz hasta convertirla en un cuchicheo—. ¿Es cierto lo que dice Bob Meadows de que esos hombres van vestidos al estilo de nuestros abuelos y que el boxeador tiene la frente hundida?

—Desde luego que su vestimenta es anticuada y que jamás he visto cosa tan extraña como su cabeza.

—¡Santo Dios! —exclamó el mesonero—. ¿Sabe usted, señor, que Tom Hickman, el célebre boxeador profesional, junto con su amigo íntimo, Joe Rowe, un platero de la City, encontraron la muerte en el año mil ochocientos veintidós, en ese mismo lugar, estando él borracho, y al intentar encaramarse en un carro por el lado que no debían? Los dos resultaron muertos, y a Hickman le hundió la frente la rueda del carro.

—¡Hickman! ¡Hickman! —exclamó el *baronet*. ¿No se referirá usted al *Gasista*?

A ese mismo me refiero, señor, porque le llamaban *Gas*. Ganaba sus peleas con el que llamaban «golpe a la barba», y nadie pudo resistirle hasta que Neate, al que apodaban el *Toro de Bristol,* le dejó fuera de combate.

Stevens se había levantado de la mesa, lívido como el queso.

—Señor, salgamos de aquí. Necesito aire fresco; sigamos nuestro camino.

—¡Alégrese, muchacho! Usted, por lo menos, le ha resistido, y eso es cosa que no pudo hacer nadie. Siéntese y beba otro vaso de vino, porque si hay en Inglaterra un hombre que se lo haya ganado esta noche, ese hombre es usted. Le habrá hecho usted pagar muchas deudas, si ha dado al *Gasista* una paliza, lo mismo si está vivo que si está muerto. ¿Sabe usted lo que hizo en esta misma habitación?

Los dos viajeros miraron con ojos sobresaltados por todo el salón, de alto techo, empedrado de anchas lajas y artesonado de roble, con la gran chimenea abierta al fondo del mismo.

—Sí, lo que voy a decir ocurrió en esta misma sala. Me lo contó el viejo terrateniente Scotter, que se encontraba presente aquella noche. Se había celebrado aquel día el combate en el que Shelton derrotó a Josh Hundson, cerca de la carretera de St. Albans, y el *Gasista* había ganado en apuestas muchísimo dinero. Él y su compinche Rowe pasaron por aquí cuando estaba ya borracho furioso. La concurrencia se refugió en los rincones e incluso debajo de las mesas, porque había cogido el gran hurgón de la cocina y repartía golpes a diestro y siniestro con el mismo, sonriendo de una manera que presagiaba ansias de asesinar. Eso le pasaba siempre que bebía: era entonces cruel, implacable y un terror para la gente. ¿Qué creen ustedes que

hizo finalmente con el hurgón? Delante del fuego de la chimenea estaba acurrucado un perrito, un *terrier*, según me contaron, porque era una noche muy cruda del mes de diciembre. *El Gasista* le quebró el espinazo con un golpe del hurgón. Después de hacer eso rompió a reír, lanzó un par de tacos a la gente, que se apartaba de él, y salió para montar en su caletín, de asiento alto, que le esperaba a la puerta. La noticia que luego llegó al mesón fue que lo habían llevado a Finchley con la cabeza hecha papilla por la rueda de un gran carro. Sí, dicen también que el perrito ha sido visto con posterioridad, reptando y ladrando, con la piel sangrante y el espinazo roto, por Brocas Corner, como si anduviese buscando al cerdo que lo mató. Ya ve usted, pues, señor Stevens, que cuando se enfrentó con *el Gasista* no luchaba solamente por usted mismo, sino también por alguien más.

El joven boxeador profesional dijo entonces:

—Quizá tenga usted razón, pero ya no quiero más peleas de esa clase. A mí me basta con el sargento herrador; si usted, señor, opina lo mismo, vamos a tomar el tren para regresar a Londres.

EL CUARTO DE LA PESADILLA[36]

La sala de estar de la familia Masón era un cuarto por demás curioso. Uno de sus lados estaba amueblado con extraordinario lujo. Los mullidos sofás, los sillones bajos y cómodos, las estatuillas voluptuosas y los ricos cortinajes que colgaban de galerías anchas y decorativas de metal labrado, formaban un recuadro muy a propósito para la encantadora dueña de la casa. Mason, joven hombre de negocios, pero de gran fortuna, no había escatimado molestias ni dinero para satisfacer todas las necesidades y todos los caprichos de su bellísima esposa. Era natural que lo hiciese, porque también ella había renunciado a muchas cosas por su amor. Ella, la más célebre danzarina de Francia, la heroína de una docena de extraordinarias historias de amor, había renunciado a su vida de placeres deslumbrantes con objeto de compartir la suerte de un joven norteamericano cuyas austeras normas de vida eran tan diferentes de las suyas. El marido procuraba compensar lo que ella había perdido proporcionándola todo cuanto la riqueza era capaz de conseguir. Quizá algunas personas pensarán que habría dado pruebas de mejor gusto no proclamando ese hecho, no permitiendo que apareciese en letras de molde; pero, aparte de ciertos pequeños detalles como ése, su conducta como marido no dejó de ser ni un solo momento la de un hombre enamorado. Ni siquiera en presencia de espectadores se recataba en exhibir públicamente el amor absorbente que lo dominaba.

Pero la sala en cuestión era extraordinaria. Al principio parecía una habitación que no se salía de lo normal; pero después de frecuentarla por algún tiempo se descubrían en ella características siniestras. Era un cuarto silencioso, de una mudez absoluta. En sus ricas alfombras y tapicerías se ahogaban todo tipo de pisadas. Ni siquiera un forcejeo, o la caída de un cuerpo, producían el más ligero ruido. Otra característica era lo apagado de sus colores y la luz, que parecía estar siempre filtrada por un tamiz. Tampoco su mobiliario resultaba de gusto uniforme. Se habría dicho que cuando el joven banquero llevaba derrochadas miles de libras en aquel salón íntimo, en aquel estuche para la joya de que era dueño, se dio súbitamente cuenta de que

no había calculado el coste de aquello, y no había seguido adelante por miedo a la bancarrota. Todo el lujo estaba concentrado en la parte del cuarto que daba a la calle concurrida que pasaba por debajo. En cambio, en el lado contrario, el cuarto estaba desnudo, espartano, y reflejaba más bien los gustos de un hombre sumamente ascético y no los de una mujer amante del placer. Quizá por esa razón ella no pasaba en ese cuarto más que algunas horas al día, dos unas veces, cuatro en otras ocasiones; pero mientras estaba allí vivía intensamente, y Lucila Mason era, dentro de aquel cuarto de pesadilla, una mujer muy distinta de lo que era fuera de allí, y también mucho más peligrosa.

Peligrosa. Ésa era la palabra. Nadie que hubiese visto su cuerpo delicado descansando encima de la enorme piel de oso con que estaba revestido el sofá, habría dudado de su peligrosidad. Lucila descansaba sobre el codo de su brazo derecho, y apoyaba su fina pero voluntariosa barbilla en la palma de la mano, mientras sus ojos, rasgados y lánguidos, adorables pero inexorables, miraban al frente con una firme intensidad que tenía algo de confusamente espantoso. Era el suyo un rostro encantador, el rostro de una niña; pero la Naturaleza había puesto en ese rostro una marca sutil, cierta expresión indefinible, que delataban el demonio que se escondía en su interior. Se había observado que los perros retrocedían al aproximarse ella y que los niños se echaban a llorar y huían cuando pretendía acariciarlos. El instinto es más perspicaz que la razón.

La tarde a que nos referimos ocurrió algo que la había trastornado profundamente. Tenía una carta en la mano, y la leía y releía con una contracción de sus finas cejas y un adusto apretar de sus labios deliciosos. De pronto experimentó un sobresalto, y una sombra de miedo suavizó la felina amenaza de sus facciones. Se incorporó, apoyándose en el brazo, y clavó con ansiedad la mirada en la puerta. Escuchó atentamente, permaneció escuchando en espera de algo que le causaba espanto. Una sonrisa de alivio jugueteó por un momento en su rostro expresivo. De pronto metió la carta dentro de su escote, con una mirada de horror. Acababa de hacerlo, cuando se abrió la puerta y entró con paso vivo un hombre joven en la habitación. Era Archie Mason, su esposo, el hombre al que había amado, el hombre por el que había sacrificado su celebridad europea, el hombre al que ahora miraba como único obstáculo para su nueva y maravillosa aventura.

El norteamericano era un hombre de unos treinta años, completamente afeitado, de miembros atléticos, vestido elegantemente, con un traje de corte ajustado que marcaba la línea perfecta de su cuerpo. Se quedó cerca de la

puerta, cruzado de brazos, mirando fijamente a su mujer; su cara habría podido calificarse de máscara hermosa y curtida por el sol de no haber sido por aquellos ojos de mirada cortante. Ella seguía recostada sobre el codo, pero no apartaba sus ojos de los de Mason. Algo espantoso ocultaba aquel silencioso intercambio de miradas. Ambos se interrogaban mutuamente, y ambos daban a entender que la respuesta a su interrogación era asunto de vida o muerte. La pregunta del marido podía interpretarse como: «¿Qué has hecho?» Ella, por su parte, parecía estar preguntando: «¿Qué sabes tú?» Por último, Mason avanzó, se sentó encima de la piel de oso, al lado de Lucila, y tomando con toda delicadeza entre sus dedos el fino lóbulo de una de sus orejas, volvió hacia él la cara de su mujer, y preguntó:

—Lucila, ¿verdad que me estás envenenando?

Ella dio un respingo para evitar su contacto; en su rostro se pintó el horror y las protestas acudieron a sus labios. Demasiado emocionada para hablar, fueron sus manos, extendidas violentamente, y sus facciones convulsas las que exteriorizaron su sorpresa y su cólera. Trató de levantarse, pero los dedos del marido intensificaron su presión sobre la muñeca de la mujer. Repitió la pregunta, pero esta vez le dio un significado terrible:

—Lucila, ¿por qué me estás envenenando?

—¡Tú estás loco, Archie, estás loco! —contestó ella jadeante.

La pregunta de Mason heló la sangre de Lucila. No supo hacer otra cosa que mirarle fijamente, con los labios pálidos entreabiertos y las mejillas lívidas, en un silencio de desamparo, mientras él extraía de su bolsillo una botellita y se la ponía delante de los ojos, gritando:

—¡Estaba en el estuche de tus joyas!

Por dos veces trató ella de hablar y no pudo. Por fin, las palabras acudieron lentamente, una a una, a sus labios crispados:

—Pero nunca llegué a usarlo.

Archie buscó de nuevo algo en su bolsillo. Sacó un papel, lo desdobló y se lo puso delante de los ojos:

—Es el certificado del doctor Angus. Afirma que contiene doce gramos de antimonio. Tengo también la declaración de Du Val, el farmacéutico que te lo vendió.

Daba miedo ver la cara de Lucila. Aquellas palabras no admitían réplica, y no podía hacer otra cosa que seguir allí, inmóvil y con la mirada fija y desesperada. Parecía una fierecilla caída en una trampa mortal.

—¿Qué contestas? —insistió él.

No obtuvo otra respuesta que un movimiento de desesperación y de súplica. Entonces él dijo:

—¿Por qué? Necesito saber el porqué.

Mientras Mason hablaba, descubrió el borde de la carta que ella había metido apresuradamente en su escote. Se la arrancó de un tirón.

Ella lanzó un grito desesperado y se la quiso quitar, pero él la mantuvo apartada con un brazo mientras leía el escrito. De pronto jadeó:

—¡Campbell! ¡Es de Campbell!

Lucila recobró su audacia. Ya no había nada que ocultar. La expresión de su rostro se hizo dura y firme, y sus miradas parecían puñaladas mortales.

—Sí; es de Campbell —gritó.

—¡Santo Dios! ¡Precisamente de Campbell!

Se puso en pie y caminó a rápidas zancadas por la sala. Campbell, el más noble entre todos los hombres que él había tratado en su vida; Campbell, cuya historia no era otra cosa que una larga cadena de sacrificios, de valor, de todas las cualidades que distinguen al hombre destacado. También él era una víctima más de esta sirena, y se había visto arrastrado hasta el punto de traicionar, si no de hecho, con la intención al menos, al hombre cuya mano estrechaba como la de un amigo. Aquello parecía increíble…, pero allí estaba, en sus manos, la carta apasionada, suplicante, en la que pedía a su esposa que huyese con él y compartiese el destino de un hombre pobre de necesidad, ya que ni una sola línea de la carta daba a entender que Campbell hubiera pensado en la suerte de Mason, cuya desaparición lo habría desembarazado de toda clase de dificultades económicas. Solución tan endemoniada era producto del cerebro astuto y malvado que maquinaba sus planes dentro de aquel cuarto maravilloso.

Mason era un hombre de los que sólo se encuentra uno entre un millón: filósofo, pensador, poseedor de una simpatía llena de comprensión y de ternura hacia los demás. Su alma quedó anegada en amargura durante un momento. En ese instante habría sido capaz de matar a su esposa y a Campbell, para después matarse con la serenidad de espíritu propia de quien ha cumplido con lo que era una obligación evidente. Pero un momento después, paseándose por la habitación, empezaron a dominar su cerebro pensamientos más benignos. ¿Cómo podía censurar a Campbell? Esta mujer poseía un encanto irresistible, nacido no sólo de su belleza física maravillosa. Parecía dotada de una facultad exclusiva: la de interesarse por un hombre, meterse a fuerza de retorcimientos hasta lo más hondo de su conciencia, atravesar aquellos pliegues de su personalidad demasiado sagrados para

exponerlos al mundo y aguijonearlo hacia la ambición, e incluso hacia la virtud. Ahí era donde salía a relucir la mortífera sabiduría de sus redes. Recordaba lo que le había ocurrido a él. Lucila era entonces una mujer libre —o así, al menos, lo creyó él— y no había encontrado ningún obstáculo para hacerla su esposa. Pero supongamos que hubiese estado casada. ¿Habría sido capaz de apartarse de ella sin haber llegado a saciar sus anhelos? Mason no tenía más remedio que confesarse que, a pesar de toda su integridad de hombre de la Nueva Inglaterra, no habría podido resignarse. ¿Por qué, pues, sentía tal rencor contra este desdichado amigo suyo que se veía ahora en el mismo caso? Y al pensar en Campbell, su corazón rebosó de piedad y simpatía.

¿Y ella? Allí la tenía, tendida en el sofá, como una pobre mariposa destrozada, con sus ensueños aventados, su conjura descubierta y las perspectivas de su porvenir tétricas y llenas de peligros. Y el corazón de Mason se sintió invadido de compasión, incluso hacia ella, convicta de envenenadora. Conocía detalles de su vida pasada. La echaron a perder desde la cuna a fuerza de mimos, de falta de frenos, de no domar sus instintos, de dejarla que se saliese siempre con la suya, a fuerza de astucia, de belleza y de encantos. Jamás encontró un obstáculo, ¿no significaba aquello que él, Mason, le resultaba insuficiente, es decir, que él no era el hombre capaz de proporcionarle la paz del alma y la satisfacción interior? Él era demasiado severo y demasiado razonable para aquel temperamento inquieto y frívolo. Él era un hombre del Norte y ella una mujer del Sur, a los que había unido fuertemente la ley de los contrastes, pero sólo de un modo pasajero. Él debió preverlo, sí; debió haberlo comprendido. Sintió que su corazón se compadecía de ella como se habría compadecido de una niña que se encuentra en una situación dolorosa e irremediable. Estuvo un rato paseándose por la sala sin decir palabra, con los labios apretados, con los puños apretados hasta clavarse las uñas en la carne. De pronto, en un arranque brusco, se sentó junto a Lucila y oprimió las manos frías e inertes de la joven entre las suyas. Un pensamiento se abrió paso en su cerebro: «¿Es esto que hago un acto de caballerosidad o de cobardía?» Aquella pregunta resonó en sus oídos, adoptó la forma de palabras escritas ante sus ojos, y casi le pareció que se materializaban hasta el punto de que todo el mundo podía leerlas.

La lucha interna había sido terrible, pero finalmente logró dominarse, y dijo:

—Querida, tú misma vas a elegir entre nosotros —dijo—. Si estás verdaderamente segura, segura, ¿me comprendes?, de que Campbell es capaz

de hacerte feliz como marido, yo no seré un obstáculo.

—¿Te divorciarías? —jadeó ella.

La mano de Mason apretó la botella del veneno, y contestó:

—Llámalo divorcio, se así te parece.

Los ojos de aquella mujer, fijos en Mason, se fueron iluminando con un extraño resplandor. No conocía la existencia de aquel hombre dentro de Mason. Desaparecía el norteamericano, rudo y materialista. En su lugar empezaba a vislumbrar a un héroe, a un santo, a un hombre capaz de elevarse hasta alturas inhumanas de abnegación. Apretó con ambas manos la mano de Mason que oprimía la botella fatal, y gritó:

—Archie, ¿serías capaz de perdonarme incluso esto?

Él la miró, y se sonrió:

—Después de todo, no eres más que una niñita voluntariosa.

Ella extendió los brazos para abrazarlo, pero en ese instante dieron unos golpes a la puerta, y entró la doncella caminando del modo silencioso con que se movía lodo dentro del cuarto de la pesadilla. Presentó una tarjeta en la bandeja. Lucila miró a Mason, y dijo:

—Es el capitán Campbell. No quiero recibirlo.

Mason se puso en pie de un salto.

—Todo lo contrario; llega en buena hora. Hágalo pasar inmediatamente.

Poco después entraba en la sala un militar joven, de elevada estatura y rostro bronceado por el sol. Avanzó con una sonrisa en su rostro simpático; pero en cuanto se cerró la puerta y las dos caras que tenía delante recuperaron su expresión natural, se detuvo, indeciso, mirando primero a él y luego a ella.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Mason se adelantó hacia él y le puso las manos en los hombros, diciendo:

—No te guardo rencor.

—¿Rencor?

—Estoy enterado de todo. Quizá si yo estuviese en tu lugar y tú en el mío, habría hecho lo mismo que has hecho tú.

Campbell retrocedió y dirigió una mirada interrogadora a la dama. Lucila inclinó la cabeza en señal de asentimiento y luego encogió sus encantadores hombros. Mason sonrió.

—No temas que te quiera sacar por sorpresa una confesión. Lucila y yo hemos hablado con franqueza acerca del asunto. Veamos, Jack. Tú fuiste siempre un buen deportista. Mira esta botella. No te importe cómo ha llegado a mis manos. La situación quedará despejada sólo con que tú o yo bebamos su

contenido —hablaba como fuera de sí, como si delirase casi—. Lucila, ¿cuál de nosotros va a ser?

En el cuarto de la pesadilla parecía actuar en esos momentos una fuerza extraña. Había allí un tercer hombre, aunque ninguno de los tres que se encontraban en el instante crítico del drama de su vida había tenido el tiempo o la atención suficiente para advertir su presencia. Nadie habría podido decir el tiempo que llevaba allí, ni lo que había escuchado. Permanecía agazapado junto a la pared, en el rincón más lejano del pequeño grupo, como un siniestro reptil, silencioso e inmóvil, salvo por un leve temblor nervioso de su mano derecha cerrada. Lo ocultaba a la vista una especie de caja cuadrada y un paño negro dispuesto astutamente encima, como para ocultar su cara. Había seguido con la mayor atención y ansiedad todas las fases del drama, y casi había llegado el momento de su intervención. Pero ninguno de los otros tres personajes esperaba aquella interrupción. Absortos en el juego mutuo de sus propias emociones, habían perdido de vista una fuerza superior a ellos; una fuerza que podía dominar la escena en cualquier momento.

—¿Eres hombre bien templado, Jack? —preguntó Mason.

El militar asintió con un movimiento de cabeza. Pero en ese instante gritó la mujer:

—¡No! ¡Eso no, por amor de Dios!

Mason había quitado el tapón de la botella, y volviéndose hacia una mesita lateral, sacó una baraja. Colocó juntas la botella y las cartas, y dijo:

—No debemos cargar sobre ella la responsabilidad. ¡Ea, Jack, la suerte decidirá!

El militar se acercó a la mesa y barajó las cartas fatales. La mujer, apoyándose en una mano, inclinó la cabeza hacia delante y miró con ojos fascinados.

Entonces, y sólo entonces, descargó el rayo.

El tercer hombre se había erguido, pálido y muy serio.

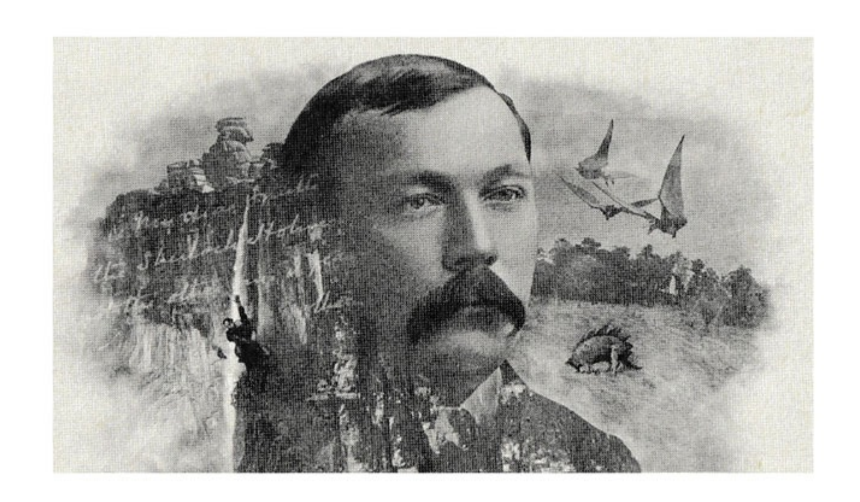
Los tres restantes se dieron cuenta súbitamente de su presencia y se volvieron hacia él con expresión de ansiosa interrogación en sus miradas. El hombre los miró con frialdad, con mala cara, con algo en su actitud que denotaba que él era el amo allí.

—¿Qué tal? —preguntaron los tres al mismo tiempo.

—¡Un desastre! —les contestó—. ¡Un desastre! Mañana volveremos a rodar toda la escena.

F I N

EL PARÁSITO
Y OTROS CUENTOS DE TERROR





Notas

[1] THE AMERICAN'S TALE. Traducido por Diego Valverde Villena. Aparecido en *London Society* en diciembre de 1880. <<

[2] William Walker (1824-60) fue un aventurero norteamericano famoso por sus correrías militares, bastante cercanas a la piratería, en Centroamérica, especialmente en Nicaragua. (N. del T.) <<

[3] «Greasers» es un término despectivo que se usa en EE.UU. para designar a los hispanoamericanos. (N. del T.) <<

[4] Los cartistas eran un grupo político inglés del siglo XIX que abogaba por la mejora de las condiciones de vida de la clase obrera. (N. del T.) **<<**

[5] THE CAPTAIN OF THE «POLE-STAR». Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *Temple Bar* en enero de 1883. <<

[6] The Winning Shot. Traducido por Diego Valverde Villena. Aparecido en *Bow Bells* en julio de 1883. <<

[7] «Cantab» designa a un alumno de la Universidad de Cambridge: es un apócope de la palabra latina «cantabrigiensis», es decir, de Cambridge. (N. del T.) <<

[8] J. HABAKUK JEPHSON’S STATEMENT. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *The Cornhill Magazine* en enero de 1884. <<

[9] John Barrington Cowles. Traducido por José Luis Velázquez. Aparecido en *Cassell's Saturday Journal* en abril de 1884. <<

[10] THE MAN FROM ARCHANGEL. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *London Society* en enero de 1885. <<

[11] THE GREAT KEINPLATZ EXPERIMENT. Traducido por José Luis Velázquez. Aparecido en *Belgravia Magazine* en julio de 1885. <<

[12] UNCLE JEREMY’S HOUSEHOLD. Traducido por Diego Valverde Villena. Aparecido en *The Boy’s Own Paper* en febrero de 1887. <<

[13] The Ring of Thoth. Traducido por José Luis Velázquez. Aparecido en *The Cornbill Magazine* en enero de 1890. <<

[14] THE SURGEON OF GASTER FELL. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *Chamber’s Journal* en diciembre de 1890. <<

[15] A PASTOHAL HORROR. Traducido por Diego Valverde Villena. Aparecido en *The People* en diciembre de 1890. <<

[16] Lot No. 249 Traducido por José Luis Velázquez. Aparecido en *Harper’s Monthly Magazine* en septiembre de 1892 <<

[17] The Case of Lady Sannox. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *The Courier-Journal* en octubre de 1893. <<

[18] THE PARASITE. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *Harper’s Weekly* en noviembre-diciembre de 1894. <<

[19] THE STRIPED CHEST. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *Pearson's Magazine* julio de 1897. <<

[20] THE FIEND OF THE COOPERAGE. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *The Manchester Weekly Times* en octubre de 1897. <<

[21] THE NEW CATACOMB. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *The Sunlight Year-Book* en 1898, con el título de *Burger's Secret*. <<

[22] The Story of the Beetle Hunter. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *The Strand Magazine en* junio de 1898. <<

[23] THE STORY OF THE MAN WITH THE WATCHES. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *The Strand Magazine* en julio de 1898. <<

[24] The Story of the Sealed Room. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *The Strand Magazine* en septiembre de 1898. <<

[25] THE STORY OF THE BRAZILIAN CAT. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *The Strand Magazine* en diciembre de 1898. <<

[26] THE RETIREMENT OF SIGNOR LAMBERT. Traducido por Diego Valverde Villena. Aparecido en *Pearson’s Magazine* en diciembre de 1898. <<

[27] THE STORY OF THE JAPANNED BOX. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *The Strand Magazine* en enero de 1899. <<

[28] THE STORY OF THE BROWN HAND. Traducido por José Luis Velázquez. Aparecido en *The Strand Magazine* en mayo de 1899. <<

[29] PLAYING WITH FIRE. Traducido por José Luis Velázquez. Aparecido en *The Strand Magazine* en marzo de 1900. <<

[30] The Leather Funnel. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *McClure's Magazine* en noviembre de 1902. <<

[31] THE SILVER MIRROR. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *The Strand Magazine* en agosto de 1908. <<

[32] The Terror of Blue John Gap. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *The Strand Magazine* en agosto de 1910. <<

[33] THROUGH THE VEIL. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *The Last Gallery Impresions and Tales* en 1911. <<

[34] THE HORROR OF THE HEIGHTS. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *The Strand Magazine* en noviembre de 1913. <<

[35] THE BULLY OF BROCAS COURT. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *The Strand Magazine* en noviembre de 1921. <<

[36] THE NIGHTMARE ROOM. Traducido por Amando Lázaro Ros. Aparecido en *The Strand Magazine* en diciembre de 1921. <<